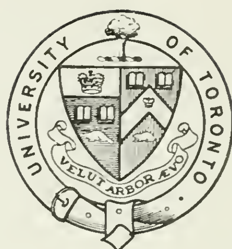

3 1761 08102341 8


UNIVERSITY OF TORONTO
VELUT ARBOR ÆVO

LAS

ÚLTIMAS OPERACIONES

DEL

EJÉRCITO CONSTITUCIONAL

POR

ELOI T. CAVIEDEZ,

CORRESPONSAL DEL "MERCURIO" EN EL EJÉRCITO Y ARMADA.

VALPARAISO:

IMPRENTA DEL UNIVERSO DE GUILLERMO HELFMANN

CALLE DE SAN AGUSTIN, 39D

1892



ÍNDICE

LAS ÚLTIMAS OPERACIONES DEL EJÉRCITO CONSTITUCIONAL

LAS ÚLTIMAS OPERACIONES

DEL

EJÉRCITO CONSTITUCIONAL



I.

El plan de campaña.

(DE NUESTRO ANTIGUO CORRESPONSAL EN EL EJÉRCITO Y ARMADA.)

SUMARIO.—Estado del ejército constitucional despues de la batalla de Pozo Almonte.—Las espediciones a Antofagasta, Tacna y Atacama.—Un éxito milagroso.—La fuga de Cámus.—Cómo se mantenia la ocupacion de las provincias del norte.—Escasez de dinero, armas, municiones, víveres y equipo.—Número de soldados.—Una inercia abrumadora.—Aburrimiento de nuestras tropas.—Deserciones.—Temores.—El papel de la escuadra.—Don Jorje Montt.—El comandante Körner.—El órden disperso.—La llegada del *Maipo*.—Armas y municiones.—Renace el entusiasmo.—La intendencia y la tesoreria del ejército.—Acumulacion de víveres.—Talleres de ropa y de fornituras.—El capellan Lisboa.—Reclutamiento.—Acumulacion de elementos de guerra y de movilidad en Iquique.—Lanchas, mulas, trajes, mantas, cantimploras, carretones, bueyes, municiones, caballos.—El parque.—El capitan Molinas.—Fortificacion de la costa.—Formacion de nuevos cuerpos.—Las torpederas.—La escuadrilla de "zancudos."—El primer plan de campaña.—Acuerdo para marchar sobre Coquimbo.—Parte para Huasco la 1.ª brigada.—Coquimbo amenazado.—El reclutamiento en Atacama.—Decision y entusiasmo patriótico de los atacameños.—Don Manuel Antonio Matta.—La 3.ª division en marcha.—Parte de Iquique el Cuartel Jeneral.—El coronel Canto en Copiapó.—Combinacion de un segundo plan de campaña.—Los nuevos cruceros.—Promesas de los opositores del sur.—¡A Valparaiso!—Preparativos para la marcha.—Concon, la Laguna y Quintero.

Valparaiso, octubre 2 de 1891.

Al editor del MERCURIO:

Despues de alternativas y peripecias mas propias de una epopeya o de una novela de aventuras que de una gran empresa política en que se hallaban comprometidos los destinos de todo

un pueblo; despues de sucesos estraños, de variados lances, de tremendos peligros y de hazañas inmortales que serán dentro de poco el asombro de la historia, el 7 de marzo del corriente año el ejército constitucional, elevado por obra de verdadero milagro a la entonces imponente cifra de 1,650 hombres de las tres armas, se batia con las disciplinadas huestes de la dictadura en los cerros que defienden por el sudoeste el acceso a la estacion y caserio de Pozo Almonte.

Nuestro pobre ejército presentaba el aspecto de un conjunto abigarrado de elementos diversos en hombres, en armas, en equipo, en cabalgaduras. El sombrero de copa y la levita alternaban en las filas de los soldados con las ojotas del minero, los pantalones garance del militar, el ancho calzon del marinero y los trajes holgados y decentes de los empleados de las oficinas y de los trabajadores de las pampas salitreras. Sombreros, kepis, gorras, bonetes, trajes multicolores, estrañas prendas de vestuario, arreos increibles, daban a nuestros hombres mas aire de beduinos o de jitanos que de nobles defensores de la Constitucion y de las leyes, formando asi con el acicalado enemigo, que los esperaba ufano, el mas vivo y sorprendente contraste. Parecia imposible que los soldados de Robles, valientes, robustos, aguerridos, disciplinados y uniformes, pudieran ser batidos por aquella especie de desordenada aunque pintoresca montonera.

Los batieron, sin embargo, y en la batalla mas furiosa, sangrienta y encarnizada de que haya memoria en los anales de la guerra, como que de los tres mil combatientes que sumaban los de uno y otro bando, no menos de dos mil entre muertos y heridos quedaban sembrados y amontonados por el campo.

Aquel prodijio de esfuerzo y de heroismo podrá ser mejor apreciado cuando se sepa que despues de la derrota de Huara, ocurrida unos quince dias antes de la victoria de Pozo Almonte, no tuvo el ejército constitucional otros elementos con que reponerse que los miserables despojos abandonados por el enemigo en Iquique al emprender su marcha hácia el interior. Algunos fusiles viejos, unas cuantas municiones de diversos sistemas, escasísimos arreos y fornituras fué lo único con que pudo aumentarse el escaso armamento y los pocos tiros salvados en el escondite o en la fuga por los derrotados de Huara. Al mismo tiempo que, con una audacia que hubiera parecido temeraria si

no fuera en aquellos momentos salvadora, se internaba nuestro ejército hácia el interior de Iquique en demanda del enemigo, el populoso puerto, convertido en gran laboratorio de soldados, de armas, de municiones, enviaba, a la estacion de Molle primero, y despues a las de Santa Rosa, de San Juan y Central, pequeños grupos de hombres, cajoncitos de cápsulas, víveres y arreos militares que eran acojidos como un regalo del cielo por los valerosos aventureros.

La obra del jeneral Urrutia, jefe militar de la plaza de Iquique, fué por aquellos dias tan fructífera como laboriosa y modesta. Dedicado a la pesquisa de armas y de municiones con un ahinco de corchete, apenas lograba reunir tres o cuatro fusiles y armar con ellos otros tantos soldados, los enviaba al interior en trenes especiales. En aquellos momentos un fusil más, un tiro, una escopeta, podian producirnos la victoria. Se habia descubierto algunos depósitos de cápsulas en el puerto; pero la mayor parte de ellas eran inútiles para cuarenta y nueve de las cincuenta distintas clases de armas de fuego con que estaban armadas nuestras tropas. Mas, como la necesidad es madre de la industria, y ésta opera maravillas al servicio del patriotismo, el injeniero Trewhela, del *Blanco Encalada*, que perecia poco despues en el hundimiento del blindado, improvisaba una maquinita para cortar los culotes de las cápsulas rebeldes y para reemplazarlos por otros que venian a ser un verdadero comodin, puesto que en todos los fusiles calzaban y con todos los gatillos daban fuego, salvo, por cierto, los naturales inconvenientes de la adaptacion, como ser los atoramientos, la adhesion de las vainillas al ánima y la consiguiente lentitud con que tenian que hacerse los disparos.

Pero el 7 de marzo habia cápsulas suficientes para dos horas de fuego; contábamos con unos 1,300 fusiles de todos sistemas; nuestro ejército llegaba a 1,650 hombres, y en la batalla triunfaron la industria, el patriotismo y el valor.

En realidad, la victoria de Pozo Almonte no fué tanto quizá el triunfo del valor cuanto de la paciencia. En lo mas reñido de la batalla, cuando el valeroso enemigo abandonaba sus posiciones para avanzar a paso de carga sobre las nuestras; cuando era mas preciso tupir el fuego para rechazarlo, y cuando, en efecto, así procuraban hacerlo nuestros soldados, ¡trac! de re-

pente fallaba una cápsula, se sumerjia ésta en el ánima con el golpe del gatillo, o la vainilla quedaba pegada dentro del cañon, y en aquellos instantes supremos, aguantando los nutridos tiros de avance de las huestes contrarias, tenian nuestros soldados que dejar dormir sus armas, sacar con toda pausa las agujas capoteras o los palitos aguzados de que iban provistos, y despegar poco a poco, como quien descarna un colmillo, la cápsula maldita que les inutilizaba el fusil. ¿Y no se comprende, despues de esto y de los asesinatos de Huara, con qué furia concentrada e implacable se batirian, de qué manera avanzarian como leones al primer signo de flaqueza de los dictatoriales, y con qué sed de tigres los acorralarian despues en sus guaridas?

***

El triunfo del 7 de marzo produjo a la causa del Congreso el dominio completo de la provincia de Tarapacá: pero en la escasez de elementos bélicos que nos acosaba produjo tambien un refuerzo de armas que fué quizá mas ardorosa e injenuamente celebrado por las tropas constitucionales. Allí la caballeria encontró carabinas, sables y caballos y pudo cambiar sus trabucos, sus yataganes y sus mulas por armas y cabalgaduras mas decentes y eficaces; la artilleria se proveyó de 11 nuevos cañones y de 4 ametralladoras, y la infanteria ¡oh! la infanteria recojió del campo, como quien recoje oro, no menos de ochocientos magníficos fusiles.

Nuestro ejército aumentó entonces en la cifra correspondiente al armamento. Pechos animosos sobraron siempre para la defensa de nuestras leyes; de tal modo que si en vez de mil hubiera sido de diez o de veinte mil el aumento de las armas, a ese mismo número hubiera llegado de un golpe el de las lejiones constitucionales.

Se elevó, sin embargo, nuestro ejército mas allá de ese máximum. Con Tarapacá tendriamos dinero, con el dinero armas, y luego ¿no quedaban aun numerosas fuerzas de la dictadura en Arica, en Tacna, en Antofagasta y Atacama? ¿Por qué no ir a vencerlas y a recojer sus valiosísimos despojos a fin de hallarse pronto en aptitud de herir a la tirania en el centro mismo de sus recursos y de sus crímenes? ¡A Tacna, a Antofagasta! se

gritaba; y en obedecimiento a este impulso, en pocos dias se organizaron espediciones para acudir en busca del enemigo, y principalmente de sus recursos.

***

La *Esmeralda* bloqueaba por esos dias el puerto de Antofagasta. En aquel antiguo campamento del ejército de Chile se albergaba una division numerosa, mucho mas numerosa que la totalidad de las huestes constitucionales, a tal punto que, lejos de recelar esa division ser agredida, el dictador pensaba recuperar con ella la provincia de Tarapacá. La dificultad consistia, nó en el número de hombres y de armas con que contaba, sino en la aridez y estension espantosa del desierto que habia de recorrer. Pero su jefe, Cámus, gozaba de reputacion de intelijente y valeroso; en la Moneda se tenia confianza en él, y, dotándolo de los recursos necesarios, no se consideraba improbable que pudiera reemplazar a Robles con mayor intelijencia y mejor fortuna que ese ya fenecido jefe.

Los caudillos de la revolucion, al mismo tiempo, fundaban risueños cálculos en el estado de ánimo de esas tropas. Un motin que habia estallado por esos dias en Antofagasta daba oríjen a halagadoras esperanzas. La division de Cámus parecia minada por el benéfico demonio del patriotismo. Unos cuantos sarjentos se sublevaban, amotinaban la tropa, mataban a sus oficiales, combatian contra los enviados a sosegarlos, llamaban en su apoyo a los buques bloqueadores, y un nuevo continjente de 200 hombres, o, mas bien dicho, de 200 rifles, aumentaba ¡qué a tiempo! nuestro tesoro.

Convenia, pues, espedicionar. ¿No se entregaria aquella tropa? ¿No quedarian entre los forzados de la dictadura algunos jérmenes de la santa epidemia del amor a la libertad? Los tres mil hombres de Cámus superaban, es cierto, casi en el doble, al número total de nuestras fuerzas; éstas no podrian espedicionar tampoco todas, pues debian de quedar las necesarias para el resguardo de Iquique, de Pisagua y de Arica; la desventaja de nuestra parte era tremenda; pero ¿y si se acertaba el golpe? ¿Y si el enemigo se fraccionaba? ¿Y si se pasaba a los nuestros en todo o en parte? Por fin ¿y si era vencido?

Y era indispensable vencerlo. ¡Tres mil armas! Municiones, cañones, caballos, fusiles, víveres, equipo... ¿Quién podia dudar un instante de un éxito tan necesario?

***

Se organizó, pues, la espedicion. Y para que todo correspondiese a la osadía de la empresa, el mando de ella fué confiado a un jefe que gozaba de justo renombre de valeroso y atrevido: el comandante don Enrique del Canto.

Llegaron nuestras naves al puerto de Antofagasta, desembarcaron sin resistencia, se apoderaron de la plaza. El enemigo habia desaparecido. En su precipitada fuga al interior, y fuga que podia ser amenazadora para el desguarnecido Iquique, no se habia olvidado Cámus, obedeciendo a las instrucciones de Balmaceda, de destruir la via férrea y de llevarse consigo todo el material rodante del ferrocarril, interponiendo así entre él y sus desprovistos perseguidores el ancho espacio del desierto y la puna y el soroche de la altiplanicie.

En medio de esta fatal retirada, la fortuna dirijió a los nuestros una alentadora sonrisa: allí, en la bahía misma, a bordo de una nave de comercio, se encontraban tres locomotoras flamantes encargadas a Europa por los directores del ferrocarril, y que podian prestar desde luego sus servicios.

El trabajo de desembarcarlas, de armarlas, de proveerlas y de moverlas fué obra de unas cuantas horas. La industria hizo nuevamente mil prodijios. En un abrir y cerrar de ojos hubo máquinas, carros, maquinistas, rieles. En un abrir y cerrar de ojos tomó la jente el tren, se puso éste en marcha, fué compuesta la via, se picó la retaguardia a Cámus, se le cojieron varios dispersos, se pasaron a nuestras filas algunos de sus soldados. Nuestra division alcanzaba apenas a 1,200 hombres mal armados; contaba Cámus con 2,500 perfectamente provistos; pero ¿quién se atrevia ahora a dudar ni por un instante del resultado de la empresa?

El mismo Cámus no dudó, y entonces, viéndose acosado de cerca, verificó en territorio boliviano la misma operacion que Parra, Arrate y Gana habian de verificar despues en territorio peruano: pasó la raya fronteriza, entregó sus armas, depositó

en manos de nuestros antiguos enemigos las mismas banderas que años antes nos sirvieron de enseña para marchar contra ellos a la victoria, y, valeroso y enérjico en la fuga, llegó con sus lejiones intactas a Santiago despues de lucir, su miedo el jefe y su servilismo los soldados, a traves de dos naciones vecinas y émulas aunque hermanas.

El ejército constitucional adquirió entonces la posesion tranquila de la provincia de Antofagasta; pero ¿qué valia eso en comparacion de las armas que buscaba y de que no habia logrado apoderarse? Esa misma posesion ¿no constituiria acaso un peligro mas importante que el triunfo moral obtenido mediante la mayor estension de territorio que las armas constitucionales ocupaban, puesto que nos obligaria a repartir en diversas guarniciones nuestra escasísima tropa? No habiendo aumentado la provision de armamento, era evidente que la conquista de Antofagasta nos debilitaba. Debíamos guarnecer la nueva provincia con detrimento de la de Tarapacá; ¿y no era sumamente peligroso quitar un solo soldado al territorio que seria nuestra fuente de recursos, y por consiguiente de armas y municiones?

Por otro lado, ¿cómo abandonar tampoco a la recien adquirida Antofagasta? ¿Qué desastroso efecto para la causa revolucionaria no hubiera producido un abandono semejante?

Y luego, Antofagasta tambien contribuiria con algun dinero para el fondo destinado al armamento: era necesario conservarla.

***

Pero las armas seguian necesitándose, y ahora con mayor urjencia que nunca. Era preciso buscarlas a toda costa; era preciso volver los ojos a otra parte.

El 21 de marzo, el mismo dia de la ocupacion de Antofagasta, llegaba a Iquique la noticia de que el 19, dos dias antes, se habian sublevado en Tacna 300 hombres del Quillota. Hubiera convenido marchar en el acto en socorro de los amotinados; mas, ¿cómo hacerlo, ocupadas como estaban nuestras fuerzas en la persecucion a Cámus?

Fué necesario someterse a una forzosa demora, y solo el 3 de abril pudo llegar la espedicion constitucional a Arica, desembarcando a la vez por las caletas de Vítor y de la Capilla.

Desgraciadamente, la espedicion sobre Arica y Tacna, aunque combinada con el mayor cuidado para impedir la fuga de los dictatoriales, no consiguió evitarla. La caballería de Parra, de este jefe que tan postiza fama habia adquirido en la guerra contra el Perú mediante ajenas hazañas, la caballería de Parra huyó despavorida hácia territorio peruano, perseguida de cerca, y en menor número, por los cansados «chuzos» de nuestros atrevidos y despechados jinetes.

Y si esta tímida operacion ejecutaba quien a lo menos debió respetar su fama de valiente, ¿cómo era de suponer que Arrate y Gana, que nunca la tuvieron, y ante cuyos ojos azorados aparecian aun con siniestro brillo los recientes resplandores de la victoria de Pozo Almonte, se atrevieran a resistir el empuje de las vengadoras y triunfantes lejiones constitucionales?

Fueron, pues, a lucir su cobardía a tierra de peruanos, y allí han permanecido hasta ahora, haciendo a veces alardosas y, por cierto, siempre frustradas tentativas para venirse al sur, cuando el rubor quemaba sus frentes al oir con cuán soberano desprecio los apellidaba *chilenos* el asombrado pueblo de Arequipa.

Mas, como resultado de nuestra espedicion, nada, absolutamente nada. Unos cuantos fujitivos más, una nueva provincia, pero ni una sola arma, ni una sola.

Los ávidos ojos de los revolucionarios se fijaron entonces en Copiapó. Allí tambien habia tropas. Allí estaba, sobre todo, el ponderado Stephan. Este no imitaria a Parra, Arrate, Gana y Cámus: éste se batiria. Era preciso ir en busca de las armas que sostenian la causa de la dictadura en la provincia de Atacama.

***

Y entonces, en una hora tristísima para la causa constitucional, se espedicionó sobre Caldera. El plan se habia combinado de suerte que si las fuerzas dictatoriales, huyendo de Caldera y Copiapó, se dirijian hácia el sur para replegarse a la division de Coquimbo, antes de llegar a este último punto fueran cortadas por una brigada de nuestro ejército, que podria de ese modo batirlas y apoderarse de sus armas. Armas y municiones: esta era la necesidad mas imperiosa de nuestra situacion, y a ella estaban subordinadas todas las demas.

Llegó nuestra escuadra a Caldera, se apoderó del puerto sin resistencia, desembarcaron nuestros hombres, avanzaron sobre Copiapó, pero ya el enemigo habia desaparecido, llevando en su fuga, como testigos de su cobardía, a los principales y mas prestijiosos caudillos de los partidos de oposicion. Corrió una division nuestra a cortar por el sur la retirada a los fujitivos, y entonces Stephan, acorralado, hubo de imitar a Cámus en su fuga. Trasmontó los Andes, empaquetó sus armas, las entregó a las autoridades arjentinas como Cámus las habia entregado a las bolivianas, y, atravesando de nuevo la cordillera a pesar de la rijidez del invierno, logró llegar a Santiago con su tropa.

No habíamos recojido tampoco en Atacama un solo fusil, y ¡ai! en cambio el *Blanco* era sumerjido en la bahia de Caldera por un torpedo balmacedista. Nuestros elementos navales, esparcidos en una larga costa, perdian la tercera parte de su eficacia y tendrian que mantenerse en una forzada y vijilante defensiva a fin de precaver el envio de una espedicion al norte por el dictador. En cuanto a las fuerzas terrestres, esparcidas tambien, a su turno, en un territorio de estension enorme, se encontraban reducidas al mismo número que despues de la batalla de Pozo Almonte. Al entrar en pelea teníamos allí 1,300 fusiles, que, adicionados con 800 quitados al enemigo, daban una suma de 2,100; los sublevados de Antofagasta contribuyeron con 200, y con esos enterámos 2,300; entre los pasados y dispersos de Antofagasta y entre los vecinos de Atacama pudieron reunirse otros 100. Total, 2,400. ¿Y con ese número de fusiles íbamos a emprender la liberacion de Chile del dominio de la dictadura, que por entonces pregonaba en sus documentos oficiales y en sus diarios los 30,000 hombres bien armados, amunicionados, vestidos y disciplinados a que ascendia la cifra de su brillante y leal ejército?

***

No se olvide, sin embargo, que entre esos 2,400 fusiles que por entonces tenia la oposicion hemos contado la totalidad de las armas de fuego de nuestra infanteria, y ya dijimos de qué manera habian sido pesquisadas ellas en Iquique y cómo improvisó Trewhela su máquina adaptadora de cápsulas. El número de

2,400 podia, pues, reducirse a 1,400 sin exajeracion alguna, y aun ese hubiera sido el deber de los jefes militares que para cualquiera operacion de guerra hicieran el cómputo de nuestras armas. Habia quizá mas de mil fusiles viejos e inútiles, que servian, es verdad, para ejercitar la jente, pero que se trasformaban en elementos viciosos y hasta llenos de peligro en caso de combate. Teníamos únicamente, segun eso, 1,400 hombres armados, ¡y con ellos manteníamos en son de guerra cuatro grandes provincias, a pesar de los rabiosos esfuerzos de un tirano dueño de vidas y haciendas, que se hacia obedecer por un ejército poderoso de 30,000 hombres de las tres armas!

No era posible, ciertamente, dar a conocer al público la tremenda verdad de aquella azarosa situacion; y si la guerra de mentiras ha sido alguna vez noble y eficazmente empleada, nunca lo fué mejor y mas uniformemente que entonces. Los jefes constitucionales esperaban armas de una u otra fuente; a todas partes habian hecho encargos y pedidos; cuanto dinero se reunia era dedicado a ese objeto, y fué por esos dias cuando se mandó a Estados Unidos al *Itata* con la esperanza de que volviese cargado de cañones, ametralladoras, fusiles y municiones.

***

El dinero, por otra parte, escaseaba. ¿Cómo atender, únicamente con el producto de las aduanas, a los variadísimos gastos que imponia, no solo la administracion regular del territorio, no solo la compra de armas, víveres y pertrechos sino tambien el sostenimiento de un ejército numeroso?

Porque el ardor y el entusiasmo de los pueblos del norte rayaban en verdadero heroismo. Trabajadores de las salitreras habia que ganaban 5, 6, 8 y aun 10 pesos diarios en las oficinas, sin que sus vidas corrieran allí el menor riesgo, y, esto no obstante, acudian en masa a enrolarse en las filas del ejército constitucional para encerrarse en los cuarteles a dormir mal y comer peor, sin recibir por todo sueldo, a título de *suple*, mas que la modesta suma de *diez pesos* mensuales! Muchos de ellos, que disponian de fondos y que creian corta la campaña, hasta se contentaban con el escaso rancho y renunciaban por completo a toda remuneracion.

¡Rotos jenerosísimos! Se figuraban sencillamente que eran hombres los que faltaban para hacer frente a los pretorianos de Balmaceda, y su asombro y su desilusion eran indecibles cuando, admitidos a la intimidad de los cuarteles, comprendian que hombres teníamos de sobra y que lo que realmente faltaba eran armas y municiones.

Cómo pudo por tanto tiempo mantenerse guardado aquel terrible secreto es quizá uno de los mas grandes prodijios de esta maravillosa campaña. Las cartas que llegaban al sur, fueran de soldados o de oficiales, agregaban casi invariablemente un cero a la escasa cifra de los defensores de la constitucion. A doce, trece, catorce, quince, dieziocho, hasta veintidos y veintitres mil hombres ascendia en esas comunicaciones el número de nuestras tropas a los asustados ojos del dictador y de sus ajentes. Quizá los numerosos espias enviados de aquí a reconocerlas y contarlas llegarian refiriendo lo que en realidad sucedia; pero era tan admirablemente uniforme aquella conjuracion del patriotismo, que de seguro Balmaceda, desconfiado y suspicaz por naturaleza, se inclinaria mas bien a creer exajeradas las relaciones de sus parciales. Recordamos que la NACION misma, hablando por entonces de las fuerzas constitucionales, las hacia llegar a unos 5,000 hombres de las tres armas. Y si esto era lo que el dictador publicaba, no parece aventurado suponer que en el fondo de su conciencia las calculase en 7,000 por lo menos.

***

Mientras tanto, no era posible tampoco reducir nuestro ejército al mismo número de fusiles con que contábamos. En prevision de la llegada de las armas que se esperaban y a fin, sobre todo, de impedir que los espias enemigos hiciesen cálculos uniformes y exactos, convenia mantener enrolado en los batallones un número de hombres superior al de los fusiles, no importaba, aunque dolia, el mayor gasto que tal medida imponia al exhausto erario.

Los batallones tenian, pues, una dotacion de armas que alcanzaba apenas para la mitad de su jente. Las municiones eran tan escasas, que no habrian alcanzado para una hora de fuego por cabeza, y por esa causa, aunque los ejercicios menudeaban,

nunca se pudo por ese tiempo hacer uno solo de fogueo ni de tiro al blanco.

Los soldados con esto se aburrian, y si no hubiera sido porque esperaban de un dia a otro la llegada del *Itata*, muchos de ellos habrian abandonado los cuarteles, murmuradores y disgustados.

Si esto pasaba en Iquique, en donde la guarnicion era mas atendida por cuanto era tambien mas necesaria, en otros puntos llegaban a su colmo los males de la escasez. El Antofagasta número 8, al mando de su valeroso y entusiasta comandante Goñi, cubria la guarnicion del puerto de su nombre, y la falta de armas llegaba allí a tal estremo, que hubo dia en que todo el batallon no dispuso mas que de un fusil, de uno solo, y era el que servia al centinela para hacer la guardia en la puerta. Cuando llegaba el relevo, el soldado trasmitia a su sucesor las órdenes junto con la canana y el arma.

***

Y no solo las armas y las municiones escaseaban sino tambien los víveres, el equipo y el vestuario. Dedicado el dinero a la satisfaccion de la necesidad mas premiosa, cual era la de adquirir armamento y municiones, y siendo escasos y carísimos los víveres mediante el bloqueo de papel, pero no por eso menos efectivo, descubierto por Balmaceda mediante la prohibicion de esportar mercaderias a las provincias ocupadas por los revolucionarios, hubo en aquellas áridas rejiones dias verdaderamente amargos y en que costaban un dineral los artículos mas necesarios para la subsistencia. Las entradas no alcanzaban a llenar aquel cúmulo de exijencias de primer órden. Manos pródigas, entre las cuales debemos mencionar desde luego a la señora doña Juana Ross de Edwards, a su hijo don Agustin Edwards y a su hermano don Agustin Ross, acudieron, con un desprendimiento que no será nunca bastante elojiado, en ausilio de los apurados patriotas; y no obstante esos cuantiosos socorros, que evitaron en realidad nada menos que el fracaso del movimiento revolucionario; no obstante eso, decimos, era imposible atender a todos y a cada uno de los multiplicados servicios que demandaba la organizacion y subsistencia de un ejército en campaña.

Así, por ejemplo, la falta de ropa era tal, que los soldados

dormian jeneralmente en el suelo, a no ser que por industria y de peculio propio se proveyeran de camas y de cobijas. No habia que pensar en pantalones, chaquetas, botas ni kepis, ni menos en calzoncillos, camisetas ni camisas. Eso hubiera sido preocuparse desde luego en lo que a todos parecian prendas de verdadero lujo. Nada mas que por armas y municiones era por lo que todos clamaban y lo que sin descanso exijian. ¿Prendas de vestuario? Esas se las procurarian los soldados mismos con su trabajo. Y así, cuando ya las tirillas apenas se les sujetaban en el cuerpo, acudian respetuosamente a sus jefes y les pedian permiso de quince dias o de un mes para ir a trabajar en las oficinas salitreras, o en las minas, o en sus oficios respectivos, a fin de proveerse de la "ropita" que les faltaba.

***

De este modo, con tales sacrificios se mantuvieron aquellos heroicos rotos mientras hubo esperanza de que llegara el *Itata* con las armas. Pero, ¿de qué manera pintar la desesperacion y el desaliento que se apoderaron de ellos cuando, arribado felizmente a las costas constitucionales el perseguido barco con su valioso cargamento, llegaban tras él, ardientes de saña y de ira, los bajeles de la gran república americana, y, vomitando sangrientas amenazas, que hubieran podido dar márjen a un doloroso y desigual conflicto, exijieron la entrega inmediata de aquellas armas que iban a utilizarse en derrocar una ignominiosa tirania? ¿Cómo pintar la sorda e impotente cólera de nuestros jefes al ver anclar en la rada de Iquique a la escuadrilla americana en son de guerra y al recibir su imperioso y descortes ultimatum? ¡Ah! Grandes amarguras han sufrido los valientes defensores de nuestra libertad, pero ninguna tal vez puede equipararse con la que entonces, en aquellos momentos críticos, vidriosos, desesperantes, angustiados les hizo probar la inesplicable parcialidad del gobierno americano y de sus ajentes en favor del hombre que tiranizaba a Chile.

Las exijencias del almirante yankee no dabau márjen a otra alternativa que o la de romperse inmediatamente los cascos con los Estados Unidos, o la de entregar íntegro, completo, intacto,

bajo minucioso inventario, el cargamento traido por el *Itata* junto con el buque mismo.

Pensar en lo primero parecia simplemente absurdo, aun contando como por escepcion con un éxito momentáneo y pasajero. Y una bravata contra los Estados.Unidos por parte de los constitucionales ¿no equivalia a la pérdida casi segura de la revolucion y al triunfo quizá definitivo y sin vuelta de la dictadura?

La entrega del *Itata* y de su cargamento era, sin duda, dolorosísima; pero ¿moriria por eso la revolucion? ¿No seria posible, haciendo nuevos esfuerzos de abnegacion y de labor, mantener aun por algun tiempo aquella situacion engañadora y buscar en otra parte las armas que los norte-americanos nos arrebataban?

A esto último hubo, pues, de resolverse el gobierno provisorio, y el cargamento del *Itata*, sin que faltasen ni una cápsula, ni una cartuchera, ni un fusil, fué devuelto a los exijentes representantes de los Estados Unidos. Casi entregábamos con ello la suerte de la revolucion; casi pregonábamos el peligroso secreto de nuestra debilidad; pero ¿qué remedio? ¿No habiamos pasado antes por peripecias, dificultades y trances mas peligrosos todavia?

Fué necesario recurrir de nuevo a la guerra de mentiras para impedir que el pais se doblegase bajo el yugo de la dictadura, y nunca corrieron bolas mas halagüeñas, nunca fué tomado mas veces Coquimbo, nunca tampoco las torpederas y el *Imperial* fueron mas veces echados a pique por nuestros buques.

* * *

Pero si estas piadosas imposturas lograban engañar a muchos en el sur; si conservaban en el pueblo de Chile la fé y el afecto a la revolucion, estaban mui lejos de producir idéntico resultado en nuestras tropas. Los pobres soldados, perjudicados en su salud, en su libertad y en su fortuna, veian alargarse demasiado el plazo que se les habia fijado para proveerlos de armas y de municiones y para emprender la obra redentora mas al sur. Sin armas, y por lo tanto sin ejercicios, pobres, harapientos, los dias pasaban en medio de una forzada ociosidad, y el aburrimiento y el tedio comenzaron a dominar los corazones.

Las deserciones alcanzaron a una cifra alarmante; el descontento ganaba cuerpo; los balmacedistas se atrevian a echar de menos en voz alta las gangas de la tirania, las colmadas ollas de Ejipto. Una sombra de tristeza, una indiferencia fúnebre, un torpor moral se apoderaban de muchos. En pocos dias el número de nuestros soldados escedia en mui poco al de las armas con que contábamos.

La labor de los jefes se duplicaba. Junto con los esfuerzos que les era necesario hacer para evitar que continuara el desbande del ejército; junto con las artimañas de que tenian que valerse para que la verdad desnuda de aquella situacion no llegase a los oidos del dictador y de sus allegados, debian tambien, y sin descanso, y sin ahorrar sacrificios, preparar la venida de nuevas armas, municiones y pertrechos que reemplazasen a los que nos habia llevado el *Itata*. Contar en sus pormenores esos esfuerzos y las negociaciones que con tal motivo se entablaron seria por el pronto una obra de largo aliento, sin contar con que la importancia fundamental de la materia reclama para ella un capítulo especial. Avancemos desde luego, sin embargo, que en esa obra salvadora tuvieron en Europa un papel de primer órden los señores don Agustin Ross y don Augusto Matte, y que en Chile, fuera de los miembros de la Junta de Gobierno y de altos funcionarios de la revolucion, correspondió una parte decisiva a la patriota y distinguida matrona doña Juana Ross de Edwards.

***

No seria posible pasar aquí en silencio la importantísima mision que correspondió en esos dias a nuestra sufrida escuadra. El peso de la pérdida del *Blanco* gravitaba sobre los alentados corazones de los jefes y oficiales de marina; y comprendiendo, despues de aquella embestida de las torpederas enemigas, cuán posible era que el dictador organizara con ellas, con el *Imperial* y con algun otro buque rápido, como el *Mapocho* por ejemplo, una espedicion de tres, de cuatro o de cinco mil hombres que cayese como un rayo sobre cualquier punto de la desguarnecida costa de Tarapacá, vijilaban cuidadosos, se movian incesantes, sabiendo que la suerte de aquel ejército diminuto, aburrido y desprovisto de municiones y de armas, la

suerte de la revolucion y, por lo tanto, la de Chile, dependian esclusivamente de su vijilancia y de su celo.

¡Dias larguísimos y amargos! Las naves enemigas, de superior andar y cuidadosamente recorridas en los diques de Valparaiso antes y despues de cada una de sus salidas, tenian que ser contrarrestadas y perseguidas por barcos mas pesados, que no limpiaban sus fondos desde su partida de este puerto, y cuyas máquinas, sin un momento de pára, sufrian las naturales consecuencias de tan ímprobo trabajo. Y no solo debia nuestra escuadra impedir las fáciles correrias de las torpederas y del *Imperial* y la perturbadora aparicion de estos buques en los distintos puntos de la costa dominada por nuestras armas; no solo estorbar el desembarco de alguna espedicion enemiga, sino mantener aun el buen espíritu de nuestro ejército, ya sea trasportando tropas de un punto a otro para impedir el aburrimiento y poner coto a las deserciones, ya dando el ejemplo de la abnegacion y del sacrificio para que así las fuerzas de tierra soportasen sin murmurar y con paciencia aquella triste situacion, que ni desalentaba ni fatigaba a sus hermanos de la marina.

Cualquier fracaso de alguna de nuestras naves habria tomado entonces espantosas proporciones. Despues de la pérdida del *Blanco*, aquello hubiera parecido una fatalidad irremediable y cruel. Asombra pensar cómo la rápida escuadrilla dictatorial no recorrió entonces la costa del norte sembrando por do quiera la desmoralizacion y la alarma. Asombra que sus jefes no tuviesen ni un solo ímpetu aventurero o valeroso para ejecutar con nuestros asendereados buques alguna fácil proeza. ¿Qué hubiera sido entonces de nuestro ejército? ¿Qué lúgubres caractéres no habria revestido un segundo fracaso a los ojos de aquellos hombres abrumados por la inercia, desalentados por el desarme y prestos ya a murmurar quizá contra los que los habian inducido a comprometerse en una aventura descabellada y temeraria?

***

Fué en aquellas difíciles circunstancias cuando pudo apreciarse en toda su valía el superior temple de alma del animoso jefe a quien confiara el Congreso el amparo de sus derechos y la defensa armada de la Constitucion y de la lei. Es verdad que el capi-

tan don Jorje Montt tenia en su abono antecedentes honorables y habia dado repetidas pruebas de su criterio sano y acertado y de la firmeza incontrastable de su carácter, pero nunca como ahora resaltaron con mas brillo sus virtudes ni nunca puso a mayor prueba sus eminentes dotes de caudillo intelijente y valeroso. Cuando una lejítima y mui esplicable impaciencia por la tardanza de los ansiados elementos se abria paso hasta él en forma de representaciones o de quejas, las escuchaba solícito y atento, y, descubriendo nuevas dotes, calmaba cariñoso a los impacientes, fortificaba la fé de los desalentados, mostraba a todos el camino de la abnegacion y del deber. Previsor, activo. serio y afable a la vez, cuantas personas se le acercaban salian satisfechas de su acojida, y, aunque ajeno hasta entonces a las prácticas de gobernante, era su trato el de un político consumado y sus maneras dignas del jefe de una causa tan hermosa como la de la libertad y del derecho. Marino por temperamento, por educacion y por cariño, el honor habia sido siempre su norte, y a las exijencias de ese austero sentimiento sacrificó muchas veces su tranquilidad y hasta las espectativas de su carrera. Desde niño, apreciado y distinguido por sus compañeros de curso, entre los que figuran los inmortales Prat y Condell, parecia Montt destinado a ilustrar su nombre con algun hecho singular y glorioso; y si en la pasada guerra no pudo compartir el heroismo del primero ni la gloriosa suerte del segundo, no fué ello debido a falta de ánimos ni de empeño sino únicamente a las veleidades de la caprichosa Fortuna. El mar fué casi siempre su hogar de jóven, y mientras muchos de sus compañeros descansaban en tierra, Montt, empeñado en largos y hasta trajediosos viajes, fortificaba sus conocimientos de navegante y su corazon entero y varonil. Al dia siguiente de su matrimonio llegaba a Valparaiso la noticia de haber estallado en Punta Arenas un sangriento motin. Su jefe superior llamaba al comandante Montt para que acudiese con su nave a refrenar a los rebeldes; y el recien casado, sin inmutarse, sin chistar, salia de allí al instante a cumplir su comision. Un compañero se le ofrecia para reemplazarlo con la vénia de su jefe, y Montt rechazaba la amistosa oferta, prefiriendo no deber nada al favor ni al empeño, aun cuando se tratara de los goces de una suspirada luna de miel y aun cuando su ausencia debiera durar un año, como duró.

Un hombre de tales prendas no podia ser mas aparente para afrontar la situacion terrible por que atravesó la causa constitucional despues de la entrega del *Itata*, y en efecto, a la firmeza, a la constancia, a la prevision del capitan Montt se debe en gran parte que aquel rudo golpe no causara en nuestras filas un desaliento mas grande y mas profundo.

***

Es verdad tambien que por esos dias llegaba al norte un colaborador infatigable del comandante en jefe de la escuadra: el comandante don Emilio Körner, a quien debe nuestro ejército su nueva instruccion militar y que, desempeñando las funciones, aunque sin el título de jefe de estado mayor en la última campaña. ha conquistado ya para su frente inmarcesibles lauros y para su nombre y su memoria la gratitud imperecedera del libertado pueblo de Chile.

Entre las grandes condiciones que tanto enaltecen al señor Körner y hacen de él un hombre superior y un militar modelo, una de las mas notables es, sin duda, su incansable actividad. Su sano criterio y su espíritu ilustrado lo indujeron desde temprano a inclinarse decididamente en favor de la causa del Congreso, que era la causa del derecho, y, una vez decidido, aprovechó la primera ocasion favorable para dirijirse a Iquique. Solo pudo hacerlo, en compañia de don Juan Antonio Orrego, del capitan de corbeta don Leoncio Valenzuela y de dos o tres más, a mediados de mayo, cuando la atmósfera del desaliento gravitaba en el norte con peso de plomo en los mas robustos pechos; y, apenas llegado a Antofagasta, aprovechando la estadia de diez horas que tuvo allí el vapor, el incansable teuton se dirijió a tierra presuroso, se puso al habla con el jefe militar, y al punto, sin pérdida de tiempo, comenzó a instruir segun los principios del órden disperso a la tropa acantonada en esa plaza.

Para jefes, oficiales y soldados encerraba una importante y oportunísima revelacion el nuevo dogma militar predicado por este verdadero Mesias del ejército constitucional. La vieja rutina caia despedazada a sus golpes de lójica y de buen sentido; la añeja colectividad, que convertia en máquinas inconscientes a los mas numerosos ejércitos, era sustituida por unidades de com-

bate sumamente diminutas y en las cuales cada hombre hacia ahora el papel de una compañia, cada cabo el de comandante de un batallon, y cada oficial subalterno el de jefe de una brigada o de una division. La intelijente y natural iniciativa de nuestros soldados, que a los ojos de la antigua táctica aparecia como un gravísimo defecto, se trasformaba en cualidad brillante a la luz de los sanos principios que el señor Körner pregonaba con su lenguaje claro y sencillo y con sus lecciones gráficas y prácticas de consumado pedagogo.

Llegado Körner a Iquique, desplegó desde el primer instante la misma actividad y el mismo empeño. Horas despues de su desembarco se presentaba en los cuarteles, hacia formar la tropa y comenzaba a esplicar su moderno método. Se dirijia únicamente a los oficiales, tratando primero de manifestarles en globo las incalculables ventajas de la innovacion y entrando despues en los detalles que constituian sobre el terreno la traduccion en hechos de aquellas ventajosas teorias. Su palabra fácil, su animado jesto, sus esplicaciones claras y precisas, su calor elocuente y convencido mantenian pendientes de sus labios a sus interesados y entusiastas discípulos; pero ¿cuál no seria el asombro del ilustrado militar, y qué mayor elojio puede hacerse de sus incomparables dotes de instructor, cuando, terminada su esplicacion oral y tratando de ensayarla prácticamente, pudo notar que no solo los oficiales seguian los movimientos sino que hasta el último soldado maniobraba en conformidad con los principios y detalles que él acababa de sentar?

Fué aquel un momento de satisfaccion completa para Körner; y cuando recuerda con entusiasmo este primer triunfo suyo, nuncio feliz de los que habia de obtener mas tarde, lejos de achacarse a sí mismo la gloria, se hace lenguas ponderando la intelijencia superior, el increible poder de comprension de nuestros soldados, comparable tan solo a su sin igual bravura en los momentos de la pelea.

***

Un hombre de semejantes dotes, y que desde el primer instante, por una admirable simpatia de gustos y de temperamento, lograba unificarse de tal modo con nuestra tropa, era en

aquellas circunstancias un hallazgo providencial, y por eso el gobierno y los jefes superiores de nuestro ejército le hicieron la mas halagüeña acojida. Faltaríamos, sin embargo, a la estricta verdad histórica si dijéramos que esta acojida fué desde el primer dia jeneral. Muchos jefes se manifestaron reacios y cautelosos. Los unos, empapados en los viejos principios y seducidos por el brillo de las cargas a la bayoneta, de los avances en línea de batalla, de los movimientos cadenciosos, ordenados y uniformes, del aspecto pintoresco y artístico de los ejércitos, criticaban la innovacion como atrevida, inadecuada y prematura; los otros, fijándose tan solo en la nacionalidad del recien llegado, alegaban que seria desdoroso para el ejército constitucional deber sus futuros triunfos a las lecciones de un estranjero, siendo asi que hasta entonces habiamos vencido, reclutas y todo, a las fuerzas de línea balmacedistas sin necesidad de aquellas peligrosas novedades.

Mas, si dejámos constancia de este hecho, es solo para declarar que la conducta jenerosa, el carácter elevado, la intelijencia superior del comandante Körner vencieron mui pronto, y sin hostilidad ni esfuerzos, todas las resistencias y todas las preocupaciones. Dicho sea en honor suyo, y tambien de todos nuestros jefes, nadie discutió dentro de poco, ni la idoneidad del maestro, ni la bondad de sus doctrinas, ni el desinteres y patriotismo de aquel estranjero, ni el decisivo y brillante papel que de derecho le correspondia en la nueva organizacion y enseñanza de nuestro ejército. Y escusado parece agregar que hoi todos ellos, todos, sin escepcion, hacen ardientes votos por que el amor que Körner ha manifestado a Chile y a sus hijos sea suficiente para conservárnoslo siempre, en bien de nuestra patria y en honra, prestijio y restauracion acertada y duradera de nuestro ejército.

Renunciando al puesto de jefe del estado mayor jeneral, que por sus aptitudes le correspondia y que la Junta de Gobierno hubiera deseado desde el primer dia designarle, Körner, para no herir susceptibilidades, se contentó con el modesto cargo de secretario jeneral de ese ramo, aunque desempeñando en realidad la jefatura, de la que siguió siendo titular el ministro de la guerra, coronel don Adolfo Holley. Con sumo desinteres renunció tambien el señor Körner al sueldo de coronel con que la Junta quiso agraciarlo; y al mismo tiempo que con esta modes-

tia se captaba las simpatias de todos, nadie podia menos de admirar sus dotes de soldado infatigable, de jefe hábil y celoso, de instructor incomparable y de organizador activísimo. Todo lo veia, todo lo examinaba, a todo proveia, en todas partes, y en los momentos mas oportunos, era notada su presencia. Por la mañana, al alba, acompañaba a los batallones al ejercicio, instruyéndolos con dedicacion y cariño paternales en los fáciles secretos de la nueva táctica; acudia despues a su oficina a descargarse de las múltiples labores de su puesto y a conseguir que ningun papel durmiera en las carpetas; asistia de nuevo por la tarde a las academias y ejercicios, recorria y visitaba los puestos y servicios de su dependencia, y, por fin, en la noche, a guisa de descanso, aparecia en el local del teatro, en donde lo esperaba un numeroso concurso de jefes, oficiales y paisanos, y daba allí luminosas e interesantísimas conferencias sobre importantes puntos del arte militar, que se prolongaban, sin descanso ninguno para el orador, y como haciendo alarde a la vez de sus robustas dotes físicas y de sus grandes cualidades intelectuales, nunca menos de dos horas, y en ocasiones hasta tres y cuatro.

Qué suma de sanos conocimientos militares adquirió nuestro ejército con esa incansable enseñanza; qué multitud de anticuados teoremas y de arraigada rutina fueron pulverizados por las convincentes esplicaciones y científicas doctrinas de aquel sabio e insinuante conferencista, no es posible ponderarlo. Baste saber que su obra apareció mui pronto tan importante y su concurso tan eficaz y tan valioso a los ojos de los mismos que ántes lo resistian, que la falta de Körner hubiera sido considerada, sin hipérbole, como una de las grandes pérdidas de aquella calamitosa y dramática campaña.

***

Y luego ¡sabia hacerse querer y respetar hasta tal punto por los soldados! Estos, que solo ansiaban un próximo y seguro triunfo, sin preocuparse mucho de los detalles tácticos ni de las conveniencias jerárquicas, habian descubierto en Körner a su hombre. En todas partes lo contemplaban con veneracion y con cariño, y no habia para ellos ejercicio mas agradable que el ejecutado bajo la inspeccion del comandante aleman.

Así tambien la intervencion de Körner daba solucion satisfactoria y pronta a no pequeñas dificultades:

Se trataba, por ejemplo, en uno de esos angustiosos dias, de abrir en la isla Serrano las zanjas en donde debian echarse los cimientos del fuerte que hoi la corona; y basta dar una ojeada a la triste situacion que dejamos descrita para comprender la conveniencia que habia, por una parte en entretener de algun modo a la tropa que carecia de armas, por otra en ahorrar jornales, y por último en resguardar a Iquique contra cualquier golpe de mano de la escuadrilla y ejército dictatoriales.

Se mandó a la isla un batallon a cargo de sus oficiales y se trató de entregar barretas, palas y carretillas a los soldados a fin de que se empleasen en la remocion de tierras; pero los valientes pampinos, que estaban dispuestos a servir por diez pesos mensuales y hasta grátis en las filas constitucionales en cuarteles y batallas, se sintieron heridos al ver que los destinaban a trabajos de gañanes.

—Somos voluntarios, decian, y nos hemos enrolado en el ejército para pelear como soldados, nó para trabajar como peones. Esta ropa que tenemos nos ha costado nuestro bueno. Y si la rompemos o la ensuciamos ¿quién la paga? ¿De dónde sacamos otra?

Imposible hacerlos apearse de su macho: eran voluntarios y no trabajaban, siendo de advertir aquí que los constitucionales llenaban siempre la boca con su título de *voluntarios*, oponiéndolo como orgulloso contraste a los pobres forzados del ejército de la dictadura.

¿Qué hacer en tal emergencia? ¿Medidas de rigor? ¡Ni pensarlo! Ni entónces, ni ahora (y ojalá que nunca en lo futuro) ha sido empleado el ominoso *palo* como medida de correccion para los defensores de la legalidad. Contra el soldado de mala conducta no habia en nuestro ejército mayor ni mas doloroso castigo que la espulsion. ¿Y cuántos de esos mismos espulsados no se han venido despues como «de guerra» en los vapores, amparados por sus compadecidos compañeros, y presentádose a sus jefes el dia del desembarco para que les hicieran «la gracia» de dejarlos pelear en su antiguo cuerpo?

El rigor habria sido, pues, tan ineficaz como impolítico; y por otra parte, si aquel batallon no trabajaba en el fuerte, de se-

guro que ningun otro querria ser menos y que la urjente obra sufriria entonces una perjudicial paralizacion.

Se dió cuenta de este hecho al comandante Körner, agregándole que todos los esfuerzos amistosos de oficiales y ayudantes habian sido inútiles para inducir a los soldados a la obediencia.

Körner se rascó la oreja pensativo, tomó una resolucion, y al punto se trasladó a la isla Serrano.

Formada la tropa, dirijió a los oficiales una especie de amonestacion a fin de hacerles notar que no era posible exijir un servicio de esa clase a soldados voluntarios.

—Yo sé, agregó, que el soldado chileno es un modelo de disciplina y de obediencia, pero no debe pedírsele más que lo que está obligado a cumplir. Nosotros, jefes y oficiales, debemos darle en todo caso el ejemplo. Si nuestra ropa se rompe o se ensucia ¿qué hacerle? El gobierno nos dará otra... si puede. Si nos fatigamos, parece natural que agreguen al rancho alguna racion de vino. Con que así, señores oficiales, a la obra.

Y despojándose de su casaca e invitando a los oficiales a que lo imitaran, empuñó una barreta, comenzó a herir con ella el suelo, llenó en seguida una carretilla con la tierra, y, vigoroso y sereno, se puso tranquilamente a empujarla. Los oficiales hacian otro tanto.

La descontentadiza tropa estaba avergonzada. Muchos sudaban más que si ellos mismos trabajaran. Algunos por disculparse comenzaron a decir por lo bajo:

—¡Qué gracia! Si nos hubieran dicho que reponian la ropa... y que daban racion de vino...

Körner paró la oreja.

—¡Bien decia yo que no les habrian dicho nada! esclamó.

—Sí, pues, mi comandante: no sabiamos...

—¡Ah! Entónces ya lo saben. ¡A trabajar!

Y aquellos hombres, que veian humillados el noble ejemplo de su jefe, se entregaron a la tarea con una decision y un empeño de verdaderos voluntarios, nó del fusil, sino de la pala y la barreta. (1)

---

(1) Al dar a luz en el Mercurio esta anécdota, la referímos en la misma forma en que por diversos conductos llegó a nuestros oidos en Iquique; pero el comandante Körner, tan celoso de su propia modestia como del buen

***

Al mismo tiempo que de estos medios se valía el comandante Körner para mantener en nuestras filas la cohesion y para evitar el desaliento creciente que las invadia, los jefes y oficiales del ejército, instruidos ya en la nueva táctica y convencidos de sus ventajas, se dedicaban con ahinco a la instruccion de la tropa por medio de diarios y variados ejercicios. A fin de que éstos resultasen mas lucidos se tomó la determinacion de repartir al ejército los cuatro mil fusiles Mannlicher capturados por la escuadra en Valparaiso en los primeros dias del pronunciamiento, y con esta medida se logró tambien en mucha parte retener a los aburridos.

Hasta se pensó en fabricar proyectiles para estas nuevas armas, con cuyo objeto se utilizaron algunas cápsulas de carabina Winchester que existian en el parque; pero se desistió mui pronto del intento, porque el ensayo no produjo resultado favorable. Las cápsulas estallaban, es cierto, pero salian del ánima sin direccion ni fuerza, de tal modo que alcanzaban apenas a cien metros de distancia. Y como la provision de esas municiones no era grande, y como ademas en nuestra miscelánea de armas teníamos algunas carabinas Winchester que podian utilizar esos tiros con eficacia, se resolvió mas bien esperar con paciencia las municiones Mannlicher cuyo envio se anunciaba desde Europa.

***

Mientras tanto, los ejercicios segun la táctica del órden disperso continuaban.

---

nombre de sus soldados, nos dirijió por esos dias la siguiente rectificacion:

"En la isla de Serrano, en Iquique, no hubo necesidad de quitarme la casaca y trabajar yo mismo, sino que la pregunta de si querian que sus hermanos quedasen espuestos sin proteccion a los fuegos de los cañones, o si querian que nosotros, que teniamos tanto que hacer, trabajáramos para que ellos pudieran descansar, bastó para que los soldados gritaran:

—¡Nó! nó! Nosotros trabajaremos.

El vino y los cigarros se les mandaron como sorpresa agradable, sin habérselos prometido."

Los fundamentos de este sistema eran ya conocidos entre nosotros desde 1879, y, como toda innovacion, encontró entonces apóstoles entusiastas y rabiosos adversarios. Todos los viejos militares, los de los tiempos de capa y espada de la era moderna, acojian con sonrisas de lástima los esfuerzos del introductor del nuevo método: el ilustrado comandante de Zapadores don Ricardo Santa Cruz, fatalmente arrebatado a una existencia gloriosa y fecunda en la batalla de Tacna.

Algunos jefes, como el comandante Toro Herrera, del Chacabuco, adoptaron en esa época la táctica introducida por Santa Cruz, y fué un hecho notorio que en la batalla de Tacna, mientras los cuerpos que se batian en formacion unida esperimentaban tremendas bajas en su avance sobre las posiciones enemigas, los que emplearon el órden disperso no sufrieron ni la tercera parte de las de los primeros. Pero, muerto allí el comandante Santa Cruz, y partidarios los jefes superiores de los principios de la cartilla en que habian aprendido en su niñez, quedó el órden disperso relegado entre nosotros a un ingrato, injusto y hasta peligroso olvido. Volvió el ejército a ser un cuerpo de ostentacion y de parada, mui bien vestido, mui bien armado, mui atento a la corneta y a las voces de mando, pero tambien mui atrasado en lo relativo a su verdadero objeto: las operaciones militares en el campamento, en la marcha o en la batalla.

No era precisamente el sistema introducido entre nosotros por el comandante Santa Cruz el que ahora enseñaba Körner a nuestro ejército, aunque en realidad el órden disperso le sirve de base fundamental.

Este sistema de órden disperso no es, por lo demas, una novedad de ayer. Lo introdujo por primera vez en Prusia, en el año de 1847, el que era entonces hermano del rei de ese belicoso estado y que subió despues al trono con el nombre de Federico Guillermo I, llegando, mediante triunfos no interrumpidos y brillantes contra la Dinamarca, el Austria y la Francia, a ser coronado en 1870 emperador de Alemania. En todas esas guerras se probó la escelencia del nuevo método, que fué sufriendo con la esperiencia mejoras sucesivas, en armonia con los progresos que alcanzaban las armas. La última reforma implantada en Alemania corresponde a 1889; pero el actual emperador, comprendiendo que las maniobras uniformes y los ejercicios de

aparato de nada sirven, si acaso no perjudican en los momentos de la batalla, ha dedicado sus desvelos a conseguir que el ejército aleman abandone aquellos movimientos automáticos y mecánicos tan preconizados por las antiguas tácticas y se dedique por completo a obtener la instruccion necesaria para batirse con eficacia y con ventaja. Esta reforma, que Körner ha estudiado con la dedicacion propia de un hombre enamorado de su profesion, tiene por base, naturalmente, el mismo órden disperso implantado en el ejército prusiano desde 1847 (y que hoi constituye el fondo de la táctica de casi todas las grandes potencias europeas), pero debiera llamarse, mas bien que órden "disperso," órden "de columnas por compañia," puesto que la parte mas sustancial de la innovacion consiste en dar a cada compañia el papel que desempeñaban antes los batallones. De este modo se subdividen los comandos, y por lo tanto la responsabilidad y la iniciativa de los hombres, sin que pierdan por eso su antigua cohesion y unidad. Así, repartida cada compañia en tantas "escuadras" como grupos de a ocho soldados hai en ella, salen a batirse al mando de un cabo y operan ante el enemigo con la misma libertad con que antes lo hacian una compañia o un batallon entero, desplegándose, replegándose, aprovechando las sinuosidades y accidentes del terreno para herir mejor y con mas ventaja a los contrarios, suspendiendo o haciendo mas nutridos sus fuegos a la voz de su cabo, y maniobrando en el campo segun a juicio de éste convenga para conseguir mas fácilmente el objeto propuesto.

Este sistema de las escuadras de a nueve hombres como unidad militar no ha sido implantado aun en Alemania, en donde solo se medita la reforma para el año venidero; pero el comandante Körner, conocedor del sistema y de las ventajas que ofrecia a la índole especial del soldado chileno, no vaciló en enseñarlo a los cuerpos del ejército constitucional. El éxito ha coronado brillantemente su obra, y él es la mejor prueba de las ventajas del nuevo método, que el ejército de Chile ha tenido el honor de introducir y de probar en la práctica.

***

No dejará de ser sensible para los aficionados a esa especie de

juego a los soldaditos a que con su aspecto vistoso se prestaba tanto la antigua táctica, saber que la nueva no solo no pára mientes, ni en la uniformidad del paso, ni en las filas como una tabla, ni en las maniobras a son de corneta, ni en las columnas converjentes, ni en los ejercicios de armas en que se sentia un solo golpe, sino que en ocasiones rechaza y proscribe como perjudicial esa ociosa uniformidad. En las maniobras de guerra la corneta es jeneralmente reemplazada por el pito; en las marchas se prefiere el paso jimnástico, llano, suelto, a lo que da la pierna, al paso doble, redoblado, regular y siempre metódico de antaño, y, por fin, toda la enseñanza del soldado se limita a instruirlo en lo que necesita saber para causar mas bajas al enemigo, y nó para lucirse en procesiones, acompañamientos, formaciones y paradas en el Campo de Marte los 19 de setiembre de cada año. (1)

---

(1) Estos principios se hallan tan claramente esplicados en los siguientes párrafos del folleto que para la instruccion de jefes, oficiales y clases se hizo imprimir por entonces en Iquique, que no resistimos a la tentacion de darlos a conocer al público:

«El órden disperso, dice, es un escalonamiento de tropas que va precedido por una línea de tiradores que, reforzada, nutrida e impulsada por los refuerzos sucesivos sacados de los escalones de retaguardia, permite llevar el ataque a la distancia que se quiera.

Los tiradores llevan su arma de la manera que sea mas cómoda y no están obligados a conservar el compas del paso ni la regularidad en los alineamientos.

Los movimientos de una línea de tiradores no pueden ser ejecutados con la misma igualdad que los de una tropa en filas unidas, pues dependen esencialmente de la naturaleza del terreno y de otras circunstancias variables del combate.

Se atravesará lo mas rápidamente posible los espacios descubiertos que tengan que recorrerse para aproximarse al enemigo.

En la instruccion se tratará de desarrollar la iniciativa individual en los diferentes grados; de conservar una cohesion íntima en cada fraccion de tropa y en su conjunto; de mantener el órden y calma indispensables, y exijir que la ejecucion de las prescripciones reglamentarias sea lo mas completa posible.

Debe terminar siempre la instruccion del órden disperso con movimientos en órden cerrado, que se harán ejecutar con toda regularidad. Esta prescripcion tiene por objeto mantener en la tropa los hábitos de órden y disciplina que son tan indispensables para la cohesion.»

***

Con esta variedad de entretenimientos, que daba por resultado instruir nuestra tropa como jugando y prepararla para que a la llegada de las armas se encontrase lista para hacer uso de ellas en pocos dias, se logró poner coto a la dispersion que nos amenazaba y mantener bajo las banderas un importante núcleo de soldados que se habian encariñado con la ventajosa táctica introducida por el comandante Körner.

A pesar de todo, el esparcimiento de nuestro pequeño ejército en el territorio de cuatro grandes provincias mantenia entre espinas a los miembros de la Junta de Gobierno. Cualquiera espedicion balmacedista, por poco numerosa que fuera, podia ocupar Antofagasta y Atacama. Hasta se corrió la noticia de que el dictador pensaba espedicionar por tierra sobre esta última provincia a fin de atraer allí a nuestro ejército, al mismo tiempo que una division naval se dirijiria sobre Iquique o sus cercanias con el propósito de arrebatarnos por sorpresa ese puerto. El *Mapocho*, detenido en el Callao por las autoridades peruanas, estaba próximo a zarpar a Chile, se decia, para ponerse a las órdenes del gobierno de Santiago, y este vapor, junto con el *Imperial* y las torpederas, bastaria para conducir un número de soldados capaz de poner en terribles aprietos a los defensores de Tarapacá.

Los ajentes de la Junta de Iquique confirmaban la exactitud de estos rumores y daban cuenta de las activas jestiones de los dictatoriales para conseguir al *Mapocho* de grado o por fuerza. Todo hacia presumir que Balmaceda meditaba algun plan funesto para nuestra causa.

Despues de largas meditaciones, y con los corazones oprimidos ante la gravedad de la medida, los miembros de la Junta de Gobierno acordaron abandonar la provincia de Atacama para el caso no improbable de que la llegada de las armas que se esperaban de Europa en reemplazo de las que se habia llevado el *Itata* sufriera algun retraso.

Triste era, por cierto, devolver a la dictadura el dominio de esa valerosa provincia, en donde la opinion estaba unánime en favor de la causa del Congreso; pero ¿cómo esponer tampoco,

por conservarla, el territorio de Tarapacá, que era nuestra fuente de recursos y el centro del movimiento revolucionario?

***

El *Maipo* habia zarpado mientras tanto con rumbo desconocido, a las órdenes de su afortunado comandante Gomez, el mismo que en medio de dramáticas aventuras lo sacara de su fondeadero de Valparaiso el 7 de marzo, llevándolo en seguida a Iquique con el valioso continjente de oficiales y jefes embarcados en las costas de Pichilemu.

A los pocos dias de la partida del *Maipo* no era ya un secreto su destino. Iba, a traves de los borrascosos mares del sur, a encontrar en una isla lejana al vapor que conducia desde Europa el valioso cargamento de armas y municiones que los ajentes revolucionarios en Europa habian adquirido a costa de grandes sacrificios, burlando la vijilancia de sus numerosos competidores dictatoriales y logrando, a pesar de todo, proceder con una celeridad que en esas circunstancias valia tanto como el cargamento mismo.

Mientras una ansiedad profunda embargaba los ánimos de los patriotas de Iquique, el *Maipo* navegaba hácia el sur siguiendo al pié de la letra sus instrucciones. Previendo el natural deseo de sus oficiales por conocer el punto de su destino, y no queriendo, por otra parte, que una impaciencia mui natural los indujera al deseo de precipitar su viaje adelantándose al dia y a la hora de la cita con riesgo de ser descubierto por los ajentes y partidarios del tirano, el comandante Gomez, que estaba en el secreto, les decia que era portador de pliegos cerrados que debia abrir en diversas latitudes, y que en algunos de ellos se le marcaba simplemente el rumbo que habia de seguir y las millas de marcha a que debia ajustar su máquina; en otros:—"Siga el mismo rumbo y mantenga el mismo andar," o, todavia: —"Tenga paciencia y continúe ateniéndose a las instrucciones anteriores." De este modo engañó su impaciencia hasta que, llegado a la altura del Cabo, enderezaba al fin la proa hácia el Atlántico y llegaba al punto en donde debia hacerse el trasbordo de las armas.

No es para referido, por cierto, el intenso gozo que esperi-

mentaron los tripulantes del *Maipo* al encontrarse, en el punto y en el dia determinados, con el vapor que conducia el precioso cargamento. Don Manuel Délano, comisionado por los ajentes revolucionarios en Europa para hacerse cargo de tan importante envio, fué objeto de una entusiasta y prolongada ovacion.

Se hizo el trasbordo de las armas con estraordinaria rapidez, y apenas terminada la operacion torció el *Maipo* su proa, y, presuroso y alegre, emprendió su marcha de regreso a Iquique.

Llevaba la salvacion de la patria en su valioso cargamento.

Este se componia de 5,000 fusiles Gras con 2.000,000 de tiros; de 3.000,000 de cápsulas para los Mannlicher que desde el principio de la campaña poseíamos; de 6 cañones Krupp de último modelo; de 1,700 granadas comunes, y de 1,000 granadas Schrapnell.

Unidos estos fusiles a los servibles que existian en el norte, teníamos los suficientes para armar unos diez u once mil hombres de infanteria.

Era la victoria.

* * *

Pero si alegria esperimentaron los tripulantes del *Maipo* al encontrar el buque con las armas ¿cuál seria la de los angustiados iquiqueños cuando vieron llegar a sus playas al esperado vapor?

Fué el 3 de julio (¡ayer no mas!) el dia en que apareció el *Maipo* en la rada, poniendo fin a las patrióticas zozobras de pueblo, gobernantes y ejército, que confundieron sus voces en una sola aclamacion espontánea, unísona y cordial.

"Fué ese un dia, esclamaba editorialmente la Patria de Iquique, en que se levantó de nuestra alma el peso de un secreto inquietante y abrumador; de un secreto que ahuyentaba el sueño de los párpados afiebrados; de un secreto que mantuvimos, ante enemigos y amigos, a costa de nuestra reputacion de hombres de gobierno y de hombres de guerra,—el secreto del desarme de la fuerza constitucional.

Podemos levantar hoi el velo, y lo levantamos con justo orgullo, por via de esplicacion de nuestra actitud durante los cuatro meses últimos.

Hasta el 3 de julio no recibímos del estranjero una sola pie-

za de artilleria, un solo rifle, una sola cápsula. Hasta el 3 de julio, todo el armamento de nuestras tropas consistia, fuera de la partida de Mannlicher que cayó en nuestro poder el 8 de enero en Valparaiso, sin municiones, en *2,500 fusiles* de diversos sistemas, tomados al enemigo en el campo de batalla y dotados de municiones insuficientes para una hora de fuego sostenido.

Gloriosos, queridos fusiles, sin duda. Los quitámos en Pisagua y los perdímos en Hospicio; los recobrámos en Pisagua y San Francisco y volvieron en Huara a poder del enemigo, para quedar definitivamente en manos de nuestros soldados victoriosos en el campo de Pozo Almonte. Cada uno de ellos podria narrar una conmovedora historia de esfuerzos varoniles y de ignorados sacrificios. En todos ellos hai manchas de sangre y huellas de proyectil y de sable. Mas de un intrépido infante de Chile cayó en la pelea empuñando cada uno de esos rifles. Han pasado todos nuestros fusiles seis o siete veces por el fuego de la batalla y dos o tres veces por el fuelle de la maestranza improvisada en los talleres de Tarapacá.

Constituye nuestro armamento un lucido botin de guerra y está vinculado a él el recuerdo de una campaña digna del cantor de la Iliada. Pero nuestros amigos y los imparciales reconocerán que *2,500 rifles* no eran suficientes para ir a buscar al dictador en los baluartes centrales de su poder, y todavia la pósteridad investigadora va a preguntarse, con asombro sincero, cómo han podido fuerzas que contaban apenas con 2,500 fusiles en mala condicion y sin dotacion regular de municiones deshacer columnas de soldados dictatoriales que no bajaban, en conjunto, de 8,000 hombres, y cómo han podido mantenerse durante seis meses en tranquila posesion de las cuatro provincias del norte, en presencia de un usurpador armado con toda la suma del poder público y que se jacta diariamente, en América y en Europa, de tener bajo sus órdenes treinta mil soldados leales y una escuadrilla que es el terror de las naves revolucionarias.

Es casi seguro que la historia, malcriada e impertinente, va a declarar que el melenudo jeneralísimo de la Moneda y el quiscudo estratéjico Bañados Muzard fueron, en buenas cuentas, un par de imbéciles y de fanfarrones de calibre. Si estuvieron al cabo del secreto del desarme de los constitucionales y no supieron aprovechar el momento, a pesar de los treinta mil leales y de las victorias de Moraga en el Pacífico, la crítica los condenará por su cobardia y su impotencia. Y si, a pesar de todo lo que gastan en espias, ignoraron que ocupábamos el norte con 2,500 fusiles casi sin municiones, sus nombres serán entregados a la risa y a la chacota de los niños de escuela como los de dos escapados del Hospicio.

¿No han sido estos personajes de carton capaces de organizar

contra Tarapacá, o siquiera contra Antofagasta o Copiapó, una embestida sustentada por cuatro o cinco mil de sus mejores soldados, mientras no podíamos oponerles, en todo el norte, sino 2,500 malos fusiles, con municiones escasísimas? ¿No se han atrevido a acometernos mientras estábamos desarmados, mientras la *Esmeralda* estaba ausente, mientras Copiapó estaba resguardado solamente por un escuadron de caballeria? Pues bien: vayan tomándose de ese hilo los cándidos que sueñan con la restauracion del antiguo réjimen en estas provincias del norte, y les será fácil comprender a qué se atreverán Balmaceda y Bañados M. una vez que sepan que están circulando a estas horas por nuestras calles arroyos de bruñido acero iluminado alegremente por el sol de Tarapacá, y que ellos tienden irresistiblemente a reunirse en un tremendo cauce con direccion a las provincias que la dictadura azota todavia.

La revelacion del secreto de nuestro desarme pasado no tiene solamente la ventaja de arrojar mucha luz sobre la capacidad militar de los servidores de la dictadura. Permitirá, al mismo tiempo, a nuestros amigos del sur formar idea cabal y exacta de los motivos de nuestra actitud durante los meses últimos. Ellos saben ahora por qué permanecíamos sordos, al parecer, mientras los jemidos de angustia de la sociedad chilena llegaban a nuestros oidos; ellos saben por qué se detuvo en las fronteras de Atacama la ola que arrolló en Tarapacá las fuerzas de la dictadura. Nuestro desarme era la causa de nuestra inmovilidad. Nos dolia en el alma el sufrimiento de Chile y el espectáculo de la infame orjia de los gandules sublevados. Nos dolia nuestra momentánea impotencia y el secreto mismo que debíamos guardar, y esperábamos como al Mesias a la primera nave que llegara a nuestros puertos trayendo a bordo fusiles, municiones y cañones, trayendo a bordo el castigo de los malvados y la salvacion de la patria.

Celebren nuestros amigos del sur como un gran dia de la campaña constitucional el 3 de julio. Las horas amargas pasaron, y no tardará en anunciar el canto de los gallos la proximidad del alba."

***

Los tiempos heroicos de la revolucion constitucional habian terminado con la batalla de Pozo Almonte. La Edad Media, oscura, amenazante, lúgubre, llena de sobresaltos y de peligros, acababa tambien de terminar con la llegada del *Maipo*, y el sol de la época moderna, del reinado de la libertad y del triunfo del derecho, brillaba entónces en todos aquellos corazones, oprimidos por largas horas de angustia y de amargos sinsabores.

Un renacimiento feliz se operaba, nó tardo y trabajoso, como en los pueblos adormecidos por largas horas de opresion y sufrimiento, sino vívido, rápido, deslumbrante, magnífico. Los hombres del norte, al escuchar la noticia del feliz arribo, sacudian su pasajero marasmo como leones que despiertan, o como cóndores escapados de traicionero lazo, y en el ímpetu de su vuelo en nada menos pensaban que en lanzarse de pronto sobre la capital de la república para arrancar de las garras del dictador aquella presa codiciada.

El reparto de las armas se hacia con estraordinaria celeridad. Los soldados acudian de todas partes. Los desertores se acojian de nuevo a sus banderas. La cifra de cuatro mil hombres con que contaba nuestro ejército antes de la llegada del *Maipo* subió en tres o cuatro dias a seis mil. Las oficinas salitreras corrian riesgo de quedar despobladas, y para evitar este daño se resolvió mandar a la provincia de Atacama la 1.ª brigada al mando de su prestijioso jefe, el comandante don J. Aníbal Frias. Atacama, recien arrancada de las garras de Stephan, daria sin duda un valioso contingente de sus bravos hijos al ejército libertador.

***

Mas si todos estaban acordes en la necesidad de espedicionar pronto, al llevar a la práctica la idea se tropezaba con dificultades gravísimas y por el pronto insuperables. Mientras no hubo armas y municiones, ya dijimos que todas las rentas se dedicaban a la adquisicion de estos elementos, descuidando, como no se podia por menos, la provision de ropa y de pertrechos. Ahora teniamos aquellas, pero todo lo demas nos faltaba. Los soldados mejor vestidos contaban apenas con un modesto traje de brin. Mui agradable y pintoresco a la vista, y mui adecuado tambien para el caloroso clima de Tarapacá y Atacama, ese uniforme se hacia de todo punto inconveniente para las provincias de mas al sur, sobre todo durante el helado y lluvioso mes de julio y en un invierno rigoroso como el del presente año. Y fuera de eso nuestra tropa carecia de capotes de abrigo, de frazadas, de ropa interior, de cantimploras, de casi todos los variados adminículos que un ejército necesita al entrar en una ruda y quizá larga campaña. Ni víveres acumulados, ni medios de movilidad, como

mulas, carretones y aperos, ni útiles de parque, ni elementos de desembarco. Teniamos armas y municiones, y con eso creian tenerlo todo unos soldados que solo pensaban en la pelea; pero sus jefes debian proveerlos de lo restante, a menos de esponerse a una eventualidad lamentable y funesta.

Todo aquel cúmulo de pertrechos fué necesario improvisarlo casi. Para la estadia en Iquique y para el mantenimiento a medias de los soldados en los lugares en donde antes residian bastaban los pocos recursos en víveres y en ropa de que hasta entonces se dispuso; y luego, despues del fracaso del *Itata*, no era posible tampoco anticiparse mucho a la llegada del *Maipo* en la acumulacion de pertrechos, porque la adquisicion de éstos costaba un dineral y porque en todo caso debian reservarse fondos en prevision de una posible desgracia. Ahora que el *Maipo* habia llegado y que poseiamos lo principal, aquellas necesidades se hicieron de primer órden, y, siendo tan variadas y tan imperiosas, reclamaban un esfuerzo sobrehumano de parte de los jefes del ejército y de la escuadra.

A medida que se repartian las armas y que el número de voluntarios aumentaba, aumentaban tambien la urjencia de su provision y el monto de las cantidades requeridas. No era posible espedicionar sobre ningun punto del sur, ya fuese éste Coquimbo, Valparaiso, Santiago o Concepcion, con las mismas lejiones de heroicos desarrapados que nos habian dado el dominio de Tarapacá, de Tacna, de Antofagasta y Atacama.

***

En aquellas premiosas circunstancias apareció el hombre que la revolucion necesitaba, y ese fué el capellan en jefe del ejército y antiguo cura de la Ligua, don Francisco Lisboa. Partidario ardiente de la justa causa del Congreso, el capellan Lisboa, desde el dia mismo de su ingreso en la escuadra, manifestó estraordinarias dotes de intelijencia, actividad, tino y enerjia. De temperamento robusto y de aficiones varoniles, acompañaba a las tropas en las mas duras y peligrosas espediciones, soportando alegre la misma existencia y las mismas penalidades que nuestros militares, sin esquivar su persona en los momentos de peligro, y antes bien animando a la jente con la palabra y la actitud.

Su popularidad entre el ejército habia llegado así en poco tiempo a ser universal, y el capellan la sostenia a la misma altura durante los dias de acantonamiento, porque nadie mas servicial, solícito y cariñoso con los soldados, nadie menos preocupado de sí mismo, nadie con mejor voluntad para dedicarse a cualquier tarea que resultara en beneficio de nuestra causa.

Cuando, a la llegada del *Maipo*, surjió el arduo problema del abastecimiento y provision del ejército, dos dificultades principales se presentaron: la una la de la provision misma, que debia ser pronta, rápida y completa para que el bravio entusiasmo de nuestra jente no decayera antes de hallarse lista para espedicionar sobre cualquier punto, y la otra la de los fondos que era necesario invertir en aquella interminable lista de las necesidades que nos asediaban. Artículos de todo jénero podian obtenerse con dinero, y buenos, y con oportunidad, siendo como es Iquique un centro mercantil de primer órden; pero la revolucion tenia que pagar sus compras al contado, tanto para prestijiar rentísticamente su causa, formando contraste con las trampas de que por entonces se valian los dictatoriales, cuanto para conseguir que los recelosos comerciantes acudieran en competencia a un mercado en donde podian realizar negocios brillantes sin temor de las resultas.

Pero ¿qué de centenares de miles, y quizá qué de millones se necesitaria ahora si no se entraba decididamente por el camino de la economia? Los jéneros, los víveres, los elementos de uso y de consumo para nuestro escaso ejército habian costado hasta entonces sumas exorbitantes; los especuladores llovian, pero todos, aunque haciendo alarde de partidarismo, querian locupletarse a costillas de la revolucion. No era posible, tratándose de sumas enormes, seguir el mismo sistema; y desde que don Augusto Villanueva se hizo cargo del laborioso puesto de intendente jeneral del ejército, su primer cuidado fué el de concluir con los dispendios y regularizar los contratos de provision poniendo firme atajo a los anteriores abusos.

El dinero, mientras tanto, era escaso. Entregado desde el principio a las honradas manos del tesorero jeneral don Alfredo Délano, antiguo socio y uno de los jefes del Banco de Edwards y C.ª en Valparaiso, nunca, ni en las mas premiosas circunstancias, habia llegado el caso de encontrarnos en bancarrota, gra-

cias en mucha parte a la honorable y severa administracion del señor Délano, y gracias tambien a su prestijio y crédito personales, que fueron en ocasiones la salvacion de angustiosos conflictos; nunca, decimos, habia llegado la bancarrota a sorprendernos y arruinarnos, pero nunca tampoco habiamos podido—¿y cómo pretenderlo?—contar en nuestras arcas con cuantiosos sobrantes que permitieran de repente afrontar crecidos gastos.

Se comprende sin esfuerzo que el dinero fuera escaso. ¿Cómo entonces adquirir de golpe y a subido precio los elementos de movilizacion y de equipo? ¿De dónde proveerse de pertrechos y de víveres? Y era necesario armonizar esa escasez de fondos con la celeridad en espedicionar; era necesario satisfacer mui pronto las necesidades del ejército, y al mismo tiempo ir gastando a medida tan solo que las aduanas y el salitre produjeran.

***

Fué en esas circunstancias cuando la ya simpática personalidad del capellan Lisboa adquirió proporciones colosales. Justo apreciador de unas dificultades que nadie mejor que él palpaba mediante su contacto diario con los grandes y con los pequeños, se empeñó en vencerlas, y las venció. Púsose al frente de un nuevo servicio, conocido con el nombre de "taller militar," dependiente de la intendencia de ejército, y desde aquel modesto rincon levantó en pocos dias un verdadero ejército de obreros, y principalmente de obreras. Allí se instalaron mesas para los cortadores y cortadoras, allí se almacenaron los paños y los jéneros, allí se abrieron los libros de cuentas corrientes para cada trabajador o trabajadora, y desde allí se repartian por todos los barrios de Iquique los cortes que debian volver trasformados en prendas de vestuario y de equipo. El capellan y sus escasos ayudantes entregaban los botones, el hilo, el jénero, las correas, las cintas, los galones, hacian anotaciones en los libros, recibian las obras concluidas, rechazaban las malas, pagaban semanalmente las cuentas, no descansaban un instante. Ese rincon de la ciudad, antes tan silencioso y apartado, se convirtió como por encanto en laboriosa, ordenada y bulliciosa colmena. Y, a los pocos dias, casacas, pantalones, camisas, calzoncillos, colchones, literas, polainas, cananas, kepis, corbatas,

morrales, mantas, portacapotes, divisas, mandiles, monturas, riendas, paquetes de tabaco y de papel, almohadas, cantimploras, un bazar completo, todo un mundo de artículos de diverso jénero, comenzaron a brotar del taller como creados por la varilla de una maga. Aquella improvisacion tenia todos los caractéres de un prodijio, no siendo el menor de ellos la paciencia incansable del capellan, su afabilidad con todos, su alegría y buen humor constantes, la solicitud con que atendia a las peticiones personales o colectivas de jefes y oficiales que por una u otra causa querian ser, ellos o sus batallones, los preferidos, y, en medio de esto, la minuciosidad de pulpero con que a cada costurera le hacia su rayita en el libro, sin dar ocasion nunca a las reclamaciones por error en las cuentas, ni a quejas por los pagos, que puntualmente se verificaban.

Los carretones cargaban y descargaban a las puertas del taller, iban, volvian y se estacionaban, y pronto un rio de variados pertrechos comenzó a invadir con inagotable corriente los cuarteles, acojido con alegre rostro por los entusiastas soldados.

* * *

Y mientras el taller militar entraba de tan brillante manera en el desempeño de los servicios para que fué creado, las otras dependencias de la intendencia jeneral del ejército y de la armada no se daban un punto de reposo. No solo tenian ahora que atender con mas esmero que nunca las necesidades diarias y cada dia crecientes de nuestro ejército, que seguia aumentando de dia en dia, sino preparar tambien las provisiones que ese mismo ejército y las naves de la escuadra necesitaban para la campaña, procediendo de manera que uno y otro servicio se ejecutaran con prontitud y con cuidado.

El edificio de la aduana, en donde se hallaba establecida la oficina del señor Villanueva y de los empleados de ese ramo de tan vital importancia para un ejército, semejaba durante el dia un hormiguero, para convertirse en la noche, hasta horas mui avanzadas, en concurrido laboratorio. Allí los contadores de los buques y de los cuerpos despachaban sus artículos de consumo diario; acá desembarcaban de las lanchas los bultos de merca-

derías y objetos de provision destinados a la próxima campaña; mas allá eran abiertos los bultos para dividirlos en las distintas porciones correspondientes a cada racion; en otro punto se pesaban y contaban los diversos artículos; en otros se cosian los sacos y se preparaban los paquetes; en otro, por fin, se almacenaban las raciones ya listas. Habia repartimiento de víveres en porciones para cada soldado, para cada compañia, para cada rejimiento y para cada brigada, y todas esas porciones, perfectamente embaladas y distribuidas, debian hallarse prestas para ser embarcadas en el momento oportuno, a fin de que el ejército las llevase consigo en la navegacion, en el desembarco, en la marcha y en la batalla. Un ejército hambriento no va con entusiasmo en busca del enemigo porque el hambre destruye la alegria; ni pelea con esfuerzo, porque el hambre debilita a los mas valientes; ni marcha con firmeza y rapidez, porque el hambre agota las fuerzas físicas; y comprendiendo esto el ilustrado jefe de un ramo tan esencial en la guerra, dedicaba todas sus horas al cuidado y arreglo de sus provisiones de boca.

Y no era, por cierto, tarea sencilla la de formar y empaquetar las raciones, porque la misma composicion de nuestro ejército, todo de voluntarios que habian sido en su mayor parte trabajadores de las pampas salitreras y por lo tanto hombres acostumbrados a ganar mucha plata y a darse con ella la mejor vida posible, la misma composicion de nuestro ejército exijia bastante variedad en su alimentacion y que todos los artículos fueran de escelente calidad. Así, la racion de marcha de cada soldado, o sea los víveres secos, se componia para cada dia de un tarro de conservas de una libra de peso y de un paquete conteniendo 460 gramos de galletas, dos paquetitos de café, uno para la mañana y otro para la tarde, y un paquetito de azucar, la mitad para cada racion de café. La racion diaria de campamento era mucho mejor surtida, y por lo tanto mas difícil de arreglar, pues constaba de 45 gramos de azúcar, 20 de café, 250 de frejoles, 100 de arroz, 5 de ají, 20 de sal, 150 de papas, 460 de pan, harina o galletas, y 460 de carne fresca o en conserva, o, en subsidio de ésta, 230 gramos de charqui.

Buena racion, por cierto, y mui merecida tambien que la tenian nuestras valerosas y entusiastas tropas; pero ¿qué de trabajos no impondria el arreglo y reparticion de ella a los labo-

riosos empleados y operarios de la intendencia del ejército constitucional?

***

Mas como en las marchas no era posible pensar que estas raciones de campamento fuesen cargadas a hombros por la tropa misma, debia de proveerse a su repartimiento por compañias, batallones y brigadas, y esto exijia de parte de la intendencia del ejército nuevos y variados elementos.

Así, cada cien raciones de azúcar, café, arroz, ají y sal se guardaban en saquitos separados que se encerraban en seguida en uno solo, y esto, unido a un lio de charqui, a un saco de harina y a un cuarto de saco de frejoles, componian la carga de una mula; de modo que cinco mulas, cargadas con cien raciones cada una, conducirian los víveres necesarios para el consumo diario de un batallon, y, por de contado, cada grupo de cinco mulas habria de marchar bajo la direccion y cuidado de un arriero.

El servicio de campaña demandaba, pues, arrieros y mulas, y hasta carretas y carretones para el servicio de las brigadas en el acarreo de bultos que, como los lios de charqui, los sacos de harina, de frejoles, de papas, de arroz y de azúcar, apreciados de antemano por raciones, podian ser trasportados, con economia de tiempo y de trabajo, en la misma forma en que los recibia de los compradores la oficina de la intendencia del ejército.

No solo víveres, por tanto, sino tambien elementos de trasporte, como mulas con sus aperos, carretones, bueyes y arrieros, debió buscar el señor Villanueva en aquellos dias de fatigosa pero grata y fecunda actividad.

***

Por mucha que ésta fuera, sin embargo, no era posible improvisar de un momento a otro tantos y tan variados recursos, y así, aun en aquellos dias de trabajo arduo e incesante, nuncios seguros del triunfo que como premio debia coronarlos mas tarde, los observadores superficiales podian equivocarse fácilmente en sus predicciones respecto del resultado de la reyerta.

¿Qué raro que los ajentes del gobierno de Washington, que ni imparciales eran quizá en sus juicios relativos a la revolucion, a su desarrollo y a sus recursos; qué raro que despues de contemplar el vistoso, bien armado y numeroso ejército de la dictadura emitiesen la opinion de que éste no seria derrotado nunca por aquellas huestes casi desnudas, mal provistas y recientemente armadas? Los caracteres esternos de nuestras tropas habian variado mui poco a los cuatro o cinco dias despues de la llegada del *Maipo*; el taller militar y la intendencia de ejército se entregaban a sus labores con entusiasmo concentrado y tranquilo; la tropa misma, avezada ya a las contrariedades y a la lucha, no traducia su gozo en manifestaciones bulliciosas, en esparcimiento ni algazara. Hasta el último de nuestros hombres comprendia que el momento solemne y decisivo se acercaba, y haciendo todos obra de diplomacia para engañar a los ajentes del tiranc, recojiendo y como ahorrando sus fuerzas morales para no malgastar ni la mas mínima parte de sus brios en ociosas y estériles demostraciones, esperimentaban, ciertamente, una profunda y patriótica alegria, pero aparecian severos, concentrados, casi frios, guardando sus primeros gritos para lanzarlos asustadores contra el enemigo en los momentos terribles de la próxima batalla.

El dictador se adormecia, pues, con engañosas seguridades, meditando todavia organizar alguna espedicion que le devolviese el dominio de la opulenta Tarapacá. Buscaba vapores rápidos, apuraba los cruceros, soñaba con un triunfo seguro y decisivo, se burlaba de los infelices revolucionarios, que de todo carecian, y hasta les mandaba de Santiago a los presos políticos para que aumentasen allá el desbarajuste y la hambruna. ¡Desgraciado! Tarapacá, mientras tanto, elaboraba silenciosa, como un volcan su fuego, los mistos que, convertidos mui pronto en devoradora lava, habian de arrastrar y consumir, junto con las ilusiones y el poderio del tirano, el oprobio y la deshonra de Chile.

***

Al mismo tiempo que a tan ímprobas labores se entregaban los diversos servicios de la intendencia del ejército para precaver todas las necesidades de la próxima espedicion, nuestros solda-

dos no se daban un momento de reposo. Los ejercicios de armas y de tiro al blanco, forzosamente abandonados hasta entonces a causa de la escasez de municiones, fueron iniciados con ardor pero con método, de suerte que el soldado, junto con habituarse al fogueo, se habituara igualmente a no desperdiciar sus municiones. Dirijidos en el campo de operaciones por el comandante Körner al principio, y segun sus indicaciones despues, esos ejercicios dieron mui pronto los mas favorables resultados. Los oficiales, clases y tropa, no solo eran instruidos en la mecánica tarea de apuntar bien, sino que, acostumbrándolos a medir distancias variadas y cada vez mayores, se les comunicaba un conocimiento importantísimo en la práctica, y conocimiento que jeneralmente habia sido descuidado antes por los jefes de cuerpo de nuestro ejército desde los tiempos de la pasada guerra.

Podia calcularse en un término medio de cinco cápsulas por hombre las que se gastaban diariamente en el tiro al blanco, aunque este número fué mucho mayor en los primeros dias; y mui pronto, instruida ya la tropa en esta operacion de primordial importancia, y habiendo adquirido hasta la mas bisoña una seguridad de pulso y de vista de todo punto sorprendentes, se acordó alternar estos ejercicios con otros no menos útiles y que darian por resultado ilustrar a los jefes de cuerpo y a sus oficiales y mantener despierto el espíritu belicoso y astuto de que se halla naturalmente dotado nuestro pueblo.

Con este objeto se organizaron simulacros de combate entre distintos rejimientos y brigadas, señalando de antemano a cada contendor el objeto que debia proponerse, pero dejando a su iniciativa y a sus dotes alcanzarlo e impedir el éxito de su contrario.

Nada mas fructífero que esta clase de entretenimientos, que eran acojidos con estraordinario entusiasmo por jefes, oficiales y soldados. El comandante Körner presidia y vijilaba su desarrollo, fallando despues en favor del que hubiese obtenido la victoria. Con este motivo, en presencia de jefes y oficiales se entregaba en seguida a luminosas disertaciones sobre los puntos de estratejia y de táctica relacionados con las maniobras que acababan de ejecutarse. El estudio del terreno, de las distancias, del alcance de los proyectiles, de la oportunidad de los fuegos, se verificaba ahora en la práctica aplicando las teorias ya cono-

cidas, y esta última enseñanza preparó a nuestra jente de tal modo a los futuros combates contra las fuerzas dictatoriales, sujiriéndoles una ventajosa idea de su superioridad, que nadie aceptaba ni en hipótesis la probabilidad de una derrota. Todos tenian confianza en sus conocimientos y en sus fuerzas, y esta orgullosa seguridad constituia la mitad de la victoria.

***

Otro de los servicios que en aquellas circunstancias demandaba atenciones especiales era el del parque, y en este ramo tuvimos tambien la fortuna de encontrar en el comandante don Ricardo Jara Ugarte un militar activo, cuidadoso y mui entendido en las difíciles labores de su cargo, como que antes de su partida para el norte tenia él la direccion del parque jeneral en Santiago.

El reparto de armas a los distintos cuerpos se hacia con órden y celeridad bajo la intelijente direccion del comandante Jara; y cuando, terminada esta urjente tarea, llegó el caso de distribuir y arreglar las distintas municiones para la marcha y el combate, las aptitudes de este jefe quedaron brillantemente demostradas.

Tales operaciones no estaban exentas de dificultades ni de peligros, pues siendo Iquique una poblacion en donde los incendios se propagan con estraordinaria facilidad, fué preciso trasladar el parque fuera de la ciudad y establecerlo en el espacioso local perteneciente al Club Hípico, al alcance de los fuegos de cualquier buque enemigo que inopinadamente se presentara, y por consiguiente espuesto a los tiros de las torpederas.

Para salvar este inconveniente y resguardar debidamente el tesoro puesto en sus manos, el comandante Jara hizo construir grandes bodegas subterráneas, cuyas salidas, bordeadas de trincheras de sacos y hábilmente dispuestas, impedian los efectos de los proyectiles enemigos. Al mismo tiempo una numerosa y vijilante guardia custodiaba el local, y no sin motivo, porque mas de una vez fueron cojidos por las cercanias algunos espias balmacedistas que tenian encargo de prender fuego a los edificios, y tambien muchos individuos sospechosos que a deshoras de la noche rondaban por aquel apartado y solitario paraje.

Con grande actividad, y sin estrépito, pronto se halló el parque en situacion de acompañar al ejército, dejando al mismo tiempo en Iquique la reserva necesaria para el caso de retirada, tardanza o fracaso, pues nuestros jefes, aunque convencidos del éxito y resueltos a concertar un plan de campaña que tuviese en nuestro favor la mayor suma posible de probabilidades, no dejaban de precaverse contra una desgracia cualquiera, temerosos de jugar a una sola carta los destinos de la patria.

Las cajas de granadas de la artilleria y los cajones de municiones para las distintas armas quedaron pronto perfectamente dispuestas. Para evitar equivocaciones, que en los momentos críticos de una batalla podian sernos fatales, las cápsulas de los Mannlicher fueron repartidas en cajones pequeños, tres de los cuales formaban la carga de una mula, y las de los Gras en otros mas grandes, correspondientes de a dos por carga. Ademas, los cajones solo estaban sujetos por correas, bastante firmes para impedir que en la marcha se abrieran las tapas y se perdieran las municiones, pero al mismo tiempo susceptibles de ser fácilmente cortadas con cortaplumas o con cuchillo cuando fuera necesario proveerse de tiros en los casos de urjencia.

***

Mientras de ese modo y con tan útiles ausiliares se preparaba el ejército para la próxima espedicion, la marina no desperdiciaba tampoco su tiempo. Ella debia trasladar el ejército al futuro campo de operaciones, mantenerlo durante el viaje, desembarcarlo felizmente, limpiar de enemigos el puerto y, sobre todo, impedir que las veloces naves dictatoriales interrumpiesen la marcha del convoi, destruyesen o atacasen alguno de los trasportes e introdujesen con esto el desaliento o simplemente la alarma entre los espedicionarios.

Pero todas las medidas de precaucion encaminadas a evitar estos gravísimos males estaban encomendadas al mayor de órdenes de la escuadra, capitan de navio don Javier Molinas, y la intervencion de este previsor, ilustrado y valiente jefe bastaba para calmar desde luego los temores de los mas recelosos y desconfiados.

Ya el capitan Molinas, por lo demas, habia demostrado sus

incomparables cualidades de jefe de estado mayor de la escuadra durante el peligroso y largo período en que nuestro desarmado ejército no tenia mas amparo contra un golpe de mano de cualquiera espedicion balmacedista que la vijilancia constante, activa e incansable de nuestros buques. Estos parecian multiplicarse en aquel tiempo bajo la direccion del capitan Molinas, el cual los mantenia cruzando a lo largo de nuestro estenso litoral, trasportando tropas y hasta espedicionando mas al sur para introducir la alarma entre los sicarios del déspota y mantener siempre vivo el fuego de nuestros oprimidos partidarios.

Pero ahora que estos mismos servicios debian subsistir junto con prepararnos para la marcha, la tarea del capitan Molinas se hizo verdaderamente abrumadora. ¿Qué de desvelos no requeria, en efecto, el alistamiento de las diversas naves, la atinada eleccion de las comisiones que a cada una correspondian, la distribucion adecuada de jefes, oficiales y marineria, la designacion de las armas y de la jente que debian desembarcar con el ejército, las medidas de precaucion para la marcha, el órden y subdivisiones del convoi, el acertado acuerdo de los puntos y hora de cada cita, el reparto de la tropa de desembarco, de las piezas de artilleria, de las municiones y víveres, de los caballos, mulas, bueyes y carretones en cada trasporte, y, por fin, las infinitas medidas que estas y otras exijencias demandaban para el mejor éxito de la espedicion?

Fué necesario dedicarse desde luego a la construccion de lanchas de desembarco para la tropa, y, por los mismos dias en que el dictador ordenaba la construccion de doce de éstas en el astillero de las Habas, en la isla de Serrano, con menos elementos pero con no menor celeridad, se ponia la quilla de las dieziseis que trajo consigo la escuadra.

Era necesario, al mismo tiempo, no dejar los puertos del norte abandonados y espuestos a las correrias de las naves enemigas durante la ausencia de los barcos constitucionales; era indispensable, sobre todo, resguardar a Iquique contra los amagos de una espedicion aventurera y atrevida que pudiera asaltarlo en los momentos mismos en que nuestras fuerzas operasen en el sur; y a fin de obtener este resultado, las fortificaciones comenzadas se continuaron con vigor, se proyectaron y levantaron otras nuevas, y a cada una de ellas, haciendo verdaderos mila-

gran de inteligencia y de tino, les dotó el capitan Molinas de los cañones, municiones y tropa que necesitaban para su idóneo servicio.

Y cuando todos hubieran deseado acompañar la próxima expedicion y tomar parte en los reñidos y gloriosos combates que debían darnos un seguro triunfo, la disciplina de nuestra armada, cariñosa pero enérgicamente mantenida por el capitan Molinas, hizo que, sin murmuraciones y sin quejas, obedeciendo las órdenes de su jefe permaneciesen distinguidos oficiales al frente de aquellos solitarios puertos y de sus improvisadas baterías. El capitan de corbeta don Froilan González se quedaba en Caldera; el del mismo grado don Ricardo A. Medina en Antofagasta; los capitanes de corbeta don Pedro Nolasco Martínez y don José María Villarreal en Iquique; el teniente Bari en Arica; el señor de la Maheyrac, teniente de la Reserva Naval, en Pisagua; y el teniente Grandena, italiano de nacionalidad, y que ha prestado inteligentes y útiles servicios, en Taltal.

* * *

No hubiera bastado, sin embargo, dejar cañones y marinos en los puertos para el caso no improbable de que el dictador, en alguno de esos arranques aventureros a que era tan inclinado, resolviera expedicionar sobre Tarapacá mientras nosotros lo hacíamos sobre Coquimbo, Valparaíso o Concepcion. Las tropas expedicionarias enemigas no irían, por cierto, a buscar las cercanías de los cañones de los fuertes para saltar en tierra. Debíamos, pues, dejar tambien tropas organizadas para que rechazasen el desembarco y protejieran la ciudad, y éste fué uno de los problemas mas árduos a que la Junta de Gobierno debió dedicarse por aquellos dias.

Para conseguirlo se resolvió aumentar hasta una cifra considerable los cuerpos de policía de cada puerto, principalmente los de Iquique y Pisagua. Se acordó tambien organizar un nuevo batallon de línea, el número 14, que fué bautizado con el nombre de Pozo Almonte en conmemoracion de la sangrienta y decisiva batalla del 7 de marzo, y por último, se crearon en Iquique dos batallones de guardia nacional, y uno en Pisagua, destinados

esclusivamente al amparo de esas poblaciones contra los amagos de las fuerzas dictatoriales.

Las oficinas de la pampa se cubrieron de comisionados encargados de enganchar jente para los diversos cuerpos. Bandas de músicos, oradores entusiastas, activos ajitadores recorrian los caserios y estaciones pregonando la necesidad de ponerse en pié de defensa mientras la espedicion libertadora avanzaba hácia el sur. A nadie, naturalmente, se forzaba al servicio, y esto con tanta estrictez, que muchos pampinos que llegaban alegrillos a los cuarteles a ofrecer sus brazos y sus vidas en defensa de la Constitucion no eran admitidos hasta que un reposo de veinticuatro horas los serenaba, aquilatando la buena calidad de su entusiasmo.

En pocos dias, sin embargo, se pudo obtener el convencimiento de que no faltaria jente valerosa y resuelta para la defensa de aquel rico territorio durante la ausencia de la escuadra y el ejército. Iquique, sobre todo, presentaba en esos momentos el aspecto de un campamento o de una feria. Las calles se veian atestadas de jente afanosa y ocupada. El muelle era un hormiguero de embarcaciones. Las tiendas no daban abasto a los pedidos; algunas agotaron en menos de una semana la existencia de sus principales mercaderias. El taller militar habia despachado ya las principales prendas de equipo y de vestuario, y muchos batallones aparecian uniformados. ¡Y cómo gallardeaban los soldados! ¡Cómo acariciaban sus armas, y tomaban actitudes imponentes, y se erguian dentro de sus ajustadas casacas, estirando el cuello cual impetuosas águilas dispuestas a lanzarse desde la cumbre!

***

La aparicion de las torpederas balmacedistas por aquellos dias no hizo mas efecto que el de duplicar las medidas de precaucion. En donde quiera que los rápidos barquichuelos se presentaron —en Huasco, en Caldera, en Taltal, en Antofagasta, en Iquique —fueron esperados con los cañones listos por los vijilantes marinos que estaban a cargo de los puertos y de sus fortalezas. Ni siquiera simulacros de combate lejanos, tiros al aire, como en otras ocasiones, pudieron divertir a los de tierra y dar pié a Mo-

raga para trasmitir al dictador pomposos telegramas y partes oficiales con la noticia de supuestas hazañas.

En cambio, nuestras naves salieron presurosas en busca de las enemigas, cruzando a lo largo de la costa para vijilarla, y los ciudadanos de Iquique, principalmente los trabajadores ocupados en las distintas faenas de aquella plaza, que no bajaban de dos mil, se convencieron prácticamente de que en resguardo de sus propios intereses y de la tranquilidad de sus familias debian enrolarse en las filas de los cuerpos cívicos que defenderian el puerto en caso de un nuevo y mejor organizado ataque de parte de las torpederas.

***

Otro suceso que contribuyó no poco a mantener vivo el odio contra la dictadura en esas horas de preparacion y de movimiento, fué la noticia del asesinato del ilustre Cumming, llegada a Iquique a mediados del mes de julio.

Los detalles de aquella horrible trajedia, en los que resaltaba la heroicidad de la víctima, el ensañamiento de sus verdugos y la activa parte que en la condenacion tomaron el dictador y sus principales allegados, sin dejarse ablandar por lágrimas ni representaciones; esos detalles, que llegaban allá en momentos en que el alegre entusiasmo parecia dominar de una manera esclusiva los corazones, produjeron como un rujido de cólera y de asombro. Casi todos los atrevidos voluntarios que, afrontando las persecuciones, la prision, los azotes y hasta la muerte, se habian embarcado en Valparaiso desde el principio de la revolucion para ir a ofrecer su activo concurso a la causa constitucional, casi todos, o, mas bien dicho, todos, con mui cortas escepciones, se habian puesto al habla con "don Ricardo," como cariñosamente lo llamaban, y éste, afrontando mil peligros, salvando sérias dificultades, poniendo de su parte cuanto esfuerzo le era posible en intelijencia, en dinero, en actividad, los habia embarcado uno a uno, ya en buques de vela fletados esprofeso, ya en vapores de la carrera, ya en embarcaciones carboneras, ya, en fin, hasta en lanchas del cabotaje. Todos estos emigrados de la libertad, llegados al norte en los momentos mas críticos por que atravesó la causa constitucional, ocuparon un puesto

en las filas de nuestro ejército. Así, verdaderas falanjes de jefes y oficiales debian a Cumming la satisfaccion de servir bajo la bandera del Congreso, y a él deberian tambien la gloria que pronto iban a cosechar en la campaña activa. Muchos se preparaban para festejar debidamente a su modesto benefactor apenas llegaran a Valparaiso victoriosos, ¡y ahora, en los últimos instantes, cuando habian cesado las angustias para dar paso a la esperanza, llegaba de repente la noticia de su muerte!

Nadie ignoraba estos servicios del valeroso Cumming, y muchos en Iquique sabian que, ademas de esta clase de trabajos, habia desempeñado el noble mártir varios otros no menos importantes en su laborioso y comprometido puesto de ajente jeneral de la revolucion en Valparaiso. Unidos, pues, en un mismo propósito y movidos por la misma indignacion, convocaron al pueblo a un meeting en la plaza de Iquique, y allí fogosos oradores hicieron vibrar las fibras del patriotismo del numeroso concurso, induciéndolo a redoblar sus esfuerzos para derrocar una tiranía que con tales crímenes se manchaba.

***

Las correrias de la *Lynch* y de la *Condell* por una parte, el resguardo del futuro convoi por la otra, y por último las operaciones preliminares del desembarco, en cualquier punto que éste se verificara, determinaron por esos dias a los comandantes Montt y Molinas a resolver la creacion de una escuadrilla de contratorpederas. Esta escuadrilla, formada por todos los pequeños vapores que servian de remolcadores o de avisos a la escuadra, y a cuya cabeza se colocó al *Biobio*, que aparecia como un jigante entre aquellos pequeñuelos, estaria encargada de hacer el servicio de descubierta del convoi y debia hallarse provista de los elementos necesarios para atacar a las torpederas enemigas con sus propias armas—los torpedos—si tenia la suerte de encontrarla en puerto, como tambien de útiles de sondaje y de rastreo para el caso no improbable de que en la playa en donde operase nuestra escuadra hubiera colocado líneas de torpedos el inescrupuloso enemigo.

Al frente de este nuevo servicio fué colocado el valeroso y dilijente capitan de corbeta don Víctor M. Donoso, quien, con

una actividad y decision mui en armonia con sus honrosos antecedentes, se dedicó desde el primer dia a trasformar su escuadrilla, que el pueblo de Iquique bautizó con el nombre de "la escuadrilla de zancudos," en un elemento util y poderoso, capaz de batirse atrevidamente con las naves balmacedistas y preparada para prestar a la escuadra y al ejército oportunos y valiosos servicios.

Y tanta actividad y entusiasmo desplegaron el señor Donoso y sus oficiales en la organizacion y armamento de su escuadrilla de contratorpederas, que, desempeñando desde los primeros dias su mision de avanzar a la descubierta de la escuadra, ya el 8 de agosto zarpaba airosa y resuelta de la rada de Iquique para ir a protejer el embarco de las tropas acantonadas en Copiapó y Caldera.

***

Al mismo tiempo que tan saludable movimiento ajitaba los espíritus de los habitantes de Iquique y colocaba al ejército en situacion de emprender con ventaja cualquiera operacion, la Junta de Gobierno y los jefes superiores del ejército y de la armada venian preocupándose del árduo problema de la eleccion del punto que la próxima espedicion debia tener como objetivo. Este importante tema era desde tiempo atras el mas discutido, no solo en las reuniones de los militares sino en las del pueblo en jeneral, y la llegada del *Maipo* con las armas lo convirtió en la preocupacion única y constante de todo el mundo.

Las opiniones estaban divididas: los unos se inclinaban a Coquimbo, los otros a Valparaiso, no pocos a Santiago, y, por fin, los menos a Concepcion. De una y otra parte se oponian razones, se trazaban planes, se presentaban inconvenientes, y, como sucede jeneralmente en esta clase de discusiones, rara vez las ideas encontradas venian a ponerse de acuerdo.

Desde el 3 de julio comprendieron los miembros de la Junta y los secretarios de Estado que el feliz arribo de las armas y el renacimiento del entusiasmo los ponian en la obligacion de acordar desde luego a qué punto dominado por la dictadura debiamos dirijirnos. De ese modo los preparativos se harian con mas método, no se malgastaria ningun esfuerzo, y todo concurriria a

dar unidad a la accion y cohesion a los elementos que en ella se empleasen.

Unos tres dias despues de esa fecha, cuando nuestro ejército habia llegado como por encanto a la respetable cifra de 6,000 hombres de las tres armas, se reunian en la casa de gobierno los tres miembros de la Junta, sus cuatro secretarios, el senador don Eulojio Altamirano, el jeneral don Gregorio Urrutia y el comandante en jefe del ejército, coronel don Estanislao del Canto, para departir sobre el plan de campaña que debiera adoptarse y tomar desde luego una resolucion.

El debate fué largo y animado. El coronel Canto espresó francamente su opinion de que el próximo objetivo de la campaña debia ser Valparaiso. Era necesario aprovechar en un golpe de audacia y de brillo el entusiasmo del ejército; era necesario herir a la dictadura en el centro mismo de sus recursos; convenia poseer a Valparaiso para dar descanso a nuestros buques e inutilizar los del enemigo. ¿Qué papel harian el *Imperial* y las torpederas una vez posesionados nosotros de este puerto? ¿Adónde irian a limpiarse, a repararse, a buscar refujio seguro contra los ataques de la escuadra constitucional? Y si los nuevos cruceros *Errázuriz* y *Pinto* salian al fin de Europa ¿no era casi seguro que tendrian entonces que entregársenos? Ademas, ¿qué movimiento no habria en el pais una vez posesionada la revolucion de nuestro principal puerto? Era de presumir que la ponderada lealtad del ejército balmacedista flaqueara; que se sublevaran tal vez las divisiones que guarnecian a Santiago o a Concepcion, y que todo concluyese allí sin mayores sacrificios. En caso contrario, nada mas fácil que poner en armas en Valparaiso un numeroso, entusiasta y decidido ejército y arrollar con él en pocos dias a la dictadura.

El vocal de la Junta de Gobierno don Waldo Silva apoyó calorosamente las opiniones emitidas por el coronel Canto, agregando nuevas y poderosas razones.

El presidente de la Junta, capitan de navio don Jorje Montt, parecia inclinarse al modo de pensar de los señores Canto y Silva; pero los demas miembros del consejo estuvieron unánimes en rechazarlo. Todos ellos proponian a Coquimbo como objetivo de la próxima espedicion. Se citaba en apoyo de este plan la importante opinion del comandante Körner, que creia necesario,

antes de espedicionar sobre Valparaiso, apoderarse de los escelentes cañones de que se hallaba dotada la division balmacedista de Coquimbo, y, aumentando con ellos el escaso número de los nuestros, ponernos en situacion de contrarrestar así la fuerte y numerosa artilleria con que contaban las divisiones dictatoriales estacionadas en el centro de la república. Se agregaba que, una vez derrotada la division de Coquimbo y ocupada esa provincia, nuestro ejército podria reorganizarse en pocos dias y emprender entonces con mayores ventajas el ataque sobre Valparaiso o sobre Santiago.

El coronel Canto oponia a este razonamiento la enorme mortandad que indudablemente nos causaria la batalla con la division de Coquimbo, pues no debiamos contar allí con la cooperacion de nadie ni hacernos ilusiones con que algunos cuerpos o fracciones de éstos se incorporasen en nuestras filas; y, supuesta esa mortandad y el cansancio consiguiente a la marcha y al combate, no podiamos esperar que el ejército constitucional se hallase reorganizado y dispuesto para entrar en una nueva campaña antes de que trascurriesen largos dias.

Se rebatian estos argumentos alegando que los escasos seis mil hombres con que en esa fecha contábamos eran insuficientes para una empresa tan difícil como la prosecucion de una campaña que tuviese por objetivo la ocupacion de Valparaiso. Se agregaba que siendo la mayor parte de ese número reclutas esforzados pero poco instruidos, convenia llevarlos primero al fuego contra la division de Coquimbo para acostumbrarlos a la pelea, a las marchas y a la vida activa de campaña, y, por fin, se sostenia que el efecto moral sobre las fuerzas de la dictadura, si no tan inmediato y palpitante en Coquimbo como en Valparaiso, no dejaria por eso de ser considerable, y hasta decisivo si en realidad algunos jefes de cuerpo tenian la resolucion de declararse en favor de la causa sostenida por el Congreso en la primera oportunidad favorable que se les presentara.

Con estos y otros raciocinios se mantuvo largo rato la discusion, hasta que al fin, conservando cada cual sus opiniones, quedó acordado, contra los votos de los señores Canto y Silva, que el plan de campaña que desde luego comenzaria a desarrollarse tendria como objetivo el ataque a la division de Coquimbo y la posesion de esa provincia.

***

De conformidad con este acuerdo, y sin pérdida de un minuto de tiempo, el 6 de julio se embarcaban en Iquique los cuerpos de la 1.ª brigada. Esta se componia de los rejimientos de infanteria Constitucion número 1, Iquique número 6 y Antofagasta número 8; de una seccion del batallon de artilleria número 2, y del escuadron de caballeria Libertad número 1.

La 1.ª brigada se hallaba al mando del teniente coronel don J. Aníbal Frias, ilustrado y pundonoroso militar que trasformó al Iquique número 6, cuyo mando hasta hace poco tenia, en uno de los cuerpos mas disciplinados, sufridos y morales del ejército constitucional. El comandante Frias ademas habia demostrado dotes de mando de primer órden, pues sabia armonizar las exijencias de la disciplina y la rudeza de la vida de campaña con el trato afable y el espíritu bondadoso del jefe que tiene bajo sus órdenes, nó a soldados veteranos y aguerridos, sino a voluntarios entusiastas y poco habituados a las exijencias de la vida militar.

Los primeros jefes de esos cuerpos eran tambien, por su parte, dignos colaboradores del comandante Frias, y sus antecedentes y sus méritos los designaban para marchar a la vanguardia de nuestro ejército. El comandante Lopez, del Constitucion, el primer militar embarcado en la escuadra despues del pronunciamiento de ésta el dia 7 de enero, podia ostentar una hoja de servicios formada con la lista de casi todos los encuentros, escaramuzas, tiroteos, combates y batallas libradas desde esa fecha contra los soldados de la dictadura por nuestras escasas tropas. El comandante Bernales, del Iquique número 6, era un jefe tan modesto como caballeroso y bravo. El comandante Goñi, del Antofagasta número 8, unia a sus dotes de ilustracion y a su injénita valentia un carácter abierto y franco que lo hacia ser el ídolo de sus soldados. El comandante Valenzuela, del escuadron Libertad, tenia, como Lopez, el mérito de haberse encontrado en todos los combates desde el principio de la campaña, dejando en cada uno de ellos perfectamente sentado su nombre de valiente hasta rayar en temerario, y, por fin, el mayor Hurtado, jefe de la seccion de artilleria que acompañaba a la brigada,

era un oficial pundonoroso e ilustrado, que no desmerecia al lado de sus prestijiosos compañeros.

Cuando esta brigada, cuyo monto ascendia apenas a unos dos mil hombres de las tres armas, desembarcó en el Huasco y avanzó hácia Vallenar, acababan de ocurrir en esta ciudad luctuosos sucesos. La division balmacedista de la Serena, temerosa de verse amagada y sorprendida por un ataque llevado por tierra desde el norte, habia enviado a Vallenar una fuerte descubierta, no tanto quizá para sorprender a nuestras avanzadas, cuanto para imponerse de la situacion del ejército constitucional en aquella zona y descubrir con cuál intento la ocupábamos.

Desgraciadamente fuimos víctimas de una sorpresa indisculpable, que pudo ser causa de males mucho peores aun que los causados; pero la rápida y oportuna llegada de los cuerpos de la 1.ª brigada de nuestro ejército obligó al enemigo a retroceder rápidamente hácia su base de operaciones, dándole al mismo tiempo la conviccion de que, verdadera o simuladamente, amagábamos la provincia de Coquimbo por el norte con fuerzas considerables.

Balmaceda mismo lo creyó así, y de conformidad con esa creencia comenzó a mandar importantes refuerzos a sus "leales" defensores. Segun un cuadro oficial correspondiente al 4 de agosto, en esa fecha la 5.ª division del seudo-ejército gubernativo estacionado en Coquimbo, contaba con no ménos de 8,437 hombres, de ellos 68 jefes y 411 oficiales.

De modo, pues, que el plan de nuestros jefes, adivinado o traslucido desde los primeros dias por el dictador y sus numerosos ajentes, trataba de ser contrarrestado por aquel mediante el rápido aumento de las fuerzas que debian oponérsenos en Coquimbo.

***

El entusiasmo patriótico de la provincia de Atacama fué, sin embargo, un factor importantísimo en la contienda, y no solo Balmaceda, pero ni aun los jefes de la revolucion, pudieron nunca imajinarse que los resultados del reclutamiento en esa varonil provincia alcanzasen a una cifra tan asombrosa como en realidad alcanzaron.

El dictador, en telegramas confidenciales a sus mejores adeptos, les aseguraba que era imposible que los revolucionarios pudieran moverse en todo el curso del mes de agosto con mas de 7,000 hombres, y en consecuencia abrigaba una seguridad tranquila y orgullosa en el resultado de la primera batalla. Mas, apénas llegados a la provincia de Atacama los cuerpos de la 1.ª brigada constitucional, y convencido el pueblo de que la espedicion seria mui pronto un hecho, el entusiasmo rayó en los límites del fanatismo, y todos rivalizaban en ardor y en deseos de enrolarse en las filas de los salvadores de la patria. En pocos dias, no menos de mil nuevos reclutas se incorporaban en los cuerpos de la 1.ª brigada, y, agotada ya la provision de hombres en Tarapacá, en donde casi únicamente los estranjeros no reconocian cuerpo, desde el Huasco eran trasladados a Iquique unos 200 robustos mineros que servian de base para la organizacion del batallon Pozo Almonte número 12, de reciente creacion.

***

Muchos fogosos e inspirados patriotas, entre los cuales merece especial mencion por sus trabajos el perseguido don Juan Walker Martinez, recorrian diversos lugares de la provincia de Atacama convertidos en verdaderos predicadores de esta cruzada en favor de la libertad y en contra de la tiranía; pero el apóstol incansable del movimiento restaurador en Atacama fué el eminente hombre público don Manuel Antonio Matta.

Víctima reciente de las tropelias de Stephan, Atacama entera se sintió herida en la persona del ilustre jefe del radicalismo, y esta indignacion, unida a la patriótica actitud del señor Matta, quien, lejos de sentirse ni debilitado ni abatido, pareció cobrar nuevos y juveniles brios con la persecucion, produjeron en Copiapó y en las demas poblaciones atacameñas, en los centros mineros, en los establecimientos industriales, en todas partes, en fin, una exaltacion duradera y profunda que se tradujo en un verdadero éxodo hácia los puntos en donde se hallaban acantonados los cuerpos del ejército constitucional. Parecia que aquella provincia, de poblacion poco numerosa y demasiado esparcida, iba a quedar despoablda de hombres; pare-

cia que el número de fusiles llegados y los que ya existian no bastarian para armar a los numerosos voluntarios que sin cesar acudian. Habia verdadera fiebre de enrolamiento, como si para todos aquellos esforzados mineros se tratase de algun prodijioso descubrimiento de inagotables y fáciles riquezas; y en verdad ¿qué tesoro mas valioso que el de la libertad para ciudadanos acostumbrados a conocerla y saborearla desde la cuna, ni qué descubridor mas hábil ni venerado que aquel hombre de antecedentes puros, de corazon sano y de elevado patriotismo de quien los hijos de Atacama se enorgullecen y a quien en todas las circunstancias graves consideran como su natural caudillo?

Atacama rivalizaba, pues, con Tarapacá en decision y en arrojo, y esto permitiria elevar en poco tiempo nuestro ejército a una cifra de todo punto inesperada.

***

El 20 de julio zarpaba con destino a Caldera el convoi que conducia los cuerpos de la 3.ª brigada existentes en Iquique, debiendo recojer de paso al Esmeralda número 7, acantonado en Antofagasta.

Esta brillante brigada iba al mando del teniente coronel don Enrique del Canto, jefe cuya reputacion de arrojo y valentia databa desde los primeros combates terrestres sostenidos contra el ejército aliado en la pasada guerra, y que en mas de una ocasion tuvo su vida en inminente peligro a consecuencia de numerosas heridas. En el desembarco y toma de Pisagua, por ejemplo, fué un verdadero milagro que don Enrique del Canto, teniente de Zapadores entonces, lograse escapar de las siete graves heridas que recibió al escalar la abrupta pendiente; pero estas amenazas de la muerte, lejos de amilanar al bravo militar, parece que, por el contrario, incitaban su coraje y lo inducian a mezclarse en lo mas reñido de la contienda, como lo hizo en las batallas siguientes. Con esto adquirió una justa y bien conquistada fama de hombre sin miedo, lo cual, unido a su carácter franco y a su llano trato, hacian de él un magnífico jefe de la 3.ª brigada de nuestro ejército, pues todos sus subordinados lo admiraban a la vez que lo querian.

Como en la 1.ª brigada y, en jeneral, como en todos los cuer pos constitucionales, los de la 3.ª estaban comandados por jefes prestijiosos, ilustrados y valientes. El batallon de artilleria número 1 se hallaba a cargo del comandante don José Manuel Ortúzar, veterano de la pasada guerra y digno sucesor del comandante de policia de Valparaiso señor Lazo, cuya suerte hubo, por lo mismo, de seguir. Del batallon Artilleria número 3, perteneciente en su mayor parte a esta brigada, era jefe el intelijente y patriota comandante don Belisario Rivera Jofré. La Columna de Rifleros, que fué mandada primero por la heroica víctima de la dictadura don José Maria Barahona, quedó despues a cargo del comandante don Miguel Anjel Padilla, oficial de reconocido mérito y de probado valor. El batallon Pisagua número 3 estaba a las órdenes del comandante don José Antonio Echeverria, digno hermano del jefe que en la pasada guerra, al mando del batallon Quillota, dió tan señaladas muestras de impetuoso arrojo en el atrevido avance contra las tapias aspilleradas y formidables reductos de Miraflores. El Taltal número 4 venia a las órdenes de Pairoa, del «valiente» Pairoa, como por antonomasia es justamente apellidado por todos sus compañeros. El Esmeralda número 7 a las de don Patricio Larrain, adecuado jefe de su brillante oficialidad. El Tarapacá número 9 a las del comandante don Santiago Aldunate Bascuñan, que tantas pruebas de serenidad y de bravura debia dar mui pronto, y, por fin, los escuadrones Granaderos número 2 y Guias número 4, al mando el primero del comandante Ovalle, y el segundo del ilustrado, pundonoroso y valiente jefe don Vicente del Solar.

A la llegada de estos cuerpos a Caldera, la exaltacion de los atacameños llegó a su colmo, y los enrolamientos continuaron con ardor.

***

Dos dias despues partian de Iquique el Cuartel Jeneral y el Estado Mayor, llegando a Copiapó el 24 de julio.

Si algo podia en esos momentos acalorar más los ánimos de una poblacion de por sí tan entusiasta, era la llegada del comandante en jefe de nuestro ejército y de su distinguido séquito. La sociedad copiapina hizo al insigne huésped una acojida halagüe-

ña y cordialísima, en armonia con las glorias que ya el coronel Canto habia conquistado en su lucha tenaz e incansable contra la dictadura y como nuncio de los laureles que debia cosechar mui pronto en la campaña que se iniciaba. Recepciones, comidas, banquetes, bailes, medallas, manifestaciones de diverso jénero eran dedicadas a porfia al triunfador de Pozo Almonte, en cuyas manos, puede decirse, se hallaban en esos momentos la suerte de la revolucion y los destinos de Chile.

El coronel Canto demostró, en esa como en tantas otras ocasiones, las escelentes cualidades que lo adornan y los méritos que tan justamente lo habian designado para el alto puesto de comandante en jefe de nuestro ejército. Su modestia arrastraba todas las simpatias. Su trato cariñoso, insinuante y cortés, realzado por el contraste que formaban estas prendas con su reconocida bravura, lo rodeaba de una atmósfera de popularidad mui ventajosa para el prestijio de una causa que era la del pais entero. Y su espedicion en los negocios, su golpe de vista pronto y certero para salvar las dificultades con que a cada paso tropezaba la preparacion de un ejército cuyos múltiples servicios habian sido casi improvisados, infundia en todos la confianza en el éxito y les sujeria la idea de que no podia hallarse en mejores manos la direccion de aquellas lejiones varoniles y fogosas aunque en su mayor parte noveles. De boca en boca corrian el nombre de Canto y el recuerdo de sus hechos, y ora se le representaba acompañando la primera línea de nuestros combatientes en la feroz batalla de Pozo Almonte y animando allí a los bravos pampinos con su actitud serena y sus frases elocuentes, ora se referian las aventuras de su escapada de Tacna, su audacia en la ocupacion de Pisagua, la temeridad de su incursion a la pampa, su tenacidad y enerjia despues de los primeros contrastes, su decision en San Francisco, su arrojo en Huara, el papel principalísimo que en todas partes habia desempeñado y que lo levantaba a la altura de un héroe novelesco y lejendario.

Y ahora que el momento decisivo y solemne se acercaba, todos podian ser testigos de su actividad prodijiosa, de su tacto, que a nadie dejaba descontento; de su interes por la tropa, que hacia a ésta sufrir con paciencia las privaciones, sin murmurar contra un jefe que tantos desvelos le prodigaba; de su benevolencia para con los oficiales, de su intimidad con los jefes, que

no estaba reñida con el cumplimiento estricto de los deberes de cada cual, de su intelijencia, prevision y celo. La presencia del coronel Canto en Copiapó y la rápida visita que hizo a la provincia, llegando hasta Vallenar y Huasco, en donde hacia su servicio de vanguardia la 1.ª brigada, acabaron de arrastrar a los habitantes de Atacama a inscribirse en masa en las listas de los defensores de la libertad.

Los resultados de ese reclutamiento eran verdaderamente asombrosos. Desde el 6 de julio, fecha de la partida de Iquique de la 1.ª brigada, hasta el 6 de agosto siguiente, en el trascurso de un solo mes, mas de cuatro mil voluntarios habian engrosado nuestro ejército. El 6 de julio teníamos, como dijimos, unos 6,000 hombres sobre las armas: el 6 de agosto contábamos con mas de 10,000. Y como la corriente no disminuia aun, por mas que ya llegase a su agotamiento, se calculaba que podriamos espedicionar con 10,000 hombres sobre el sur, y que todavia nos sobrarian 1,500 o 2,000 para resguardar el rico territorio de Tarapacá contra cualquiera tentativa de las huestes de la dictadura.

***

Era tan alentador este resultado, que el coronel Canto juzgó oportuno insistir en su idea de espedicionar sobre Valparaiso en vez de hacerlo sobre Coquimbo. El comandante Körner, cuya opinion habia sido mui tomada en cuenta en el consejo gubernativo de que ya dimos noticia, no indicó nunca como necesario un número superior a 8,000 hombres de las tres armas para espedicionar sobre Valparaiso; y como ese número ya lo teníamos con esceso, aun cuando en su mayor parte se componia de reclutas, los dos principales jefes del ejército constitucional no tardaron en ponerse de acuerdo sobre tan grave materia.

Don Manuel Antonio Matta, delegado de la junta gubernativa en la provincia de Atacama, opinaba tambien que la espedicion debia tener por objetivo inmediato a Valparaiso, y a esta opinion se adhirieron mui pronto todos los miembros del comité revolucionario establecido en Copiapó. El secretario de Estado en el ramo de hacienda, don Joaquin Walker Martinez, que por aquellos dias se encontraba en Atacama, no tardó tampoco en ceder a las nuevas razones que militaban en favor de un cambio del

plan primitivo, y de este modo en los primeros dias de agosto se estableció una poderosa corriente en favor del plan de operaciones que los señores Canto y Silva habian defendido desde el principio.

Por esos mismos dias fué consultado sobre el particular por don Joaquin Walker Martinez el comité revolucionario de Santiago; y las comunicaciones que en contestacion se recibieron en Copiapó fortificaban la idea de espedicionar sobre Valparaiso como la mas oportuna en aquellas circunstancias.

Los partidarios de esto último, o sea el núcleo de directores y jefes establecido en Copiapó, se pusieron entonces en comunicacion con los miembros de la Junta y secretarios de Estado que permanecian en Iquique, haciéndoles notar los muchos y poderosos motivos que aconsejaban ahora aceptar sin vacilacion la idea de llevar desde luego la espedicion restauradora al corazon mismo de la república.

Entre las razones políticas que militaban en favor de la alteracion no dejaba de ser de mucho peso por su efecto moral la de que el período de cinco años por que fué elejido Balmaceda a la presidencia de la república avanzaba a pasos ajigantados a su término. Si la campaña sobre Coquimbo, por alguna de las muchas continjencias que no es posible prever, y que son tan comunes en la guerra, demandare para su terminacion un plazo mucho mayor que el calculado por los partidarios de este plan, ¿no se corria el riesgo de que llegase el 18 de setiembre sin que las lejiones del Congreso hubieran logrado aun apoderarse de Valparaiso o de Santiago? Y en tal caso ¿no era tambien de presumir que el nuevo seudopresidente y sus partidarios, viéndose amenazados de cerca, buscasen un arreglo cualquiera con los constitucionales so pretesto de evitar la efusion de sangre? ¿Seria posible negarse rotundamente a ello si las condiciones aparecian como ventajosas? ¿Y seria posible tampoco aceptarlas dejando impunes algunos, siquiera algunos de los crímenes de la dictadura, y en sus puestos públicos, civiles o militares, a cualquiera de los serviles instrumentos del tirano? Por otra parte, si el dictador Balmaceda, el principal artífice y responsable de la situacion angustiosa del pais, lograba escapar al estranjero con permiso de los miembros de su congreso, y quizá colmado todavia de honores y de dinero, este desgraciado acaecimiento

¿no disminuiria en mucha parte el ardor y el empuje de nuestro ejército? ¿No enfriaria notablemente a la opinion?

Todas estas posibilidades, por mas lejanas que algunas de ellas parecieran, era necesario precaverlas, y de aquí la conveniencia de aceptar el plan que señalaba a Valparaiso como el objetivo inmediato de la espedicion.

***

Estas graves consideraciones políticas se hallaban reforzadas por importantes razones estratéjicas.

La sentencia del tribunal frances que habia ordenado la detencion de los nuevos cruceros *Errázuriz* y *Pinto* fué revocada en segunda instancia, y telegramas del 14 de julio daban como un hecho la partida del primero en esa fecha con direccion a Chile. El *Pinto* lo seguiria en pocos dias mas. Y como ambos eran mui rápidos y se les suponia perfectamente armados, tripulados y equipados, nada de raro tendria que en 35 o 40 dias, o sea a fines de agosto o principios de setiembre, se encontrasen en las costas de Chile bajo el mando de los marinos que habian traicionado a sus compañeros, y que esos buques, unidos a las torpederas, al *Imperial* y algun otro vapor grande y rápido, como el que se sabia trataba de comprar el gobierno en Buenos Aires, formasen una division naval capaz de burlarse de la nuestra, de espedicionar sobre cualquier punto de la costa del territorio constitucional, o de mantenernos a lo ménos en continua alarma y en abrumadora inmovilidad.

Las comunicaciones recibidas de Santiago contribuian tambien a demostrar la conveniencia de espedicionar sobre el centro de la república.

Se aseguraba desde allí que a lo menos un 25 por ciento de la tropa dictatorial se encontraba tan minada por las ideas revolucionarias, que, o se plegaria en masa a nuestras banderas, o a lo menos no se batiria. Se agregaba que hasta jefes de brigada y de cuerpos estaban solemnemente comprometidos a hacer causa comun con los nuestros en cuanto las fuerzas constitucionales desembarcaran en las inmediaciones de Valparaiso. Por último, a fin de aislar la division dictatorial acantonada en este puerto y coadyuvar a la accion de nuestro ejército, el co-

mité revolucionario de la capital prometia cortar puentes y aterrar túneles en la vía férrea de Valparaiso a Santiago y en la de Santiago a Concepcion. De ese modo le seria imposible al dictador reforzar oportunamente las tropas atacadas con las de Santiago, y mucho menos con las de Concepcion. Y como la division acantonada en Valparaiso era numéricamente inferior a la de Coquimbo, resultaba que, caso de realizarse tan hermoso programa, el golpe, sobre ser mas ruidoso y certero, se hacia al mismo tiempo mas fácil y seguro.

***

Este cúmulo de observaciones, de promesas, de esperanzas y de noticias, discutido y estudiado telegráficamente entre Copiapó e Iquique, concluyó por inclinar la opinion de la mayoria a un cambio de plan y de objetivo. Se resolvió, con mui pocas disidencias, que la espedicion se dirijiria en el mas breve término posible a un punto situado en las inmediaciones de Valparaiso, y, una vez adoptada esta importante resolucion, solo faltaban los acuerdos de detalle para que el plan quedase perfectamente combinado y pudiera ser metódicamente puesto en via de realizacion.

Se acordó desde luego comunicar al comité de la capital el acuerdo tomado en conformidad con sus indicaciones; y calculando el tiempo que podia emplearse en los aprestos que faltaban, en el embarco del ejército y en la navegacion en convoi, se le señalaron los dias comprendidos entre el 15 y el 20 de agosto como aquellos en que probable y casi seguramente se verificaria el desembarco. En todo caso, a fin de que los directores del movimiento revolucionario en el sur tuvieran una base fija a qué atenerse, se les advirtió que la *Esmeralda* se presentaria en Valparaiso dos dias antes del señalado para el desembarco y dispararia tres cañonazos en el centro de la bahia. Al oir esta señal, los oprimidos patriotas comenzarian a poner en ejecucion el plan que ellos mismos se habian señalado, y así contribuirian eficazmente a la victoria que nos esperaba.

Se pasó en seguida a tratar de los detalles de la ya acordada operacion, y con este motivo surjieron luminosas y animadas discusiones.

El coronel Canto opinaba que el desembarco de la espedicion debia de verificarse en la Laguna, al sur de Valparaiso. Es verdad que la subida de la alta cuesta que rodea por ese lado la ciudad presenta el grave inconveniente del cansancio con que llegaria arriba la tropa; pero en cambio, una vez realizada la ascension, ya seriamos dueños de la poblacion y de los fuertes, que quedarian dominados desde la altura.

El desembarco, y el combate que le seguiria, los consideraba el coronel Canto relativamente fáciles y poco cruentos, por cuanto la escuadra podria allí, desde el momento en que nuestras tropas pusieran pié en tierra hasta aquel en que coronasen la meseta de Quebrada Verde, tener al enemigo bajo sus fuegos y causar en sus filas graves destrozos, alentando al mismo tiempo el avance de los nuestros.

Y, por fin,—y esto era quizá lo que mas fuerza hacia en el ánimo del coronel Canto—el ex-comandante don Ambrosio Letelier, llamado de nuevo al servicio activo por la dictadura, estaba comprometido con los miembros del comité a encontrarse en un dia dado con 800 hombres de caballeria cerca de la Laguna y apoyar con ellos el desembarco del ejército constitucional, sirviendo como de avanzada a éste y de temerosa barrera al enemigo.

*
* *

El comandante Körner sostuvo, sin embargo, otra opinion.

El ataque franco a la Laguna no nos daria pié para engañar a los contrarios respecto del verdadero objetivo que perseguiriamos; y si las operaciones ausiliares de nuestros amigos de tierra fracasaban por algun motivo, podiamos encontrar una poderosa division posesionada de la altura y tener que batirnos con ella en condiciones sumamente desventajosas. No convenia contar, desde luego, ni con puentes cortados ni con túneles derruidos, sino atenernos esclusivamente a nuestras propias fuerzas. No debiamos fundar esperanza alguna, sobre todo, en los 800 soldados de caballería ofrecidos, tanto porque era mui difícil organizar y reunir a esa jente sin que álguien de entre los balmacedistas lo notase, cuanto porque un jefe de ejército no debe apreciar nunca como fuerza efectiva esta clase de elementos estraños y que no está en su mano dirijir y manejar.

Creia mas conveniente, pues, desembarcar al norte de Valparaiso, en Concon si la caleta se prestaba para ello, o, caso contrario, en Quintero. Procediendo así mantendriamos en jaque a las divisiones de Santiago y de Valparaiso. Cada una de ellas se creeria amenazada, y esto quizá les impediria reunirse. Ademas, haciendo internarse tropas nuestras en direccion a la Calera, Quillota o Limache, seria fácil cortar la vía férrea, aterrar el túnel de San Pedro y amenazar tambien a la capital.

Otra ventaja tendria este plan, y era la interposicion de nuestro ejército entre la division de Coquimbo y las de Santiago o Valparaiso, lo cual no podriamos conseguir desembarcando en la Laguna. Si, avisado oportunamente el dictador de nuestro movimiento, o retardadas por algun motivo nuestras operaciones, la division de Coquimbo se movia rápidamente hácia el sur, desde Concon o Quintero podíamos salirle al encuentro con ventaja una vez que hubiera llegado a la Ligua, a fin de impedir su reunion con las de Santiago o Valparaiso. Esa concentracion de fuerzas enemigas la evitábamos, pues, desembarcando en Concon o Quintero, y la facilitariamos quizá con un desembarco en la Laguna.

En cuanto a la celeridad de las operaciones, creia Körner que desembarcando al amanecer en Quintero podiamos, despues de un solo combate, encontrarnos dos dias despues en posesion tranquila de Valparaiso.

***

Estos argumentos eran rebatidos con otros, y entre ellos la dificultad práctica de encerrar al ejército enemigo en Valparaiso con las escasas tropas de que disponiamos. En la Laguna no habia mas obstáculo sério que el del desembarco; pero a este respecto se convino al fin en adoptar la opinion a que se inclinase la marina. Por lo demas, ya se realizase el desembarco por Concon, ya por Quintero, todos estuvieron de acuerdo en la conveniencia de hacer a lo menos una demostracion o un amago por la Laguna, en cuyo punto debian mantenerse constantemente algunas de nuestras naves.

No dejó de ser tomada mui en consideracion la circunstancia de que una batalla en la Laguna o la Quebrada Verde obligaria

tal vez a nuestro ejército a entrar combatiendo a los cerros y calles de Valparaiso, lo cual daria márjen a graves atropellos y desórdenes de que podian ser víctimas, tanto el vecindario, como los mismos soldados constitucionales.

Los jefes superiores de la marina, consultados sobre el particular, estuvieron unánimes en preferir a Quintero. Concon y la Laguna son solo estrechas caletas, en donde el mar rompe a veces con furia, y esto podia retardar y hasta impedir la delicada operacion del desembarco. Y como éste se realizaria a mediados de agosto y despues de un invierno crudo y prolongado, valia más decidirse por Quintero, cuya tranquilidad nos ponia a cubierto de toda contingencia desfavorable.

Por estas razones, y despues de bien meditado el pro y el contra, se determinó por fin que la espedicion desembarcaria en Quintero, y que sin pérdida de tiempo avanzaria hácia el sur a fin de encontrarse dos dias despues en posesion de Valparaiso.

***

Escusado es decir con cuánta actividad continuarian los aprestos despues de este feliz acuerdo, que contaba desde luego en su favor con la inapreciable ventaja de haber dado gusto a todas las opiniones. Cada cual contribuyó con alguna idea a la elaboracion de un plan tan decisivo y tan cuerdamente madurado. Faltaba solo comenzar a ponerlo en ejecucion lo mas pronto posible, y con este objeto, desde Caldera e Iquique se impartieron órdenes premiosas a los diversos servicios para que acelerasen y terminasen cuanto antes sus aprestos, asi como a los jefes de brigada para que tuviesen lista la jente a fin de trasladarla a los barcos que debian conducirla a la victoria.

El Corresponsal.

———

II.

En marcha al sur.

(DE NUESTRO ANTIGUO CORRESPONSAL EN EL EJÉRCITO Y ARMADA.)

SUMARIO.—Ultimas disposiciones.—El embarco en Iquique.—Salida de la escuadra.—Llegada a Caldera.—Nuevos reclutas. El embarco en Caldera.—Espedicion de las torpederas dictatoriales.—Precauciones.—El espíritu de ambos ejércitos.—La partida de Caldera.—La navegacion.—Ejercicios.—El rancho.—La viruela.—Un mar revolucionario.—En Huasco.—Partida de la 1.ª division.—En el campo balmacedista.—Disposiciones y preparativos.—En alta mar.—Frente a Valparaiso.—El aviso de la *Esmeralda*.—Operaciones de la oposicion en tierra.—Puentes, telégrafos, túneles y ferrocarriles.—Un fracaso.—Reunion del ejército y de la escuadra en alta mar.—Entusiasmo.—A Quintero.—Avanza el convoi.—La escuadrilla de zancudos.—Precauciones para acercarse a Quintero.—Un aviso de Cumming.—Retraso del grueso del convoi.—Reconocimiento de Papudo y Zapallar.—A la vista de Quintero.—La bahía.—La guarnicion balmacedista.—El caserio.—Los alrededores.—Recuerdos.—Valparaiso a la vista.—Nuestras avanzadas.—Disposiciones para la marcha.—Orden del dia de Körner.

Valparaiso, octubre 12 de 1891.

Al editor del MERCURIO:

La partida de Iquique de la escuadrilla mandada por el capitan Donoso, que se verificó a medio dia del 8 de agosto, fué la precursora del movimiento definitivo de la espedicion libertadora. La 1.ª y la 3.ª brigadas se encontraban ya en la provincia de Atacama afanosamente ocupadas en instruir su jente, en dar colocacion a los numerosos voluntarios que seguian acudiendo y en alistar sus equipos, armas, bagajes y municiones a fin de trasladarse a la primera órden a bordo de las naves que debian conducirlas al sur. Solo quedaban en Iquique la 2.ª brigada, el parque, el servicio sanitario y restos de algunos cuerpos de artilleria pertenecientes a las otras dos brigadas; pero en cuanto, mediante el plan definitivo de campaña de que ya hemos hablado, se arraigó en todos los espíritus la idea de que convenia espedicionar lo mas pronto posible a fin de dar un golpe

decisivo a la dictadura antes de que sus fuerzas navales se vieran reforzadas por los nuevos cruceros; en cuanto ese acuerdo tuvo en su favor casi a la unanimidad de los miembros del gobierno y de los jefes superiores del ejército y de la armada, la fiebre de la marcha se apoderó de todos con tal viveza, que los últimos preparativos quedaron terminados en Iquique en el brevísimo espacio de dos dias.

La provincia de Tarapacá no quedaba, por cierto, abandonada. El batallon Pozo Almonte número 12 tenia ya casi completa su dotacion, gracias a los refuerzos que se le habian enviado desde Atacama y Antofagasta, y gracias tambien a la obra de los comisionados que iban en busca de reclutas a las pampas salitreras. Su instruccion, por lo demas, progresó de una manera admirable en pocos dias, lo cual no era de estrañar dadas las especiales aptitudes de su comandante, el ilustrado y valeroso teniente-coronel don Aníbal Arriagada. El Pozo Almonte seria, pues, una magnífica base de defensa para el puerto; y ayudado por los dos batallones cívicos recientemente creados, por la Reserva Naval, que quedaba a cargo de los fuertes, por la numerosa policia de la ciudad y por el pueblo mismo, podria oponer una ruda y ventajosa resistencia a las fuerzas balmacedistas que se atrevieran a ir en su busca durante la ausencia de los espedicionarios.

Ademas, el *Huáscar*, a las órdenes de su comandante, el capitan de corbeta don Joaquin Muñoz, permaneceria en la costa de Tarapacá para vijilarla, impedir el desembarco de enemigos y apoyar a los defensores de tierra en caso de un ataque inopinado; el *Tolten* le serviria de aviso, y esta reunion de fuerzas, a las que se agregaban la policia y el batallon cívico de Pisagua, parecian bastantes para dar confianza al comercio y a los vecinos.

La presencia de dos de los miembros de la Junta de Gobierno, señores Silva y Barros Luco, y de los secretarios de estado señores Irarrázaval y Errázuriz, que permanecian en Iquique, contribuia a dar confianza a todos y aseguraba una direccion acertada a las operaciones en caso de sobrevenir algun suceso inesperado.

***

Con esto habia ocupacion para los que se quedaban y para los que venian, y por eso los dias 9, 10 y 11 de agosto trascurrieron en medio de trajines y de afanes indescriptibles. Los trasportes preparaban sus camarotes, cubiertas, entrepuentes y bodegas para dar cabida a los hombres, animales, artillería y municiones de boca y de guerra que debian conducir; los soldados daban la última mano a sus rollos, armas, equipo y prendas de vestuario. Nadie dormia: todos, de dia y de noche, se preocupaban tan solo de concluir de alistarse para acelerar en lo posible la marcha.

El 10 de agosto comenzó el embarco de las tropas; y esta engorrosa operacion, que a tantos tropiezos y molestias suele dar márjen, aun tratándose de jente veterana, se efectuó ahora con el mayor órden, gracias a las siguientes instrucciones impartidas por el estado mayor con ese objeto:

«El dia del embarco de un cuerpo su comandante deberá disponer:

1.° Que el equipo del cuerpo se encuentre en el muelle, o en el lugar que oportunamente se le designe, por lo menos tres horas antes que la fijada para el embarco de la tropa, debiendo mandar un oficial con ocho soldados para su custodia.

2.° Mandar a bordo del buque designado para el embarco de su cuerpo, por lo menos una hora antes de que éste tenga lugar, un ayudante con las siguientes instrucciones:

A. Vijilar por el embarque del equipo.

B. Solicitar del comandante del trasporte el número de camarotes necesarios para los jefes y oficiales hasta el grado de capitan inclusive.

C. Solicitar del mismo el espacio necesario para su tropa.

D. Colocar centinelas en la cocina, aguada y panaderia para que estos servicios se efectúen con órden y regularidad.

E. Arreglar el espacio conveniente para los oficiales subalternos.

F. Vijilar la estiva de los individuos de tropa, cuidando de que quede libre el acceso a los camarotes, y atender a la colocacion de las armas, las que deben ser amarradas a los pasamanos de los camarotes.

3.° Disponer los turnos de la comida y nombrar los ayudantes de cocina.

4.° Despues del desayuno hacer barrer la cubierta, pidiendo una escoba por cada compañia.

5.° Nombrar un capitan de servicio.

6.° Colocar una centinela en cada bote del trasporte, con órden de no permitir subir a nadie en ellos durante toda la navegacion.

7.° Colocar una centinela para que guarde el órden en los lugares y urinarios, no permitiendo mas de seis hombres a la vez.

8.° Nombrar un oficial de servicio para que haga cumplir las disposiciones del párrafo anterior.

9.° No permitir a nadie abandonar su puesto sin permiso previo."

***

Los milagros de actividad realizados en el embarque no fueron suficientes, sin embargo, para producir el prodijio de dar mayor capacidad a las naves espedicionarias. Habia aumentado tanto el número de hombres que debia conducir el convoi, que no todos los materiales acumulados para la espedicion pudieron encontrar cabida a bordo. Entre éstos, aquellos cuya falta iba a ser mas sentida y a dar oríjen a graves dificultades para la provision de municiones y alimentacion de las tropas en marcha, fueron los elementos de movilidad de la comandancia de bagajes y equipajes que a tanta costa habia logrado reunir la intendencia de ejército. No ménos de 20 carretones y cerca de 2,000 mulas quedaron en Iquique sin embarcarse. Las 17 naves de que disponíamos no eran suficientes para conducir al sur tan valiosos ausiliares; no habia tampoco vapor ni barco alguno que fletar, y la espera de los que pudieran conseguirse equivalia a un retraso peligroso para la espedicion.

Fué necesario resignarse, pues, a esa falta, con la esperanza de encontrar en las cercanias del puerto de desembarco animales de carguio que reemplazaran, en parte siquiera, a los que se dejaban. Con este propósito se encargó al señor Hermosilla, administrador de la hacienda de Quintero y que acompañaba a la escuadra desde los primeros dias del movimiento, desempeñando ahora el puesto de jefe de los bagajes, que bajase a tierra de los primeros y se echase en busca de mulas para trasportar los artículos que con mas urjencia necesitaran los espedicionarios.

Hecho ya ese sacrificio, el embarque de los víveres, municiones, piezas de artilleria, caballos y equipajes, continuó sin descanso durante los dias 9 y 10. El 11 en la mañana debian

hallarse todas las tropas a bordo, y a las dos de la tarde abandonar por fin definitivamente las aguas de Iquique en demanda del enemigo.

***

El servicio militar a bordo de cada trasporte habia sido reglamentado por el estado mayor jeneral por medio de las órdenes siguientes:

« Este estado mayor jeneral dispone lo siguiente sobre el servicio que debe hacerse a bordo de cada trasporte:

Diariamente se nombrará por el jefe de mayor graduacion que vaya a bordo, dos jefes de servicio para el buque, y un oficial para cada compañia.

El servicio de los jefes comprenderá dos turnos en cada 24 horas, uno de 10 A. M. a una de la noche, y otro desde esta hora hasta las diez del dia.

Los oficiales de servicio de las compañias deben encontrarse de dia y de noche en el espacio designado a su compañia, y sus relevos y lugar que ocupen entre su compañia debe ser indicado por el jefe del cuerpo respectivo, con conocimiento del jefe de servicio y del comandante militar del buque.

En cada compañia se hará diariamente un ejercicio de zafarrancho de combate. Las barandas de las dos cubiertas superiores se ocuparán por tiradores tendidos, que romperán el fuego a la órden del jefe de servicio de turno respectivo, el cual se encontrará sobre el puente al lado del comandante militar del buque y acompañado por un ayudante de cada cuerpo que se encuentre a bordo.

Sin órden espresa del jefe de servicio no se disparará ningun tiro.

La jente que no quepa en las barandas quedará tendida en la cubierta sin cargar sus fusiles.

Al jefe y a los oficiales de servicio les tocará velar sobre la regularidad en las horas de las comidas y el órden en que deban tomarlas, y vijilar el empleo de luces a bordo.

Dos veces por dia, antes del almuerzo y comida, se barrerá la cubierta.

Por lo demas, cualquiera medida que tome el comandante militar del buque por el bien del servicio debe ser secundada por el jefe de mayor graduacion que vaya a bordo y por los jefes y oficiales de servicio.

EMILIO KÖRNER."

***

Una vez embarcadas las tropas, se comunicó a los comandantes de buques y a los jefes de brigada las siguientes instrucciones, relativas al órden que debia observarse en la marcha del convoi:

"Con la 1.ª division de buques que trasportan a la 1.ª brigada marchará la *Esmeralda.*

Con la 2.ª division de buques el *Cochrane.*

Esmeralda y *Cochrane* como buques protectores; *Magallanes* y *O'Higgins* como buques de avanzada.

La vanguardia ocupa la costa del objetivo, desembarca la tropa de lancheros que lleva el *Biobio* y los 500 hombres de la vanguardia del ejército.

Protejen esta operacion, que debe hacerse al amanecer, los buques de guerra.

Los cuatro escampavias, en órden de batalla y amarrados a distancia de 200 metros uno de otro, abren un canal por si hai torpedos fondeados.

La jente de tierra recorre la costa para cortar todos los alambres y las pilas de inflamacion.

El comandante del *Biobio* llevará boyas para fondearlas de manera que con ellas se indique el canal o espacio esplorado.

La *O'Higgins* y la *Magallanes* enviarán cada una un bote con un torpedo remolcado o en el botalon, con una carga de 20 libras de pólvora. Este torpedo se hará estallar para romper las minas o para reventarlas en cuanto sea posible, al encontrar la línea de torpedos.

La mision de la vanguardia concluye cuando haya terminado la esploracion de la bahia en todas sus partes y cuando se haya destruido a los tiradores del enemigo que se encuentren cerca o defendiendo la playa.

La division Donoso (vanguardia) destacará dos partidas de jente armada para cortar los telégrafos y venir desde la costa en ausilio de las fuerzas que atacan el puerto de frente.

El desembarco de la vanguardia se hará en los botes de los buques *O'Higgins* y *Magallanes*, y por dos puntos, si es posible, para cortar las tropas del enemigo.

La 1.ª division de buques entrará al puerto en órden de fila, precedida a distancia de 200 metros por el *Biobio*; ocupará la costa al norte de la playa, y fondeará en el menor fondo posible: cuatro brazas en baja marea. Arriará las lanchas planas y todos sus botes, debiendo ántes haber formado las tropas, y en buen órden todos a bordo para evitar confusion.

Arriados los botes, se colocarán los botes remolcadores en posicion para efectuar esta maniobra.

Se habrá señalado a cada rejimiento una escala por donde tomar las lanchas.

Cada buque se limitará a cumplir su programa especial, el cual para los buques de guerra tiene los puntos capitales siguientes:

1.° Ausiliar con sus botes el desembarco dando remolque o llevando a los jefes de las tropas al lugar del desembarco y a las banderas que marquen los sitios de reunion de las brigadas.

2.° Efectuado el desembarco, los comandantes de buques ausiliarán con un bote el desembarco de los que deben salir, dando las órdenes oportunas y ordenando a los que deben quedarse que tomen la posicion indicada en el cróquis.

3.° Efectuar el cierro de la palizada en el punto que le corresponda, amarrando entre las boyas los calabrotes, alambres y perchas que deben llevar preparados.

Se mandará dos botes de cada buque a las órdenes del comandante del *Biobio*, capitan Donoso.

DURANTE EL CONVOI.

Se navegará con luces apagadas, manteniendo estrictamente la posicion.

En caso de ataque por las torpederas se continuará el mismo rumbo y sin cambiar ni la posicion ni la distancia.

Los buques de vanguardia, viniendo al habla de noche, levantarán dos faroles a distancia de dos metros verticales.

La vanguardia forzará el paso y conservará tambien sus demarcaciones, pudiendo solo maniobrar independientes los buques *Magallanes* y *O'Higgins*.

La distancia a la costa se mantendrá la misma, y por ningun motivo se pretenderá seguir en busca del convoi sino en el paralelo del objetivo del desembarco, y a la luz del dia.

Los buques escampavias, en caso de combate, harán sus disparos protejidos por los buques grandes.

Antes de que el convoi de los trasportes llegue al puerto, el jefe de la vanguardia avisará al buque de guerra de cada division lo siguiente:

1.° El paso está franco: una bandera al tope de trinquete.

2.° El paso tiene torpedos a cada lado del canal. (El canal se fijará con tres boyas blancas.) Dos banderas al tope de trinquete.

3.° La playa en las cuatro brazas está esplorada y no tiene torpedos: tres banderas al tope de trinquete.

4.° La playa en las cuatro y cinco brazas tiene torpedos: cuatro banderas al tope de trinquete.

5.° Se han fijado en tierra tres banderas con los colores de las brigadas, y

6.° Se ha preparado en la playa boyas con andariveles a tierra para las lanchas planas frente a los puntos de desembarco: una bandera al tope trinquete y otra al tope mayor.

7.° No se ha podido fondear las cuatro boyas; hai enemigos atrincherados: dos banderas en cada tope.

ÓRDENES A LOS COMANDANTES DE LOS BUQUES DE GUERRA Y A LOS TRASPORTES ARMADOS.

Los buques de guerra de la vanguardia harán efectuar el desembarco a las tropas que trasportan operando con completa libertad de accion, pero teniendo presente los objetivos siguientes:

1.° Cortar las comunicaciones telegráficas.

2.° Atacar a los defensores de manera aislada.

3.° Operar con la artilleria de los buques para despejar la playa mas favorable.

4.° Reparar con los escampavias el fondeadero por medio de rastreos bien dirijidos, zona a zona.

5.° Abrir un canal limpio y marcarlo con boyas pintadas de blanco. Estas boyas se fondearán con lingotes gruesos y cabo de grosor proporcionado.

6.° Ausiliar con todos los botes armados y con los de remolque el movimiento de las lanchas con tropa y de los caballos que se botan al agua.

7.° Facilitar al jefe nombrado para la bateria del puerto los cañones de desembarco y la jente con raciones para dos dias, agua y abrigo suficiente y los elementos para vijia.

8.° Organizar el servicio de señales desde el fuerte del puerto, y facilitar los elementos que se le pidan.

9.° Dar especiales órdenes a los botes de cada buque para que se lleve a tierra desde los trasportes a los jefes de las brigadas y a los comandantes de batallones.

10.° Los buques de guerra y trasportes que tengan elementos organizarán en cureñas de desembarco las ametralladoras Hotchkiss y Gattling que puedan, con el personal de marineria y un oficial por cada pieza, de la clase de guardiamarina.

Estas piezas, con cien tiros por pieza, se pondrán a disposicion del capitan Fernandez Vial.

Se nombra capitan de la bateria al teniente 1.° don Luis Gomez C., y la suministrarán los buques en la forma que sigue:

Cochrane, Hotchkiss con 200 tiros.

Esmeralda, id. id.

O'Higgins, id. id.

Aconcagua, id. id.

Cachapoal, id. id.

Aconcagua, una Gardner con 3,000 tiros.

Biobio, una Gattling, con id. id.

Magallanes, una id., con id. id.

Se recomienda al comandante del *Amazonas* recojer a bordo las ametralladoras que se facilitaren a la avanzada de la primera brigada.

ARTILLERIA PARA LA BATERIA DEL PUERTO.

Huáscar, un cañon de 7 libras. (Lo entrega al *Abtao.*)

Maipo, uno de 6.

Aconcagua, uno de 7.

SERVICIO DE RONDAS EN EL APOSTADERO.

Del *Cochrane* una lancha porta torpedos.

Del id., una id Hotchkiss.

De la *Esmeralda* una lancha a vapor con cañon u Hotchkiss.

Aconcagua y *Cachapoal* deben apurarse, para emprender cruceros desde la puesta del sol, el primero con la *Esmeralda* y el segundo con el *Cochrane.*

Buque de apostadero para la defensa del puerto la *O'Higgins*, siempre en zafarrancho de combate, hasta segunda órden.

Buque de avanzada durante el dia del desembarco, la *Esmeralda*, a cinco millas del puerto, despues de suministrar los primeros ausilios al desembarco.

F. Javier Molinas."

*
* *

A la hora fijada de antemano a cada jefe de cuerpo, con una exactitud que demostraba cuán grande era el empeño de todos por facilitar la pronta salida del convoi, se encontraban las tropas dispuestas para trasladarse a bordo de los buques que debian trasportarlas al sur. La bahia de Iquique presentaba un aspecto festivo y entusiasta, como el que en los buenos tiempos de las

regatas ofrecia la de Valparaiso durante las festividades nacionales. Era un ir y venir de botes fleteros, de lanchas, de remolcadores, de embarcaciones de las naves de guerra y de los trasportes que hubiera bastado para aturdir a los mas serenos si cada cual no estuviera preocupado de la marcha y de las dilijencias necesarias para instalarse durante el viaje. Las lanchas cargadas de tropa partian del muelle en medio de estruendosas aclamaciones; las bandas de músicos rompian al instante en alegres tocatas; la tropa contestaba los "hurras" y los "vivas" con que la saludaban los de tierra, y los remolcadores se ponian al instante en movimiento, contribuyendo con sus pitazos y su ruido al confuso coro formado por la universal algazara. Muchos de los curiosos estacionados en el muelle, que por consideraciones de familia o por la clase de sus ocupaciones no se habian resuelto hasta entonces a enrolarse en las filas del ejército constitucional, se presentaban allí, en el muelle, a los jefes y oficiales, y proveyéndose tan solo de armas, municiones y mantas, se mezclaban en las filas de los soldados, se embarcaban en las lanchas y se dirijian a bordo entre la multitud, arrastrados por el regocijo público, por la calorosa alegria de la tropa y por sus propios impulsos, que los inducian a tomar parte en aquella hermosa empresa. Las mujeres mismas, estacionadas en la plazuela de la Aduana, lejos de despedirse entristecidas de sus deudos, los saludaban risueñas, animándolos con cariñosas palabras a combatir sin debilidad y sin miedo; y solo al ponerse en movimiento las filas para bajar a la embarcacion, junto con el abrazo último y prolongado y con adelantar ruborizadas el pañuelito con el modesto atado de "cocaví" que a sus predilectos debia servir de provision y de recuerdo durante el viaje, sentian humedecidos sus ojos y sordamente acongojados sus amantes corazones. Mas, fuera de ese doloroso momento, solo se respiraba resolucion tranquila y firme, bravura indómita, heroicas determinaciones. Los asomos de afliccion o de ternura cesaban como por encanto en los pechos de los soldados al divisar los buques y respirar el ambiente de exaltacion patriótica que parecia mecerse sobre las ondas. Todo lo olvidaban entonces para pensar únicamente en los pueblos oprimidos que iban a ser libertados por su empuje; y la bandera tricolor, que flameaba en la popa de las naves, les recordaba que las dulzuras del cariño y la paz de los hogares

podian convertirse en verdaderos crímenes si por ellas se desatendia u olvidaba la infelicidad profunda que pesaba sobre Chile.

Llegadas las lanchas al costado de los trasportes, el embarco se verificaba con rapidez y con órden, de conformidad con las instrucciones recibidas. Cada rejimiento, batallon y compañia ocupaba el sitio que le estaba destinado; y solo una vez instalada allí pensaba la tropa en entregarse al descanso, depositando en el suelo sus rollos, preparando sus provisiones y tendiendo o colgando cuidadosamente sus fusiles.

Los alrededores de cada buque semejaban una recova ambulante, porque, procurando aprovechar el suple de diez pesos que se habia repartido a los soldados, botes cargados de frutas, de tortillas, de "pequenes" y de cauceo iban a tentar con su variado y apetitoso cargamento la siempre despierta golosina de nuestra tropa.

Otra clase de tentadores recorria tambien los entrepuentes y cubiertas: clérigos católicos y pastores protestantes, los unos repartiendo escapularios, medallas y estampas, los otros biblias y folletos, y nó sin que sus exhortaciones y consejos dejaran de darles tiempo para pregonar la escelencia de sus baratas mercaderias y para ver modo de desacreditar las de sus competidores.

***

En medio de estos variados entretenimientos iba avanzando la tarde del martes 11 de agosto. La atmósfera estaba húmeda, el cielo nebuloso, el mar tranquilo, pero los corazones ardorosos y ajitados, esperando con ansia la señal de la partida. A las cuatro de la tarde salia de tierra la embarcacion que conducia a bordo del *Cochrane* al comandante en jefe de la escuadra y su comitiva. La tropa, al divisarlos, prorrumpia en estrepitosas demostraciones; las bandas de músicos entonaban el himno nacional, y las portas, las barandas y hasta las járcias se veian repletas de ájiles y curiosos militares. Ya las lanchas que habian trasportado a la jente, y que servirian tambien para el desembarco, estaban amarradas a los costados de los vapores; el movimiento cesaba en la bahia; la ciudad se divisaba desierta y silenciosa: solo el muelle y los malecones de la ribera aparecian

repletos de espectadores que esperaban anhelosos la partida y contemplaban con una mezcla de envidia y de tristeza los montones de hombres que a manera de pintorescos racimos lucian sus vistosos trajes sobre las cubiertas, los puentes y los palos de los buques. Regresaba poco despues a tierra la chalupa con los miembros de la Junta y secretarios de Estado que se quedaban en Iquique; a una señal del *Cochrane* se sentia en cada buque el ruido de los cabrestantes que arrancaban del fondo las anclas y recojian las cadenas; resonaba despues un cañonazo; estallaban al punto ensordecedoras aclamaciones, y las hélices comenzaban a moverse lentamente a fin de dar a las naves la colocacion señalada en las instrucciones. Se oia poco despues un nuevo cañonazo, y entonces, entre "vivas," aclamaciones, músicas, toques de corneta y ruido de los de a bordo; entre saludos, aletear de pañuelos, palpitar de corazones y lágrimas silenciosas de los de tierra, avanzaba decididamente el convoi hácia el sudoeste, perdiéndose de vista poco a poco entre las brumas de la tarde y de la distancia, fatigados los cuerpos por las tareas del dia, impresionados los espíritus por las profundas impresiones que habian esperimentado en la jornada, y soñando las imajinaciones aventuras peligrosas pero felices, románticas hazañas, esplendores de triunfo para coronar sus cabezas, y aureolas de felicidad y de gloria imperecederas para la frente augusta de la patria.

*
* *

Los buques se deslizaban tranquilos sobre un mar sereno. El andar estaba regulado a razon de cinco millas por hora a fin de que el convoi se mantuviera sin alteracion, pues algunos vapores, como el *Isidora Cousiño*, apenas podian sostener esa marcha. Cerrada la noche, todas las luces fueron cuidadosamente apagadas a fin de impedir que sirvieran de guia a las torpederas enemigas, a las que se suponia empeñadas en buscar ocasion de lucir el atrevimiento y habilidad de sus comandantes.

La noche, sin embargo, trascurrió sin incidentes. Amaneció el 12 de agosto, y la jente, que tenia necesidad de reposo, aprovechó la bonanza del océano para entregarse al sueño y al descanso sin los inconvenientes del mareo. Así trascurrió el dia, y

al caer la tarde se apagaron de nuevo las luces con el objeto de ocultar nuestra presencia al enemigo.

El dia 13 de agosto amaneció nublado y húmedo, pero el mar persistia en conservar una inalterable placidez. La marcha seguia lenta y como perezosa. La costa se esbozaba apenas a lo lejos entre la calima, y la tropa, descansada ya, divertia su ocio en alegres conversaciones, a todas las cuales servia de inagotable tema la campaña que comenzaba.

***

A las siete de la mañana del 14 fondeaba en Caldera el convoi. La mansa rada se veia poblada de buques cargados de tropas, y en la playa, el muelle y las calles aparecian grupos numerosos de jente, montones de equipo, piños de bueyes y de caballos que esperaban su turno para embarcarse. Trenes de Copiapó atestados de familias y de soldados llegaban de hora en hora, dando al decaido Caldera un aspecto de alegria a que no estaba acostumbrado desde la lejana época de la pasada guerra.

Sin pérdida de tiempo arriaron los trasportes sus lanchas y comenzó el embarco de la tropa.

Se habia creido al principio que esta operacion podria terminarse el mismo dia, pero luego se vió que eso era pretender un imposible. Aunque los carros llegaban repletos y los trenes corrian sin descanso, no bastaba su celeridad para concluir tan pronto el acarreo. Copiapó se habia despoblado. Al lado de los vagones que conducian a los valientes reclutas y a los atezados veteranos, la sociedad copiapina—encantadoras jóvenes, matronas distinguidas, respetables caballeros—se trasladaba tambien en masa a Caldera para alentar con su presencia a los espedicionarios y dar a sus numerosos deudos el cariñoso abrazo de la partida.

Fuera de eso, no habia habido tiempo suficiente para repartir en tierra todas las armas, municiones y equipo a los noveles soldados, de tal modo que en el muelle mismo, en los momentos del embarco, se proveia a muchos de las prendas mas indispensables. A bordo de cada trasporte se les entregarian las restantes.

***

El dia siguiente, 15 de agosto, fué para los huéspedes de Caldera un dia de ajitaciones y de alarmas.

A las diez de la mañana puso el vijia la señal de "buque sospechoso a la vista;" y cuando las naves de guerra que escoltaban el convoi se alistaban presurosas para salir en reconocimiento de los presuntos enemigos, el vijia anunciaba haber reconocido ya a las torpederas balmacedistas. Se avistaba ademas, mui a lo lejos, una nave que bien pudiera ser el *Imperial.*

El *Cochrane* disparó entonces un cañonazo de llamada, se suspendieron las operaciones de embarco, acudierón a sus piezas los artilleros de los fuertes, y la *O'Higgins* primero, y poco despues el *Biobio*, salieron en busca de las naves dictatoriales. Una de ellas, al parecer la *Condell*, hizo ademan de mantenerse firme en espera de la *O'Higgins*, de modo que ésta pudo llegar a colocarse a unos seis o siete mil metros de aquella; pero estrechada hasta ese punto la distancia, lanzó la torpedera unos cuatro o cinco balazos con sus cañones de tiro rápido—que fueron al punto contestados por la corbeta—y emprendió en seguida su retirada al sur, manteniéndose mui apegada a la costa.

Era inútil pensar en perseguirla; pero la division naval que habia sido despachada a Huasco a las órdenes del comandante Goñi, y que contaba con barcos veloces como la *Esmeralda* y el *Aconcagua*, recibió inmediatamente aviso telegráfico de lo que pasaba, y estos dos cruceros, unidos a la *Magallanes*, se pusieron en movimiento hácia el norte formados en ala, con la remota esperanza de encerrar a la fujitiva.

La encerraron, en efecto; pero la *Condell*, temerosa de caer en la peligrosa red, cambió completamente de rumbo en cuanto se vió amenazada de cerca y emprendió una rápida fuga, hácia el norte primero, y despues hácia el oeste y el sudoeste. Hemos de suponer que entonces, harta ya de proezas y de aventuras, resolveria acojerse al amparo de los fuertes de Valparaiso. Nadie, a lo menos, pudo divisarla en seguida durante la marcha, cuando tan hacedero hubiera sido para un enemigo audaz y valeroso mantenerse constantemente a la vista del convoi, meterse entre él de noche, y, si no echar a pique alguno de los trasportes,

introducir a lo menos el desórden y la alarma entre los espedicionarios.

***

Mas si en realidad al marino balmacedista le faltaron la intelijencia y el arrojo necesarios para continuar su empresa en los momentos mas propicios que podian presentársele, nuestros jefes estaban en la obligacion de precaverse contra nuevos ataques y sorpresas, y en esta virtud se espidieron las detalladas instrucciones siguientes, que fueron comunicadas en el acto a todos los comandantes:

ORDENES JENERALES.—NAVEGACION EN CONVOI.

SEÑALES PARA RECONOCERSE DE DIA.

El distintivo de todo buque amigo durante el dia será de tres gallardetones de cualquier color izados en el palo trinquete, para los buques de la vanguardia.

1.ª division: de tres gallardetones con una bandera cuadra encima, sin gallardeton de código.

2.ª division: de tres gallardetones con una bandera cuadra debajo, sin gallardeton de código.

SEÑALES DE RECONOCIMIENTO PARA DE NOCHE.

(Igual para las tres divisiones.)

Todo vapor nuestro que desee darse a conocer pondrá dos luces rojas (1) del lado del buque al cual divisa, y el otro contestará con una luz roja, agregando inmediatamente una blanca, las que se harán desaparecer diez segundos despues.

ZARPAR.

Fijada la hora para la salida, se disparará por el buque jefe un cañonazo media hora antes, a fin de que se aliste la division de vanguardia. El segundo cañonazo, disparado a la hora precisa, indicará la partida para esa division y para que se prepare la segunda. Al tercer cañonazo, a igual intervalo, zarpa ésta.

---

(1) Los buques que no tengan dos faroles rojos prepararán fundas de lanilla de ese color.

RUMBO, Y PRIMER RENDEZ-VOUS.

La division de vanguardia hará rumbo al paralelo de Peñablanca, a 56 millas de la costa, para llegar allí a las 12 M. Avistada la 2.ª division, se sigue rumbo al segundo *rendez-vous*, en el mismo meridiano, a 40 millas del paralelo del Limarí. Al avistarse la 2.ª division se seguirá rumbo al tercer *rendez-vous*. El tercer *rendez-vous* será a 60 millas de punta Liles, E. O.

El 4.° *rendez-vous* será en todo caso al amanecer, aun despues de un temporal, en punta Quintero.

La 2.ª division se mantendrá por la aleta de estribor de la *Magallanes*, última de la vanguardia, y a la distancia que considere conveniente.

OBSERVACIONES JENERALES.

Durante la noche.

Los jefes de los buques ejercerán todo su esmero y vijilancia para mantener rigorosamente la posicion que se les indica en los diagramas respectivos y el rumbo que sigue el buque colocado por su amura.

Caso de ataque.

Si alguno de nuestros buques se cerciora de la presencia de un buque sospechoso, disparará un volador que indicará el lado de que viene el enemigo.

En toda circunstancia se procurará conservar intacta la formacion, a no ser que se impusiera al jefe de la division la necesidad absoluta de un movimiento de ataque o defensa de consecuencias evidentemente ventajosas.

Retirado el enemigo se reasumirá la formacion y se seguirá la marcha, a menos de que medien órdenes contrarias.

Caso de neblina.

Todo buque hará cada cinco minutos los pitazos de vapor que se indican a continuacion, y seguirá adelante si no divisa peligro.

Para la vanguardia:

O'Higgins, un pitazo breve.
Abtao, dos pitazos id.
Isidora, tres id. id.

Limarí, un id. id. y otro largo.
Magallanes, dos largos.
Biobio, uno largo y uno corto.

Para la segunda division:

Cochrane, uno corto.
Copiapó, dos cortos.
Maipo, tres cortos.
Cachapoal, uno largo.

Para la primera division:

Esmeralda, uno largo.
Amazonas, dos largos.
Aconcagua, tres largos.
Los pitazos largos serán de dos segundos.

Caso de temporal.

Se mantendrán todos los buques en sus respectivos puestos en las mejores condiciones marineras posibles, y pasado el mal tiempo se restablecerá la formacion como al principio.

Luces.

Todas se llevarán apagadas, menos las de direccion que cada cual debe usar para servir de guia al buque que navega por su aleta. Si alguno divisa luces a cualquiera otro, le hará como sea posible destellos repetidos, que significan en jeneral "apagar luces innecesarias."

Señales adicionales.

"Voi a parar:" un piteo largo.
"Parar sus máquinas:" un piteo largo y dos cortos.
"Seguir mis aguas:" dos piteos largos.
"Averia en la máquina:" tres piteos cortos.

Advertencias sobre señales.

Se usará el Código Internacional tal como de ordinario, sin contar mas adelante o mas atras, como se habia dispuesto. El Código Nacional y semáfora pueden usarse entre los buques de guerra, pero en ningun caso se podrá emplear el sistema nacional de destellos en la noche. Unicamente se harán de noche las señales establecidas en estas instrucciones.

Caldera, agosto 14 de 1891.—Javier Molinas.

***

A las doce del siguiente dia, domingo 16 de agosto, terminada ya la laboriosa operacion del embarco, en medio de los vítores y saludos de los de tierra y del bullicioso entusiasmo de los de a bordo, comenzaron los buques del convoi a dejar lentamente sus fondeaderos para tomar la colocacion que les señalaban las nuevas instrucciones. La escuadrilla de "zancudos" abria la marcha y se hallaba en franquía desde las once de la mañana. Todos los demas estuvieron listos a la una, y quince minutos despues, a un cañonazo de señal del *Cochrane*, se ponian en movimiento hácia el oeste a fin de alejarse unas sesenta millas de lá costa.

Ya no habria mas paradillas en el viaje: se avanzaba ahora decididamente en demanda del enemigo.

La 1.ª brigada se embarcaba el mismo dia en el Huasco en el *Amazonas* y el *Aconcagua*, los que, bajo la custodia de la *Esmeralda* y de la *Magallanes*, habian sido destacados con ese objeto. Estos rápidos barcos se juntarian al grueso del convoi a la altura de Quintero, despues de que la *Esmeralda* regresase de su comision de aviso a Valparaiso, y entonces, reunidos en alta mar el ejército y la armada constitucionales, adelantarian rápidos a sorprender a las huestes de la tirania en las pintorescas playas de Quintero.

***

¿Se lograria, sin embargo, sorprender al enemigo? Con el objeto de conseguirlo se habian tomado todas las precauciones, pues tal era el deber de nuestros jefes, pero sin fundar en ello ni cálculos ni esperanzas. Era de suponer, por el contrario, que las fuerzas balmacedistas que custodiaban cada puerto mantuviesen una estricta vijilancia. Hasta debia contarse con que de la salida de Iquique del convoi el 11 de agosto, y de Caldera el 16, tenia ya conocimiento el dictador, por mas que en uno y otro puerto se hubiera tomado la precaucion de retener a los vapores que venian en marcha para el sur. No debiamos fiarnos en ningun evento favorable: ni en la falta de intelijencia y pre-

vision de los jenerales contrarios, ni en el descuido de los jefes de las distintas guarniciones de la costa, ni en el desbande de sus fuerzas, ni en nada que no fuera la superior prevision de los jefes constitucionales, el valor indomable de nuestra tropa, la instruccion y disciplina de nuestros veteranos y el elevado espíritu de patriotismo y decision por la causa de la libertad que a todos los animaba.

Y tan cierto era que el enemigo, lejos de adormecerse en la confianza, mantenia un espionaje hábil y bien informado, que al dia siguiente de moverse de Vallenar la 1.ª brigada dirijia el dictador el siguiente telegrama a sus jefes de division:

«Vallenar abandonado por los revolucionarios.

Aldunate cree que espedicionan. Ojalá. Estamos listos.—BALMACEDA.»

El jeneral que comandaba la 2.ª division, acantonada en la provincia de Valparaiso, contestaba en los términos siguientes:

«DE VALPARAISO A SANTIAGO.—*Agosto 15.*—Presidente de la República.—Aquí estamos tambien listos para recibir a los enemigos. Tenemos, para el caso de venir por Quintero, escelentes posiciones estudiadas. Si hai que moverse en el sentido de reconcentrarse, listos tambien, y para todo buen ánimo y entusiasta decision.—ALCÉRRECA.»

Mas ¿qué tenia de raro que el 15 de agosto recibiera Balmaceda esa noticia, cuando ya Bañados Espinosa escribia en su *Diario* con fecha 4 del mismo mes:

«En la noche tuvimos noticias fidedignas de que revolucionarios vendrian al sur, amagando por táctica a Coquimbo.

Conversando con el presidente, convinimos en que yo fuera en el acto a Concepcion.»

***

Por lo demas, el mismo jeneral Alcérreca, que pronto iba a ver amenazado el territorio sometido a su jurisdiccion militar, habia tomado ya, ántes de recibir ningun aviso del dictador, eficaces medidas en caso de un desembarco de nuestro ejército.

Así, como adivinando la falta de animales de carguío que tantos males iba a cansarnos en materia de provision, dirijió la siguiente circular a los jefes de las guarniciones de Concon, Quintero, Zapallar, Vilos, Papudo, Laguna, Quintai y Algarrobo:

«*Agosto 14.*—Proceda a notificar a los dueños de fundos de la costa que hagan retirar a mas de dos leguas de la playa todos los caballos, vacas y ovejas, inmediatamente, a fin de que en ningun caso puedan servir estos elementos a los revolucionarios, en caso que desembarquen.—ALCÉRRECA.»

Esta órden era reiterada especialmente al oficial destacado en Curaumilla en la forma siguiente:

«DE VALPARAISO A CURAUMILLA.—*Agosto 14.*—Al oficial del destacamento.—Notifique al administrador del fundo del señor Otaegui que si mañana a las doce del dia los animales no se han retirado, usted procederá a rodearlos y alejarlos a dos leguas de la costa.—ALCÉRRECA.»

Un dia despues se insistia en la órden anterior diciendo:

"DE VALPARAISO A CURAUMILLA.—*Agosto 15.*—Señor don Cárlos Oyarzun.—Proceda usted a dar cumplimiento a lo ordenado, dando el tiempo que usted estime indispensable a los vecinos para que retiren sus animales de la costa.—ALCÉRRECA."

Mas, despues de recibido de Balmaceda el aviso que dejamos trascrito, Alcérreca creyó del caso ser mas exijente aun con los pobres dueños de animales, y elevó de dos a cuatro las leguas a que debian internarlos.

Agosto 17 de 1891.—A Curaumilla, Laguna, Algarrobo, Concon, Quintero, Papudo y Los Vilos. Por órden suprema proceda usted a notificar a los dueños de fundos o propiedad rural que retiren sus animales por lo ménos a cuatro leguas de la costa.

Es prohibido tener cualquier clase de animal, ya sea de carguio, labranza o crianza. —ALCÉRRECA.»

Procediendo con la misma soltura que en la internacion de animales, cuando los necesitaba se valia de este sencillo espediente:

«DE VALPARAISO A QUILLOTA.—*Agosto 16.*—Comandante de

armas.—Siendo necesario hacer una requisicion de cincuenta mulas aparejadas para el uso de la division, sírvase V. S. decirme qué fundos del departamento de su mando pueden proporcionarlas.

No olvide el fundo de los Undurragas ubicado en Quintero. —ALCÉRRECA.»

***

Y no se limitaban, por cierto, a las requisiciones e internacion de animales las medidas de precaucion tomadas por el jefe de la division dictatorial de Valparaiso. Escelentes recomendaciones militares para el caso de desembarco de nuestro ejército contenia la siguiente circular, dirijida con fecha 14 de agosto a todos los jefes de las fuerzas destacadas en Concon, Quintero, Los Vilos, Pichidangui, Laguna, Quintai y Algarrobo:

«Jefe de las fuerzas.—En caso de presentarse el enemigo usted procederá a levantar la oficina telegráfica, retirándose con la máquina y material que le sea posible llevar.

En caso que éste desembarque, usted se retirará lentamente, manteniéndose en observacion del enemigo y comunicando por telégrafo, si le es posible establecer oficina telegráfica provisoria con los elementos que lleve, o por propios en caso necesario, el resultado de sus observaciones. De esta manera, y teniendo siempre a la vista el enemigo, se retirará usted hasta incorporarse a su cuerpo.

No olvide mandar frecuentes y detallados avisos del resultado de sus observaciones.—ALCÉRRECA.»

Alcérreca parecia esmerarse particularmente en sus recomendaciones respecto del punto preciso que los jefes constitucionales habian designado para verificar el desembarco, porque el mismo dia 14 dirijia al jefe de la guarnicion de Quintero el siguiente telegrama especial:

«DE VALPARAISO A QUINTERO.—*Agosto 14.*—Mayor Athas.—En el caso de desembarco por ese puerto, fíjese mui especialmente si desembarcan caballeria en primer lugar y en qué número. Usted no debe retirarse sino hasta que vea fuerzas de caballeria mui superiores a la suya, y en este caso usted debe retirarse mui despacio, dejando siempre vijias en las alturas hasta que se le acerquen, despachando propios de cuando en cuando a Quillota o a Concon a fin de comunicar por telégrafo.

Vijilancia en el puesto y serenidad para obrar en el caso que el enemigo llegue a ese puerto.—ALCÉRRECA.»

Esta predileccion por Quintero llegaba hasta el punto de preocuparse de ciertos detalles que pudieran parecer pequeños y hasta nimios, si no fuera que de esas pequeñeces suele depender en ocasiones la suerte de las batallas.

Así, refiriéndose al vijia de Quintero, telegrafiaba:

"A QUINTERO.—*Agosto 16.*—Mayor Athas.—Pronto irá un individuo a relevar a Ruiz en el puesto de vijia de ese puerto.—ALCÉRRECA."

Y en un parte al coronel Vargas agregaba:

"DE VALPARAISO A CALERA.—*Agosto 16.*—Coronel Vargas.—Dígame si ha recibido las carabinas y bandoleras, como asi mismo las herraduras. En Quintero ví caballos sin herrar y la tropa sin estar uniformada. Apure organizacion definitiva del rejimiento. Proponga a oficiales, que si salen malos se botan.—ALCÉRRECA."

Con fecha 17 hacia las siguientes recomendaciones:

"DE VALPARAISO A QUINTERO.—*Agosto 17.*—Mayor Athas.—El práctico que se ha enfermado que se venga.

Al telegrafista que recibe al oido contrátele rancho a peso diario. Al otro práctico que le den del rancho de la tropa.

Mucha vijilancia le recomiendo.—ALCÉRRECA."

Poco despues remitia al mismo este parte:

"DE VALPARAISO A QUINTERO.—*Agosto 17.*—Mayor Athas.—Haga presente al mayor Saavedra todas las necesidades de la tropa del Aconcagua, ya que ha ido a revistar las fuerzas destacadas en esa.—ALCÉRRECA."

* * *

No iba, pues, a batirse nuestro ejército con hombres desprevenidos, ni con capitanes ignorantes, faltos de iniciativa, de intelijencia o de celo. Teníamos, al contrario, que habérnoslas con jefes entendidos, valerosos y vijilantes como Alcérreca, con indios bravos y astutos, como Barbosa; y si la circunstancia de haberse puesto al servicio de la dictadura poco decia en favor de

la delicadeza, honor y patriotismo de tales militares, no por eso seria justo desconocerles sus dotes de hombres de guerra, y ménos cuando ese reconocimiento sirve para realzar los esfuerzos, la constancia y bravura de los soldados constitucionales y la previsora habilidad y golpe de vista que tuvieron que desplegar nuestros jefes.

Así, a las anteriores medidas, que bastarian para dar a Alcérreca reputacion de precavido, debe agregarse la siguiente:

"De Valparaiso a Algarrobo, Vilos, Papudo, Zapallar, Quintero y Concon.—*Agosto 16.*—Jefe de las fuerzas.—Proceda a inutilizar las lanchas y botes que existen en ese puerto y que puedan servir al enemigo para un desembarco.

Dé recibo de todo lo que destruya, porque será pagado.—Alcérreca."

Dirijiéndose al gobernador de Petorca, que le pedia instrucciones para el caso de un ataque, le decia:

"De Valparaiso a Petorca.—*Agosto 17.*—Señor Zambrano. —La defensa posible para ese pueblo es la policía.

Las tropas de los Vilos, caso de un desembarco del enemigo en el puerto, deben replegárse al sur buscando el grueso de la division.—Alcérreca."

E insistiendo en considerar a Quintero como el punto elejido por los nuestros para dar principio a las operaciones, telegrafiaba al jefe de la guarnicion:

"De Valparaiso a Quintero.—*Agosto 17.*—Mayor Athas.—Ha sido reconocido frente a este puerto el crucero *Esmeralda.* Lleva rumbo a Quintero. Esté mui vijilante, y en caso que se sitúe frente a ese puerto, obsérvelo, sin retirarse por eso.

Comunique cada media hora resultado de las observaciones. —Alcérreca."

Era imposible, pues, sorprender al enemigo en el vijilado puerto de Quintero. El jeneral Alcérreca habia tomado minuciosas y eficaces precauciones para impedirlo, y solo la celeridad de los movimientos de nuestras tropas y la estratejia que desplegaran los jefes constitucionales en el desembarco y en la marcha podrian contrarrestar ese lujo de intelijente prevision.

*
* *

Pero ¿acaso la instruccion y disciplina de los soldados del norte serian mui superiores a las de los del sur? Los cinco mil veteranos y los cinco mil reclutas que nuestros buques trasportaban ¿podrian en conjunto compararse con ventaja a este respecto con los 32,000 hombres que componian las siete divisiones del ejército de Balmaceda?

Es verdad que la parte instruida de nuestro ejército, que seria la mitad, no dudaba, y con mucha justicia, de la superioridad de sus conocimientos militares respecto de los del enemigo. La nueva táctica, los ejercicios, los simulacros habian levantado el espíritu y avivado de tal modo la intelijente iniciativa de los valientes voluntarios, que no cabia comparacion alguna entre ellos y las inconscientes máquinas de la dictadura, movidas automáticamente al son de la corneta y rutinariamente apegadas a la táctica, ejercicios y movimientos de cincuenta años atras. Pero, en cambio, la otra mitad de nuestro ejército, unos cinco mil hombres a lo menos, eran soldados de un mes, de quince dias, de ocho y hasta de uno, como que en Caldera, por ejemplo, se enrolarón unos doscientos jóvenes en el muelle mismo, a la partida del convoi, y éstos no entrarian en combate con mas instruccion militar que la que les enseñase durante el viaje el capitan don Rodolfo Prieto, del Atacama, que se embarcó a cargo de ellos en el *Abtao*.

Los 32,000 soldados balmacedistas, en cambio, eran en su totalidad militares mas o menos instruidos, los cuales, si bien en su gran mayoria bisoños, no podian en rigor considerarse como reclutas. Rigorosamente encerrados desde meses atras en los cuarteles, todo su tiempo lo dedicaban a ejercicios de armas, de movimientos y de maniobras. Hasta en sus horas de descanso respiraban el aire de los cuarteles y estaban sometidos por lo tanto a la disciplina y al servicio militar. Su preparacion guerrera habia llegado a parecer tan satisfactoria a los mas directamente interesados en resguardar con ella su posicion presente y futura en los mas elevados cargos públicos, que cerca de un mes antes de las batallas, el 26 de julio, el ministro Bañados escri-cribia injenuamente en su *Diario:*

"A las siete y media tomé tren espreso en el Puerto y partí a Quilpué para asistir a las grandes maniobras de la division de Valparaiso.

A las 10 A. M. estaba ya en el campamento en el momento que comenzaba el combate entre ambas brigadas.

Todo admirable, salvo una defensa de flanco.

Revisté las tropas en sus campamentos y se fueron a almorzar.

Concluido éste emprendimos una sorpresa con toda la caballeria de la 2.ª brigada contra el campamento de la 1.ª Debido a un descuido de la gran guardia de la 1.ª, la sorpresa se consumó con éxito. Yo en persona con Alcérreca dirijimos la sorpresa.

Despues se dió órden de un ataque a la bayoneta. Contrariándose órdenes superiores, pasaron la zona insalvable, y el 3.º y el 9.º se habrian herido en parte, si yo con Marcial Pinto y otros jefes no nos lanzamos al medio de ambos rejimientos, esponiéndonos a ser heridos por las mismas bayonetas que separábamos."

Era, pues, el ejército balmacedista, o a lo menos la division de Valparaiso, que seria la primera en batirse, una tropa instruida y ardorosa.

La division de Santiago, que se batiria junto con ella, no le iba en zaga en materia de instruccion y de entusiasmo bélico. Así, refiriéndose Bañados a las maniobras de Montenegro, en que tomaron parte ambas, como despues en la batalla de Concon, esclama regocijado:

"A las 9 A. M. llegamos al campo, y desde este momento hasta las 2 P. M. tuvieron lugar las mas hermosas maniobras que he visto en mi vida. En toda América no hai ejército que destruya al del gobierno.

El presidente revistó ambas divisiones en medio de un entusiasmo indescriptible.

No imajinaba encontrar tanta disciplina, tanta instruccion militar y tanta moralidad."

Pues bien: con ese ejército instruido, disciplinado, moral, iban a combatir mui pronto los cinco mil veteranos y los cinco mil reclutas que avanzaban resueltos y alegres a bordo de nuestras naves.

***

Mui en cuenta debe tomarse, por cierto, la notable diferencia que en favor de la causa constitucional representaba el libre en-

rolamiento de nuestros soldados y la forzada leva que hizo la dictadura, sobre todo en los primeros meses de la revolucion. Los efectos morales de esta violencia subsistian, sin duda, pero sumamente aminorados, como se colije de los párrafos del Diario del ministro Bañados que dejamos trascritos. Aunque la oposicion no desperdiciaba ocasiones para quebrantar el espíritu de los defensores de Balmaceda, su oculta propaganda no podia ser tan eficaz ni tan constante como la de los jefes y oficiales de los cuerpos, las proclamas y diarios del gobierno de la dictadura y las instigaciones de pasquines soeces que, como el Recluta, eran gratuita y profusamente repartidos a la tropa.

Ademas, ¿cómo ocultarse que la firme confianza en el éxito que animaba a los jefes y oficiales balmacedistas no dejaria de producir grande impresion en el ánimo de jentes ignorantes como los soldados, apagando sus naturales pero informes inclinaciones patrióticas y decidiéndolos poco a poco a sostener al gobernante que tan pródigamente los cuidaba, que tanto les ofrecia para despues del triunfo, y, sobre todo, que tanto dinero les debia?

Por mas doloroso que sea confesarlo, esa seguridad en el éxito, que tantas retractaciones y trasfujios ha ocasionado siempre, y de parte de personas mucho mas capaces e ilustradas que los infelices sicarios de la tirania, habia llegado en los últimos tiempos casi a infiltrarse en el espíritu de mucha parte de nuestro pueblo. En el sur, a lo menos, segun documentos oficiales que tenemos a la vista, ya no era necesario ofrecer primas de enganche a los reclutas, sino que éstos acudian voluntariamente a servir.

Así, el intendente balmacedista de Valdivia comunicaba por telégrafo a Bañados Espinosa lo siguiente con fecha 14 de agosto:

"De Valdivia a Concepcion.—*Agosto 14.*—Señor ministro del interior y de la guerra.—Hoi quedan completos los trescientos reclutas para el batallon Valdivia. No ha habido necesidad de pagar prima ni de tomar jente por la fuerza; la mayor parte son voluntarios. Como hai ofrecimiento sigo enganchando para organizacion de Jendarmes ordenada por V. S. El cuerpo que se forma será de caballeria.

Entiendo que quedo autorizado para hacer los gastos del caso.

Aquí se pueden obtener correaje y demas útiles. En todo caso convendria organizar pronto cuerpo de jendarmes aunque se establezca aquí batallon Chiloé, porque podria marchar al norte dicho batallon si fuera necesario, quedando entonces indefenso el pueblo.—J. A. SOTO AGUILAR."

Y desde Los Anjeles se le trasmitian poco despues los siguientes partes:

"DE ANJELES A CONCEPCION.—*Agosto 17 de 1891.*—Señor ministro de la guerra.—Numero de reclutas enviados hoi, solo alcanza a 94.—RAFAEL GONZALEZ.

DE ANJELES A CONCEPCION.—*Agosto 18 de 1891.*—Señor ministro de la guerra.—En tren de una deberán llegar a esa cien reclutas. Luego remitiré a V. S. algunos mas.—RAFAEL GONZALEZ."

Como puede verse por los telegramas anteriores, no seria, pues, la falta de hombres, y hasta de voluntarios, lo que ocasionara la derrota del ejército dictatorial.

***

¿Seria entonces la superioridad de las armas lo que debiera darnos el triunfo?

Contábamos, es verdad, con 4,000 fusiles Mannlicher tomados en Valparaiso el dia 7 de enero; pero esta arma, indisputablemente superior al Gras por la rapidez de su tiro, no bastaba por sí sola, dado su corto número, para asegurarnos de una manera indudable la victoria. Siempre tendríamos 6,000 hombres armados de Gras, como la totalidad del ejército balmacedista; y siendo tambien el Gras un fusil escelente por su alcance, precision y rapidez, la superioridad del Mannlicher no equivalia por cierto, en el mejor de los casos, mas que a una de tantas probabilidades favorables, a una ventaja importante, a una ayuda poderosa, si se quiere, pero nó a un elemento decisivo, invencible, incontrastable.

Ademas, las ventajas del Mannlicher podian apreciarse antes de la batalla únicamente por su aspecto moral, desde que nunca habian sido prácticamente comprobadas sino en ejercicios de tiro. Un ensayo en forma, al frente del enemigo, podia descubrirle peligrosos inconvenientes, y esto bastaba para reducir a cortas proporciones esas ventajas.

Por muchas que éstas fueran, sin embargo, demasiado compensadas estaban con la superioridad numérica del enemigo. Descontando los 8,400 hombres de la division de Coquimbo, en las próximas batallas quedaban en situacion de tomar parte en favor de la dictadura no menos de 24,000 soldados.

Este esceso de 14,000 sobre los 10,000 nuestros, ¿no bastaba para reducir a cero las escelencias de los 4,000 Mannlicher que poseíamos?

***

Pero si el armamento de nuestra infanteria podia considerarse en parte, por su calidad, superior al de la enemiga, en las demas armas era evidente nuestra inferioridad.

La caballeria constitucional, por ejemplo, no llegaba ni a la mitad de la que tenia el dictador. La remonta de cabalgaduras se hacia en Iquique a costa de enormes sacrificios. La calidad de los animales comprados allá no cabia equipararla, por cierto, a la de los que aquí se proporcionaban los jinetes dictatoriales entrando a saco en fundos, potreros, caballerizas y cocheras y escojiendo para su uso lo mejor y mas lozano que habian logrado reunir en largos años de trabajo y de paciencia ricos propietarios y cuidadosos inquilinos. Y luego, mientras en el norte el forraje no era ni mui abundante ni mui fresco, aquí los rollizos corceles pacian a su sabor en campos de alfalfa y de cebada, sin que tuvieran que soportar las molestias de un largo viaje por mar antes de encontrarse con un enemigo que les concedia la ventaja de acudir en su busca.

El armamento de nuestra caballeria era inferior tambien al de la balmacedista. Cuerpos habia, como el escuadron Libertad número 1, que a falta de carabinas estaban armados de fusiles Gras, cuyas bayonetas calaban a guisa de lanzas,—y que les fueron mui útiles, es cierto,—pero que tenian en su contra el grave inconveniente de su peso y de su largo.

¿Para qué mencionar el equipo y los arreos, cuando si los jinetes constitucionales se contentaban con lo mas estrictamente necesario, despues de haberse visto privados hasta de lo indispensable, los de la dictadura ostentaban vanidosos sus relumbrones y su lujo, desde las espuelas de sonora plata hasta los dolmanes cuajados de cordones, de colgajos y de galones?

***

La comparacion entre ambos ejércitos se hacia mas imposible aun por lo que respecta a la artilleria. Segun cálculos escesivamente moderados y que se han visto confirmados despues por la correspondencia dirijida por el ex-ministro Bañados al Comercio de Lima, las fuerzas que la dictadura podia reunir en los alrededores de Valparaiso en el espacio de algunas horas dispondrian de no menos de setenta a ochenta piezas de artilleria Krupp de campaña y de montaña, mientras que nuestro ejército tenia apenas 20 cañones de montaña del mismo sistema, o sea la cuarta parte de las piezas con que contaba el enemigo. Es verdad que el batallon número 3 de artilleria constitucional, mandado por el comandante don Belisario Rivera Jofré, estaba dotado de 12 cañones, fuera de aquellos 20 ya computados; pero baste saber que éstos eran de los llamados Grieve, fabricados por los peruanos en la fundicion de Piedra Lisa, en Lima, antes de las batallas de Chorrillos y Miraflores, para convencerse de que no debian ser tomados absolutamente en cuenta en un análisis sério de las fuerzas efectivas de ambos ejércitos. Los pobres Grieve solo servian para meter bulla,—y mucho que hicieron en este sentido—pero nó para batir fuerzas enemigas ni para entrar en línea de comparacion con los flamantes Krupp de uno y otro ejército.

***

Solo faltaria estimar la provision de municiones para concluir de justipreciar los elementos materiales de ambos ejércitos. El forzoso abandono de las mulas y carretones en Iquique, de que ya dimos cuenta, creaba un gran vacio en los medios de provision ya que nó en la provision misma del ejército constitucional; pero teniendo presente que nosotros invadiamos el territorio enemigo y debiamos internarnos rápidamente, la falta de medios de acarreo equivalia en este caso poco menos que a la falta de las municiones mismas.

El ejército dictatorial, al contrario, tenia a la mano abundantes depósitos en los parques de reserva y en el parque jeneral,

fuera de la abundante dotacion de tiros con que para cualquier evento contaba cada soldado en su canana.

Por cierto que los perdidosos no dejarian de alegar—como ya lo han hecho—la falta de municiones de su jente, y con ello la imprevision y torpeza de los jefes superiores; pero esta alegacion *a posteriori*, que demuestra simplemente estrechez de espíritu para juzgar a otros y falta de noble franqueza para reconocer en toda su magnitud la gloria del triunfo obtenido por las armas constitucionales, queda desbaratada con los siguientes telegramas:

«De Valparaiso a Viña del Mar.—*Agosto 13 de 1891.*—Coronel Zelaya.—Se han dado órdenes para que se conduzcan a Viña del Mar 180,000 tiros Gras para formar el parque de la brigada de su mando. En cuanto llegue a esa el oficial que va a cargo, sírvase señalarle la casa que debe ocupar.—Alcérreca.»

«De Valparaiso a Santiago.—*Agosto 14.*—Comandante jeneral de artilleria —La existencia de municion de infanteria en el parque ha disminuido considerablemente por la devolucion que han hecho los cuerpos de la municion antigua. Conviene que se sirva ordenar se remese a este parque unos cien mil tiros Gras.

Con esto quedaríamos con una reserva conveniente para cualquier caso.

Lo pedido lo juzgo urjente, por cuya razon me dirijo directamente a V. S.—Alcérreca.»

"De Valparaiso a Santiago.—*Agosto 14.*—Comandante jeneral de artilleria.—Reitero a V. S. la urjencia del envio de los cien mil tiros Gras que le tengo pedidos.—Alcérreca."

«De Valparaiso a Santiago.—*Agosto 15.*—Comandante jeneral de artilleria —Como se han devuelto 70,000 tiros a granel, ha disminuido el parque en esta cifra, a mas de los que se han empleado en tiro al blanco.

Queda en existencia de municiones, contando los cien mil tiros que V. S. me tiene anunciados, una reserva de cien tiros por soldado.—Alcérreca."

Y es de suponer que con esta reserva se contentaria el jeneral balmacedista, porque en los telegramas de los dias siguientes no hace nuevas exijencias sobre este punto de las municiones, que él, como se ve, consideraba importante y premioso.

El ejército enemigo estaba, pues, bien provisto de municiones y premunido contra su escasez, siendo, por lo tanto, completamente destituidas de fundamento las imputaciones de los jefes

dictatoriales que atribuyen a la falta de ellas la principal causa de su derrota en Concon.

***

¿Qué era, pues, lo que podia dar el triunfo a los escasos diez mil hombres que nuestras naves conducian a esas horas a traves del bonancible océano? ¿Qué superioridad la que habia de llevarlos seguramente a la victoria, a pesar del mayor número de los contrarios, de las medidas de prevision de sus jefes, de la decision de sus oficiales, de los escojidos elementos de que disponian y hasta de la eleccion, hecha por ellos, del campo en donde debia darse la batalla? No podiamos contar, ni con la sorpresa, ni con intelijencias en las filas enemigas, ni con el apoyo de los opositores del sur, ni con la inhabilidad de los jenerales balmacedistas, y sin embargo, en el ánimo de cada uno de los espedicionarios estaba resuelto que habiamos necesariamente de triunfar.

Y triunfaríamos. ¿Cómo dudarlo? Porque de lo contrario ¿qué sería de nuestra patria? ¿A qué lejanas tierras, a qué rincon ignorado del mundo irian a ocultar los constitucionales su vergüenza y su dolor una vez derrotados por las huestes de la tirania?

Y esta idea patriótica, este sentimiento unánime de dignidad y de altivez era lo que daba a nuestros soldados el aliento sobrehumano de los héroes. No iban a pelear ellos en defensa de sus empleos, de su bienestar, de sus pingües sueldos, cosas todas que valen menos que la vida; no iban a batirse a guisa de aventureros o de mercenarios, como se batirian los balmacedistas: combatirian por el propio honor, por la libertad, por la patria, por sentimientos que, una vez escitados, se sobreponen a la idea del peligro y de la muerte, y por eso serian invencibles. Porque, en efecto, podrán enfurecerse los tiranos, rodearse de esbirros miserables, disponer de numerosas fuerzas, hacerse dueños de vidas y de haciendas; pero si encuentran a su paso un solo hombre que en aras de una idea haya hecho de antemano el sacrificio de su vida, todo ese poder resulta vano e impotente ¿Pudieron algo acaso los matadores de Cumming y los verdugos de Barahona para arrancarles sus secretos? ¿No rindió el uno sereno la

vida, y no sufrió el otro resignado su horrible martirio, burlando las espectativas del dictador? Y esos hombres estaban inermes, abandonados, solos; no oponian a la furia de los sayones otra resistencia que su altivo menosprecio de la muerte; mas cuando este menosprecio pasivo está amparado por el vigor que domina, por la furia que doblega, por el arma que mata, por la union que multiplica las fuerzas, por la intelijencia que las crea y utiliza, entonces, no solo es impotente el déspota para sojuzgar las conciencias, sino que los instrumentos mismos de la tirania caen destruidos al primer choque para ser arrojados despues al cieno de que surjieron.

***

Este era el ánimo que impulsaba a nuestros soldados a la victoria, y por eso, solo por eso, indudablemente triunfarian. Era de oirlos, en sus diarias y siempre chistosas pláticas a bordo de las naves espedicionarias, hacer sus cálculos para el porvenir. Todos sus planes de bienestar o de goces aparecian de cuando en cuando filosóficamente interrumpidos por la idea de la muerte. "Cuando yo llegue a tal parte, decian, si acaso no me matan.... o cuando yo vea a Fulano o a Zutano, si libro de esta...." Y nó porque tuviesen de *la pelada*, como la llamaban, una idea espantable, ni porque vacilasen en afrontarla, sino porque contaban con ella como una de las tantas probabilidades cercanas y naturales de la ruda empresa que acometian. Hablaban de la muerte sin preocupacion y sin temor, y a veces la tomaban en cuenta solo como un pequeño incidente de aquel viaje. Así, todos ellos, desde la partida de Caldera, comenzaron a preparar sus calzoncillos y sus camisas nuevas. Las que llevaban puestas no se las mudarian hasta el momento del desembarco, "porque si lo matan a uno, agregaban tranquilamente, no vayan esos pícaros a decir con menosprecio, como decian despues de Huara:—¡Vean con los rotos que querian ganarnos!—Es preciso que entremos en pelea limpiecitos, y lo mas futres que podamos, para que no sigan creyendo que nos estábamos muriendo de hambre en el norte...."

Y de ese modo discurrian entre ellos sin afectacion ni petulancia, subiendo apenas un poco el tono cuando álguien traia a cuentas el posible resultado de la próxima batalla.

—¡Bah! esclamaban entonces. Tenemos que ganar no mas. Porque si no, la tendalada era la bárbara. Como nosotros no podemos rendirnos......

Esta conviccion de que ellos *no podian* rendirse la tenian tan arraigada como si realmente se tratara de una imposibilidad física y material. Así, para espresarla empleaban el mismo tono con que hubieran dicho: "Como nosotros no podemos volar...."

***

La decision de afrontar la muerte sin vacilaciones era ademas, a su juicio, una consecuencia precisa de su condicion de voluntarios. Desde que se habian enrolado por su gusto en el ejército del Congreso...... Desde que sabian mui bien que venian a pelear...... Desde que los gobiernistas no daban cuartel...... No les quedaba, pues, mas alternativa que triunfar o morir.

Y su libre resolucion de sacrificar la vida en caso necesario los inducia, por espíritu de pundonor y de valentia, a mostrarse fidelísimos a sus banderas.

Despues de ver aquí el dorado encierro en que se mantenia a las tropas dictatoriales, sin permitirles respirar sino por raras escepciones el ambiente esterior, saturado de ideas revolucionarias, causaba sorpresa, al llegar a Iquique, ver las calles recorridas por tranquilos grupos de soldados, y en las noches, en la pintoresca plaza Arturo Prat, mirarlos mui sentados en las cómodas bancas, departiendo amistosamente con sus camaradas o escuchando con injenuo regocijo las elementales piezas tocadas por músicos e instrumentos que tanto les habia costado conquistar en las batallas.

La noche antes de la partida de la 3.ª brigada, varios amigos nos encontrábamos sentados en una banca en la plaza de Iquique. Un soldado de caballeria con una bolsa al hombro, vestido aun con el uniforme de brin anterior al Renacimiento, y visiblemente mareado por el licor, se nos acercó por la espalda para decirnos:

—Señor, ¿conoce usted a don Ricardo Passi Garcia?

—Sí, le contestamos.

—¿Y dónde estará alojado, señor, ese caballero?

—En el hotel 4 de Julio, le dijimos.

—Ya lo fuí a buscar ahí, señor, y me lo negaron. ¡Buena cosa! Y yo que tenia que hablar con el señor Passi. Quedó de esperarme, y......

—Nosotros le diremos para qué lo quieres, le sujerimos. Luego hemos de verlo.

—Si es para una platita que iba a darme. Yo conozco mucho al señor Passi: yo trabajé con él por don Pedro Bannen en Coronel...... ¡y ahora no lo encuentro!

—Pero ¿corre mucha prisa?

—¡Cómo nó, pues señor! esclamó el soldado largando el llanto, que reprimia a duras penas. Yo ando faltando de mi cuerpo desde hace dias. Tengo unas prendas empeñadas, no puedo presentarme sin ellas al cuartel, ¡y el escuadron se embarca mañana! Si no comparezco esta noche antes de las diez, me dejan, señor, ¡me dejan! ¡Y yo que he hecho la campaña desde el principio! ¡Cómo voi a quedarme nunca, pues, señor! No puedo quedarme.

Para calmar sus sollozos bastó darle el peso que necesitaba para desempeñar sus prendas. Se dirijió entonces a la ajencia o despacho en donde indebidamente se las habian recibido, y voló en seguida a su cuartel. ¡Cómo habia de quedarse!

***

Dejamos a nuestra escuadra navegando hácia el suroeste, despues de su salida de Caldera a la una de la tarde del domingo 16 de agosto.

El mar seguia tan tranquilo, que los vapores avanzaban sin balances ni cabeceos, con gran contento de los espedicionarios, que así se veian libres de las incomodidades del mareo. Los caballos, sobre todo, oprimidos y como encajonados en los entrepuentes, no sufrian los contínuos golpes que tanto los maltratan en casi todos los viajes por mar, como si ahora los jenios de las aguas resolvieran tomar bajo su amparo a esos nobles y sufridos animales, que habian de prestar mui pronto inapreciables servicios. Los soldados, dedicados a la agradable tarea de preparar sus armas, arreglar sus rollos y repasar su ropa, se entretenian en animadas conversaciones, que contribuian a estender y fortificar el espíritu de enerjia indomable que los ani-

maba. El llamado "mareo de dientes," o sea la hambruna que el sano aire del mar despierta en los que no sufren el mareo del estómago, se hacia notar principalmente entre la tropa, que esperaba con impaciencia la hora de las comidas, mostrándose exijente en cuanto a la cantidad y calidad del alimento. Sus observaciones eran debidamente atendidas, esmerándose los de a bordo en dar gusto en lo posible a los bravos pero comedores rotos, y de esa suerte la navegacion fué tomando poco a poco el aire de un verdadero paseo, como si no se tratara de ir en busca de un enemigo poderoso sino de llegar a lugares amigos en donde todos nos acojerian con fiestas y agasajos.

Solo los zafarranchos de combate, que desde el 16 se repitieron diariamente, de conformidad con las instrucciones impartidas por el estado mayor, rompian de repente el tranquilo contento a que todos se entregaban, sirviendo para recordar el verdadero objeto del viaje, para ejercitar la vijilancia y buen ánimo de la tropa, y hasta para introducir una variante en la monotonia de aquel mar llano, de aquel aire inmóvil y de aquel cielo sereno. Las disertaciones sobre puntos de estratejia y de táctica encontraban entonces natural cabida, y no era raro ver que grupos mas o menos numerosos de soldados noveles se agolparan al rededor de un cabo o de un sarjento de buena voluntad para oir sus disertaciones sobre la manera de apuntar, de cargar, de avanzar, de hacer el servicio de centinelas en los cuarteles, en los campamentos y al hallarse de avanzada o de vijia al frente del enemigo.

En las bodegas de casi todos los buques, por lo demas, se habia reservado un pequeño sitio vacante, y allí acudian los reclutas a ejercitarse en los puntos mas necesarios del manejo de armas, a fin de no hallarse completamente a ciegas en el momento de divisar al enemigo.

***

No dejaba de tener sus inconvenientes, por cierto, aquella espedicion tan rápidamente improvisada, y entre ellos aparecia mas serio el de la escesiva acumulacion de jente a bordo de cada buque. Los grandes trasportes, como el *Aconcagua*, el *Maipo* o el *Cachapoal*, contenian no menos de 2,500 hombres cada uno,

y esto no solo dificultaba la circulacion a bordo, sobre todo de noche, en que los soldados ocupaban mayor espacio, sino que impedia hacer debidamente el servicio de aseo, tan esencial en esta clase de viajes.

Este inconveniente de la acumulacion era, por lo demas, de imposible remedio. No teniendo mas naves que las que formaban parte del convoi, debia darse cabida en ellas a todos nuestros soldados; y si bien es verdad que no se habia contado con que el número de éstos llegase en tan pocos dias al que llegó, no era posible tampoco dejar de trasportarlos a toda costa.

La tranquilidad sorprendente del mar y del aire fué causa, sin embargo, de que aquel hacinamiento de hombres que ocupaban las cubiertas, los entrepuentes y hasta las bodegas de algunos trasportes, esperimentase las naturales consecuencias de la descomposicion del aire. En el *Cochrane*, en el *Cachapoal* y en el *Maipo* aparecieron algunos casos de viruela.

Pero preocupada la jente de asuntos mucho mas importantes para ella que las amenazas de un flajelo, esos casos no produjeron alarma alguna entre los espedicionarios. Los médicos aislaron en botes a los atacados, se desinfectaron las letrinas y bodegas, y esto bastó para que no se repitieran los casos. Ademas, como navegábamos hácia el sur, es decir, de un clima cálido a uno mas frio, no habia temor de que la enfermedad recrudeciese hasta convertirse en epidemia.

* * *

El dia 17 de agosto trascurrió en las mismas condiciones. La vijilancia era constante y celosa, no solo de parte de los marinos, sino tambien de los soldados que hacian en diversos puntos de los buques el servicio de vijias y de centinelas. Las torpederas enemigas no parecian, y ya era difícil que encontrasen al convoi si no lo habian seguido de cerca. Navegábamos a unas ochenta millas de la costa, y el mar se presentaba azulado y tranquilo, el cielo risueño, el aire trasparente y perezoso. Realmente era admirable la persistencia de aquella grata bonanza, a pesar de venir navegando contra la corriente y los vientos reinantes.

De noche la luna, que ya llegaba a su cuarto creciente, acom-

pañaba y protejia con sus suaves reflejos, que producian blancos rielos sobre las mansas aguas, a la espedicion libertadora de Chile. Las luces no se encendian a bordo, pero la reina de la noche suplia delicadamente su falta. Y en medio del silencio de esas horas misteriosas, los valientes militares, acariciados por los rayos trémulos del melancólico astro, se entregaban al reposo y al sueño como si tratasen de reunir aliento para afrontar en seguida con ventaja las vijilias del campamento y los violentos ejercicios musculares de la marcha y de la batalla.

A las dos de la mañana del 17 habíamos pasado por el paralelo de Coquimbo. Nos encontrábamos, pues, frente a la rejion que pronto seria teatro de terribles batallas, y esta cercania comenzaba a despertar la actividad y hasta la impaciencia de nuestros hombres. Todos creian haber descansado ya en demasia.

***

La *Esmeralda*, el *Aconcagua* y el *Amazonas* se habian adelantado hácia el Huasco, como dijimos, mientras el resto del convoi se detenia en Caldera. Allí embarcaron sin tropiezos a los cuerpos de la 1.ª brigada, que ocupaba a Vallenar, y el mismo dia 16 se hicieron a la mar con direccion al sur, alejándose a 60 millas de la costa a fin de no ser vistos desde tierra.

Acompañaba a esos buques el vapor *Ditsmarchen*, perteneciente a don Cárlos Wuth, comerciante de Iquique. El *Ditsmarchen*, construido especialmente para el trasporte de ganado en pié, habia sido fletado por la Junta de Gobierno para conducir los elementos de trasporte de la 1.ª brigada, que no convenia quedaran abandonados en tierra como habian quedado los de la 2.ª y 3.ª en Iquique, a causa de lo fácil que seria para la division balmacedista de Coquimbo destacar tropa de caballeria que hiciera de ellos fácil presa. Mediante la cooperacion del *Ditsmarchen* pudo, pues, la 1.ª brigada embarcar 400 mulas aparejadas, 60 arrieros, algunos bueyes y todo el material de bagajes y equipajes de su seccion, lo cual iba a permitir salvar en parte una escasez de elementos de trasporte que pudo sernos fatal y que a pesar de todo tuvo despues a nuestra jente en graves aprietos.

Navegó este pequeño convoi sin novedad alguna durante la tarde y la noche del 16; continuó el 17 con toda felicidad su

marcha en direccion al punto de cita concertado con el grueso de la escuadra, que lo era el paralelo de Quintero, a unas 60 millas de la costa, y en la tarde se adelantó la *Esmeralda* hácia Valparaiso con el objeto de encontrarse en la boca del puerto a las 12 del dia siguiente, 18, y disparar allí los tres cañonazos que habian de servir de aviso a los miembros de los comités revolucionarios de Valparaiso y de Santiago para que emprendiesen en tierra las operaciones que debian coadyuvar eficazmente a la accion del ejército constitucional.

***

La interrupcion de líneas férreas y telegráficas y la destruccion de puentes y de túneles que tratarian de llevar a efecto los opositores en el sur en cuanto se acercase la espedicion constitucional habian sido previstas desde tiempo atras por el gobierno de la dictadura y sus jefes militares, y para impedir esas hostilidades venian tomando eficaces y oportunas medidas.

Desde los primeros dias de agosto circulaba, tanto en Valparaiso como en Santiago, el rumor de que nuestra escuadra apareceria en son de guerra en las inmediaciones de este puerto el 15 del mismo mes. Ese aviso, al parecer, habia sido enviado secretamente desde Iquique; pero pronto se estendió de tal manera, que el dictador y sus secuaces no pudieron ignorarlo. La Nacion misma daba cuenta de él burlescamente, desafiando a los nuestros a que pusieran en práctica su amenaza. Y como ésta no pudo cumplirse a causa de la forzada tardanza de la espedicion libertadora, las burlas y la incredulidad de los balmacedistas aumentaron.

O el plan relativo a la venida de la *Esmeralda* a Valparaiso y al desembarco de nuestro ejército no pudo ser comunicado oportunamente al comité de Santiago, o hubo alguna mala intelijencia respecto del convenio, o, como se asegura, un buque disparó dias antes en la boca del puerto algunos cañonazos que fueron atribuidos a la *Esmeralda*; lo cierto es que la destruccion de puentes y de túneles y la ruptura de líneas telegráficas se adelantó a la venida del crucero, haciendo abortar así una operacion que hubiera impedido la reunion de las divisiones de

Valparaiso, Santiago y Concepcion y permitídonos batir en detalle y con mucha facilidad al ejército dictatorial.

El espionaje del enemigo estaba, por otra parte, tan bien establecido, que ya el 14 de agosto se tomaban las siguientes medidas:

"VALPARAISO A SANTIAGO.—*Agosto 14.*—Excmo. señor.—Se ha ordenado al comandante de armas de Casablanca que establezca postas en Peñuelas, Casablanca y Curacaví a fin de poder suplir la interrupcion del telégrafo cada vez que esto ocurra. A fin de que esto sea eficaz es conveniente que V. E. ordene se establezca este servicio de Santiago a Curacaví.

Al comandante de armas de Casablanca se le han dado todas las instrucciones del caso para que las postas que establezca él se pongan en comunicacion con las que vengan de Santiago.—ALCÉRRECA.

VALPARAISO A QUILLOTA.—*Agosto 14.*—Comandante de armas.—De Santiago han enviado al teniente coronel don Pedro P. Toledo con fuerzas para custodiar puente de los Maquis, y cubrirá desde el túnel Centinela hasta el puente de las Chilcas.

Comunico al jefe recien llegado que se ponga a las órdenes de V. S. para que reciba instrucciones del caso y que resuelva V. S. sobre las fuerzas que V. S. tenia en esos puntos, que se podrian aplicar a otro punto si así conviene.—ALCÉRRECA."

Los siguientes telegramas, correspondientes a los dias 15, 16 y 17, es decir, anteriores a la aparicion de la *Esmeralda*, demuestran que los opositores del sur se hallaban ya absolutamente imposibilitados para cooperar como se proponian a la accion de nuestro ejército:

"VALPARAISO A LLAILLAI.—*Agosto 14.*—Comandante Toledo.—Comuníquese con comandante de armas de Quillota, a cuyas órdenes quedará usted y de quien recibirá instrucciones. A él dígale cómo queda la tropa que ahí hacia servicio.

Le recomiendo vijilancia y enerjia para contener a los que intenten crímenes en la línea.—ALCÉRRECA."

"VALPARAISO A SANTIAGO.—*Agosto 15.*—Presidente de la república.—El gobernador de Quillota, en telegrama de hoi, me dice lo siguiente:

"Cróquis del trayecto recorrido por los que cortaron el telégrafo lo mando mañana y él prueba que salieron de casa de Santa Cruz."

Como ve V. E., habia razon para arrestar a este sujeto, que es peligroso, y de quien tengo pésimos informes de su conducta como ajitador y cooperador de los que han alterado el órden público.—ALCÉRRECA."

"Valparaiso a Quillota y Limache.—*Agosto 16.*— Comandante de armas.—Recomiende mucha vijilancia en la línea férrea y telégrafo e imparta a los jefes de destacamento la siguiente órden:

"Cualquier amago que se haga, que les den fuego, y si los pilla los fusila incontinente.—Alcérreca."

"Moneda a Concepcion.—*Agosto 16.*—Señor ministro Bañados.—No hai novedad. Continúan los dinamiteros atacando el ferrocarril y cortando líneas. En Loncomilla descubrimos los culpables.—Balmaceda."

"Valparaiso a Santiago.—*Agosto 17.*—Presidente de la república.—Los puentes de la línea están custodiados, pero se reforzarán en la forma que V. E. lo indica.

Pontoneros irán mañana a Quillota para formar parte de los custodios de la línea.—Alcérreca"

"Valparaiso a Quillota.—*Agosto 17 de 1891.*—Comandante de armas. — Mañana irá a esa cuerpo de pontoneros compuesto de cincuenta hombres para la custodia de la via férrea.

Sírvase V. S. distribuirlos convenientemente y dar cuenta a esta comandancia en jefe de su distribucion. Van armados de carabinas.

Los puntos que hai que defender en la línea son los siguientes: puente Cucharas, socavon y puente Paso Hondo, puente Aranda y Limache, San Pedro puente cerca de la estacion, Rauco, puente Vichiculen, puente entre Vegas y Laillai, y los socavones de Centinela, Los Loros y Maquis.

S. E. quiere que los socavones y puentes tengan puestos fijos y con jente para rechazar con armas todo atentado.

Despues de lo que le digo, contésteme si el servicio de custodia de la línea está arreglado conforme lo desea el presidente.

Dígame si le serán útiles algunos rifles Beaumont con sus municiones para los cuidadores.—Alcérreca."

"Valparaiso a Limache.—*Agosto 17.*—Comandante de armas.—S. E. desea que los puentes y socavones de la línea tengan puestos fijos de jente armada para su custodia y defensa. Dígame V. S. cómo están custodiados los puentes de la línea que están en el caso indicado y que pertenecen a su jurisdiccion.—Alcerreca."

***

La presencia de la *Esmeralda* en Valparaiso, a las doce del dia 18 de agosto, no produjo, pues, el efecto que hubiera sido de esperar. Los opositores de tierra, perturbados por el error cometido al adelantar la fecha de las hostilidades, no sabian probablemente a qué atinar, y el gobierno de Balmaceda, advertido

ya por sus espias, redobló sus precauciones y llevó su enerjia hasta los límites de la crueldad y del horror. Algunos esforzados voluntarios que atacaron diversos puntos de la línea férrea del sur fueron recibidos a balazos, perseguidos y muertos por los guardianes dictatoriales. Uno que otro puente logró ser cortado, pero de una manera ineficaz y somera, a causa de la prisa con que se ejecutó la operacion, pues los destructores tenian que sostener al mismo tiempo el fuego de las tropas que los resguardaban. Algunas líneas telegráficas fueron destruidas en parte, pero tambien de prisa, durante la noche y temiendo los que operaban caer en manos de los vijilantes enemigos. Y, previstos ya esos daños, los ajentes de la tirania habian acumulado materiales de repuesto en diversos puntos, de tal modo que la ruptura de puentes y de telégrafos, en los pocos lugares en que alcanzó a verificarse, quedó reparada en el espacio de unas cuantas horas.

La operacion que hubiera sido tal vez mas fructuosa y de ejecucion mas fácil: el aterramiento de túneles como el de San Pedro, entre Limache y Quillota, y los que existen entre Llaillai y Montenegro, fracasó tambien de una manera lastimosa. La maleta con dinamita que el encargado de la operacion dejó caer en el túnel de San Pedro, y que no estalló por haber faltado la mecha, dió márjen a minuciosas medidas, que hicieron imposible la repeticion del intento.

Parecia que alguna mano negra, la mano de la traicion y del soborno, tomaba parte en todos los actos encaminados a facilitar en tierra la accion de nuestros bravos, reduciéndolos así a la terrible alternativa de vencer en las primeras batallas a la totalidad de las fuerzas que en Valparaiso, Santiago y Concepcion sostenian al tirano, o de perecer todos heroicamente en la demanda.

Hasta las montoneras, que con sus correrias debieron haber facilitado los movimientos del ejército del norte, perturbando la accion del enemigo y engañándolo respecto de nuestro itinerario y objetivo, fueron descubiertas y despedazadas, como en la espantosa hecatombe de Lo Cañas, o no pudieron ni siquiera intentar reunirse, como la anunciada para los alrededores de Valparaiso.

Todo se conjuraba, pues, en nuestra contra. Los 10,000 liber tadores habrian de batirse solos contra los 24,000 soldados de

Balmaceda. Tendrian que luchar contra los hombres, contra la fatiga, contra el hambre, contra los elementos: el frio y la lluvia iban a ser tambien aliados del tirano. Nadie los ayudaria. ¡Oh! qué glorioso, pero qué terrible tambien, tenia que ser su triunfo!

***

Y tan prevenidos estaban los balmacedistas, no sabemos mediante qué estraordinaria e infernal proteccion, tanto contra las hostilidades de las montoneras opositoras cuanto contra la accion misma del ejército libertador, que desde diez dias antes del desembarco de éste en Quintero se anunciaba su aparicion en ese mismo puerto y tomaban las autoridades militares las precauciones consiguientes.

Dió oríjen a las primeras alarmas un falso anuncio mandado desde allí por el oficial que estaba a cargo del destacamento: el teniente Santa Cruz. del rejimiento Aconcagua.

Refiriéndose a ese anuncio dice Alcérreca al dictador:

"De Valparaiso a Santiago.—*Agosto 10.*—Presidente de la república.—Los seis vapores que han anunciado de Quintero han desaparecido: pero estoi seguro que no han estado a la vista del puerto los tales vapores. No es aceptable dentro del raciocinio militar la aparicion de seis vapores en Quintero; porque si vienen a atacar lo harán francamente y con todas sus fuerzas; si vinieran a reconocer lo haria uno o dos buques, y si a simular desembarco le darian mas aire a esta operacion entrando los trasportes al puerto y aun echando algunas tropas a tierra. Ellos saben que no tenemos tropas en ese punto ni para rechazar desembarcos parciales y que las que existen son meramente partidas de observacion; de manera que ellos saben que pueden simular un desembarco con toda seguridad de no ser molestados gravemente. Sin embargo, el almirante me dice que mandará una lancha torpedo para que vaya a indagar lo que han anunciado de Quintero. Por lo demas, estamos listos para ocurrir donde sea necesario.—Alcérreca.»

Horas mas tarde acaba de tranquilizarlo diciéndole:

"De Valparaiso a Santiago.—*Agosto 10.*—Presidente de la república.—Coronel Pinto Agüero acaba de llegar de Quintero, a donde fué con Moraga en la *Condell.* El anuncio de los buques hecho por el oficial de observacion en ese puerto es completamente falso. Se ha relevado al oficial y se estableció un servicio a cargo de un jefe, con instrucciones bien terminantes

para no dar estos anuncios falsos. Tambien se dejaron dos hombres de mar que conocen los buques. —ALCÉRRECA."

Al mismo tiempo se ordenaba el castigo del oficial alarmista en la siguiente forma:

"DE VALPARAISO A QUILLOTA.—*Agosto 10.*—Comandante de armas.—Las noticias de la aparicion de buques en Quintero, comunicadas a S. E. como al infrascrito, han salido falsas en dos ocasiones, ocasionando con esto alarmas infundadas. Como estos datos han sido suministrados por el oficial Santa Cruz, es menester hacer una investigacion verbal sobre su exactitud; mientras tanto pido al coronel Vargas que releve al oficial Santa Cruz.

Proceda a hacer las pesebreras de que V. S. me habla para que vaya compañia Aconcagua, y pase cuenta.—ALCÉRRECA.»

***

Hasta ese falso anuncio habia resultado en nuestra contra, porque el teniente Santa Cruz fué relevado por el mayor Athas, militar mas esperto y tranquilo, y porque se aumentó la vijilancia en Quintero y sus inmediaciones.

Así, con fecha 13 de agosto decia al nuevo comandante de la guarnicion de Quintero el jefe de estado mayor de la division de Valparaiso:

"DE VALPARAISO A QUINTERO.—*Agosto 13.*—Al mayor Athas. —No hai inconveniente para que traslade la oficina del telegrafista al cuartel.

Hoi mando al gobernador de Quillota para que haga llegar al telegrafista un aparato portátil de telegrafia con su bateria y dos rollos de alambre gutaperchado, a fin de que en un caso dado pueda llevar con facilidad el aparato al punto donde estime conveniente para comunicar en el caso de que pueda ocurrir algo.

Le recomiendo vijilancia y calma en el caso de que se presenten buques. No hai que abandonar el telégrafo en ningun caso.—MARCIAL PINTO AGÜERO."

Ese mismo falso anuncio habia producido un efecto mas desastroso aun: el receloso tirano paró su atencion en Quintero y ordenó que fuera cuidadosamente reconocido como posible punto de desembarco y base de operaciones de nuestro ejército.

"De Valparaiso a Quintero.—*Agosto 11.*—Coronel Pinto. —Telegrama recibido.

S. E. tiene especial empeño se estudie línea estratéjica en caso de desembarque en Quintero.

Se mandaron a Coquimbo 4 cañones de la artilleria de Viña del Mar.

Se acentúa idea próxima espedicion enemiga.—G. Carvallo.

"De Valparaiso a Santiago.—*Agosto 11.*—Excmo. señor.—Respecto a artillería proceda V. E. como crea conveniente. Jefe estado mayor y varios comandantes de cuerpo estudian hoi sobre el terreno línea estratéjica de Quintero. Mañana o pasado saldrán a Quintai y Algarrobo con idéntico objeto.

Puentes y línea férrea bien custodiados.—Alcêrreca."

***

Este verdadero lujo de precauciones, el fracaso de los intentos de ruptura de los ferrocarriles y telégrafos, el conocimiento del número de nuestros soldados y la inmensa superioridad numérica de los suyos, hicieron que el dictador acojiese con menosprecio el aviso que encerraba la presencia de la *Esmeralda* en Valparaiso el 18 de agosto.

Su procónsul en este puerto, despues de anunciarle en un primer parte que el crucero constitucional se encontraba a la vista, le dice:

"De Valparaiso a Moneda.—*Agosto 18.*—Presidente.—La *Esmeralda* ha hecho ocho o diez disparos a las tropas de la 2.ª brigada que hacian ejercicios en las alturas de Viña del Mar, y en direccion a Concon.

Parece que sin éxito ninguno.

El fuerte Callao, que es el mas cercano, aun no tiene distancia para hacer fuego.

Voi en este momento a Viña del Mar.—Alcêrreca."

En ausencia de Alcérreca, uno de sus ayudantes trasmite la noticia siguiente:

"Valparaiso a Santiago.—*Agosto 18.*—Excmo. señor —*Esmeralda* se aproximó al fuerte Valdivia y se le hicieron seis disparos con buenas punterias. El crucero se retiró con rumbo al sur.—G. Carvallo."

Mas tarde, ya de regreso Alcérreca, agrega:

"De Valparaiso a Santiago.—*Agosto 18 de 1891.*—Presiden-

te de la República.—*Esmeralda* se ha mantenido a la vista del puerto hasta las 5 P. M. mas o menos. El buque enemigo se mantuvo alejado de los fuertes; sin embargo, se le hicieron algunos disparos que quedaron cortos. He podido juzgar bien esto porque me encontraba en las alturas de Viña del Mar y cosa de una legua y media hácia Concon, en donde estaba haciendo ejercicio toda la 2.ª brigada.

Esmeralda se fué al sur.

Todo aquí listo y dispuesto para cualquiera cosa que ocurra.—ALCÉRRECA."

¿Y cómo no habia de aumentar la despreciativa seguridad del dictador, cuando un jefe de toda su confianza, como Alcérreca, le declaraba que en caso de desembarco por Concon tenia estudiadas y elejidas *posiciones magníficas*, desde las cuales arrollaria sin duda a los pobres soldados que venian del norte?

"DE VALPARAISO A MONEDA.—*Agosto 18 de 1891.*—Presidente de la República.—La caleta de Concon está bien estudiada y parece que es mui difícil que aventuren un desembarco por ahí. Sin embargo, tenemos elejidas posiciones magníficas para el caso que V. E. me indica; pero la operacion de desembarcar un ejército y proceder a un ataque inmediato es algo que los enemigos no lo harán: no tienen calidad para ello.—ALCÉRRECA.»

Confiado, pues, en esas seguridades de su lugarteniente, y sabedor, sin duda alguna, de que era Valparaiso el objetivo de la espedicion libertadora y Quintero su punto de desembarco, ese mismo dia telegrafiaba a su ministro Bañados, que se encontraba entonces en el sur:

"DE MONEDA A CONCEPCION.—*Agosto 18.*—Ministro Bañados.—*Lynch* en el norte. *Esmeralda* en Valparaiso fuera de tiro de cañon. Ha disparado diez o doce tiros sobre brigada que hacia ejercicios en alturas de Viña del Mar. *Todo esto produce desprecio.* Con todo, en la noche obraremos.—BALMACEDA."

¿Quién hubiera dicho al despreciativo dictador que ese buque era el nuncio de su ruina, y de una ruina rápida, completa, vertijinosa, ineludible? ¿Quién le hubiera dicho que justamente un mes mas tarde debia él mismo, abrumado de desesperacion y de congoja, atentar contra su vida, y que la presencia de la *Esmeralda* en Valparaiso equivalia al primer aviso del inexorable destino?

***

Mientras tanto, cumplida ya de ese modo su comision, la *Esmeralda* se alejaba de Valparaiso en direccion al suroeste hasta perderse de vista, y cambiaba en seguida de rumbo para juntarse con sus compañeros.

Al amanecer del 19 se encontraba en alta mar con el *Aconcagua*, el *Amazonas* y el *Ditsmarchen*, que la esperaban voltejeando, e inmediatamente avanzaba con ellos en convoi hácia el punto de cita, que era, como dijimos, el paralelo de Quintero, a unas sesenta millas de la costa.

A medio dia se avistaban a lo lejos ambos convoyes; y a medida que se iban acercando y reconociendo, los soldados sacudian su forzada inercia y acudian a las jarcias, bordas y puentes para saludar a los recien venidos.

Poco despues los barcos moderaban su marcha y se acercaban unos a otros, formando en medio del océano un animado y pintoresco grupo.

Soplaba del sur una lijera brisa, que no alcanzaba a merecer el nombre de ventolina pero que levantaba a veces alegres y ruidosas rompientes sobre las crestas de las juguetonas olas. No era ese el mar del norte, plomizo, llano, triste, monótono, semejante a las estepas de la pampa, sino el grandioso Mar del Sur, siempre bravio, amenazante, soberbio, y que ahora deponia su fiereza para besar halagüeño las plantas de los libertadores de Chile.

La *Esmeralda* y sus tres compañeros avanzaban rápidamente, impulsados por la favorable brisa. A las tres de la tarde reconocian el grueso del convoi, y a las cuatro se ponian al habla con el *Cochrane* a fin de comunicar al comandante en jefe de la escuadra noticias del feliz viaje de la 1.ª brigada y de la comision que acababa de desempeñar la *Esmeralda* en la boca de la bahia de Valparaiso.

Todas las naves aparecian atestadas de bulliciosos soldados, que prorrumpian en "vivas" interminables y unísonos al divisar cerca de sí a los que venian en los otros trasportes. Las bandas de músicos se saludaban tambien en su armonioso lenguaje. Los buques se acercaban mas y mas, trazando con sus hélices blancos surcos en el verdoso piélago cuando maniobraban para presentar

sus proas al oleaje y evitar así los balances que podian molestar a los hombres y maltratar a los animales. Durante una hora, aquella reunion en alta mar, frente al puerto en donde al dia siguiente se operaria el desembarco, tuvo los caractéres de una última revista de las respetables fuerzas con que contaba la libertad para derrocar a la tirania. Al contemplar esas 17 naves preñadas de tropas entusiastas, los ánimos se fortalecian y tranquilizaban. Todos consideraban irresistible de parte de los mercenarios del déspota el empuje de estos diez mil hombres movidos por un solo impulso, ajitados por un mismo sentimiento, y que marcharian a la batalla, nó atraidos por la mejor paga a que podian hacerse acreedores de parte de sus amos, como sucederia con los balmacedistas, sino alentados por los halagos de la gloria y movidos por el amor a la patria.

***

El *Cochrane* puso señales a los jefes de brigada y a los comandantes militares de naves para que acudiesen a su bordo. Se estrecharon más aun las distancias a fin de ahorrar camino a los botes, y durante algunos momentos la curiosidad por adivinar el objeto y el resultado de aquella conferencia los mantuvo a todos suspensos y anhelantes. ¿De qué noticias seria portadora la *Esmeralda?* ¿Qué habria ocurrido en Valparaiso?

Al poco rato comenzaron a desprenderse del costado del *Cochrane* numerosas embarcaciones, cada una de las cuales se dirijió a su buque respectivo. Apenas llegadas a bordo, se oyó un repetido toque de atencion; enmudecieron todos para escuchar en medio de relijioso silencio la voz del jefe mas caracterizado, que iba a dirijirles la palabra, y allí, ante la soledad tranquila del océano y con el recojimiento que imponia la grandeza del acto, fueron leidas a las tripulaciones y a las tropas de tierra las proclamas que los comandantes en jefe de la escuadra y del ejército les dirijian anunciándoles la proximidad del desembarco y apelando a su honor y a su patriotismo para que, afrontando los peligros y la muerte, corrieran a salvar a Chile del oprobioso poder de la tirania.

El sol comenzaba a declinar sobre el horizonte, produciendo cambiantes reflejos en los cristales de las movibles ondas e ilu-

minando vivamente con sus rayos de oro los flancos de las agrupadas naves. Los pintorescos trajes de los soldados aparecian teñidos de nuevos y gratos visos con las postreras luces de la tarde. A donde quiera que se dirijiese la mirada se descubria un paisaje a la vez risueño y majestuoso. Allí la borrosa y lejana costa, sobre la que descollaba la negra masa de la empinada Campana; mas allá las escelsas cimas de los Andes encajando sus blancas frentes entre nubes apiñadas y cenicientas; abajo el mar inmenso y pavoroso, arriba el cielo azul, sereno y sonriente. Todo hablaba al corazon y a los sentidos. La naturaleza entera modulaba con profundos ecos el nombre venerando de la patria e infundia en cada pecho el jérmen de las resoluciones y de los hechos grandiosos, como el panorama que en aquellos instantes los maravillados ojos contemplaban. Y al escuchar al mismo tiempo la viva voz del honor y del deber, trasmitida en las palabras de esas proclamas por los mas altos jefes constitucionales, una resolucion atrevida y heroica, un grito aturdidor y espantable brotaron espontáneos del corazon y de los labios: todos juraban combatir hasta la muerte por que un pais poseedor de tan magníficas bellezas, cuna de tantos héroes, teatro de tantas y tan inmortales hazañas, no jimiese en adelante víctima de un déspota avasallador y vanidoso y de su cohorte de aventureros, de esplotadores y de corchetes.

Resonaron las ondas con aquellos juramentos, ocultó el sol su radiante cabellera, y poco a poco comenzó a mostrar la luna su frente pálida y serena. Protejidos por sus suaves reflejos tomaron de nuevo los buques su formacion en órden de convoi, y avanzaron en seguida hácia la costa. Cumpliendo sus instrucciones, a las cuatro de la mañana debia encontrarse la vanguardia en la boca del puerto de Quintero.

***

Uno de los últimos avisos enviados al norte por el malogrado Cumming advertia que el gobierno habia hecho colocar (o meditaba hacerlo) una línea de torpedos en la boca de Quintero. Con este motivo fué necesario armonizar la celeridad del desembarco con la seguridad de los buques y de las tropas que llevaban, pues el dictador no habria parado mientes en las desgracias

que podia ocasionar semejante medida con tal de que le pareciera suficientemente eficaz para esterminar a los revolucionarios.

Con este motivo se impartieron a los buques las siguientes instrucciones:

"La vanguardia debe llegar a Punta Líles a las 4 A. M.

La primera medida del *Biobio* será enviar sus dos chalupas, la una por dentro, la otra por fuera de la península de Líles, con el objeto de tomar botes pescadores y averiguar si hai torpedos fondeados o minas establecidas, y si hai jente en tierra para impedir el desembarco.

Mientras tanto, ese buque y la *O'Higgins* arrian sus embarcaciones y ponen dentro la tropa que conduce el primero, con el objeto de apoderarse del pueblo. A esta operacion contribuirán los escampavias.

La otra mision del *Biobio* será formar con boyas blancas un paso o canal esplorado en la costa del Este para el fondeadero de los trasportes, en el caso de no haber sabido noticias de tierra o en el de tener aviso de que se han instalado torpedos en la bahia. El mismo buque, la *O'Higgins* y los escampavias protejerán el desembarco de la avanzada en caso de estar defendido por fuerzas decididamente enemigas.

La *Magallanes* vijilará el camino que conduce a Valparaiso estableciéndose en Puerto Viejo y operando segun las circunstancias.

El resto del convoi de la vanguardia aguardará afuera las órdenes del jefe de la escuadra.

Al llegar la segunda division a tres millas al N. O. de Punta Líles, todos los buques de que está compuesta se aguantarán sobre sus máquinas al oir las señales convenidas en el plan que las establece, conservando su posicion relativa.

La 1.ª division se colocará un poco mas al sur, de manera que pueda interpretar fácilmente las señales que se le hagan, manteniéndose en iguales términos que la anterior.

El comandante en jefe designará el momento en que cada buque debe tomar su fondeadero, el cual será en el órden siguiente:

1.° *Abtao.*
2.° *Aconcagua.*
3.° *Amazonas.*
4.° *Maipo.*
5.° *Cachapoal.*
6.° *Copiapó.*
7.° *Limarí.*
8.° *Isidora.*

Para entrar, los buques recorrerán la costa del Este, navegando por el canal de boyas blancas formado por el *Biobio*, y el

Abtao irá a fondear cerca y al N. O. de las piedras que se destacan al S. E. del puerto. En el diagrama ya repartido para tomar fondeadero pueden los comandantes ver el que corresponde a cada cual, a 200 metros de distancia N. S. uno de otro.

A medida que se aproximen al puerto se alistará todo en cada buque para arriar lanchas y embarcaciones menores, preparando la tropa y caballos que deban desembarcarse, segun el órden determinado, para meterse en aquellas con la debida compostura y consiguiente celeridad.

Las embarcaciones menores de cada trasporte remolcarán hasta tierra y restituirán a sus respectivos buques las lanchas de desembarco. Este será dirijido por el capitan de fragata don Arturo Fernandez Vial, secundado por los capitanes de corbeta don Vicente Zegers R., don Eduardo Valenzuela y don Leoncio Valenzuela. Servirán al primero de ayudantes los que él designe, y enarbolará como insignia la ya estipulada.

Tan pronto como la *O'Higgins* haya cumplido su mision en Quintero e izado sus botes, se trasladará a la desembocadura del Aconcagua reconociendo de cerca la costa; y en la posibilidad de que haya tropas evidentemente resueltas a defender el paso del rio, romperá sobre ellas sus fuegos con el fin de dispersarlas. Aguardará allí hasta la llegada de nuestra jente, protejiendo el atravieso de ella a la ribera contraria.

El *Cochrane* se mantendrá donde lo crea mas conveniente para dirijir todas las operaciones.

La *Esmeralda* recorrerá la costa en observacion y se mantendrá lista para ejecutar las órdenes que imparta el comandante en jefe.

El *Biobio*, con los escampavias *Cóndor*, *Huemul* y lancha del *Cochrane*, se ocuparán esclusivamente de rastrear la parte del puerto que se indica en el plano adjunto, haciendo estallar torpedos para destruir los que haya fondeados. Hecho esto, o si no hai noticias de torpedos, se emplearán, bajo la direccion del capitan de corbeta don Víctor M. Donoso, en construir la palizada en la línea que se indica en el plano citado.

El jefe de trasportes queda encargado de dar puestos a los buques bajo su mando, que deben permanecer hasta nueva órden tras de esa palizada.

El capitan de fragata don Luis A. Goñi hará de jefe de apostadero y dictará desde luego todas las medidas de seguridad que su prudencia le aconseje. Al reembarcarse será sustituido por el jefe de trasportes en ese cargo.

Se previene que el buque jefe hará señales ordenando tomar por cada buque las posiciones mas convenientes dentro del órden indicado, si el comandante del *Biobio* anuncia estar libre el puerto y logra comprobar que no han sido fondeadas minas submarinas.

Queda sin efecto la órden por la cual se disponia que el capitan de corbeta don Eduardo Valenzuela prestara durante el desembarco sus servicios como ayudante del capitan Fernandez.

El absoluto para el *Isidora* será las letras R. F., y para el *Huemul* las R. D. del Código Internacional.

De órden del comandante en jefe.—JAVIER MOLINAS."

***

No pudo, desgraciadamente, cumplirse ese programa en lo relativo a la hora de la llegada, porque la escuadra sufrió un retraso de una y media a dos horas en su viaje, y este accidente perturbó un poco el órden de la marcha y mucho el resultado de las operaciones terrestres.

Los buques, como dijimos, celebraron su reunion en el paralelo mismo de Quintero; mas, habiendo permanecido allí toda la tarde y hasta parte de la noche del 19, el viento, el oleaje y la corriente fueron empujándolos o sotaventándolos hácia el norte de una manera insensible, de tal modo que al poner despues sus proas directamente hácia tierra tenian a su frente la caleta de Zapallar, unas diez millas al norte de Quintero.

En medio del entusiasmo que despertaba en todos la imponente ceremonia de la reunion del ejército y de la escuadra constitucionales en alta mar y la lectura de las órdenes del dia en que a militares y marinos se les anunciaba la proximidad de la batalla, nadie a bordo paró mientes en aquella complicidad de los elementos con la causa de la dictadura; y siendo imposible, por otra parte, rectificar el yerro durante la noche, solo al alba del dia 20, al reconocer la costa de Zapallar y de Papudo, vino a descubrirse el error y a discurrir cuál era la causa que lo habia orijinado.

La escuadrilla de zancudos torció entonces prestamente su rumbo para dirijirse a cumplir su comision, a la que daba comienzo poco antes de las seis de la mañana.

Aunque se habia pensado sorprender al enemigo, los telegramas que hemos publicado demuestran la esquisita vijilancia que el dictador hacia observar en Quintero y la imposibilidad de cojer desprevenido al piquete destacado allí, cualquiera que hubiese sido la hora de la llegada de la escuadra.

***

La importante operacion del desembarco de las tropas y de sus elementos y material de guerra iba a hacerse de conformidad con las siguientes

INSTRUCCIONES

PARA CUMPLIR EL PROGRAMA DE DESEMBARCO, SEGUN EL CUADRO QUE SE ACOMPAÑA.

(El cuadro contiene: en la columna marcada con la letra *A*, el número de hombres que trasporta cada buque; en la *B* el número de lanchas; en la *C* el número de hombres que desembarca en cada vez; en la *D* el tiempo empleado en el embarque de una lancha; en la *E* el número de viajes de las lanchas; en la *F* el número de botes de remolque; en la *G* el número de botes guias; en la *H* el número de las escalas de embarco; en la *J* qué tropa debe desembarcar, y el órden de la marcha, y en la *K* los cuerpos que trasporta y su efectivo en hombres.)

En estas instrucciones se ha calculado el presente personal *efectivo*, y este plan puede modificarse en la reparticion de ciertos cuerpos, y particularmente para cada vapor.

OBSERVACIONES SOBRE LAS LETRAS DEL CUADRO ANTERIOR.

A.—Puede dirijir la composicion, pero nó el total de tropas que debe de llevar.

B.—Puede disminuirse a la mitad en el *Aconcagua*, en el *Maipo* o *Cachapoal*. Cada lancha desembarca 150 hombres, o casi eso.

C —Se entiende que habilitando cuatro escalas se embarcan simultáneamente 150 hombres por cada una.

D.—Preparada la lancha con cuatro hombres, uno a cada boza y dos para recibir los soldados, esta operacion se puede hacer en 30 minutos por un batallon.

E.—Un oficial debe haber en cada escala para ordenar la salida de la jente. Se ha fijado un tercio más del tiempo.

Remolcada cada lancha por un bote, ésta puede ir y venir en 60 minutos por viaje desde que se largó del costado, si se tiene cuidado de ordenar a los lancheros que se ha de mantener tocando con la popa la playa, y la boza en la mano, lista para hacerse avante.

F.—Las embarcaciones serán dotadas por cada buque con cuatro bogadores a lo menos. Cada bote llevará un andarivel

como remolque propio, y un patron u oficial, si es posible, para conducir bien la lancha remolcada.

Descargada la lancha en la playa, el bote regresará inmediatamente al buque con la lancha vacia. Los botes con las lanchas, al salir de cada buque, se dirijirán sobre la playa en donde se han fondeado boyas, con andariveles a tierra para facilitar el ir y venir de las lanchas.

G.—Estos botes serán de dos remeros y uno o dos hombres más, los cuales guiarán los caballos desde el buque hasta la playa del desembarco e impedirán que los caballos se dirijan hácia la costa en que haya piedras. Se cuidará que los caballos se dirijan todos hácia el mismo punto de la playa, el cual se conocerá por los soldados de a pié que los esperan para enlazarlos. *Especial atencion a que los caballos no se metan debajo de la popa.*

H.—Se preparará el número de escalas que se señalan para cada buque, se les pondrá bozas de cabo de tres pulgadas para mantener las lanchas atracadas, y guardamancebos largos en la cadena de las escalas. Deberán encontrarse las plataformas en buena condicion. Un marinero diestro ayudará al pié de la escala a embarcar los soldados, y un oficial del buque en la parte alta para que no permita mas de un soldado por cada dos peldaños.

I.—Se ordenará por el estado mayor jeneral si conviene desembarcar batallones completos o compañias de varios a la vez. En todo caso la tropa estará formada y con sus elementos para la marcha al entrar el buque al puerto. Los jefes de las tropas que vayan en el buque estarán cerca del comandante militar del buque para hacer ejecutar a la tropa lo que éste ordene. Los jefes de cuerpos o compañias sueltas que vayan en el buque harán lo mismo. Un ayudante por cada uno de estos jefes se mantendrá cerca de su comandante para llevar a la tropa las órdenes que se impartan.

SOBRE TROPA DE CABALLERIA.

Con cada soldado de esta arma se embarcará tambien la montura y el freno, todo en un solo bulto, y cada soldado saltará en tierra con estas piezas. No se dejará a bordo ningun oficial ni soldado de caballeria. La jente del buque atenderá a los estrobos y al embarque o soltura de los caballos. En los aparejos un hombre para largar los estrobos cuando los caballos estén en el agua.

SOBRE AGUA.

Toda la tropa ha de llevar su caramayola llena de agua y sus municiones para combatir en número de . . . . por fusil. En mo-

rral se distribuirá la racion de carne conservada para dos dias, el pan o galleta para el mismo tiempo, y los paquetes con azúcar y café para cada soldado.

ROLLOS.

Cuando la tropa no desembarque a viva fuerza, los rollos se llevarán a la espalda. Los rollos de las tropas que asalten la playa ante el fuego del enemigo se dejarán a bordo a cargo del contador, con cuatro soldados para desembarcarlos junto con los fondos para la comida. Queda bajo la responsabilidad del comandante del trasporte el mandar a tierra los rollos en cuanto llegue la ocasion a fin de que la tropa los tenga antes de la noche o de la hora de iniciar la marcha.

ALIMENTOS.

Señalado el punto objetivo del desembarco, calcularán los comandantes de los trasportes, sea de dia o de noche, el tiempo de la llegada, si no se les avisa, y tendrán una comida abundante, hecha con racion fresca, y café para toda la tropa. Este punto es de *capital importancia* y comprometerá el nombre del jefe de buque que se olvidare de él.

AL ENTRAR AL PUERTO.

Si la vanguardia de buques ha terminado el rastreo de una zona o canal donde no haya torpedos, los buques entrarán en la formacion de fila para tomar el fondeadero que se señala en el cróquis. La velocidad será de cuatro nudos. Al largar el ancla deberá procederse a poner la proa perpendicular a la playa y largando un anclote por la popa como rejera.

SOBRE ÓRDENES.

Los comandantes, desde el puente, atenderán a las órdenes que se les den a la voz por el jefe de desembarque, el cual llevará la insignia de buque de guardia. Los ayudantes de este jefe llevarán un gallardete en un asta, por lo cual se les podrá reconocer desde los buques.

Se impartirá a cada buque con anticipacion órdenes lacónicas y escritas para que cada jefe de buque realice el objetivo que se le señale en el plan jeneral.

SOBRE LOS COMANDANTES EN JEFE, MIEMBROS DEL CUARTEL JENERAL, DEL ESTADO MAYOR Y DE LAS BRIGADAS.

Se enviará de los buques que protejen el convoi de cada bri-

gada botes con buenos bogadores para llevarlos al lugar que ellos elijan en la playa.

SOBRE BANDERAS.

Cuando un trasporte haya terminado el desembarco de sus tropas, levantará al tope la bandera, la cual se izará a media asta a proa cuando comience el desembarco.

Los buques que no lleven lanchas planas y tienen tropas que desembarcar levantarán al tope la bandera roja. El comienzo del desembarco de las tropas de estos buques se hará como en el caso anterior.

Los buques que necesiten lanchas para desembarcar equipo izarán al tope mayor la bandera W del código internacional.

Los buques que pidan lanchas para desembarcar víveres para las tropas por brigadas, izarán al tope mayor la bandera azul.

SERVICIOS QUE DEBEN ORDENAR LOS COMANDANTES CON ANTICIPACION.

Tendrán presente los comandantes de los trasportes que toda faena que demanda tiempo debe comenzarse en el mas oportuno para que a la hora de desembarcar las tropas se encuentren éstas en las condiciones siguientes y por su órden:

1.° Con una comida caliente.

2.° Con la dotacion de 150 tiros en canana o morral.

3.° Con la racion seca para dos dias en morral.

4.° Con los rollos cada oficial y cada soldado. El equipaje al desembarcar debe ser éste y no otro: rollo para el soldado, rollo para el oficial.

5.° Las tropas formadas en dos filas, con los capitanes a la cabeza de las compañias.

6.° Se embarcarán primero los capitanes. Cerca de la escala estará el teniente.

7.° Cada oficial de portalon ha de recibir órdenes claras de su comandante.

En caso de marejada se colocará en las lanchas hasta un cuarto menos del personal asignado.

Las bozas en los portalones deben trabajar lo mas a proa y lo mas a popa posible.

No están las lanchas construidas para resistir grandes esfuerzos en el sentido del largo.

A LOS CONTADORES DE LOS TRASPORTES.

Este oficial debe llevar preparados en su buque tantos lotes de cajones con raciones secas como batallones, de manera que le sea espedito entregar simultáneamente a todos los cuerpos

que lleve el trasporte el número de raciones que les corresponde, o sea dos por cada persona, sea oficial o soldado.

LANCHAS PLANAS.

Las lanchas planas deberán completarse a bordo de cada buque, haciendo entregar los elementos que falten y vijilando esto el segundo del buque.

DESEMBARQUE DE CABALLOS.

En caso de usar las lanchas para echar a tierra los caballos, se empleará las ocho lanchas con puentes para caballos.

SOBRE LOS FUSILES.

Ordenar a los soldados que los fusiles deben llevarse con la mano izquierda y cerca de la primera abrazadera en el momento del embarque.

Para desembarcar, *fusil al hombro;* y si hai agua, *cananas al pescuezo.*

***

A las siete y media de la mañana terminaba la escuadrilla de los zancudos su tarea de rastrear y esplorar en todos sentidos el puerto de Quintero y de cerrar la boca de la bahia con una empalizada que impidiese el paso a las naves que pretendieran atacar por sorpresa a los trasportes anclados dentro. Ya la jente que llevaba el *Biobio* habia sido echada a tierra en cumplimiento de las instrucciones impartidas, y ocupaba tranquilamente el caserio de la playa y la altura que sigue hácia el sur, conocida con el nombre de Centinela.

Nos encontrábamos en pacífica posesion de la rada, del caserio y de los alrededores, cuando tan fácil hubiera sido a las fuerzas dictatoriales hostilizarnos allí con éxito y retardar o perturbar el desembarco, retirándose en seguida en la direccion que más les conviniera: o a Valparaiso, o a Quillota, o a la Calera, o a Puchuncaví, o hácia el norte por el camino de la playa. La numerosísima caballeria enemiga descansaba en cómodos cuarteles en Valparaiso, en Viña del Mar, en centros populosos y donde los jefes y oficiales pudiesen llevar una vida de holganza y de jolgorio, en vez de hallarse escalonada desde Quintero

a Quintai, ocupando el primero de estos puertos con fuerzas suficientes para oponernos una ruda resistencia, y hasta apoyada por uno o dos cuerpos de infanteria montada, que podian retirarse fácilmente una vez forzado el desembarco por los nuestros.

Nada de eso ocurrió, a pesar de la particular vijilancia de que era objeto Quintero de parte de los estratéjicos dictatoriales. El mayor Athas, jefe del destacamento, oportunamente advertido por sus vijias de la presencia de la escuadra, avisó en el acto a sus jefes lo que ocurria, y, cumpliendo fielmente con las instrucciones que se le habian dado, se retiró paso a paso con sus 25 hombres de caballeria, marchando por las alturas a fin de contar el número de buques del convoi y calcular la cantidad de tropas de infanteria, caballeria y artilleria que desembarcábamos. Se llevó tambien la máquina telegráfica y el teléfono, los papeles, las huinchas y todos los útiles, y pudo desde el primer instante dar la voz de alerta a un ejército que desde tiempo atras, disciplinado y numeroso, se hallaba apercibido para combatirnos.

***

Puesta por el *Biobio* la señal convenida para manifestar que el puerto estaba reconocido y el paso franco, los trasportes, en el órden señalado, comenzaron a penetrar a la rada por la abertura que a su estremo norte dejaba la empalizada.

Eran las siete y media de la mañana de un dia claro y agradable. Soplaba una lijera brisa de sur que alcanzaba a rizar apenas las mansas aguas de la bahia de Quintero; y la vista, acostumbrada desde tiempo atras al uniforme aspecto del mar y a los áridos paisajes de la costa y de la pampa tarapaqueñas, se detenia con placer en aquellos suaves lomajes tapizados de verde y menuda yerba, en el espeso bosque de eucaliptus situado junto al centro de la rada, en los oscuros montes cercanos cubiertos de vejetacion, y en las lejanas cumbres andinas coronadas de nieves y de nubes. La placidez de aquel silvestre paisaje embelesaba la imajinacion en recuerdos y ensueños completamente estraños a la guerra; y para hacerse cargo de la situacion era necesario tornar la mirada hácia el mar y contemplar allí

aquella imponente bandada de naves que avanzaba majestuosa, miéntras el *Cochrane*, situado mas afuera, parecia protejerlas con su vijilancia, sus cañones y su coraza.

*
* *

El puerto y la comarca de Quintero, conocidos por los indíjenas en los tiempos anteriores a la conquista con el nombre de *Narau*, debe su actual denominacion al famoso piloto don Alonso Quintero (y nó *Quinteros*) que en 1536 la descubriera y que desde entónces le dió su nombre.

Quintero ha sido teatro de diversos sucesos notables que bastarian para conservar su recuerdo en la historia, y entre ellos merece particular mencion el de que en su playa ocurrió en 1587 el primer hecho de armas contra un enemigo estranjero: el encuentro de 9 de abril de ese año, empeñado entre los colonos y las fuerzas mandadas por el corsario Cavendish, que perdió en la refriega una gran parte de su jente.

Años mas tarde, en 1615, fué visitado tambien Quintero por la espedicion que al mando de Jorje Spilbergen recorrió el Mar del Sur hostilizando las colonias de España; pero desde entonces hasta 1822 permaneció su linda comarca dedicada solamente a las pacíficas labores de la agricultura. En este último año, el vice-almirante Cochrane, fatigado de su larga carrera de proezas y buscando un sitio desde donde, sin perder de vista el mar, pudiera reposar el ánimo en la contemplacion de deliciosos paisajes terrestres, adquirió la hacienda de Quintero, de la que formaba parte la ribera del puerto, y en la falda norte de la colina del Centinela, frente a la ensenada conocida con el nombre de Puerto Viejo, hizo construir una confortable casa de campo, de la que aun existen numerosas ruinas. Entre ellas acampó ahora la reserva de la avanzada que coronó la cumbre de la verdegueante loma.

En los siete meses que residió Cochrane en Quintero, estudiando aquella bahia y sus condiciones militares, concibió el proyecto de hacer trasladar allí el apostadero de nuestras naves de guerra. Con este objeto pasó al gobierno un informe minucioso, acompañado de planos y presupuestos, y, siendo él el propietario de los terrenos, ofrecia ceder gratuitamente al Esta-

do el espacio que se necesitara para la construccion de arsenales, muelles y todos los edificios que habian de ocupar las distintas oficinas navales y sus dependencias.

El proyecto de Cochrane sobre Quintero no tuvo, sin embargo, consecuencias, tanto quizá a causa de las penurias del erario, cuanto porque el horrible terremoto de 1822 causó un notable solevantamiento en el fondo de la rada, con lo cual desaparecieron en parte las ventajas que antes la hacian tan recomendable.

Quintero tiene ademas el mérito de haber sido el primer lugar de las repúblicas hispano-americanas en donde se estableciera una litografia, y esta novedad fué tambien debida a Cochrane. El glorioso almirante la habia encargado en 1822 a Inglaterra, quizá con el intento de imprimir en ella los planos de los trabajos que debieran hacerse en Quintero; pero parece que la única obra que alcanzó a terminar el nuevo taller fué la circular de despedida que su dueño dirijió a sus compatriotas y a los comerciantes de Valparaiso con fecha 4 de enero de 1823, en vísperas de su partida para el Brasil.

***

Durante medio siglo, hasta 1872, quedó Quintero casi olvidado. Solo en este último año, mediante la iniciativa poderosa de don Luis Cousiño y de la propaganda incansable de don Benjamin Vicuña Mackenna, se trató de convertir aquel precioso lugar en estacion de baños a estilo de las mejores de Europa, como que sin duda las supera en la fresca dulzura de su clima, en sus puros aires y en sus admirables vistas. Se levantó el plano de la futura poblacion, que debia ocupar la superficie de la pintoresca península en cuya cumbre se encuentra ahora la garita del vijia y desde donde, ademas del anchuroso océano, de la verde y accidentada comarca y de las caprichosas cimas de los Andes, se divisa hácia el sur en los dias claros el ceniciento caserio de la cercana Valparaiso, que semeja una bandada de tórtolas agrupada en las faldas de sus rojizas colinas. La península tiene una estension calculada de 80 cuadras cuadradas, y allí se pensaba levantar el caserio de la ciudad, destinando la ribera, las faldas del Centinela y el Centinela mismo para lujosas mansiones, parques, paseos y avenidas.

El 8 de agosto de 1872 se espidió el decreto que concedia al señor Cousiño permiso para fundar la nueva poblacion; se daban al mismo tiempo los pasos necesarios para llevar a ella un ramal de ferrocarril; se estudiaba el modo de proveerla de agua corriente; todo parecia encaminado a convertir aquel solitario paraje en un concurrido paseo de verano, cuando la muerte arrebató a don Luis Cousiño al afecto de sus amigos y al progreso del pais. Publicó en 1874 don Benjamin Vicuña Mackenna un libro titulado *Quintero, su estado actual y su porvenir*, dedicándolo a la viuda del progresista difunto, y en él demostraba la posibilidad y la conveniencia de la trasformacion de Quintero, mas los años pasan y sigue el puerto en el mismo estado en que lo dejara Cochrane en 1822. La naturaleza se ha esmerado en adornarlo con sus mas escojidas galas, pero la obra humana es allí casi enteramente nula. Su pobre caserio, compuesto de unas cuantas chozas de pescadores, se agrupa junto a los bordes de la Caleta, situada en el lado norte del istmo; y la península, que debiera estar coronada de alegres habitaciones, se ve cubierta solo de verde pasto, en el que pueden pacer a su sabor unas cuantas vacas lecheras. La casa del administrador de la hacienda es lo único que da un aire de civilizacion y de progreso al antiguo Narau, que parece hallarse todavia en poder de sus primitivos dueños, los araucanos.

***

Los buques fueron ocupando lentamente las posiciones que tenian designadas en el cróquis, mientras los soldados, alegres pero silenciosos, se apresuraban a recojer sus arreos, arreglar sus rollos, preparar sus armas y alistarse para saltar en tierra. A una señal del *Cochrane* fueron largadas las lanchas que debian servir para el desembarco; el mar se pobló de embarcaciones; se arriaron las escalas, y comenzó la tropa a tomar a bordo la colocacion conveniente para dejar los buques. Las músicas habian cesado para ser reemplazadas por el ruido de los trajines y por las voces de mando. En un momento más pondria nuestro ejército sus plantas en el mismo corazon del territorio dominado por la tirania.

Tanto el desembarco como la marcha habian sido dispuestos

ya por el comandante Körner en la siguiente importante órden del dia, en la que se hallan previstas todas las contingencias y tomadas todas las medidas conducentes a encubrir nuestro objetivo. El papel de la caballeria, principalmente, iba a ser de primer órden y tal como en circunstancias semejantes corresponde señalarlo a jefes ilustrados y previsores. ¡Cuánta diferencia no habria desde luego entre la obra de los desmedrados escuadrones que llegaban del norte y la de los lujosos rejimientos dictatoriales, que ostentaban sus gallardos corceles en paradas y paseos, pero que de nada servirian, ni en la accion, ni en las operaciones necesarias para prepararla!

ÓRDEN PARA EL 20 DE AGOSTO.

La tropa tendrá en el morral racion seca para dos dias, distribuida el 19 despues de la comida.

A las dos de la mañana se repartirá caldo y café y una racion de carne cocida para llevarla en el morral.

A las tres de la mañana todas las tropas se prepararán para el desembarco, la infanteria con 150 tiros por fusil.

Orden del desembarco.

La vanguardia desembarcará los 300 hombres del Pisagua que van en el *Biobio*, y éstos ocuparán, protejidos por las fuerzas de artilleria, una posicion que permita dominar los puntos de acceso al desembarcadero.

El grueso desembarcará en cuatro series:

1.ª Rejimiento Constitucion, Injenieros y Rifleros de la 1.ª brigada, rejimiento Chañaral de la 2.ª brigada, de los trasportes *Aconcagua* y *Cachapoal*.

2.ª Los escuadrones Libertad, Granaderos, Carabineros, Lanceros y Guias, la bateria Hurtado de la 1.ª brigada y la bateria Armstrong de la 2.ª brigada, de los trasportes *Aconcagua*, *Amazonas*, *Cachapoal*, *Maipo*, *Limarí* y *Abtao*.

3.ª Los rejimientos Iquique y Antofagasta de la 1.ª brigada, de los trasportes *Aconcagua* y *Amazonas*; los rejimientos Chañaral, Atacama y el batallon Huasco de la 2.ª brigada, del *Cachapoal* y *Limarí*.

Las ambulancias, fondos y una racion diaria para los cuerpos embarcados.

4.ª La 3.ª brigada, segun arreglo del comandante de la brigada, de los trasportes *Maipo*, *Copiapó*, *Isidora*, *Limarí*, *O'Higgins* y *Abtao*.

Distribucion de las fuerzas desembarcadas.

Las fuerzas de la 1.ª serie se reunirán, inmediatamente despues de puestas en tierra, al sur del camino del Puerto a Quintero. El rejimiento Constitucion, los Injenieros y Rifleros sobre el camino de Puerto Viejo a Concon Bajo. El comandante del cuerpo de Injenieros cortará la comunicacion telegráfica de Quintero a Viña del Mar y tratará de inutilizar las minas que pudiera haber.

El rejimiento Chañaral se reunirá sobre el camino de Quintero a Colmo.

Los comandantes de los cuerpos responderán de que esta reunion tenga lugar sin demora y de que no entre soldado ninguno en una casa ni se aleje de la fila.

Fuerzas enemigas se atacarán a la bayoneta, aprovechando el efecto de los fuegos de artilleria e infanteria de a bordo de la escuadra, y la persecucion del enemigo derrotado se verificará por un fuego bien apuntado.

El primer batallon de cada uno de los dos rejimientos se adelantará hácia la primera altura en la direccion del camino sobre el cual se encontrará, y esperará allá la llegada del otro batallon del rejimiento.

Reunidos los dos batallones de estos rejimientos, formarán la vanguardia de sus correspondientes brigadas, y cada uno será reforzado por una compañia de Injenieros provista de las herramientas, necesarias para facilitar el paso de un rio, y de los útiles de destruccion.

Estas vanguardias avanzarán sobre los caminos señalados hácia Concon Bajo y Concon Medio respectivamente, para preparar el paso del rio Aconcagua en los dos puntos marcados en el mapa por la palabra *vado*.

El capitan Lazo facilitará al comandante del cuerpo de Injenieros los medios de movilizacion para las lanchas planas traidas por la escuadra.

El escuadron Libertad y la bateria Hurtado seguirán a la vanguardia de la 1.ª brigada. El escuadron Guias y la bateria Armstrong a la de la 2.ª Los dos escuadrones adelantarán patrullas al mando de oficiales para esplorar el terreno a los dos lados de los caminos tomados por las vanguardias y reconocer el rio Aconcagua respecto a su viabilidad, sobre todo en los vados. Una de las patrullas del escuadron Libertad tomará el camino de Puerto Viejo a Concon Bajo; una del escuadron Guias el de Quintero a Concon Alto, y con estas patrullas se adelantarán los comandantes de las correspondientes compañias de Injenieros con el fin de determinar los puntos para el paso del rio antes de la llegada de las vanguardias.

Los gruesos de los dos escuadrones avanzarán sobre los mismos caminos hasta que alcançen a la vanguardia; dejarán a ésta la correspondiente bateria, y tratarán en seguida de alcanzar cuanto antes la ribera opuesta del Aconcagua para ocupar las alturas al sur del rio, manteniendo sus gruesos sobre o cerca de los caminos que conducen a Viña del Mar, y avanzando patrullas de oficiales hácia Viña del Mar, Salto y Quilpué.

Una compañia del escuadron Guias se dirijirá a Limache inmediatamente despues de haber pasado el rio. El comandante de esta compañia recibirá del comandante de la compañia de Injenieros de la correspondiente vanguardia, al pasar por ésta, un destacamento provisto de útiles de destruccion, y tratará de destruir el ferrocarril y la línea telegráfica cerca de Limache, o, si fuera posible, el túnel de San Pedro.

En caso de encuentros con fuerzas enemigas, los escuadrones adelantados evitarán un combate siempre que no puedan contar con ayuda eficaz de parte de las vanguardias, retirándose ante fuerzas superiores sobre sus vanguardias, pero nó sin avisar a éstas préviamente, y dejando patrullas de observacion frente al enemigo.

Los gruesos de las dos brigadas se formarán en columna de marcha sobre los caminos que han tomado sus vanguardias, y seguirán a éstas inmediatamente despues de concluida su formacion.

Las ambulancias seguirán a los gruesos de sus brigadas, llevando consigo los rancheros, fondos y raciones para un dia.

El escuadron Carabineros, reforzado por cuatro escuadras de Rifleros montados y cuatro destacamentos de injenieros montados y provistos de los útiles de destruccion, dirijirá una compañia por Colmo hácia Manzanar y San Pedro, y las otras dos compañias sobre el camino de las Minas y el de la cuesta de Chillicauquen hácia Quillota, y sobre el camino de la cuesta de Pucalan hácia Nogales. Patrullas de oficiales reforzadas por Rifleros e Injenieros tratarán de alcanzar las estaciones de San Pedro, Quillota, La Cruz y el túnel de San Pedro, con el fin de destruir las líneas férreas y telegráficas en cuantos puntos fuera posible. En caso de que no pudieran alcanzar los puntos señalados, harán todo lo posible para mantenerse en los cerros de la ribera del rio.

El escuadron Granaderos se dirijirá, con cuatro escuadras de Rifleros montados, a Puchuncaví, y desde allí hácia Nogales, Purutun y la Ligua.

Todas las patrullas de la caballeria tratarán de mantenerse en comunicacion no interrumpida entre sí; mantendrán un servicio de aviso entre sí y los gruesos de las compañias que les siguen, y dirijirán todas las carretas y carretones, con sus respectivos animales, que encuentren, a Quintero: las carretas car-

gadas con tablas o vigas, los carretones con verduras. Aprovecharán los servicios de los vecinos como guias y conductores de los carretones y carretas.

En caso de encuentros con fuerzas enemigas, esta caballeria aprovechará de buenas posiciones para defenderlas, sobre todo por el fuego de los Rifleros, pero dejará siempre la mayor parte de sus jinetes a caballo con el fin de seguir reconociendo por los costados de la posicion enemiga.

La jente que se encuentre dispuesta a formar en las filas del ejército constitucional será encaminada por estas patrullas hácia Quintero y Colmo, pero habrá de prevenírsele que conviene presentarse montado y armado con armas de fuego.

El escuadron Lanceros se dirijirá hácia Quintero (la hacienda) y esperará allá segunda órden; el resto de los Rifleros e Injenieros se reunirá con los Lanceros.

La 3.ª brigada tomará una formacion de reunion al norte del camino de Puerto Viejo a Quintero (la hacienda), al poniente de este pueblo, esperando segunda órden del comandante en jefe.

Para la direccion acertada de las columnas se facilitará a los comandantes guias competentes por el capitan Lazo, del Estado Mayor Jeneral.

El comandante en jefe se dirijirá, despues de su desembarco, a Quintero (la hacienda).—Körner."

Bastaba leer esta bien meditada órden del dia para sentirse tranquilo respecto del éxito de una campaña que bajo tan felices auspicios comenzaba y que por tan hábiles manos iba a ser dirijida y consumada. La obra del comandante Körner adquiria con esto nuevos títulos al aprecio de sus subordinados y a là gratitud del pais entero. La dictadura, a pesar de sus esquisitas y multiplicadas precauciones; a pesar de su acierto en calcular el punto de desembarco de nuestras tropas, iba a verse desde el instante mismo confundida, perturbada y temerosa. Sus ajentes no sabrian en dónde defenderse; el tirano no atinaria al pronto hácia qué lado acudir ni qué punto resguardar. ¡Primero y honroso triunfo del estudio, de la prevision y del talento!

El Corresponsal.

———

III.

A orillas del Aconcagua.

(DE NUESTRO ANTIGUO CORRESPONSAL EN EL EJÉRCITO Y ARMADA.)

SUMARIO.—Animacion de la playa de Quintero.—Jinetes y bolas.—Comienza el desembarco.—Las lanchas.—Los caballos.—Músicas y alegria.—Formacion de las tropas en la playa.—Descubierta de caballeria.—Tiroteo.—Avance del ejército constitucional.—La 1.ª brigada en marcha.—El camino de la ribera.—La 2.ª brigada.—El camino a Dumuño.—La 3.ª brigada.—Su objetivo.—Un estravio providencial.—El Taltal número 4 y el Tarapacá número 9.—La marcha.—Los campamentos en la noche del 20.—La mañana del 21.—Avance sobre Santa Rosa de Colmo.—En poblacion Victoria.—La escuadra.—La *Esmeralda* y la *O'Higgins* en la boca del Aconcagua.—La 1.ª brigada en marcha para atravesar el rio.—Situacion de la 2.ª y de la 3.ª brigadas.—Los dos ejércitos frente a frente.—Las fuerzas de uno y otro bando.—Disposiciones de Balmaceda.—Sus órdenes.—Disposiciones de Canto y Körner.—Colocacion de nuestra artilleria.—Se rompe el fuego de cañon.—La línea enemiga.—Ordena Körner a la 1.ª brigada atravesar el rio.—A orillas del Aconcagua.

Valparaiso, octubre 23 de 1891.

Al editor del MERCURIO:

Apenas se divisaron a lo lejos las indecisas siluetas de las naves que componian la escuadra libertadora, y apenas el mayor Athas y su jente hubieron abandonado a Quintero, los habitantes de la Caleta, casi en su totalidad pescadores, y por lo mismo partidarios ardientes de la causa que defendia la marina, trasfigurados por el contento, activos y parleros, corrieron a los escondrijos en donde tenian ocultas las canoas que lograron escapar de la destruccion ordenada por las autoridades dictatoriales, y arrastrándolas hácia la playa las echaron al agua, se embarcaron en ellas y volaron al encuentro de los buques.

Era de ver la solicitud con que los pobres costinos se apresuraban a contar detalladamente cuanta noticia sabian y cuanto detalle pudiera servir de indicio a los jefes de nuestro ejército. Del "puerto," decian, refiriéndose a Valparaiso, habia llegado

algunos dias antes la noticia de que la escuadra arribaria pronto a Quintero. El gobierno estaba al cabo desde tiempo atras de los proyectos de los opositores; al comandante del destacamento se le recomendaba a cada rato que tuviese mucho cuidado con los buques para que no fueran a pillarlo de sorpresa; y entonces los pescadores, deseosos de comunicar a los nuestros estas noticias a fin de que las tomaran en cuenta en su desembarco y avance hácia el sur, se habian constituido en vijias permanentes, turnándose de dia y de noche en los puntos de observacion que se tenian señalados.

Desde el primer momento salia, pues, el pueblo de Chile al encuentro de sus libertadores, facilitándoles en lo posible su tarea y acojiéndolos con gratitud y con cariño.

Los patriotas pescadores vieron mui pronto recompensado su celo. Los soldados, como dijimos, reservaban su ropa limpia para el momento del desembarco, y al ver que éste se acercaba con la entrada de los buques al recinto defendido por la empalizada, comenzaron a desnudarse, lavarse, vestirse y acicalarse. Montones de camisas, camisetas, calzoncillos y pantalones, todos mas o menos en buen estado, iban a quedar sobre las cubiertas para ser en seguida botados al agua; pero viendo aquellas canoas que voltejeaban contentas en torno de las naves, ofreciendo gratuitamente sus servicios a los que quisieran ir a tierra y su ayuda en cualquier trabajo a los de a bordo, comenzaron a tirarles desde arriba las prendas, y los pescadores a recojerlas, en medio de alegre zalagarda.

Cada canoa, cargada hasta enterrar casi la borda en el agua, regresaba a tierra presurosa; y mientras allí se hacia hermanablemente la reparticion entre las agradecidas mujeres, los hombres volvian a bordo a ofrecer sus servicios y a recojer un nuevo y para ellos precioso cargamento.

***

Comenzó algo tarde el desembarco, en el órden señalado en las instrucciones, pero con los tropiezos que no podia menos de suscitar la escasez de embarcaciones y la falta que al principio hubo de botes remolcadores para las lanchas. Este retraso y el que habia esperimentado el convoi en la mañana iban desgra-

ciadamente a impedir la ejecucion de una parte importantísima de las instrucciones contenidas en la órden jeneral del comandante Körner: la relativa a operaciones como el paso del Aconcagua ese mismo dia, la ruptura de la via férrea de Santiago a Valparaiso, la de los alambres telegráficos, y el avance de la vanguardia de nuestro ejército hácia las alturas de Reñaca y de Viña del Mar.

Solo como a las diez de la mañana tomaba el desembarco su curso de natural celeridad. En tierra se habia alistado ya un muelle portátil; los caballos, tirados al agua desde los trasportes, comenzaban a reunirse en la playa; los contornos de la bahia se poblaban de tropas que solo esperaban la llegada de las órdenes respectivas para ponerse en marcha. Remolcadores a vapor, canoas de los comandantes de buques, botes de los trasportes y de las naves de guerra cruzaban en todas direcciones la rada, los unos enganchando las lanchas, los otros impartiendo órdenes, los últimos atajando a los caballos, que al verse libres querian retozar mar afuera, y encaminándolos a los puntos en donde los esperaban los laceadores en tierra. Todo era movimiento, ruido, afanes y actividad. Los incansables músicos poblaban los aires de armonias desde las lanchas atestadas de tropas; unos y otros cuerpos se saludaban con regocijados gritos; la poblacion de Quintero, hombres, mujeres y niños, acudian a la playa a recibir en medio de trasportes de júbilo a los lejionarios de la libertad. No hubo ocasion, por cierto, para poner en práctica la prohibicion de que los soldados abandonasen sus filas ni penetrasen a los ranchos a cometer atropellos ni fechorias: la jente del pueblo, confiada y amistosa, les salia al paso para ofrecerles sus modestos agasajos en forma de pan fresco, de huevos, de charqui, de caldo, de asado, y hasta de gallinitas fiambres. Los valientes militares recibian con emocion estas muestras de fraternal afecto; y la cordial acojida del pueblo de Quintero fortificaba mas y mas su propósito de combatir hasta la muerte por la liberacion de un pais cuyos hijos los recibian desde el primer instante con los brazos abiertos, saludándolos con nombres cariñosos y haciendo votos ardientes por el éxito feliz, fácil y pronto de su salvadora empresa.

***

Desde temprano se habia visto acudir a la playa a numerosos jinetes llegados de las cercanias. Los contentos huasos, al divisar los buques y contemplar las variadas operaciones del desembarco, procuraban manifestar su injenua alegria haciendo dar a sus pingos desaforadas carreras, deteniéndolos de repente, revolviéndolos a uno y otro lado y sacándose en seguida sus descomunales guarapones para saludar, entre encojidos y amables, a la jente de los buques.

Desgraciadamente, junto con ellos llegaron las inevitables bolas que esperan, acompañan y siguen a toda operacion militar: que la guarnicion de Papudo se habia sublevado y venia a juntársenos; que una brigada de artilleria se declaraba tambien en favor nuestro; que el destacamento de caballeria estacionado en Colmo avanzaba hácia Quintero, abandonando las banderas del dictador, y que otro tanto ejecutaba un piquete que venia desde Quillota o la Calera.

Estas noticias eran creidas a pié juntillas y acojidas con entusiasmo, a pesar de que la tropa estaba advertida ya de que debia desconfiar de las pasadas de los dictatoriales a nuestras filas, que mas de una vez se convirtieron en «malas pasadas» durante la ruda y trajediosa campaña de Tarapacá.

La mentira, sin embargo, era, como casi siempre, hija de la verdad. Aquel teniente Santa Cruz, del rejimiento Aconcagua, tan duramente calificado por Alcérreca en uno de los telegramas que dirijió a Balmaceda con fecha 10 de agosto dándole cuenta de la alarma causada por la falsa noticia de la llegada de seis buques a Quintero, habia sido comisionado ahora por el gobernador de Quillota, don Ambrosio Valdes Carrera, para que viniese con unos cuantos hombres de caballeria a comprobar si era efectiva la noticia comunicada por el mayor Athas respecto de la llegada de la escuadra y desembarco de nuestro ejército. Santa Cruz, disfrazando a su jente y disfrazándose él mismo, quiso hacer alarde de atrevimiento y astucia para manifestar sin duda que sus anteriores alarmas eran más el resultado de su celo que de su miedo, y llegó con sus jinetes hasta situarse frente a la Ventana (roca conocida con este nombre a causa de la estraña horadacion que en forma de ventana han practicado en

ella los embates de las olas), frente a la Ventana, al estremo norte del puerto, y allí se mantuvo durante largo rato en observacion. Desde a bordo se divisaba claramente aquel grupo de jinetes, pero se les tomó por huasos de las cercanias que se habrian detenido tímidamente sobre la loma a fin de presenciar "desde lejitos" el animado espectáculo del desembarco y la pintoresca reunion de los soldados y de los caballos en diversos puntos de la playa.

Una vez que Santa Cruz se hubo impuesto de lo que deseaba, regresó a Quillota y comunicó noticias casi exactas como resultado de sus observaciones.

Estas noticias constan del siguiente parte:

«De Quillota a Viña del Mar.—*Agosto 20.*—Señor jeneral Barbosa.—Teniente Santa Cruz del rejimiento Aconcagua, que llega en este momento destacado en Quintero en observacion del enemigo, dice que llegó a las Ventanas a las 2 P. M., volviéndose a las cuatro, y que alcanzó ver desembarco.

Tomó algunos paisanos, y de sus declaraciones consta que son de siete a ocho mil hombres, 30 piezas de artilleria y 400 de caballeria. Cinco batallones tomaban direccion de Quillota, tres de Viña del Mar. Artilleria era tirada por mulas. Trae un batallon rifle Mannlicher. Trajo una cápsula.—A. Valdes.»

En virtud del anterior telegrama y de las medidas estratéjicas adoptadas por el comandante Körner y que constan en su órden jeneral para el dia 20 de agosto, se esplica que Barbosa comenzase a efectuar en Quillota la concentracion de sus tropas, figurándose que hácia ese punto dirijiríamos nuestro ataque.

***

El primer cuerpo que en cumplimiento de las órdenes del comandante Körner se puso en marcha para formar la vanguardia de su brigada fué el Chañaral número 5, perteneciente a la 2.ª Organizándose en la playa con una prontitud que hacia honor a sus jefes y oficiales, a eso de las nueve de la mañana, junto con quedar en tierra el último soldado, se ponia el Chañaral en marcha por el camino que, comenzando en el centro de la rada de Quintero, se dirije primero a la hacienda del mismo nombre y continúa en seguida hácia Dumuño y Colmo.

Los bravos del Chañaral emprendieron la caminata con una

buena voluntad y un entusiasmo que demostraban su justo orgullo por haber sido designados para formar la descubierta de nuestro ejército, y, vijilantes y animosos, con sus rollos a la espalda soldados y oficiales, comenzaron a internarse por el pintoresco camino.

Ningun tropiezo encontraron en las primeras horas de su marcha, que tuvo los caractéres de un paseo hasta llegar a las casas de la hacienda de Quintero, situadas como a legua y media del puerto. El enemigo no daba por allí señales de vida, y la tarea del Chañaral se hacia demasiado fácil, contrariando los deseos de jefes, oficiales y tropas, que de buena gana hubieran estrenado sus nuevas armas en un reñido tiroteo con las avanzadas o esploradores del enemigo.

En el puerto, mientras tanto, ocurria una lijera alarma, y hasta llegó a temerse por el adelantado Chañaral. Eran ya mas de las once de la mañana, sin que ningun cuerpo hubiera podido aun salir en su refuerzo, cuando la avanzada que ocupaba la cumbre del Centinela dió aviso de que en los cerros vecinos se divisaban de cuando en cuando algunos grupos de soldados de caballeria enemiga.

En el momento el comandante en jefe de la 2.ª brigada, coronel don Salvador Vergara, dió órden al comandante Solar, del escuadron Guias número 4, para que, recojiendo cuantos hombres de su cuerpo se hallasen en ese momento disponibles en tierra, avanzase a reconocer aquella tropa y si era posible a combatirla, tomando por caminos estraviados la misma ruta que ya seguia el Chañaral con direccion a Colmo.

* * *

El comandante Solar pudo reunir en el acto unos cuarenta hombres del Guias que se hallaban en situacion de montar a caballo, y con ellos emprendió a galope la marcha. Lo acompañaba el mismo jefe de la brigada coronel Vergara, eximio conocedor de todos aquellos lugares, y que serviria de ilustrado guia a la pequeña tropa. Esta, ademas del comandante Solar, iba mandada por el capitan don Dario Navarro y por el teniente don Luis Rojas.

Despues de caminar una legua mas o menos por senderos casi

ocultos, lograron avistar a los jinetes enemigos. Su número, al parecer, no subia de veinticinco hombres, por lo que se supuso, o que eran esploradores enviados en reconocimiento desde Colmo, o los soldados del destacamento que al mando del mayor Athas cubrian la guarnicion de Quintero a la llegada de la escuadra.

Los enemigos, sin embargo, fuesen quienes fueran, estaban mui distantes de dedicarse en ese momento a operaciones activas de guerra, aunque su tarea no dejaba de sernos indirectamente hostil. Convertidos en pacíficos arrieros, habian formado un respetable piño de unas trescientas a cuatrocientas cabezas de ganado vacuno y unas dos mil ovejas, y se las llevaban hácia el sur para pasar con ellas el Aconcagua y quitar al rancho de nuestros soldados ese importante refuerzo.

Avanzaron a toda prisa los nuestros atraidos por aquel cebo; pero notando el enemigo la persecucion de que era objeto, apresuró el paso cuanto pudo. Una profunda quebrada se interponia entre ambas tropas, siendo de presumir que mientras los jinetes constitucionales se industriasen para pasarla, los balmacedistas tuvieran tiempo de adelantar mucho camino con su ganado y escapársenos o ser reforzados en gran número por los suyos.

En estas circunstancias no hubo mas recurso que ordenar a nuestra jente que rompiese el fuego quebrada de por medio. La operacion se realizó con tan favorable resultado, que el piquete enemigo dejó abandonado allí mismo el piño de dos mil ovejas que conducia, limitándose a proseguir con los vacunos.

Trataron los nuestros de cortarlos, pero esta operacion se hacia imposible a causa de la maldita quebrada, que impedia a los caballos todo acceso por sus pendientes flancos y su profundo lecho. Se les persiguió, pues, a tiros, hasta cerca de las casas de Dumuño, a donde se dirijian a toda prisa.

Fué en vano que se hiciera avanzar a galope al capitan Navarro con quince hombres: no pudo arrebatarse su pacífica presa a los contrarios. El cápitan Navarro alcanzó en su marcha al Chañaral, tomó a la grupa de sus jinetes quince soldados de este cuerpo, desalójó con ellos a los enemigos que ocupaban las casas de Dumuño, los persiguió hasta las alturas que dominan por el norte la hacienda y caserio de Colmo, y los obligó a repasar el Aconcagua.

Anochecia. Se nos habian escapado las trescientas o cuatrocientas reses, pero en cambio, y esto era por entonces lo importante, la zona comprendida entre el rio Aconcagua y Quintero quedaba completamente despejada de dictatoriales. Los cuerpos constitucionales podian ahora hacer tranquilamente su marcha de avance hasta llegar al rio. Solo ahí comenzaria el peligro.

***

Mientras el Chañaral y los Guias avanzaban en esploracion hácia el sur, en Quintero continuaba el desembarco. Como a la una de la tarde concluia el de la 1.ª brigada, e inmediatamente se ponia en marcha el rejimiento Constitucion número 1 por el camino de la playa. Hubiera debido llegar a la boca del Aconcagua y atravesarlo por el cómodo vado que allí existe y que mantiene en constante comunicacion el caserio de Concon Bajo, situado en la márjen sur del rio, con los fundos y caserios de la ribera norte y con el puerto de Quintero; pero esta importante operacion, que nos pudo ahorrar la pasada del Aconcagua bajo los fuegos del enemigo, y que debia, segun lo previsto en las instrucciones del comandante Körner, haberse realizado el mismo dia 20, no se verificó a causa del retraso de la escuadra y de la demora del desembarco. El camino de Quintero a Concon por la playa, aunque corto, pues no alcanza a tener cuatro leguas de largo, es en partes un sendero estrecho y ondulado que no permite el paso de mas de dos hombres de frente; en otras atraviesa pantanos y terrenos vegosos que demoran forzosamente la marcha de la tropa, y en otras, por fin, cruza por largos y molestos médanos que fatigan al soldado y lo obligan a hacer contínuos descansos. Así, aunque el Constitucion se ponia en marcha a la una de la tarde del 20, podia desde luego predecirse que no llegaria a la márjen norte del rio sino entrada ya la noche, y que la pasada tendria necesariamente que dejarse para el siguiente dia.

Fuera de esto, el Iquique número 6, perteneciente tambien a la 1.ª brigada, se ponia en marcha mucho mas tarde, a causa de que solo en tierra se le pudo dotar de cananas. Pero como esta operacion consumiese un tiempo precioso en aquellas circunstancias, se resolvió que los cuerpos de la 1.ª brigada, que eran los peor equipados del ejército a causa de que su estadia en

Vallenar los tuvo alejados del centro de provision, que era Iqui que, continuasen su marcha y entrasen en combate sin cananas, llevando en sus morrales los 150 a 180 tiros de que se componia la dotacion para cada fusil.

Esta falta de cananas fué causa de que muchos soldados de la 1.ª brigada, molestados por el peso de los víveres y de las municiones, que les gravitaba sobre una sola parte del cuerpo, se resolvieran a deshacerse de las provisiones de boca que llevaban y sembraran con ellas las partes mas difíciles del trayecto.

El Antofagasta número 8, los escuadrones de caballeria Libertad número 1 y Carabineros número 3, y, por fin, la seccion de artilleria correspondiente a la 1.ª brigada, se pusieron en marcha mas tarde, escalonados de hora en hora, por el mismo camino que debia conducirlos al vado que da frente a Concon Bajo. Perdida ya la esperanza de atravesar el rio el mismo dia 20, todos esos cuerpos debian acampar durante la noche en la ribera norte, manteniéndose ocultos y sijilosos a fin de no ser descubiertos por el enemigo.

***

El mismo atraso que los cuerpos de la 1.ª brigada esperimentaron los de la 2.ª, que debian dirijirse a Colmo por el camino del interior, o sea el que pasa por las casas de la hacienda de Quintero y por el caserio de Dumuño.

El primer cuerpo de la 2.ª brigada que siguió al Chañaral número 5, que formaba la descubierta, fué el Valparaiso número 2, que comenzó a ponerse en movimiento como a la una de la tarde. Le siguió la parte de la Artilleria número 2 que acompañaba a esta division, y en seguida el Atacama núm. 10, el Huasco número 11, el resto del escuadron Guias número 4, y el escuadron Lanceros número 5. Este último cuerpo vino a ponerse en marcha como a las tres de la mañana del 21.

La 3.ª brigada comenzó a moverse a las doce y media de la noche, llevando la vanguardia el Pisagua número 3. Seguia el Esmeralda número 7, luego el batallon de Artilleria número 1, y tras de éste el batallon de Artilleria número 3, que pertenecia anteriormente a la 1.ª brigada, pero que habia sido agregado últimamente a la 3.ª

La Columna de Rifleros, salvo 40 hombres que al mando del teniente don Anjel Custodio Espejo acompañaban a la 1.ª brigada, se puso en marcha a las siete de la noche, por el mismo camino que debia seguir la 3.ª, obrando como una especie de cuerpo franco, pero sin dedicarse a la mision particular que se le habia encomendado en las minuciosas instrucciones contenidas en la Orden Jeneral para el dia 20.

Todas estas tropas, como se ve, salian de Quintero con mucho retraso, y sin que ello pudiera atribuirse a las dos horas que a lo sumo se habian perdido en la mañana a causa del estravio del convoi.

Sin contar con las operaciones militares que iba a entorpecer, ni con los bien meditados planes que iba a desbaratar, esta demora debia sernos perjudicial tambien en lo relativo a las raciones de la tropa. El 20 no se habia preparado rancho para los soldados en muchos trasportes en la creencia de que el desembarco de éstos se verificaria antes de la hora de almuerzo. La jente consumió, pues, ese dia, en el mismo puerto de Quintero, una de las dos raciones de marcha que llevaba para entrar en campaña. Ademas, casi todos los cuerpos de la 1.ª brigada, como vimos, arrojaban sus víveres secos para alivianar sus morrales, sin meditar quizá en las terribles consecuencias que podia producirles su falta de paciencia; y por último, algunos cuerpos de la 3.ª brigada que venian en el *Maipo* aseguran que no se les repartió allí racion para dos dias sino para uno solo, contrariando de este modo en materia tan grave las repetidas y terminantes instrucciones impartidas a este respecto por los estados mayores de mar y tierra.

***

Tanto la 1.ª como la 2.ª brigada, que habian partido de Quintero a una hora relativamente temprana y conservando un cuerpo con otro el correspondiente contacto a fin de no separarse y estraviarse en el camino, hicieron sin dificultades su marcha en la direccion que se les habia señalado. Pero la 3.ª, que solo despues de media noche podia ponerse en movimiento, sufrió las consecuencias naturales de la demora y de la espesa neblina que comenzó a levantarse poco despues de entrada la noche.

Segun el plan que el comandante Körner habia tratado de po-

ner en ejecucion, solo la 1.ª y la 2.ª brigada debian combatir contra las fuerzas de la division balmacedista acantonada en Valparaiso. La 3.ª avanzaria hácia Limache con el objeto de cortar allí la línea férrea y el telégrafo, aterrar, si era necesario, el túnel de San Pedro, y evitar el flanqueo que la division Barbosa podia intentar contra el grueso de nuestro ejército. La 3.ª brigada, al mismo tiempo, con su avance mantendria amenazada la capital y tal vez obligaria de este modo a las fuerzas de Barbosa a no abandonarla para acudir en ausilio de las de Alcérreca. Y como la division de éste constaba solo de 7,033 hombres el dia 4 de agosto, siendo de presumir que hubiera aumentado mui poco en los 15 dias trascurridos desde entonces, y como para salir a nuestro encuentro tenia ademas que dejar alguna guarnicion en los fuertes y cuarteles de Valparaiso, no era aventurado suponer que los 5,000 hombres de combate que podia oponernos no fuesen un estorbo mui grave para los 7,000 constitucionales que los atacarian. Valparaiso, entonces, hubiera sido nuestro desde el primer dia, y a juicio de los jefes superiores del ejército constitucional y de todo el mundo, la posesion de Valparaiso equivalia al triunfo definitivo, seguro e inevitable de nuestras armas.

La 3.ª brigada tenia, pues, que seguir un camino distinto al de las otras dos, y esto lo sabian los jefes de los cuerpos; pero con la alteracion que la tardanza produjo, todos los planes y acuerdos primitivos hubieron de sufrir sustanciales modificaciones. Ya no seria posible, sin duda, atacar al enemigo en las cercanias de Valparaiso; seria forzoso, por el contrario, disputarle el paso del Aconcagua, y este primer combate, que podia trasformarse en una gran batalla, no permitiria alejar a la 3.ª brigada ni dedicarse tampoco desde el principio a interrumpir la via férrea en las cercanias de Limache para impedir la reunion de las fuerzas de Barbosa y de Alcérreca.

***

La 3.ª brigada se movió, como dijimos, a las doce y media de la noche del 20, en medio de una espesa neblina, y siguió el mismo camino que habia tomado la 2.ª, es decir, el que lleva a las casas de la hacienda de Quintero y a las de Dumuño para dirijirse a Colmo. El Pisagua, el Esmeralda y los batallones de ar-

tilleria mandados por los comandantes Ortúzar y Rivera Jofré comenzaron a marchar conservando desde el principio su contacto; pero el Taltal número 4, que debió seguir a la artilleria del comandante Ortúzar, se encontró de pronto aislado. Cuando recibió la órden de avanzar, hacia rato que la Artilleria número 1 se habia puesto en movimiento.

A pesar de la neblina, la luz de la luna permitia divisar el camino, y esto hizo creer al comandante Echeverria que podria seguirlo sin necesidad de guia. Ademas, un soldado del 4.° se declaró gran conocedor de aquellos lugares; aseguró que en unos corrales no mui distantes se reunia este camino con otro que venia de la izquierda, y que desde allí se podia caminar a ojos cerrados sin temor de perderse.

El Taltal emprendió entonces la marcha sin cuidado; pero la neblina se hizo mas espesa, la luz de la luna desapareció por completo, y con ella comenzó a flaquear tambien la primitiva confianza del guia. Iba de un lado a otro, husmeaba, se detenia. Mucho se anduvo, llegó a cansarse la tropa, y los dichosos corrales y el anunciado sendero no parecian. Eran mas de las tres de la mañana y todavia los esploradores no descubrian a nadie, a pesar de que se habia apresurado bastante el paso con el intento de alcanzar pronto al resto de la brigada.

Era indudable que se habia sufrido un estravio.

El Tarapacá número 9, perteneciente tambien a la 3.ª brigada, emprendió la marcha desde Quintero a continuacion del Taltal y con órden de seguir el mismo camino que éste. Lo habia seguido, pues, y por consiguiente participaba del estravio de su compañero.

Una vez que no cupo duda sobre el particular, los dos comandantes de cuerpo se reunieron para acordar lo que debian hacer. Reconocido el camino en que se hallaban, resultó ser el de la playa, el mismo que en la tarde tomó la 1.ª brigada para dirijirse a la boca del Aconcagua. Retroceder a Quintero o abrirse paso hácia el camino de Colmo a traves de quebradas, lomas, matorrales y cercas hubiera sido un absurdo. Determinaron, pues, seguir adelante, y así lo ejecutaron. Caminando toda la noche, al pardear el alba atravesaron un pequeño brazo del Aconcagua, llegaron a una planicie, y unas cuantas cuadras mas adelante resolvieron acampar. Desde allí enviarian esploradores para poner-

se al habla con el resto del ejército y avanzar hácia donde se les ordenara. Mientras tanto, convenia dar descanso a la jente, que harto lo necesitaba.

Entre los contratiempos esperimentados el dia 20, éste del estravio del Taltal y del Tarapacá se hallaba destinado a producir los mas felices resultados. Mediante la ayuda de estos veteranos y valerosos cuerpos, la accion de la 1.ª brigada, fortalecida en lo mas rudo de la refriega, produciria el hábil e inesperado flanqueo y el completo y decisivo destrozo de las huestes dictatoriales en la batalla de Concon.

***

Al anochecer del 20 comenzaban a llegar los cuerpos de la 1.ª brigada a los suaves lomajes que se estienden por el norte de la boca del Aconcagua, al pié de los cuales, entre las dos riberas, la del mar y la del rio, tuvo el fecundo Vicuña Mackenna el proyecto de fundar la poblacion Victoria. El comandante Frias determinó pernoctar allí, interponiendo entre sus tropas y el rio las últimas colinas de ese lado a fin de que las avanzadas o esploradores dictatoriales no lograsen descubrirlo, y estableciendo al mismo tiempo los servicios de seguridad y de vijilancia que la táctica indica al encontrarse al frente del enemigo.

Terrible fué esa noche para los valientes de la 1.ª brigada. A fin de conservarse ocultos se prohibió a los soldados encender fogatas para calentarse o para preparar su café; y esta oportuna medida de precaucion, imperiosamente exijida por las circunstancias, hizo que los pobres casi se helaran durante la noche. Acostumbrados al tibio clima del norte, estrañaron sobremanera aquel violento cambio de temperatura. Y luego, mientras sus compañeros de la 2.ª y de la 3.ª podian sentirse algo abrigados con sus pantalones de "diablo fuerte" y sus flamantes casacas de paño, los de la 1.ª tiritaban bajo los uniformes de brin que todavia los cubrian. El sereno de aquella rigorosa noche de agosto, unido a los fríjidos soplos que parecian despedir la mar y el rio cercanos y a la humedad de la tierra, mantuvo en constante castañeteo los dientes de los bravos militares y les impidió entregarse a las delicias tranquilas y reparadoras del sueño.

¡Qué larga velada! ¡Y cómo ansiaban todos que llegase la hora

de romper el fuego sobre el enemigo para ejercitar los entumecidos miembros y hacer entrar así el cuerpo en calor!

Al amanecer recibió el comandante Frias noticia de la llegada del Taltal y del Tarapacá a las cercanias de su campamento, e inmediatamente se puso al habla con los comandantes Pairoa y Aldunate. El camino mas corto para que estos cuerpos llegasen a Colmo era el sendero que serpentea a la orilla del rio y que subiendo cerros y bajando quebradas alarga como hasta dos leguas y media la legua y cuarto que separa a Colmo de la boca del Aconcagua. Semejante marcha, fuera del inconveniente de fatigar demasiado a una tropa que ya habia caminado durante toda la noche, tenia el no menos grave de descubrir nuestra presencia al enemigo. Se resolvió, pues, mantener allí a esos rejimientos hasta recibir órdenes superiores en contrario.

Nada perderian ambos con acompañar a la 1.ª brigada. ¿Quién sabe si en otro lado no hubiera sido su accion tan eficaz y tan gloriosa como lo seria en el ala derecha de nuestro ejército?

***

Los soldados de la 2.ª brigada hicieron una marcha mui semejante a los de la 1.ª en su trayecto del puerto de Quintero al caserio de Dumuño, y esperimentaron tambien durante la noche los efectos del frio, no tanto a causa de la lijereza de sus trajes, cuanto porque se mojaron mucho en el paso de dos esteros en que el cuerpo de Injenieros no habia colocado puentes. La marcha sufrió tambien algunos retrasos, ya por este motivo, ya porque en ocasiones el camino se estrechaba hasta el punto de no permitir mas que el paso de un solo hombre de frente.

Segun personas entendidas, puede calcularse en una estension de seis kilómetros, o sea como legua y media, la equivalencia del tiempo perdido por la falta de los puentes.

El Valparaiso, que salió del puerto de Quintero despues de medio dia, descansó a la puesta del sol en los corrales de las casas de la hacienda del mismo nombre. Aquí permaneció como tres cuartos de hora, y en seguida emprendió de nuevo su marcha en direccion a unos cerros situados en las inmediaciones de Dumuño. En estos cerros acampó hasta las dos y media de la mañana del 21, a cuya hora se movió hácia el sur para detenerse tras de

las altas colinas que por el norte dominan el caserio de Colmo.

Ya en Dumuño se habian unido al grueso del rejimiento las dos primeras compañias de ambos batallones, que venian en el *Cochrane* y que se pusieron en marcha desde Quintero como a las cinco de la tarde del 20.

El Atacama hizo el mismo trayecto que el Valparaiso, y se detuvo en los mismos campamentos. Estos fueron custodiados esa noche por el rejimiento Chañaral, que salió a la descubierta.

A las cuatro de la mañana, reunida ya toda la 2.ª brigada, se puso en marcha hácia Colmo, o sea hácia la márjen norte del Aconcagua, en el siguiente órden: rejimientos Chañaral número 5, Valparaiso número 2 y Atacama número 10, batallon Huasco número 11, batallon de Artilleria número 2 y escuadrones Guias y Lanceros.

Eran las seis de la mañana, y por consiguiente ya casi de dia claro, cuando el Chañaral tomaba posiciones en las alturas de la márjen derecha del rio, apoyado por la bateria de seis piezas del batallon de Artilleria número 2. Este último sirvió en seguida de base para dirijir la colocacion de todos los cuerpos de la 2.ª brigada.

Los soldados, echando sus rollos en tierra, se recostaron a descansar. Tenian el rio a sus piés y el enemigo al frente, y solo esperaban la primera señal para lanzarse en busca de éste.

***

Los cuerpos de la 3.ª brigada que mantuvieron su ruta se detenian como a las tres y media de la mañana en las casas de la hacienda de Quintero. Iban acompañados por una niebla que a esas horas y en aquel paraje habia llegado a hacerse tan espesa, que apenas podian divisarse los accidentes y contornos del terreno a media cuadra de distancia.

El camino que la 3.ª brigada seguia era el mismo que acababa de recorrer la 2ª, y por consiguiente las tropas de aquella esperimentaron iguales contrariedades que ésta en el paso de los arroyos, de las angosturas, de la subida y bajada de las colinas, agravadas por los inconvenientes de la hora y de la oscuridad.

En las casas de la hacienda descansó la 3.ª brigada durante unas dos horas. Como a las cinco y media de la mañana, junto

con los primeros anuncios del alba, todos los cuerpos se pusieron dilijentemente en pié y continuaron avanzando en direccion al Aconcagua, siempre por el mismo camino que habia tomado la 2.ª brigada. A las once y media hacian alto para almorzar, en circunstancias en que ya los separaba poco más de una legua de la orilla del rio.

***

Mientras la 2.ª y la 3.ª brigadas avanzaban en esa forma en direccion a Santa Rosa de Colmo, la 1.ª, que fué tambien la primera en llegar al punto que se le indicara en la márjen norte del rio, se habia puesto en movimiento desde el amanecer, tanto para vijilar y precaver los movimientos del enemigo, cuanto para hacer entrar en calor a su jente con la ajitacion y el ejercicio despues de la noche toledana que acababa de pasar.

No resultó infructuosa la premura del comandante Frias, porque desde el amanecer se divisó en la ribera opuesta, en el lugarejo conocido con el nombre de Concon Bajo, gran movimiento de avanzadas y esploradores balmacedistas.

Estas avanzadas, compuestas de tropa de infanteria y caballeria, procedian con tanta soltura como si no tuvieran enemigos a su frente. Los jinetes entraban y salian de los ranchos, recorrian los matorrales de la ribera sur del rio, y por su actitud se comprendia que estaban seguros y tranquilos. El ataque no lo esperaban sin duda por este lado, contando quizá con que ninguna tropa nuestra se aventuraria por el estrecho y medanoso camino de la ribera. En cambio, se detenian a veces a mirar en direccion a Colmo. Ahí estaban para ellos el peligro y la amenaza.

Algunos infantes enemigos, contando con la impunidad, llevaron su atrevimiento hasta penetrar al rio y desatar una canoa que se mantenia a flote, atada a unos matorrales cercanos; y miéntras éstos se dedicaban a su tranquila operacion, algunos grupos de jinetes echaban pié a tierra a la puerta de diversos ranchos, y, dejando maneados sus caballos, entraban en grupos, tal vez a "hacer la mañana" con alguna "chica," tal vez a desayunarse con una rica cazuela o con un confortativo valdiviano.

***

Nuestra jente estaba nerviosa y escitada con estas noticias, que a cada instante trasmitian los postas sin omitir un solo detalle, como si quisieran hacer resaltar el desabrigo y hambruna de los constitucionales comparados con las comodidades, tranquilidad y vahcantes platos que entonces se prepararian a consumir los servidores de la tirania.

Una sorda irritacion recorria las filas.

—¡Pícaros! se pensaba. Por eso sirven al dictador: porque les paga bien y les da mucho que comer. Venden a su patria por un plato de lentejas.

Y todos miraban las piezas Krupp que acompañaban a la brigada como diciendo:

—¿Por qué no les mandamos una albóndiga de éstas para que prueben nuestras manos?

El mayor Hurtado tenia sus cuatro piezas abocadas, y solo esperaba la órden del jefe para turbar el festin de los enemigos. Habia calculado perfectamente la distancia y elejido cuidadoso los proyectiles. ¿Por qué no se habia de disparar?

El comandante Frias dió entonces la órden de hacerlo, y los flancos de las colinas de ambas márjenes, la superficie del caudaloso rio y los ranchos vecinos se estremecieron con el estampido. Eran las siete de la mañana. Acababa de dispararse el primer tiro de la batalla de Concon.

***

Este cañonazo y los que le siguieron, mezclados con algunos disparos de ametralladora, produjeron terrible efecto entre los descuidados dictatoriales. Algunas granadas estallaron en medio de los grupos de caballos estacionados junto a los ranchos, otras en los ranchos mismos, introduciendo una perturbacion y un pánico tanto mayores cuanto mas inesperados eran los mortíferos proyectiles. Los caballos, asustados, se esparcieron a escape en diversas direcciones, y ahora servia de diversion a los nuestros contemplar los apuros de los jinetes enemigos. Embarazados por el sable, la carabina y las espuelas, corrian tras de sus cabalga-

duras cayendo y levantando, mientras las granadas que se les enviaban desde la márjen opuesta volteaban a algunos que no volvian a levantarse más.

El cañoneo se sostuvo desde entonces por la 1.ª brigada tan rápidamente como se lo permitian las cuatro piezas Krupp y la ametralladora de que disponia, y sin que el enemigo atinase a oponer ni siquiera un amago de resistencia. Era fácil colejir desde luego que ninguna pieza de artilleria podia contrarrestar por ese lado los efectos morales y materiales de las nuestras.

Estos efectos no eran de ningun modo despreciables. Las bajas que los proyectiles constitucionales causaban en los turbados enemigos se percibian a la simple vista: los contornos de los ranchos, los caminos y matorrales se veian sembrados de hombres y de caballos inmóviles.

El efecto moral parecia mayor aun. Toda aquella jente de caballeria, que momentos ántes llegaba tranquila hasta la márjen misma del rio, se metió presurosa en los matorrales, se internó despues por entre el caserio, y agazapada y temerosa comenzó a escalar las faldas de las colinas mas cercanas, llegó a la meseta de las primeras lomas, y allí, mezclándose con el resto de sus fuerzas, permaneció oculta y silenciosa.

***

La artilleria de la 1.ª brigada se dedicó entonces a cañonear con todo método y calma las fuerzas contrarias estacionadas tras la cumbre de las primeras lomas.

Se procuraba conseguir que los jefes dictatoriales descubriesen los batallones con que contaban por esa ala, y principalmente su artilleria, pero ésta no daba aun señales de vida. El escudriñador anteojo de los jefes constitucionales no lograba divisar un solo cañon al frente de las posiciones de la 1.ª brigada. Era evidente que no existian, pues de otro modo no hubieran permanecido por tanto tiempo silenciosas, dando ocasion a que el pánico se apoderase de los fujitivos esploradores. Y como el pánico es tanto o mas contajioso que el entusiasmo, sobre todo para un ejército que iba a batirse sin el brio ardoroso de las convicciones, no cabia esplicarse aquel silencio sino por la falta absoluta de artilleria en ese punto.

Este descubrimiento tenia una importancia militar de primer órden. Quedaba demostrado con él que el jeneral enemigo no esperaba un ataque en forma por el lado de Concon Bajo. Lo esperaba indudablemente por Concon Medio, o sea por el caserio de la ribera sur del rio situado frente a Colmo. Allí habia concentrado sus mayores fuerzas, y, sobre todo, su numerosa y escelente artilleria.

Solo faltaba saber si el cañoneo iniciado por nuestra 1.ª brigada alcanzaria a sacarlo de su error y a demostrarle el peligro que lo amenazaba por su izquierda.

No era de suponerlo, sin embargo. Las tropas de infanteria de la 1.ª brigada permanecian ocultas entre los matorrales del ribazo y tras la cumbre de las colinas de la márjen norte del Aconcagua. No eran mas que cuatro cañones y una ametralladora los que disparaban. Barbosa y Alcérreca se figurarian quizá que aquel cañoneo por esa ala lejana no tenia mas objeto que hacerlos distraer cañones y fuerzas del verdadero punto amenazado, que seria Concon Medio, y se sonreirian de la pueril estratajema de los nuestros. No moverian, en consecuencia, un solo cañon. Contestarian los fuegos de artilleria de la 1.ª brigada desde las posiciones que ya ocupaban sus piezas frente a Colmo. No se dejarian engañar.

Así lo hicieron, y la artilleria enemiga comenzó a disparar sobre las piezas de la 1.ª brigada desde la distancia de 4 a 5000 metros a que se encontraba.

*
* *

En los momentos en que la 1.ª brigada rompia de ese modo el fuego de artilleria contra las descubiertas dictatoriales que ocupaban el caserio de Concon Bajo, la 2.ª, que avanzaba sobre Colmo por el camino del interior, se encontraba todavia a unos ocho kilómetros de la orilla norte del Aconcagua.

Al oir los primeros estampidos, todos los cuerpos, a pesar del cansancio de la marcha y de la falta de sueño que comenzaban a abrumarlos, apresuraron el paso cuanto les fué posible a fin de tomar parte lo mas pronto en la accion que la 1.ª brigada acababa de iniciar. Al mismo tiempo mandaron a la 3.ª, que ve-

nia mas atras por el mismo camino, aviso de que la batalla habia comenzado y de que convenia avanzar a toda prisa.

En unos tres cuartos de hora recorrió la 2.ª brigada aquel espacio de cerca de dos leguas que le faltaba para llegar al rio: tan entusiasta, sostenido y rápido fué el avance. El cañon seguia tronando de una a otra orilla, pero nuestra infanteria permanecia aun encubierta por las lomas de la ribera norte.

El grueso del ejército enemigo ocupaba las colinas del lado sur, las cuales, abriéndose hácia el mar como para permitir el fácil desagüe del rio en el océano, forman una especie de media luna o semicírculo. Este semicírculo de alturas, cuyo centro lo constituyen los cerros que van estendiendo hasta Quilpué por el lado norte de la línea férrea sus prominentes cumbres, estaba ventajosamente resguardado contra los ataques de un ejército que avanzara desde Quintero y justificaban la orgullosa confianza que manifestaba Alcérreca en sus comunicaciones al dictador cuando le aseguraba que en caso de desembarco de los nuestros por ese punto tenia estudiadas "magníficas posiciones."

* * *

Eran magníficas, en efecto, las posiciones ocupadas por el ejército dictatorial. Por todo su frente las defendia el caudaloso Aconcagua, aumentado ese dia con el acopio de todos los canales de regadio que lo sangran casi desde su oríjen y que habian sido cegados por las autoridades balmacedistas en cuanto recibieron aviso del gobernador de Quillota del desembarco y avance de nuestro ejército. El rio apenas tenia dos vados practicables: el situado junto a la desembocadura, enfrente de Concon Bajo, de que ya hemos hablado, y el que comunica a Concon Medio con Colmo, que ahora, con la facticia crecida, estaba reducido a un estrecho y peligroso paso.

Por la izquierda, o sea por el lado del mar, en el punto amagado por nuestra 1.ª brigada, esas posiciones debieron parecer tan inespugnables a los estratéjicos dictatoriales, que al principio, como acabamos de decirlo, las tenian casi desguarnecidas, limitándose sus precauciones al envio de las avanzadas que acababan de ser repelidas por los certeros disparos de la bateria Hurtado.

Allí, en efecto, no solo se ensancha el rio a su llegada al mar, sino que mas acá de la orilla sur deja con sus arrastres una ancha faja arenosa y plana cubierta a trechos de matorrales de chilca, de pequeños potreros y de las diminutas chacras sembradas por los pobladores de Concon Bajo. Tanto el trayecto del rio como el de esa faja quedaban espuestos sin reparo a los fuegos de la infanteria y de la artilleria que se situase en las primeras lomas del lado sur; y calculando los jenerales enemigos que la travesia de nuestras tropas por ese punto debia durar a lo menos una hora, juzgaron quizá imposible que a los nuestros se les ocurriera intentar una empresa que ellos juzgarian descabellada y temeraria, y por eso no procuraron estorbarnos la pasada por ese punto.

Mas no era esa únicamente la ventaja del flanco izquierdo de las posiciones enemigas. Al rio y a su márjen siguen altas lomas cortadas por profundas y abruptas quebradas que van converjiendo al rio. Las faldas esteriores de estas lomas, recojiéndose hacia el suroeste, forman por ese lado la marcada curvatura que dijimos afectaban las posiciones enemigas. La meseta mas próxima a la ribera está dominada, quebrada de por medio, por la que le sigue al sudeste, y esta serie de mesetas y de quebradas viene a encontrar su término en una quebrada mas profunda que sus delanteras, conocida con el nombre de las Petras, y en la falda de un empinado y negro monte, llamado Torquemada, que es como el primer núcleo o cabezo de las cumbres que corren desde allí hasta Quilpué. Por el pié del Torquemada y a una altura como de 150 metros sobre el nivel del mar pasa el camino que une a Viña del Mar con Colmo, y desde ahí comenzaba en la mañana del 21 el ala izquierda del ejército enemigo.

Con razon se creian justamente resguardados por ese flanco los jenerales balmacedistas, pues para atacarlo era necesario atravesar el rio, recorrer la ancha faja arenosa, entrar a Concon Bajo, subir la primera loma, bajarla, trepar la pared opuesta de la quebrada, y repetir este difícil y fatigoso ascenso cuatro veces consecutivas antes de emprender la magna obra de escalar la quebrada de las Petras, para ir a encontrarse todavia con la erizada cumbre del Torquemada, cubierta de tropas numerosas y descansadas. Por eso tambien consideraron simple amenaza y estratajema de guerra el cañoneo de nuestra 1.ª brigada, destinado a encubrir el ataque de los cuerpos que veian llegar presu-

rosos por el camino de Quintero a Colmo, mientras las cumbres cercanas al mar en la márjen norte del rio aparecian hasta entonces ocupadas tan solo por los cuatro cañones y la ametralladora, que funcionaban sin descanso.

***

El centro de la línea enemiga, que daba frente al caserio de Colmo, estaba tambien eficazmente defendido, primero por el rio, cuyo paso se habia dificultado en estremo con la clausura de los canales de regadio, y en seguida por la conformacion de la ribera sur, que es barrancosa y de difícil acceso fuera del camino que llega al vado.

Con el constante tráfico, la desembocadura de este camino en el rio ha tomado la forma de un hondo embudo, y allí podian converjer desde las alturas los fuegos de la infanteria enemiga, causando entre los nuestros un terrible destrozo. Si este paso era forzado al fin, las colinas cercanas, que van ascendiendo aquí como en Concon Bajo y permitiendo situar las tropas en un ventajoso escalonamiento, les darian la ventaja de batir con jente de refresco a la que diezmada y sin aliento fuera trepando las pendientes faldas. Esta operacion habria de repetirse hasta llegar a la alta cadena de oscuros montes que comienza en el Torquemada y que era el último y mas terrible reducto de los defensores de la tirania.

La relativa facilidad de acceso que la falta de quebradas intermedias presta a estas colinas, a diferencia de las que se alzaban a la izquierda de los dictatoriales, y la creencia de que nuestro ejército en masa los atacaria por Colmo, fueron causa de que los jefes enemigos reconcentrasen en este sitio, junto al caserio de Concon Medio, la parte mas granada y numerosa de sus huestes. La infanteria ocupaba desde mui cerca del borde mismo del rio, sobre las primeras lomas, posiciones inaccesibles de frente; la artilleria, distribuida sobre las cumbres dominantes y frente a las depresiones de terreno a que podian llegar sin grande esfuerzo los nuestros, tenia trasformado aquel lugar en una completa y temerosa fortaleza, y la caballeria y la reserva, ocultas tras las segundas y las terceras mesetas, se hallaban en aptitud de acudir en socorro de cualquier punto que lo reclamase.

***

La derecha de la línea enemiga era tan inaccesible como su izquierda y tenia con ésta mucha semejanza por lo que toca a la conformacion del terreno.

El rio corre allí, frente al lugarejo conocido con el nombre de Concon Alto o de San Víctor de Concon, mucho mas encajonado y angosto que frente a Concon Medio y Colmo, presentando desde luego a nuestras tropas por este solo motivo un obstáculo verdaderamente insuperable, como no fuese salvado por medio de puentes portátiles de que no estábamos provistos. Para atacar la línea balmacedista por su flanco derecho nuestros batallones habrian tenido, pues, que pasar por el vado de Colmo y desfilar en seguida por la ribera misma bajo los fuegos abrumadores del enemigo, hasta llegar a la falda en que se asienta el caserio de Concon Alto. Y como esta operacion era impracticable, no solo por sus dificultades propias sino tambien porque, aun consumada, no se lograria cojer desprevenido a un ejército que habia presenciado la preparacion del movimiento, ni nuestras tropas podian intentarla ni los balmacedistas temerla. Ademas, el estero de Limache y otras quebradas paralelas a éste o que desembocan en él forman allí un núcleo caprichoso de colinas y casi impiden el acceso a las mesetas y faldas que ocupaba el enemigo.

Por último, una ventaja comun al centro y a las alas de las posiciones contrarias consistia en la mayor altura de las lomas de la ribera sur respecto de las del norte, lo cual permitia a la superior y mas numerosa artilleria balmacedista barrer completamente con sus fuegos los puntos ocupados por la nuestra. Así, mientras la colina ocupada por la bateria Hurtado se alzaba solo a 75 metros sobre el nivel del mar, las del frente, a donde se replegaron las avanzadas de esa ala contraria, llegaban a 100 y 105.

Esta misma proporcion se conservaba en el resto del terreno y facilitaba la ventajosa resistencia que desde el principio podian oponernos los dictatoriales en aquel duelo de artilleria que comenzaba.

***

Los soldados de la 2.ª brigada, sudorosos y fatigados, pero complacidos al ver que llegaban tan a tiempo para tomar parte

en la pelea desde sus comienzos, se formaron en columna de reunion detras de los primeros cerros que respaldan por el norte el caserio de Colmo. La Artilleria número 2, mandada por el comandante Silva Renard, a la que tambien pertenecia la seccion de cuatro piezas que ya habia roto el fuego por nuestra derecha, sirvió de base para la colocacion de los cuerpos de la segunda brigada. A su izquierda se situó el rejimiento Valparaiso, a retaguardia de éste el Huasco y el Atacama, y algo a vanguardia de la artilleria y a la derecha de ésta, el siempre adelantado Chañaral. Los escuadrones Guias y Lanceros quedaron mas o menos a la misma altura que el Huasco y el Atacama.

Como el papel de la infanteria y de la caballeria no comenzaba aun, los jinetes echaron pié a tierra para dar descanso a sus cabalgaduras, y los infantes, tirando al suelo sus rollos, se tendieron tranquilamente largo a largo. Algunos, cansados y soñolientos, comenzaron a roncar a mas y mejor, haciendo coro a los rujidos de las ametralladoras y al tronar de los cañones, que continuaban batiéndose rio de por medio. La artilleria enemiga los dejaba en paz, por fortuna, ocultos como se hallaban por las cumbres colindantes con la ribera.

***

Miéntras sus compañeros descansaban, la Artilleria número 2 adelantó sus seis piezas Krupp hácia la falda sur del cerro, elijió una posicion conveniente para batir al enemigo, y, calculada la distancia, rompió inmediatamente sus fuegos. Dos ametralladoras de la marina, mandadas por el teniente 1.° don Luis Gomez C., la secundaban con rápidos y certeros disparos.

Eran mas o menos las nueve de la mañana. Las cuatro piezas de la bateria Hurtado, que habian mantenido solas durante dos horas el cañoneo, pudieron reposar un poco y verse menos hostigadas por los proyectiles enemigos. Los artilleros de Balmaceda tenian ahora que dividir su atencion, y, naturalmente, se dirijian de preferencia contra los que veian mas cercanos. Al mismo tiempo, es de suponer que los jenerales Alcérreca y Barbosa se sonreirian satisfechos. Bien lo decian ellos: esos lejanos tiros de nuestra derecha no pasaban de simples escaramuzas. El verdadero ataque les llegaria por el centro, es decir, por Colmo.

Y entónces, arrogantes y confiados, ordenaron a parte de su artilleria que avanzase a tomar posiciones al borde mismo de los cerros de la ribera. Allí estaban en mejor situacion para cañonear a nuestra infanteria cuando comenzase a pasar el rio. Adelantarian despues sus infantes, y nos recibirian desde el primer momento con una granizada de fuego.

***

A las nueve de la mañana la 1.ª y la 2.ª brigadas constitucionales se encontraban ya listas para atravesar el rio. Sus artillerias funcionaban sin descanso contra la infanteria balmacedista, y con tan buen resultado, que para evitar los efectos desmoralizadores de nuestras granadas le ordenaron sus jefes replegarse detras de las cumbres que ocupaba.

La 3.ª brigada, mientras tanto, habia salido de las casas de la hacienda de Quintero al amanecer y avanzaba penosamente, casi de trasnochada, por el pésimo camino de Dumuño, subiendo y bajando lomas, atravesando arroyos y charcos y viéndose a cada momento detenida por angostos desfiladeros. Aunque oyó el cañoneo empeñado entre las otras dos brigadás y la artilleria dictatorial, su jefe, el comandante don Enrique del Canto, supuso que el combate formal no se empeñaria hasta el dia siguiente, por cuyo motivo, una vez llegado a Dumuño, a las once y media de la mañana, ordenó hacer alto y dió descanso a la tropa para que preparara su almuerzo y se repusiera algo de las fatigas de la marcha.

Haria mas o menos una hora que la 3.ª brigada descansaba en Dumuño cuando recibió órden del comandante Körner para apresurar su marcha. Se dispuso entonces que los batallones de artilleria números 1 y 3, mandados respectivamente por los comandantes Ortúzar y Rivera Jofré, se adelantaran a los demas cuerpos a fin de tomar colocacion en las lomas de la ribera norte y apoyar con sus fuegos los del batallon número 2, mandado por el comandante Silva Renard, que era el único que hasta entonces se batia.

Avanzaron, en efecto, los dos batallones a todo trote, y poco despues se dirijian a los puntos que el estado mayor les designaba: la Artilleria número 1 con sus ocho cañones Krupp al bor-

de de las colinas, y la número 3 con sus doce piezas Grieve mas adelante, en el mismo Colmo, abocándolas por entre las casas de la pequeña poblacion.

Con este refuerzo, que vino a llegar cuando ya la infanteria constitucional habia empeñado el combate, tomó el cañoneo un carácter imponente, que sin duda dió al enemigo una idea exajerada del número y poder de nuestra artilleria. Comenzado el fuego por las cuatro piezas de la derecha opositora, y reforzado en seguida con las seis restantes de la Artilleria número 2, ahora, con la llegada de los batallones de la 3.ª brigada, eran ya por nuestra parte 32 piezas y 3 ametralladoras las que disparaban. Las concavidades de aquel montañoso terreno repercutian el estruendo de los tiros, multiplicándolos con pavorosos ecos.

Los efectos materiales producidos por los Krupp se percibian a la simple vista, pues la artillería de la 3.ª brigada distaba solamente unos 1,500 metros de las primeras líneas enemigas. Ya eran batallones que se abrian al sentir el estallido de las granadas sobre sus cabezas, ya jinetes que rodaban, ya avanzadas y descubiertas que retrocedian en desórden. El batallon número 3, aunque inhabilitado por el corto alcance de sus tiros para producir resultados igualmente apreciables, vigorizaba, sin embargo, el espíritu de nuestra jente y amedrentaba a los contrarios haciendo repetidas y unísonas descargas con sus doce piezas de la fábrica de Piedra Lisa.

***

En cuanto los cuerpos de la 2.ª brigada hubieron llegado a Colmo y recibídose la noticia de que la 3.ª avanzaba a toda prisa en la misma direccion, el comandante Körner, metiendo espuelas a su caballo, se dirijió a escape hácia el punto en que acampaba la 1.ª Esta, como dijimos, ocupaba las tendidas faldas de las últimas colinas que por el lado norte forman el ancho cauce del Aconcagua, o sea el futuro asiento de la poblacion Victoria, perteneciente tambien a la hacienda de Colmo, y donde Vicuña Mackenna proyectó levantar con ese nombre una pintoresca villa de baños.

Serian mas o menos las nueve y media de la mañana cuando llegó Körner a los campamentos de la 1.ª brigada. Su presencia

fué acojida con el mayor entusiasmo por jefes, oficiales y tropa, pues se calculaba que no sin algun grave motivo se separaba del grueso de nuestro ejército el brillante instructor de las lejiones constitucionales. El recien llegado examinó detenidamente la línea enemiga y pudo convencerse de que se hallaba concentrada principalmente en Concon Medio, frente a Colmo, y que tan léjos estaban los jenerales balmacedistas de esperar un ataque por su izquierda, que hasta habian desdeñado mover alguna de sus baterias para oponerla a las cuatro piezas Krupp que al mando del mayor Hurtado acompañaban a la 1.ª brigada. Estas seguian disparando a larga distancia para coadyuvar al cañoneo sostenido por los nuestros en Colmo, pero ni siquiera lograban atraer sobre ellas la atencion de los artilleros enemigos.

Cerciorado Körner de que la izquierda enemiga continuaba poco menos que desamparada, pues solo se divisaban por ese lado algunas postas y avanzadas, resolvió poner en planta el proyecto que venia madurando, y que consistia en llevar un rápido y poderoso ataque contra esa ala del ejército dictatorial. Preguntó al comandante Frias, jefe de la 1.ª brigada, en qué disposicion de ánimo se encontraban él y sus tropas, y este valeroso jefe, que siempre se halló dispuesto a desempeñar las mas difíciles comisiones, contestó que estaba pronto, y que los cuerpos de su brigada podian avanzar en el acto contra el enemigo.

Esta contestacion satisfizo por completo al activo Körner, quien comenzó en el momento mismo a tomar las disposiciones necesarias para realizar su atrevido pensamiento.

***

Y atrevida era la empresa, no solo por las dificultades materiales que habia que vencer para llevarla a feliz término, sino por la inmensa responsabilidad moral que la resolucion de afrontarla iba a echar sobre los hombros del comandante Körner.

El coronel Canto, en efecto, no habia resuelto aun dar la batalla ese dia. Hubiera preferido que todo nuestro ejército acabara de concentrarse tranquilamente en la ribera norte del Aconcagua, descansase allí de las fatigas de la marcha y de la lasitud del insomnio, reuniese todos sus elementos de combate, y ántes del amanecer del dia siguiente, 22, atravesase el rio y

avanzara, impetuoso, resuelto y descansado, sobre el soñoliento enemigo. A juicio del comandante en jefe del ejército constitucional, todas las ventajas estarian de su parte el 22. Nuestros soldados, repuestos por el sueño, fortificados en su resolucion, incitados por la proximidad del ataque, podrian realizar verdaderos prodijios de enerjía física y moral, mientras que los balmacedistas, enervados por la larga espectativa de todo un dia y de toda una noche, que trascurririan para ellos entre azares y alarmas, no pegando sus ojos en veinticuatro y quizá en cuarenta y ocho horas, amanecerian débiles, soñolientos, desmoralizados, incapaces de oponer una resistencia séria a un enemigo que iba a combatirlos con vigor, decision y rapidez.

A las diez y media de la mañana del 21, mientras con mas furia se sostenia de una y otra parte el cañoneo, la que dejamos apuntada seguia siendo la opinion del coronel Canto, y esto hacia suponer en el campamento de Colmo que la pasada del rio y la batalla tendrian que postergarse hasta el alba del 22.

***

La resolucion de atacar ese mismo dia al enemigo, tomada por Körner a las nueve y media de la mañana del 21 y comunicada al comandante en jefe de la 1.ª brigada era, pues, una de esas inspiraciones de jenio que distinguen a los grandes jenerales y un golpe doblemente osado, pero tambien terriblemente certero. Osadia, y mucha, se necesitaba, en efecto, para resolverse a pasar aquel ancho rio y la faja arenosa que le sigue hácia el sur espuestos sin defensa posible nuestros soldados a los fuegos de artilleria y de infanteria de los balmacedistas, y mayor osadia aun para avanzar en seguida, a traves de quebradas y de lomas, a chocar con la empinada cumbre del Torquemada, erizada de tiradores.

Pero si el golpe se daba con fortuna, bastaba él solo para destrozar por completo a los defensores del tirano. Estos quedarian flanqueados en un punto donde les seria imposible salvarse mediante un cambio de frente, porque las brigadas nuestras que avanzaban por Colmo lo impedirian sin esfuerzo. El camino a Viña del Mar lo ocuparia entonces la 1.ª brigada constitucional, y eso equivalia a cortar su retirada al enemigo. Este, en tal caso,

o se batiria hasta el fin, o se dispersaria por completo, o tendria que entregarse prisionero.

Un golpe afortunado por nuestra derecha equivalia, pues, a la derrota irreparable y completa del ejército dictatorial.

Para resolverse a darlo bastaba observar con serenidad e intebjencia la situacion y movimientos de los contrarios. Estos, a las diez de la mañana, todavia conservaban desguarnecida su ala izquierda. Todavia concentraban frente a Colmo sus batallones, baterias y escuadrones. Este desamparo fué lo que indujo al comandante Körner a tomar la resolucion de llevar por ese lado el ataque con la 1.ª brigada; y debemos suponer que si el comandante en jefe del ejército constitucional hubiera podido apreciar desde Colmo, donde se encontraba, la situacion de aquella lejana ala del ejército balmacedista, su resolucion hubiera sido la misma que comenzaba a poner en planta su hábil y perspicaz lugarteniente.

***

Los cuatro cañones y la ametralladora de la 1.ª brigada suspendieron sus fuegos a fin de tomar colocacion en la cumbre de otra colina mas cercana a Colmo. De este modo podia protejerse con mas eficacia la pasada de los cuerpos de la 1.ª brigada, y al mismo tiempo se haria suponer al enemigo que aquellas cuatro lejanas y solitarias piezas, burladas en su intento de engañarlo, procuraban reunirse a los cuerpos que llevarian el verdadero ataque desde Colmo sobre las posiciones balmacedistas de Concon Medio.

Al mismo tiempo se movian sijilosamente los cuerpos de la 1.ª brigada por detras de las lomas de la ribera norte a fin de avanzar con direccion al vado. No fué difícil encontrar en las inmediaciones tres diestros guias, que se prestaron con la mejor voluntad a señalar el paso y a marchar a la delantera de las tropas. Uno de ellos fué destinado al Constitucion número 1, otro al Iquique número 6 y el otro al Antofagasta número 8, que pertenecian a la 1.ª brigada y que serian los primeros en atravesar el rio. El Taltal número 4 y el Tarapacá número 9, pertenecientes a la 3.ª e incorporados allí mismo por órden del comandante Körner a la 1.ª, formarian la reserva de ésta y pasarian en se-

guida. A diferencia de los anteriores, que estaban armados de Gras, el Taltal y el Tarapacá disponian del rápido y certero Mannlicher, y su refuerzo, por lo tanto, equivaldria al de una brigada entera.

Tomadas todas las disposiciones preliminares, e instalada ya la artilleria Hurtado en su nueva posicion, desde donde rompia los fuegos a unos 3,200 metros del enemigo, el comandante Körner mandó aviso al coronel Canto de que la 1.ª brigada iniciaba el ataque y de que en esos instantes levantaba sus campamentos para emprender la marcha a traves del rio.

El comandante en jefe de nuestro ejército, al recibir la noticia de esta resolucion e imponerse de los antecedentes que la habian motivado, ordenó en el acto alistarse para el combate a la 2.ª brigada y mandó a uno de sus ayudantes a que apresurase el avance de la 3.ª

* * *

Mientras en tierra se tomaban estas disposiciones, los buques de la escuadra especialmente comisionados para protejer la pasada del rio por nuestro ejército, que lo eran, como se recordará, la *Esmeralda* y la *O'Higgins*, se habian situado frente a la boca del Aconcagua, y apenas iniciado el cañoneo por la 1.ª brigada desde los cerros de la ribera norte del rio mas cercanos al mar, las dos naves comenzaron a internarse poco a poco en la ensenada para elejir un punto desde donde dirijir sus fuegos con ventaja sobre las baterias y posiciones de los dictatoriales.

Cuando ya duraba una hora el cañoneo, o sea como a las ocho de la mañana, pudo observarse desde a bordo que por el camino de Viña del Mar a Colmo le llegaban al enemigo numerosos refuerzos de infanteria y caballeria. Estas tropas se detuvieron en la falda occidental del Torquemada, sin duda para ser mandadas desde allí a los distintos puntos que en las cercanias de Concon Medio trataban los jenerales balmacedistas de fortalecer; pero previendo los marinos que con ellas se podia resguardar el ala izquierda contraria, comenzaron a dispararles certeras granadas que, estallando sobre las filas de los recien llegados, los obligaron a ocultarse prontamente detras de los cerros. Así lograron ellos ponerse a cubierto de los proyectiles de la escuadra,

pero siguieron dejando franco el paso del rio a los cuerpos de la 1.ª brigada.

La *O'Higgins* y la *Esmeralda* permanecieron en la boca del Aconcagua examinando las posiciones enemigas y esperando que las primeras tropas constitucionales avanzasen hácia el rio, a fin de dirijir entonces sus tiros contra las que ocurriesen a repelerlas. Y como la 1.ª brigada comenzó a moverse a las diez de la mañana en direccion al vado de Concon Bajo, pronto iba a llegar el momento en que los fuegos de a bordo apoyarian eficazmente a los de tierra.

***

Aunque la 3.ª brigada constitucional no llegaba aun a nuestro campo, podia decirse que a esa hora se encontraban los dos ejércitos frente a frente, ocupando cada cual las posiciones desde donde daria comienzo a la batalla, y listos para afrontar ambos el primer choque de su adversario.

Las fuerzas eran mas o menos iguales de una y otra parte, pues no queremos nosotros imitar la póstuma fanfarroneria de los derrotados en esto de presentar al enemigo con fuerzas abrumadoras por la superioridad de su número. Es verdad que seria mui fácil entregarse aquí a vanas declamaciones respecto de la torpeza de los jefes contrarios, que no acumularon en sus posiciones de Concon los 20,000 soldados que *a posteriori* pretende Bañados Espinosa debieron reunir, y fácil seria tambien tacharlos de precipitados y de violentos, como lo hace el coronel Ruiz, jefe de estado mayor de la division Santiago, en una relacion en que este jefe de espada vírjen del ejército balmacedista aparece tan escaso de veracidad como de conocimientos militares; mas, fuera de lo ocioso e ingrato de la tarea, ni uno ni otro cargo pueden sostenerse a la luz de un exámen sério y concienzudo de la situacion del ejército dictatorial en la mañana del 21 de agosto.

En cuanto al número de tropas enemigas reunido en Concon, ¿qué mayor pretende el ex-ministro del tirano que lo fuera que el de la totalidad de las divisiones acantonadas en Santiago y Valparaiso? Y si álguien puede merecer censura porque todavia ese número pareciera escaso ¿sobre quién deberia recaer ésta

primero que sobre el consejero y ministro universal de Balmaceda, secretario jeneral de sus ejércitos, ministro de la guerra en campaña el dia de la batalla de Concon, y, por lo tanto, responsable de la acertada o torpe distribucion de sus tropas en los puntos que podian ser atacados por nuestro ejército? Se queja él, en su correspondencia al Comercio de Lima, de que Barbosa no esperara los miles de hombres que le habrian llegado del sur el 21; pero ¿no pudo con mucha mas razon haberse quejado Barbosa contra el fatuo ministril que no descubrió aptitudes suficientes para repartir entre dos grandes ciudades como Santiago y Valparaiso dos divisiones que unidas bastasen para batir con ventaja a nuestro pequeño e improvisado ejército? Y luego, esa misma correspondencia descubre de un golpe la torpeza y la mala fé de Bañados Espinosa. Al principio declara en ella que el mismo dia 21 debia llegar un refuerzo de 13,500 hombres a los dictatoriales: agrega en seguida que escaparon 2,300 de la batalla de Concon, y, sin acordarse de que esas dos cifras forman juntas un total de 15,800 hombres, asegura al fin que su gobierno no tenia mas que 9.200 en la accion de la Placilla!

***

Más destituido de fundamento es aun el cargo de atolondrados que el ex-coronel Ruiz dirije a sus jefes superiores. Barbosa y Alcérreca, dice, debieron esperar, en conformidad con las órdenes de Balmaceda, tener bajo su mando un ejército abrumador por su número, y aplastar con él a los constitucionales en la primera batalla.

¡Esperar! Buena está esa. ¿Y dónde? ¿A orillas del Aconcagua? Pero el ejército constitucional, avanzando rápido—y todavia con menos rapidez que la prevista, puesto que, segun la órden del dia de Körner, debió pasar el Aconcagua el 20—el ejército constitucional no prestó ni podia prestar a los enemigos comodidad suficiente para esperar. Pasó el rio el 21, y empeñó decididamente el ataque.

¿O hubiera querido el jefe de estado mayor de Barbosa que las huestes enemigas abandonaran el 21 sus formidables posiciones ante un simple amago de las nuestras; que se retiraran de aquellas altas cumbres, resguardadas, a manera de insalvables

fosos, por hondas y abruptas quebradas y por un rio anchuroso y casi invadeable; que permitieran a nuestros soldados pasar tranquilamente el Aconcagua, apoderarse, tranquilamente tambien, de las posiciones abandonadas por ellos, y llegar el mismo 21, ufanos, victoriosos, invencibles, hasta ocupar las alturas situadas al norte de Viña del Mar, a la vista de Valparaiso, enfrente de posiciones que, por fuertes que parecieran, no pueden compararse con las de la ribera sur del Aconcagua? ¿Y en qué estado de ánimo hubiera quedado el ejército balmacedista durante y despues de semejante retirada? ¿De qué modo impedir que cundieran el desaliento, la desmoralizacion, las deserciones, el descontento? El mismo Ruiz pondera como enormes el sacrificio y las penurias de la corta marcha que en la noche del 20 al 21 hicieron algunos cuerpos desde Viña del Mar a las posiciones de Concon; ¿y no habrian sido mucho mayores en una vergonzosa retirada a la vista del enemigo?

Mas si en realidad fuese esta retirada de Concon la que el jefe balmacedista opone como golpe de habilidad suyo a la torpeza de Barbosa, es lástima que no tomara en cuenta un pequeño factor que no debió menospreciar: la actitud que en tal caso hubiera observado nuestro ejército. El señor Ruiz, tan partidario de las esperas, se figura quizá que Canto y Körner iban a esperar tambien y a cruzarse de brazos al ver que el enemigo se alejaba. ¡Cómo habian de atacarlo, de perseguirlo, de hostilizarlo, de destruirlo!

A semejantes disparatorios conduce, sin embargo, la pretension de los derrotados de esplicar con falsedades y artimañas un triunfo que solo fué obra del valor, de la firmeza, del heroismo y del talento.

***

Mas, aun en el supuesto de que Barbosa y Alcérreca no hubiesen adoptado el mejor de los planes posibles para defenderse con ventaja, bastante disculpados quedarian con la sola consideracion de que el dictador mismo, que jugaba en la contienda, más que su cabeza, la humillacion de su orgullo y la muerte de su incomparable vanidad, no sabia cómo atinar ni qué resolver, perturbado por las hábiles operaciones preliminares ejecutadas

por nuestras avanzadas. En los primeros momentos, inducido a ello por el alarmista gobernador de Quillota, daba órden de concentrar en este punto la division de Santiago; un poco mas tarde la hacia avanzar hasta Quilpué; luego accedia a la idea de reunir ambas divisiones en Viña del Mar; aconsejaba despues a Alcérreca que no precipitara la concentracion en este último punto y que tuviese cuidado de que el ejército constitucional no se dirijiese a la Calera; reiteraba estas mismas recomendaciones en seguida al coronel Pinto Agüero, jefe de estado mayor de la division de Valparaiso, diciéndole:—"No concentre en Viña del Mar. La Calera y Quillota son puntos mui importantes;" aprobaba por fin la idea de Alcérreca de ocupar la línea del Aconcagua, y ordenaba a la division de Santiago que avanzara en su refuerzo; se arrepentia de ello mui pronto e indicaba las alturas de Viña del Mar como línea de defensa, recomendando que se *entretuviese* al enemigo, como quien entretiene a una guagua, hasta el 22; volvia a sentirse alarmado por la noticia de un presunto ataque por la Calera o Quillota, y, por último, haciendo un confuso guirigai de órdenes contrapuestas, ordenaba a Barbosa avanzar sobre Concon, y le decia al mismo tiempo:—"Conviene demorar la batalla," como si en manos de Barbosa o de cualquier dictatorial hubiera estado retardar el ataque de los nuestros.

Los jenerales enemigos, que tenian perfectamente estudiadas, a su entender, las que Alcérreca llamaba "magníficas posiciones" de la línea del Aconcagua, resolvieron, en definitiva, lo mejor que les convenia hacer: quedarse allí y esperar nuestro ataque poderosamente atrincherados en esas fortalezas naturales. Contaban con tropas tan numerosas por lo menos como las nuestras y ademas con las ventajas de la posicion y el obstáculo del paso del rio. Sus soldados se batirian descansados contra hombres qu iban a empapar sus zapatos y sus ropas despues de una larga marcha y de una enervadora trasnochada, y a quienes esperaba todavia un ascenso prolongado y fatigoso antes de llegar a las posiciones enemigas. ¿Qué más podia pedirse? ¿De qué mayores probabilidades valerse para asegurar por completo la victoria?

***

Y que el ejército dictatorial que iba a batirse en Concon igualaba y tal vez superaba al nuestro en número, lo prueba un im-

portante documento oficial que tenemos en nuestro poder y que es el resúmen jeneral del estado de fuerza correspondiente al 4 de agosto, o sea 17 dias antes de la batalla del 21. La proximidad de ambas fechas permite suponer que las cifras no esperimentaron ninguna alteracion considerable en ese corto período, o que, en todo caso, la alteracion, si la hubo, no seria desfavorable para las huestes de la tirania estacionadas en el centro de la república.

Ese documento dice así:

RESUMEN JENERAL.

Santiago, 4 de agosto de 1891.

	Jefes.	Oficiales.	Fuerza efectiva.	Ausente.	Presente.
1.ª division: Santiago...	45	371	7,153	391	6,762
2.ª » Valparaiso.	47	203	7,033	195	6,838
3.ª » Angol.......	7	36	775	—	775
4.ª » Concepcion	51	318	7,674	288	7,386
5.ª » Coquimbo..	68	411	8,437	168	8,269
7.ª (sic)» Valdivia....	9	55	775	—	775
Diversas fuerzas.........	15	68	669	—	669
Total.........	242	1,462	32,516	1,042	31,474

Del estado anterior se colije, pues, que la fuerza "presente" del ejército balmacedista en la batalla de Concon debió ser la siguiente:

1.ª division Santiago..............	6,762	hombres.
2.ª » Valparaiso............	6,838	»
Total.........	13,600	»

Aunque no faltan motivos para suponer que los guardianes de la línea férrea eran en muchos puntos pontoneros y jente no incluida en las divisiones sino en el renglon de "diversas fuerzas," destinemos a ese servicio el pico de 600 hombres de la suma anterior.

En Santiago quedó resguardando la poblacion, o, mas bien dicho, la persona del dictador, fuera de la numerosa policia (segun datos de fuente enemiga) la siguiente tropa:

Caballeria	200	hombres.
4.° de línea (cálculo)	800	»
Total	1,000	»

En Valparaiso quedaron, fuera de la policia:

Batallon Limache	464	hombres.
Artilleria de Costa (cálculo (1)	500	»
Total	964	»

En Viña del Mar:

8.° de línea (2)	650	hombres.

Todas estas rebajas dan el siguiente resultado:

En los puentes y vía férrea	600	hombres.
En Santiago	1,000	»
En Valparaiso	964	»
En Viña del Mar	650	»
Total	3,214	»

Fuerza presente de ambas divisiones	13,600	hombres.
Deducciones	3,214	,,
Resta	10,386	,,

Segun estos cálculos, que procuramos no puedan tacharse de apasionados, el ejército dictatorial que el 21 de agosto ocupaba las alturas de Concon ascendia, pues, a 10,386 hombres.

* * *

¿Cuál era el número de los que venian a atacarlo?

Hélo aquí:

(1) Hai motivos para creer, sin embargo, que la Artilleria de Costa no estaba incluida en la division Valparaiso, sino que obraba como cuerpo suelto, destinado esclusivamente al servicio de los fuertes.

(2) Se cree, sin embargo, que el 8.° de línea alcanzó a entrar en combate en la batalla de Concon.

1.ª brigada.			
Constitucion número 1	850	hombres	
Iquique 6	657	,,	
Antofagasta 8	813	,,	
Escuadron Carabineros 3	200	,,	
Id. Libertad 1	180	,,	
	——		2,700
2.ª brigada.			
Artilleria número 2	200	,,	
Valparaiso 2	550	,,	
Chañaral 5	500	,,	
Atacama 10	870	,,	
Huasco 11	480	,,	
Escuadron Guias 4	138	,,	
Id. Lanceros 5	140	,,	
Jefes y oficiales	232	,,	
	——		3,110
3.ª brigada.			
Artilleria número 1	280	,,	
Id. 3	180	,,	
Columna de Rifleros	160	,,	
Escuadron Granaderos 2	170	,,	
Id. Guias 4 (fraccion)	100	,,	
Pisagua 3	750	,,	
Taltal 4	1,015	,,	
Esmeralda 7	800	,,	
Tarapacá 9	460	,,	
	——		3,915
Ametralladoras de marina			100
			——
Total (1)			9,725

***

Los 10,386 hombres del ejército balmacedista atrincherados en los cerros de Concon iban a ser atacados por estos 9,725 que a las diez de la mañana comenzaban a moverse en direccion al Aconcagua. Las fuerzas de uno y otro bando podian llamarse

(1) Segun el parte oficial del comandante Körner, el total de nuestro ejército en la batalla de Concon ascendia solo a 9.284 hombres, o sea 441 menos que la cifra de nuestro cómputo, en la forma siguiente:

1.ª brigada	2,524	hombres
2.ª id.	3,029	id.
3.ª id.	3,731	id.
	——	
Total	9,284	id.

iguales, pero las formidables posiciones ocupadas por los dictatoriales duplicaban el poder ofensivo y defensivo de éstos. Los nuestros tendrian que pasar el rio soportando inermes sus cercanos fuegos, y, no tan solo absolutamente inhabilitados para contestarlos, sino tambien espuestos sin defensa a los terribles embates de la impetuosa corriente. Mojados, desorganizados, diezmados, habian de emprender en seguida, sin un instante de tregua, la ascension de las lomas ocupadas por el enemigo, dominarlas una por una a viva fuerza, bajar a las quebradas, trepar las barrancas, escalar nuevas colinas, y llegar por fin, medio muertos de fatiga, a las alturas en donde los esperaba el grueso del enemigo atrincherado, listo y descansado.

Si solo se tomaban en cuenta los elementos materiales de ambos ejércitos, el pronóstico no era dudoso: el balmacedista triunfaria.

Pero el talento y el valor, a pesar de todos los progresos de las armas, siguen siendo los primeros elementos de triunfo en las batallas, y nuestros jefes, oficiales y tropa superaban sin duda en injenio y prevision a los contrarios. El honor, la libertad, el deber, el amor sagrado de la patria eran fuentes de inagotable bravura, de resolucion heroica, de firmeza incontrastable para los defensores de la Constitucion; y ni la ventaja de las armas, de las posiciones, de la disciplina y del número bastaban para anularlas. El poder de la fuerza material y ciega estaba de parte del enemigo: el de la fuerza moral e intelijente de la nuestra.

¿Cuál de ellas produciria la victoria?

No era difícil predecirlo.

El Corresponsal.

———————

IV.

La batalla de Concon.

(DE NUESTRO ANTIGUO CORRESPONSAL EN EL EJÉRCITO Y ARMADA.)

SUMARIO.—Resultado del cañoneo de la mañana del 21.—La 1.ª brigada pasando el rio.—El Constitucion número 1 y el Antofagasta número 8.—Las avanzadas dictatoriales.—Los escuadrones Libertad número 1 y Carabineros del Norte número 3.—El Iquique número 6.—Descubre el enemigo el movimiento.—La *Esmeralda* y la *O'Higgins* rompen el fuego.—El Constitucion y el Antofagasta en la orilla sur del rio.—Forma la 1.ª brigada su línea de batalla.—La infanteria enemiga rompe el fuego.—En las primeras lomas.—El comandante Körner. - El comandante Frias.—Los comandantes Lopez y Goñi.—Pasan el rio el Taltal número 4 y el Tarapacá número 9.—La 2.ª brigada en Colmo.—Preparándose a pasar el rio.—El Chañaral número 5.—Ahogados.—Fuego contra la 2.ª brigada.—El Valparaiso número 2 pasando el rio.—Avanzan el Atacama número 10 y el Huasco número 11.—En la ribera sur.—Combate encarnizado.—Confusion.—La 1.ª brigada en las lomas de Concon Bajo.—El Iquique.—Combate en las lomas y quebradas.—El enemigo recibe refuerzos.—La artilleria de Fuentes.—Cansancio de los nuestros.—Al borde de la quebrada de las Petras.—El Taltal y el Tarapacá refuerzan a la 1.ª brigada.—Una arenga del comandante Goñi.—Los comandantes Pairoa y Aldunate.—La 2.ª brigada.—El combate en Concon Medio.—Esforzada resistencia de los dictatoriales —Los nuestros retroceden.—Bravatas de los enemigos.—La 3.ª brigada.—El Pisagua número 3 pasando el rio.—El Esmeralda número 7.—Su distribucion.—Nuevo avance de los nuestros por la izquierda y el centro.—Una resistencia formidable.—Carga a la bayoneta.—Segundo retroceso de los constitucionales.—Rehaciéndose.—La 1.ª brigada forza el paso de la quebrada de las Petras.—Al pié del Torquemada.—Asalto a la artilleria balmacedista.—El capitan Diaz del Iquique.—Los nuestros en posesion de las piezas enemigas.—Carga de la caballeria dictatorial.—Los nuestros abandonan las piezas.—Acude la caballeria constitucional.—Caballeria contra caballeria.—Una derrota vergonzosa.—Persecucion.—De regreso de la carga.—Nuevos apuros.—De jinetes a infantes.—El mayor Perez del Libertad.—Resistencia.—La 1.ª brigada domina el campo.—El enemigo flanqueado.—Sin retirada a Viña del Mar.—El parque y las ambulancias dictatoriales.—Por nuestra izquierda y centro.—El enemigo cede.—Carga de caballeria por nuestra izquierda y centro.—Se declara la derrota.—El pánico.—La fuga.—Una terrible caceria.—Prisioneros y pasados.—Concluye la batalla.—La tarde.—Muertos y heridos.—Las ambulancias.—Cansancio, hambre y frio.—Vijilancia.—Falta de municiones.—Los bagajes.—El Mannlicher.—Los dos ejércitos despues de la batalla.

Valparaiso, noviembre 1.º de 1891.

Al editor del MERCURIO:

El resultado mas apreciable del ineficaz aunque ruidoso cañoneo sostenido desde las siete de la mañana del 21 por las baterias balmacedistas habia sido, como dijimos, manifestar cla-

ramente el abandono en que se hallaban las posiciones del sur del rio situadas al frente de la 1.ª brigada constitucional. Sea creencia de que por allí no serian atacados a causa de la distancia y de las dificultades naturales del terreno; sea que juzgasen reunido todo nuestro ejército en las cercanías de Colmo; sea, por fin, que temiesen colocar su jente a la vista y bajo los fuegos de la escuadra, lo cierto es que, hasta las diez de la mañana del 21, los jenerales enemigos tenian los altos cerros y profundas quebradas de Concon Bajo sin mas defensores que los pocos vijias destacados allí en observacion y que, amedrentados por los certeros disparos de la bateria Hurtado, apénas asomaban tímidamente sus cabezas en direccion a nuestro campo.

Las escasas diez piezas del batallon número 2 de Artilleria constitucional, únicas, como se recordará, que a las diez de la mañana se batian por nuestra parte, habian desempeñado, pues, con brillante éxito una de las mas importantes misiones que la táctica señala a esta arma: la de descubrir, antes de empeñarse decididamente una batalla, la situacion del ejército enemigo, el número mas o menos aproximado de cañones y de tropas con que cuenta, cuáles son los puntos mas fuertes y bien defendidos de sus posiciones y cuáles aquellos en que está mas descuidada o puede ser menos tenaz su resistencia.

A las diez de la mañana, en efecto, sabiamos ya que frente a Colmo, en los alrededores de Concon Medio, se hallaba concentrado hasta tal punto el ejército dictatorial, que ni cañones ni cuerpos de infanteria habia dejado en su izquierda; y este abandono de una ala tan importante fué precisamente lo que mas influyó en el ánimo del comandante Körner para determinarlo a apresurar por ese lado el ataque, mucho mas contando con el inesperado y poderoso ausilio que el feliz estravio del Taltal y del Tarapacá iba a prestar en semejante coyuntura.

A las diez de la mañana, pues, incorporados ya esos cuerpos en la 1.ª brigada por el comandante Körner, recibieron órden de avanzar desde sus campamentos hácia la orilla del rio a fin de encontrarse listos para pasarlo a la primera señal; y al mismo tiempo el Constitucion, el Antofagasta y el Iquique, bajando de la última loma que los ocultaba del enemigo, atravesaron primero un herboso sendero y llegaron en seguida al borde mismo del caudaloso Aconcagua. El Constitucion llevaba la delantera,

le seguia el Antofagasta, y el Iquique, designado con anterioridad para formar la reserva de la 1.ª brigada, debia quedarse a retaguardia para protejer la pasada de sus dos compañeros.

***

Apenas hubieron llegado a la mansa orilla del Aconcagua, los soldados y oficiales del Constitucion se sentaron en el suelo y comenzaron a despojarse tranquila y festivamente de sus zapatos a fin de no mojarlos en el rio. Se arremangaron en seguida los pantalones y calzoncillos hasta el muslo, se echaron al pescuezo el morral con las municiones, y sin abandonar sus rollos, con el fusil levantado para que no se mojara, comenzaron a seguir paso a paso las huellas del guia. Eran entonces las diez y media de la mañana.

A pesar de aquel estraño atavio, que trasladaba todo el peso de las armas, municiones y arreos a la parte superior del cuerpo, y aun cuando el rio estaba estraordinariamente crecido y correntoso con motivo de la clausura de las bocatomas de los canales de regadío de que ya hemos hablado, el Constitucion pudo pasar sin tropiezos el vado en los dos anchos brazos en que allí se divide el Aconcagua.

La parte somera del fondo forma en ese punto una línea que corre de noroeste a sudeste y que va a terminar en la márjen izquierda frente a frente del caserio de Concon Bajo. Como era de suponer que, o en este lugarejo o entre los matorrales que crecen en la márjen sur, se hallasen ocultas las avanzadas y descubiertas del enemigo acorraladas por nuestra artilleria, los soldados del Constitucion, al mismo tiempo que preocupados de no resbalar en las piedras del fondo y de seguir los pasos del guia, mantenian listas sus armas para contestar como pudiesen los fuegos de la orilla opuesta.

El rejimiento marchaba por el flanco, o sea de a dos en fondo, por temor de apartarse del vado y de que algunos hombres fuesen envueltos por la corriente. Llevaba la delantera el primer batallon, cuya vanguardia la componian la 1.ª y la 4.ª compañias, que tenian la comision de atacar los primeros ranchos de la márjen sur en el caso de que en ellos hubiese enemigos. Una de estas compañias se dirijiria a la derecha y la otra a la izquierda

del caserio en cuanto ambas pusiesen pié en tierra, mientras las compañias restantes avanzarian de frente en su apoyo. De esta manera no se dejaba a los emboscados otra retirada posible que hácia las faldas de las lomas colindantes por el sur, y allí seria fácil cazarlos desde abajo.

El segundo batallon marchaba a retaguardia del primero, dispuesto a socorrerlo en los puntos en que fuere necesario.

***

No dejó de estrañar a los bravos del Constitucion la tranquilidad perfecta con que pudieron hacer el largo y dificultoso trayecto del Aconcagua en aquellas circunstancias. El cañon atronaba el espacio, envolviéndolos en una especie de tempestuosa nube cargada de estraña y poderosa electricidad; se respiraba un ambiente belicoso y bravio: los nervios se sentian escitados, calientes las cabezas, presurosos y ajitados los corazones, pero ningun rayo de aquellos cercanos truenos venia a descargar su furia sobre la cabeza de los animosos soldados de la libertad. Pasaron el primer brazo, descansaron un momento en la isla arenosa que allí hai en el centro del rio, y continuaron en seguida la marcha oblícua que llevaban para dirijirse a Concon Bajo.

Es verdad que la artilleria enemiga se hallaba en esos momentos demasiado lejos para dirijir sus fuegos sobre el Constitucion o siquiera para divisarlo; pero en Concon Bajo permanecian destacadas dos compañias del San Fernando como avanzada, y éstas bien pudieron intentar algo contra los nuestros parapetándose ventajosamente en las ondulaciones del terreno arenoso de la márjen sur u ocultas en los espesos matorrales de chilcas que crecen junto al rio. En esa situacion, y atacando a jente que marchaba casi imposibilitada para contestar sus fuegos, los del San Fernando se hallaban en condiciones, si no de impedir el paso del Constitucion, de dificultárselo en gran parte a lo menos causándole numerosas bajas.

Al contrario: amedrentados, al parecer, con el inesperado espectáculo que se ofrecia a su vista, y juzgándose quizá impotentes para contener el avance de aquellos numerosos y resueltos soldados, los del San Fernando no atinaron a pelear, ni a defenderse, ni a huir. Se encerraron atemorizados en algunos ranchos

vecinos a las primeras lomas, y allí permanecieron ocultos, atisbando una ocasion propicia para escabullirse quebrada arriba.

Esta no se les presentó tan favorable como la deseaban. El capitan Rossel, al mando de la 2.ª compañia del primer batallon, se dirijió hácia ellos con intencion de capturarlos. Con este fin ordenó a su jente que hiciera unas seis u ocho descargas cerradas sobre los ranchos en que se ocultaban; pero entonces los sanfernandinos, sacando fuerzas de flaqueza, salieron a escape de sus escondrijos, se metieron en la quebrada cercana y corrieron cerro arriba como gamos, no sin que algunos fuesen alcanzados por nuestras balas.

La márjen sur del Aconcagua quedaba libre de enemigos en las cercanias de Concon Bajo, pero los fujitivos no tardarian en llevar la voz de alerta al descuidado ejército dictatorial.

***

En cuanto los últimos soldados del Constitucion se hubieron internado en el rio, el Antofagasta número 8, que lo seguia, ejecutó la misma operacion con idénticas precauciones. Solo que, notando por la pasada del Constitucion que el vado prestaba facilidades para una formacion mas compacta que la de a dos en fondo, y que de este modo se ahorraria un tiempo nunca mas precioso que en aquellas circunstancias, el comandante Goñi dió a su tropa la órden de marchar formada en columnas por cuartas. A algunos soldados les llegaba el agua hasta la cintura, pero nadie perdió el equilibrio ni fué arrastrado por la corriente.

El enemigo estuvo en esos críticos momentos tan benigno como el rio. Durante la pasada, conforme habia ocurrido con el Constitucion, ni granadas de la numerosa artilleria balmacedista, ni fuegos de fusileria interrumpieron la tranquilidad de una operacion tan delicada como la travesia en son de guerra de un ancho y caudaloso rio.

Y a la verdad, de todas las torpezas cometidas por los jenerales Barbosa y Alcérreca, ésta es sin duda la mas grosera y de mayores consecuencias para el resultado de la batalla. No cabe esplicársela de otro modo que por una indisculpable ignorancia de las condiciones del rio y de la configuracion del terreno, lo cual, por otra parte, se hace duro admitir despues de las reite-

radas esploraciones que por esos puntos habian practicado los jefes enemigos y de las acentuadas seguridades que daba Alcérreca a Balmaceda respecto de sus prolijos estudios, que lo llevaron a elejir las "magníficas posiciones" que ocupaba.

No podian ignorar los jenerales contrarios lo que todo el mundo sabia, esto es, que por ahí el Aconcagua solo tiene dos vados practicables en las épocas de medianas creces: el de Colmo, que desaparece en las grandes avenidas veraniegas o en tiempo de lluvias copiosas, y el de Concon Bajo, junto a su desembocadura, por donde pasaban ahora los cuerpos de nuestra 1.ª brigada. Fuese con el intento de disputarnos formalmente el paso del rio, fuese por entretenernos, como tan encarecidamente se los recomendaba Balmaceda, los jenerales enemigos debieron destinar una brigada entera al resguardo de cada vado, y nó colocada en las alturas vecinas, como tenian ellos sus tropas frente a Colmo, sino ventajosamente atrincheradas y ocultas en la orilla misma del rio, para lo cual se prestaban admirablemente los matorrales de chilcas que lo bordan y la ancha faja arenosa que forma la márjen sur.

Si dos o tres mil hombres, metidos tras de zanjas o parapetos de arena, que en pocos minutos podian improvisarse, hubieran roto sus fuegos rasantes sobre el Constitucion y el Antofagasta desde el momento en que estos cuerpos entraron al rio, y mantenídolos durante los tres cuartos de hora que duró la pasada, ¿quién sabe qué suerte corrieran esos valerosos rejimientos, y quién sabe tambien si su probable desastroso fin no influyera de un modo decisivo en el éxito de la batalla?

Y no se diga que el jefe enemigo ignoraba el avance de algunos cuerpos por el camino de la playa, porque ya vimos que esa noticia le fué comunicada oportunamente por sus esploradores desde diversos puntos. Se alegará, y con razon, que temia colocar a sus tropas bajo los fuegos de la escuadra; pero esta misma intervencion de nuestras naves en apoyo de los que pasaban el Aconcagua junto a su desembocadura ¿no debió manifestar la importancia que dábamos a esa operacion e incitar a los contrarios a impedirla a toda costa?

En vez de eso, tanto el Constitucion como el Antofagasta llegaban a la ribera sur sin ser hostilizados, como no fuera por los cuantos tiros que los del San Fernando disparaban en medio de

su fuga. Los soldados se sentaban tranquilos en los terromonteros para ponerse sus calcetines y zapatos, desdoblar sus pantalones, terciarse los morrales y arreglar su vestimenta. En seguida tomaban su colocacion en las filas, y frescos, descansados, alegres, se preparaban a entrar en pelea sin haber perdido la mas mínima parte de su empuje.

***

El comandante Frias habia tomado, sin embargo, sus precauciones para el caso no remoto de que el enemigo procurase impedir o estorbar el paso del rio, y entre ellas la de que el Iquiqué permaneciera en formacion de combate en la isla que junto al vado forman los dos brazos del rio.

Allí se mantuvo este cuerpo hasta que pasaron los demas de la 1.ª brigada, aunque sin tener oportunidad de disparar ningun tiro contra un enemigo que, despues de la fuga de las dos compañias del San Fernando, tardaba demasiado en aparecer.

Los escuadrones Libertad número 1 y Carabineros del Norte número 3 pasaron el rio a continuacion del Antofagasta, e igualmente sin ser molestados por los fuegos del enemigo mientras se hallaban dentro del rio. Tras ellos, cumplida ya su mision, pasaba el Iquique el segundo brazo que le faltaba para llegar a la ribera sur y reunirse con los otros dos rejimientos de su brigada.

***

Pero el torpe y descuidado enemigo logró al fin darse cuenta de la terrible amenaza que le llegaba por ese lado, y quiso ahora apresurarse a remediar lo que antes no tuvo intelijencia bastante para precaver. Apenas hubo divisado a la distancia que los cuerpos de la 1.ª brigada llegaban en largas hileras al borde norte del rio y que, sin detenerse un punto, se metian decididamente en él por el conocido y en todo tiempo practicable vado que comunica a Concon Bajo con la márjen opuesta cercana a la desembocadura, comenzó a correr numerosas fuerzas de infanteria, artilleria y caballeria hácia su izquierda, a fin de que, ya que no podian impedir la pasada del rio, impidiesen a lo menos el avance de aquella tropa a traves de las lomas, quebradas y mesetas

que van a morir en la quebrada de las Petras y que son como otros tantos estribos o espolones de la cadena de altos cerros que comienza en la oscura y adusta cumbre del Torquemada. Todas las avanzadas y piquetes de esploracion esparcidos entre el rio y el empinado monte fueron mandados tambien hácia adelante a fin de que sobre el borde de las primeras lomas situadas al sur del Aconcagua constituyesen una primera línea de combate que detuviese a nuestras lejiones, mientras a su espalda se organizaban otra u otras mas numerosas y bien dispuestas. Y con tanta rapidez se efectuaron estas operaciones, que apenas los cuerpos de la 1.ª brigada hubieron avanzado unos cuantos metros mas acá de la linde meridional del rio, los mismos recientes fujitivos del San Fernando, reforzados por nuevas tropas, rompieron desde las cumbres de las primeras lomas un nutrido fuego de fusileria sobre los nuestros.

Al mismo tiempo, una bateria de cañones Krupp se estacionaba sobre una meseta cercana y rompia sin tardanza un sostenido y vigoroso cañoneo contra los cuerpos de la 1.ª brigada, los cuales, despues de haberse visto como menospreciados durante la pasada del rio, atraian de repente sobre sus cabezas todas las furias de los servidores del tirano.

***

Apenas los marinos, que se mantenian en constante acecho de lo que pasaba en tierra, hubieron divisado las tropas que avanzaban al trote por sobre las lomas, comenzaron a cañonearlas desde la caleta, haciendo resonar las quebradas con el eco de sus disparos y logrando, ya que no detener, moderar en mucha parte la marcha de los enemigos. Las granadas Schrapnell y comunes estallaban ruidosamente sobre las cabezas de éstos, causando en ocasiones enormes destrozos en sus filas. Los del Constitucion pudieron observar, con el entusiasmo que el caso debia producir en tales circunstancias, que una de las enormes granadas de a 450 disparadas por las colisas de la *Esmeralda* caian en medio de un peloton de caballeria que adelantaba al galope, y, rompiéndose allí en mil cascos, dejaba reducida la brillante tropa a una informe mezcolanza de arreos y armas destruidas y de miembros palpitantes. Otra de la *O'Higgins* hacia esplosion en-

tre un grupo de infantes que descendia una meseta, y mataba a unos, heria a otros y dispersaba aterrorizados a los restantes. Los fuegos de los buques, certeros y sostenidos, contuvieron los primeros brios de los defensores de las lomas de la ribera sur, obligándolos a marchar agazapados y temerosos. Algunos se escurrian a lo largo de las quebradas, otros adelantaban pencsamente, ocultos por las matas y los pliegues del terreno, dando tiempo con esto a que el Constitucion y el Antofagasta se organizasen en la márjen sur y adelantaran en perfecto órden hasta el pié de las primeras colinas.

Los dos buques, ademas, habian tenido tiempo para escojer la posicion mas adecuada para el buen juego de su artilleria, y gracias a eso cojian de enfilada a las tropas enemigas, barriendo mitades enteras con los disparos felices y obligando mui pronto a la infanteria a perder su formacion. Y como se hallaban tan cerca de la costa cuanto se los permitia su calado, no solo en las partidas delanteras causaban efecto sus tiros sino tambien en las fuerzas estacionadas en las faldas norte y oeste del Torquemada, el cual se veia a menudo coronado de espesos penachos de humo que le daban el aspecto de un volcan en erupcion.

***

El Constitucion y el Antofagasta, mientras tanto, concluian de alistar sus ropas, sus arreos y sus armas y se preparaban para abandonar a toda prisa la peligrosa posicion que ocupaban en la parte baja y subir al encuentro del enemigo que los amenazaba desde arriba. El Antofagasta comenzó a desplegarse en órden disperso en los mismos matorrales de la orilla a medida que sus soldados ponian la planta en seco; pero, no prestándose el terreno para un avance en órden y siendo necesario ante todo ganar tiempo, la tropa se lanzó a la carrera por la especie de embudo que forman allí los senderos que dan acceso al vado, y comenzó a seguir los pasos del Constitucion y a dirijirse hácia el vecino caserio de Concon Bajo, continuando siempre la marcha oblícua que desde el otro lado traia.

Apenas hubieron salido del agua los últimos soldados del Antofagasta, los guerrilleros dictatoriales que ya coronaban las ve-

-cinas alturas rompieron sus fuegos sobre éste y sobre el Constitucion. Los cañones recien avanzados por la izquierda enemiga unieron pronto sus tronidos al repiqueteo de la fusileria. Este belicoso ruido alentó visiblemente a los infantes contrarios, porque de momento en momento aumentaban el número y la celeridad de sus disparos. A los pocos minutos aquella ribera, tan silenciosa poco ántes, pareció desplomarse con estrépito sobre el mar y sobre el rio. La batalla de Concon se empeñaba desde los primeros instantes de una manera ruda y decidida.

Eran las once y cuarto de la mañana. El dia estaba agradable, fresco, primaveral. El cielo lucia su azul profundo en el ocaso, mientras por el oriente las apiñadas nubes que coronaban las cumbres de los Andes estendian sobre los defensores de la libertad, a modo de flotantes gasas, blancos y tenues vapores que amortiguaban el ardor de los rayos del esplendoroso astro. Una brisa leve y casi imperceptible subia como amoroso hálito de la mar y del rio cercanos. Las hondas quebradas con sus tupidos bosquecillos de boldo, de culen, de colihue y de canelo: las verdes lomas cubiertas de menudo césped, matizadas de lindas florecillas y de yerbas olorosas, y desde cuyas cimas se descubria el siempre arrobador espectáculo del mar inmenso y solitario, convidaban el espíritu al meditabundo reposo y a las alegrias campestres, silenciosas y apacibles. La naturaleza, engalanada con sus mas placenteros atavíos, enviaba a los hombres un dulce ósculo de paz y de cariño, mientras éstos, apartada su atencion de cuanto no fuera un homenaje a la guerra y sus furores, solo pensaban en acariciar ceñudos sus armas y en herir mortalmente a sus contrarios.

***

Los fuegos del enemigo fueron contestados al instante. El primer batallon del Constitucion se desplegó en tiradores al frente y comenzó a subir en perfecto órden por la izquierda del caserio, mientras el segundo avanzaba formado por la derecha y tomaba el camino labrado que por allí conduce a la meseta. Un poco mas arriba, en cuanto el terreno lo permitia, organizaba éste sus secciones en órden disperso e iniciaba el combate con sujecion a las sábias reglas de la nueva táctica, sorprendiendo a

los soldados contrarios, que juzgaban bisoñada y torpeza la falta de esa uniformidad rijida y mecánica que tanto les recomendaban a ellos sus instructores como la mejor de las buenas condiciones del soldado. El primer batallon entonces comenzó a correrse a la derecha, siguiendo la maniobra del segundo, y en esa forma todo el rejimiento, con órden digno de un campo de maniobras, sereno, resuelto, lleno de ardor y de brios, sin cejar un punto a pesar de la resistencia del enemigo, fué escalando paso a paso la pendiente falda.

El Antofagasta rompia el fuego desde un cerco vivo situado junto a una de las primeras casas de Concon Bajo y avanzaba al mismo tiempo al trote para colocarse en línea con el Constitucion. Los matorrales de la orilla sur, y una zanja que por allí corta el paso, lo detuvieron algunos cortos momentos; pero una vez salvados estos obstáculos continuó su impetuosa marcha hasta colocarse a la izquierda de su compañero. En esta situacion hizo el ascenso, y así se mantuvo durante todo el combate.

***

Estos movimientos se ejecutaban en medio de la granizada de proyectiles que la infanteria y la artilleria enemigas hacian llover sobre nuestra 1.ª brigada. Desde la orilla misma del rio comenzaron ya muchos valientes a pagar el tributo de su valiosa sangre a la noble causa que defendian. Fué quizas el precursor de todos ellos el cabo 1.° Eliecer Burgos, ordenanza del comandante Frias y que marchaba a su lado llevando la bandera de la brigada. La bala, dirijida desde la altura, atravesó la ingle izquierda del cabo Burgos (ahora sarjento) causándole una grave herida.

La primera baja sufrida por el Antofagasta lo fué tambien en la persona de una clase: el sarjento 2.° José Maria Ardid, herido levemente en una pierna en los momentos mismos de salir del rio. El sarjento Ardid no hizo, sin embargo, honor a su apellido, porque sin arredrarse por su herida, y apenas vendada ésta, continuó peleando animoso en su correspondiente seccion.

Cuando el Antofagasta comenzaba a escalar la primera falda para colocarse a la altura del Constitucion caia tambien levemente herido el teniente don Luis Montt, quien fué sin duda el

primer oficial del ejército libertador alcanzado por las balas enemigas en la batalla de Concon.

Poco despues, y a medida que ambos rejimientos iban ganando la cima, las bajas eran mas y mas numerosas en sus filas. El enemigo hacia grandes esfuerzos por contener en ese punto el empuje de nuestra jente; pero ésta, presurosa aunque ordenada, y apuntando con tranquilidad y buen éxito, como correspondia a veteranos, avanzaba sin detenerse ni descansar. Era visible que un solo deseo los animaba y los movia a todos: el de coronar cuanto antes esa loma para batir de cerca y sin desventaja a los contrarios. Entonces respirarian satisfechos. Entonces tambien lograrian apagar con su poderoso aliento aquellos fuegos que tanto daño les causaban ahora. Por eso caminaban en silencio y con cierto aire fatídico y solemne. Solo en la cumbre depondrian su ceño, porque solo allí verian premiado su esfuerzo con la primera sonrisa de la victoria.

***

Serian mas o menos las doce del dia cuando ambos rejimientos formaban unidos nuestra línea de batalla, quedando el Antofagasta a la izquierda del Constitucion y procediendo ambos en conformidad con las prescripciones de la táctica introducida por el comandante Körner, es decir, la línea de tiradores a vanguardia, y las reservas en su lugar correspondiente.

Por lo demas, los soldados de uno y otro rejimiento estaban exentos de caer en error, porque el mismo laborioso e ilustrado jefe que en tantas ocasiones, en cuarteles y campos de maniobras, les habia esplicado las escelencias y ventajas del nuevo método, se encontraba ahora allí, en medio de ellos, despreocupado por completo de las balas que silbaban sordamente en torno suyo y dedicado tan solo a dirijirlos, enseñarlos y reparar sus errores con tanta sangre fria y lucidez de pensamiento y de diccion como si se tratara de un simple simulacro y nó de una batalla sangrienta y decisiva.

Es imponderable el influjo que esta actitud y estos procedimientos de Körner ejercieron en esos momentos en el espíritu de nuestra jente. El soldado chileno, valiente por naturaleza, pero tan valiente como impresionable, nada aprecia más, me-

diante su injénita rectitud de criterio, que la serenidad plácida, natural, sin actitudes ni afectacion, de parte de sus jefes y oficiales en los momentos del peligro. Ni los arrebatos impetuosos, ni las voces de aliento, ni los ademanes trájicos lo dominan tanto como la actitud y las palabras tranquilas, que ponen de manifiesto a sus ojos ese menosprecio frio de la muerte y ese sacrificio premeditado de la vida que solo a los valientes es dado manifestar y sentir en los momentos mismos en que la vida peligra y en que la muerte recorre presurosa el espacio envuelta en las invisibles alas de millares de proyectiles. Körner por eso, presentándose allí no tanto bajo el aspecto adusto del guerrero cuanto bajo las formas afables y bondadosas que la moderna pedagojía recomienda a los maestros, aparecia a los ojos de nuestros hombres como un ser invulnerable y superior, y todos, arrastrados por el poderoso estímulo del ejemplo, se proponian entonces imitarlo y complacerlo, dando al maestro pruebas de comprension e intelijencia y al jefe de serenidad y de bravura.

***

Al lado de Körner y no menos sereno, a la vez que apuesto y arrogante, lucia sus notables dotes de guerrero intelijente y precavido el comandante en jefe de la 1.ª brigada, teniente coronel don J. Aníbal Frias. Dotado de una especie de seriedad caballeresca y atenta, el comandante Frias, antiguo y distinguido artillero, desde su llegada al norte en el famoso viaje del *Maipo* habia dado muestras de organizador activo, de trabajador incansable y de intelijente instructor. Bajo sus órdenes llegó a ser el Iquique un cuerpo modelo en disciplina, órden, instruccion y moralidad, lo cual, dadas las circunstancias en que se organizó nuestro ejército, y que ya hemos bosquejado a la lijera, constituia un alto timbre de honor para el atinado jefe que tan brillantes resultados alcanzara. Distribuidos los cuerpos en brigadas, la voz pública designó al comandante Frias como jefe de una de ellas, y atento a esta voz el comandante en jefe del ejército constitucional, lo nombró, en efecto, para la 1.ª En Iquique, en Huasco, a bordo de los trasportes, en todas partes, se habian hecho notar los cuerpos de la brigada Frias por su disciplina y decision, por su entusiasmo, que ningun sufrimiento quebrantaba,

por su patriótica resignacion, que ninguna escasez disminuia. Esto era debido en gran parte a las virtudes de su jefe, que supo armonizar las exijencias de una situacion escepcional y vidriosa con las que el arte militar impone para la organizacion de verdaderos batallones y de verdaderos soldados.

Ahora, en medio de la accion, esas dotes del comandante Frias aparecian realzadas por su valentia tranquila y previsora. Al mismo tiempo que Körner, con el cariño y la dedicacion de un *amateur*, se preocupaba de los mas menudos detalles de la táctica y corria de las líneas avanzadas de los tiradores a las de los refuerzos y reservas, el comandante Frias vijilaba la colocacion de los cuerpos, atendia la pronta y debida formacion de su línea de batalla a fin de dar tono de seriedad y caractéres de firmeza al empuje de su tropa, y no descuidaba tampoco el importante punto de los refuerzos bien escalonados y oportunos, que tanto avivan la enerjia de los combatientes en los momentos de cansancio y de peligro. Gracias a su prevision, apenas hubo conseguido establecer conforme a táctica su línea de batalla, ordenó al Iquique que avanzara, designándole el punto a donde debia dirijirse, e hizo en seguida otro tanto con los escuadrones Libertad y Carabineros del Norte. Ya a las once de la mañana, momentos antes de romper el fuego, habia dispuesto que el Taltal número 4 y el Tarapacá número 9, accidentalmente sujetos a su comando, atravesasen el rio en apoyo de los cuerpos de la 1.ª brigada.

*
* *

Los escuadrones Libertad número 1 y Carabineros del Norte número 3 habian pasado el Aconcagua a continuacion del Antofagasta; mas, empeñado por este cuerpo y el Constitucion el combate con los enemigos que dominaban las alturas colindantes con el rio, y no habiendo en aquella pendiente falda posibilidad alguna de que la caballeria operase con éxito, ambos escuadrones recibieron órden de avanzar hácia la derecha nuestra del caserio de Concon Bajo y de permanecer allí a retaguardia de la infanteria.

El Iquique número 6, que pasó el segundo brazo a continuacion de la caballeria, siguió el mismo camino que ella y se man-

tuvo como reserva del Constitucion y del Antofagasta mientras estos dos rejimientos combatian con el objeto de coronar la primera loma; pero comprendiendo el comandante Frias que dentro de pocos momentos, en el tiempo estrictamente necesario para que ambos llegasen arriba, no habria ya allí enemigos con que luchar, porque éstos no esperarian a pié firme el empuje de los nuestros, procuró poner en planta el proyecto del comandante Körner de rodear al enemigo por su izquierda, flanquearlo, aislarlo de su base de operaciones y cortarle la retirada hácia Viña del Mar y Valparaiso.

Con el propósito de realizar tan atrevido como ventajoso pensamiento, el mismo comandante Frias se dirijió al punto en donde se hallaban los escuadrones y el Iquique, y haciendo desfilar a éste por el flanco, y en la misma forma, a continuacion, al Libertad y al Carabineros del Norte, comenzó a internarse con ellos por un camino bueno aunque angosto, pero que poseia sobre todo la inapreciable ventaja de correr hácia el sur por el fondo de una hondonada que lo mantenia oculto de la vista de los contrarios.

***

Las piezas de artilleria que el enemigo habia avanzado hácia el borde de una de las colinas de su izquierda fronterizas con el Aconcagua dirijian certeros tiros sobre los cuerpos que pasaban el rio por nuestra derecha, pero sin causarles, por una estraña casualidad, ninguna baja. Así, durante la travesia de los escuadrones Libertad y Carabineros del Norte las granadas llovian sobre las filas, estallando algunas sobre los jinetes o entre las patas de los caballos, sin que los numerosos cascos causasen daño alguno a la tropa.

Otro tanto ocurrió con el Iquique. En vano los artilleros balmacedistas se esforzaban por menudear sus disparos y por dirijirlos con la mejor punteria posible: nuestros soldados parecian invulnerables. El ruido de los cañonazos y el estruendo de las granadas al estallar producian algun efecto entre ellos, pero éste no pasaba de un efecto moral nervioso y momentáneo. Puede decirse que hasta entonces la artilleria habia sido un arma inútil en manos del enemigo, a no ser que quisiera hacerse consistir

toda su utilidad en la firmeza y buen ánimo que infundia a sus infantes.

Ademas, apenas los cuerpos constitucionales llegaban a la márjen izquierda y comenzaban a internarse en direccion al caserio de Concon Bajo, ya la nueva bateria era del todo ineficaz para el ataque y la defensa, porque las lomas intermedias entre ese lugarejo y la ocupada por ella le interceptaban la vista por completo. Gracias a eso, tanto los escuadrones de caballeria como el Iquique pudieron emprender su marcha con toda tranquilidad y buen órden por el camino cubierto de que ya hemos hablado, pero destacando el Libertad un piquete de esploracion al mando de su segundo jefe, el sarjento mayor don Pedro José Perez, con el objeto de reconocer a hurtadillas la línea enemiga y descubrir el punto menos resguardado de su flanco izquierdo por donde conviniese atacarla de repente.

***

El Taltal y el Tarapacá pasaban mientras tanto el rio a continuacion del Iquique y bajo el vivo fuego de la bateria enemiga de que ya hemos hablado, sin que ni uno ni otro, a imitacion de sus predecesores, esperimentasen ninguna baja. Traia el Tarapacá la delantera, y el Taltal cerraba la marcha, aunque en la márjen sur quedaban todavia las secciones de Rifleros que acompañaban a la 1.ª brigada.

El Tarapacá pasó el rio en pelotones, presuroso y animado, ansiando llegar pronto en refuerzo de sus nuevos compañeros de la 1.ª brigada, que ya se batian con el mayor denuedo, y sin que las correntosas aguas le ocasionasen ninguna desgracia, a pesar de que a muchos soldados les llegaba el agua mas arriba de la cintura. Al ganar la márjen sur del rio, sin detenerse un instante, dejaron el caserio de Concon Bajo a su izquierda y tomaron el mismo camino labrado que ya llevaban el Iquique y los escuadrones, formando de este modo con la ruta del Constitucion y del Antofagasta un ángulo agudo cuyo vértice era el nudo de senderos que van a morir en la orilla sur del Aconcagua.

La tropa iba cansada pero animosa, incitada su bravura por el sostenido tiroteo que resonaba a su izquierda, en la falda de la cumbre atacada por el Constitucion y el Antofagasta.

El Taltal seguia con no menos ímpetu la marcha del Tarapacá, y, como éste y como todos los cuerpos de la 1.ª brigada, tiraba al suelo sus rollos en los momentos de iniciar la subida de las lomas.

***

El Constitucion y el Antofagasta, mientras tanto, ajitados por el violento repecho, pero mas y mas estimulados por los certeros disparos de los buques y por la próxima llegada del Iquique, del Tarapacá y del Taltal, que iban por la derecha en su apoyo, ejecutaban verdaderos prodijios de esfuerzo en el sostenido avance que hacian cerro arriba. Aunque las fuerzas balmacedistas aumentaban por instantes en la altura, su presencia no hacia mas que encender en todos aquellos corazones el deseo de encontrarse pronto con ellas mano a mano para hacerles comprender cuánta distancia mediaba de los servidores venales de la tirania a los defensores jenerosos de la libertad y de la lei.

El Constitucion, sostenido por la actitud serena, reposada y gallarda de su jefe, el comandante don José Ignacio Lopez, se mantenia, a pesar del cansancio de la subida, en irreprochable formacion, avanzando con sujecion a las reglas del órden disperso, sin apresurarse demasiado, pero tambien sin retroceder un solo paso. El comandante Lopez parecia haber infundido en sus soldados algunos rasgos de su carácter noble, elevado y varonil, que tan justa idea le ha permitido formarse de las severas exijencias del deber, al que rindió siempre constante culto, confundiéndolo en su pecho con su firme y acendrado amor a la patria. Ya en la pasada guerra contra el Perú dió pruebas de cuánto pueden la abnegacion y el valor en los corazones bien puestos, y ahora, en este conflicto mil veces mas grave para Chile, fué su espontáneo y decidido concurso la primera voz de aliento que resonó en nuestras naves despues del movimiento del 7 de enero.

Ese dia, apenas llegaba el *Blanco* a la bahia de Valparaiso despues de su escursion a Quintero, se acercaba una chalupa al costado de la nave capitana, y el único pasajero que iba en ella, despojándose tranquilamente de sus arreos de paisano, cambiando su sombrero por su kepis y ciñéndose al cinto la espada, se ponia de pié junto a la escala que acababan de arriarle, y divi-

sando en el portalon algunas curiosas cabezas de marinos, descubria solemnemente su cabeza y esclamaba con gravedad:—«¡Viva la escuadra!»

Era el actual comandante del Constitucion, que en esos momentos personificaba cuanto de sano, instruido y caballeresco existia en el brillante ejército de Chile, y que no encontraba una fórmula mas concreta para espresar su adhesion a la causa constitucional que la de lanzar aquel *viva* a sus primeros decididos defensores.

Se le acojió a bordo con cariño y agasajo; pero el comandante Lopez, aunque sensible a las demostraciones, manifestaba injenuamente su sorpresa de que se le creyera digno de nota por haber cumplido sencillamente con el mas estricto de los deberes de un oficial de honor. Y desde entonces, durante el largo curso de la terrible y dramática campaña que nos dió al fin el dominio de Tarapacá, siempre apareció el comandante Lopez como el dechado del militar honorable y patriota. Su tranquila bravura se hizo lejendaria; ejemplar su carácter sufrido y parejo; su decision constante y su entusiasmo siempre vivo, de todo punto admirables. Y por eso ahora, al hallarse al frente del primer rejimiento constitucional, de aquel cuyo nombre mismo equivalia a una bandera y un emblema, marchaba a la cabeza de nuestro ejército, era el primero en empeñar el combate, y podia asegurarse sin temor alguno que en ese combate triunfaria. Sus soldados, admiradores de sus altas dotes, se enorgullecian de ser mandados por tan distinguido jefe y estaban dispuestos a consumar los mayores sacrificios por hacerse dignos de él. Por eso avanzaban impertérritos y graves, conteniendo como mejor podian los jadeos del cansancio, alertas a la voz de los cabos y sarjentos, pausados para apuntar al enemigo, invencibles por su resolucion de morir o de vencer.

*
* *

El Antofagasta rivalizaba en denuedo con el Constitucion, si bien aquí la forma de la bravura era diversa, sin ser por eso ni menos arraigada ni menos poderosa. El jóven comandante Goñi, uno de los jefes mas ilustrados de esa nueva jeneracion de oficiales que está llamada a reorganizar y refundir nuestro ejér-

cito, no habia adoptado para con su tropa ninguna de esas formas esternas de rijidez, severidad y altanería a que tanto culto rinden los militares de la vieja escuela. Mas bien que el comandante temido y respetado, aparecia a los ojos de sus soldados como un "buen muchacho," siendo idolatrado por todos, pero tambien por todos obedecido, no tanto porque así lo impusieran las exijencias de la dura disciplina, cuanto porque nadie queria hacerse acreedor a una censura o a una queja de su parte. El "soldado Goñi," el "cabo Goñi," el "sarjento Goñi" o el "primero Goñi" lo apellidaba la tropa, segun los grados de satisfaccion que sus actos en el cuartel o en el campamento le merecieran, ascendiéndolo a "primero" solamente en aquellos raros casos en que una gracia especial, una licencia mui deseada, un suple cuantioso, una gran reparticion de armas, de ropa o de municiones despertaban en los sufridos antofagastinos un entusiasmo o una gratitud estraordinarias. Y el comandante Goñi, ascendido ahora a cabo desde el principio de la accion por su tropa, al observar ésta que en medio de la pelea conservaba el mismo carácter llano, parlero y amistoso que le conocian en la campaña, iba haciendo rápidos méritos para ser ascendido a sarjento, porque sin bajarse de su caballo a pesar de la granizada de balas que le llovia, animado y animador, activo, vijilante, precavido, sereno, recorria su rejimiento como si se tratara de un alegre simulacro, de un ejercicio de competencia, nó de un empeño terrible y de una batalla encarnizada.

Los soldados comenzaban a temer por la vida de su "cabo" al mirarlo tan destacado sobre su cabalgadura, y mas de uno le indicó cariñosamente que se apeara; pero Goñi les replicaba que se apresurasen ellos a vencer al enemigo para que así cesara su peligro, y seguia recorriendo tranquilo y sonriente las líneas de su rejimiento.

Era imposible que aquellas dos lejiones de bravos, dirijidas por dos verdaderos tipos de intelijencia y de valor, pudieran ser vencidas por las huestes de la tirania. Si el combate se prolongaba era tan solo porque materialmente no habia trascurrido aun el tiempo necesario para llegar a la cima, avanzar por la meseta y hundir al enemigo en la primera quebrada que apareciese; pero ya el ascenso terminaba, ya iba siendo menos tendida la falda, ya la mirada alcanzaba a descubrir la sucesion de

árboles, arbustos y matas que crecian a lo léjos. Un último empeño, y ¡a la carga!

*
* *

No esperaron los contrarios el empuje final de los dos bizarros rejimientos. Apénas comprendieron que aquella especie de hormigueo de nuestra tropa era un desórden ordenado y sabio; apenas observaron, como lo declaraban despues los primeros prisioneros, que donde un soldado nuestro caia acudian en el momento dos, tres y cuatro a reemplazarlo; apenas se hubieron convencido de que la dispersion constituia un método y nó un defecto, y que ese método se avenia admirablemente con la índole belicosa innata en nuestro pueblo, comenzaron a desconcertarse y sorprenderse. Al principio habia sido entre ellos, y sobre todo de parte de los oficiales, motivo de bromas y de burlas el desórden en que avanzaban "los descamisados del norte," como los llamaban, y por eso se batian entusiastas y confiados en su enorme superioridad. Algun jefe de avanzada llevó su petulancia hasta el estremo de comunicar a Barbosa que tenia la victoria segura por este lado, porque daba lástima ver maniobrar a nuestros rotos; pero cuando ya éstos subieron, avanzaron y dispararon; cuando los del San Fernando vieron las líneas de tiradores conscientes, tranquilas, intelijentes, los refuerzos alertas y dispuestos y las reservas agazapadas en acecho, el demonio del miedo comenzó a roerles el espíritu; los huasos de Colchagua recordarian las consejas de su niñez, y creyendo aquello efecto de un arte diabólico, la supersticion unió quizá sus terrores a los palpables resultados de nuestras balas, y, lejos de esperar el choque de aquella desordenada jente, apretaron a correr en direccion a la quebrada que tenian a su espalda, en cuyo borde opuesto se divisaba una nueva línea de tiradores enemigos.

El ruidoso chivateo y los gritos de *¡Viva la Constitucion! ¡Viva el Congreso!* con que los nuestros saludaron esta fuga y este primer triunfo, que comenzaba a darles el dominio de las alturas, debieron convencer mas y mas a los balmacedistas miedosos de que nuestra jente peleaba con "arte," como llaman todavia en los campos los sortilejios, hechizos, filtros o brujerias que álguien emplea para conseguir algun objeto.

***

No se detuvieron en la primera loma el Constitucion y el Antofagasta mas que el tiempo absolutamente necesario para dar algunos instantes de respiro a la tropa. El enemigo habia huido, pero nó en derrota. Bajaba la quebrada que corta la colina por el oriente, e iba a juntarse al otro lado con jente de refresco que avanzaba en su apoyo. Y el tiroteo, suspendido por un instante, comenzaba de nuevo, mas rápido y cercano, mas nutrido, incesante y mortífero.

Los dos rejimientos constitucionales se prepararon mui pronto para este segundo ataque. No tendrian que avanzar ahora casi directamente de norte a sur, como lo habian hecho en la primera subida, sino desviarse hácia el sudeste, que era el lado por donde se presentaba el enemigo, en la direccion misma del Torquemada, temeroso punto de apoyo del ala izquierda dictatorial.

Avanzaron, pues, resueltos y ordenados, sin detenerse a calcular el número de sus contrarios y dispuestos a ocupar la siguiente loma aunque fuese a costa de los mayores sacrificios. Llegaron al borde occidental de la segunda quebrada hostigados por horroroso fuego, dejando sembrado el suelo de cadáveres, consumidos por la carrera, fastidiados por el lúgubre silbido de las balas, dominados aun por la mayor altura de la posicion enemiga, pero sin cejar un punto y mas bien enfurecidos que amedrentados por la resistencia de sus contrarios. ¡Cómo! ¿Eran esos los forzados de la dictadura, los que les habian pintado como opositores de corazon y dispuestos a pasarse a nuestras filas en el primer encuentro? ¿Eran esos mismos serviles mercenarios los hombres de quienes se esperaba que un dia u otro rompiesen sus cadenas y las de la patria sublevándose contra el dictador? ¡Y ahora combatian con denuedo, resistian con decision, defendian con bravura la causa del tirano a la voz de sus jefes y oficiales!

Las líneas de tiradores constitucionales bajaron como una avalancha la quebrada, llegaron en un instante al fondo, comenzaron a trepar la pared opuesta. Sus refuerzos y reservas, avanzando tras ellos, se detenian en el borde y contestaban con

certeras punterias los fuegos del otro lado para impedir que los balmacedistas cazaran desde lo alto a los tiradores que subian. Y apenas éstos comenzaron a llegar a la opuesta orilla, los refuerzos se precipitaron a su turno en la hendedura, avanzaron en apoyo de sus delanteros y subieron la pendiente, siendo reemplazados arriba por las reservas. El enemigo estaba sorprendido por aquellas maniobras, por aquel oportuno escalonamiento que le arrebataba la mitad de la eficacia de su mas alta y ventajosa posicion. Comprendió que no podia resistir a pesar de su número, y de nuevo, al ver que ya los nuestros asomaban sus furibundos rostros, emprendió a la carrera la retirada hácia la tercera loma, perdiéndose mui pronto en la quebrada que las separaba. Allí tenian nuevos refuerzos; allí, desde mayor altura (pues, como lo dijimos, el terreno iba subiendo y las colinas empinándose hasta llegar al pié del Torquemada), desde mayor altura barreria con sus fuegos la segunda loma que los nuestros acababan de conquistar, y pronto las balas, el cansancio, la sed, la falta de municiones quizá, darian cuenta de aquellas lejiones de demonios escapadas de las áridas pampas del desierto.

*
* *

Hacia ya tres cuartos de hora que el Constitucion y el Antofagasta sostenian solos la pelea, mientras el enemigo se reforzaba mas y mas a cada instante. El Iquique, el Taltal, el Tarapacá, los escuadrones Libertad y Carabineros del Norte continuaban su marcha hácia el sur por el camino que corria a la derecha de la línea de batalla de aquellos dos primeros cuerpos, con el propósito de envolver la estremidad del ala izquierda del enemigo; pero, por mas importante y decisiva que debiese resultar esta operacion, no era posible dejar abandonados a los dos bravos rejimientos en su impetuoso ataque de frente, sobre todo tomando en cuenta que el enemigo, ajeno al avance oculto de aquella tropa, empeñaba todas las fuerzas de su izquierda en el combate contra el 1.° y el 8.°

Al frente de éstos, en efecto, se encontraban ahora, no solo el San Fernando, que habia sido el primero en batirse desde las casas mismas de Concon, sino tambien el Temuco, el 3.° y el 10 de línea, que acudieron al trote cuesta abajo a reforzar al San

Fernando en cuanto lo vieron en peligro. El Constitucion y el Antofagasta, desde posiciones desventajosas, y a pesar de la fatiga de la marcha y del ascenso, tenian, pues, que batirse con fuerzas cuatro veces superiores a las suyas; y aunque ni voluntad ni alientos les faltaban, no convenia dejarlos mas tiempo solos. ¿Y si el enemigo, por alguno de los eventos tan comunes en la guerra y que a veces nadie piensa en precaver por creerlos imposibles, lograba rechazar a esos dos valerosos cuerpos? ¿Y si los envolvia hasta arrollarlos y destruirlos en la márjen izquierda del Aconcagua? ¿A qué situacion quedarian reducidas entonces las granadas tropas que avanzaban ocultas por nuestra derecha? En vez de dar ellas un golpe inesperado, decisivo, un verdadero golpe de gracia al enemigo, aparecerian envueltas en sus propias redes, se hallarian aisladas en medio de un ejército victorioso, y ni el heroismo ni la muerte las librarian de ser víctimas de una tremenda derrota.

En prevision de este peligro, al mismo tiempo que el Constitucion y el Antofagasta avanzaban hácia la tercera loma, se daba órden al Iquique para que acudiese a reforzar con uno de sus batallones a los esforzados combatientes.

***

En esos momentos el Iquique, en compañia de los otros cuerpos de la reserva y de la caballeria de la 1.ª brigada, avanzaba fatigado por la pintoresca senda de que ya hemos hablado y que mediante un largo y constante ascenso va a empalmar, un poco al sur del Torquemada, con el camino carretero que une a Viña del Mar con Colmo.

Los escuadrones caminaban un poco desviados del sendero a fin de no ser vistos desde la altura, y los cuerpos de infanteria, presurosos y vijilantes, apretaban el paso a fin de contribuir cuanto antes con sus esfuerzos al desenlace de la batalla. El angosto camino, como lo hicimos notar, se dirije casi directamente al sur, y por esta circunstancia iba apartándose poco a poco del punto en que el Constitucion y el Antofagasta combatian con el enemigo. Este se corria hácia el oriente por sobre la sucesion de lomas que sirven de estribos al Torquemada, y semejante movimiento, si bien nos facilitaba la operacion del flanqueo por

su izquierda, alejaba demasiado del 1.° y del 8.° los refuerzos que éstos pudieran necesitar antes del ataque decisivo.

Ademas, nuevas quebradas, fuera de las recorridas ya por los dos valerosos cuerpos, iban interponiéndose entre la senda de nuestra derecha y las lomas en que resistia el enemigo, como si a medida que el terreno subia fueran multiplicándose las cumbres y los mogotes y con éstos las escavaciones mas o menos profundas labradas entre ellos por las aguas.

Ese trayecto a campo travieso por sobre montículos, colinas y quebradas era el que debia recorrer la tropa que acudiese en ausilio del Constitucion y del Antofagasta, y para este objeto fué designado el segundo batallon del Iquique, al mando del segundo jefe del rejimiento, sarjento mayor don Isidoro Labra, mientras el primer batallon, a las órdenes del comandante Bernales, continuaba avanzando por el sendero de nuestra derecha a fin de tomar parte en el flanqueo.

***

Con la alegria que era natural en soldados tan intrépidos y hermanables como los que formaban los cuerpos de la 1.ª brigada se desvió hácia su izquierda el segundo batallon del Iquique para acudir en apoyo de sus compañeros del Constitucion y del Antofagasta. El paso que llevaba en el camino de subida fué sustituido al instante por el lijero trote, y así, saltando cercas y vallas, descolgándose a brincos por las quebradas, escalando cuestas y repechos, salvando a la carrera las mesetas y las lomas, ajitado, enardecido, palpitante, llegó en pocos minutos al sitio en donde el Constitucion y el Antofagasta se batian, y sin pérdida de tiempo, repartiendo su jente en secciones de combate, la incorporó entre los dos bravos rejimientos.

Escusado es ponderar el entusiasmo que los tenaces precursores de la victoria de Concon sintieron al ver llegar en su apoyo a sus amigos del Iquique. Cobrando mayores brios, se abalanzaron sobre la tercera loma, persiguieron con nutridos y certeros disparos a los fujitivos, los obligaron a descender la nueva quebrada, y corrieron tras ellos con el vano intento de alcanzarlos. Los balmacedistas, mas descansados que sus perseguidores, emprendian la retirada en cuanto divisaban en el borde de la

meseta los kepis de brin de éstos; y apenas metidos en la quebrada para buscar en ella su salvacion y continuar la resistencia en la siguiente loma, las tropas de refuerzo situadas en ésta, que iban siendo mas numerosas a medida que los nuestros se aproximaban al Torquemada, rompian un tupido y violento fuego.

Y ahora no era tan solo la infanteria balmacedista la que nos oponia resistencia. Las piezas de artilleria que poco antes menudeaban sus disparos sobre los cuerpos que atravesaban el rio se habian replegado a su línea, faltas ya de tarea a que dedicarse en aquel punto, y sus atronadores estampidos hacian repercutir violentamente el aire a poca distancia de los nuestros, al mismo tiempo que sus granadas y metrallas amenazaban a éstos con nuevos elementos de destruccion y de muerte.

El cansancio de los soldados constitucionales era estremado. Todos comprendian que mientras permanecieran sobre un terreno mas bajo que el ocupado por los contrarios estaban de parte de ellos las ventajas de la posicion y del número, y por eso avanzaban a la carrera por las colinas y trepaban ájilmente las barrancas; pero este incesante y violento ejercicio comenzaba a consumir las fuerzas de los mas animosos y robustos. Muchos, al trasmontar las quebradas, se tiraban al suelo como muertos, y allí permanecian largo rato inmóviles, sin resolverse a continuar el avance por mas que los oficiales los incitasen con empeño.

—No puedo, contestaban; déjeme descansar un poco, mi subteniente. Ya lo alcanzo.

Y apenas descansaban, en efecto, los fornidos rotos empuñaban de nuevo su fusil, se ponian valerosamente de pié, y corrian a juntarse con sus compañeros.

***

La fatiga de aquel trabajoso avance en demanda de las magníficas posiciones que formaban la base de defensa del ejército balmacedista habia sido hasta entónces el mas formidable elemento de resistencia de éste, a pesar de que el nutrido y creciente fuego de su tropa causó en las filas de los nuestros grandes y dolorosas bajas.

Sin hablar de los muertos y heridos de tropa durante el trayecto de las primeras lomas de nuestra derecha, porque su número es de todo punto incalculable, ya al principio del combate habia sido levemente herido en el brazo izquierdo el sarjento mayor don José Miguel Dodds, del Constitucion. Un poco mas adelante, sobre la segunda o tercera meseta, el subteniente don Julio Larrañaga, de la 4.ª compañia del primer batallon del mismo rejimiento, caia con las dos rodillas atravesadas por un balazo, y el subteniente don Sabino Larenas, de la 1.ª compañia del mismo batallon, recibia en una pierna una peligrosa herida.

Del Antofagasta número 8 era muerto instantáneamente por una bala que penetrándole por la boca le atravesaba la nuca, el teniente don Rodolfo Piderit, el cual pagaba de tan cara manera el honor de pertenecer a este bravo rejimiento.

El teniente Piderit, en efecto, fué dado a reconocer a bordo, poco antes de desembarcar, como oficial del cuerpo, y encontró la muerte veinticuatro horas mas tarde, en la subida de la primera loma, en momentos en que avanzaba valeroso a la cabeza de su tropa. Miembro de una distinguida familia huasquina cuyos cuatro hijos hombres se enrolaron en las filas del ejército constitucional, el teniente Piderit, jóven de unos veinte años apenas, habia entrado al Esmeralda como subteniente cuando se formó este cuerpo en Iquique. Despues, al crearse el batallon Huasco, se incorporó en él para ayudar a su fundador, don Mateo Madariaga, en las ímprobas labores de su organizacion, y, por último, era trasladado al Antofagasta el dia mismo del desembarco en Quintero.

El teniente don Santiago Vial, tambien del Antofagasta, resultaba herido en una de las primeras quebradas, al bajar con su tropa en avance. La herida del teniente Vial era leve, por mas que el proyectil le atravesase de costado a costado la espalda.

El segundo batallon del Iquique, durante su embestida en apoyo del Constitucion y del Antofagasta, esperimentaba tambien la pérdida del teniente don Manuel Ruiz, de la 4.ª compañia, que recibió en el carrillo derecho un balazo que le fracturó el hueso, causándole una mortal herida. A consecuencia de ella fallecia el teniente Ruiz diez dias despues, a pesar de que uno de sus compañeros, el subteniente don Florencio Guzman, le prestaba desde los primeros momentos los mas prolijos y cariñosos cuidados.

***

Hacia ya hora y media que los tres cuerpos de la 1.ª brigada que hemos mencionado sostenian solos por nuestra derecha todo el peso de aquella tremenda batalla, y todavia ni los que avanzaban por el camino cubierto en busca del punto mas adecuado para flanquear la estrema izquierda enemiga, ni los de la 2.ª y 3.ª brigadas, que amagaban el centro y la derecha frente a Concon Medio y Alto, rompian sus fuegos.

El Constitucion, el Antofagasta y el Iquique, sin embargo, aunque tan fatigados, estaban mui léjos de sentirse abatidos por la resistencia de sus contrarios. Lo único que podia temerse era que las municiones llegaran a escasearles con motivo del enorme consumo que se veian obligados a hacer en aquel largo y sostenido combate. A las doce y media del dia ese temor se divisaba lejano aun, y todo cuanto los tenaces batallones anhelaban era oir mui pronto a su izquierda el incesante estrépito de los fuegos de fusileria de las otras dos brigadas. En cuanto ese agradable ruido resonara, convencidos de que se acercaba el momento decisivo, renovarian como por encanto sus fuerzas, y de una embestida llegarian a la falda del negro y empinado monte que parecia desafiarlos a su frente.

Minutos despues, el eco parecia responder a los deseos de aquellos valientes. Por su izquierda, como un trueno sordo y amenazador aunque lejano, estallaban de repente los fuegos de la fusileria enemiga. La nuestra le contestaba sin demora; el ruido aumentaba; los combatientes parecian acercarse. No cabia duda: nuestra 2.ª brigada acababa de romper el fuego.

***

A las 11.15 de la mañana del 21, hora en que iniciaban el combate por nuestra derecha el Constitucion y el Antofagasta, pertenecientes a la 1.ª brigada, la 2.ª permanecia en descanso detras de los cerros que respaldan a Colmo, con escepcion de la Artilleria número 2, del comandante Silva Renard, que, habiendo avanzado a toda prisa desde Dumuño, secundaba desde temprano los fuegos de la bateria que al mando del mayor Hurtado se

hallaba situada en las colinas del lado norte del rio, al frente de Concon Bajo.

Era opinion comun entre los cuerpos de la 2.ª brigada, como ya lo hicimos notar, que la batalla no la empeñaríamos ese dia contra las tropas balmacedistas concentradas en Concon Medio, sino que, en conformidad con las miras del comandante en jefe de nuestro ejército, los espedicionarios descansarian tranquilos para reponerse de las fatigas de la marcha y de los desvelos de la trasnochada, y al dia siguiente, 22, junto con asomar por el oriente los primeros albores de la mañana, atravesarian el Aconcagua y caerian impetuosos sobre el soñoliento y tal vez desmoralizado enemigo.

Las tropas de la 2.ª brigada descansaban, en consecuencia, al reparo de los proyectiles contrarios, como a kilómetro y medio de distancia de la orilla norte del rio, mientras las piezas de artilleria de uno y otro lado sostenian su imponente y no interrumpido tiroteo. Muchos soldados dormian, a pesar del desapacible ruido, dominados por el cansancio de la marcha que acababan de hacer. De ese modo reponian sus fuerzas para avanzar de refresco, cuando, siendo ya las once de la mañana, llegaba al coronel Canto la noticia que le trasmitia el comandante Körner acerca del movimiento iniciado a nuestra derecha por la 1.ª brigada. El coronel Canto no vaciló, como se sabe, en secundar aquella operacion, y mandó órden a la 2.ª brigada, única que hasta entonces habia llegado a Colmo, de que se alistara al instante para pasar el rio.

Esta órden fué comunicada inmediatamente a los distintos cuerpos por los ayudantes del jefe de la brigada, y en el acto cada comandante tomó las disposiciones convenientes para darle cumplimiento.

***

La 1.ª brigada habia roto ya sus fuegos al sur del rio cuando la 2.ª comenzó a dejar su campamento de detras de los cerros y a tomar el camino que debia llevarla, a Colmo primero, y a Concon Medio, a traves del Aconcagua, despues. El Chañaral formaba la vanguardia y avanzó hácia Colmo tan presuroso y bien dispuesto, que los soldados hasta sintieron avivado su apetito con

la idea de la proximidad del combate. Encontrando a su paso por el caserio algunas descuidadas gallinas que picoteaban aquí y allá por entre las yerbas, varios chañaralinos se dedicaron a cazarlas, probando así la buena punteria de sus Mannlicher, y allí mismo las desplumaron "sobre calientitas" a fin de llevar la cazuela lista para despues de la batalla.

En Colmo se detenian los cuerpos de la 2.ª brigada a recibir órdenes mientras el Chañaral, que era siempre el primero en moverse, desfilaba hácia la derecha por órden del coronel Canto.

Este veterano rejimiento, digno émulo de los cuerpos mas disciplinados y animosos del ejército constitucional, estaba destinado a servir como de vínculo entre la 1.ª brigada, que se batia por nuestra derecha, y la 2.ª, que comenzaba a moverse en direccion al rio desde Colmo para atacar al enemigo por su centro. A fin de cumplir con esta disposicion, el Chañaral tendria que caminar como kilómetro y medio por la márjen norte del Aconcagua en direccion al mar, y atravesar el rio por un punto sumamente peligroso.

La consideracion de este peligro no arredró en lo menor, sin embargo, a los valientes del 5.º Divisaban los humos del tiroteo hácia su derecha, y su mas vivo deseo era el de prestar apoyo a los cuerpos de la 1.ª brigada que se batian, compartiendo con ellos las glorias y los peligros de la jornada.

Los otros cuerpos de la 2.ª brigada: el Valparaiso número 2, el Atacama número 10 y el Huasco número 11, avanzarian de frente para atacar, bajo la direccion del comandante en jefe de nuestro ejército, las fuerzas balmacedistas que se hallaban concentradas y en espera al frente de Colmo, sobre las lomas que dominan a Concon Medio.

***

Al mismo tiempo que la infanteria de la 2.ª brigada iniciaba esta importante operacion, la Artilleria número 2, mandada por el comandante Silva Renard, movia sus piezas del punto hasta donde entonces las tenia situadas, y avanzaba con ellas para colocarlas al borde del rio y protejer desde allí la pasada de sus compañeros.

Esta operacion la ejecutaron con la mayor destreza y pronti-

tud los veteranos artilleros del 2.° batallon, de tal manera que a los pocos minutos comenzaron a resonar los disparos sobre el borde mismo del rio; pero notando el comandante Silva que mas abajo, en la caja del Aconcagua, habia un espacio adecuado para contener los cañones, y que desde ese punto serian mucho mas eficaces, por lo cercanos, los efectos de sus proyectiles, dió órden de llevar allí las piezas. Esta difícil traslacion se hizo por secciones, a cargo del mayor Armstrong, y la prontitud y felicidad con que fué ejecutada demuestran las sobresalientes dotes de intelijencia de este distinguido oficial.

Antes de que la artilleria de la 2.ª brigada ejecutase este movimiento de avance en proteccion de los que iban a pasar el rio, por nuestra derecha habia efectuado ya una operacion idéntica la bateria del mismo batallon número 2 que a cargo del mayor Hurtado acompañaba a la 1.ª brigada.

Viendo, en efecto, que el Constitucion y el Antofagasta, atraidos por la configuracion del terreno y por la posicion de los contrarios, comenzaban a internarse por las lomas con una visible oblicuidad hácia nuestra izquierda, y que podia dañarlos desde la cumbre ocupada por sus cañones, el mayor Hurtado se corrió tambien hácia su izquierda hasta colocarse enfrente de las casas de Borgoño, y desde allí protejió el avance de los nuestros y siguió cañoneando las posiciones balmacedistas. Ahora que el Chañaral iba a pasar el rio por esas inmediaciones, esta bateria, distrayendo con sus fuegos al enemigo, prestaria en la pasada del 5.° eficaces servicios.

La artilleria de la 3.ª brigada, o sea los batallones números 1 y 3, mandados respectivamente por los comandantes Ortúzar y Rivera Jofré, no llegaba aun a la orilla norte del Aconcagua en los momentos de iniciar la infanteria de la 2.ª su movimiento para atravesar el Aconcagua.

* * *

Apenas divisaron los jenerales enemigos el avance de la 2.ª brigada sobre Colmo, comprendieron que llegaba el momento de la única embestida que ellos creian verdadera y formal y de la única tambien contra la cual habian tomado minuciosas precauciones. El ataque de la 1.ª brigada por nuestra derecha seguian

creyéndolo quizá pura estratajema nuestra para hacerlos distraer tropas de su centro, pues hasta entonces ignoraban la marcha oculta del Taltal, del Tarapacá, de un batallon del Iquique y de los dos escuadrones de la 1.ª brigada por aquel camino cubierto y estrecho que iba a ser para nosotros el camino de la victoria.

Viendo, pues, que la infanteria de la 2.ª brigada abandonaba el amparo de los cerros que se alzan al norte de Colmo, y sospechando que este abandono significaba su avance inmediato hácia el vado, toda la artilleria balmacedista, dejando de mano cualquier otro objetivo, concentró sus disparos sobre los que bajaban. Una lluvia de granadas caia entre las filas de nuestros soldados, cruzándose en todas direcciones y haciendo resonar el aire con su lúgubre zumbido. Por fortuna, la mayor parte, o mas bien dicho, casi todas las granadas Schrapnell enviadas en contra nuestra cayeron inertes y apagadas en el suelo, sin hacer, por lo tanto, mas efecto que el de las simples balas sólidas antiguas. Y como los constitucionales observaban cuidadosamente las reglas del órden disperso, estas balas de nueva especie causaron entre ellos apenas unas cuantas bajas.

Ademas, en este vado, lo mismo que en el de Concon Bajo que habia recorrido la 1.ª brigada, cometieron los jefes enemigos la insigne torpeza de no colocar al nivel del rio numerosos tiradores, ametralladoras y piezas de artilleria que barriesen a flor de agua a nuestros hombres en los momentos en que, invalidados para hacer uso de sus armas y teniendo que dedicar todo su esfuerzo a mantenerse en equilibrio para no ser arrastrados por la corriente, habrian de entregar inermes el pecho a sus disparos. Los recelosos estudios de los estratéjicos dictatoriales no lograron sujerirles otro sistema de defensa que el de encaramarse a las cumbres vecinas de la ribera, como si contasen antes con el cansancio que con las balas para derrotarnos. La faja de doscientos a trescientos metros de terreno llano que forma la márjen sur del rio frente a Colmo, se encontraba en completo desamparo. Aquellos espacios arenosos, aquellos matorrales, aquellas alamedas y cercas, hasta el mismo ca-erio de Concon Medio, se divisaban desiertos, y solo en los bordes y mesetas de las primeras colinas, que tendrán una elevacion de cien metros sobre el nivel del mar; sobre las altas y tendidas faldas que siguen hácia el sur; únicamente en las alturas, en una palabra, se

divisaban ametralladoras, cañones, cuerpos de infanteria y de caballeria, todo un ejército numeroso y ordenado, que parecia esperar con decision el momento de dar principio a la pelea.

¿No comprendia aquella jente que sus disparos desde la altura lograrian tan solo herir a un hombre, si le acertaban, mientras que, colocados tras de zanjas al nivel del rio, cada proyectil, rasando el agua, chocaria necesariamente contra las hileras de nuestros soldados?

No debieron calcularlo, sin duda, porque siguieron neciamente trepados en sus lomas mientras el Atacama, el Valparaiso y el Huasco se detenian en Colmo y mientras el Chañaral desfilaba por la ribera norte para ir a verificar su pasada a unos mil quinientos metros al poniente.

***

A pesar de la estension que tenia que recorrer, fué el Chañaral número 5 el primer cuerpo de la 2.ª brigada que atravesó el Aconcagua. El rio, bullicioso y encajonado, no tiene por esa parte ningun vado practicable en tiempo de crecidas, y bastaba la contemplacion de aquellas ondas tumultuosas para arredrar el ánimo de unos hombres que en las secas pampas del norte contra muchos elementos tendrán que luchar, menos contra los peligros de las anchurosas corrientes. Todos procuraban descubrir algun paso, pero no le habia, y mientras tanto los cañones dictatoriales funcionaban sin tregua, las ametralladoras los imitaban, y pronto hasta los fusiles descargarian sus menudas y mortíferas balas sobre el aislado Chañaral.

Al fin era necesario resolverse. El segundo batallon, al mando del mayor Rioseco, formaria la vanguardia y entraria primero al rio; el otro, a las órdenes del comandante Palacios, protejeria la pasada del segundo con sus fuegos y seguiria tras él. No habia que pensar en arremangarse los pantalones ni en sacarse los zapatos: la hondura no permitia allí poner en seco ninguna prenda de vestuario. Solo debia cuidarse el fusil y las municiones, y ésta fué, en efecto, la recomendacion que se hizo a los soldados.

***

En cuanto el segundo batallon del Chañaral comenzó a meterse en el rio, el enemigo colocado en las lomas del frente concentró sobre él sus fuegos de artilleria y ametralladoras. El primer batallon se desplegó entonces en la márjen norte para contestarlos, y de este modo la tropa delantera avanzó por bajo una especie de sangrienta nube de plomo y de acero.

El Aconcagua solo tiene allí dos brazos, el uno ancho y caudaloso, el otro mas angosto aunque no menos profundo, pero ambos correntosos y amenazantes, separados entre sí por una larga y baja isla arenosa. Penetró el segundo batallon al primer brazo, y apenas los soldados se hubieron separado de la orilla, una corriente poderosa pugnaba por arrastrarlos y envolverlos.

El lecho iba ahondándose más a cada paso, hasta el punto de que a los hombres de buena talla les llegaba el agua al pecho, y a los bajos al cuello. Si el acto de caminar en una laguna o en un estanque de esa profundidad es ya una operacion difícil, a pesar de hallarse ahí el agua sin movimiento, calcúlese cuánto más no lo sería teniendo que resistir y cortar aquella rápida corriente, que azotaba como contra un obstáculo en las cabezas de los soldados, formando ruidosos y violentos turbiones. Y luego, el fondo del lecho, a veces cubierto de grandes y desiguales pedruscos, a veces estriado por la fuerza de los raudales, obligaba a los hombres a ir pisando como a tientas en los momentos mismos en que un golpe de agua podia volcarlos si no se hallaban firmemente plantados en el suelo.

Agréguese a estas dificultades la de la posicion en que debian mantener el cuerpo. Sujeto el fusil con ambas manos, tenian que levantarlo sobre la cabeza en la actitud de una persona que ha cojido un trapecio para subirse a él, porque de lo contrario podian mojarse los delicados muelles del Mannlicher y el arma misma presentar un nuevo obstáculo a la corriente.

Y, por último, el enemigo lanzaba sin descanso de alto abajo una lluvia constante de proyectiles. Muchos de ellos se sumerjian inofensivos en el agua, pero otros estallaban entre los grupos de soldados, ya hiriendo o matando a unos, ya obligando a otros a dejarse arrebatar por las aguas por hurtar el cuerpo a los

mortíferos cascos. ¡Ah! ¿Y si en vez de venir los disparos desde lo alto se les hubiera dirijido desde el mismo borde opuesto? Mui probable fuera entonces que ni uno solo de los soldados del Chañaral lograse poner la planta en la márjen sur del rio.

***

Aquel prolongado peligro comenzó pronto a causar desgraciados accidentes. Soldados y oficiales rodaban a veces rio abajo, y aunque muchos eran pescados por sus compañeros, algunos, envueltos por la vorájine, perecian ahogados. La tropa, en presencia de este riesgo imprevisto, comenzaba a descorazonarse. Todos estaban dispuestos a afrontar la muerte en el fuego, pero nadie se habia figurado que el agua fuese tambien un enemigo tan terrible.

A fin de dar ánimo a su jente, el comandante Palacios se metió de a caballo en el rio a la cabeza del primer batallon, que habia quedado en la orilla norte. El segundo se encontraba ya en la isla, y desde allí rompia sus fuegos. Así daba tiempo al primero para que pasase aquel brazo sin ser el blanco esclusivo de los tiros contrarios.

Pasó, en efecto, el primer batallon en medio de iguales riesgos que el segundo y viéndose muchos soldados en inminente peligro de perecer. Los de las últimas compañías, sobre todo, tenian que hacer esfuerzos sobrehumanos para vencer la violencia de los golpes de agua, y algunos, medio ahogados, volvieron nuevamente a la orilla de donde habian partido. Solo despues de una lucha prolongada contra las furiosas ondas lograban los mas llegar a la isla, y allí se encontraban con sus compañeros del segundo batallon, que los esperaban cariacontecidos y poco dispuestos a renovar la lucha en el segundo brazo.

Fué necesario entonces que los jefes y oficiales se valiesen de todo su influjo para incitar a su tropa a repetir la temerosa operacion. Hasta los ayudantes del jefe de la brigada, metiéndose con sus caballos en el rio, ayudaban a pasar a los mas tímidos. El mismo jefe de estado mayor divisionario, sarjento mayor don Manuel J. Poblete, que fué a llevar al comandante Palacios la órden de que se cargase a la derecha con su rejimiento a fin de reforzar por ese lado al Constitucion y demas cuerpos de la 1.ª

brigada, permaneció al lado de éste ayudándolo en la difícil tarea de animar a su jente a que pasase.

Al fin se pudo organizar algunos grupos y determinarlos a afrontar de nuevo las amenazas del rio. El comandante Palacios y los jefes que iban a caballo sirvieron como de núcleo a diversos pelotones. Los soldados se cojian de las estriberas, de las alas de la silla, de los mandiles, de las colas de los caballos, y apuntalados de ese modo cruzaron los veloces raudales, espuestos a que una mala pisada de las bestias, un tropezon de los que las escoltaban, un accidente cualquiera, los volcasen a todos en medio de la corriente y los hicieran formar un nudo de apurados náufragos.

Y el enemigo, mientras tanto, hacia llover sobre sus cabezas metrallas y granadas. Uno de estos proyectiles estalló al lado mismo del comandante Palacios, que avanzaba intrépido y sereno a pesar de lo crítico de la situacion, y solo por una estraña casualidad no lo hirió con sus cascos, aunque voló la cabeza de uno de los soldados que se apuntalaban en su caballo. Era el platillero de la banda de músicos, y no quiso quedarse a bordo con sus compañeros, pues alegó que se habia enrolado en el rejimiento para tomar parte en las batallas mas bien que para tocar los platillos, y ahora la muerte le salia al encuentro sin darle tiempo para cumplir sus belicosos deseos.

***

Despues de una larga y trajediosa travesia logró al fin el Chañaral poner la planta en la orilla sur del rio. Los soldados creyeron revivir al encontrarse ahí, en donde los esperaban, mas nutridos, los disparos de la infanteria balmacedista; pero ahora podrian defenderse y atacar, y esta idea les infundia, más que alientos, alegria. Todos, naturalmente, estaban hechos una sopa. Las mojadas ropas se les pegaban en el cuerpo, y esta circunstancia embarazaba en estremo su marcha. Los pantalones de diablo fuerte especialmente habian encojido mucho, y a los que no les quedaban ántes mui holgados les estrechaban ahora demasiado las piernas, dificultándoles el movimiento de ellas en el rápido avance que iban a emprender contra el enemigo.

Varios entonces, no queriendo sentirse estorbados por una

prenda que de ninguna utilidad les era en esas condiciones y en aquel momento, comenzaron a sacarse los pantalones y continuaron adelante en calzoncillos. Otros, mineros de profesion quizá, y mas acostumbrados a la ámplia hojota que al estrecho botin, dejaron tambien allí sus mojados zapatos y emprendieron "a pata pelada" la marcha por la márjen sur del rio. Hasta un oficial, el subteniente don Isidro Vergara, abandonó en aquel sitio sus pantalones y siguió peleando, mui fresco, en calzoncillos.

Durante el paso del rio, fuera de las bajas causadas por los proyectiles enemigos, perecieron ahogados seis soldados del Chañaral. Muchos oficiales, entre ellos el mayor Moore y el capitan don Aníbal Pinto, se vieron arrastrados por la corriente y en inminente peligro de perecer, pero lograron ser puestos en salvo por abnegados compañeros. Solo al subteniente don Lorenzo Romo fué imposible pescarlo. El agua lo envolvió desde el principio y lo arrastró rápidamente fuera del alcance de los nuestros, de modo que pereció ahogado entre las ondas.

Fuera de la 4.ª compañia del primer batallon, que permaneció en la ribera norte acompañando a la artilleria del mayor Hurtado y que despues atravesó con ésta el rio, todo el Chañaral se encontraba en la orilla sur poco ántes de la una de la tarde. El enemigo rompia entonces sobre él, desde las alturas vecinas, un fuego nutridísimo de artilleria y fusileria; de tal modo que, a pesar de la desorganizacion en que se encontraba la tropa de resultas de la pasada del rio, no fué posible detenerse a organizarla en aquella desventajosa posicion, pues eso hubiera sido esponerla poco menos que inerme a los disparos que desde el borde de las lomas le dirijian los dictatoriales.

Se emprendió, pues, a toda carrera la marcha de avance por un callejon que desembocaba en el rio, y solo allí se repartieron a la lijera los soldados en sus respectivas compañias.

***

El segundo batallon, a cuya cabeza iban el comandante Palacios y el mayor don Luis Orrego Luco, comenzó a correrse hácia nuestra derecha, en cumplimiento de la órden recibida, para ir a reforzar los cuerpos de la 1.ª brigada y a poner en contacto

con ellos a los de la 2.ª y 3.ª El primero continuó su avance sobre la línea enemiga; pero su número era en estremo exiguo para intentar con medianas probabilidades de éxito una obra tan magna como el ataque de frente contra las posiciones de Concon Medio, en donde los balmacedistas, como se sabe, habian acumulado todos sus elementos de resistencia. Se dirijió a ellas, sin embargo, afrontando el mortífero fuego que de diversos puntos se le dirijia; mas como se comprendiera que fracasaria en aquel vano empeño, procurando al enemigo una fácil victoria, se mandó solicitar del coronel Canto el envio de mas tropa en su apoyo.

El comandante en jefe del ejército constitucional contestó que el Valparaiso, el Atacama y el Huasco se los reservaba él para pasar por el vado frente a las casas de Colmo, y entonces el Chañaral hubo de sostenerse como pudo en la situacion que hemos indicado, esperando la pasada de sus compañeros, que ya no habia de tardar. El segundo batallon continuó internándose hácia nuestra derecha, en direccion a las lomas en donde el Constitucion, el Antofagasta y una parte del Iquique se batian a esa hora, y el primero se repartió en diversos grupos: unos continuaron el ataque por el frente, otros se reunieron en seguida a los cuerpos que pasaron el rio mas a la izquierda, y otros, por fin, se desviaron a la derecha, siguiendo las huellas del segundo batallon. Entre éstos merece mencionarse un grupo como de sesenta hombres que al mando del ayudante Valdivia se internó por las quebradas y lomas y fué pronto a reunirse con los bravos de la 1.ª brigada.

***

El Valparaiso número 2, el Atacama número 10 y el Huasco número 11, que formaban con el Chañaral la infanteria de la 2.ª brigada, solo esperaban la órden de avanzar para salir de las casas de Colmo con direccion al rio. Parece que al Atacama se le habia dado primeramente la órden de marchar en refuerzo del Chañaral y de avanzar por tanto hácia el poniente a lo largo de la ribera hasta llegar al punto por donde este bravo rejimiento atravesó el rio a costa de tantos sacrificios; pero esta órden quedó pronto sin efecto, aun cuando el comandante Boonen se preparaba ya para darle cumplimiento, pues se resolvió dejar

sólo al Chañaral por aquel lado y cargar a nuestra izquierda, frente a Colmo, todo el empuje de la 2.ª brigada, a causa de que en este punto se hallaban las posiciones mas fuertes, la infantería mas numerosa y toda la artilleria con que hasta esa hora contaba el enemigo.

Se dió, pues, al Atacama la nueva órden de cruzar el rio por el vado que hai frente a las casas de Colmo y atacar en seguida la loma que queda al poniente del camino a Viña del Mar, en donde se hallaba colocada en tres escalones bien dispuestos la numerosa artilleria dictatorial.

Este mismo era el objetivo señalado al Valparaiso, mientras el Huasco debia correrse hácia nuestra estrema izquierda para amenazar con un flanqueo por el lado de Concon Alto la estensa línea de batalla de los balmacedistas.

Los tres cuerpos se pusieron mui pronto en marcha, llevando la delantera el Valparaiso, siguiendo el Atacama y cerrando la marcha el Huasco; y apenas hubieron asomado al camino que desde Colmo desciende al Aconcagua, la artilleria enemiga, que parecia esperar con ánsia aquel momento, comenzó a descargar furiosa sus tiros de granada sobre la tropa que avanzaba. Los proyectiles, describiendo sus amenazantes curvas, pasaban ruidosamente por sobre las cabezas de nuestros soldados, aunque sin producir el número de bajas que debiera temerse dada la celeridad del cañoneo. Aquí, en efecto, pudo observarse lo mismo que ya se habia notado mas a nuestra derecha, esto es, que las granadas Schrapnell fallaban en su mayor parte, a pesar de la buena direccion que traian y a pesar tambien de que debia suponerse eran graduadas por artilleros competentes.

Esta falta de eficacia de los fuegos de la artilleria balmacedista no pudo menos de alentar el ánimo de los nuestros en aquellas circunstancias; de modo que continuaron su avance hasta la orilla del rio confiados y resueltos. El Valparaiso lo pasaria a la vanguardia, le seguiria el Atacama, y ambos empeñarian e nton ces la batalla en Concon Medio, en el punto mismo donde los defensores de la tirania los esperaban atrincherados y amenazantes.

Serian mas o menos las doce y media del dia cuando los primeros soldados del Valparaiso llegaban al borde del Aconcagua y se alistaban para pasarlo sin demora.

***

Uno de los empleados de la hacienda de Colmo se prestó a servir de guia al Valparaiso en el vado, y tras él siguió presuroso este distinguido y veterano rejimiento. Por órden de compañias, y observando las prescripciones de la nueva táctica, comenzaron los soldados a entrar en el agua sin preocuparse de librar los zapatos ni la ropa de una mojada, tanto porque la hondura del rio hacia inútil cualquiera medida de precaucion, cuanto porque el nutrido fuego de los cañones y ametralladoras de la opuesta orilla no daba tiempo para pensar en semejantes pequeñeces.

El Aconcagua se reparte allí en tres caudalosos brazos, separados unos de otros por anchas fajas arenosas, en algunas de las cuales crecen matas y chilcas que forman tupidos matorrales. Mas allá del tercer brazo, la márjen sur asciende con suave declive durante una estension de doscientos a trescientos metros, hasta llegar al pié de las colinas que sirven de contrafuertes a la cadena de altos cerros que tiene su comienzo al poniente en el adusto Torquemada.

Como en el resto de la orilla sur, ninguna fuerza enemiga ocupaba la parte baja del terreno colindante con el rio. Solo en las cumbres de las lomas vecinas habian acumulado los jenerales balmacedistas sus mejores elementos de combate, convencidos, mediante una de esas inesplicables obsesiones que a veces se apoderan del espíritu, de que por Colmo, y solo por Colmo, emprenderia su verdadero ataque nuestro ejército. La presencia del Valparaiso, del Atacama y del Huasco en ese punto, el avance del Chañaral y el movimiento de concentracion de la artilleria hácia nuestra izquierda, como buscando el amparo de las fuerzas existentes en Colmo, contribuyeron a mantenerlos en una creencia que por la circunstancia de ser errónea nos era ya sumamente favorable, aunque, por otro lado, la acumulacion de fuerzas enemigas en este punto debiera producir terribles efectos en los cuerpos de nuestra 2.ª brigada.

No dejó de echarse de menos en Colmo por parte de los que comenzaban a internarse en el rio la colocacion de una o mas cuerdas o sogas que uniesen las dos orillas de cada brazo. Los soldados entonces, en vez de lanzarse rio adentro sin contar con

ningun punto de apoyo que los sostuviera contra los embates de la corriente, se habrian deslizado sin peligro a lo largo del pasamano, y de este modo, no solo no hubieran muerto ahogados muchos, ni acobardádose muchos tambien a causa de los riesgos que corrieron, sino que la pasada pudo verificarse con toda rapidez y buen órden.

Algunos hasta esperaban pasar el Aconcagua por los puentes portátiles de que se aseguraba iba provisto el cuerpo de Injenieros y que no hubiera sido difícil echar dado el abandono en que el enemigo mantenia la orilla sur. Sufrieron, pues, no pequeña desilusion al verse obligados a meterse en el rio sin defensa alguna, ni contra la lluvia de proyectiles que les caia, ni contra los violentos embates de la poderosa corriente.

***

Las escenas ocurridas durante el paso del Chañaral se repitieron aquí, agravadas por la menor distancia a que se encontraban los cañones enemigos y por lo estudiadas que tenian sus punterias contra los que debian avanzar por el lado de Colmo. En el vado mismo llegaba el agua al pecho a los hombres de mediana estatura, y si por desgracia se desviaban algo, se veian de repente sumerjidos hasta el cuello. No pocos eran arrastrados por las aguas y llevados a un raudal cercano en donde su salvacion se hacia en estremo difícil, y no pocos tambien, alcanzados por los proyectiles enemigos, perecian ahogados al mover su cuerpo a la primera impresion que les causaba la herida. Algunos animosos salvadores, entre los cuales se hacia notar por su intrepidez el capitan don Alfredo Irarrázaval, del cuartel jeneral, provistos de lazos y metiéndose de a caballo en el rio, sacaban a la orilla a muchos de los que eran arrebatados por la corriente; pero no todos tenian la suerte de pasar a su alcance o de pescarse a tiempo de la cuerda y perecian lastimosamente entre las turbulentas ondas.

El paso del rio infundia a la tropa el natural temor que causa la amenaza de cercana muerte de parte de un enemigo superior y misterioso, contra el que nada pueden las armas, el esfuerzo ni el coraje. Por este motivo, despues de cruzado el primer brazo no fué posible impedir que muchos soldados se estendieran

a lo largo de la isla arenosa y comenzasen desde allí a contestar con sus rápidos Mannlicher los tiros de cañon y ametralladora que les hacia el enemigo, desperdiciando en esta operacion no pequeña parte de los 150 tiros de que cada cual iba provisto. Los oficiales y jefes consiguieron, sin embargo, contenerlos y hacerlos avanzar a la carrera por la isla hasta llegar al segundo brazo, porque ya en aquel sitio llano y pelado comenzaban a hacer grandes bajas los proyectiles enemigos.

***

La travesia del segundo brazo se efectuó en las mismas condiciones que el primero. Las caidas se multiplicaban, las granadas llovian, y ya este punto quedaba bajo los fuegos de la infanteria enemiga, que disparaba sin descanso, resguardada tras de los bordes de las altas lomas vecinas. Costó grandísimo trabajo evitar el desperdicio de municiones en la segunda isla, porque los oficiales, junto con recojer a los tiradores, tenian que encaminarlos hácia la orilla del tercer brazo y conjurarlos a que lo atravesasen sin demora.

En la pasada de esta parte del rio las bajas esperimentadas por el Valparaiso fueron realmente asustadoras. A cada momento inmóviles cuerpos de heridos o de ahogados se desprendian de las filas y eran arrebatados por la corriente. Grupos de tres, cuatro y hasta cinco hombres, heridos por las granadas o desequilibrados por su cercana esplosion, corrian rio abajo en lastimosas actitudes, esparciendo el terror entre sus compañeros. La permanencia de la tropa en la segunda isla fué por esto mas prolongada que en la primera. Aquí, ocultos entre las matas y chilcas, creian los soldados hallarse mas premunidos contra la muerte que afrontando las impetuosas iras del Aconcagua. Aquí tambien podian devolver tiro por tiro y nó, como en el rio, entregarse inermes a los ataques de dos adversarios formidables: la fria corriente y el alíjero y encendido plomo. Por eso disparaban sin descanso, y por eso tambien solo a costa de los mayores esfuerzos, y casi de a uno por uno, se logró empujarlos hasta la orilla del tercer brazo.

Las terribles escenas anteriores se repitieron en la pasada de éste. El agua se llevaba a unos, y las balas, que caian como gra-

nizada, a otros. Si el enemigo bajara entónces de sus lomas, de seguro que aquel brazo del Aconcagua se hubiera convertido en el teatro de una sangrienta y dolorosa hecatombe.

Pero los balmacedistas permanecieron encaramados en la altura, y esto dió tiempo a los del Valparaiso para pasar ese último brazo y poner al fin el pié en la márjen sur del rio. Uno de los grandes peligros, el mas irresistible, habia desaparecido. El otro podia vencerse con denuedo, y nuestros soldados no deseaban otra cosa que afrontarlo. ¡Con qué rabia, con qué empuje, con cuánta decision se batirian!

***

Se calcula en no ménos de sesenta a ochenta bajas de tropa las que sufrió el Valparaiso durante aquella larga y aterradora travesia. Lo mas sensible es que todas ellas corresponden a otros tantos muertos, pues los heridos, como se comprenderá, no podian caer en brazos de solícitos compañeros ni de próvidos cirujanos sino en el seno de las revueltas aguas, que los envolvian en espantoso y anticipado sudario. Solo los mui levemente lesionados y que conservaban suficiente sangre fria para continuar firmes en su penoso avance escaparon allí de las ánsias de una muerte por ahogamiento. Tambien los oficiales heridos, cariñosamente amparados (y en ocasiones con grave riesgo de la vida) por los soldados mas cercanos, lograron en su mayor parte llegar hasta la ribera sur del rio.

No sucedió así, por desgracia, con el teniente don Mateo Fernandez Franco, quien fué muerto instantáneamente durante la pasada del tercer brazo del rio por una bala de fusil que le atravesó de parte a parte la cabeza. Fernandez Franco, abogado distinguido y redactor del Ferrocarril del Sur de Curicó al declararse la dictadura, habia combatido rudamente contra la política y los hombres que desde tiempo atras encaminaban el pais a la ruina y al oprobio. Llegada la hora de las persecuciones, Cerda y Ossa, esbirro del tirano en esa provincia y personalmente interesado en apoderarse de Fernandez Franco para castigarlo por la enerjia con que atacara sus desmanes, buscó, más que con empeño con saña, al valeroso periodista. Este, sin embargo, logró escapársele, y atravesando primero la cordillera y despues

la República Arjentina, corrió a sostener con las armas lo que antes sostuviera con la pluma. Incorporado en el ejército constitucional en las filas del Valparaiso, marchó entusiasta a derramar su sangre por la causa de la libertad y vino a encontrar la muerte de los primeros, antes de ver coronados por la victoria sus esfuerzos y su activa propaganda.

El sarjento mayor don Justiniano Almendroza, tercer jefe del Valparaiso, recibia una grave herida al atravesar la isla situada entre el primero y el segundo brazo del rio; pero como afortunadamente este jóven y valeroso jefe, a mas de hallarse fuera del agua en los momentos de ser alcanzado por el proyectil, disponia de una cabalgadura que a su gloriosa cojera le ahorraba la molestia de una caminata a pié, no solo se vió libre de las amenazas de la corriente, sino que pudo continuar al mando de su tropa en aquellas terribles circunstancias, animándola con la voz, con los recuerdos y con el ejemplo hasta que toda hubo pasado el último brazo del rio.

La herida del mayor Almendroza no era despreciable, sin embargo. El proyectil enemigo, cayéndole de alto a bajo, le penetraba por la parte superior del brazo derecho, fracturándole en dos o tres partes el hueso.

No obstante esto, como decíamos, el bravo Almendroza, haciéndose vendar a la lijera la herida, continuaba al frente de su tropa durante la pasada del rio, la acompañaba en seguida en el avance, se metia con ella en lo mas rudo de la pelea, y solo terminada ésta consentia en ser llevado a una ambulancia. De aquí se escapaba despues, con escándalo de los doctores, el dia de la batalla de la Placilla.

Debilitado y enflaquecido, pero mas dominado por la fiebre del patriotismo que por la que le causaban sus dolencias, entraba en la Placilla con su rejimiento en la refriega, avanzaba entre los primeros, mostrando como insignia de ejemplar valor el blanco vendaje de su herida, y de nuevo una bala dictatorial le tronchaba el hueso un poco mas arriba del mismo brazo que tuvo fracturado en Concon. Solo entonces se retiraba algo del campo, sostenido por su compañero de rejimiento y de bravura, el teniente coronel don Martin 2.° Escobar, demostrando cuántos brios infunde en los corazones levantados la defensa de una noble y justa causa.

***

El mayor Almendroza, por lo demas, era ya, antes de Concon, uno de los muchos héroes de esta épica campaña. Retirado del ejército, a que pertenecia antes del golpe de estado, se encontraba en Pisagua en aquellos aciagos dias—que hoi parecen tan lejanos—en que la escuadra chilena vagaba por los mares como bandada de aves marinas empujada por el huracan, sin encontrar un puerto amigo donde acojerse. Pisagua estaba bloqueado, y Almendroza, en compañia de algunos de los oficiales de la guarnicion, concibió el atrevido proyecto de entregar la ciudad, con la tropa que la resguardaba, al jefe del buque bloqueador. Maduró planes, ajitó el proyecto, se puso al habla con el comandante don Joaquin Muñoz, teniendo para ello en ocasiones que ganar a nado la costa, y por fin tuvo la satisfaccion de ver realizados sus propósitos mediante el trajicómico pronunciamiento conocido con el nombre de "la sublevacion de Anabalon" por el del distinguido oficial que lo encabezó.

Desde entonces se incorporó Almendroza al ejército constitucional, siendo por tanto uno de los fundadores de éste, y en Zapiga recibió un cruel balazo que le destrozó los huesos de un pié. Postrado largos dias en cama, y soportando con resignacion dolorosas operaciones quirúrjicas, Almendroza no sentia agotada su paciencia mientras se hablaba de espedicion sobre el sur; y apenas se hubo formalizado la organizacion de la que debia terminar en la Placilla, solicitó con ahinco un puesto, fué nombrado tercer jefe del Valparaiso, y sufriendo hasta durante la navegacion de Iquique a Quintero la estraccion de pequeños huesos de su rebelde herida, desembarcaba con su rejimiento, emprendia la marcha, atravesaba a caballo el Aconcagua, y durante tan terrible trayecto recibia la grave herida que hemos mencionado.

Agreguemos aquí que Almendroza, casi restablecido ya, acaba de ser ascendido a teniente-coronel por la escelentísima Junta de Gobierno.

***

Al pasar el Valparaiso el tercer brazo del Aconcagua resultaba herido tambien, ademas de los anteriores, el capitan ayu-

dante don Pedro Simon Carvajal por una bala de fusil que le causaba una lesion leve en un muslo. El subteniente don Francisco Canales, uno de los mas antiguos fundadores del ejército constitucional, como que se embarcó en Valparaiso el mismo 7 de enero en compañia de algunos otros voluntarios, era igualmente herido de poca gravedad en una pierna durante la pasada del tercer brazo, y por fin, el subteniente don Cárlos Renjifo recibia una herida leve en un brazo en los momentos mismos en que lograba al fin poner sus plantas en la márjen sur del infausto rio.

***

El Atacama, que debia pasar el rio a continuacion del Valparaiso, sufrió las mismas contrariedades y peligros que tanto entorpecieron la accion de éste y que tan dolorosas pérdidas le causaron. El Atacama, ademas, cuerpo mui numeroso pero que contaba con mayor número de reclutas que cualquier otro de los del ejército constitucional, habia de sentirse impresionado por el espectáculo de los sufrimientos de su compañero de brigada durante la travesia de aquellos dos amenazantes brazos, y como consecuencia de ello era regular que no avanzase con mucha decision ni con mucha celeridad. Un batallon entero, al mando del comandante Figueroa, tuvo que ser dejado como reserva al avanzar el 2.°, a las órdenes del comandante Boonen, de su acantonamiento sobre los cerros de Colmo al caserio de la hacienda de este nombre; y al pasar el rio, el horroroso fuego del enemigo, los embates de la corriente y las muertes que el rio y las balas producian, fueron causa de que el primitivo empuje de los valerosos atacameños se sintiera como aminorado y detenido. Todos deseaban hacer cuanto antes uso de sus armas, nó perecer allí sin defensa y sin gloria, y por eso costaba enorme trabajo hacerlos parar el fuego en la orilla norte y al llegar a las islas, y obligarlos despues a meterse de nuevo en el agua. Este gasto de municiones, que mas tarde debia producir funestos resultados, solo terminaba en fuerza de las reiteradas instancias de jefes y oficiales, que comprendian que lo mas urjente era atravesar pronto el Aconcagua y atacar a los dictatoriales en las lomas mismas desde donde ahora descargaban casi a mansalva sus tiros sobre los nuestros.

Las bajas del Atacama durante la pasada no fueron, sin embargo, tan considerables como las del Valparaiso. Los ahogados llegaron a seis, y el número de muertos y heridos por balas a poco mas del doble de ese número. Esto se debió, sin duda, a que los tiradores enemigos, entretenidos en apuntar al Valparaiso, que iba mas adelante por la misma ruta que siguió a continuacion el Atacama, no se dedicaban tanto a disparar sobre éste como sobre el que primero iba a encontrarse al pié de sus trincheras.

A medida que los primeros soldados del Atacama fueron llegando a la márjen sur del rio, se formaron en línea de tiradores, y entreverados con los del Valparaiso, y despues con algunos del Chañaral, emprendieron el avance sobre las posiciones enemigas.

*
* *

El Huasco número 11 pasó el rio, a costa de muchos esfuerzos, por un punto situado al oriente del vado que recorrieron el Valparaiso y el Atacama; y aunque el Aconcagua corre por allí mas encajonado, y tal vez mas profundo y peligroso que por frente a Colmo, el Huasco tuvo relativamente que lamentar menos desgracias que sus dos compañeros durante la pasada.

Esto se debió en mucha parte a que el enemigo casi no le hizo fuego, a causa de la distancia a que se encontraba ese punto de su núcleo de defensa y a que, habiéndose movido el Huasco en direccion al rio cuando ya los otros cuerpos de la misma brigada se hallaban empeñados en la travesia y los balmacedistas dedicados a estorbársela, pudo ese batallon emprender con mas tranquilidad la operacion, y los soldados contraerse tan solo a vencer las dificultades que les oponia la corriente.

Una vez el Huasco en la ribera sur, en vez de dirijirse al punto en que el Valparaiso y el Atacama combatian, que quedaba a su derecha, torció hácia el lado contrario, es decir, hácia el oriente, internándose, en cumplimiento de sus instrucciones, a ocupar las alturas que vinieron a formar la estrema izquierda de nuestra línea de batalla. Desde esas alturas amagaba el Huasco la estrema derecha del enemigo, quizá con el intento de flanquearlo por ese punto y de impedirle la retirada hácia Tabolango, San Pedro y Quillota por la ribera sur del Aconcagua, como en efec-

to se verificó, pero sin que lo retirado de su situacion, que lo constituia en una especie de inútil reserva, le permitiera tomar una parte activa en la tremenda batalla que entonces comenzaba por nuestro centro e izquierda.

Por eso la accion del Huasco solo vino a hacerse sentir en parte a la conclusion de la batalla, dedicándose entonces a la tarea de recojer prisioneros y de cerrar el paso a los que huian por su lado.

***

En cuanto los distintos cuerpos de la 2.ª brigada que hemos enumerado hubieron pasado el último brazo del Aconcagua y librádose así de las pavorosas amenazas de aquellas aguas enfurecidas, todos ellos, con escepcion del Huasco, que se alejó, como dijimos, por nuestra izquierda, y del batallon del Chañaral que se corrió a nuestra derecha en apoyo de los cuerpos de la 1.ª brigada, se estendieron con presteza en líneas de tiradores, y ocultándose entre los matorrales, aprovechando diestramente los pliegues del terreno, las hondonadas y el reparo que pudieran ofrecerles las casitas y el arbolado, rompieron sobre los enemigos que ocupaban las priméras lomas, y que tanto los habian hostigado con sus disparos durante la pasada del rio, un fuego horrísono y certero.

La tropa no estaba organizada, por cierto, en rejimientos, batallones y compañias, ni se batia tampoco estrictamente sujeta a sus correspondientes jefes y oficiales. Desde el momento de emprenderse la pasada del rio comenzó la desorganizacion de los cuerpos, motivada por los variados accidentes de la peligrosa travesia. Unos soldados se atrasaban a la entrada del primer brazo, otros en las islas intermedias, varios se desviaban a la izquierda o a la derecha, algunos se detenian en la orilla sur metidos entre los chilcales, y por fin no pocos, principalmente del Atacama, permanecieron en la orilla norte del rio durante largo rato, haciendo desde allí un fuego que por su lejania casi ningun efecto causaba al enemigo, mientras que asustaba a los nuestros con la idea de ser heridos por la espalda.

Aun en semejantes circunstancias, jeneralmente no previstas por los tratados de táctica, produjo sus naturales resultados el nuevo sistema de órden disperso introducido por el comandante

Körner. Los soldados se buscaban como instintivamente para reunirse en grupos de a nueve, y así reunidos, formando un pequeño ejército, o sea una unidad de combate, avanzaban con cautela, buscaban los puntos ventajosos para disparar sin ser heridos, maniobraban con método, y combatian, a pesar de la mezcolanza de compañias y de cuerpos, con mucho mayor órden y eficacia que como en iguales circunstancias lo hubieran hecho por el sistema antiguo batallones veteranos, disciplinados y aguerridos.

***

El nuevo fusil, el Mannlicher, que ahora estrenaba (y por primera vez en el mundo) la 2.ª brigada de nuestro ejército, producia tambien sorprendentes resultados. La certeza de su punteria era admirable, y su magnífico alcance y estremada rapidez llegaban a convertirse en desventajas en las inespertas manos de los que lo manejaban. En los primeros momentos, sin embargo, esta rapidez nos fué mui favorable, porque apenas reunida alguna tropa en la márjen sur del rio, el fuego que se abrió contra los defensores de la primera loma fué tan constante como nutrido.

El rejimiento que en ese punto formaba la primera línea enemigo era el 9.°, del cual, segun se supo mas tarde por los prisioneros, estaban recelosos el tirano y sus secuaces, y por cuyo motivo lo colocaron allí, sea a fin de tenerlo bajo los fuegos de las tropas que consideraban mas fieles, sea para que su oposicionismo se evaporara al recibir los primeros disparos de los nuestros, despertando en él el espíritu de resistencia, que equivalia entonces al de la propia conservacion.

Esto último fué sin duda lo que desde el principio sucedió, y sin necesidad de mucho estímulo. Apenas estuvieron los nuestros al alcance de sus fusiles, los soldados del 9.° se apresuraron a romper el fuego, disparando con entusiasta celeridad, principalmente contra los que indefensos atravesaban algunos de los brazos del rio. Hicieron, pues, desde el principio acto de balmacedistas decididos, y como tales fueron tratados tambien por la 2.ª brigada. Y aunque el 9.° se componia de tropa de línea instruida y veterana, y como veterana se batió, el nuevo fusil y la nueva táctica trasformaron en soldados superiores a ellos a

los bisoños nuestros que iban poblando la ribera sur del Aconcagua.

***

Apenas hubieron llegado aquí los últimos soldados de la 2.ª brigada, el movimiento de avance a que tan naturalmente inclinado es el soldado chileno se impuso como una necesidad de la situacion, del terreno y de la actitud del adversario. Todos los grupos buscaban espacio donde estenderse y maniobrar, y poco a poco fué formándose una media luna de fuego en torno de la primera loma enemiga. La celeridad de los disparos era increible. El estrépito semejaba el largo y no interrumpido redoble de una enorme banda de jigantescos tambores. Desde las posiciones de los nuestros, situadas entonces a unos quinientos metros de las contrarias, se veia claramente cómo rodaban por el suelo aquellos sospechados defensores de la tirania. De poco les servia la ventaja de su posicion contra hombres que se batian ocultos y tendidos, y en cambio, apenas asomaban ellos la cabeza, caian acribillados por numerosos y certeros disparos.

Semejante espectáculo reavivó el valor y el entusiasmo hasta en aquellos que mas se habian amilanado durante la terrible pasada del Aconcagua. Los primeros grupos comenzaron a avanzar a lo largo de una alameda que comienza en la misma orilla sur del rio y va a terminar al pié de unas faldas a cuyo lado poniente se encontraba la posicion mas avanzada de los balmacedistas. Otros se dirijieron a las cuantas casitas y pobres ranchos que forman el caserio de Concon Medio.

Apenas iniciado este movimiento de avance, el empuje de los nuestros se hizo tan audaz como irresistible. Diversos grupos y secciones, mejor organizadas ya mediante los esfuerzos de jefes y oficiales y la serenidad que infundia en el ánimo de los soldados la probabilidad de vencer fácilmente al enemigo, prosiguieron con método y valentia en direccion a las alturas, al mismo tiempo que el fuego de nuestra parte continuaba abrumador y bien dirijido.

Se habrian acercado los grupos de la 2.ª brigada a unos trescientos metros de las primeras lomas ocupadas por los dictatoriales cuando éstos comprendieron que aquella situacion era insostenible y comenzaron en consecuencia a retirarse. En vano

un bizarro y numeroso rejimiento, el 7.° de línea al parecer, acudió ordenado en su socorro y se estendió en guerrilla a lo largo de la meseta. Ya los nuestros habian recobrado todos sus brios y avanzaban cerro arriba resueltos e invencibles. El 7.° rompió un vivo fuego desde la altura, causó en las filas de los asaltantes numerosas bajas, pero éstos continuaban ascendiendo la colina, y pronto se batirian frente a frente con sus contrarios. El 9.° enemigo habia desaparecido. Los que no quedaron muertos o heridos sobre la loma pasaron descorazonados a retaguardia del rejimiento de refresco que acudia en su socorro, y éste mismo, impresionado por la actitud atrevida, por el fuego nutrido e incesante y por el avance metódico de sus atacadores, no parecia mui seguro de su triunfo. Sus bajas comenzaban a ser numerosas, sus vacilaciones perceptibles.

***

Pero avanzó entonces en apoyo del 7.° un nuevo rejimiento, el Buin, y este ausilio dió ánimos al enemigo, sin que por eso disminuyese el de los constitucionales. El fuego se sostenia de una y otra parte ensordecedor y terrible. Las balas silbaban con siniestro ruido; la muerte hacia víctimas numerosas en ambos campos; mas si los enemigos se mantenian firmes, los nuestros, enardecida ya la sangre y evocados por jefes y oficiales los crímenes y la vergüenza de la tirania, lejos de cejar un punto, duplicaban sus esfuerzos y su coraje.

En aquellos momentos decisivos y supremos se hacian notar por su arrojo y valentia el mayor don Nicanor Ibañez y el capitan ayudante don Cárlos G. Carmona, del Valparaiso, que al frente de un grupo de 150 a 200 tiradores de diversos cuerpos avanzaban de frente cerro arriba desplegados en órden y dirijiéndose osadamente a la parte del cerro en donde parecia mas fuerte la primera posicion de los contrarios. El mayor don Enrique N. Astorga y el capitan don Rodolfo Prieto, del Atacama, se distinguian tambien por su serenidad y arrojo, el primero organizando debidamente los grupos y secciones en medio de los nutridos disparos del enemigo, y el segundo conduciéndolos personalmente al fuego en los puntos en donde podia ser mas eficaz y conveniente su concurso.

Por otro lado, el segundo jefe del Atacama, don Francisco E. Figueroa, hacia adelantar su jente, la metia al fuego, volvia en busca de nuevos retrasados, y, por fin, seguro ya de que ningun reacio se quedaba oculto en los matorrales ni perdido entre los ranchos ni las hondonadas, entraba a su turno en el fuego, dando ejemplo de intrepidez y decision. El segundo jefe del Valparaiso, teniente coronel don Martin 2.° Escobar, aparecia como digno émulo de su colega del Atacama; y justificando la fama de sereno, de arrojado y de valiente que desde el principio de la campaña conquistara (y que no ha hecho mas que aumentar en cada nueva accion, desde la toma de Coquimbo hasta la batalla de Pozo Almonte), se presentaba en medio de los grupos animador y alegre, sin apearse de la mula blanca en que cabalgaba y que a causa de la viveza de su color podia atraer, y atraia en efecto, las punterias de los dictatoriales.

Todos los valientes demostraban en esos momentos el poder de su ejemplo comunicando a la tropa su bravura, a tal punto que entre los combatientes de la 2.ª brigada no se notaba entonces, no decimos ningun cobarde, pero ni siquiera ningun prudente o retraido. Habia el ánimo decidido de vencer, y nada era capaz de doblegarlo: ni el cansancio, ni el peligro, ni el número de enemigos, ni la innegable firmeza y valentia con que los rejimientos Buin y 7.° sostenian ¡insensatos! la causa del tirano y de su cohorte de traficantes y de esclavos.

***

En aquellos momentos en que el sostenimiento del avance nos hubiera dado dentro de poco el dominio de las cercanas cumbres a pesar de todas las resistencias—tan tenaz e impetuoso era—los primeros ecos de una voz lúgubre como un jemido de muerte comenzaron a dejarse oir en nuestras filas. Algunos de los soldados que mas resueltamente se habian adelantado en los grupos de vanguardia regresaban a retaguardia mohinos y azorados.

Se les acababan las municiones, y pedian a sus jefes que los proveyeran de otras nuevas.

Parecia imposible que en hora y media, o a lo sumo en dos horas de tiroteo, hubieran podido gastar las 150 cápsulas de que cada uno habia sido provisto; pero el hecho era innegable, y en

vano se rejistraban los bolsillos y las cananas de los reclamantes: no tenian una sola.

¿Qué hacer en semejante aprieto? La situacion era desesperante. El parque constitucional no habia pasado el Aconcagua. Falto de medios de trasporte a causa de la escasez de mulas de que ya dimos noticia, habia quedado a bordo de los buques en Quintero despues de repartirse a la tropa el número de tiros que se juzgó suficiente, y con esceso, para sostener una larga y reñida batalla. La rapidez del Mannlicher por una parte, y por la otra la precipitacion de nuestros bisoños soldados al romper el fuego desde la orilla norte del rio y al repetirlo despues en las islas arenosas a pesar de las advertencias de sus jefes, burlaban todos los cálculos. Las municiones comenzaban a concluirse, y no habia otra manera de reemplazarlas que recojiendo las que quedaban en poder de los muertos y de los heridos.

El comandante Escobar repasó el rio para hacer presente lo que ocurria, y se le contestó que solo podia recurrirse al medio que dejamos mencionado.

A la tarea de rejistrar y despojar de tiros a los muertos fueron dedicándose, pues, los que regresaban de las líneas delanteras. La operacion era larga, los momentos difíciles, la resistencia del enemigo brava y firme. De seguro que los nuestros tendrian que iniciar mui pronto un movimiento de retroceso. ¡Y en qué circunstancias! Cuando ya estábamos casi en la cumbre de la primera loma. Como no se convirtiese la retirada en pánico, segun habia ocurrido ya en Huara.... Como alcanzase a llegar mientras tanto la 3.ª brigada....

La situacion, de repente, se trasformaba, de alentadora y alegre, en trájica, desesperante y tremenda.

***

Hasta ese momento las bajas de los cuerpos de la 2.ª brigada que combatian en los alrededores de Concon Medio no habian sido, aunque sensibles, ni mui numerosas, ni desalentadoras. Las pérdidas de tropa eran indisputablemente menores que durante la trajediosa pasada del Aconcagua. Solo entre los jefes y oficiales ocurrieron despues de la salida del rio numerosas bajas, y ello se esplica tomando en cuenta que su mision fué allí mui visible

para el enemigo mediante el trabajo de reorganizacion y arreglo de la tropa a que a tan poca distancia de él tuvieron que dedicarse.

Así, del Atacama moria el sarjento mayor don Guillermo S. Toro Lorca, minero de Copiapó, y que ya en la pasada guerra habia prestado a la patria el continjente de su brazo leal y valeroso. El señor Toro formaba parte ahora del ejército constitucional en compañia de cuatro hermanos suyos tan entusiastas y patriotas como él, y solo al comenzar la accion se habia incorporado en las filas del Atacama, como si adivinase que con su muerte iba a ilustrar más aun el glorioso nombre del rejimiento que representaba a su provincia. Un casco de granada o de metralla atravesó la cabeza al mayor Toro, produciéndole una muerte instantánea, en los momentos en que al frente de algunos atrevidos grupos llegaba mui cerca de los atrincheramientos enemigos improvisados en la cumbre de la primera loma.

En ese mismo punto era tambien herido de muerte el simpático jovencito don Víctor Torreblanca, subteniente del Atacama y de solo catorce años de edad, a quien el entusiasmo patriótico arrastró a imitar el ejemplo de su tio Rafael, prematuramente fallecido en 1880 en la batalla de Tacna en las filas del antiguo Atacama. El subteniente Torreblanca, que habia avanzado con mucho denuedo al frente de varios soldados, recibió una grave herida en un brazo, y a consecuencia de la hemorrajia que le sobrevino falleció en Valparaiso dos o tres dias despues de la batalla de la Placilla. (1)

---

(1) Con motivo de la muerte del subteniente Torreblanca publica la crónica del MERCURIO del 16 de diciembre el siguiente característico y oportuno artículo:

"¡A TRABAJAR!—Esta esclamacion es mui comun en boca de los constitucionales cuando se han desprendido de la espada o del rifle que empuñaron para derrocar la dictadura, y no parece sino que hubieran estado de paseo o descansando mientras hicieron la campaña.

Recordamos haber oido a un oficial del norte, el capitan Torreblanca, mui pocos dias despues de la batalla de la Placilla y en contestacion a un amigo que le preguntaba por su hijo, oficial de quince años, herido de gravedad en Concon:

—Acaba de morir.... Vengo de enterrarlo.... Esta era su espada, todavia ensangrentada.

Y mostraba la sangre de su propio hijo, ya coagulada en la empuñadura de la preciosa reliquia.

—¿Y ahora? le preguntó su amigo, impresionado y no sabiendo qué otra cosa decir.

—¿Ahora? ¡A trabajar! Esta tarde me embarco para el norte.

Sobre la misma primera cumbre, y en los momentos de escalarla en compañia del comandante Escobar, de quien era ayudante, caia muerto instantáneamente de un balazo en la frente el subteniente del Valparaiso don Cárlos Garcés Puelma, intelijente y jóven abogado santiaguino que solo últimamente habia logrado llegar al norte e incòrporarse en las filas del ejército restaurador.

Del Chañaral, por fin, era herido en idénticas circunstancias el teniente don Ramon 2.° Cepeda, a quien un balazo le fracturaba el hueso de la pierna derecha al encontrarse sobre la primera loma.

Estas dolorosas bajas, como decíamos, no habian logrado enfriar en lo mas mínimo el ardor de los soldados de la 2.ª brigada. Solo la falta de municiones podia provocar un conflicto, y, desgraciadamente, poco a poco iba creciendo el número de los que corrian a retaguardia a rellenar sus cananas. Se les proveia de algunas cápsulas, recomendándoles que las ahorraran cuanto pudieran; pero a medida que se hacian mas numerosos los pedidos se agotaba con mayor rapidez la eventual y pasajera provision. Ya las cananas de los heridos y de los muertos estaban todas vacias. No habia adónde volver los ojos. Un momento terrible se acercaba.

***

A la misma hora en que por nuestro centro e izquierda ocurrian los sucesos que dejamos referidos y que por tan peligrosa crísis hacian atravesar a los cuerpos de la 2.ª brigada, la 1.ª seguia batiéndose furiosa en el nudo de colinas y de quebradas

---

Ni una queja salió de los labios de aquel patriota, cuyo corazon, sin embargo, debia hallarse en ese momento torturado por el dolor.

¡Cuántos se han hallado mas o menos en el mismo caso!

Ayer no mas encontrábamos de paisano al jóven porteño don Juan Stuven, quien acaba de dejar la casaca de capitan del ejército libertador despues de haber espuesto su vida por la patria y pasado por toda clase de sufrimientos físicos y morales desde su salida de Valparaiso.

—¿Y qué va a hacer ahora? le preguntamos.

—A trabajar, nos contestó risueño y satisfecho. He vuelto al almacen.

Hé aquí la clase de hombres que formaban el ejército constitucional.

En cambio, ¡cuántas lamentaciones de los dictatoriales que han perdido sus puestos en el ejército, en la marina o en las oficinas públicas! La situacion no es la misma sin duda, pero no por eso deben abatirse. ¡A trabajar!"

que formaba la estremidad izquierda de las posiciones dictatoriales.

El Constitucion, el Antofagasta y el 2.° batallon del Iquique, despues de una marcha de avance cerro arriba que se habia trasformado en un constante y prolongado asalto, acababan de ocupar a viva fuerza la tercera loma en los momentos de romper sus fuegos por nuestra izquierda la 2.ª brigada constitucional. El enemigo, atravesando en fuga la quebrada intermedia entre esta loma y la que le sigue hácia el sudeste, se hacia firme, segun su costumbre, sobre el borde opuesto de la quebrada; y como éste era mas alto que el del lado nuestro, a causa de que el terreno sigue ascendiendo en direccion al Torquemada, sus fuegos dominaban la meseta de la colina ocupada por los constitucionales y podian barrerla en toda su estension.

Ademas, nuevos refuerzos habian acudido en apoyo de los contrarios, no solo porque en cada loma existia un destacamento para su resguardo y para apoyar la retirada de las tropas vencidas en los cerros delanteros, sino porque desde Viña del Mar seguian llegando de hora en hora nuevos batallones que, o retrasados en su marcha, o dejados de guarnicion en esa ciudad y en Valparaiso por considerarlos innecesarios, eran reclamados ahora con empeño al ver que los nuestros, despues de pasar el rio, avanzaban combatiendo sin desmayo y con buen éxito.

Entre las tropas llegadas a última hora, y que nuestra 1.ª brigada pudo ver y contar desde sus posiciones, se encontraba el rejimiento de Artilleria número 2, correspondiente a la division de Santiago y mandado por el flamante coronel de la dictadura don Exequiel Fuentes. Este lujoso rejimiento, cuya granada tropa, reluciente uniforme y brillantes atavios tanto contraste formaban con los modestos arreos de los constitucionales, llegó como a la una de la tarde a la falda poniente del Torquemada, y estableciendo allí dos baterias con doce piezas Krupp y dos ametralladoras, comenzó a disparar sobre las tropas de la 1.ª brigada un nutrido, mortífero y bien dirijido fuego.

***

La *O'Higgins* y la *Esmeralda*, que habian suspendido sus disparos por temor de herir a los nuestros durante el avance por

las primeras lomas, descubrieron mui oportunamente el ventajoso blanco que la artilleria de Fuentes les ofrecia desde su alta posicion, y comenzaron a cañonearla sin descanso. Las granadas de ambos buques estallaban junto a las piezas, y algunas hasta hicieron bajas entre los artilleros contrarios; pero no era precisamente este efecto material el resultado mas importante que se obtenia con su concurso: lo era sí, indisputablemente, el efecto moral, que permitia a los soldados de la 1.ª brigada no considerarse ni olvidados ni solos en aquella lucha encarnizada y cada vez mas dura y peligrosa. Al oir de nuevo los disparos de a bordo y escuchar sobre sus cabezas el ruido aturdidor de los grandes proyectiles amigos que iban en demanda de las filas balmacedistas, la cansada tropa cobraba nuevos brios, daba una carrera hácia adelante hasta alcanzar alguna otra trinchera natural, se detenia aquí algunos momentos a disparar, emprendia despues un nuevo avance, y de esta manera se iba acercando poco a poco al borde la quebrada desde cuya orilla opuesta hacia sus incesantes y nutridos disparos el enemigo.

Un último esfuerzo del valor y del aguante logró llevar a los soldados de la 1.ª brigada hasta el anhelado borde, y allí, tendidos por entre los matorrales, cobijados por los arbustos, atrincherados tras de piedras o troncos continuaron el fuego quebrada de por medio contra los defensores de la orilla opuesta.

El número de éstos habia aumentado de una manera estraordinaria. Todos los fujitivos, desde los soldados del San Fernando, que defendian la orilla sur del Aconcagua en el caserio de Concon Bajo, hasta los de los otros cuerpos recientemente arrojados de la tercera loma, se encontraban ahora concentrados allí y procurando vengar con la muerte de nuestros bravos el bochorno que les causaba su vencimiento. Seguros de que la profundidad de la nueva quebrada que era necesario salvar para llegar hasta ellos apareceria como una barrera formidable a los ojos de nuestra cansada tropa, se habian establecido a firme en sus posiciones, buscando tambien reparos que los resguardasen de los proyectiles constitucionales, y manteniendo al mismo tiempo un vivo fuego contra los dispersos grupos de los asaltantes.

***

El cansancio de éstos, por otra parte, llegaba a su colmo. Trasnochados, hambrientos, sin reposar un instante desde que a las siete de la mañana se rompió el fuego de cañon por nuestra parte, y habiendo desde entonces atravesado el rio, ocupado a viva fuerza a Concon Bajo y comenzado desde allí una ascension rápida, alternada con bajadas y subidas violentas en cada quebrada, manejando el fusil desde hacia dos horas no interrumpidas, y todo esto con el enemigo al frente, que los amenazaba de muerte, lo admirable era que todavia pudieran mantenerse en pié, encontrar ánimos suficientes para hacer disparos y hasta avanzar a veces para acercarse mas y mas a las posiciones que atacaban.

En estas condiciones se encontraban los nuestros en los momentos de llegar al borde de la tercera quebrada, tras de la cual se veia la cuarta loma poblada de enemigos. Si todos obedecieran allí únicamente a los impulsos de su naturaleza, hubieran abandonado su fusil y tendídose largo a largo en el suelo a descansar; pero la voz de su patriotismo les gritaba que aquel reposo seria temerario y culpable en aquellas circunstancias y que un deber sagrado les imponia la necesidad de marchar siempre adelante hasta vencer por completo al enemigo.

Mas, como no era imposible armonizar el cumplimiento de los deberes militares y patrióticos con las exijencias de la naturaleza física, que pedia algun reposo, los jefes y oficiales de los cuerpos que combatian determinaron que parte de la jente bajase a descansar a la quebrada mientras la restante permanecia en lo alto haciendo fuego contra el enemigo.

No parece uno de los menos curiosos e interesantes episodios de esta accidentada y sangrienta batalla el del Constitucion, el Antofagasta y el Iquique haciendo descansar tranquilamente a gran parte de sus soldados en el fondo de una quebrada para que fuesen a gozar allí de la frescura del follaje, a mojar sus fauces en los cristalinos chorros de murmuradores arroyuelos y a reclinar el cuerpo en el mullido tapiz de césped de los sombrios rincones, mientras sus compañeros en la altura, a modo de fieras que cuidan el albergue de sus cachorros, lanzaban rayos mortíferos sobre sus enemigos. Ni es posible ponderar tampoco cuán

benéfico influjo ejerció en el ánimo de los favorecidos aquel dulce reposo, que trasladaba los goces mas puros de la paz al centro mismo en donde se desataban los furores mas terribles de la guerra. Frescos, lozanos y dispuestos, no abusaron, por cierto, de la fraternal bondad de sus amables compañeros; y queriendo corresponderles el obsequio, nada mejor encontraron para ello que lanzarse quebrada arriba en direccion al borde ocupado por el enemigo, presentándose inopinadamente a su vista espantables y heroicos.

Fué este un rasgo de impetuosidad tan espontáneo y tan inesperado, aun para los constitucionales que permanecian en la altura, que los enemigos ni siquiera intentaron oponer alguna resistencia. Los soldados delanteros, pertenecientes al 10 de línea, se rindieron en el acto, en número de 50 a 60; y mientras los nuestros se ocupaban en rodearlos y desarmarlos, los otros, emprendiendo una fuga precipitada y loca, ganaron la próxima quebrada, no sin que gran número de ellos dejase sembrada la loma con sus cadáveres.

***

Era imposible ya esperar mayor esfuerzo de parte de aquellos hombres estraordinarios. La quebrada siguiente era la última, la llamada de las Petras, mas abierta y profunda que las anteriores, y en donde el enemigo tenia acumulados todos los elementos de resistencia y de ataque que tan formidable hacian la estrema izquierda de sus espléndidas posiciones. Mas allá de la quebrada corre el camino de Viña del Mar a Colmo, y ese camino va orillando precisamente en ese punto el empinado y negrusco monte conocido con el nombre de Torquemada. Ahí, en la falda que mira a los nuestros, está situada la artilleria de Fuentes. Mas allá dos cuerpos de caballeria, los Jendarmes de Viña del Mar y los Carabineros de Yungai, se hallan listos para acudir al primer llamado al punto a que se les envie; y al pié de la artilleria, simétricas y numerosas filas de infantes custodian las piezas y hacen mas y mas formidable la posicion.

Los fujitivos, ademas, van reforzando aun aquel poderoso núcleo de defensa, que causa en nuestra jente una impresion de asombro y de respeto. Nadie podia figurarse que despues de las

dificultades vencidas faltase aun marchar al asalto de aquel castillo salvaje y tremebundo. Cierta impresion dolorósa sobrecoje los corazones, nó porque se tenga miedo a la muerte que ha de brotar mui pronto por mil bocas desde esos rústicos baluartes, sino porque se piensa que ni aun el sacrificio de la vida de tanto bravo será suficiente para darnos el dominio de tan inespugnable posicion.

El espíritu, ambicioso de gloria, medita, sin embargo, que la posesion de ese cerro seria la posesion de la victoria; recuerda que la 1.ª brigada no está ahí toda: que faltan un batallon del Iquique y los escuadrones Libertad y Carabineros del Norte. Dos cuerpos veteranos y valerosos, el Tarapacá y el Taltal, agregados a la 1.ª brigada, tampoco se divisan por allí. Ellos están armados de Mannlicher y vienen de refresco, fatigados sin duda por la marcha, pero ansiosos de entrar en combate en el momento supremo y decisivo.

Los temores cesan, el corazon se abre de nuevo a la esperanza, el jigante parece menos espantable, la victoria mas posible. Y aunque el coloso cubre de humo sus flancos, y las balas enemigas comienzan a silbar por centenares, ya la primera impresion de recelo se halla disipada y hecha la resolucion: el Torquemada seria nuestro.

* * *

Reunidos en el borde occidental de la quebrada de las Petras los cansados grupos del Constitucion, del Antofagasta y del Iquique, y esparcidos a lo largo de los bosquecillos, matorrales y montículos para resguardarse contra el vivo fuego que los dictatoriales rompieron sobre ellos desde el ótro borde y desde la falda del Torquemada, comenzaron a contestar esos disparos con la misma mesura y seguridad que habian manifestado desde el principio, causando entre los apiñados enemigos numerosas bajas.

Si los tres cuerpos de infanteria de la 1.ª brigada no hubieran sido de los mas disciplinados, instruidos y veteranos de nuestro ejército, especialmente el Constitucion, cuyos principios, organizacion y hechos de armas corrian parejas con el nacimiento y desarrollo de la revolucion; si no contaran con jefes valerosos y

aguerridos y con una oficialidad tan intelijente como denodada, es indudable que despues de dos horas y media a tres horas de pelea, como llevaban al encontrarse al borde de la quebrada de las Petras, ya los 150 tiros con que entraron en combate se les hubieran agotado por completo, y así las municiones vendrian a faltarles, como ocurria a ese mismo tiempo con la 2.ª brigada, precisamente en la situacion mas difícil, comprometida y azarosa.

Porque no solo era admirable el empuje de que para llegar allí habian dado muestras esas atrevidas lejiones, sino principalmente la sangre fria con que apuntaban y la manera concienzuda como iban gastando sus municiones. Todavia en el borde occidental de la honda quebrada tenian por término medio cuarenta tiros los soldados del Constitucion y otros tantos los del Antofagasta. El batallon del Iquique que se les reunió durante el avance contaba por cabeza mas o menos con el doble de ese número, y por eso sus tiradores se hallaban ahora en primera línea, dispuestos a aprovecharse de las ventajas que les daba su riqueza para protejer a sus compañeros y causar daño al enemigo.

Durante el tiroteo que comenzaba en estos momentos desde una a otra orilla de la quebrada no seria posible, sin embargo, ahorrar cápsulas, y ni siquiera moderar un poco la celeridad de los disparos. Las fuerzas enemigas eran inmensamente superiores a las nuestras, y para mantenerlas en respeto convenia hacerles comprender que contábamos con muchos batallones y hasta con reservas numerosas. De lo contrario, aquellas masas que se divisaban a lo lejos al pié del Torquemada vendrian a caer en cuenta de que no pasaba de un puñado de hombres el que las acosaba, y tal vez adelantarian entonces hácia la quebrada en un arranque de amor propio o de orgullo nacional. Los acobardados servidores del tirano podian rehacerse y atacar: ellos tambien eran chilenos. Y entónces ¿en qué terribles apuros no se verian los nuestros para resistirles?

Ahora, ademas, no podia ya contarse con el apoyo de la escuadra, porque en cuanto la *Esmeralda* y la *O'Higgins* divisaron tan cerca una de otra sobre la altura las dos líneas de combatientes y recibieron de tierra el aviso convenido, suspendieron su cañoneo por temor de herir a sus propios amigos.

***

El fuego se sostuvo atronador e incesante. Las piezas de campaña de la artilleria Fuentes lanzaban sin tregua granadas y metrallas sobre los nuestros. La caballeria asomaba de cuando en cuando en lucidos escuadrones por la derecha o la izquierda del enemigo, como atisbando el instante en que los constitucionales se atrevieran a pasar al borde oriental de la quebrada para barrerlos de allí con sus afilados sables. Nuevos cuerpos de infanteria acudian desde el lado norte de la alta cadena de cerros para reforzar a los que combatian a su izquierda. Ya sin duda los jenerales Barbosa y Alcérreca habian podido convencerse de que era en estremo peligroso para ellos ese ataque, o quizá se dejaron ablandar por las repetidas solicitaciones de refuerzos que los jefes balmacedistas que mandaban esa ala les dirijian: lo cierto es que a los cuerpos anteriormente enumerados vinieron a agregarse el Victoria, el Mulchen y parte del Buin. Por el camino de Viña del Mar, a eso de la una y media de la tarde, habia llegado tambien el 8.° de línea, que marchaba en proteccion de la artilleria Fuentes. Fuera de ésta, ocho cuerpos de infanteria: el 3.°, el 8.° y el 10.° de línea, el San Fernando, el Temuco, el Victoria, el Mulchen y parte del Buin, combatian, pues, contra dos rejimientos y medio de los constitucionales.

La desproporcion, como se ve, era enorme. No creemos exajerado representarla en cifras con el número de cuerpos que combatian por una y otra parte, y entonces vendria a ser de 3 contra 8. Por consiguiente, los dictatoriales, desde sus ventajosas posiciones, peleaban en ese punto con fuerzas casi triples de las nuestras.

Agréguese a estas ventajas la del cansancio que abrumaba a la 1.ª brigada. Este iba haciéndose de momento en momento mas insoportable. La simple tarea de aquella marcha a pié desde el otro lado del rio, trepando colinas y atravesando quebradas hasta llegar al borde de la de las Petras, hubiera bastado para consumir las fuerzas del hombre mas robusto. Y como el avance se hacia a la carrera y al trote por sobre las lomas, y con la mayor lijereza posible en las quebradas; como el acto de cargar, apuntar y disparar demandaba tambien un constante ejercicio

muscular, que se convertia a la larga en fatigoso esfuerzo, y como ni aun en los tiroteos a pié firme dejaban los soldados de hallarse en ajitado movimiento, en observancia de las prescripciones de la nueva táctica, resultaba que solo un vigor sobrehumano, una resolucion heroica, un aliento estraordinario y colosal podian mantener a los nuestros con brios suficientes para contestar el fuego de los enemigos y tenerlos amenazados en su formidable posicion.

El fuego seguia de una y otra parte encarnizado y rabioso. Los soldados enemigos, alentados por su número, avanzaban amenazantes hasta la orilla de la quebrada, nó con el intento de atravesarla, que no les daba para tanto su coraje, sino como incitando a los nuestros a que se atrevieran a proseguir su victorioso avance. Numerosas partidas de guerrilleros sostenian con nuestros tiradores una especie de competencia en valor y en punteria, batiéndose de ochenta a cien metros de distancia, es decir, la que separaba entre sí los bordes de la quebrada. Y de este modo las bajas eran terribles de una y otra parte.

***

A la media hora de combate en aquel punto, las municiones de los cuerpos constitucionales comenzaron a escasear. Al Constitucion le quedaban mui pocas; el Antofagasta las habia consusumido casi todas; solo el Iquique contaba aun con suficiente provision.

Cinco minutos despues, muchos soldados del Antofagasta comenzaron a dar aviso de que ya no les quedaba ni una cápsula.

La situacion no podia ser mas crítica. El enemigo aumentaba sus fuegos, los nuestros los disminuian. Nuevos batallones balmacedistas comenzaban a avanzar desde el pié del Torquemada, se desplegaban en órden, hacian fuego cada vez desde mas cerca, sacudian su anterior abatimiento, se animaban, renacian. Los mercenarios de la dictadura recobraban algunas de las cualidades del soldado chileno, y entre ellas el instinto zumbon y burlesco tan natural en nuestro pueblo. Los guerrilleros del Buin gritaban desde su orilla:

—¿Qué hai, pues, niños? Pasen la quebradita. Aquí los esperamos. ¿Dónde están esos guapos de Iquique?

"Esos guapos del Iquique" entendian los del 6.°, y de buena gana hubieran ido al otro lado a combatir contra los insolentes; pero ¿cómo realizarlo? Tambien quisieran gritarles:—"Y ustedes ¿por qué no bajan?" Pero no se atrevian. Porque ¿y si se picaban? ¿Y si bajaban en efecto?

Respondian, pues, a tiros, mordiéndose los labios con reconcentrada cólera, pero sin impedir por eso que las bromas y las insolencias se repitieran. El fuego se iba enrareciendo por nuestra parte, y era mui de temer que al fin llegase a notarlo el enemigo.

***

El comandante Goñi tomó entonces una determinacion. Una bala acababa de matarle el caballo en los momentos en que pensaba ir en busca de los cuerpos de la reserva que avanzaban ocultos por nuestra derecha con el objeto de envolver al enemigo por el flanco izquierdo de éste. Queria representar a sus jefes el inminente riesgo en que por falta de municiones se encontraban el Constitucion, el Antofagasta y el Iquique y conjurarlos a que acudiesen en su socorro; pero, privado de medios de movilidad, recurrió al sarjento mayor de su mismo cuerpo, don Federico Gutierrez, quien, a imitacion de su jefe, se habia mantenido a caballo desde el principio de la batalla, destacándose valientemente sobre sus soldados. El mayor Gutierrez prestó su cabalgadura al comandante Goñi sin sospechar que pocos momentos mas tarde habia de encontrar de a pié la muerte que hasta entonces desafiara montado, y Goñi voló presuroso en direccion al punto en que calculaba encontrar al Tarapacá y al Taltal.

Los encontró, en efecto, unas ocho cuadras mas allá de donde los cuerpos de la 1.ª brigada combatian; y deteniéndose al frente del Taltal, que fatigado y presuroso caminaba a cabeza gacha cerro arriba, comenzó a invocar su valor, su fraternidad y su patriotismo para que acudiese en socorro de sus compañeros, que en tan duro trance se encontraban.

"Acordaos, decia a los soldados del Taltal—quienes en el acto se detuvieron respetuosos a escucharle—acordaos que durante tanto tiempo habeis estado juntos con vuestros amigos del Antofagasta, sufriendo las mismas penas y gozando de las mismas alegrias. Acordaos de que en el cuartel y en el campamento el

8.° y el 4.° se han dado mas de una vez el nombre de hermanos. Vuestros hermanos del Antofagasta, soldados del 4.°, necesitan ahora vuestro socorro; sus municiones están agotadas; el enemigo aumenta en número y atrevimiento. ¿No acudireis en nuestro apoyo? ¿Consentireis en dejarnos solos y abandonados?"

Los gritos de *¡nó! ¡nó!* y de *¡adelante!* cortaron la arenga y cubrieron la impresionada voz del jefe del Antofagasta. Los soldados del Taltal, olvidando su cansancio, solo esperaban la voz de su jefe para ponerse en marcha.

El valiente Pairoa no podia vacilar. Le brillaron los ojos al oir hablar de peligro y de batalla, y sin detenerse un instante, guiando la tropa hácia el punto que el comandante Goñi le indicaba, se lanzó como una avalancha a traves de lomas, quebradas, montículos, bosquecillos y matorrales. Su segundo, el no ménos bravo comandante Vallejo, organizaba rápidamente la marcha de una tropa que no necesitaba ya de mayor estímulo que el de su propia fraternidad y de su probada valentia.

***

El Tarapacá número 9, que en la marcha llevaba la delantera al Taltal número 4, no quiso dejarse ganar por éste en la hora de la batalla, y desviándose rápido hácia su izquierda, emprendió tambien el avance a la carrera y al trote por aquel terreno sembrado de dificultades. El comandante Aldunate Bascuñan, digno émulo de Pairoa en valentia, y el mayor Bari, su segundo, no inferior tampoco al bravo Vallejo del Taltal, organizaron en pocos momentos su tropa, la encaminaron hácia el sitio del combate, y a la cabeza de ella aparecieron entusiastas, ardorosos y decididos. Nadie se detuvo a preguntar qué grado de peligro habria en aquel encarnizado combate, ni si la quebrada era profunda, y las posiciones enemigas formidables, y escesivo el número de los contrarios. Lo que todos deseaban era llegar cuanto antes, socorrer a sus hermanos, probar sus nuevos fusiles, aterrorizar con ellos a los insolentados siervos de la tirania, atravesar la quebrada, arrojarlos a culatazos de las fuertes posiciones que los tenian engreidos y confiados. El anunciado flanqueo tardaba demasiado: ellos querian batirse sin demora.

Y avanzaban presurosos y jadeantes, con las ropas desgarradas

por las ramas y el rostro azotado por los agudos colihues, cubiertos de sudor y de lodo, pero alegres, entusiastas, trasfigurados, magníficos. Si alguno rodaba por las barrancas, o se retardaba en las cuestas, o se cansaba en la carrera por las lomas, allí quedaba. Nadie se detenia por contemplar a los débiles ni por prestar apoyo a los fatigados. Todos querian llegar cuanto antes al sitio mismo de la contienda. El áspero trayecto iba quedando cubierto de rezagados, pero ¡qué hacerle! Ellos se recobrarian pronto, buscarian a sus compañeros, marcharian tambien a tomar parte en la batalla. Lo que importaba era llegar luego al borde de la quebrada en disputa. ¿Se sostendrian aun los nuestros? ¿Habrian avanzado los contrarios? ¿Llegarian a tiempo el Taltal y el Tarapacá para rechazarlos?

Estas angustiosas dudas comunicaban nuevo vigor a los esforzados caminantes, que iban acercándose rápidamente al punto donde era tan reclamada su presencia. Ya el cañon resuena cercano; ya se percibe distinto el repiqueteo de la fusileria; ya por fin silban las balas. De este lado parten tambien nutridos disparos. Los nuestros entonces resisten todavia: ¡no han abandonado la loma! Sí: allí se les ve, sombrios, tenaces, fatídicos, feroces, estirados como culebras a lo largo del borde de la quebrada, combatiendo sin descanso y sin desmayo. Alegrad los entristecidos rostros: ya os llega refuerzo, valientes. Estais salvados.

***

El Constitucion, el Antofagasta y el Iquique no habian abandonado, en efecto, sus posiciones. Resueltos a gastar hasta el último cartucho, decididos a mantenerse en el borde occidental de la quebrada hasta que el enemigo intentase atravesarla, y determinados a esperarlo allí para lanzarse a la bayoneta barranca abajo contra los que subieran, solo la muerte habria puesto término a su obstinada resistencia.

El enemigo seguia batiéndose reforzado y amenazante, aunque ni por un momento hizo amago de atravesar la quebrada para venir al borde ocupado por los nuestros. Se contentaba con aumentar sus fuegos, acercarse mas y mas a la orilla opuesta y multiplicar desde allí su chivateo y sus denuestos. Los cuerpos de línea, sobre todo, se manifestaban desafiadores e insul-

tantes. Poco a poco iban enfervorizándose y tomando brios, y tal vez no hubiera pasado mucho rato sin que pretendieran forzar el paso de la quebrada.

Pero la llegada de aquellos numerosos refuerzos nuestros les enfrió mucho la sangre. No contaban ellos con que los constitucionales tuviesen tan a la mano por aquel lado nuevos elementos de combate.

Examinando, sin embargo, sus fuertes posiciones y su abrumadora superioridad numérica se sintieron tranquilizados de nuevo. No parecia posible que "los de Iquique" se atrevieran a pasar la quebrada. No eran hombres para tanto. En todo caso, ¡ojalá que la pasaran! Serian recibidos de tal modo, que no les quedarian ganas de repetir la visita.

Y entonces, resueltos y embravecidos ya, continuaron con decision el tiroteo.

Los Mannlicher del Taltal y del Tarapacá les contestaron con su temible rapidez, y de allí a pocos momentos las barrancas parecian venirse abajo con el estrépito. El combate se empeñó mas recio y encarnizado que nunca. Las bajas eran numerosas, sobre todo de parte de los balmacedistas, que no pensaban ahora en retirar sus fuerzas de la orilla oriental de la quebrada. Se batian, por el contrario, con furor y con firmeza.

* * *

Los comandantes Körner y Frias habian autorizado la separacion del Taltal y del Tarapacá de la ruta que les estaba señalada, y siguieron la marcha de ambos en direccion al sitio en que el Constitucion, el Iquique y el Antofagasta combatian. El movimiento envolvente contra la estrema izquierda enemiga, a que tan justa importancia se atribuyó desde el principio, perdia gran parte de su decisiva eficacia con el heroico avance que habia llevado a los tres últimos cuerpos al borde mismo de la quebrada de las Petras. Estos se habian empeñado demasiado en el combate, y no era posible esponerlos a una derrota. Se les reforzó, pues, con el 4.° y el 9.°, y solo el primer batallon del Iquique y los dos escuadrones de caballeria de la 1.ª brigada continuaron su marcha hácia el sur de la falda occidental del Torquemada.

El plan de Körner, en efecto, segun lo manifestámos al prin-

cipio, consistia en entretener y llamar la atencion del enemigo por medio de un ataque de frente sobre la estremidad del ala izquierda de éste mientras preparàba el ataque formal, verdadero y terrible a la espalda y flanco de esa misma ala. El ejército balmacedista, entretenido en combatir contra los que avanzaban a cara descubierta, no descubriria (como no descubrió, en realidad) a los que caminaban ocultos, lejanos y presurosos a lo largo del camino hondo que corria por allá, mui lejos, a su izquierda; y siendo mas largo este camino que el otro, se calculaba que la tropa flanqueadora vendria a poder presentarse en combate cuando ya éste se hallase empeñado sériamente en alguna de las lomas anteriores a la quebrada de las Petras. El Iquique, el Tarapacá, el Taltal y los escuadrones se presentarian entonces por la retaguardia y el flanco izquierdo del enemigo, y, cayendo allí de sorpresa, introducirian el desórden y el espanto entre sus filas.

Al poner en práctica este plan, encargando al Constitucion y al Antofagasta que atacasen de frente las primeras lomas, no pudo nunca preverse el empuje irresistible con que ambos rejimientos arrollaron a los soldados balmacedistas que las defendian. Se creyó, por el contrario, que se hallarian apurados para contener las numerosas fuerzas que ocupaban las alturas y que iban aumentando a cada instante, y por eso se destacó en su socorro al segundo batallon del Iquique. Mas cuando se supo que estos tres cuerpos se habian adueñado a viva fuerza de cuatro lomas y de otras tantas quebradas, y que, aniquilados por la fatiga, escasos de municiones, amenazados por fuerzas numerosísimas, se encontraban en la banda occidental de la quebrada de las Petras, sosteniendo allí el combate a unos ochenta o cien metros de los rejimientos dictatoriales acumulados en esa ala; cuando se comprendió que la 1.ª brigada habia recorrido combatiendo casi la misma estension de camino que los cuerpos destinados al flanqueo, y en igual espacio de tiempo, entonces no fué posible, por persistir en la realizacion del plan primitivo, dejar solos a esos valientes en una situacion tan tremenda, y el Taltal y el Tarapacá volaron en su socorro. El primer batallon del Iquique, al mando del comandante Bernales, y los escuadrones Libertad número 1 y Carabineros del Norte número 3, continuarian por el camino cubierto hasta llegar al punto en que éste, al sur del Torquemada, se une con el carretero de Viña del

Mar a Colmo, y, una vez allí, elejirian el momento mas oportuno, la caballeria para dar una carga, y la infanteria para romper sus fuegos por el flanco izquierdo de la línea enemiga, al pié del empinado monte cuya posesion tanto enorgullecia a los jefes y soldados del ejército de la tirania.

***

Alterado en esta forma el plan anterior, solo faltaba organizar el ataque de la infanteria contra las tropas que ocupaban la falda noroeste del Torquemada. Para esto era necesario atravesar la quebrada de las Petras bajo los fuegos del enemigo, encaramarse al otro lado, avanzar sobre la infanteria y vencerla, resistir a la caballeria, y apoderarse, por último, de la brillante y numerosa artilleria de Fuentes. Y todo debia ser rápido, vivo, casi repentino, para no dar tiempo al enemigo a que trajese mas refuerzos desde su centro y derecha. Seria necesario bajar la quebrada como un torrente, subir al otro lado como un torbellino, atropellar filas, trepar eminencias, batirse a boca de jarro, emplear la bayoneta quizá. Esta operacion debia producir importantísimos resultados. ¿Quién ignoraba que de ella, solo de ella, dependia el buen éxito de la batalla, indecisa todavia a esas horas?

Pero Körner estaba allí, recorriendo las primeras líneas activo, entusiasta y sereno. Revistaba los grupos, los dirijia, señalaba a todos su objetivo, y preparaba el próximo formidable empellon al Torquemada con la minuciosidad y el arte con que prepara un dramaturgo la grande escena, el golpe inesperado y sorprendente que ha de servir de desenlace a su obra.

En esos mismos momentos asomaba el Chañaral por el camino de Colmo. Venia a reunirse a la 1.ª brigada para ayudarla, y su presencia era mirada por todos como un feliz agüero. Con ese cuerpo de la 2.ª brigada, las tres de nuestro ejército tendrian representantes en aquel asalto que, si resultaba feliz, seria decisivo para el buen éxito de la batalla.

***

Organizados los cuerpos a la lijera para el combate, puede decirse que ocupaban la siguiente situacion:

A nuestra izquierda, formando la estremidad de esa ala, el recien llegado primer batallon del Chañaral, que avanzaba por la banda oriental de la quebrada de las Petras. Seguia a la derecha del Chañaral el Tarapacá número 9, situado aun en el lado occidental de esa quebrada, como sus demas compañeros. A la derecha del Tarapacá seguia el Taltal número 4, luego el segundo batallon del Iquique número 6, despues el Antofagasta número 8, mas acá el Constitucion número 1, y por fin, separados por un espacio considerable de terreno, el primer batallon del Iquique, y a retaguardia de éste los escuadrones Libertad y Carabineros del Norte. La compañia de Rifleros de la 1.ª brigada seguia al Taltal, pero no tomaria parte en el combate, porque a esa hora venia mui distante todavia.

Hemos de advertir, sin embargo, que el órden anterior es simplemente aproximado, para dar una idea lejana, aunque mas o menos exacta, de la colocacion de los rejimientos y batallones de nuestra ala derecha en los momentos de prepararse para el escalamiento de la quebrada de las Petras y para el asalto al Torquemada. El órden estricto estaba, por cierto, mui lejos de observarse, porque en las peripecias de la marcha y del ataque se habian mezclado y confundido los diversos grupos, y hasta en un mismo grupo solia haber soldados de distintos cuerpos. No era posible pensar ahora en reorganizarse bajo los fuegos del enemigo, pero todos combatirian ordenados y dirijidos por sus respectivas clases. A esto tendian principalmente los esfuerzos del comandante Körner, eficazmente secundado por jefes y oficiales.

***

Mientras la 1.ª brigada prepara cuidadosamente su tremenda embestida contra la quebrada de las Petras y el Torquemada, la 2.ª se bate en Concon Medio, como a una legua de distancia a la izquierda de aquella, contra los cuerpos enemigos que habian acudido en socorro del 9.º

Despues del brioso empuje con que el Valparaiso y el Atacama iniciaron el ataque una vez libres de las amenazas del rio, y cuando habian llegado casi a la cumbre de las primeras lomas ocupadas por los rejimientos dictatoriales, que retrocedian en órden,

ya dijimos cómo principiaron a faltar las municiones a los soldados nuestros que se batian a vanguardia (terrible castigo de sus precipitados disparos desde la banda norte del rio y desde las islas intermedias), y cómo esta prematura escasez podia ocasionar un desastre a esas tropas a causa de no haber llegado aun la 3.ª brigada al sitio del combate.

Para mayor desgracia nuestra, el primer avance del Valparaiso y del Atacama habia sido tan impetuoso y resuelto, que los soldados enemigos, asustados por aquel huracan de balas que de repente se descolgaba sobre ellos, comenzaron a retroceder presurosos. Esto animó hasta tal punto a los nuestros, que, sin parar su atencion en las pocas cápsulas que entonces les quedaban, los siguieron cerro arriba con mayor celeridad que la empleada por ellos en su retirada. De este modo los primeros grupos del Valparaiso y del Atacama vinieron a encontrarse a solo cien metros de los contrarios.

Cuando llegaron a éstos los primeros y segundos refuerzos, todavia los constitucionales se mantenian valiente y porfiadamente a esa misma corta distancia. Las bajas de una y otra parte eran numerosas. El enemigo Buin se batia con firmeza desplegado en guerrilla en lo alto de la meseta, pero los veteranos del Valparaiso y los reclutas del Atacama se hallaban mui lejos de sentirse desalentados. Si las municiones no comenzaran a escasearles en ese delicado momento, es indudable que hubieran continuado su avance cerro arriba con el mismo vigor con que lo iniciaron; pero la terrible nueva, que fué comunicándose de boca en boca, estaba llamada a producir fatales resultados, sobre todo entre jente recluta, que es pronta, briosa y atrevida en el avance, pero que tambien se deja dominar demasiado por el pánico en los momentos de una derrota y hasta de una simple retirada.

Para retirarse ahora desde allí, desde cien metros de distancia de enemigos esforzados y diestros, como lo eran por desgracia los que combatian contra la 2.ª brigada, se hubiera necesitado toda la prudencia y la maña de la tropa veterana y aguerrida. Así comenzó a ejecutarlo la parte instruida del Valparaiso. Sus grupos, recojiéndose poco a poco y sin parar el fuego, retrocedian en órden cerro abajo, buscando el amparo de los chilcales, de la ribera, del caserio y del arbolado; pero las masas indisci-

plinadas aunque entusiastas del Atacama no podian observar la misma táctica. La mayor parte de los soldados de este rejimiento, como lo dijimos, eran voluntarios enrolados a última hora, de esos que se figuran que para combatir basta solo tener valor y no ignorar el mecanismo del fusil en lo relativo a cargarlo y disparar.

No es de estrañar, pues, que el pánico se apoderara de estos hombres al encontrarse indefensos a poca distancia del enemigo, y que, sin reflexionar en los malos resultados de su determinacion, echasen a correr cerro abajo para ponerse en salvo.

***

Algunos grupos del Valparaiso que se batian entreverados con los del Atacama siguieron el movimiento de éstos; pero la mayor parte del rejimiento número 2, que ocupaba la derecha de la brigada, dominó las inspiraciones del miedo y fué retirándose de una manera pausada y contenida.

El enemigo no pareció comprender al principio que aquella especie de repentina fuga de los mismos que con tanto vigor lo iban atacando la ocasionara su firme resistencia o la falta de municiones. El primer avance de los nuestros fué tan impetuoso y sostenido, sus fuegos tan abrumadores por lo nutridos y certeros, que los balmacedistas tuvieron que replegarse a su retaguardia en busca de refuerzos y de terreno mas adecuado que la meseta de una loma en donde, destacados, presentaban fácil blanco a sus contrarios. En estas condiciones, lejos de creer que podrian derrotarnos, mas bien se inclinarian a pensar en la posibilidad de ser derrotados ellos, y ya el 9.º, en efecto, se habia visto diezmado, roto y rechazado cerro arriba en el primer empuje de los constitucionales. La repentina fuga de nuestros grupos delanteros, es decir, de los mas atrevidos y entusiastas, apareceria, pues, en los primeros momentos a los ojos de los enemigos como algun estraño ardid de guerra, compañero de la nueva táctica que trasformaba en continuo hormigueo los acompasados movimientos antiguos, y por eso, recelosos y desconfiados, no avanzaron en el acto en su perseguimiento. Hasta enrarecieron sus fuegos, sorprendidos por la maniobra y procurando descubrir a dónde irian a detenerse los que en tan raro momento la empleaban; y solo

cuando los vieron llegar al borde del rio en desbande y permanecer allí con los fusiles inmóviles y silenciosos vinieron a sospechar cuál era la verdadera causa de aquella rápida escapada y a comprender cuánta y cuán decisiva ventaja habian ellos de tan estraño modo obtenido.

Avanzaron entonces, ordenados e imponentes, luciendo la gallardia de sus tallas y la uniformidad de sus maniobras. Venian casi al trote cerro abajo, animados por sus cornetas, que les tocaban alegres dianas en señal de felicitacion y regocijo, y llenando los aires con gritos que resonaban en los oidos de los constitucionales como otros tantos groseros insultos. «¡Viva el presidente de la república!» decian; «¡viva don José Manuel Balmaceda!» Y al mismo tiempo lanzaban sobre los desordenados grupos opositores granizadas de balas.

***

Afortunadamente para nosotros, no todos los soldados de la 2.ª brigada que combatian en ese punto habian agotado sus municiones. Muchos conservaban todavia una buena provision y podian suplir con parte de ella a los atolondrados e imprevisores; otros contaban a lo menos con cápsulas suficientes para resistir durante algunos minutos el avance del enemigo; y luego, los despojos de los muertos y de los heridos sirvieron tambien para proveer a unos cuantos. La loma fué totalmente abandonada por los nuestros, pero al pié de ella, en el caserio, en la alameda, en los matorrales y chilcas de la ribera habia numerosos y esforzados grupos que no estaban dispuestos a permitir que el enemigo avanzara un paso mas acá de sus primitivas posiciones.

Se trabó, pues, un nuevo y encarnizado combate entre los que descendian por la loma en son de triunfo y los que, situados en la parte baja, no estaban todavia dispuestos a darse por vencidos. Aquellos, ensoberbecidos y arrogantes despues de su primer éxito, avanzaban con el cuerpo erguido, cómo haciendo gala de bravura, y con evoluciones uniformes y aparatosas rejidas a son de corneta, para manifestar que su instruccion militar superaba con mucho a la de las indisciplinadas huestes revolucionarias. Estas, agazapadas tras de los matorrales, o esparcidas entre los árboles y el caserio, procuraban ahora aprovechar debi-

damente las pocas municiones que les quedaban, con cuyo objeto se esmeraban en apuntar bien y en no repetir con esceso sus disparos.

En estas condiciones se sostuvo durante largo rato un nutrido tiroteo. El enemigo, atrevido y furioso, se empeñaba por bajar de la loma y cargar sobre los nuestros: éstos acribillaban a balazos a los que daban ejemplo de osadia a los suyos descendiendo por la falda. Las bajas eran indudablemente mas numerosas entre los contrarios, pero no por eso se sentian arredrados ni impedidos. Sus oficiales y clases los animaban con estridentes gritos, y los soldados adelantaban con lastimosa impavidez hasta el borde de la loma y comenzaban a bajar hácia la márjen sur del rio.

***

De nuevo faltaron las municiones a muchos de los nuestros, y de nuevo tambien comenzaron a retirarse atropelladamente en direccion al brazo meridional del Aconcagua. Los demas se sostenian en sus posiciones sin parar sus fuegos; pero los dictatoriales, alentados por este comienzo de derrota, bajaron de la colina en mayor número y con irresistible empuje.

Algunos de los mas adelantados grupos constitucionales comenzaron entonces a retroceder para no quedar cortados en caso de que el enemigo lograra posesionarse de la ribera, y esta maniobra llevó a su colmo la arrogancia de los balmacedistas.

—¡Deténganse y hagan frente, cobardes! gritaban, haciendo con esto hervir la sangre de nuestros pobres soldados.

—Esos no son chilenos... decian algunos con desprecio.

—Bolivianos miserables, esclamaban otros: ahí los iremos a ver a su tierra.

Y los denuestos, los baldones y los improperios brotaban de aquellas bocas con no menos rapidez que de sus fusiles las balas. Se creian vencedores, y era de ver cómo prometian no dejar a uno solo de los nuestros con vida.

—¿Dónde está Canto? Díganle a Canto que venga, repetian a cada paso.

***

Aquella horrorosa chacota se prolongó durante largo rato. Los

nuestros resistian flojamente, buscando siempre modo de ampararse en aquel rio que tanto los amedrentara a su pasada y que ahora pensaban trasformar en aliado vengador y poderoso. Atravesaron un pequeño brazo o derrame, se perdieron entre los chilcales, y desde allí rompieron nuevamente el fuego contra sus perseguidores. El bochorno y la cólera daban a sus disparos una terrible certeza. Muchos insolentes pagaron allí con la vida su atrevimiento. Muchos fujitivos se sintieron tambien mas confortados y tranquilos.

El enemigo se contuvo. El agua tal vez tuvo el don de detenerlo. Aquellos soldados regalones, aquellos oficiales elegantes y delicados no querrian quizás empapar en el rio sus trajes o esponerse a un resfriado por perseguir a un ejército que consideraban ya arruinado y deshecho.

A los pocos momentos, sin embargo, un nuevo peligro apareció a su vista. Otros batallones opositores avanzaban a traves del rio. La ribera sur se divisaba poblada de jente; numerosas piezas de artilleria se instalaban junto a Colmo y rompian sobre ellos certeros y nutridos disparos. Al mismo tiempo los derrotados de la 2.ª brigada se animaban. Ya no tenian tanta necesidad de ahorrar sus municiones como antes. Sus compañeros de la 3.ª brigada habian llegado: ellos los sacarian del apuro.

Menudearon entonces sus disparos, y así, junto con dañar al cercano enemigo, impidieron que éste pudiera dedicarse con ahinco a estorbar la pasada a los nuestros. Ademas, aquella intervencion de jente de refresco debió de hacer meditar a los jefes contrarios. Retiraron su jente de la orilla del rio, la subieron de nuevo a la falda de la colina, e indudablemente mandaron pedir con premura nuevos refuerzos, porque pronto rompieron un violento y sostenido fuego contra la 3.ª brigada, que comenzaba a pasar el Aconcagua.

* * *

Se recordará que la 3.ª brigada de nuestro ejército habia salido del puerto de Quintero a la media noche del 20, y que despues de una pesada caminata a oscuras, en la que se estraviaron el Taltal y el Tarapacá, comenzaba a llegar, a las tres y media de la mañana del 21, a las casas de la hacienda del mismo nombre. Descansando aquí un corto rato, al amanecer se ponia en mar-

cha en direccion a Dumuño, adonde llegaba a las once y media de la mañana de ese mismo dia. El cañoneo sostenido entre una y otra orilla del Aconcagua lo percibian todos de una manera distinta, pero sin sospechar que él fuese el prólogo de una larga y encarnizada batalla. Se le creia mas bien un simple reconocimiento para descubrir la situacion y posiciones del enemigo, y en conformidad con esta creencia se detenia la brigada en Dumuño durante una hora para almorzar y dar descanso a la tropa, de modo que solo a las doce y media del dia se ponia nuevamente en marcha sobre Colmo.

Aunque la jente iba de trasnochada, y por consiguiente mui predispuesta al cansancio, apenas, a los treinta minutos de haberse puesto en camino, llegó un ayudante del coronel Canto diciendo que de la pronta llegada del Pisagua y del Esmeralda dependia el éxito de la batalla, apresuraron todos el paso con tanto empeño, que en poco mas de media hora recorrieron el espacio de una legua y cuarto que les faltaria para llegar a las casas de Colmo.

Seria, pues, poco mas de la una y media de la tarde cuando la 3.ª brigada se encontraba en la orilla norte del rio. La artilleria tomó colocacion en los puntos que ya hemos señalado, rompiendo inmediatamente sus fuegos sobre el enemigo; la caballeria permaneció resguardada entre las lomas contra los disparos de la artilleria balmacedista, pero dispuesta a moverse a la primera señal, y la infanteria avanzó presurosa en direccion al rio.

* * *

Tomó la delantera el Pisagua número 3, con su comandante Echeverria a la cabeza, y emprendió su marcha a toda prisa. Debia, segun las órdenes que le comunicó el Cuartel Jeneral, atravesar el Aconcagua por el mismo vado de Colmo por donde lo pasaron el Valparaiso y el Atacama, y reforzar el punto de la línea de combate que correspondia ocupar a este último cuerpo, es decir, la estremidad izquierda nuestra, a continuacion del Valparaiso, que vendria así a quedar a su derecha.

La numerosa artilleria enemiga escalonada en las primeras lomas de la ribera sur rompió furiosa sus fuegos en cuanto di-

visó aquella tropa que se metia decididamente en el rio para acudir en apoyo de los arrinconados cuerpos de la 2.ª brigada, y otro tanto hicieron los infantes balmacedistas mas cercanos a la opuesta orilla; pero la atencion de éstos fué mui pronto atraida por los grupos dispersos de la 2.ª brigada, que sentian renacer sus ánimos al divisar tan cerca a los compañeros que acudian en su socorro. Al mismo tiempo los tiros de la artilleria balmacedista eran contestados por la nuestra que llegaba de refresco y que habia establecido ya convenientemente sus baterias en el borde de las colinas de la ribera norte y entre el caserio de Colmo. La artilleria enemiga entonces dejó de dirijir todos sus proyectiles contra la jente que pasaba el rio y se dedicó principalmente a batir a su competidora.

Gracias a esto pudo el Pisagua hacer su travesia sin ser mui molestado, aunque de cuando en cuando caian algunos proyectiles entre los grupos de tropa que se formaban en los brazos del Aconcagua y en las islas del centro. La corriente presentaba, por supuesto, los mismos inconvenientes que tanto entorpecieron poco antes la pasada del Valparaiso y del Atacama; pero los veteranos del Pisagua, dedicándose por el momento a vencerlos sin preocuparse de la lluvia de balas que caia en torno suyo, consiguieron pasar el primer brazo con toda felicidad, se rehicieron un poco en la isla intermedia, y sin detenerse, guiados y estimulados personalmente por el comandante Echeverria, que en esos momentos parecia multiplicarse, se metieron en el segundo brazo, llegaron tambien a la segunda isla sin accidentes, y por fin penetraron en el tercero y último brazo.

La operacion, naturalmente, habia sido tarda y trabajosa, como que se empleó mas de media hora en la pasada de todo el rejimiento, pero ningun ahogado, ni tampoco ningun muerto o herido por las balas enemigas, habian aumentado con las del Pisagua el gran número de víctimas causadas ya por aquellas tumultuosas corrientes. Eso sí, la tropa se desorganizó bastante con las peripecias de la travesia; y como el enemigo arreciaba sus disparos al ver que este importante refuerzo comenzaba a dar ánimos a los derrotados, no fué posible tampoco restablecer un órden rigoroso en las filas en la orilla sur del rio, sino avanzar sin demora contra las peligrosas alturas que servian de fortaleza y de refujio a los contrarios.

***

Estos habian sido reforzados por sus reservas en los momentos mismos en que el Pisagua número 3 atravesaba el rio. Desde las lomas de la márjen norte ocupadas por nuestra artilleria se divisaban en el campo enemigo tres líneas paralelas, y tan diagonales respecto de nuestra línea de batalla, que al parecer corrian casi de norte a sur. Esas líneas avanzaron ordenadas y presurosas al mismo tiempo que el 3.º se empeñaba en la pasada del rio, y solo se detenian algunos momentos en el borde mismo de las lomas colindantes con la ribera, desde donde rompian sobre el Pisagua un nufrido y certero fuego en avance.

Y avanzaban y avanzaban, numerosas, bien dispuestas y atrevidas, como si despues de contar el número de sus contrarios hubieran descubierto que les eran escesivamente superiores. Se movian gallardas, ejecutaban con simetria y soltura sus maniobras, y a primera vista se conocia que aquellas tropas no estaban compuestas tan solo de jente instruida y veterana sino tambien de hombres resueltos y valerosos, determinados a batirse con brios y a disputar a los nuestros encarnizadamente la victoria.

El Pisagua número 3, mientras tanto, avanzaba con mayor resolucion y con no menos entereza al encuentro del ensoberbecido enemigo. Los soldados del Atacama, faltos casi todos de municiones, permanecieron agazapados en la orilla del rio e imposibilitados por esa causa para tomar parte en el nuevo choque que se preparaba. Para mayor desgracia, ni siquiera podian abrigar la esperanza de ser habilitados con cápsulas por los cuerpos que venian en su socorro, porque mientras el armamento del Valparaiso y del Atacama se componia de fusiles Mannlicher, como todo el de la 2.ª brigada, el del Pisagua y Esmeralda constaba solo de Gras.

Dejó, pues, atras el Pisagua al Atacama y avanzó en direccion a las primeras alturas ocupadas por el enemigo.

***

Se habia dado órden al Esmeralda número 7 de hacer una especie de rodeo por detras del cordon de cerros que borda la márjen norte del Aconcagua, a fin de alejarse en direccion a nuestra

izquierda, pasar el rio por el punto por donde lo atravesó el Huasco, y formar con este batallon la reserva de esa ala al mismo tiempo que se amenazaba al enemigo con un flanqueo por su derecha.

Así comenzó a verificarlo el Esmeralda. Subió un poco para cubrirse con las cumbres de las colinas de ese lado, e inició su desfile por la espalda del cerro ocupado entonces por el batallon de Artillería núm. 3, mandado por el comandante Rivera Jofré.

El Esmeralda avanzó para atravesar el rio por aquel punto; pero calculando el comandante en jefe de nuestro ejército que las fuerzas enemigas que comenzaban a desplegarse enfrente del 3.° eran inmensamente superiores a éste, y que podian repetirse, con desastroso efecto para el resultado final de la batalla, las dolorosas escenas que poco antes habian ocurrido con el Atacama, dispuso que dos compañias del 7.°, despues de pasado el rio, avanzasen hácia la izquierda del Pisagua para servir como de reserva y apoyo a éste.

Esas dos compañias, únicas del Esmeralda que tomaron una parte activa en la batalla de Concon, fueron la 1.ª y la 2.ª del primer batallon, mandadas respectivamente por los capitanes don Jorje Barceló Lira y don Pedro Morandé, y ambas bajo la direccion superior del capitan ayudante don José Clemente Larrain.

*
* *

El Esmeralda pasó el rio sin sufrir daño alguno con el lento y lejano fuego que de cuando en cuando le hacia el enemigo, preocupado entonces de dirijir todos sus tiros contra los que atravesaban por el vado de Colmo en apoyo de los cuerpos de la 2.ª brigada que se batian en Concon Medio.

Pero si las balas enemigas no le causaban bajas, en cambio el rio, mui correntoso y profundo por ese paso, que es el que da frente a Concon Alto, se empeñaba en destruir al Esmeralda con violentos embates. Muchos soldados fueron envueltos por las aguas y estuvieron en inminente riesgo de perecer, siendo verdaderamente prodijioso que a pesar de las continuas caidas solo cuatro soldados del Esmeralda resultasen al fin ahogados.

El grueso de este cuerpo torció hácia nuestra izquierda para tomar la colocacion que se le habia designado junto con el Huas-

co y observar los movimientos del enemigo a unos mil metros de distancia. Las dos compañias que hemos mencionado se dirijieron, por el contrario, hácia nuestra derecha, a fin de tomar parte allí en el nuevo y recio combate que ya se iniciaba entre el Pisagua constitucional, los pocos hombres amunicionados del Valparaiso y del Atacama por un lado, y aquellos tres rejimientos escalonados en las vecinas alturas y que avanzaban resueltos y lucidos en demanda de los nuestros.

***

El Pisagua habia roto sus fuegos a unos mil doscientos metros del enemigo a fin de contestar desde luego los nutridos disparos que éste comenzó a hacerle en cuanto lo vió entrar al segundo brazo del rio.

Forzosamente desorganizado con los accidentes de la pasada, el 3.°, cuerpo veterano y aguerrido, logró, sin embargo, desarrollarse en líneas de tiradores en la márjen sur del Aconcagua; y aunque esas líneas iban un poco revueltas al principio, poco a poco, a medida que el cuerpo avanzaba, se pudo introducir el órden entre los soldados. Estos no querian, en materia de instruccion militar, aparecer mui inferiores a las veteranas y brillantes tropas contra las cuales iban a combatir. No era posible, por otra parte, bajo los incesantes y nutridos fuegos de la infanteria balmacedista, distribuir el rejimiento en batallones, compañias y grupos de tiradores bajo el mando de sus propios cabos y con la dotacion de jente destinada de antemano a cada grupo, y esa falta de organizacion no dejaria de entorpecer en mucha parte la accion de los oficiales y clases, y aun de los mismos soldados; pero el órden disperso en columnas por compañias demostró aquí de nuevo sus ventajas. Los hombres se repartieron de cualquier modo en grupos y secciones, se arreglaron prontamente en esa forma, y continuaron sus fuegos en avance.

Muchos de los dispersos del Atacama que habian logrado, mas empeñosos y precavidos que sus compañeros, reunir algun número de tiros, se incorporaron tambien entre los grupos del Pisagua y avanzaron animosos a su lado, mientras los demas permanecian ocultos entre los matorrales y pliegues del terreno de la ribera. Por la derecha del Pisagua, al mismo tiempo, se-

guian en órden los soldados del Valparaiso que habian conseguido tambien formarse una regular provision de municiones. Con la llegada del 3.° y con el ejemplo de su avance tranquilo y firme a pesar de la formidable resistencia del enemigo, volvieron los ánimos a varios de los que ya se creian irremisiblemente derrotados. Quedaban todavia muchos tímidos, pero el desaliento de éstos no podia ser mas disculpable. ¿Cómo avanzar contra un enemigo superior en número, bien armado y valiente, no teniendo un solo proyectil que oponer a las nubadas que él dirijia desde las alturas? Se quedaban, pues, metidos entre los chilcales, con el corazon oprimido por la angustia, avergonzados del triste papel que su precipitacion los obligaba a desempeñar, y elevando fervientes votos por el triunfo de los valientes del Pisagua y de sus mas afortunados compañeros de la 2.ª brigada, que adelantaban siempre esforzados y resueltos, contestando sin descanso los tiros que los defensores del tirano les descargaban.

***

Estos, por su parte, seguian bajando hácia el borde de la loma con una gallardia, método y serenidad en que se traslucian la conciencia de sus ventajas y la ninguna duda que abrigaban respecto del resultado del cercano choque. Al divisar sus ordenadas filas y su airosa actitud, la sangre de los espectadores se sentia de repente paralizada por una impresion de frio y de temor. Animosa y decidida marchaba nuestra tropa; pero ¿lograria dominar, vencer y destruir aquellas brillantes lejiones, en cuya apostura se leia ese sentimiento de amor propio y de orgullo que es el móvil mas inmediato de la valentia del soldado?

Todos lo creian por lo menos dudoso; todos calculaban que el encuentro habia de ser encarnizado y terrible; nadie se atrevia a contar con seguridad con la victoria.

Mientras tanto el Pisagua seguia avanzando, atrevido y bizarro. Habia cruzado ya la faja arenosa que separa la orilla del rio de las faldas de las cercanas colinas; comenzaba a dar los primeros pasos para subir a éstas, y hasta entonces ni por un instante lograron detenerlo las granadas y metrallas de los cañones ni el fuego incesante de la fusileria enemiga. Era tan seguro y metódico su avance; revelaban tanta resolucion aquellas maniobras,

que la artilleria balmacedista, amedrentada o precavida, se apresuró a retirar sus piezas del borde de la cima y a llevarlas mas atras, lo cual pareció dar a entender que, no obstante el número y la calidad de su infanteria, no se arriesgaba a esperar tranquila el resultado de aquel sangriento choque, esponiendo sus cañones a caer en manos de los nuestros.

Pero al instante, como para borrar la buena impresion que la retirada de la artilleria pudiera producir en el ánimo de los asaltantes, la infanteria dictatorial multiplicó sus disparos de una manera abrumadora. Las tres líneas de que hablámos, correspondientes al parecer a otros tantos rejimientos, se confundieron en una sola, y situadas junto al declive de la meseta, llenaron el espacio de detonaciones que se confundian en un solo interminable trueno, lanzando sobre los grupos del Pisagua y de la 2.ª division granizadas de certeros proyectiles.

***

No flaquearon los nuestros en presencia de esta mortífera tempestad, a lo menos en la estrema izquierda constitucional, que era el punto por donde subia el Pisagua. Fatigados por la marcha y la ascension, inferiores en número a sus contrarios, y ocupando una desventajosa posicion, sembraron de muertos y heridos el suelo, pero continuaron avanzando valerosos. Los grupos del Valparaiso y del Atacama, que subian a la derecha del Pisagua, sí que se detuvieron con recelo. Recordaban sin duda los aprietos en que poco antes se habian encontrado en aquella misma loma, y preferian ahora contenerse a tiempo, antes de quedar de repente inermes en medio de numerosos enemigos

Este primer éxito alentó de tal modo a los contrarios, que creyeron llegado el caso de valerse de un último y supremo recurso. Reunieron a su jente en la cumbre al son de corneta, se formaron en compactas filas, resonó un espantoso chivateo, y al toque de calacuerda se lanzaron cerro abajo con la bayoneta armada, avanzando como un aluvion de acero sobre los grupos que subian.

Nuestros soldados, poco diestros en el manejo del arma blanca a causa de que la introduccion de los fusiles de tiro rápido primero, y de repeticion despues, ha anulado por completo el va-

lor de la bayoneta como arma de combate, y, por otra parte, separados entonces del enemigo por una distancia que variaba tan solo entre cien y doscientos metros, no tuvieron en algunos puntos tiempo suficiente para preparar la resistencia, y en otros no se atrevieron a esperar a pié firme el impetuoso choque. Retrocedieron apresuradamente, pues, hasta el pié de la loma, aunque nó desordenados ni confundidos, sino manteniendo siempre sus fuegos con viveza y haciendo frente, aunque en retirada, al enemigo.

Este, al ver el efecto de su amenaza, sintió duplicados su valor y su audacia. Como antes contra el Valparaiso y el Atacama, las cornetas hicieron vibrar el aire con sus toques de diana y de calacuerda; los soldados, clases y oficiales repitieron con mayor fuerza sus insolentes gritos de amenaza, sus insultos y voces de desafío, y durante algunos minutos pudo creerse que la batalla la teniamos ya completamente perdida, a lo menos por ese lado. El Cuartel Jeneral, que vijilaba la accion desde la banda norte del rio, pasó en esos momentos por amarguísimos trances. A su frente veia rotas y rechazadas nuestras líneas, y allá lejos, por su derecha, en el punto atacado por la 1.ª brigada, resonaban solo unos cuantos flojos y al parecer intermitentes disparos.

*
* *

Pero las dos compañias del Esmeralda de que ya hemos hablado avanzaban en esos momentos en direccion a nuestra estrema izquierda, o sea hácia el punto en donde se batia el Pisagua; y llamando por ese lado la atencion del enemigo, lo obligaron a detenerse en su persecucion para no verse espuesto al peligro de ser flanqueado por ellas.

Esas compañias del Esmeralda, a fin de no interceptar, en su desfile hácia la derecha, los fuegos de los nuestros que combatian contra los batallones estendidos en la altura, trasmontaron dos pequeñas colinas que encontraron a su paso. Desde lo alto de la primera rompieron sus fuegos diagonalmente contra el enemigo a unos cuatrocientos metros de distancia, sin dejar al mismo tiempo de ganar terreno a la derecha; los suspendieron al llegar a la quebrada intermedia, escalaron ésta a toda prisa, y

desde la segunda cumbre los rompieron de nuevo a unos trescientos metros.

Este fuego inesperado, y el movimiento que todo el Esmeralda comenzó a ejecutar entonces hácia el sitio del combate, hizo tal vez pensar a los jefes enemigos que dirijian por ese punto la batalla, que la retirada del Pisagua, del Valparaiso y del Atacama bien pudo no haber sido mas que una falsa maniobra para atraerlos hácia el bajo y rodearlos en seguida con el Esmeralda y el Huasco, que ellos divisaban por su estrema derecha, sobre unas colinas separadas de su campo por dos quebradas perpendiculares al rio. Comenzaron, pues, a replegarse poco a poco hácia la altura, esquivando el encuentro con el nuevo enemigo que en hora tan inoportuna para ellos aparecia por su flanco derecho.

Con esto daban un respiro de vida al Pisagua y a los grupos de la 2.ª brigada. Estos se habian retirado de nuevo hácia la orilla sur del rio, y allí estaban ocupados en rehacerse a la lijera mientras el Esmeralda continuaba su amenazador avance por el flanco derecho de los balmacedistas. Las dos compañias de la vanguardia de éste apresuraban entonces el paso impetuosas y atrevidas.

* * *

El ejército dictatorial, afortunadamente para nosotros, contaba por ese lado con pocas fuerzas, y esto permitió a la escasa tropa del Esmeralda acercarse casi temerariamente a los primeros tiradores estendidos en la vecina meseta. Hubo un momento en que las avanzadas del brillante rejimiento, haciendo gala de arrojo, llegaron a encontrarse a no mas de cincuenta o sesenta metros de los soldados enemigos. Estos, al verse estrechados tan de cerca, no atreviéndose quizá a dividir sus fuerzas, comenzaron a replegarse, marchando por el flanco en buen órden y sosteniendo al mismo tiempo el fuego en retirada. Los siguieron los del Esmeralda, y quizá, acosándolos sin descanso, hubieran llegado con ellos hasta la altura misma que les servia de base de operaciones, si no fuera que una fatal coincidencia dió márjen a un error que los puso en el caso de detenerse y esperar el nuevo avance de los nuestros.

Ese error consistió en el vivo fuego que varios grupos constitucionales comenzaron a hacer desde abajo a la jente del Esmeralda que avanzaba por la altura. Gran parte de ésta, y principalmente las dos compañias que con tanto denuedo se batian, llevaban como prenda de uniforme esos infernales pantalones lacres a que tan aficionados parecen muchos de nuestros militares; y como el ejército balmacedista estaba en su totalidad uniformado con ellos, los constitucionales situados en la márjen del rio, creyendo enemigos tambien a los del Esmeralda, comenzaron a menudearles de repente sus disparos.

No obstante esto, la intervencion del Esmeralda habia sido salvadora. El Pisagua se rehacia con prontitud, y reuniéndose con las dos compañias del Esmeralda que habian acudido tan oportunamente en su ausilio, comenzaba a subir de nuevo por la falda de la loma, hostigando al enemigo con sus disparos y resuelto ahora a mantenerse firme aunque se viera amenazado por una segunda carga a la bayoneta. El Valparaiso reunia tambien sus esparcidos grupos y avanzaba cerro arriba por la derecha del 3.° El Atacama, o, mejor dicho, la poca parte de él que pudo amunicionarse, avanzó por la derecha del Valparaiso, mezclada con algunos grupos del batallon del Chañaral que acompañaba a la segunda brigada. Renacia el entusiasmo al ver que el enemigo se retiraba poco a poco hácia la altura. Todos en un nuevo trance estaban dispuestos a resistir hasta la muerte.

Ademas, lo ocurrido al Valparaiso y al Atacama con sus municiones servia de provechosa esperiencia a los demas. Aunque acosando al enemigo con sus fuegos, nadie se precipitaba ahora para disparar. Todos empleaban sus cápsulas con prudencia y cautela, temerosos de que llegasen despues a faltarles en la ocasion mas premiosa y delicada.

*
* *

Nuevos refuerzos acudian tambien desde la márjen norte del rio en prevision de otro apuro. La Columna de Rifleros, que con grave inquietud de los constitucionales que combatian en la ribera sur habia roto sus fuegos, primeramente desde la ribera norte, y despues desde la isla anterior al segundo brazo, recibia órden del comandante en jefe para atravesar el Aconcagua y to-

mar colocacion en la reserva activa o en la línea de combate, reforzando el ala derecha del Esmeralda. La artilleria, ansiosa de coadyuvar mas eficazmente al desenlace de la contienda, abandonaba su situacion en las faldas de Colmo y se aprestaba para pasar el rio. El combate entraba en una nueva faz Las zozobras esperimentadas pocos momentos antes habian casi desaparecido. Los bravos rejimientos enemigos llegaban a la meseta inclinada que forma, detras de las primeras lomas, la ancha falda del alto cordon de cerros encabezado por el Torquemada. Parecia, por sus maniobras y su escaso fuego, que un percance igual al sufrido por nuestra 2.ª brigada era la causa principal de su repentina y constante retirada. Tal vez las municiones les faltaron en los momentos que siguieron a su impetuosa carga. Lo cierto es que sus tiros, enrarecidos primero durante la subida de regreso, llegaron poco a poco a apagarse casi por completo.

Se encontraban entonces al pié del alto cordon de cerros, y en efecto, segun despues se supo, la brillante tropa habia agotado sus municiones y acudia allí a renovar su provision. Una vez hecho esto con estraordinaria celeridad, los rejimientos balmacedistas volvieron a empeñar el combate, aunque disminuidos por los refuerzos que debieron mandar a su izquierda, en socorro de los cuerpos que combatian contra nuestra 1.ª brigada Procuraban ganar el terreno perdido redoblando la rapidez de sus disparos, pero ya se habia enfriado su primer ardor y se notaba mui minorado su empuje. Acaso estaban fatigados con la prolongacion de aquella incesante lucha. Tal vez los amedrentaba la incansable pertinacia de los nuestros, que, rechazados una y otra vez, perseguidos y derrotados, lograban, sin embargo, rehacerse, se obstinaban en marchar al ataque, y subian por tercera vez aquellas faldas, llegaban por fin a las primeras eminencias y sostenian a pié firme el reñido tiroteo. La retirada del enemigo les habia devuelto la serenidad y los brios. Sentian cansancio, pero no estaban agotados ni rendidos. Todavia eran capaces de sostener por largo rato la pelea. Todavia se hallaban dispuestos a soportar gustosos nuevos y mayores sacrificios.

Era imposible que hombres de ese temple pudieran ser vencidos por los soldados de la tirania. Era imposible que tanto aguante, fortaleza y constancia dejaran de verse al fin premiados por el triunfo.

***

Las pérdidas esperimentadas por los cuerpos de la 2.ª y 3.ª brigadas que habian tomado parte en la larga y reñida contienda en que estuvieron comprometidos nuestro centro e izquierda eran tan sensibles como numerosas. La faja arenosa de la márjen sur del rio, los matorrales, los alrededores del caserio de Concon Medio, las faldas de las lomas, las primeras cumbres, todo se veia sembrado de heridos y de cadáveres. El enemigo sufrió en todo ese ámbito considerables bajas, pero éstas, gracias a la ventaja de su posicion, apenas podian equipararse en número e importancia con las nuestras.

Del rejimiento Atacama, fuera de los muchos muertos y heridos de tropa, y sin contar tampoco los oficiales que habian caido durante el período de batalla anterior a la entrada en combate de la 3.ª brigada, eran heridos ahora: el subteniente don Federico Latour, entusiasta minero de Copiapó recientemente enrolado en el ejército constitucional, quien recibia en un brazo, en los momentos de subir por segunda vez las faldas, una herida que no era por fortuna de mucha gravedad; el subteniente don Santiago Herrera, tambien de Copiapó, y recientemente salido de la cárcel de Santiago, en donde lo mantenia el dictador, herido dos veces en el brazo derecho; y el subteniente don Cárlos East, nacido en Cromwell, Inglaterra, pero hijo de madre chilena y criado en Valparaiso, recibia en una pierna una herida que es grave a pesar de que el proyectil, segun parece, no alcanzó a tocarle el hueso.

De la parte del batallon del Chañaral que combatia con los cuerpos de la 2.ª brigada resultaba gravemente herido por un balazo que le fracturaba el hueso del brazo derecho el teniente don Eliseo Carrasco, en los momentos en que el enemigo se replegaba hácia la altura en busca de las municiones que comenzaban a escasearle.

Las dos compañias del Esmeralda, durante su corta refriega, sufrieron las bajas de mas de cuarenta hombres de tropa, y ademas la del subteniente don Benjamin Pereira, de la 1.ª compañia del primer batallon. El subteniente Pereira recibió su herida al subir una de las colinas situada por el flanco derecho del enemigo; y aunque el proyectil no alcanzó a fracturarle el hueso, la

herida es grave, porque el balazo le cayó de alto a bajo, abriéndole un largo y profundo surco.

Fué el Pisagua, naturalmente, el que mas pérdidas tuvo en el curso de esta parte de la batalla, como que a él le tocó sostener lo mas reñido y peligroso de la refriega. Apenas pasado el último brazo del rio, el subteniente don Eujenio Rojo recibia una herida leve en un pié, y el subteniente don Santiago Simms, recien ingresado al ejército, un balazo que le fracturaba el hueso de una pierna al avanzar con su tropa cerro arriba y encontrarse ya como a la mitad de la falda de la colina ocupada por la artilleria balmacedista.

La gravedad de la herida del subteniente Simms hacia necesario mas tarde amputarle la pierna, a fin de precaver los efectos de una complicacion mas grave aun.

En los momentos de la carga a la bayoneta, en el terrible fuego que la precedió y en la retirada que fué su consecuencia sufrió el Pisagua terribles pérdidas. El capitan ayudante don Eusebio Guerra, que se habia embarcado en Valparaiso el dia mismo de la sublevacion de la escuadra, y que fué aquí uno de los ajitadores mas entusiastas en favor del movimiento salvador de nuestras instituciones, prestando en seguida valiosos servicios como contador de la armada, caia acribillado a balazos en los momentos en que el enemigo descargaba sobre el Pisagua la tempestad de fuego que sirvió de precursora de la carga a la bayoneta. El capitan Guerra recibió entonces no menos de siete balazos, cinco de ellos mortales. Tres de éstos le atravesaban el pecho y los otros dos la cabeza, siendo los de menos gravedad los dos que recibió en la mano derecha.

Al recibir el capitan Guerra las primeras heridas, su amigo y compañero don Pedro Rosende, capitan de la 1.ª compañia del primer batallon del mismo Pisagua, con la esperanza de salvarle la vida trató de arrastrarlo hácia un foso cercano para ponerlo allí a cubierto de las balas enemigas. En esa piadosa ocupacion se encontraba Rosende, con el cuerpo inclinado sobre Guerra, cuando una bala enemiga dirijida desde lo alto le penetró por el pecho y le atravesó el corazon, causándole en el acto la muerte y dejándolo inmóvil al lado de su amigo, que tambien en esos momentos espiraba.

El capitan Rosende era natural de los Andes, y como Guerra,

despues de combatir allí con las armas del derecho contra la dictadura que se preparaba, marchó al norte una vez establecida ésta y se incorporó en las filas del Pisagua para combatirla con las armas.

En esos mismos momentos de la carga a la bayoneta caia tambien el teniente don José del C. 2.° Vasquez, de la 2.ª compañia del primer batallon del Pisagua. La bala daba al teniente Vasquez en medio dé la frente, causándole una muerte instantánea.

Con la muerte de Vasquez perdia nuestro ejército un oficial tan valiente como instruido y laborioso. Partidario decidido de la causa del Congreso, el teniente Vasquez se incorporaba en nuestras filas en Tacna, despues de haber desempeñado el cargo de instructor del 4.° de línea. En el naciente ejército constitucional desempeñó el señor Vasquez las mismas funciones de instructor que antes tenia en el 4.° y para las que lo designaban sus variados conocimientos militares y su amor al estudio, y a él debia en no pequeña parte el Pisagua número 3 el brillante pié de instruccion en que se encontraba.

Por fin, el teniente don Juan Martinez, tambien del mismo sufrido y valeroso Pisagua, moria en los momentos que precedieron a la carga. El teniente Martinez, uno de los veteranos de nuestro 3.°, que se habia encontrado en numerosos combates durante la campaña de Tarapacá, y que se distinguió particularmente en la heroica jornada de Pozo Almonte, era muerto por una bala enemiga que, atravesándole primero el número 3 del kepis, le pasaba despues de parte a parte el cráneo, causándole una muerte instantánea.

Con este número de importantes y dolorosas bajas esperimentadas en aquellas terribles circunstancias, se comprende que el Pisagua no se atreviese a esperar la carga a la bayoneta con que lo amenazaba el enemigo despues de tan destructor y horrísono fuego.

***

Como dijimos, apenas los rejimientos dictatoriales que sostenian la batalla por nuestro centro e izquierda comenzaron, faltos de municiones, a replegarse hácia la altura para proveerse de nuevo de ellas, el comandante en jefe del ejército constitucional,

que habia estado observando ansioso desde las alturas de Colmo el desarrollo de la contienda, dió órden a la artilleria y a los Rifleros para que avanzaran a reforzar la tropa que subia el cerro detras del enemigo.

La Columna de Rifleros, como dijimos, se habia dividido solamente en dos porciones: la una compuesta de cuarenta hombres al mando del teniente don Anjel Custodio Espejo, acompañó a nuestra 1.ª brigada, y la otra, al mando del capitan ayudante don Belisario Garcia Martinez, hizo la marcha con la 3.ª

Las grandes esperanzas que se habian fundado en esta distinguida agrupacion de jóvenes entusiastas, especie de escuela práctica en donde recibian su primera instruccion militar los que aspiraban al puesto de oficiales del ejército constitucional, resultaron desvanecidas por la falta de cumplimiento del brillante programa trazado en la órden jeneral de Körner para el dia 20. Así la Columna de Rifleros, en vez de repartirse en los distintos rejimientos en pequeños grupos de tiradores encargados de la mision de dirijir sus fuegos contra los jefes y oficiales balmacedistas, permaneció reunida en la márjen norte del rio, separada de su jefe, que habia ido a incorporarse al destacamento mandado por el teniente Espejo, y desempeñando, hasta despues de la pasada del rio por la 3.ª brigada, el papel de una reserva lejana y casi sin influjo en el resultado de la batalla.

Al fin recibia la órden de avanzar en refuerzo de la 3.ª brigada, y la Columna se lanzaba al rio por el mismo punto por donde habia pasado antes el Pisagua.

Dos distinguidos jóvenes perecian aquí envueltos por los helados torbellinos de la corriente: el sarjento Cortés y el soldado don Alberto Riso Patron. El primero se habia incorporado recientemente en la Columna, y el segundo era uno de sus mas entusiastas fundadores. Ademas, Riso Patron tenia el mérito de haber sido una de las primeras víctimas de la lucha iniciada entre el presidente de la república y el Congreso, pues el dia de la apertura de las cámaras el año pasado, cuando el famoso ministerio Sanfuentes preparaba su curiosa declaracion de que el candidato oficial quedaba eliminado pero que todos los desvergonzados elementos puestos a su servicio continuaban en sus puestos, ofreciendo con ellos mismos al pais unas elecciones que serian un modelo de pureza, en ese tiempo era arrastrado Riso-

Patron a la cárcel en compañia de varios jóvenes tan entusiastas y decididos como él, por el delito de haber gritado:—"¡Abajo Balmaceda!" en el momento de pasar éste en coche para dirijirse al palacio lejislativo.

Despues, sus trabajos en los clubs, en la prensa, en las calles, en las reuniones y asambleas, habian hecho de Riso Patron un miembro utilísimo de esa brillante juventud santiaguina que tanto se distinguió por su entusiasmo, su decision y su incansable propaganda durante todo el curso de la lucha política que terminó con el golpe de estado del 1.º de enero de este año.

* * *

Una vez pasado el rio, unos quince hombres de la Columna, al mando del capitan Anrique, se dirijieron hácia nuestra izquierda, es decir, hácia el punto donde el Huasco se hallaba como en observacion, y el resto, al mando del capitan Garcia y del teniente Valenzuela, continuó avanzando por el centro, siguiendo a lo lejos al Pisagua, a las compañias del Esmeralda y a los cuerpos de la 2.ª brigada que trepaban por tercera vez las disputadas colinas.

Esta parte de la Columna rompió sus fuegos en el borde sur del rio, a demasiada distancia del enemigo, ocasionando con sus disparos no pequeña alarma entre los nuestros, que temian ser víctimas de los mismos proyectiles destinados a herir a sus contrarios. No habia, en efecto, menos de 1,500 metros desde ese punto hasta las líneas enemigas, medio perdidas entonces en las lejanas faldas de la cadena de cerros altos; y juzgándose ineficaces y hasta peligrosos los tiros de los Rifleros a semejante distancia, hubieron de pararlos en virtud de las repetidas instancias que para ello les hacian las tropas que marchaban a vanguardia.

Desde ese momento los Rifleros se dispersaron en distintas direcciones en seguimiento del enemigo, no reuniéndose ya hasta despues de terminada la batalla.

* * *

La Artilleria número 2, que habia sido la primera en romper sus fuegos contra las posiciones balmacedistas, se hallaba repar-

tida, como dijimos, entre la 1.ª y la 2.ª brigada. La seccion correspondiente a la 1.ª, al mando del mayor Hurtado, atravesaba el rio a las tres de la tarde para marchar en apoyo de los cuerpos que se batian a nuestra derecha, ejecutando sin tropiezos esta delicada operacion por el mismo vado de Concon Bajo que siguieron en la mañana los cuerpos de infanteria y de caballeria colocados a las órdenes del comandante Frias. El resto del batallon, bajo la direccion de su comandante Silva Renard, con sus piezas colocadas en la caja misma del rio, disparaba certeros y repetidos cañonazos contra las tropas enemigas situadas en la altura, mientras las ametralladoras de la marina, dirijidas por el teniente Gomez, secundaban eficazmente sus fuegos. La Artilleria número 1, mandada por el comandante Ortúzar, menudeaba tambien sus disparos desde los bordes de las últimas lomas de la ribera norte, y la número 3 del comandante Rivera Jofré, imposibilitada para hacer un fuego eficaz a esa distancia a causa del poco alcance de sus cañones Grieve, se metia decididamente en el rio y lograba llevar cuatro piezas de la segunda brigada, al mando del sarjento mayor don Tobias Barros Merino, hasta un islote situado entre el último brazo del rio y el derrame que le sigue mas al sur. Desde allí rompieron el fuego a unos setecientos metros de la línea enemiga y protejieron el avance del Pisagua, impidiendo con certeros tiros el flanqueo con que en los primeros momentos lo amenazaba el enemigo por la izquierda de éste. Por fin, los cuerpos de caballeria correspondientes a la 2.ª y 3.ª brigadas atravesaban tambien el rio y esperaban en las cercanias de Concon Medio las últimas órdenes del comandante en jefe de nuestro ejército.

***

A las tres de la tarde, un observador superficial o poco acostumbrado a las peripecias terribles y a veces inesperadas de las grandes batallas, hubiera creido, apreciando la situacion y estado de ambos contendores por lo que podia divisarse desde las alturas de Colmo, que ya teníamos definitiva y casi completamente ganada la accion. El enemigo a nuestro frente, retirado a la falda de los últimos cerros, oponia tan solo una débil resistencia. Su artilleria, alejada tambien en esa direccion, solo de cuan-

do en cuando contestaba los numerosos y repetidos disparos de la nuestra; y la lucida y hasta lujosa caballeria balmacedista, puesta al reparo de las mas altas cumbres para no ser herida por nuestras granadas, no daba casi señales de existencia. Los cuerpos de la 2.ª y 3.ª brigadas constitucionales, mientras tanto, avanzaban cerro arriba paso a paso, sin suspender un instante sus fuegos a pesar de la fatigosa ascension. Dominábamos, pues, el campo por nuestra izquierda y centro; y sin embargo, no era la efusiva alegria del vencimiento la que se retrataba aun en el sereno y espresivo rostro del coronel Canto. Cierta preocupacion constante, cierto embarazo casi imperceptible, cierta falta de espansion cordial y comunicativa permitian traslucir que no estaba aun enteramente seguro del éxito y que todas las ventajas obtenidas por aquel lado, si bien importantes y provechosas, no le daban motivo suficiente para lanzar ufano el grito regocijado y estruendoso de «¡victoria!» El campo dictatorial aparecia en calma, pero en una calma soporífera y siniestra, como la que precede a las tremendas luchas y a las grandes tempestades.

De repente comenzó el enemigo a recobrarse. Sus cañones tomaron posiciones y rompieron nuevamente el fuego sobre nuestros cuerpos que avanzaban. Largas e intensas líneas de humo de fusileria brotaron de las faldas de las mas lejanas colinas y se estendieron a lo largo de éstas como cintas azulejas movidas por la brisa. La caballeria balmacedista asomó por entre las crestas sus relucientes y amenazadores sables. La infanteria avanzaba: la cinta azuleja de sus fuegos iba haciéndose mas perceptible; las detonaciones de sus disparos se oian a cada momento mas cercanas. El combate amenazaba empeñarse otra vez encarnizado y violento. ¿Resistirian el nuevo empuje de esos veteranos enemigos nuestras cansadas tropas? ¿No se les agotarian a otros cuerpos las municiones, como se les habian agotado ya al Valparaiso y al Atacama? Aquellos valerosos rejimientos que en tan duros aprietos tuvieron a los nuestros ¿no volverian ahora reforzados al combate?

Estas reflexiones oprimieron como con mano de nieve los corazones. ¡Es tan vária la suerte de las armas, y pesan tan poco a veces en sus brutales sentencias los dictados de la razon y la voz de la justicia!

Todos se sentian preocupados y temerosos: solo el coronel

Canto no perdia su acostumbrada serenidad, aunque necesitaba esforzarse para conseguirlo. Estiraba el cuello, tendia el oido, volvia a veces el rostro hácia nuestra derecha. El enemigo continuaba por el frente su avance, pero él no parecia notarlo. Su atencion estaba enteramente contraida a otro punto.

De pronto se dejaron oir los primeros fragores de un trueno sordo y lejano. El ruido fué creciendo y creciendo por instantes hasta convertirse en confuso pero incesante estruendo. La engañosa calma desaparecia: una tempestad horrenda descargaba sus furias en las faldas mismas del negrusco Torquemada. Era la 1.ª brigada que flanqueaba la izquierda de la línea enemiga y avanzaba sobre el elevado monte a traves de la quebrada de las Petras.

El golpe estaba dado. El coronel Canto, perdiendo entónces su serenidad para dejar que desbordase su alegria, echó mano a su gorra, y en un juvenil y regocijado arranque la tiró al aire esclamando:

—¡Viva Chile! Hemos ganado la batalla. Está flanqueado el enemigo.

Mandó órden al instante a los escuadrones de la 2.ª y 3.ª brigadas para que subiesen a las lomas y en el momento oportuno cargaran al enemigo por nuestra izquierda, y él en seguida, acompañado por todo el Cuartel Jeneral, se puso en marcha para atravesar el rio.

***

Dejámos a la 1.ª brigada en los momentos en que, despues de recibir el refuerzo del Tarapacá y del Taltal, organizaba sus grupos en el borde occidental de la quebrada de las Petras, bajo los furiosos fuegos que a distancia de ochenta a cien metros le hacia el enemigo.

En uno y otro bando reinaba el convencimiento de que de los resultados del cercano reencuentro dependia el éxito de la batalla. Si el ejército balmacedista, acumulado en gran número en la banda oriental de la quebrada, conseguia rechazar el avance de los nuestros y contenerlos en sus posiciones, no les quedaba a éstos otra esperanza que la mui pequeña que podia fundarse en la accion de los dos escuadrones de caballeria y del primer

batallon del Iquique que, rebasando la línea enemiga, la atacarian entonces por su flanco y retaguardia. Pero, disminuidas las tropas flanqueadoras en tanto grado con el último refuerzo enviado a los que atacaban de frente, parecia imposible que su sola intervencion lograse contener los brios de un enemigo victorioso, y por eso los asaltantes no debian contar sino con sus propios recursos y con su solo valor. Si, al contrario, los grupos de los cuerpos constitucionales conseguian forzar el paso de la quebrada, arrejar a los enemigos del borde oriental de ésta y ocuparlo ellos a viva fuerza, todavia, despues de este primer triunfo, les faltaba apoderarse del Torquemada mismo, a cuyas faldas se replegarian sin duda los dictatoriales, y combatir contra la infanteria, la caballeria y la artilleria de éstos, que ocupaban allí desde el principio de la batalla escojidas posiciones. Cuerpos de infanteria enteros se mantenian en descanso y observacion atrincherados en una zanja que corria a vanguardia del sitio en que se hallaban instalados los cañones; los escuadrones de la caballeria enemiga no habian tomado hasta ese momento parte alguna en el combate, ni aun para reconocer, amenazar ni escaramucear a nuestro frente, y estaban por lo tanto descansados y frescos; y la artilleria del coronel Fuentes, numerosa, flamante y bien provista de municiones, contaba ademas con dos terribles ametralladoras que, colocadas a firme en sitios adecuados, podian barrer con sus proyectiles a los fatigados grupos que avanzaran trabajosamente cerro arriba.

En suma: el forzamiento de la quebrada de las Petras era una empresa decisiva para los nuestros, puesto que su rechazo allí equivalia a un irreparable desastre, y no lo era para el enemigo, por cuanto aun despues de ocupada la banda oriental por los asaltantes se verian éstos en la necesidad de emprender el escalamiento de las faldas del Torquemada, erizadas de cañones, de sables y de fusiles. Las numerosas tropas dictatoriales tenian de este modo en su favor dos albures: la 1.ª brigada contaba con uno solo, pues si sufria un rechazo en la quebrada podia darse por decisiva e irremediablemente derrotada. Todos los sacrificios hasta allí consumados, toda la sangre perdida, todos los triunfos a tanta costa alcanzados, resultarian vanos, inútiles e infructuosos.

***

Los jefes de uno y otro campo comprendian todo el alcance de la operacion que la 1.ª brigada constitucional se preparaba a ejecutar. Los dictatoriales no dudaron ni por un momento de que aquellas lejiones incansables, que habian llegado hasta allí combatiendo de quebrada en quebrada y de loma en loma, estaban resueltas a no prolongar su permanencia en el borde occidental mas que el tiempo absolutamente necesario para dar algun respiro a su jente y organizar a la lijera sus filas. Las esperaban, pues, con ansiedad pero con decision, embravecida ya la tropa con las escenas de desafio, de burla y de sarcasmo de que hicimos mencion, y resueltos oficiales y jefes a no dejarse arrebatar por un enemigo fatigado, igual, a lo sumo, si no inferior en número, vilipendiado y zaherido por ellos, aquellas posiciones que el jeneral Alcérreca calificaba con justicia de magníficas. ¡Qué vergüenza no seria para los miembros del que se titulaba ejército de Chile que aquellas bandas de descamisados que se batian sin órden ni concierto los arrojaran ignominiosamente de unas posiciones elejidas y estudiadas por ellos mismos desde tiempo atras, y esto nó por sorpresa, ni abrigados por las sombras de la noche, sino de frente, a cara descubierta, a la plena y viva luz de aquel esplendoroso sol de primavera!

Las tropas dictatoriales se hallaban, pues, animadas de los mas belicosos sentimientos en los instantes que precedieron al ataque. Oficiales y jefes mantenian avivado con sus palabras el espíritu de resistencia de sus soldados; y habiendo tenido poco antes la intencion de pasar ellos la quebrada para arrojar a los nuestros del borde occidental ¿cómo no se sentirian indignados por la insolencia y la temeridad de que éstos hacian gala al pretender ahora atravesarla para irlos a buscar en sus mismas ventajosas posiciones? Avanzaban, por lo tanto, animados y decididos, hasta formar en el lado opuesto al nuestro un cordon no interrumpido de tiradores que sostenian un vivo fuego y que descargarian granizadas de balas contra los que bajasen la quebrada y pretendiesen trepar por la barranca.

En el campo opositor, mientras tanto, reinaba una resolucion tranquila y concienzuda. Todos estaban convencidos de que la operacion militar que se preparaba no consistia tan solo en llegar

victoriosamente a la otra banda de la quebrada. Esta empresa parecia mui sencilla a nuestra jente: ¡habia pasado ya tantas! Lo importante y lo difícil era, una vez situada en el otro lado, mantenerse organizada para avanzar sin demora, aprovechando los primeros momentos de confusion y de sorpresa del enemigo, y atacar por todos lados su artilleria, sus ametralladoras, su infanteria, y hacer frente al mismo tiempo a su caballeria. La travesia de la quebrada no pasaba de ser una especie de prólogo de esta obra difícil, magna y peligrosa. ¿Cómo evitar la mezcolanza, cómo conservar a cada grupo en la direccion de su objetivo, cómo mantener un órden lo mas estricto posible entre los asaltantes de unas posiciones defendidas por hombres que esperaban ordenados y a pié firme nuestro choque?

A este resultado tendian los esfuerzos de los jefes y oficiales de la 1.ª brigada. Esto era lo que se empeñaba Körner por obtener. y por eso pasaba de uno a otro cuerpo recorriendo las líneas de tiradores y las reservas, y esperando tan solo dejarlas bien establecidas en todo nuestro campo para dar la voz de ¡adelante! a los que ya la esperaban con ánsia estendidos a lo largo del borde occidental de la quebrada.

***

Cuando el batallon del Chañaral que al mando del comandante Palacios acudió en refuerzo de la 1.ª brigada hubo asomado por el camino de Colmo, el comandante Körner se dirijió presuroso a su encuentro, mui satisfecho por la llegada de tan importante como inesperada ayuda. El camino de Colmo a Viña del Mar, segun se sabe, va orillando las faldas del oeste y del noroeste del Torquemada, y pasa, por lo tanto, entre este cerro y la quebrada de las Petras. Debido a esa circunstancia, el Chañaral no tendria que atravesar la quebrada para llegar a las posiciones enemigas, pues el camino mismo lo conducia directamente a ellas, y esto facilitaba grandemente su ataque, al mismo tiempo que lo esponia a recibir antes que ningun otro las descargas de la artilleria, ametralladoras e infanteria dictatoriales.

Convenia, pues, que el Chañaral se organizara prontamente, y con este fin se dirijió Körner a su encuentro, siendo acojido con entusiasmo por aquellos valerosos soldados, que desde ese

momento continuaron su avance con las mayores precauciones y el mejor órden, afrontando intelijente y valerosamente el nutrido fuego que comenzó a dirijirles el enemigo. Los tiradores, tendidos en el suelo de barriga, disparaban en esa postura sus fusiles y en el acto daban un brinco a otro lado para esquivar el cuerpo al proyectil que suponian debia dirijírseles tomando por guia el fogonazo. Y como los contrarios, sea por torpeza de los soldados o por falta de instruccion de los jefes y oficiales, se batian de pié, o a lo sumo con una rodilla en tierra, aparecian demasiado destacados sobre el suelo y servian así de seguro blanco a los certeros tiros de nuestra jente.

Una notable escepcion en esta táctica del Chañaral la formaba el comandante del rejimiento, teniente coronel don Vicente Palacios, quien desde el principio de la batalla se habia mantenido, sereno y apuesto, sobre el mismo caballo en que atravesara el rio. En vano hasta entonces le habian rogado los oficiales que se apeara: el comandante Palacios, a fin de dar el ejemplo del valor y de la serenidad a los suyos, persistia en seguir montado, presentándose así de relieve a los disparos del enemigo. Junto al Torquemada, sin embargo, lograron sus oficiales como por engaño que dejase la cabalgadura, y entonces el valeroso jefe se trasladó a su línea de tiradores para vijilar desde allí los grupos que combatian.

***

Preparado ya el Chañaral para el avance, listos los demas cuerpos en la banda occidental de la quebrada, y deseosos todos de arremeter cuanto antes contra aquellos voluntarios y resueltos defensores de la tirania, que habian llevado su servilismo hasta el estremo de desafiarlos y ofenderlos, solo se esperaba una órden, un grito, una señal para lanzarse quebrada abajo y escalar la orilla opuesta.

Los refuerzos y reservas corrieron a juntarse con la línea de tiradores; y apenas verificada esta operacion, los primeros grupos de todos los cuerpos que allí se batian: los del Constitucion, del Antofagasta, del Iquique, del Taltal y del Tarapacá, se tiraron quebrada abajo con aterradora impetuosidad. Los soldados enemigos del opuesto borde trataron entonces de asomarse a la

orilla para cazarlos de alto abajo; pero nuestros refuerzos y reservas, que acechaban este movimiento, descargaron sobre ellos tan certera y sostenida lluvia de balas, que los hicieron retroceder en el acto amedrentados y dejando el verde ribazo cubierto de cadáveres y de heridos. Reforzados por jente que se hallaba a su retaguardia trataron de avanzar de nuevo, y de nuevo tambien una segunda tempestad de proyectiles sembró la muerte y el espanto en sus rotas filas, librando a nuestros tiradores de ser atacados a mansalva durante la subida de la escarpada barranca. Repitieron en seguida, con menos brios aunque en mayor número la maniobra, pero hubieron de retroceder por tercera vez maltrechos y mohinos.

Los grupos constitucionales, mientras tanto, se habian organizado a la lijera en el fondo de la quebrada, alcanzando muchos soldados a llenar sus cantimploras en las cristalinas vertientes que deslizan por el angosto lecho sus plateados hilos, y lanzándose en seguida quebrada arriba cojidos de las ramas, arañando con piés y manos el inclinado suelo, utilizando el fusil a manera de baston, y hallándose, por lo tanto, completamente imposibilitados para contestar los fuegos de los que se asomasen al borde y desde allí les disparasen.

Este caso no llegó nunca, sin embargo, porque cuantas veces trataron los contrarios de realizarlo, otras tantas fueron repelidos por las reservas y refuerzos que ocupaban el borde occidental. Las punterias de los nuestros eran tan certeras, y el efecto desmoralizador de sus fuegos tan grande, que compañias enteras de dictatoriales se echaron al suelo, nó para disparar, como lo hacian los soldados opositores, sino para dejar que pasasen por sobre sus cabezas las oleadas del huracan de muerte que soplaba del occidente. Muchos fueron encontrados allí por los nuestros en las vergonzosas actitudes que el miedo les hacia adoptar, olvidados ya por completo de sus anteriores desafios y bravatas, y hasta declarándose partidarios de la causa del Congreso—como tantos otros—muchos de los mismos que quizá pocos minutos antes colmaban de improperios a sus denodados defensores.

***

Apenas los grupos de tiradores que formaban nuestra línea

de vanguardia hubieron subido una buena parte de la barranca oriental, sus refuerzos, que estaban listos para seguirlos desde el borde opuesto, y que atisbaban el momento mas oportuno para echarse a la carrera por la barranca, se descolgaban tambien, presurosos y entusiastas, mientras las reservas redoblaban sus disparos para impedir que el enemigo avanzara hasta la orilla.

Estuvo tan bien preparada esta importante operacion, y fué ella ejecutada con tal intelijencia, serenidad y arrojo, que realmente el forzamiento del paso de la quebrada de las Petras apareció como un juguete o un ejercicio de maniobras a los ojos de los nuestros, mientras que a los dictatoriales, y principalmente a los que se hallaron junto a la orilla, les produjo un efecto aturdidor y contundente. No acertaban a esplicarse cómo de tan sencilla manera habian logrado aquellos grupos sin uniformidad ni enlace verificar una maniobra y dar cima a una operacion que a ellos les parecian sumamente trabajosas y casi imposibles, hasta el punto de que contaban como seguro dejar allí sin vida a lo menos a la tercera parte de los temerarios asaltantes. Numerosos piquetes de alelados enemigos, cortados por los grupos de tiradores, se encontraban de repente rodeados y rendian humildemente sus armas. Los nuestros, jenerosos en medio de su triunfo, los acojian con amabilidad y nobleza, llegando algunos hasta el punto de desprenderse del precioso líquido que tenian en sus cantimploras para cederlo a aquellos infelices que, sin acceso a la quebrada a causa de impedírselo nuestros fuegos, habian agotado su provision de agua y se morian de sed.

—Todos somos hermanos, les decian. Tómesela sin cortedad.

Y esta acojida, que tanto contraste formaba con las guapetonadas y amenazas de muerte de los contrarios, basta para poner de manifiesto con un solo rasgo la inmensa diferencia que habia entre los mercenarios de la tirania y los magnánimos restauradores de la Constitucion y de las leyes.

Las reservas siguieron pronto a sus delanteros, y en pocos minutos se hallaron todos los cuerpos en la banda oriental de la quebrada, junto al camino carretero, al pié mismo del ceñudo Torquemada.

***

La banda oriental de la quebrada de las Petras presentaba el aspecto de una ancha y bien defendida trinchera. Desde el borde mismo de la quebrada comienza a subir el terreno hasta llegar al camino, el cual venia a formar así la esplanada del terrible baluarte en que se hallaba entonces convertido el Torquemada. Como para que ninguno de los atributos de grandiosa fortaleza faltara al alto monte en el punto por donde lo atacaban los nuestros, la zanja o acequia labrada entre el camino y la falda para dar curso a las aguas pluviales que bajan del cerro constituia una especie de segundo foso, despues del profundo y abrupto de la quebrada de las Petras. En esta zanja estaban ocultas y atrincheradas las tropas de infanteria que custodiaban las ametralladoras y los cañones. Las piezas, situadas a mayor altura, en posiciones dominantes, se encontraban defendidas de nuevo por la dificultad de su acceso por el frente y por la tropa de artilleria armada de carabinas destinada a este particular objeto. La caballeria resguardaba los dos flancos de la bateria, disponiendo así de toda la anchura y estension del camino para dar sus vertijinosas cargas. En suma, y tal como se lo habian imajinado nuestros jefes, la quebrada de las Petras y sus peligros eran nada en comparacion con los que presentaria la toma a viva fuerza de aquella posicion en que la naturaleza habia amontonado dificultades y el enemigo elementos de resistencia.

Apenas el jeneral Barbosa, que acudió a ese punto atraido por los repetidos y alarmantes avisos de sus lugartenientes, comprendió que era imposible contener a los nuestros en la quebrada, y que la acumulacion de sus fuerzas en el borde oriental de ésta podia dar ocasion a una mezcolanza que las confundiera con las constitucionales, produciendo tal vez una inesperada, desfavorable y rápida solucion, ordenó que aquellas comenzaran a retirarse hácia el camino, y, esparcidas a lo largo de éste, formaran allí su segunda línea de defensa.

Así lo ejecutaron, en efecto, y a causa del trajin que produjo esta maniobra hubo un momento en que los esforzados asaltantes se vieron libres de la granizada de balas enemigas con que creyeron encontrarse apenas asomaran al borde oriental de la quebrada.

Aprovecharon esa corta tregua en ordenar sus grupos, medio desorganizados durante el asalto, y sin perder un segundo comenzaron a subir en direccion al camino.

Los balmacedistas habian terminado ya su movimiento. Ocupaban el camino, la zanja, la parte baja y media de las faldas; tenian preparadas sus ametralladoras, cargados con metralla sus cañones, listos sus fusiles, que brillaban como campo de maduras espigas a los oblícuos rayos del sol; y sus escuadrones de caballeria, desnudos los afilados sables, acudian presurosos desde la retaguardia para situarse en las alas y embestir contra los nuestros. El choque iba a ser tremendo, la resistencia tenaz y formidable.

***

Lanzó la artilleria enemiga dos cañonazos como de preparacion y desafio, avisando quizá a los suyos que ya estaba terminada la nueva colocacion de sus fuerzas, y en el acto los flancos del Torquemada se cubrieron de humo y el aire de atronadores estampidos. Las próximas quebradas, las faldas de las colinas, el empinado monte repetian en largos ecos las pavorosas detonaciones, y las metrallas, las granadas, las balas de fusil y de carabina ensordecian a los nuestros con sus lúgubres silbidos. Aquel horrible fuego manifestaba qué importancia decisiva y suprema atribuian los jenerales balmacedistas a la posesion del Torquemada y esplicaba cómo para sostenerla no habian vacilado en dejar al fin con relativamente escasas tropas su centro y su derecha contra los ataques de la 2.ª y de la 3.ª brigadas.

En efecto: mientras ellos conservasen la posesion de las mayores alturas ¿qué importaba que los cuerpos constitucionales de nuestra izquierda y centro ocupasen las lomas colindantes con la ribera sur del Aconcagua y la ancha meseta inclinada que les sigue mas acá? Una vez triunfantes en el Torquemada, nada mas fácil para ellos que reforzar esos puntos con tropas vencedoras y repetir el avance de bajada que habia detenido y hecho retroceder al Pisagua. La defensa del Torquemada era, pues, lo principal, y a ella dedicaban ahora todos los esfuerzos de su propia intelijencia y de la enerjia y constancia de sus tropas.

Y los disparos se repetian, mas y mas nutridos y fragorosos,

alentando con su violencia a los mismos que poco antes se sentian acobardados y vacilantes. Las ametralladoras no cesaban de arrojar sus roncos bramidos y sus temerosos proyectiles, y los tarros de metralla despedidos por los cañones dejaban a su paso un ancho reguero de sangre y de cadáveres.

Aquella resistencia furiosa, aquel prolongado estruendo, aquella incesante granizada de fuego hubieran bastado para amedrentar y contener a los mas valientes soldados, si no fuera que los nuestros recordaran entonces que no habian venido a batirse como simples máquinas de guerra, a semejanza de sus ignorantes enemigos, sino como defensores voluntarios de una gran causa, como libertadores de la patria, como destructores de una tirania que, triunfante, arrojaria una mancha y una infamia eternas sobre las limpias y gloriosas pájinas de nuestra historia. Y al recordarlo sintieron sus corazones henchidos con la heroica resolucion de los redentores y de los mártires. ¿Qué les importaba la muerte si con ella habia de conquistarse la felicidad duradera y permanente de la patria? ¿Ni qué podria importarles la vida si debieran conservarla a costa de la libertad de Chile, del oprobio de sus buenos hijos, del regocijo y del triunfo de los serviles y de los malvados?

***

Avanzaron, pues, resueltos y temerarios, asombrando al enemigo mismo con su serenidad y bizarria. Avanzaron, nó como una banda tumultuosa, desordenada y torpe aunque valiente, sino como astutos veteranos, como diestros soldados, como hombres dispuestos a sacrificar su vida en la contienda, pero a sacrificarla con fruto, hiriendo antes de ser heridos, matando a mas de uno de los contrarios antes de que las balas de éstos les arrebatasen la existencia, y conquistando así de una manera segura la victoria.

Ya su táctica, que al principio dió márjen a las malignas burlas de los soldados balmacedistas, no era mirada por éstos con altivo menosprecio. Vieron destacarse y avanzar a la carrera a los grupos mientras sus reservas permanecian ocultas; los vieron desplegarse y hormiguear, tenderse largo a largo en el suelo, buscar el amparo de una piedra, de una ondulacion, de un árbol,

de una hendedura, sin preocuparse en lo menor de la conservacion de la línea ni de la uniformidad del movimiento, y ya muchos no repetian: ¡qué reclutas! Los intelijentes y entendidos se inclinaban mas bien a esclamar: ¡qué hábiles! Y cuando los veian romper sus fuegos, dar un brinco, avanzar, tenderse de nuevo, ocultarse, disparar, y así, de brinco en brinco y de disparo en disparo acercarse hasta a veinte metros del encastillado enemigo, que se sentia tentado a salir de su trinchera para ir a rodearlos y cojerlos, esos mismos observadores no podian acallar la voz de su conciencia, que les gritaba: ¡qué valientes! Si por desgracia los atrincherados se tentaban, en efecto, y sacaban el cuerpo fuera del parapeto o de la zanja, allí caian acribillados a balazos por los recatados refuerzos que iban siguiendo a corta distancia a los adelantados grupos.

***

La mortandad era grande de una y otra parte. Las ventajas de nuestra táctica, aunque muchas, no compensaban las que favorecian al enemigo mediante la enorme superioridad de sus posiciones. Aquellos tiros de arriba abajo no podian ser evitados con el pequeño reparo que ofrecian los accidentes de un terreno que ascendia con tan rápido declive por el lado de los contrarios. Estos, es cierto, no habian causado en las filas constitucionales los tremendos destrozos con que sin duda contaron mediante la nueva colocacion dada a sus tropas, pero de todos modos nuestras bajas eran muchas y dolorosas. Los dos bordes de la quebrada, el ribazo oriental, la angosta faja de terreno intermedio entre éste y el camino se hallaban sembrados de víctimas valerosas.

El veterano e incansable Constitucion perdia al valeroso subteniente don Manuel Antonio Guerra, de la 1.ª compañía del primer batallon, muerto instantáneamente de un balazo en el corazon en el momento mismo de subir al borde oriental de la quebrada de las Petras. El subteniente Guerra, natural de Ovalle, se incorporó al rejimiento en Carrizal en los últimos dias que precedieron al embarco de la 1.ª brigada, y durante su corta estadia en el cuerpo se habia hecho estimar altamente de sus compañeros por sus distinguidas prendas.

El teniente don Alejandro Gonzalez, de la 2.ª compañia del segundo batallon del mismo rejimiento, recibia tres balazos en la cabeza, junto al ojo izquierdo, poco despues de haber sido muerto el subteniente Guerra. Es admirable que aquellos tres balazos sucesivos, que fracturaron el hueso al teniente Gonzalez en una parte tan delicada como la cabeza, no solo no le produjeran una muerte casi instantánea, sino que le causasen heridas que, si bien sumamente graves, lograron curarse por completo como un mes despues, y todavia sin perder el ojo comprometido. Esto, a la par que revela mucho poder vital en el bravo teniente, constituye tambien el mejor elojio del hábil cirujano encargado de operarlo y atenderlo.

El teniente don José Agustin Pizarro, de la 4.ª compañia del primer batallon del mismo rejimiento, recibia una herida leve en la mano derecha en los momentos de avanzar hácia la quebrada de las Petras, lo cual no le impidió continuar animoso y sereno en lo mas reñido de la batalla.

El subteniente de la 1.ª compañia del primer batallon don Juan Valverde recibia en la rodilla derecha una peligrosa herida, de la que ya se encuentra por fortuna restablecido, en los momentos de preparar su jente para bajar a la misma quebrada.

Por fin, el subteniente de la 4.ª compañia del segundo batallon, don Federico Bravo, era herido levemente en el brazo derecho en los mismos momentos que su compañero Valverde. El subteniente Bravo, haciendo honor a su apellido, se hacia vendar a la lijera la herida y seguia tomando parte hasta el fin en la encarnizada batalla.

***

Al mismo tiempo que el rejimiento Constitucion número 1 esperimentaba tan numerosas y sensibles bajas, su inseparable compañero y glorioso émulo, el Antofagasta número 8, veia tambien a cada instante enrarecidas sus filas. De entre sus distinguidos oficiales, el teniente don Eduardo Godoi Verdejo era herido en el estómago al bajar por el borde occidental de la quebrada de las Petras para lanzarse en demanda del enemigo. La herida recibida por el teniente Godoi no era grave, a pesar de su peligrosa ubicacion, gracias a que la bala de fusil que la produ-

jo chocó, antes que con el estómago, con un gran lente cuyo grueso cristal disminuyó la velocidad y fuerza de penetracion del proyectil.

El lente sí que fué reducido a menudos fragmentos por la bala; y esta destruccion, afortunada al parecer, fué para el teniente Godoi una desgracia mucho mas grande que la leve herida que recibiera. En efecto: una semana mas tarde, en la batalla de la Placilla, al avanzar hácia las posiciones enemigas, otra bala lo heria en el punto mismo precisamente en donde habia recibido la anterior en Concon; y no hallándose ya allí el lente para favorecerlo, el pobre Godoi sacaba el estómago traspasado de parte a parte y fallecia momentos despues

Agreguemos que el fallecimiento del teniente Godoi fué sumamente lamentado por todos sus compañeros, porque era un oficial intelijente e instruido, y sobre todo un jóven dotado de escelentes prendas de carácter. Fraternal y bueno en la vida de cuartel y de campaña, habia demostrado en la batalla una bravura a toda prueba y una serenidad que ningun riesgo disminuia ni alteraba.

El capitan don Horacio Fabres, tambien del Antofagasta, recibia en el pié izquierdo, junto al tobillo, un balazo que le fracturaba el hueso y que le causaba por consiguiente una grave herida, en los momentos de llegar con su compañia al borde oriental de la quebrada de las Petras.

Fuera de estos heridos, el subteniente don Artemio Espinosa recibia, poco antes de pasar la quebrada, un golpe de bala que le causaba una dolorosa magulladura en el brazo izquierdo.

El Antofagasta, sin embargo, a pesar de estas bajas, seguia avanzando al lado del Constitucion y rivalizando con éste en denuedo, serenidad y disciplina.

***

Al mismo tiempo que el Constitucion y el Antofagasta esperimentaban esas pérdidas, por otro lado el Chañaral, que avanzaba con el mismo denuedo y con la misma firmeza, sufria tambien considerables bajas. De entre su oficialidad, el sarjento mayor don Luis Orrego Luco, que se batia entre los primeros, demostrando mucha serenidad y arrojo, recibia dos heridas, la una

en una pierna y la otra en una mano, y el teniente don Julio Maffei una herida en un muslo que puede ser grave, porque la bala alcanzó a dañarle el hueso.

Del Tarapacá, que seguia a la derecha del Chañaral, moria instantáneamente en esos momentos el teniente don Homero Echegóyen, herido por una bala que le atravesaba el corazon y los pulmones. El contador don Santiago Toro Lorca, herido ya levemente al principio de la accion, pero que habia continuado con sus compañeros, recibia ahora una segunda lesion en un muslo.

Del Taltal eran muertos los capitanes don Juan E. Rojas O. y don Pedro P. Pizarro, y resultaban heridos los capitanes ayudantes don Alfredo Gomez O. y don Juan Andrade S. y el subteniente don Ismenar Quiroga, recientemente incorporado en Caldera, despues de haber sufrido varios meses de encierro en la cárcel de Santiago.

***

A medida que el tiempo iba pasando y que los grupos constitucionales se destacaban de sus gruesos para acercarse al enemigo, todos los cuerpos de la 1.ª brigada, organizados ya mediante los esfuerzos de jefes y oficiales, y principalmente del comandante Körner, que se manifestaba tan incansable como valeroso y sereno, iban avanzando, pausados y metódicos pero firmes, en direccion al camino carretero. Los tiradores mas lejanos no se hallaban ya a mas de doscientos cincuenta metros de la posicion enemiga. Los mas próximos puede decirse que se batian a tiro de pistola, porque apenas distaban ciento cincuenta metros de ella.

El enemigo se sostenia a duras penas en muchos puntos. La curvatura que forma el camino al bordear el Torquemada facilitaba los fuegos de frente y de flanco de los que lo atacaban, y esto hacia llover sobre los balmacedistas una granizada de balas que les caia desde tres lados distintos. Ellos tampoco sostenian ahora el tiroteo con tanta enerjia y celeridad como al principio, sea porque se encontrasen fatigados con aquel largo combate, o acaso porque notaran que su resistencia no habia logrado detener ni por un instante el empuje de sus contrarios. Los jefes y oficiales

contenian a sus soldados con voces de ánimo, amenazas y ruegos, pero esto no impedia que algunos fueran poco a poco corriéndose hácia la altura o retirándose dispersos por la espalda del cerro.

Eran las piezas de artilleria, las ametralladoras, los artilleros armados de carabinas y la infanteria que custodiaba las piezas las que mas estragos nos hacian en esos momentos. Resguardados contra un asalto nuestro por la línea de fusileros estendida a lo largo del camino, los artilleros de la bateria Fuentes y sus acompañantes defendian su posicion con rabioso coraje. Los tiros de metralla se sucedian sin descanso; el fuego de fusil y de carabina era tan nutrido como certero, y las dos ametralladoras Gattling, principalmente, causaban numerosas bajas en nuestras filas. Los cuerpos constitucionales, por eso, avanzaban con salvador atrevimiento, pues una vez poseedores del camino quedarian bajo la línea de tiro de los poderosos cañones y podrian escalar el cerro en busca del enemigo sin preocuparse de aquellos metrallazos que los diezmaban y confundian.

*
* *

Pronto pudo notarse que la parte mas vulnerable de aquella seccion del campo enemigo era su derecha, o sea el lado por donde avanzaban el Chañaral, el Tarapacá, el Taltal y el segundo batallon del Iquique. Convenia, ademas, llevar por allí el ataque a fin de que el enemigo, tratando de fortalecer esa ala, debilitara su izquierda y facilitase así el movimiento envolvente que los escuadrones Libertad y Carabineros del Norte y el primer batallon del Iquique seguian mas a nuestra derecha, o sea por la estremidad izquierda de la línea enemiga, al suroeste del Torquemada. Estos últimos cuerpos se encontrarian ya, segun los cálculos de Körner, a punto de llegar a la encrucijada que reune el camino carretero de Viña del Mar a Colmo con el otro mas angosto que ellos habian seguido, y siendo así, sonaba la hora de asestar el golpe famoso y decisivo al flanco izquierdo de la línea dictatorial.

Fué designado para dar el primer asalto el segundo batallon del Iquique, el cual, encontrándose como en el centro de nuestra línea de combate, podia ser oportuna y fácilmente apoyado por

sus dos alas. Ademas, el Iquique habia formado hasta entonces la reserva particular de la 1.ª brigada; y aunque combatió con brios y se batió sin descanso desde el instante mismo en que acudió en refuerzo del Constitucion y del Antofagasta, sus bajas habian sido menores que las de estos dos sufridos rejimientos, su jente estaba tambien mas descansada, y, sobre todo, su provision de tiros era mucho mayor que la del 1.º y del 8.º, que la tenian ahora casi totalmente agotada.

Por otra parte, ya hemos dicho que el Iquique era un cuerpo modelo por su instruccion, moralidad y disciplina. Formado y organizado por el comandante Frias, actual jefe de la 1.ª brigada, parecia natural que las simpatias de este valiente hácia sus antiguos subordinados se tradujeran designándolos para aquella comision en que el 6.º podia cosechar sangrientos y gloriosos lauros, luciendo al mismo tiempo su destreza en las maniobras, su habilidad en los avances, su cohesion y firmeza en los choques encarnizados y furibundos.

* * *

Avanzó, pues, gallardo y atrevido, observando fielmente las reglas del órden disperso y el sistema de ataque en columnas por compañias, y escalonando, por lo tanto, su tropa de manera que los refuerzos acudiesen oportuna y periódicamente a las líneas de tiradores.

Y en virtud de esas reglas se adelantó al trote la 1.ª compañia, compuesta de 75 hombres, al mando de su capitan don José Antonio 2.º Diaz, oficial valeroso y distinguido que antes de la época de la dictadura habia ocupado el puesto de teniente de artilleria de nuestro ejército.

Casi sin preocuparse del nutrido fuego de fusileria que el enemigo le descargaba, el capitan Diaz y su jente se dirijieron en derechura hácia la terrible bateria de cinco cañones de campaña Krupp y dos ametralladoras Gattling que por ese lado diezmaban a nuestra jente. Rompiendo el fuego a 125 metros, lanzó sus grupos a la carrera a fin de colocarlos pronto bajo bateria y a lo menos hurtar así el cuerpo a la barredora metralla, y lo consiguió, en efecto, protejido eficazmente por la ayuda que le prestaban, las demas compañias de su batallon, primero, y en segui-

da todos los demas cuerpos constitucionales de ese lado, que acentuaron decididamente su movimiento de avance contra los atrincheramientos enemigos.

Cerca de media hora sostuvo el combate la compañia del capitan Diaz, avanzando paso a paso sin vacilar y dejando el trayecto sembrado con las bajas que hacian entre su jente las balas de los dictatoriales. Los cañones no podian ya dirijirle sus tiros, pero en cambio las ametralladoras y carabinas de los artilleros no cesaban de hostigarlo. El fuego de fusileria de los defensores del camino disminuia mas y mas a cada momento, y pronto, al contemplar ya a pocos pasos los airados e imponentes rostros de aquella osada tropa, los efectos del pánico en unos y de la admiracion en otros hicieron que el fuego de la primera línea enemiga cesase por completo en ese punto. Algunos soldados huyeron por la espalda del Torquemada como si se dirijiesen a Quilpué; otros, en mayor número, siguieron el mismo camino de Colmo a Viña del Mar sobre que se encontraban; muchos treparon el cerro para ir a reforzar a los custodios de las piezas, y hasta algunos, en número de 18, se pasaron a las filas de sus vencedores y siguieron peleando a su lado.

Advirtamos aquí que fuera de estos 18 pasados en el ataque al Torquemada (y cuya conversion repentina no sabemos si debe atribuirse a la conviccion o al miedo) no hubo en toda la batalla de Concon ningun otro acto semejante que manifestara con hechos las simpatias de algunos jefes, oficiales o soldados de las huestes balmacedistas en favor de la causa que sostenia el ejército constitucional.

Ademas de este desbande de una parte de la primera línea de la infanteria enemiga, pudo notarse desde nuestro lado que la caballeria estacionada a la derecha de los cañones desaparecia rápidamente. No era esa una fuga, segun pudo comprobarse despues. Al contrario: los escuadrones dictatoriales marchaban en busca de pronto refuerzo, y al mismo tiempo tenian órden del jeneral Barbosa para recojer a todos los dispersos de su bando, obligándolos a ingresar de nuevo en sus cuerpos e impidiendo de ese modo que con su presencia y sus palabras introdujeran el desaliento entre los que debian acudir en su apoyo.

*
* *

Pero el capitan Diaz y sus hombres no dieron tiempo al enemigo para recobrarse. Avanzando con sorprendente rapidez, en pocos momentos llegaron como un huracan al pié de los cañones, los rodearon por la izquierda, la derecha y el centro, hirieron o mataron algunos de sus defensores, ahuyentaron a los restantes, se apoderaron de las piezas. Los artilleros de Fuentes quedaron tan sorprendidos a la vista de aquellos hombres que de repente, como brotados de la tierra, aparecian entre ellos admirables y hermosos en su fiereza, que, a pesar de su mayor número y de la decision que habian manifestado para batirse, huyeron aterrorizados, sin darse cuenta cabal de lo que les sucedia. Y el capitan Diaz entonces, recordando su antigua profesion de artillero, cargó uno de los cañones con una granada Schrapnell que sacó de los armones, encontró otro cargado y listo para disparar, y abocándolos ambos contra los fujitivos, les lanzó los dos tiros sobre la marcha. Los proyectiles estallaron en medio de los grupos con mucha mejor fortuna que la que jeneralmente tenian los artilleros enemigos, a quienes les fallaban mas de la mitad de las granadas.

Aquel asalto habia sido una verdadera sorpresa en pleno dia. Solo la rapidez inconcebible del avance del capitan Diaz y de su jente podian esplicarlo. Y por desgracia este episodio brillante pero aislado, este rasgo admirable y heroico no bastaria para servir de base desde luego a la victoria final, aun cuando no podria menos de acelerarla y facilitarla. El ardoroso empuje del capitan del Iquique habia sido causa de que se adelantara hasta tal punto a sus compañeros, que cuando él, trasfigurado y triunfante, se adueñaba de las piezas que formaban la bateria de la derecha de aquella seccion enemiga, el resto de su propio batallon y los demas cuerpos constitucionales, recien adueñados de la carretera, peleaban todavia encarnizadamente con los diversos grupos dictatoriales que se habian formado mas arriba, en los accidentados flancos del Torquemada.

El capitan Diaz y su puñado de bravos se encontraban, por lo tanto, casi aislados en aquella altura, corriendo el riesgo de ser envueltos y encerrados por el enemigo una vez que éste volviera en sí de su aturdimiento y de su asombro. Y como el valor del

capitan opositor era tan impetuoso como razonado y sereno, se apresuró a tomar las medidas oportunas para precaverse contra los resultados de un ataque desventajoso.

Abandonar la posicion sin defenderla no cabia en lo posible. La sostendria, pues, hasta el último estremo, esperando que se le juntaran algunos de los tiradores mas avanzados y atrevidos de los cuerpos constitucionales que atacaban. Mas, por si esto no ocurria, era conveniente inutilizar desde luego esos cañones que tanta y tan mortífera metralla vomitaron contra los nuestros, y esas ametralladoras incansables que tantas bajas nos habian ocasionado. Desde el punto que ocupaban en la falda del cerro no se las podia utilizar contra el enemigo, porque éste se hallaba interpuesto entre ellas y los grupos constitucionales que disparaban desde el camino, y en cambio, en manos de los artilleros balmacedistas, si volvian a recobrarlas, podian ser elementos de combate poderosos por sus efectos materiales y morales.

El capitan Diaz procedió, pues, a desarmar las piezas. Sacó a los cañones el platillo de los obturadores y el fogon, y a las ametralladoras el tambor y una parte de la rueda posterior, y los repartió entre su tropa con el encargo de que se los llevaran en caso de retirada y los ocultasen lejos de allí, entre las matas, yerbas y matorrales. Reunió en seguida a su jente para preparar la defensa, y con este motivo pasó revista a los diversos grupos formados por su compañia.

***

De los 75 hombres que llevaba a sus órdenes al iniciar su último avance habia perdido 35; de éstos, 34 individuos de tropa y un oficial. Le quedaban, por lo tanto, 40.

Y aunque esta cifra revela por sí sola la bravura de aquella compañia del Iquique, debe quedar constancia de que fueron los grupos delanteros los que mas pérdidas esperimentaron y los que a mas dura prueba pusieron, por lo tanto, su abnegacion y valentía. Así, de la primera escuadra que se desplegó en tiradores, mandada por el cabo 2.º Juan Tapia, murieron, antes de apoderarse de los cañones, 7 de los 9 hombres que la componian. De la segunda escuadra murieron 3 de los 9 y quedaron 2 heri-

dos, y la tercera tuvo 4 bajas, tambien sobre los mismos 9 que la componian.

Debe advertirse tambien que el grupo mas avanzado de la 2.ª compañia del mismo segundo batallon del Iquique, comandado por el cabo Máximo Muñoz, acompañó a la 1.ª compañia en su intrépido avance y llegó junto con ella hasta las mismas ruedas de las cureñas.

El oficial que la heroica 1.ª compañia del 2.º batallon del Iquique tuvo de baja durante su impetuoso asalto fué el teniente don Manuel Burgoa, de Chillan. Mandado con veinte hombres a flanquear la derecha de las piezas, el teniente Burgoa recibió allí un balazo en el pecho que le atravesó el pulmon y le fracturó la duodécima costilla. Aunque tan grave, esta herida no ha logrado comprometer la existencia del valeroso oficial. Hace un mes habia dejado el lecho y podia andar por sus propios piés, siendo presumible que a la fecha haya avanzado mucho en su mejoria.

Ademas de la herida del teniente Burgoa debemos mencionar en este punto la muerte del subteniente don Rojelio Bravo, el cual, aunque perteneciente a la 4.ª compañia del 2.º batallon, se incorporó voluntariamente en la 1.ª y combatió al lado del capitan Diaz. El subteniente Bravo, al dar el asalto final a la bateteria enemiga, recibió un balazo en la frente que le produjo en el acto la muerte. Mui querido de sus compañeros por su entusiasmo y bravura, su prematura pérdida ha sido lamentada por todos como una irreparable desgracia. Bravo era de Rancagua y se habia incorporado recientemente en las filas del Iquique.

Junto a los nombres de los valientes oficiales que tuvo de baja el Iquique en este asalto a los cañones merece colocarse el del sarjento 1.º de la valerosa 1.ª compañia del segundo batallon, don Pio José Leite, voluntario enrolado en el Huasco. Precavido y valeroso a la vez, el 1.º Leite secundó admirablemente a su capitan durante todas las peripecias del asalto, animando a la tropa en los momentos difíciles, dirijiéndola con habilidad y tino en los trances apurados, y demostrando a la vez el esfuerzo y aguante del soldado y la intelijencia y raciocinio del oficial. Herido por tres balazos al apoderarse de los cañones, el 1.º Leite fallecia diez dias mas tarde a consecuencia de sus lesiones.

Terminada la revista de su compañia, y debidamente reorganizada su tropa, el capitan Diaz pudo mantenerla en relativo

descanso, a pesar de que a su derecha y a su izquierda, abajo de la posicion que él habia logrado conquistar, el combate se sostenia aun por parte de los balmacedistas. Quince minutos trascurrieron mas o menos en esta situacion, siendo fácil augurar que los nuestros no tardarian mucho en dominar por completo la disputada falda.

Mas no habian trascurrido aun otros cinco, cuando nuevos y poderosos elementos vinieron a inclinar la balanza en favor de los dictatoriales. La caballeria de éstos aparecia por detras del cerro. Grandes refuerzos de infanteria avanzaban contra nuestra izquierda. El capitan Diaz y su jente iban tal vez a verse obligados a dejar en poder del enemigo sus piezas y a retirarse de la conquistada posicion si no querian esponerse a morir todos a manos de los recien venidos; a morir, puesto que vencer seria imposible, y puesto que, ademas, segun la consigna de los soldados del norte, ellos "no podian" rendirse.

***

En los momentos de acudir los refuerzos balmacedistas en apoyo de los defensores del Torquemada, la línea enemiga en ese punto se estendia a lo largo de la falda occidental de éste, corriendo, por lo tanto, con marcada curvatura, de norte a sur.

La convexidad de la falda impedia, como es natural, que los enemigos situados en el estremo norte estuviesen a la vista y al habla con los situados en el estremo sur: circunstancia que conviene tomar en cuenta para esplicarse cómo la compañia del capitan Diaz pudo llegar a la altura en donde estaban los cañones y permanecer en ella durante largo rato sin que lo molestaran los soldados enemigos que, tambien desde la misma altura, pero mas al sur, combatian contra los grupos constitucionales que comenzaban a invadir la carretera. Esa misma convexidad, que interponia un ancho y elevado promontorio entre el norte y el sur de la línea enemiga, daria márjen mui pronto a nuevos, dramáticos y terribles episodios.

Para esplicárselos gráficamente, al lector porteño le bastará figurarse que los cerros de la Concepcion y Alegre forman una sola masa (como que en realidad la forman), y que ese cerro constituye el Torquemada. El enemigo ocupa el pié y las faldas de

éste hasta llegar a la carretera, sustituida aquí por las calles Esmeralda y Prat. Las plazas Aníbal Pinto y de la Justicia forman las estremidades norte y sur de la posicion, y, para llevar mas adelante la figura, el malecon equivale a la quebrada de las Petras, y el muelle de pasajeros a la encrucijada de los dos caminos: el ancho (calles Esmeralda y Prat), y el que seguian los escuadrones Libertad y Carabineros y el primer batalion del Iquique, imajinariamente señalado aquí por la primera línea de buques.

Se esplica fácilmente entonces que la artilleria situada en el estremo noroeste del Torquemada (o sea a la entrada de la calle de Huito pudiera ser atacada por el Iquique y tomada por éste sin que lo notaran las tropas situadas en el norte y centro de la línea enemiga, como quien dice en la Cruz de Reyes y en la plazuela de la Justicia.

Y aunque se nos tache de abusar de la figura, creemos conveniente dejar establecido en beneficio de la claridad, y cambiando tan solo en un cuadrante la orientacion de los lugares, que el Chañaral, el Taltal y el Tarapacá avanzaban por las calles de Condell y de O'Higgins; el Iquique por la plaza Aníbal Pinto y parte de la calle Esmeralda, y el Antofagasta y el Constitucion por esta última y la de Prat. Pronto los escuadrones y el primer batallon del Iquique desembocarian por el muelle a impedir la retirada del enemigo por la avenida Altamirano, equivalente porteño del camino de Colmo a Viña del Mar.

***

Establecida de este modo la correlacion de los lugares, recordemos que por la derecha de la línea enemiga (aquí quebrada de Elias) comenzaron a llegar a ésta numerosos y ordenados refuerzos de infanteria y de caballeria. La infanteria, compuesta en su mayor parte de tropas de línea, entre las cuales se hacia notar por su empuje el victorioso Buin, descargó sobre las compañías del Iquique que avanzaban en refuerzo de la del capitan Diaz una granizada tal de proyectiles, que los grupos delanteros hubieron de detenerse y reorganizarse para hacer frente al nuevo peligro que los amenazaba. El Taltal, el Tarapacá y el Chañaral redoblaron sus fuegos, pero no consiguieron contener la impetuosa marcha de los contrarios. Nuevos batallones, unos de línea

y otros movilizados, seguian a retaguardia de los primeros, y lucidos y amenazantes escuadrones cerraban la marcha dispuestos a caer sable en mano sobre los atrevidos asaltantes.

El combate se empeñó de nuevo, encarnizado y violento. Las tropas enemigas, y especialmente el Buin y el 3.º, se batian, más que con ardimiento, con furor. Sus jefes habian logrado herir vivamente el amor propio de sus soldados diciéndoles que dos mil bolivianos los atacaban por ese punto y que era necesario dejar bien puesto el renombre de bravura del ejército de Chile.

Los nuevos refuerzos, unidos a las tropas que anteriormente ocupaban el camino, comenzaron a correrse hácia su izquierda por la zanja labrada al pié del cerro, con objeto de batirse allí parapetados; y la 1.ª compañia del segundo batallon del Iquique, comprendiendo entonces que pronto quedaria cortada, abandonó las piezas y bájó de su posicion, dirijiéndose presurosa hácia nuestra derecha, es decir, hácia el punto en donde el Constitucion y el Antofagasta sostenian el combate.

Por cierto que en su retirada no olvidaron esos valientes las piezas que tan oportunamente sacaron de los cañones y ametralladoras. Las llevaron, pues, consigo, y de ese modo dejaron inutilizada la bateria de la derecha de la posicion enemiga. El combate por parte de los dictatoriales se sostendria allí desde entonces sin aquellas terribles armas que tantos daños causaban en nuestras filas; y aunque los resultados de la hazaña del capitan Diaz y de los suyos se hubieran limitado a semejante inutilizacion, esto bastaba para considerarlos mui importantes y fructíferos.

***

Mas no solo ese fruto produjo la proeza de la valerosa compañia. Todo el segundo batallon del Iquique—el cual, como dijimos, se habia adelantado a los demas cuerpos de la 1.ª brigada para iniciar el ataque sobre el camino y cerro—todo el batallon trató de imitar la audacia y de merecer la fortuna de la 1.ª compañia. Las escuadras mas avanzadas ocupaban ya distintos puntos del camino; sus refuerzos y reservas las seguian con empeño, y cada cual se batia con ciega resolucion, con admirable serenidad y con impetuoso atrevimiento. Vieron acudir los nuevos

batallones enemigos, y en vez de sentirse acobardados, pareció que el aumento de resistencia aumentaba tambien su vigor y su coraje. El jefe del segundo batallon, sarjento mayor don Isidoro Labra, guiaba a su tropa sin preocuparse del peligro, animando con su presencia, con su palabra y con su ejemplo a unos hombres que no necesitaban del menor estímulo para batirse como leones.

Los oficiales del Iquique rivalizaban en denuedo. Menospreciando las balas enemigas, no atendian a otra cosa que a vijilar los grupos, a reforzarlos a menudo para cubrir sus numerosas bajas, a mantener avivado el espíritu de cohesion y a cumplir lo mejor posible con las prescripciones de la nueva táctica, que nunca como entonces demostraba su gran superioridad sobre la antigua.

Las bajas del Iquique eran numerosas, sin embargo. Los soldados iban sembrando con sus cuerpos el terreno; pero los que caian heridos animaban a sus compañeros gritándoles que era necesario sostenerse y que no habia mas alternativa que la de vencer o morir en la contienda. Y el enemigo, rabioso, pareciendo comprender esa inalterable resolucion de los nuestros, repetia sin tregua sus certeros y rápidos disparos.

De entre los oficiales era herido en esos momentos el capitan de la 2.ª compañia don Guillermo Rahausen, quien al frente de sus hombres habia avanzado desde el principio a continuacion de la 1.ª, mandada por el capitan Diaz, sirviéndole de reserva al desplegarse ésta en tiradores. La bala dió al capitan Rahausen en el muslo derecho, causándole una ancha herida, que no fué, por fortuna, de mucha gravedad, porque no alcanzó a dañarle el hueso.

El teniente don Enrique Ortiz, tambien de la 2.ª compañia, era herido igualmente en esas mismas circunstancias por una bala enemiga que le atravesaba de parte a parte el muslo derecho.

***

Retirada la compañia del capitan Diaz hácia nuestra derecha, y reducidas las fuerzas del segundo batallon del Iquique a los escasos combatientes que quedaban en pié de las tres compañias restantes, no era posible que siguieran sosteniendo por mas tiem-

po un combate tan desigual y tan sangriento. Ademas, la caballeria enemiga organizaba en esos momentos sus escuadrones para llevar una carga contra aquel puñado de tenaces asaltantes, y era natural que, dada la dispersion en que se encontraban, fácilmente los acorralara y destruyera. Estos comenzaron, pues, a retirarse del camino y a buscar el apoyo del Constitucion y del Antofagasta, que sostenian mientras tanto, en el punto que ya hemos indicado, un reñido combate con las fuerzas que tenian a su frente.

La caballeria enemiga, al notar este movimiento, se apresuró a cargar. Los Carabineros de Yungai, los Jendarmes de Viña del Mar y los de Colchagua, lanzando a la carrera sus robustos y bien mantenidos caballos, desembocaron en el camino sable en mano y acometieron al Iquique. Este se replegó presuroso hácia la quebrada y esperó allí a los jinetes balmacedistas, abriendo sobre ellos al mismo tiempo un vivo fuego. Algunos soldados de los grupos delanteros, sin embargo, o no alcanzaron a replegarse al grueso de su batallon, o, impulsados por su bravura, siguieron avanzando en direccion a la zanja que sirve de desagüe al camino, y allí fueron rodeados por los balmacedistas y horrorosamente sacrificados.

Despues de esta corta carga, los vistosos escuadrones enemigos, llegando hasta la orilla del camino y sin atreverse a seguir mas allá a causa de la desigualdad y declive del terreno, torcieron bridas hácia el sur y se lanzaron sobre el Constitucion y el Antofagasta.

***

En este punto fué la carga tan infructuosa como en el otro. Los veteranos de la 1.ª brigada, retirándose del camino, se parapetaron tras el borde de éste, y desde allí recibieron a tiros a los jinetes. Y como a sus espaldas tenian la accidentada y montuosa falda, y mas allá la quebrada de las Petras, de todo punto inaccesible para la caballeria, tuvo ésta que contentarse con llegar hasta la orilla, amenazante y fiera pero impotente, y detener allí los brios de sus corceles.

Luego los tiros de los nuestros, que habian conservado su serenidad y sus ánimos a pesar del bélico aparato de la carga, obli-

garon a los escuadrones dictatoriales a retirarse apresuradamente del borde del camino. Perseguidos a balazos continuaron su marcha hácia el sur, quizá devorados por sorda cólera, quizá desalentados por la imposibilidad en que se veian para utilizar sus lujosas caballerias y sus relucientes sables. Abandonaron el camino al llegar al sur del Torquemada, y, buscando el amparo de éste contra los proyectiles de sus adversarios, se formaron en línea de batalla a la izquierda y retaguardia de la bateria enemiga que ocupaba ese estremo del cerro y que lanzaba, como antes su compañera del estremo opuesto, incesantes disparos de granada y de metralla contra los cuerpos constitucionales que se hallaban a su frente.

El resultado de la maniobra de la caballeria balmacedista se habia limitado, pues, a un simple cambio de posicion. El efecto de su ataque contra nuestra infanteria no fué solamente nulo sino tambien contraproducente. Las cargas de caballeria, que tanto amedrentan casi siempre a la infanteria, no habian logrado en este caso mas que demostrar a los infantes la ventaja que contra ellas les daban su serenidad, su decision y la topografia del terreno.

Desgraciadamente, esa misma maniobra, por otra parte, nos habia causado un grandísimo daño en lo relativo al resultado final de la contienda. La artilleria y la infanteria del estremo sur de la línea enemiga quedaban ahora aumentadas y garantidas por una fuerza imponente de caballeria. El parque y los bagajes balmacedistas se encontraban en el valle que sigue al sur del Torquemada, conocido con el nombre de Pangalillo por el estero que lo cruza, y, casi abandonados hasta entonces, tendrian ahora una custodia numerosa en aquellos ájiles cuerpos. Peor que eso aun: los dos escuadrones constitucionales y el primer batallon del Iquique, ocultos hasta entonces por la hondonada y los bosquecillos; y a punto ya de llegar a la meseta en donde comienza a formarse la quebrada de las Petras y en donde tambien se reunen los dos caminos, iban a encontrarse a su frente con una fuerza enemiga considerable, que se opondria a su movimiento envolvente y que por su número era mui capaz de entorpecerlo y hasta de desbaratarlo por completo. Una casualidad estraña y funesta habia llevado al estremo sur de la línea enemiga aquellas tropas en los momentos mismos en que el Libertad

y los Carabineros del Norte debian iniciar su ataque. Al pasar éstos, del angosto camino que todavia los ocultaba, a la carretera en que se batian nuestras tropas, iban a encontrarse frente a frente con la descansada caballeria enemiga. El choque seria inevitable, y, dados los elementos que en una y otra parte habia y el espíritu que en ambos campos dominaba, ese choque tendria que ser encarnizado y mortal.

***

El Constitucion y el Antofagasta se batian, mientras tanto, por nuestra estrema derecha. Ambos rejimientos tenian ya casi agotadas sus municiones y se hallaban en estremo fatigados, pudiendo atribuirse a verdadero prodijio de prevision y de esfuerzo que hasta entonces se sostuvieran luchando y que todavia encontrasen en sus morrales cápsulas que llevar a los fusiles. La carga de la caballeria enemiga, que habia venido a aumentar el número de hombres que por ese lado les oponian resistencia, los colocaba en una situacion terrible, a la que hacian frente, sin embargo, los comandantes Lopez y Goñi con salvadora prudencia, conteniendo mas bien que alentando la impetuosidad de sus tropas a fin de no verlas espuestas al trance doloroso de encontrarse en medio del enemigo con su provision de municiones agotada por completo.

En estas circunstancias el comandante Bernales, que mandaba el primer batallon del Iquique, no pudiendo resistir por mas tiempo su deseo de tomar parte en la batalla, y comprendiendo que su ausilio al Constitucion y al Antofagasta era tanto o mas necesario que la continuacion del movimiento envolvente a que desde el principio estaba dedicado, abandonó el camino que seguia y enderezó con su jente hácia el punto en que tronaba el combate.

Su llegada produjo en aquellos sufridos rejimientos la alegria que es fácil suponer. El movimiento de avance contra la bateria de esa ala, que era el objetivo que se habian señalado, se acentuó mucho con este refuerzo, mientras el enemigo, al verse mas amenazado por ese punto, seguia corriendo tropas a lo largo de la zanja. Y como el segundo batallon del Iquique se corria tambien hácia nuestra derecha, pronto lo mas reñido de la batalla se

encontró en ese punto, en donde se sostenian con empeño y sin desmayo de una y otra parte. La situacion del parque y de los bagajes balmacedistas habia sido descubierta por los constitucionales, y su captura, que seria un golpe terrible, añadia un nuevo estímulo al empuje de nuestros valientes.

***

Los escuadrones Libertad y Carabineros del Norte participaban de la impaciencia del primer batallon del Iquique por tomar parte en la contienda. El sarjento mayor don Pedro José Perez, segundo jefe del Libertad, habia sido comisionado por su jefe, el comandante Valenzuela, para reconocer la línea enemiga aproximándose a ella lo más que le fuese posible, y este valeroso jefe cumplió su comision con tanta audacia como acierto. Oculto por los matorrales y encubierto por las lomas, venia examinando de cerca el campo de batalla desde hacia largo rato, sin descubrir un espacio de terreno apropiado para desplegar sus jinetes y llevar una carga a los balmacedistas; pero llegado a la meseta en donde se reunen los dos caminos, y viendo formados allí en línea de batalla los escuadrones que acababan de cargar por la carretera, y que permanecian inmóviles y al parecer descuidados, dió aviso de ello a su jefe, y éste determinó en el acto cargar sobre ellos y dominar de ese modo la estremidad izquierda de la línea enemiga, cortando al mismo tiempo a los contrarios su retirada a Viña del Mar.

Sin perder un momento comenzaron nuestros escuadrones a dirijirse al punto desde donde pensaban iniciar su carga. Los soldados delanteros llegaron hasta la encrucijada de la meseta, otros atravesaron la quebrada de las Petras en la parte en que ésta comienza a diseñarse y que no es, por lo tanto, mui profunda, y otros, a quienes tocó tener a su frente la parte ya barrancosa y de difícil acceso, desfilaron para seguir a sus delanteros. El escuadron Libertad número 1 formaba a la derecha, y a la izquierda de éste los Carabineros del Norte número 3, ambos en una sola línea. Mas como este último no alcanzó a desplegarse todo, a causa del inconveniente que hemos referido, solo darian la carga el Libertad y la mitad de los Carabineros.

De frente en línea de batalla, abarcando no menos de dos

cuadras de terreno, avanzaron a todo galope los constitucionales. La línea delantera del Libertad, que no tenia sables ni carabinas sino tan solo fusiles Gras, los cargó, les armó las bayonetas, y despues de lanzar una nutrida descarga contra los enemigos a solo unos cien metros de distancia de éstos, enristró sus fusiles a manera de lanzas y se lanzó a todo escape. La segunda línea, provista de carabinas y de sables, siguió inmediatamente a la primera con no menor velocidad, llevando en alto sus cortantes armas. La mitad de los Carabineros del Norte, armada tambien con sable y carabina, embistió al mismo tiempo que el Libertad, mientras la otra mitad seguia apareciendo a la vista del enemigo en su desfile desde el bajo a la meseta.

La actitud de nuestros jinetes era tan resuelta y atrevida, tan impetuosa su carrera y tan imponente el ruido que formaban las vainas de sus sables, sus carabinas y espuelas al chocarse, que los Carabineros enemigos, aunque formados en línea de batalla y listos al parecer para resistir la acometida, sintieron el frio del miedo apoderarse poco a poco de sus corazones. Desmoralizados ya por las pérdidas que habian sufrido en su carga contra la infanteria constitucional y por el ningun resultado de ésta, la sorpresa de ver brotar de repente a pocos pasos de ellos esos fieros jinetes, que avanzaban arrebatados y veloces como si estuvieran seguros de obtener a poca costa la victoria, y la creencia de que los que seguian desfilando a toda prisa formaban parte de nuevos y numerosos escuadrones, paralizaron por completo el vigor de sus brazos y la altivez de sus pechos, y, presas del pánico, enloquecidos, cobardes, clavaron las espuelas a sus caballos, nó para hacer frente a los que los atacaban, sino para emprender a toda carrera la fuga hácia Viña del Mar a lo largo del camino.

***

Los nuestros los siguieron, mas y mas animados y briosos; y como si el ardor de sus amos tuviera el don de comunicarse a sus cabalgaduras, aquellos pobres «pingos,» que habian hecho, encajonados y oprimidos en los trasportes, una larga travesia por mar despues de la fatigosa campaña terrestre de Vallenar y el Huasco, devoraban el espacio cual si de repente les brotaran alas, y a poco trecho comenzaban a dar alcance a los fujitivos.

Dominados por el terror, éstos ni siquiera intentaban detenerse para hacer frente a sus contrarios; de modo que caian al suelo destrozados por los tajantes sables e iban sembrando el camino con sus cadáveres. Para colmo de su desgracia, los doctores y empleados de la ambulancia dictatorial, establecida a un lado del camino, al sur del Pangalillo, pudieron observar desde el principio la fuga de los suyos, y presas del pánico a su turno, sin darse cuenta de la actitud a que los obligaba su pacífica mision, montaron presurosos, en sus caballos unos, en sus mulas otros, y, saliendo al camino, emprendieron tambien la fuga hácia Viña del Mar.

Como era natural, pronto fueron alcanzados por los jinetes fujitivos; y detenidos éstos allí por el flojo galope de las mulas, que obstruian el camino en su carrera a la desbandada, dieron tiempo a los nuestros para alcanzarlos, y entonces los pujantes brazos de los soldados constitucionales llegaron a fatigarse descargando golpes de muerte sobre las cabezas de los dictatoriales. La carniceria era espantosa, la resistencia ninguna, el miedo cerval, aplastador y ciego. Ningun grupo, ningun hombre de los que componian aquellos arrogantes escuadrones tuvieron valor suficiente para detenerse, batir el sable y morir a lo menos como hombres, ya que tan pocas condiciones habian demostrado para batirse como soldados Todos atinaban únicamente a huir, y en cuanto descubrian un resquicio huian, en efecto, clavando sin compasion las espuelas a sus caballos.

***

Sus perseguidores se manifestaban inflexibles. Sin meditar en los peligros a que podian esponerse caso de encontrar en su camino alguno de los cuerpos balmacedistas que hasta mui tarde estuvieron llegando al campo de la accion, echaron a correr de nuevo tras de los que escapaban, y de nuevo tambien un segundo y mayor obstáculo favoreció su persecucion. Al llegar al punto llamado Cajon de Echevers, en donde el camino baja para subir despues al lado opuesto hácia el Alto de la Mollada, encontraron un convoi de tres piezas de artilleria de campaña y una ametralladora que subian trabajosamente con direccion al campo de batalla. Las piezas, armones y carros cubrian casi

por completo toda la anchura del camino, que allí se ahonda y estrecha, y el embrollo formado por el encuentro de los que iban y de los que venian dió tiempo a nuestros jinetes para alcanzarlos y cercarlos a casi todos. La sableadura fué espantosa. Los artilleros, sin advertir lo que ocurria, casi no atinaban a defenderse, y los que lo intentaban perecian acuchillados al pié de las cureñas. Los soldados de la caballeria enemiga, rodeados por los nuestros que llevaban la delantera, rodaban por el suelo a impulso de los golpes que recibian. Apenas unos veinte o treinta pudieron seguir su fuga hácia Viña del Mar. De los artilleros que venian de refuerzo no logró escapar ninguno. Los que no perecieron a filo de sable fueron tomados prisioneros. No menos de sesenta de éstos llegaron al campo de batalla al regreso de los escuadrones opositores, conducidos entre dos filas de jinetes.

Algunos ardorosos grupos no se contentaron, sin embargo, con esta matanza y esta presa. Se oyó decir a los prisioneros que el jeneral Barbosa, acompañado por unos ocho a diez soldados y rodeado por un séquito de cuatro o cinco coroneles y tenientes coroneles, corria tambien hácia Viña del Mar entre los primeros, y al saberlo se lanzaron muchos en su persecucion.

El que más logró adelantarse fué el alférez don Carlos Ignacio Bravo, del Libertad, en compañia de su asistente y dos soldados, y en su rápida carrera dice que hubo un momento en que estuvo a punto de dar alcance al jeneral Barbosa y los que lo rodeaban. Si no le disparó al tenerlo mui cerca se debió a que ya no le quedaba ningun tiro en su revólver; y fué al detenerse a cargar su arma cuando el jeneral balmacedista y los suyos lograron sacar la ventaja que los puso definitivamente en salvo. En vano los persiguió en seguida el alférez Bravo hasta llegar a las alturas que rodean a Viña del Mar por el norte: el anciano jeneral, que en uno de sus partes al dictador le aseguraba el dia antes que se sentia robusto y rejuvenecido, demostró, en efecto, brios y aguante de jóven para la fuga.

Pero si el alférez Bravo no logró dar caza al jeneral enemigo, alcanzó en cambio, cerca ya de las alturas de Viña del Mar, al jefe de la ambulancia fujitiva, doctor don Julio Pinto Agüero, el cual, vestido con uniforme de sarjento mayor, y sin ningun distintivo que lo diera a conocer como médico, huia con tanta

prisa como los militares de profesion. Al tenerlo al alcance de su voz, el alférez Bravo le gritó que se rindiera, y el doctor Pinto Agüero entonces, con mas valentía que prudencia, y olvidando por completo el carácter pacífico de su puesto, empuñó un revólver e hizo fuego sobre sus perseguidores. No hirió a nadie con sus tiros, y en cambio perdió terreno con el movimiento, dando ocasion a que el alférez Bravo y sus acompañantes lo alcanzaran y lo mataran.

Uno de los empleados de la ambulancia, que acompañaba al doctor Pinto Agüero en su fuga, continuó, hácia Viña del Mar primero, y hácia Valparaiso en seguida, una desenfrenada carrera. Antes de las cuatro de la tarde llegaba a este puerto con su cabalgadura gastada, cubierto de sudor y de polvo, y se apeaba en el hospital de San Agustin. Su relacion incoherente y alarmada pero verdadera, que pintaba como un desastre completo para el gobierno la reciente batalla, fué la primera noticia fidedigna que recibieron aquí las autoridades dictatoriales respecto de los resultados de la batalla del 21, produciendo en ellas terrible sensacion.

***

Barrido ya el camino a Viña del Mar, y en posesion de él la caballeria opositora, quedaba definitivamente cortada la retirada del enemigo hácia ese punto. Nuestros soldados, arreando a sus prisioneros despues de obligarlos a inutilizar por el pronto los cañones sacándoles algunas piezas, regresaban contentos hácia el punto en que habian dejado batiéndose a la infanteria. Casi todos se figuraban que con la carga habria terminado la resistencia, y se sorprendian al escuchar todavia un no interrumpido tiroteo de fusileria y los broncos estampidos de los cañones.

La batalla estuviera terminada, en efecto, si los infantes y artilleros dictatoriales hubieran podido darse cuenta de la carga de caballeria y de sus resultados. Convencidos entonces de que se hallaban definitivamente encerrados por su izquierda, quizá se apresuraran a buscar su salvacion hácia el Salto y Quilpué por la cumbre de los cerros, desistiendo de continuar una lucha que ya no podia producirles la victoria; pero la situacion de la deshecha caballeria en el estremo sur de la línea enemiga no

habia permitido a los que ocupaban el centro y el norte de ésta observar la fuga de los suyos y la persecucion de los nuestros. Ademas, la llegada de otros refuerzos en amparo de los bagajes y del parque introdujo nuevos elementos de resistencia en el punto mismo que antes ocupaban los escuadrones derrotados, y mediante esa especie de cámbio de escena, las cansadas lejiones constitucionales se verian obligadas a luchar todavia contra un enemigo tenaz, que pretendia, al parecer, obligarnos a infligirle una derrota minuciosa, detallada, abrumadora, completa. Múchos sacrificios demandaria semejante obra a nuestros valientes soldados, pero en cambio el golpe a la dictadura seria tambien aturdidor y decisivo.

***

Durante el tiempo que los escuadrones Libertad y Carabineros del Norte emplearon en dar a la caballeria enemiga su victoriosa carga y en perseguirla despues hácia Viña del Mar, nuestra infanteria no estuvo ni por un momento ociosa. La llegada del primer batallon del Iquique habia devuelto la seguridad y aumentado el empuje de los cuerpos de nuestra 1.ª brigada que se batian a la derecha; y avanzando de nuevo hácia el camino y el cerro, en el punto del estremo suroeste en que se hallaban las piezas de artilleria que defendian ese lado, trabaron con el enemigo, que, como dijimos, iba concentrándose allí, un combate sangriento y encarnizado, que crecia en intensidad y vehemencia a medida que los nuestros se acercaban.

El Chañaral, el Tarapacá y el Taltal, que formaban, como se recordará, el ala izquierda de la 1.ª brigada, habian conseguido ya limpiar de enemigos las posiciones situadas a su frente, es decir, la estremidad norte de esa seccion de la línea enemiga, de tal modo que la separaron y cortaron por completo de la otra seccion que, formando ángulo recto con ésta, se batia con nuestras 2.ª y 3.ª brigadas. Los rápidos y certeros Mannlicher de que estos cuerpos estaban armados operaron por ese punto verdaderos prodijios de destruccion. Las balas llovian de tal modo sobre los balmacedistas, que éstos no pudieron resistir durante mucho rato sus terríficos efectos. Los cuerpos de vanguardia, metiéndose en la zanja del camino que corre junto al cerro, comenza-

ron, como vimos, a correrse hácia el sur, aumentando con esto el número de enemigos que se batian contra el Iquique, el Antofagasta y el Constitucion en defensa de la bateria de esa ala; y los que venian a retaguardia, que eran cívicos movilizados, retrocedieron presurosos, y, dirijidos por sus jefes, trasmontaron el Torquemada fuera de nuestra vista y corrieron a reforzar la atacada bateria por su izquierda, esto es, por el punto en donde se hallaban el parque y los bagájes y en donde acababa de iniciarse la carga de caballeria que tan fatales resultados produjo al enemigo.

Acorralados de esta suerte los balmacedistas en la zanja y en el cerro, todos los cuerpos constitucionales comenzaron a destacar sus grupos de tiradores para avanzar contra la artilleria, que formaba el núcleo de la resistencia. Los tres cuerpos de nuestra izquierda: el Chañaral, el Tarapacá y el Taltal, permanecieron con sus gruesos en el estremo norte de la línea enemiga para hacer frente a los refuerzos que pudieran venirle por ese lado, y el segundo batallon del Iquique, el Antofagasta y el Constitucion, marcharon en apoyo de los grupos avanzados, amagando de frente a la artilleria.

***

El ataque a los cañones y a la trinchera que los precedia, considerado por todos como la parte decisiva y final de la batalla, fué llevado a efecto, si no con mucho órden, porque la organizacion ordenada era imposible despues de las multiplicadas peripecias de aquel prolongado combate, con una decision, una enerjia y un empuje que parecian más hijos del furor que de la bravura. Como los grupos delanteros de todos los cuerpos converjian a un objetivo único—los cañones—que venia a constituir así el centro de un ancho semicírculo, pronto las escuadras del Chañaral, del Taltal, del Tarapacá, del Iquique, del Antofagasta y del Constitucion fueron juntándose y hasta mezclándose unas con otras en su avance, llegando a formar un gran grupo de atrevidos tiradores que constaba como de ochenta soldados y oficiales de los distintos cuerpos. Este grupo era apoyado de cerca por el Iquique, al que servian de reserva el Antofagasta y el Constitucion, cuyos soldados, a pesar de toda su

parsimonia y de toda su prudencia, tendrian a lo sumo en esos momentos un término medio de cinco tiros por cabeza. El capitan Diaz con sus bravos de la 1.ª compañia del segundo batallon del Iquique avanzaba ahora nuevamente al ataque de esta otra bateria; pero los oficiales de los demas cuerpos, queriendo cosechar tambien sus mismas glorias, rivalizaban con él en ardimiento y osadia.

El enemigo lanzaba desde la zanja un mortífero y horroroso fuego. Los soldados que allí estaban atrincherados, pertenecientes casi todos al 3.º, al Buin y al 10.º de línea, defendian la posicion como si defendieran la suerte de la patria, sin cejar un instante en su resistencia y causándonos numerosas bajas con sus balazos casi a boca de jarro. Las piezas de artilleria disparaban desde la altura granadas y metrallas, y los artilleros de reserva, echando mano a sus carabinas, aumentaban con sus tiros la matanza y el estrépito. Al ver batirse a los hombres de uno y otro bando con tanta resolucion y denuedo, nadie hubiera creido que éste era uno de los episodios finales de una batalla que duraba ya como cuatro horas y media sin descanso, sino que se trataba del primer encuentro o del primer asalto de tropas descansadas y briosas. De los grupos mas avanzados de los nuestros caian a cada paso muertos o heridos los combatientes mas atrevidos, y, en cambio, la zanja ocupada por ellos iba llenándose poco a poco de cadáveres.

***

Fuera de los oficiales del Iquique, los cuales en su totalidad figuraban entre los delanteros por ser ese cuerpo el designado para el ataque, se hacian notar por su denuedo los capitanes Rosell y Lopez Diaz, los tenientes Diaz, Robledo y Bahamondes y el subteniente Monticelli del Constitucion; el mayor don Francisco Cabezon, los tenientes don Juan Prado, don Adrian Soto y los subtenientes don Alberto Alvarez, don Aurelio Valdivieso y don Ciriaco Valenzuela del Antofagasta, y el teniente Soto de la compañia de Injenieros que acompañaba a la 1.ª brigada. Todos ellos animando a su tropa, y algunos, especialmente el capitan Rosell del Constitucion y el teniente Soto de Injenieros, que se distinguian por sus buenas punterias, hacien-

do fuego con los fusiles dejados por los muertos, avanzaban con los primeros tiradores y llegaban con ellos hasta el borde de la zanja, en donde algunos eran muertos por las balas enemigas y otros mataban a quemarropa a los pertinaces soldados de la dictadura. La batalla en ese punto habia llegado a convertirse en una especie de lucha cuerpo a cuerpo, desesperada, mortal y sin cuartel. Los soldados atrincherados en la zanja se habian hecho notar poco antes, en el primer retroceso del Iquique, por su salvaje ferocidad, pues sacrificaron friamente a los constitucionales que quedaron allí cortados por la carga de la caballeria, y por eso los nuestros los atacaban ahora, no solo con el ímpetu y el valor con que siempre combatieron contra los sostenedores de la tirania, sino con el rencor y la furia de los que ansían vengar la sangre de sus hermanos cruelmente derramada. Y como los enemigos se sostenian firmes a pesar de que la muerte los amenazaba de cerca, ese bárbaro valor de los sicarios estimulaba y encendia el de los jenerosos defensores de la lei. No querian, no podian dejarse sobrepujar por ellos en valentia, y avanzaban temerarios, irresistibles, enfurecidos, vencedores.

Los nuestros llegaron a la zanja, pusieron el pié en su borde, bajaron a ella, se trenzaron con los contrarios que sobrevivian. La lucha dejeneró en furibundo duelo. Un mayor balmacedista cuyo nombre no se conoce, pero que se distinguia por su prominente abdómen, mató a balazos con su revólver a un soldado del Antofagasta que intentaba tomarlo prisionero. Intimado para que se rindiese contestó con amenazas, imprecaciones y tiros, y tuvo que ser sacrificado a pesar de su mal dirijido valor. Sarjentos y cabos hubo, especialmente del 3.° (que estaba juramentado por su jefe para vencer o morir, segun aseguraron los soldados), sarjentos y cabos hubo que heridos y cubiertos de sangre seguian resistiendo como fieras, y a los cuales, como fieras tambien, fué necesario dar la muerte. Los soldados constitucionales se apoderaron de la zanja a costa de muchas vidas y pasando por sobre montones de cadáveres. Nunca una causa tan degradante e injusta contó para su defensa con mas esforzados y tenaces defensores.

***

Dominada ya la zanja, todos los grupos embistieron contra la artilleria.

Los infantes enemigos situados mas allá del punto que acababa de ser teatro de la horrible carniceria, o subieron a defender las atacadas piezas, o se retiraron por detras del Torquemada hácia el sitio en que se encontraban el parque y los bagajes de su ejército. Aquí se reunirian mui pronto con los cuerpos que habian contramarchado desde el estremo norte de su línea rechazados por los fuegos del Chañaral, del Tarapacá y del Taltal, y, apartados de la vista de los nuestros, se reorganizarian prontamente para defender sus municiones y sus equipos miéntras les llegaban los refuerzos que habian solicitado con premura. Los constitucionales no podian en esos momentos divisarlos, tanto porque el flanco de ese lado del cerro los ocultaba, cuanto porque todos tenian los ojos fijos en los cañones que trataban de tomarse.

Estos ocupaban una especie de esplanada natural situada a unos quince o veinte metros de altura sobre el camino, y su ataque de frente era sumamente peligroso a causa de lo pendiente de la falda y de que los artilleros balmacedistas, parapetados tras de las piedras y entre las grietas del suelo, disparaban resguardados y de mampuesto sus proyectiles.

Se hubiera podido rodear la posicion y atacarla por los flancos y por la espalda; pero la exaltacion que a todos dominaba les impedia valerse de cualquier medio que implicase la menor pérdida de tiempo. Subieron, pues, ájiles y livianos, escalando la barranca como quien escala un muro, y en un instante se encontraron a poca distancia de la boca de los cañones. Estos lanzaron por última vez sus espantables metrallazos; los nuestros avanzaron entonces rápidos y amenazadores; los artilleros enemigos echaron mano a sus carabinas, y de nuevo se repitieron allí las escenas que acababan de ocurrir en la zanja. Los soldados de Fuentes se defendian con obstinada enerjia, valiéndose, ya de la carabina, ya del sable; los nuestros los atacaban con ímpetu, los rodeaban, a ellos y a sus piezas, y pensando que no tenian ahora para qué ahorrar sus tiros, los acribillaban a bala-

zos. En pocos minutos quedaron silenciosos los cañones, y muertos, heridos o prisioneros sus pertinaces defensores.

La 1.ª brigada se habia adueñado ya de toda la estension de la línea enemiga que le hacia frente. Las dos baterias eran nuestras, nuestra la zanja, nuestro tambien el altivo e imponente Torquemada. Solo faltaba recojer desde luego los ópimos frutos de la espléndida victoria, y el primer batallon del Iquique, con su comandante Bernales a la cabeza, seguido por algunos grupos del segundo batallon que ya se le habian reunido, y hasta por muchos soldados de otros cuerpos, avanzó hácia el abra situada al sur del alto monte con el objeto de apoderarse del parque y de los bagajes enemigos. Aquella tropa del Iquique, por ser la última que habia entrado en pelea, conservaba todavia algunas cápsulas en sus morrales. La de los demas cuerpos, salvo una que otra contada escepcion, las habia agotado casi por completo en los últimos reñidos y sangrientos asaltos.

***

No fué pequeña la sorpresa que el comandante Bernales y su jente esperimentaron al encontrarse con un vivo y certero fuego en cuanto se comenzaron a internar en busca de los deseados despojos. Lo atribuyeron al principio a algunos dispersos que antes de emprender la fuga por sobre el alto cordon de cerros querrian entretenerse en largarnos sus últimos disparos, o a piquetes de tropa dejados allí por los jefes contrarios para protejer la retirada del grueso de su ejército; pero lo nutrido del tiroteo, que iba a cada instante en aumento, y la no interrupcion del fuego, que se sostenia sin cesar, hicieron comprender mui pronto que se trataba de tropa organizada y numerosa, nó de soldados sueltos ni de pequeñas partidas.

Acalorados aun por el reciente combate, y exasperados por este nuevo e inesperado obstáculo que se oponia al pronto logro de sus deseos, los soldados del Iquique avanzaron resueltamente en busca del enemigo, que no se divisaba a primera vista; pero en cuanto hubieron caminado unos trescientos a cuatrocientos metros, un fuego cuya rapidez iba en aumento, dirijido desde detras de unas tapias y zanjones y al resguardo de las piedras

que sembraban la falda sur del Torquemada, comenzó a ponerlos en apuros. Los grupos delanteros se habian internado demasiado por el abra y corrian riesgo de ser cortados por el enemigo. Muchos de los mas entusiastas y avanzados contaban con tres tiros a lo sumo, y el inevitable retroceso de éstos podia introducir el desaliento y el temor entre los restantes. La situacion era angustiada para aquella tropa, mucho mas si se toma en cuenta que el resto del Constitucion y del Antofagasta se hallaba mui distante y que en todo caso la ayuda de estos cuerpos seria poco menos que nula, porque ambos tenian ya totalmente agotada su provision de municiones.

El enemigo comprendió el embarazo de nuestra jente y se sintió envalentonado y audaz. Un grupo como de ciento cincuenta hombres pertenecientes a uno de los cuerpos movilizados que habian retrocedido del otro lado del cerro y que ignoraban, por lo tanto, lo ocurrido a sus compañeros, avanzó con mucho empuje por nuestro frente, se desplegó rápidamente en guerrilla y comenzó a ganar terreno sobre el Iquique y sus acompañantes. Algunos de los primeros grupos, faltos de municiones, retrocedian a toda prisa a buscarlas, aunque inútilmente por cierto; otros se sostuvieron a pié firme a contestar con sus escasos tiros los fuegos de sus adversarios; otros, llevados de su ardor, siguieron avanzando todavia; pero el grueso de nuestra tropa, comprendiendo que se hallaba en una situacion mui espuesta, comenzó a replegarse hácia la carretera. Desde allí, contando con algun apoyo de sus demas compañeros, podria resistir al enemigo privándolo de las ventajas que ahora le ofrecian las zanjas, las piedras y las tapias en que se ocultaba; y aunque esto prolongase algo la batalla, tenia la ventaja de no permitir a los balmacedistas obtener una fácil victoria, por mas que fuese pasajera, pequeña y sin resultados.

Desgraciadamente, los recien llegados, al observar la retirada de sus contrarios, redoblaron sus brios y multiplicaron sus disparos. En su rápido avance lograron dejar cortados a algunos de los nuestros, y éstos pagaron con su vida su valeroso entusiasmo. El espectáculo de su muerte llenaba de cólera a los que se retiraban, pero esa cólera era por el pronto impotente para vengar a sus sacrificados compañeros. Y así, enfurecidos y desesperados, conteniendo el avance de los balmacedistas con re-

petidas descargas, llegaban a la carretera, y allí, parapetados tras el borde de ésta, los esperaban resueltos.

En esos momentos aparecian por el sur los escuadrones Libertad y Carabineros del Norte de regreso de su carga. Los infantes constitucionales sintieron su corazon henchido de alegria y de esperanza al avistarlos. Aquellos bravos y triunfantes guerreros serian sus defensores y sus vengadores. Con su apoyo avanzarian de nuevo sobre los insolentes enemigos, los arrollarian y los destruirian por completo. Y entonces podrian apoderarse al fin de aquel parque y de aquellos bagajes tan deseados.

Los balmacedistas, por su parte, se dejaron dominar tambien por la mas injenua alegria. Aquellas largas hileras de rápidos jinetes que venian del lado de Viña del Mar ¿a qué bando podian pertenecer sino al del gobierno? Ellos no habian visto la carga, ignoraban el destrozo de su caballeria, y esperaban a cada momento nuevos refuerzos. Ya les llegaban. ¿Qué iria a ser ahora de los infelices opositores?

Los fuegos se sostuvieron entonces con mayor viveza entre los infantes de uno y otro bando. Los escuadrones seguian avanzando con rapidez, llegaban ya a solo tres cuadras de los combatientes, y ni unos ni otros les dirijian el menor disparo. Quizá los jefes enemigos se figuraban que los nuestros, a causa de la posicion que ocupaban, no habian notado la temible aparicion. Quizá se saboreaban ya con el agradable espectáculo de una carga que nos barriera del camino. Tremendo iba a ser su desengaño.

***

Hasta que nuestra caballeria no detuvo su marcha a la derecha del Iquique no vinieron a convencerse los defensores del parque enemigo de que el refuerzo que llegaba por el camino de Viña del Mar no estaba destinado para ellos sino para sus contrarios. Suspendieron entonces su avance a unos doscientos metros del Iquique, se parapetaron de nuevo en las tapias, piedras y quebraduras del terreno, y hasta esperimentaron un momento de vacilacion y de duda, segun pudo colejirse por la flojedad de sus disparos. En seguida, determinados ya a combatir contra la caballeria, para lo cual contaban con la ventaja que les

ofrecia la conformacion del terreno, rompieron el fuego sobre ésta, que permanecia formada a lo largo del camino para dar tiempo a que nuestros grupos de infanteria se reorganizasen y a que los designados para emprender el segundo avance se proveyeran con las escasas municiones de los otros.

Una vez distribuidos los soldados en los grupos delanteros y animada la jente con la presencia de los jinetes, el comandante Bernales se puso a la cabeza de su tropa y la preparó para tomar la ofensiva. El Libertad y los Carabineros abandonaron entonces aquella posicion, que los esponia inermes a los fuegos del enemigo, y bajaron a la quebrada para resguardarse con el borde oriental de ésta.

Los contrarios, al observar este movimiento de la caballeria, suspendieron otra vez sus disparos. O les pasó por la cabeza la idea de rendirse en vista de la inutilidad de su resistencia, o creyeron nuevamente que esa tropa les pertenecia y que con su reciente maniobra buscaba el medio de acometer a los nuestros por la espalda. Y tan notable fué su vacilacion, que el jefe del Libertad comisionó al teniente Sálazar y a los alféreces don Alberto Perez, don Melquíades Hogaz y don Adolfo 2.° Paulsen para que con un piquete de veinticinco hombres se acercasen a preguntarles si querian en efecto rendirse.

Avanzaron en cumplimiento de su comision los oficiales nombrados hasta llegar a pocos pasos del enemigo; mas apenas los hubieron éstos reconocido, rompieron sobre ellos un nutrido fuego. El alférez Paulsen fué herido en el cuello, por fortuna levemente, por una bala que le tocó allí de rebote despues de chocar contra la carabina que llevaba, y el alférez Hogaz recibió dos heridas, una en el costado izquierdo y la otra en el brazo derecho, que aunque no alcanzaron a comprometerle la vida por no haber destruido ningun órgano importante, son, sin embargo, de larga y prolija curacion. El que le disparó fué un soldado de artilleria que, acurrucado entre unas piedras, le largó con su carabina el primer tiro, que lo hirió en el costado. Cargó sobre él el alférez Hogaz acompañado por algunos soldados de su cuerpo, pero el artillero enemigo se resistió con valor y destreza. Descargó el segundo tiro, que fué el que hirió en el brazo al oficial opositor, y en seguida, dejando a un lado la ya inútil carabina, empuñó su sable, y con él comenzó a batirse en reti-

rada, procurando reunirse con sus compañeros. Fué pronto alcanzado, no obstante, y allí pereció sableado por nuestros jinetes.

El corto piquete de éstos hubo de retirarse entonces del fuego, tanto porque su número era mui escaso, cuanto porque los accidentes del suelo les impedian operar de a caballo. Regresaron a reunirse con su cuerpo, que permanecia a cubierto de las balas detras del borde de la quebrada, y la relacion de su reciente tiroteo, que causó las dos bajas de oficiales que dejamos referidas y unas cuatro o cinco de tropa, sujirió a los jefes del Libertad la idea de atacar de a pié al enemigo con el objeto de vengar a sus compañeros.

***

Para llevar a efecto semejante idea se prestaba admirablemente el defectuoso armamento del Libertad. Este escuadron, como dijimos, falto de sables y de carabinas, hubo de proveer a la mitad de su jente con los mismos fusiles Gras que usaba la infanteria, a fin de utilizar sus bayonetas a guisa de lanzas. Noventa hombres, que en aquellas apuradas circunstancias equivalian a un ejército, estaban armados de fusiles y tenian casi intacta su dotacion de municiones, a diferencia de los cuerpos de infanteria de esa ala, que apenas lograban reunir unos pocos tiros para darlos a los que debian avanzar a las órdenes del comandante Bernales. Esos noventa hombres, a cuya cabeza se puso el sarjento mayor don Pedro José Perez, que tanto se habia distinguido ya por su valor e intelijencia durante el curso de la batalla, echaron pié a tierra en la quebrada, y mientras el resto de sus compañeros cuidaba de sus caballos, ellos avanzaron de frente en refuerzo del Iquique y se colocaron a la derecha de éste.

En cuanto los bravos del 6.° descubrieron el importante refuerzo que en hora tan crítica les llegaba, sus contenidos ímpetus y su sordo furor estallaron en un movimiento acelerado y resuelto sobre las posiciones enemigas. Los noventa hombres del Libertad, estendidos en línea de batalla de a uno en fondo, abarcaban una considerable estension de terreno e hicieron suponer a los tenaces balmacedistas que algun nuevo cuerpo de

infanteria acababa de llegar en socorro de nuestra ala derecha. Y como el Iquique al mismo tiempo hacia avanzar al trote a unos cien hombres que alcanzaron a proveerse de algunas cápsulas, se creyó que bastaria la presencia de esa tropa para que el parque y los bagajes enemigos, que eran el objetivo del nuevo ataque, quedasen inmediatamente abandonados.

No sucedió así, sin embargo. Los soldados dictatoriales seguian peleando con decision. Todos los jefes de la 1.ª brigada habian acudido a ese punto, estrañando aquella última y ya desesperada resistencia de los contrarios; y su presencia, que servia de poderoso estímulo al ardor de nuestras tropas, parecia comunicar tambien nuevo aliento y vigor al despechado enemigo. El comandante Körner, el jefe de la 1.ª brigada comandante Frias y sus ayudantes, los comandantes Lopez y Goñi del Constitucion y del Antofagasta, atraidos por el estrépito del combate, se encontraban allí observando el avance del Iquique.

Las balas del parapetado enemigo llovian sobre los nuestros, y no pocos valientes jefes, oficiales y soldados fueron alcanzados por ellas en este último episodio de la larga y encarnizada batalla. Todos los fujitivos de los cuerpos que se habian batido en la carretera, en la zanja y en las faldas del Torquemada, imposibilitados para huir hácia Viña del Mar porque ya la 1.ª brigada les tenia cerrado el paso, y temerosos de escapar hácia su derecha porque por allí avanzaban ya los cuerpos de infanteria y de caballeria de la 2.ª y 3.ª, parece que tácitamente resolvieron vender caras sus vidas, y, olvidados de la injusta causa que defendian, morir a lo menos como hombres y como chilenos. Por eso hacian esfuerzos sorprendentes de enerjia y de constancia y dirijian certeras balas contra los nuestros. Una de ellas mataba en esos momentos al comandante Goñi el nuevo caballo que montaba; otra y otras dejaban tambien de a pié por la misma causa al capitan don Manuel Francisco Irarrázaval y al subteniente Cañas, ayudantes del jefe de la 1.ª brigada. Otras, mas desastrosas en sus efectos, daban la muerte a distinguidos oficiales.

***

Una especie de ciego rencor se apoderó de los constitucionales. Todos se sentian indignados por la temeridad de esos sol-

dados, nó porque su bravura dejase de hacerse acreedora al respeto y estimacion de nuestros valientes, sino porque esa noble virtud la empleaban en ese instante en sostenimiento y defensa de un déspota cuyo triunfo hubiera cubierto de ignominià a Chile. El toque de "a la carga" resonó, modulado por las cornetas, y entonces el mismo capitan Diaz del Iquique cuyo arrebatado valor nos habia dado ya la posesion de la bateria de la derecha enemiga, se puso al frente de los primeros grupos y avanzó a la carrera, sin detenerse un instante, sobre los pelotones parapetados en las inmediaciones del sitio que ocupaba el parque. Arrollando a su paso a los tiradores balmacedistas mas avanzados, batiéndose cuerpo a cuerpo con muchos, afrontando los disparos a quemarropa que algunos le asestaban sin apuntarle, el capitan Diaz llegó mui pronto al lugar donde estaban las municiones. No menos de ochocientos cajones habria allí—un verdadero tesoro —y para posesionarse de ellos solo faltaba destruir la viviente barrera de los que los custodiaban.

El capitan Diaz los atacó de frente, mientras soldados de distintos cuerpos, desenfrenados y sin órden, pero audaces y exaltados, los rodeaban por los flancos y la espalda. Los dictatoriales se resistian aun; pero pronto, asediados por todos lados, las balas de los nuestros pusieron término a sus esfuerzos. Como en la zanja del camino y junto a los cañones, la carniceria fué horrorosa. Mui pocos escaparon; y éstos, fatigados, taciturnos, presas ya del pánico, trepaban las cumbres buscando su salvacion, o hácia Viña del Mar por el camino, o hácia Quilpué por las cumbres de los cerros.

***

Pero los escuadrones de la 1.ª brigada se manifestaron inflexibles. No convenia dejar el campo libre a los que huian. Podian reunirse con las nuevas fuerzas de que disponia la dictadura, resistir en una segunda batalla con el mismo teson que en ésta, y poner entonces en peligro la causa de la libertad y del derecho. Montaron, pues, en sus sufridos caballos, y los unos por el camino de Viña del Mar, los otros por el sendero que lleva al Salto a lo largo del cordon de cerros, se pusieron sable en mano en persecucion de los fujitivos.

Eran las cuatro y cuarto de la tarde. La batalla incesante, sangrienta, activa, sin descanso, habia durado para la 1.ª brigada cinco horas justas, puesto que rompió sus fuegos de infanteria a las once y cuarto de la mañana. Ahora, fujitivo y deshecho ya el enemigo, callados los fusiles, exhaustos los morrales, el peso de un cansancio abrumador y lánguido se descargaba de repente sobre aquellos hombres de hierro. La tarde calijinosa y enervante, sin claridad, sin brisas, añadia un tinte apagado y lúgubre al tétrico aspecto de aquel estenso campo. Los infantes permanecian silenciosos, recostados en el suelo en actitudes fatigadas, demostrando así cuán a tiempo habia concluido para ellos la mortal tarea de la batalla. Solo la caballeria, escudriñando los riscos y haciendo resonar sus carabinas y sus sables cuando alcanzaba algunos grupos de fujitivos, perturbaba la quietud repentina de la naturaleza. La artilleria de la 1.ª brigada llegaba en esos momentos; los vijias anunciaban poco despues la aparicion de un batallon de infanteria y de uno o dos escuadrones de caballeria sobre las alturas de Reñaca, y ni aun esta noticia lograba disipar el sopor de los desfallecidos soldados.

* * *

Poco despues eran reconocidos el Limache y los Cazadores, que acudian en refuerzo de las tropas del dictador. Era tarde. Su presencia no alcanzaba a infundir a los nuestros recelo ni temor. Algunos eran de opinion de que se les permitiera acercarse; pero otros, recordando que teniamos agotadas las municiones y las fuerzas, creyeron peligroso valerse de semejante ardid de guerra. El comandante Frias, despues de tomarle el pulso a la situacion, adoptó tambien este último parecer, y ordenó a la bateria Hurtado que, adelantándose sobre el camino, les largase algunos tiros.

Así se hizo. Tres o cuatro cañonazos les dirijieron las piezas Krupp del mayor Hurtado, y aquellos tardios refuerzos se detuvieron, parecieron deliberar durante cortos instantes, tal vez poniéndose al habla con algunos fujitivos que entonces encontraron, y en seguida volvieron presurosos hácia Viña del Mar.

El último peligro desaparecia. La batalla de Concon quedaba definitivamente terminada por nuestra derecha, es decir, por

el punto en donde mas sangriento y reñido fué el combate. La mayor parte de las fuerzas balmacedistas, retiradas del ala opuesta, habian acudido en refuerzo de las que combatian en el Torquemada, y ahora, derrotadas aquí, ya no intentaban hacer frente a los cuerpos de la 2.ª y de la 3.ª brigadas que avanzaban hácia las alturas. Un profundo desaliento, una mortal zozobra reemplazaron a la indómita bravura que poco antes demostraban las huestes del tirano. Sus restos, huyendo al azar, sin guias, sin rumbo determinado, se corrian hácia nuestra izquierda al notar que la 1.ª brigada les tenia tomado el camino a Viña del Mar, y en desordenadas hileras avanzaban por las cumbres en direccion a Quilpué; pero al verse hostigadas por el incesante cañoneo de las baterias de la 2.ª y 3.ª brigadas, por las ametralladoras y por los Mannlicher del Esmeralda y del Huasco, buscaban pasajero y peligroso refujio en las quebradas vecinas. Solo algunos pocos, mas alentados y mas diestros, continuaban su marcha por las alturas, soportando el cercano estallido de las abrasadoras granadas, que abrian a veces anchas brechas en sus filas. La derrota completa y jeneral del ejército enemigo estaba declarada. Eran en esos momentos las cuatro y media de la tarde.

* * *

La brillante y difícil victoria de la 1.ª brigada habia sido obtenida a costa de dolorosas pérdidas. Tanto en el ataque a la zanja del pié del Torquemada como en los asaltos a la artilleria y al parque, preciosas vidas fueron sacrificadas en aras de la libertad de la patria, y muchos valientes regaron con su sangre aquellos yermos campos, consagrados de hoi en adelante por las proezas del improvisado ejército constitucional.

Del rejimiento Constitucion perecia el valeroso capitan don Ernesto Rosell, de la 2.ª compañia del primer batallon, a quien ya mencionámos entre los mas audaces durante el furioso ataque llevado por los tiradores de la 1.ª brigada contra la zanja de la carretera en que se hallaba atrincherada la infanteria enemiga que estorbaba el acceso de nuestras tropas a la artilleria colocada en la altura. Rosell, con una serenidad y una sangre fria que no se alteraron ni en los momentos mas críticos del ataque, marchó al asalto de las piezas fusil en mano, y al llegar

a ellas, una bala enemiga le atravesaba la cabeza, produciéndole una muerte instantánea, en los momentos mismos en que hacia los puntos a un oficial balmacedista.

El capitan Rosell era de Concepcion y mui conocido y apreciado allí por su espíritu emprendedor y progresista. A su iniciativa y labor se debe la primera *Guia* que da a conocer los variados elementos de riqueza y poderío con que cuenta esa importante ciudad, y muchas asociaciones literarias e instructivas lo contaban entre sus mas entusiastas miembros. Dedicado a las labores del comercio en el ramo de corretaje de frutos del país y de mercaderias, Rosell, a pesar de su carácter moderado y modesto, no pudo permanecer indiferente en presencia de la dictadura que intentaba dominar al país, y despues de muchos esfuerzos y dilijencias logró embarcarse en la escuadra el 19 de enero, teniendo que hacer en bote la travesia desde Talcahuano a la isla de Santa Maria. Tomó parte desde entonces en todos los encuentros y batallas que tanto han ilustrado al rejimiento Constitucion, y en donde quiera supo dejar bien puesto su nombre hasta conquistarse entre sus bravos compañeros merecida fama de valiente tranquilo, previsor y estoico.

En el ataque a la zanja fué herido tambien el capitan don Arturo Benavides Santos, de la 1.ª compañia del primer batallon del mismo heroico rejimiento. El capitan Benavides, que es orijinario de Santiago, recibió en la pierna izquierda un balazo a boca de jarro que le fracturó el hueso, haciendo necesaria la amputacion.

El teniente don Gustavo Valledor, de la misma 1.ª compañia del primer batallon del Constitucion, recibió en el pulmon derecho una grave herida durante el asalto a los cañones. El teniente Valledor, abogado establecido en Santiago, ha visto complicada su lesion con una peligrosa pulmonia que le sobrevino y que hace temer por su existencia.

***

Del Antofagasta, constante compañero del Constitucion, era muerto, en los momentos mas reñidos del ataque contra la artilleria, el sarjento mayor don Federico Gutierrez, hijo del antiguo receptor de mayor cuantia de este puerto don Juan Francisco Gutierrez.

El mayor Gutierrez, digno compañero del comandante Goñi en valentia, entró de a caballo en lo mas rudo de la pelea y no vino a desmontarse sino para ceder su cabalgadura a su bravo jefe cuando éste acudió a pedir refuerzo al Tarapacá y al Taltal poco antes del asalto a la zanja en donde, al pié del Torquemada, se atrincheraba la infanteria enemiga. De a pié entonces, el mayor Gutierrez avanzó con los grupos delanteros, animándolos con su voz y con su ademan y sirviendo de ejemplo a los mas bravos por su intrepidez y denuedo. Ocupada la zanja despues de un terrible combate, avanzaba sobre la artilleria y llegaba de los primeros al pié de los cañones, defendidos tenazmente por los soldados enemigos, cuando una bala de carabina lo hirió en medio de la frente, dejándolo muerto en el acto.

Hijo de Valparaiso y educado en el liceo de este puerto, en donde siguió el curso de comercio, a los quince años de edad ocupaba Gutierrez un empleo en el Banco de Valparaiso, y a los diezisiete entraba de alférez a la artilleria cívica, de cuyo cuerpo fué uno de los fundadores. Cuando, hace cinco años, lo mandó el Banco a la sucursal de Iquique, tenia Gutierrez el grado de capitan, e incorporado allá a la brigada de artilleria cívica, dos años despues ascendia a mayor. De regreso al sur en 1890 como tenedor de libros de la empresa del Ferrocarril Trasandino, apenas hubo estallado el movimiento restaurador mediante la sublevacion de la escuadra, el mayor Gutierrez puso todo su empeño en regresar al norte a ocupar un puesto en las filas constitucionales. Las autoridades dictatoriales lo detuvieron en Antofagasta y lo obligaron a quedarse en ese puerto, y entonces el activo porteño, tratando de cooperar por todos los medios posibles al éxito de la buena causa, tomó parte en la preparacion del movimiento que dió por resultado la sublevacion del Talca y de otros cuerpos, y a causa de esto fué arrastrado a la cárcel por el procónsul del tirano en aquella rejion. Puesto en libertad, y poco despues aprehendido de nuevo, las fuerzas constitucionales lo encontraban metido en un calabozo el dia que ocuparon ese puerto.

A pesar del grado de mayor que antes tenia, Gutierrez, dando pruebas de un raro desinteres, entraba de capitan de compañia al batallon Antofagasta, que allí comenzó a formarse; y como la falta de armas que entonces nos aquejaba le permitia dedicar

su tiempo a otras labores, se utilizaban al mismo tiempo sus conocimientos especiales en los trabajos de la intendencia de ejército. Pero llegadas las armas y municiones, elevado el batallon a rejimiento y ascendido Gutierrez a sarjento mayor, abandonaba las cuentas y los números y se dedicaba por completo a la preparacion de sus soldados.

Agreguemos tan solo que la desconsolada familia del bravo mayor no ha tenido la fortuna de encontrar su cuerpo entre los numerosos cadáveres amontonados al pié del alto cerro que sirvió de majestuoso túmulo a tantos abnegados defensores de la patria. Mas, aunque perdidos sus restos, el nombre de Federico Gutierrez no perecerá en el olvido. La historia lo conservará en sus pájinas al lado de los mas jenerosos servidores de Chile en esta tremenda crisis que en tanto peligro puso nuestras instituciones y nuestro porvenir.

En el mismo sangriento ataque contra la artilleria era herido el capitan ayudante del Antofagasta don Eduardo Godoi H. por una bala que le daba en un carrillo y que le corria a lo largo de la cara, felizmente sin comprometerle el hueso.

Al avanzar sobre el camino para iniciar el ataque decisivo contra el Torquemada caia gravemente herido en la rodilla derecha el subteniente del mismo rejimiento Antofagasta don Horacio Lémus. Imposibilitado para seguir avanzando, el subteniente Lémus, que conservó su entereza a pesar de su dolorosa herida, daba voces de aliento a sus soldados para que no flaqueasen en su arriesgada empresa, y si de algo se lamentaba era de no poder acompañarlos victorioso hasta la altura. Recojido a las seis y media de la tarde del mismo dia por la ambulancia, se le atendia con solicitud desde los primeros momentos; pero considerando tal vez su herida mucho menos peligrosa de lo que lo era en realidad, se opuso a que desde luego le sacasen los cirujanos la bala, que le habia quedado adentro. Alegaba que no queria verse espuesto a que le cortasen una pierna, y que una vez llegado a Valparaiso, su cuñado, el doctor Cepeda, le haria la operacion con prolijidad en su casa, donde podria contar ademas con las delicadas atenciones de su familia. Aunque el aspecto de la insidiosa herida no era tranquilizador, ni el estado del paciente tampoco, pues desde las primeras horas se sintió devorado por la fiebre y absolutamente falto de apetito, no hubo me-

dio de hacerlo desistir de su determinacion, y así trascurrieron los dias hasta que, despues de la batalla de la Placilla, tomaba posesion de Valparaiso el ejército constitucional.

Por desgracia, en ese largo trascurso empeoró la herida de Lémus hasta convertirse en incurable y mortal. La fiebre habia sido precursora de la gangrena, y ni los esfuerzos de hábiles cirujanos, ni los cuidados cariñosos de su familia, ni los votos de sus innumerables amigos lograron arrancar de las garras implacables de la muerte aquella existencia juvenil y jenerosa.

Su fallecimiento cubrió de duelo principalmente a la juventud de Valparaiso, de la que era Lémus jenuino y distinguido representante. Entusiasta, espontáneo, impetuoso, no solo entre los horrores de la lucha armada habia demostrado su espíritu varonil y su abnegado corazon. Las batallas tempestuosas de la política descubrieron antes su arrojo, su desinteres, su patriótico celo, su indomable enerjia, y así desde que con la formacion del gabinete Ibañez inició el presidente Balmaceda la política desafiadora y atrevida que lo llevó mas tarde a los terrores y a las infamias de la dictadura, Horacio Lémus fué en Valparaiso uno de los primeros y mas audaces luchadores que salieron al encuentro de la tirania que asomaba. Su actitud y su participacion en la famosa jornada conocida con el nombre de "la batalla de los pitos" hubieran bastado para darle justa fama de valiente y hasta de temerario, porque él fué el héroe mas arrogante y atrevido de aquel sainete memorable. Entronizada despues la dictadura, apenas, el dia 7 de enero, se tuvo noticia en tierra del patriótico pronunciamiento de la escuadra, Lémus fué designado como uno de los mas peligrosos adversarios del tirano en este puerto y llevado esa misma noche a la cárcel de Santiago en compañia de los opositores mas influentes y distinguidos que se pudo haber a mano.

En aquellos calabozos permaneció seis meses completos, y durante ese largo trascurso pudieron sus compañeros de cautiverio apreciar por una nueva faz las virtudes que lo adornaban. Aquel coloso de fuerzas hercúleas y de ánimo batallador y entero, que parecia formado para los ejercicios vigorosos y para las fuertes pasiones, tenia delicadezas esquisitas y atenciones de hermana de la caridad cuando se trataba de cuidar a alguno de los muchos presos que caian enfermos o simplemente indispuestos.

En sus ratos de mas íntima espansion solo una cosa sentia: no haberse embarcado oportunamente en la escuadra; y nada echaba más de menos que los arrullos de la gloria conquistados a fuerza de valentia en la dura campaña y en los cruentos combates cuyas peripecias llegaban a sus oidos a traves de las verjas de la prision. Recordaba entonces que era cuñado de Condell, de aquel héroe sin miedo y sin reproche, y casi se avergonzaba de la forzada inercia en que lo mantenia allí la mano rencorosa del dictador. Y así, cuando éste, en una hora de incomprensible magnanimidad o de reto despreciativo, mandaba a Iquique a los setenta paisanos detenidos como reos políticos en la cárcel de Santiago, la alegria de Lémus era tanta, que ni se daba cuenta de lo que aquello significaba, ni podia figurarse que realmente fuera Iquique, sino alguna isla desierta y lejana, el verdadero destino de los desterrados. Desembarcado en Caldera por órden de la Junta de Gobierno, entraba primero como soldado a la Columna de Rifleros, y en seguida, temeroso de que esa falanje de distinguidos jóvenes no fuera destinada a combatir en lo mas rudo de las próximas batallas, pasaba de alférez a un cuerpo de caballeria, de donde se retiraba por idénticas razones para trasladarse definitivamente al Antofagasta. Este rejimiento se hallaba por esos dias como de avanzada en el valle del Huasco, en vísperas de marchar a la vanguardia de la presunta espedicion sobre Coquimbo, y esto, agregado al prestijio y a la bravura de su jefe, eran para Lémus una segura garantia de que veria cumplidos sus fervientes deseos.

Ya se ve cómo los cumplió, en efecto, cayendo gloriosamente al pié de las últimas formidables posiciones del atrincherado enemigo.

*
* *

Del valeroso Iquique, que una parte tan principal tomó en el choque final y mas reñido de la batalla, era muerto el capitan don Valeriano Baquedano, de la 2.ª compañia del primer batallon, en circunstancias que desplegaba su jente en tiradores y se corria hácia nuestra derecha y vanguardia para atacar la bateria del estremo sur del Torquemada. El capitan Baquedano, que fué uno de los fundadores del Iquique desde que comenzó

a organizarlo el comandante Frias, recibió dos balazos en la cabeza que le produjeron una muerte instantánea.

El teniente don Cárlos Solo Zaldívar, de la 3.ª compañia del segundo batallon del mismo rejimiento, recibia dos heridas, una en el costado izquierdo, de alguna gravedad, y la otra, mortal, en el cuello, que le atravesó de parte a parte la garganta, durante el tiroteo final de la batalla, cuando avanzaba con algunos grupos a apoderarse del parque. El teniente Solo Zaldívar, hijo de Valparaiso, como tantos otros valientes jefes y oficiales del ejército constitucional que perecieron en el curso de la campaña, sobrevivió apenas media hora a su fatal herida, aunque antes de su muerte tuvo la satisfaccion de ver definitivamente asegurado el triunfo de nuestras armas.

El teniente don Enrique Guzman, de la 2.ª compañia del segundo batallon del mismo Iquique, era herido en la pantorrilla de la pierna derecha durante el primer avance de su cuerpo en direccion al parque enemigo. El teniente Guzman, que se habia mostrado mui sereno e impetuoso durante todo el curso de la batalla, adelantó con los primeros grupos de tiradores y se empeñó en no retroceder cuando el Iquique inició su retirada en vista del escaso número de municiones con que contaba la tropa y de lo ventajosas y abrigadas que eran las posiciones ocupadas por los numerosos restos del ejército balmacedista. Su herida, aunque no de mucha gravedad, porque el proyectil no alcanzó a dañarle el hueso, le impedia, sin embargo, andar, y allí hubiera quedado, siendo víctima segura de los sanguinarios defensores de la dictadura, que avanzaban osadamente y que no dejaron con vida a ninguno de los heridos constitucionales que cayeron en su poder, si un abnegado y valeroso soldado de su misma compañia, Anjel Carvacho, no lo hubiera tomado en peso y corrido con él hasta depositarlo en una quiebra del terreno, al reparo de las balas que en ese momento llovian.

El teniente Guzman mostró despues con su valentia que era digno de inspirar a Carvacho tan loable accion, porque en la batalla de la Placilla, hallándose aun impedido de hacer uso de su pierna, entró de a caballo con su rejimiento en lo mas tupido del fuego, y solo se retiró en virtud de la órden espresa que para hacerlo le dió el comandante Bernales, condolido de su estado y de lo mui espuesto que se hallaba a los tiros enemigos.

El subteniente don Alejandro Gallo, de la plana mayor del Iquique y ayudante del comandante Bernales, a cuyo lado peleaba, fué herido gravemente al dar el segundo y decisivo avance sobre el parque dictatorial. La bala penetró al subteniente Gallo por el empeine del pié derecho, fracturándole horriblemente los huesos y haciendo quizá necesaria una dolorosa amputacion. Es de Vallenar, y se enroló en el Iquique durante la corta permanencia de este cuerpo en aquella ciudad, pocos dias antes de embarcarse la 1.ª brigada a bordo de los trasportes que debian conducirla a Quintero.

***

Para terminar con este largo martirolojio, que manifiesta mejor que nada cuán terribles fueron las últimas sangrientas escenas ocurridas al pié del Torquemada, recordemos que de los cuerpos del ala izquierda de nuestra 1.ª brigada, el teniente don Luis Varas Herrera, del Tarapacá, era alcanzado por dos balas enemigas, una que le causaba una peligrosa herida en una rodilla y otra que le traspasaba las carnes del muslo derecho, en los momentos en que llegaba al pié del cerro con su jente y ordenaba a ésta calar bayoneta contra los últimos defensores de la zanja.

El capitan don Alfredo Stone, tambien del Tarapacá, era herido en las mismas circunstancias por una bala que, chocando contra un frasquito de coñac que llevaba terciado, se lo rompia en mil pedazos y le causaba con ellos leves heridas y arañazos en la barriga, mientras el proyectil o rebotaba o amortiguaba la violencia de su carrera con el choque.

Por fin, el comandante de la Columna de Rifleros, don Miguel Anjel Padilla, era herido levemente por una bala que le tocaba desde léjos al avanzar por el camino que antes habian seguido el Tarapacá y el Taltal.

***

De mui corta duracion habia sido el amago de nuevo ataque iniciado por el enemigo por su centro y derecha contra los cuerpos de la 2.ª y 3.ª brigadas que avanzaban hácia la altura.

Al escuchar el sostenido estruendo que anunciaba el jigantesco combate empeñado entre la 1.ª brigada y las posiciones del Torquemada, el jeneral Barbosa, acudiendo presuroso a esa ala, arrastró consigo a todos los cuerpos que tenia disponibles, no dejando a su derecha mas que al 7.º de linea, al 9.º y parte del Traiguen. I como semejante número era insuficiente para contener por allí el avance de los rejimientos constitucionales, éstos se encontraron posesionados de la ancha meseta inclinada que sigue al sur de las lomas colindantes con el rio, justamente cuando la 1.ª brigada dominaba a viva fuerza las posiciones que atacaba. El Esmeralda y el Huasco, situados a nuestra estrema izquierda, ocupaban las alturas prominentes de ese lado; y como distaban mas de una legua del punto ocupado por la 1.ª brigada, los fujitivos empujados por ésta se encontraban encerrados por ellos.

Ademas, los cuerpos de caballeria de la 2.ª y 3.ª brigadas recibieron órden del coronel Canto para cargar al enemigo por nuestra izquierda, y entonces los descansados jinetes, ansiosos de tomar alguna parte en la batalla, no esperaron que los balmacedistas hubieran apagado por completo sus fuegos para lanzarse a todo escape sobre ellos. Coronaron las lomas, barrieron la meseta y se dirijieron hácia el cordon de cerros altos por el punto en que podian cortarles la retirada hácia el Salto y Quilpué.

Este movimiento de la caballeria constitucional fué como el grito de "sálvese quien pueda" para el ejército enemigo. Los artilleros dejaron abandonados los cañones y ametralladoras, y montando en sus mulas y caballos aprovecharon su cercania a la cumbre para tomar la delantera en la fuga; los escuadrones dictatoriales situados en esa ala huyeron tambien cobardemente, sin haber intentado ni por asomos oponerse a los nuestros, como debieron hacerlo para protejer la retirada de su infanteria; y ésta, viéndose abandonada por sus protectores naturales y amenazada, por su derecha por el Esmeralda y el Huasco, por el frente por las tropas de caballeria e infanteria de la 2.ª y 3.ª brigadas, y por su izquierda por la caballeria de la 1.ª, sin tener mas punto de retirada libre que las altas cumbres del cordon de cerros situados a su espalda, en donde era alcanzada todavia por los proyectiles de nuestros cañones y ametralladoras; observan-

do que todos sus jefes y oficiales que podian disponer de cabalgaduras solo procuraban ponerse en salvo, sin pensar en lo menor en la suerte de sus tropas; comprendiendo, por fin, que toda resistencia era inútil y que llegaba la hora de la derrota irremediable, aplastadora, definitiva y completa, huyó de aquellas lomas en donde podia ser presa de los cortadores sables de nuestros jinetes, se declaró en desordenado desbande, y cada soldado, sin preocuparse de su compañero, se dirijió hácia el punto mas cercano que podia prestarle algun abrigo.

***

Como el terreno estaba cruzado, a la derecha de la línea enemiga, por quebradas que van a morir, las unas en el Aconcagua y las otras en el estero de Limache, a esas quebradas corrieron a buscar refujio los angustiados infantes dictatoriales. En pocos minutos quedaron desiertas las lomas, la meseta y las alturas, que eran recorridas en todas direcciones por nuestra caballeria y ocupadas poco a poco por la infanteria de la 2.ª y de la 3.ª brigadas.

Comenzó entonces una espantosa caceria. Los grupos constitucionales rodearon esas quebradas por uno y otro borde, y desde arriba lanzaron certeros tiros contra los refujiados. Estos se acumulaban en algunos sitios que creian mas retirados y ocultos, pero allí los descubria el ojo ejercitado de sus perseguidores, y allí tambien perecian acribillados a balazos.

Los derrotados se decidieron entonces a invocar la piedad de los nuestros y a entregarse prisioneros, y era de ver como brotaban de los escondrijos a centenares. Muchos de ellos aparecian ahora haciendo profesion de fé opositora. Unos alegaban que el gobierno los habia tomado a la fuerza; otros decian que al servir a la dictadura lo hacian solo con la esperanza de cobrar sus sueldos atrasados; muchos aseguraban que desde antes de la batalla estaban dispuestos a pasarse a nuestras filas y que si no lo realizaron fué por falta de oportunidad; algunos mostraban sus cananas llenas de tiros para demostrar que no habian hecho fuego sobre los constitucionales. Este último caso era mui comun, principalmente por el lado de la 1.ª brigada; pero el rostro sollamado por la pólvora, los fusiles y las manos ennegrecidas de los

que de esa manera se disculpaban estaban demostrando a las claras que el rellenamiento de sus cananas lo ejecutaron únicamente a última hora y con el objeto de encontrar gracia a los ojos de sus vencedores.

Y como el argumento de la escasez de municiones—que en tan terribles trances tuvo a los nuestros—ha servido tambien a algunos empecinados jefes balmacedistas para disculpar la derrota de Concon, para desmentirlos hubiera bastado ver las cananas casi repletas de sus soldados, y, principalmente en los alrededores del Torquemada, en donde con mas vigor resistieron, contemplar el suelo sembrado de montones de cápsulas que en no interrumpido reguero llegaban hasta las mismas alturas de Reñaca.

Los soldados opositores, sin embargo, finjian tomar a lo serio las protestas de los vencidos, y así, apenas llevados éstos a los vivaques, los rodeaban para escuchar la relacion, verdadera o falsa, de sus padecimientos y de sus intentonas de sublevacion, y en seguida, cojiéndoles la palabra, los incitaban a enrolarse en el ejército constitucional. Y aquellos mismos ciegos instrumentos de la tirania, que se habian batido con valor y hasta con ferocidad en su defensa, no vacilaban ahora en aceptar las proposiciones de sus recientes enemigos y en acudir a los jefes y oficiales en solicitud de un puesto en nuestras filas. De los dos mil prisioneros recojidos hasta las oraciones, no menos de mil quinientos ingresaron gustosos en los distintos cuerpos. Solo los artilleros y los soldados de línea, principalmente los del 3.°, se manifestaron reacios. Se conocia que ellos defendian la causa del tirano como propia y que hubieran deseado de todas veras obtener el triunfo en la batalla. A muchos cabos y sarjentos se les oyó lamentarse de las brillantes espectativas que perdian con la derrota. Habrian sido oficiales... les tenian ofrecida una buena suma de dinero... casas... terrenos... una fortuna. ¡Y todo eso se evaporaba ahora!

***

Hasta que el sol se hubo escondido en el horizonte y las tinieblas de la noche invadido aquellos montañosos y accidentados parajes no cesó para los nuestros la tarea de recojer prisioneros.

Muchos soldados y oficiales lograron permanecer ocultos hasta esa hora en los mil ignorados rincones de un sitio tan estenso y quebrado como el que fué teatro de la batalla, y aprovechando entonces la oscuridad y premunidos por el cansancio que abrumaba a los vencedores, comenzaron a deslizarse sijilosos, los unos hácia Viña del Mar, el Salto y Quilpué a través del alto cordon de cerros, siendo recojidos despues por las tropas dictatoriales que quedaron de guarnicion en esos puntos, y los otros hácia Quillota, la Calera y hasta Santiago a lo largo de las márjenes del Aconcagua. Aun al mineral de las Condes llegaron grupos de fujitivos dos dias despues de la batalla, esparciendo por todas partes las noticias que el dictador se empeñaba tanto en ocultar.

Fuera de los prisioneros, un precioso continjente de 18 piezas Krupp de campaña y de montaña y de 4 ametralladoras, todas con su correspondiente dotacion de municiones, con sus armones, atalaje y accesorios, caia tambien esa tarde en nuestro poder. Este refuerzo, unido a los 32 cañones y 6 ametralladoras de que disponia nuestro ejército contando con las 12 piezas Grieve del batallon número 3, elevaba la artilleria constitucional a la imponente cifra de 50 cañones y de 10 ametralladoras.

Solo la caballeria no habia aumentado, ni el número de sus soldados ni el de sus cabalgaduras. Los fujitivos, ansiosos de ponerse cuanto antes fuera del alcance de los nuestros, se apoderaron con tiempo de cuanta bestia encontraron a mano, y llevando en su fuga considerable ventaja a los jinetes opositores a causa de la posicion que ocupaban, no les fué posible a éstos ni pretender siquiera darles caza.

***

Al entrar la noche cesó la grata pero pesada tarea de recojer los valiosos despojos del derrotado enemigo. Nuestros soldados estaban hambrientos, trasnochados, faltos de municiones, rendidos de sueño y de fatiga. El Atacama habia tenido la fortuna de apoderarse a su frente de una buena cantidad de víveres frescos con que los confiados balmacedistas pensaban refocilarse despues de su victoria, y esta oportuna provision sirvió para preparar esa noche un lijero rancho a la tropa de la 2.ª y de la

3.ª brigadas. Hasta los jefes y oficiales de la 1.ª alcanzaron a tener una confortable racion de carne asada y de charqui, que devoraron con placer despues del prolongado ayuno de ese dia.

La 1.ª brigada, por su parte, hizo con el parque enemigo una presa mui valiosa por otro concepto, y esto permitió a los cuerpos armados con fusil Gras llenar de nuevo sus morrales con aquellas cápsulas a tan caro precio conquistadas y encontrarse listos esa misma noche para cualquiera emerjencia que pudiera sobrevenir.

Por desgracia, no era posible acariciar la idea de avanzar inmediatamente sobre Viña del Mar y sobre Valparaiso, punto este último que era el objetivo principal de nuestro ataque. El cansancio que dominaba a la tropa despues de la pesada marcha desde Quintero, de la trasnochada y de la batalla, hubiera bastado para hacer desistir de tal idea al comandante en jefe del ejército constitucional. A esto se agregaba que, aunque los cuerpos armados con fusil Gras pudieron renovar esa noche su provision de municiones con las tomadas al enemigo, la totalidad de la 2.ª brigada y los dos cuerpos de la 3.ª que disponian de Mannlicher las tenian agotadas por completo. I luego, la reparticion de las cápsulas Gras presentaba enormes dificultades, porque para ello hubiera sido necesario hacer marchar al Esmeralda y al Pisagua desde el punto que ocupaban hasta el sitio en donde la 1.ª brigada se apoderó del parque enemigo, es decir, al sur del Torquemada, y esa sola marcha de no menos de legua y media bastaba para cubrir de rezagados el camino. Por último, y éste era quizá el obstáculo mas grave, la tropa, despues de una batalla tan llena de incidentes, en que los grupos de los distintos cuerpos se habian mezclado y confundido, y despues de la larga caceria que acabó de desorganizarlos y de estraviarlos, no podria durante toda la noche, en aquel campo tan vasto, tan oscuro y desigual, repartirse entre sus respectivos cuerpos, organizarse y ponerse en marcha para encontrarse al alba del siguiente dia o en la misma noche al pié de las temibles posiciones de que, como el fuerte Callao por ejemplo, tendria que apoderarse antes de hacer su entrada a Valparaiso.

Se desistió, pues, de toda idea de avance en vista de tamañas dificultades, y se resolvió que los distintos cuerpos vivaqueasen en los mismos lugares que ocupaban despues de la batalla.

***

Como la 1.ª brigada, sin embargo, se hallaba en el punto mas avanzado en direccion al enemigo, a ella le correspondió esa noche el servicio de seguridad.

El comandante Frias, en prevision de que el comandante en jefe resolviera avanzar en el acto sobre Viña del Mar y sobre Valparaiso, hizo tocar reunion a las cinco de la tarde en punto, o sea media hora despues de terminada la batalla, a los distintos cuerpos que habian combatido a sus órdenes. Mas, no obstante el empeño que jefes y oficiales emplearon, los pobres soldados estaban tan decaidos y derrengados despues de los titánicos esfuerzos que consumaron para vencer al enemigo en sus formidables posiciones del Torquemada, que solo a las siete y media de la noche, renqueando y arrastrándose penosamente, llegaban a reunirse y organizarse. El Constitucion, el mas trabajado pero tambien el mas veterano de todos, fué el designado para desempeñar el servicio de gran guardia, y en el acto se puso en marcha, llegando una hora mas tarde al alto de Reñaca, en donde estableció su campamento. Uno de los escuadrones de caballeria lo acompañó para hacer el servicio de descubierta. Los demas cuerpos acamparon sobre la carretera, como si custodiasen el negro monte de que tanto les habia costado apoderarse.

El sueño los dominaba a todos, mas mui pronto el frio de la noche comenzó a hacer al sueño terrible competencia. Los cuerpos de la 2.ª y de la 3.ª brigadas tenian a su lado el Aconcagua, que en forma de vaporosas nieblas comenzó a enviarles helados y penetrantes soplos, y los de la 1.ª al mar, que los azotaba al mismo tiempo con sus mas fríjidas brisas. I como unos y otros habian dejado en el suelo sus rollos antes de iniciar el ataque, y los cuerpos de la 1.ª brigada, principalmente, estaban vestidos con lijeros trajes de brin, luego el castañeteo de los dientes hizo competencia al repiqueteo de los fusiles con que aquellos sitios habian resonado durante el dia. Los mas comedidos o los mas friolentos se echaban en busca de leña, la que por fortuna no estaba lejos, y pronto grandes y numerosas fogatas comenzaron a iluminar con fantásticos reflejos las agrestes quebradas y los empinados cerros y a comunicar algun calor a los entumecidos miembros de nuestros valientes. Toda la noche ardieron las

alegres piras, aumentadas mas y mas por constantes acarreos. Los ex-dictatoriales, mas acostumbrados que sus vencedores a las regalias de la vida de guarnicion y de cuartel, eran los que mayor empeño mostraban por mantener y avivar los fuegos. Mui pocos durmieron o siquiera dormitaron. Muchos pasaron la noche descansando recostados, pero manteniendo al mismo tiempo con sus enemigos del dia, ahora sus compañeros, sabrosas y divertidas pláticas. Unos y otros se referian sus trabajos y sus aventuras en diálogos interminables y vivos. I los del norte, voluntarios todos de una gran causa, de cuyo oríjen, desarrollo y resultados sabian darse a su modo perfecta cuenta, acabaron esa noche de convencer a sus nuevos hermanos de que debian sostenerla con todas sus fuerzas para cooperar a la caida del tirano.

***

El servicio sanitario de nuestro ejército, mientras tanto, comenzó en la misma tarde del 21 a desempeñar sus penosas y benéficas tareas. Privado de elementos de movilidad a causa de haberse utilizado éstos en la marcha desde Quintero por las tropas; careciendo de muchos útiles y objetos de importancia porque no logró desembarcar a tiempo sino una pequeña parte de su abundante y escojido material; agravadas estas faltas por la estension enorme del campo de batalla, que abarcaba una superficie de mas de cuatro leguas, y por la accidentada conformacion de aquel terreno sembrado de escondrijos y de quebraduras, fué realmente admirable la solicitud, la actividad y el empeño con que las ambulancias constitucionales se dedicaron, apenas terminada la batalla, a recojer del campo a los heridos. Los cirujanos de los cuerpos, sobre todo de la 1.ª brigada y de los que con ella atacaron al Torquemada, hacian a los heridos las primeras curaciones bajo los fuegos del enemigo, y esta valerosa abnegacion de los doctores libró de la muerte a muchos bravos que sin eso hubieran fallecido desangrados. La prontitud con que los peones de las ambulancias acudieron en seguida con sus camillas y trasportaron a las casas de Concon Bajo a los heridos, colocándolos bajo techo y librándolos así de los riesgos de la intemperie y del frio, es acreedora a los mayores elojios, sobre todo si se toma en cuenta, fuera de las dificultades

mencionadas, que la única ambulancia balmacedista que acudió al campo desertó cobardemente su puesto y que por ese motivo el servicio sanitario constitucional hubo de hacerse cargo tambien de recojer y cuidar a los que habian sido víctimas de las balas de los nuestros. El único cirujano del ejército enemigo que en Concon desempeñó debidamente sus funciones fué el doctor Perez Font, debiendo advertirse ademas que no obstante las considerables sumas invertidas por las autoridades balmacedistas en la organizacion y dotacion de su servicio médico, el material de esa ambulancia era en estremo deficiente: sus sesenta camillas estaban casi peladas, las cantinas vacias, los útiles incompletos, aunque, por otro lado, los jefes disponian de una abundante y escojida provision de vino, que sirvió a maravilla para fortalecer a nuestros enfermos.

Las tres ambulancias constitucionales, la 1.ª a cargo del doctor Deformes, la 2.ª al del doctor Avalos, y la 3.ª al del doctor Klickmann, trabajaron desde el 21 con recomendable celo, sin darse un momento de tregua y lamentando al mismo tiempo que sus afanes no produjeran un resultado mas eficaz y mas pronto a causa de que, no decimos ese dia, pero ni siquiera los siguientes, hasta la batalla de la Placilla, les fué posible traer de a bordo los numerosos, escelentes y variados elementos de curacion que se habian acumulado en el norte. Solo despues de ocupado Valparaiso se vino a desembarcar de los trasportes 150 bultos de material que venian en ellos.

A fin de facilitar la obra de los cirujanos y de evitar las molestias de un largo trayecto a los heridos, en la misma noche del 21 se organizaba una 4.ª ambulancia en los altos de Reñaca con el escaso material de la tomada al enemigo, y mas tarde se creaba una 5.ª en Quilpué con los elementos recojidos entre aquel entusiasta y patriota vecindario.

***

El escesivo trabajo de nuestro servicio sanitario podrá apreciarse mucho mejor tomando en cuenta el gran número de bajas ocurridas durante la prolongada y sangrienta batalla de Concon; y aunque hasta ahora es imposible hacer un cómputo exacto de ellas, tanto porque los cuerpos constitucionales enrolaron esa

misma tarde en sus filas a la mayor parte de los prisioneros, cuanto porque el movimiento incesante de los dias posteriores no permitió a los jefes y oficiales preocuparse de este detalle, hasta que despues las nuevas y numerosas bajas de la Placilla vinieron a introducir otro grave elemento de perturbacion en los cálculos, a pesar de esto, decimos, el estado siguiente, formado en vista de los datos particulares de cada cuerpo, dará a lo menos una idea aproximada de los sacrificios de sangre y de vidas que costó a nuestro ejército posesionarse de las "magníficas posiciones" que ocupaba el enemigo:

1.ª brigada.

	Muertos.	Heridos.	Totales.
Constitucion	80	120	200
Iquique	85	115	200
Antofagasta	45	95	140
Escuadron Libertad.	7	10	17
Id. Carabineros	1	4	5
Artilleria número 2.	5	4	9
2.ª brigada.			
Chañaral	12	20	32
Valparaiso	90	30	120
Atacama	45	70	115
3.ª brigada.			
Pisagua	80	20	100
Esmeralda	11	36	47
Taltal	25	45	70
Tarapacá	25	35	60
Rifleros	4	7	11
Totales	515	611	1,126

La circunstancia de que el número total de muertos iguale casi al de los heridos tiene una sencilla aunque bochornosa esplicacion en la ferocidad con que los soldados balmacedistas asesinaban cobardemente a nuestros heridos en los momentos en que una pasajera ventaja les permitia abrigar esperanzas de triunfo. Esto se hace notar mas particularmente en el Pisagua y en el Valparaiso, aunque debe recordarse que este último rejimiento

sufrió durante la pasada del rio muchas bajas, tanto a impulsos de la poderosa corriente cuanto a causa de que los alcanzados por las balas enemigas que hubieran podido salvar la vida en tierra firme eran envueltos por las ondas y perecian ahogados.

De todas maneras, por mas que este cómputo difiere bastante del que señalaban las primeras versiones, hai muchos motivos para considerarlo, si no estrictamente exacto, a lo menos el mas verosímil de cuantos se han hecho hasta hoi. (1)

***

Esas cifras permiten, por otra parte, apreciar de una manera mas justa, sin exajeraciones ni hipérboles, la parte que cada brigada y cada cuerpo tomaron en la batalla. Así, los asaltantes del Torquemada sufrieron las siguientes bajas:

Constitucion	200
Antofagasta	140
Iquique	200
Taltal	70
Tarapacá	60
Chañaral (la mitad)	16
Rifleros	5
Escuadron Libertad	17
Id. Carabineros	5
Artilleria número 2	9
Total	722

Ascendiendo nuestras pérdidas en toda la batalla a 1,126, se ve, pues, que las que esperimentaron esos valerosos cuerpos forman casi las dos terceras partes de este total. Eso habla mas alto que todos los elojios en favor del esfuerzo y de la bravura desplegados por los vencedores del formidable cerro.

[1] Segun los datos oficiales, el monto de nuestras bajas en la batalla de Concon seria el siguiente:

Muertos	216
Heridos	531
Desaparecidos o ahogados	122
Total	869

El esceso de 257 bajas que aparece en nuestra relacion se esplica fácilmente por la fecha en que recojimos nuestros datos, poco despues de las batallas, cuando algunos desbandados o faltos eran contados entre los muertos, heridos o desaparecidos.

Y, aunque mas no sea, para justificar el encomio con que en el curso de esta correspondencia hemos hecho especial mencion de la 1.ª brigada, queremos darle ahora una lijera ojeada.

En la batalla de Concon sufrió las siguientes bajas:

Constitucion	200
Antofagasta	140
Iquique	200
Artilleria número 2	9
Escuadron Libertad	17
Id. Carabineros	5
Total	571

Siendo 1,126 el total de nuestras pérdidas, las 571 de la primera brigada equivalen, como se ve, a más de la mitad de ese número, que solo alcanza a 563.

***

Partiendo de los datos anteriores podemos aventurarnos a hacer un cálculo mas o menos aproximado de las bajas que sufrió el ejército balmacedista durante la batalla.

El número de cadáveres quemados, enterrados o trasladados a otros puntos por sus deudos desde aquel vasto cementerio asciende a 1,550, segun los datos del servicio sanitario; y aunque esta cifra podria aumentarse algo con los que hasta hoi no han sido hallados, la adoptaremos, sin embargo, como base mas segura para nuestro cálculo.

Segun ella tenemos, pues:

Total de muertos en Concon	1,550
Muertos constitucionales	515
Resta	1,035

La espantosa cifra de 1,035 seria, segun eso, la de los muertos del ejército balmacedista.

El total de heridos de ambos bandos que las ambulancias constitucionales recojieron en Concon ascendió a 1,400; pero esta cantidad debe aumentarse con 350 que ese mismo dia 21, el 22, el 23 y siguientes, hasta la batalla de la Placilla, llegaron por sus propios piés o por ferrocarril al hospital de San Agustin de Valparaiso. Y todavia creemos estrictamente equitativo agregar

por lo menos 50 más a este último número, porque todos los heridos leves del ejército dictatorial que pudieron alejarse del campo de batalla se apresuraron a efectuarlo, temerosos de la revancha que a su juicio habian de tomar nuestros soldados por los actos de crueldad consumados por los contrarios. Por eso, fuera de los llegados a Valparaiso, muchos debieron asilarse en Viña del Mar, en el Salto, en Quilpué y en los ranchos y casitas de las cercanias de esas poblaciones, completando un número mayor que los 50 con que nos contentamos para nuestro cálculo.

Las cifras, segun estos antecedentes, dan el siguiente resultado:

Total de heridos	1,800
Heridos constitucionales	611
Resta	1,189

A 1,189 asciende, por lo tanto, el número de heridos balmacedistas en la batalla de Concon.

Las bajas del ejército enemigo resultan ser, segun esos datos:

Muertos	1,035
Heridos	1,189
Total	2,224

Y las bajas de una y otra parte, las siguientes:

Dictatoriales	2,224
Constitucionales	1,126
Total	3,350

Una tremenda hecatombe de 3,350 chilenos costaba al país el primero de los golpes definitivos asestados a la dictadura.

Si se recuerda que en Chorrillos sufrió nuestro ejército 3,309 bajas, y en Miraflores 2,124, a pesar de haber sido éstas las dos batallas mas sangrientas de la pasada guerra, podrá apreciarse mejor la horrorosa carniceria de que fueron teatro los vecinos campos de Concon.

El horror sube de punto, sin embargo, al fijarse tan solo en la cifra de los muertos. En la pasada guerra hubo:

En Chorrillos	797	muertos
En Miraflores	499	„
Total en ambas	1,296	„

Y en Concon la cifra de los muertos fué la siguiente:

Dictatoriales	1,035
Constitucionales	515
Total	1,550

Hubo, pues, en la sola batalla de Concon un número de chilenos muertos que escede en 254 al de las dos sangrientas batallas de Chorrillos y de Miraflores juntas.

Y el hombre funesto, la tirania vergonzosa que causaron—entre tantos otros—estos males ¡tienen todavia partidarios y defensores!

***

Las cifras enunciadas nos permiten ademas comprobar el número de combatientes del ejército balmacedista y la suerte que corrieron despues de la batalla de Concon.

El jeneral Alcérreca, en la conferencia telegráfica que tuvo ese mismo dia con el dictador, hace subir de cuatro a cinco mil el número de los dispersos.

El mismo jeneral Alcérreca, el coronel Ruiz, jefe de estado mayor de la division de Santiago, y el ministro Bañados Espinosa en su relacion al Comercio de Lima, calculan en 2,300 el número de fujitivos con que contaban para rehacerse en la noche del 21.

Con estos nuevos datos, el derrotado ejército dictatorial puede descomponerse como sigue:

Muertos y heridos	2,200
Prisioneros	2,000
Desbandados	4,500
Recojidos	2,300
Total	11,000

Habiendo calculado en nuestra anterior correspondencia en 10,386 hombres el total de las fuerzas balmacedistas en la batalla de Concon, puede verse por esta nueva comprobacion que mas bien pecámos entonces de moderados.

Pues bien: ¿qué se habia hecho ese ejército, tan numeroso, disciplinado y bravo?

Fuera de los muertos y heridos que quedaban en el campo y de los prisioneros que en nuestros vivaques fraternizaban con sus vencedores, los restantes huian penosamente hácia Quilpué, mezclados, confundidos, revueltos, llevando en sus rostros trastornados las visibles huellas del miedo y de la derrota. Allí eran recojidos por sus desalentados jefes y reunidos en desórden en los alrededores de la estacion del ferrocarril.

Los jenerales Barbosa y Alcérreca, que podian apreciar en toda su estension el descalabro y que veian el estado de ánimo de su jente, opinaban por el abandono inmediato de Valparaiso y la concentracion en Quillota, en donde los fujitivos podrian reunirse con la division de Concepcion, que ya venia en marcha.

Esta opinion, compartida por el jeneral Velasquez, a quien consultó Balmaceda en Santiago, fué rebatida por Bañados Espinosa, quien, envuelto por la ola de los fujitivos, habia llegado a la entrada de la noche a Quillota.

Consultado sobre el particular por el dictador, le contestaba:

"Mi opinion es que no dejemos a Valparaiso, que una vez perdido no es fácil recuperarlo; que todas las fuerzas del sur se reconcentren inmediatamente en Viña del Mar para impedir la entrada a Valparaiso; pero que esto sea en el acto, sin pérdida de tiempo; que encargue V. E. a los jenerales que obren en connivencia y de acuerdo en todo; que Barbosa se retire a Quillota a reorganizar a los dispersos."

Esta fué al fin la opinion que Balmaceda se determinó a seguir. Alcérreca, aunque partidario de la concentracion en Quillota, no se habia equivocado en sus juicios respecto de la situacion de nuestro ejército.

—¿Luego el campo quedó en poder del enemigo? le preguntaba Balmaceda.

—Quedó por el enemigo, pero éste mui confuso.

—¿Entonces se irian sobre la marcha a Valparaiso? preguntó de nuevo el dictador.

—Lo creo imposible, replicó Alcérreca. Tienen que recojer heridos y rehacerse, porque han quedado todos desordenados.

Se ordenó, pues, que los trenes que conducian tropas de Santiago y del sur llegasen hasta Viña del Mar, y que en este punto comenzara en el acto la concentracion.

*
* *

Por desgracia, el estado en que se hallaba nuestro ejército despues de aquella prolongada y trajediosa batalla le impediria oponerse a la concentracion que con actividad estraordinaria comenzó en el acto a poner en obra el enemigo. Ademas, nuestros medios de movilidad eran de todo punto insuficientes para dar abasto a los múltiples servicios que con toda urjencia tenian que desempeñar desde los primeros momentos. La fatigáda tropa se quejaba de frio; y como las noches estaban húmedas y el tiempo variable, convenia precaver los terribles resultados que podia acarrear el desabrigo a hombres acostumbrados a climas cálidos y secos. Una parte de los bagajes tuvo, pues, que dedicarse al acarreo de los rollos, que todos los cuerpos dejaron en la márjen norte del rio, salvo los de la 1.ª brigada, que se desprendieron de ellos en la márjen sur, en los momentos de iniciar su avance sobre las lomas. Los víveres escaseaban. Ya por una, ya por otra causa, las tres brigadas tenian agotadas por completo sus provisiones en la mañana del 21, y no se debia dejar espuestos a las angustias del hambre a soldados que tanto consumo de vitalidad habian hecho en aquellas largas horas de marcha y de combate.

Pero más que todo urjia el trasporte de municiones para los cuerpos armados de Mannlicher, que las habian agotado por completo. No era posible permanecer tranquilos en las posiciones conquistadas, no decimos avanzar hácia Viña del Mar, teniendo la mitad, por lo menos, de nuestra infanteria desarmada. En presencia de esa necesidad imperiosa se convertian en secundarias todas las demas. Los jefes superiores del ejército constitucional comprendian perfectamente que de su celeridad para ponerse en marcha sobre Viña del Mar dependia la pronta y mas o menos fácil ocupacion de Valparaiso, porque mediante un avance rápido se impediria al enemigo rehacerse y aumentarse, y por eso dedicaron sus mayores esfuerzos a proveer cuanto antes de municiones a los cuerpos que carecian de ellas. Querian encontrarse dispuestos al dia siguiente, si era posible, a emprender el segundo y definitivo ataque.

La mayor parte de las escasas mulas de los bagajes marcharon hácia Quintero en la misma noche del 21 con el encargo de

traer ante todo cápsulas, mientras las restantes se dedicaban al acarreo de los rollos de los distintos cuerpos.

***

Verdaderamente escesivo habia sido, por lo demas, el gasto de municiones hecho por nuestro ejército, y con razon el comandante Körner se manifestaba contrariado por ello. Pero ¿cómo impedir tampoco que jente en su mayoria recluta y ardorosa no se tentara a disparar cuanto antes con sus fusiles de largo alcance y de tiro rápido, con la esperanza de comenzar así desde la mayor distancia posible a causar algun daño al enemigo?

El estado siguiente manifiesta cuán considerable fué ese consumo en la batalla de Concon:

1.ª brigada.

[Dotacion de cada cuerpo: 150 tiros por hombre.]

Cuerpos	Plazas	Tiros por hombre.	Total
Constitucion	850	150	127,500
Antofagasta	813	150	121,950
Iquique..................	657	150	98,550
Esc. Libertad...........	90	20	1,800

2.ª brigada.

[Dotacion de cada cuerpo: 180 tiros por hombre]

Valparaiso..............	550	180	99,000
Chañaral	500	180	90,000
Atacama.................	870	180	156,600
Huasco..................	480	20	9,600

3.ª brigada.

[Dotacion de los cuerpos con Gras 150; los con Mannlicher 180 tiros por hombre.]

Rifleros	160	100	16,000
Pisagua....................	750	80	60,000
Taltal	1,015	180	182,700
Esmeralda	140	80	11,200
Tarapacá	460	180	82,800
	Total...........		1.057,700

Como se ve por el estado anterior, nuestro ejército consumió el 21 la enorme cantidad de 1.057,700 cápsulas.

*
* *

Si se atiende a que los tácticos calculan en nada más que en 4 por 1,000 el número de tiros que un ejército aprovecha en el enemigo durante una batalla, se verá que las 2,224 bajas balmacedistas no corresponden a la proporcion de 1.057,700 cápsulas consumidas por nuestras tropas. Este enorme número de disparos debió causar, segun aquella regla, no menos de 4,230 bajas en las tropas del dictador, y no alcanzando ellas sino a la mitad, semejante resultado acusa un verdadero derroche de tiros de parte de nuestros bisoños soldados.

Este derroche se hace mas reparable si se atiende a la corta distancia a que llegó a combatirse en algunos puntos, pues hubo ocasiones en que, sobre todo junto al Torquemada, se estrecharon los tiradores contrarios hasta 50 y aun hasta 20 metros unos de otros.

Las bajas que causó la artilleria, computadas aquí en su totalidad a la infanteria, aumentan más aun ese cargo de derroche. La artilleria constitucional contaba con 32 cañones, todos los cuales agotaron su dotacion de 32 tiros por pieza, causando en ocasiones sus granadas visibles destrozos en las filas y pelotones enemigos. Otro tanto sucedió con los proyectiles lanzados desde la caleta de Concon por la *Esmeralda* y la *O'Higgins*.

Los disparos de artilleria hechos por los nuestros en Concon fueron los siguientes:

La escuadra	50
La artilleria de tierra	1,024
Total......................	1,074

El número de bajas del ejército enemigo, tan inferior en proporcion con el escesivo número de disparos de infanteria y de artilleria hecho por nuestras tropas, aleja, por otra parte, hasta la sombra de cualquier cargo de imprevision que pudiera dirijirse a los jefes superiores del ejército constitucional a causa de la escasez de municiones que sobrevino despues de la batalla de Concon.

***

Mucha parte tuvo en ese escesivo consumo el nuevo fusil de que ahora disponian algunos cuerpos constitucionales. El Mannlicher, cuyas grandes ventajas sobre los fusiles de anteriores sistemas quedaron brillantemente comprobadas aquí por lo que toca a su alcance y rapidez, requiere indudablemente tropa instruida y veterana para su debido empleo. Los reclutas, como pudo verse con los nuestros, se tientan demasiado temprano con el magnífico alcance del arma y comienzan a disparar desde mui lejos, a veces por sobre las cabezas de sus propios amigos, sin recordar que la trayectoria que describe el proyectil no es tan marcada en el Mannlicher—y esta es una de sus ventajas—como en los fusiles de ánima de mayor calibre. Se tientan demasiado tambien con las ventajas de la repeticion y no guardan los tiros de reserva para valerse de ellos únicamente en los trances apurados, sino que, seducidos por el efecto de aquella especie de ametralladora de mano, largan un balazo tras otro sin detenerse mucho a fijar la punteria. Por eso los cuerpos armados de Mannlicher que tomaron parte en la batalla agotaron mui pronto sus municiones, con escepcion quizá del Tarapacá y del Taltal, que formaban la reserva de la 1.ª brigada.

En cambio, en manos de jente diestra, el nuevo fusil está llamado a ser un arma poderosa y terrible. La verdadera lluvia de fuego que en un momento dado lanzaria sobre el enemigo una línea numerosa de tiradores armados de Mannlicher puede decidir de un golpe el éxito de una batalla. Así se observó en seguida en la Placilla, en donde los reclutas constitucionales, fogueados ya, y mui pronto aguerridos por la costosa esperiencia de lo que les habia pasado en Concon, manejaron sus armas con tanta oportunidad, que desde el principio introdujeron el terror y el desconcierto en las numerosas filas del nuevo ejército dictatorial.

El Corresponsal.

———

V.

El cañoneo del 23.

(DE NUESTRO ANTIGUO CORRESPONSAL EN EL EJÉRCITO Y ARMADA.)

SUMARIO.—Operaciones de la escuadra.—Valparaiso bloqueado.—Finjido desembarco en la Laguna.—Noticias de Santiago.—Alarmas de Viel y de Balmaceda.—La concentracion del ejército balmacedista.—Situacion de ambos ejércitos el dia 22.—Nueva línea enemiga.—Su composicion.—Movimientos de nuestras tropas.—Acuerdo para atacar al enemigo en la mañana del 23.—El plan de ataque.—Reconocimientos.—Avance sobre Viña del Mar.—Al amanecer del 23.—Colocacion de nuestros buques.—Al acecho.—Frústrase el plan de ataque.—Irresolucion.—El reembarco.—Nuevos planes.—Reunion de jefes.—El cañoneo del 23.—Los fuertes de Valparaiso.—El *Cochrane* y la *Esmeralda*.—Las dos artillerias.—La *Lynch*.—Mala situacion de nuestro ejército.—Frio, hambre y sed.—Cansancio y desaliento.—El ejército dictatorial.—Su estado.—Barbosa y Alcérreca.—Balmaceda en Quillota y Quilpué.—La noche del 23.—Nuevo plan de ataque a Valparaiso.—Marcha al Salto la 3.ª brigada constitucional.—Fogatas.—En Quilpué.

Valparaiso, diciembre 7 de 1891.

Al editor del MERCURIO:

Apenas hubo terminado el desembarco de nuestro ejército en Quintero el dia 20 por la tarde, todos los buques de guerra y trasportes armados de la escuadra comenzaron a ponerse en movimiento. El sospechoso viaje del vapor norte-americano *San Francisco*, que ese mismo dia se presentó en la rada de Quintero, nó para observar de cerca operaciones de guerra cuyo estudio pudiera ser de utilidad a sus jefes u oficiales, ni para protejer a sus nacionales amenazados, puesto que no los habia en el pequeño caserio, ni para acompañar a las naves espedicionarias en la campaña que se iniciaba, como es comun hacerlo en tales casos con el beneplácito de los jefes de la escuadra que opera, sino para atisbar desde lejos el desembarco y calcular si éste tenia caractéres de formalidad o si era solo un simple amago destinado a distraer o engañar al enemigo; la sospechosa presencia de ese buque despues de los anteriores actos hostiles a la revolucion de parte del gobierno norte-americano de que ya

hemos dado cuenta, obligó al comandante en jefe de la escuadra a redoblar sus precauciones para impedir la salida de Valparaiso de algun convoi de la escuadrilla balmacedista, ya fuese destinado a trasportar de Coquimbo nuevas tropas, ya tuviese por objeto dar algun golpe de mano a la provincia de Tarapacá, ya simplemente reunirse con los cruceros que el dictador esperaba de Europa y que se suponia próximos a llegar a nuestras costas.

En la tarde del 20 salian, pues, el *Cochrane*, la *Esmeralda*, la *O'Higgins*, la *Magallanes*, el *Cachapoal*, el *Aconcagua*, el *Amazonas*, el *Biobio* y el *Maipo* a cruzar, los unos frente a Quintero y Concon, los otros en la boca de Valparaiso, y algunos a la altura de Quintai y de la Laguna, a fin de establecer un cordon que impidiese la salida del *Imperial* y de las torpederas si se encontraban en el puerto, o que les estorbase la entrada en caso de hallarse fuera. Valparaiso quedaba sometido de este modo a un rigoroso bloqueo; pero solo cruzando a oscuras en la ancha boca de este puerto puede comprenderse la dificultad de cortar el paso a naves mas lijeras que las bloqueadoras que traten de forzarlo contando con el apoyo de los fuertes. Se hubiera necesitado para ello un número de barcos tres veces mayor que el que componia la escuadra constitucional, y todavia, a favor de la espesa neblina que sobrevino en la noche del 20, bien podia un enemigo veloz y decidido escabullirse con poco riesgo.

A las seis de la mañana del 21 llegaban los buques a la rada de Quintero, mientras la *Esmeralda* y la *O'Higgins* permanecian en la caleta de Concon y tomaban parte allí en el ataque de nuestra 1.ª brigada contra las posiciones ocupadas por el ala izquierda del ejército balmacedista. El desembarque de víveres, municiones y útiles de ambulancia continuaba en Quintero desde los distintos trasportes, que estaban amparados por la empalizada y por las naves de guerra; pero a las cuatro de la tarde zarpaban de nuevo estas últimas en compañia de los cruceros a fin de establecer otra vez durante la noche el asedio del puerto.

***

El *Cachapoal* y el *Aconcagua* recibieron órden del comandante en jefe para ir a ponerse a disposicion del comandante Goñi,

que mandaba la escuadrilla situada en la boca del rio. La *Esmeralda* salia en esos momentos de la caleta y se ponia al habla con los dos cruceros, mientras en Concon resonaban los últimos disparos de la reñida batalla. Las granadas de nuestra artilleria de tierra estallaban en las cumbres de los cerros persiguiendo a los fujitivos balmacedistas, a los que se divisaba huyendo desordenados y presurosos en direccion a Quilpué. Se creia a bordo que el ejército constitucional habia logrado forzar el paso del rio, pero todos estaban mui distantes de calcular la verdadera magnitud del combate. Suponian que éste se habia limitado a un simple encuentro de avanzadas, o que a lo sumo los vencidos serian la brigada o batallones que defendian los vados. Solo cuando, poco despues, se vió salir de la ensenada a la *O'Higgins* enarbolando en sus topes tres grandes banderas chilenas, que segun lo convenido significaban: "gran suceso venturoso," solo entonces estallaron a bordo las aclamaciones y las muestras de regocijo.

La *O'Higgins*, que era portadora de las primeras noticias oficiales enviadas desde tierra al comandante en jefe de la escuadra, se acercó al *Cochrane* para comunicárselas. El blindado, a su turno, enarboló en sus palos otras tantas alegres banderas, y esta confirmacion de las felices nuevas llevó a su colmo la alegria de los marinos. Dado el carácter circunspecto del comandante Montt, la demostracion de regocijo del *Cochrane* daba a entender que el reciente encuentro habia sido en realidad una grande e importante batalla.

El *Aconcagua*, el *Cachapoal* y la *Esmeralda* imitaron entonces a la *O'Higgins* y al *Cochrane* alzando las gloriosas insignias, y las cuatro primeras naves, a las órdenes del comandante Goñi, avanzaron en seguida en direccion a Valparaiso a fin de cruzar por la boca del puerto y comunicar a nuestros oprimidos amigos, de aquella manera muda pero elocuente, el decisivo paso que acababa de darse en el camino de su liberacion.

***

Con este objeto se acercó la *Esmeralda*, que llevaba la delantera, hasta a unos nueve mil metros de los fuertes de tierra. Los otros tres buques la seguian a regular distancia en una sola fila,

mientras la suave brisa de la tarde hacia flamear las banderas en lo alto de los mástiles. Los opositores que acojidos a la hospitalidad de los cerros burlaban en ignorados escondites las pesquisas de los corchetes del tirano, pudieron contemplar con el corazon preñado de júbilo y con lágrimas de alegria en los ojos aquel paseo triunfal de los simpáticos barcos, mientras los dictatoriales sentian por primera vez heridas sus conciencias por los torcedores del espanto y presentian que la demostracion de la escuadra era nuncio de noticias terribles para su causa.

A este primer motivo de sobresalto para nuestros enemigos se agregaba un segundo no menos amenazador y alarmante. El comandante Goñi, desde la *Esmeralda*, habia ordenado al *Cachapoal* y al *Aconcagua* que colocaran cenefas a lo largo de los pasamanos de las cubiertas, como se acostumbra en los viajes para resguardar del viento a los pasajeros; y aquellas blancas cortinas, divisadas desde tierra por los vijias, hicieron comprender a las autoridades dictatoriales que esos dos grandes cruceros, y la *Esmeralda*, que tambien hizo otro tanto, llevaban a su bordo alguna numerosa division del ejército constitucional. El engaño era sostenido por la natural aficion con que las tripulaciones de las cuatro naves acudian en masa al lado de babor para clavar su vista en el querido puerto de donde tanto tiempo se hallaban ausentes, procurando descubrir en las quebradas, en los cerros y entre las confusas masas de los edificios del plan de la ciudad, ya sus intranquilos hogares, ya los sitios mas conocidos, ya los que mayores y mas familiares recuerdos traian a sus imajinaciones.

El fuerte Andes primero, y el Bueras y el Valdivia en seguida, dispararon con sus cañones de mas largo alcance algunos tiros a los barcos que pasaban; y éstos, sin apartarse de su rumbo, y hasta complacidos de que de semejante manera se llamase sobre ellos la atencion de los habitantes, continuaron su rumbo hácia el suroeste.

Caian las primeras sombras de la noche cuando llegaban a la altura de la Laguna.

***

Una vez en ese punto, el comandante Goñi ordenó que se hiciera allí un simulacro de desembarco.

El *Cachapoal* y el *Aconcagua* adelantaron entonces poco a poco y con precaucion hácia la pequeña cala, mientras la *Esmeralda* y la *O'Higgins* tomaban posiciones como para protejer el desembarco. La playa se veia desierta, los tres o cuatro ranchitos de las inmediaciones cerrados, y hasta la casa del guardian del faro de Curaumilla parecia abandonada. Tanto este nuevo faro como el antiguo estaban, por lo demas, apagados, como si este apagamiento equivaliese a un aviso, o como si se pretendiera así que alguna de nuestras naves naufragara por carecer de la guia de ambas luces.

El *Aconcagua* y el *Cachapoal*, en medio de la semi-oscuridad que iba invadiendo la atmósfera, comenzaron a hacer aprestos para echar al agua embarcaciones, y al mismo tiempo ellos y la *O'Higgins* dispararon hácia tierra algunos cañonazos, que repercutieron con estrépito en las altas barrancas. Unos trescientos hombres de la Artilleria de Costa y de la policia ocupaban las vueltas del camino que sube caracoleando por la cuesta hácia la Quebrada Verde, y al sentir los tiros y el estallido de las granadas se ocultaron en lo mas espeso del vecino boscaje. El *Cachapoal*, en medio de la creciente oscuridad, les dirijió al azar algunos disparos de ametralladora; y cuando se calculó que los enemigos, asustados por estas amenazas, no se atreverian a bajar hácia la estrecha playa, un bote del *Cachapoal* y otro del *Aconcagua* se dirijieron a tierra.

El lugarejo se hallaba desierto, y los soldados balmacedistas encaramados en la altura, que no pasaban de trescientos, segun pudo saberse en seguida, no daban señales de existencia.

*
* *

Esperando la llegada de alguna de nuestras naves se encontraban en tierra, en efecto, dos jóvenes de Santiago, los hermanos Cerda, que fueron enviados por el comité revolucionario de la capital para traer algunas noticias y pliegos al jefe de la escuadra. Habian estado ocultos en las casas del fundo del señor Soffia, y desde la mañana del 21 acechaban un momento oportuno para trasladarse a bordo.

Por los señores Cerda se supo el triste resultado que produjeron casi todas las tentativas hechas en tierra con el propósito de

destruir los túneles, los puentes, la via férrea y los alambres del telégrafo e impedir de ese modo la concentracion de las divisiones balmacedistas de Valparaiso, Santiago y Concepcion. Las salvajes escenas de Lo Cañas, que pintaban en toda su monstruosidad los últimos horrores de la abominable tirania, fueron referidas tambien en medio de los espasmos de horror de los oyentes. La alegria que acababa de producir la noticia del triunfo comunicada por la *O'Higgins* se disipó casi por completo con la relacion de aquellos frustrados proyectos, que darian por resultado obligar a nuestro fatigado ejército a sostener mui pronto una nueva batalla contra fuerzas mas numerosas que las vencidas ese mismo dia en Concon; y los execrables medios de que se valian los ajentes del tirano para sofocar los esfuerzos de los partidarios de la causa constitucional demostraban que la próxima lucha seria desesperada y sangrienta, sin que los combatientes del uno ni del otro bando se atreviesen a pedir ni a esperar cuartel.

La noche, mientras tanto, avanzaba presurosa. Los dos cruceros recojieron sus botes y se mantuvieron sobre la máquina en la boca de la caleta. ¡Cuánto no se lamentaba entonces que nuestro diminuto ejército no contase siquiera con unos dos mil hombres más! En esa noche oscura y en aquella caleta casi desamparada habria sido sumamente hacedero desembarcarlos, llevarlos a toda prisa hácia la altura, dominar a Valparaiso por el lado de la Quebrada Verde y ocupar los fuertes y la ciudad casi sin disparar un tiro.

Cuando ya a las ocho de la noche se tornaron mas espesas las sombras, las cuatro naves se hicieron mas afuera a fin de vijilar la costa e impedir el paso al *Imperial* y a las torpederas. La *O'Higgins* cruzaba a la altura de Quintai, el *Cachapoal* y el *Aconcagua* entre este punto y el faro, y la *Esmeralda* entre el faro y el fuerte Bueras. El *Cochrane* y la *Magallanes* recorrian la boca de la bahia, y el *Maipo* y el *Biobio* cruzaban frente a Concon y Quintero. En tan estenso circuito, con una noche tan cerrada, y tratándose de barcos mas veloces que los bloqueadores, solo una casualidad favorable podia hacer que éstos lograsen encerrar o ahuyentar a los enemigos.

Sin embargo, era tal la vijilancia a bordo, que tres alarmas sucesivas impidieron a la *Lynch* entrar al puerto. Los vijilantes marineros daban el grito de alerta en cuanto divisaban el menor

bulto sospechoso. Desde el *Cachapoal* alcanzó a verse mui cerca a una de las torpederas; se le hizo varios disparos de ametralladora y uno de cañon, acudieron los buques cercanos al oir la señal, pero el veloz barco escapó amedrentado hácia el sur, perdiéndose mui pronto entre las brumosas tinieblas. Solo dos dias despues, en la espedicion que la *O'Higgins* y la *Magallanes* hicieron a San Antonio, pudo saberse, por un telegrama encontrado allí, que Moraga desistia de su intento de penetrar a Valparaiso a causa de impedírselo la vijilancia de los nuestros, y que pedia permiso al dictador para dirijirse a Talcahuano o a Coquimbo.

***

La amenaza a la Laguna produjo, no obstante, un resultado superior aun al que esperaban nuestros jefes. Despues de la derrota de ese dia y en el estado de desmoralizacion y desbarajuste en que se encontraban las fuerzas balmacedistas, la noticia del desembarco de tropas constitucionales al sur de Valparaiso hizo perder la cabeza durante algunas horas a los lugartenientes del tirano. Este mismo, comprendiendo que en tales momentos un desembarco en la Laguna equivalia a la fácil ocupacion de Valparaiso por el ejército que acababa de triunfar en Concon, demostró sus profundas zozobras en repetidos y alarmantes telegramas.

Ya desde el dia antes, por lo demas, habia calculado Balmaceda la posibilidad de un ataque nuestro por ese lado, y a las nueve y media de la noche del 20, cuando mas ocupado estaba Barbosa en hacer avanzar sus tropas desde Quillota a Viña del Mar y desde aquí a la línea del Aconcagua, recibia esta advertencia:

"Es necesario amparar bien a Valparaiso esta noche. Por el sur puede haber acto súbito, y es necesario estar precavido. Pasada la noche, mañana veremos. Vienen recursos, y podemos dejar en ese puerto poderosa guarnicion."

Así, al tener noticia Viel de la pasada de dos grandes trasportes con direccion al sur y recibir poco mas tarde los avisos del jefe del destacamento de la Laguna en que le anunciaba el desembarco, tomó tan a lo serio la cosa, que ya se veia desposeido de su lucrativo puesto por los audaces invasores. A pesar de la situa

cion angustiosa de los dos mil infelices que lograron escapar de Concon, y que por su desmoralizacion y espanto solo hubieran servido para introducir el desaliento entre los escasos defensores de Valparaiso, a las siete de la tarde telegrafiaba a Quilpué diciendo al jeneral Alcérreca que acudiese al punto en su socorro con cuantas fuerzas tuviera disponibles, porque los opositores comenzaban en esos momentos a desembarcar por la Laguna.

El jeneral balmacedista, a pesar de su situacion de derrotado, manifestaba dudas respecto de la veracidad del hecho y contestaba a Viel que a lo sumo podria disponer en ese instante de unos dos mil hombres fatigados y faltos de ánimo, y entonces el asustado marino de agua dulce le repetia:

"Si viene usted aquí, como se desprende de su telegrama, y que creo, como los demas jefes, es lo que debe hacer, dígamelo. Las tropas que me menciona puede traer serán completamente insuficientes. El ataque por la Laguna es indudable, y divididos no podemos resistir."

Al mismo tiempo se dirijia al comandante don Juan F. Urcullu, del Andes, diciéndole:

"Están desembarcando en la Laguna. Véngase inmediatamente. Avíselo al jeneral Barbosa, y que me mande refuerzos."

Naturalmente, Viel ponia tambien la alarmante noticia en conocimiento del dictador, y éste, manifestando una profunda perturbacion con el solo hecho de dirijirse al comandante Fontecilla a Viña del Mar, le decia:

"Atienda a Valparaiso, y si es necesario que Limache regrese a Valparaiso, que lo haga pronto, mientras llegan convoyes en camino. Enemigo desembarca en la Laguna. Avise a Alcérreca lo que pasa en la Laguna. Que ministro Bañados sepa lo que ocurre.—Balmaceda."

Esta perturbacion, despues de las escenas terribles de la derrota y cuando los fujitivos comenzaban apenas a llegar a Quilpué y a Quillota, no era la mas propia, por cierto, para levantar el espíritu de unos hombres sobre quienes pesaban los sucesos del dia con la doble gravedad de una desilusion tremenda, dada la seguridad del éxito que los animaba, y de una amenaza formidable respecto de los resultados de la próxima batalla, vista la descompajinacion de sus dispersas tropas. No consta por los

telegramas que hemos logrado adquirir de qué manera terminaron esa noche los sustos de Viel y las aflicciones de Balmaceda. Es de suponer sí, o que el comandante del destacamento acantonado en la Laguna dió parte a su jefe de que los buques constitucionales se habian retirado de allí sin llevar adelante su amago de desembarco, o que la resolucion de Balmaceda para establecer en Viña del Mar el nuevo centro de resistencia, de conformidad con la opinion de su ministro Bañados, puso término al desamparo en que se encontró Valparaiso toda la noche del 21 y permitió a Viel reforzar con mayor número de soldados los cantones de Quebrada Verde y de la Laguna.

***

Como quiera que sea, este cúmulo de malas noticias y de alarmas desmoralizadoras ejerció poderosísimo influjo en las tropas que desde Santiago y Concepcion acudian a Valparaiso en rápidos trenes y en largos y casi no interrumpidos convoyes. El 20 de agosto, y por consiguiente un dia antes de la batalla de Concon, habian partido apresuradamente de Concepcion y Talcahuano: el rejimiento 2 de línea, fuerte de 680 hombres, al mando del coronel don Daniel Garcia Videla, que era tambien comandante en jefe de aquella division; el rejimiento movilizado Santiago, que tenia unas 1000 plazas, mandado por el coronel don Pedro J. Urzúa; el batallon Linares, con 600 hombres, al mando del coronel don Federico Castro; el Nuevo Imperial, con 650 hombres, a las órdenes del coronel don Gregorio Silva; el batallon Tomé, con 560, a las del comandante don Luis Almarza; el Jendarmes de Concepcion con 680 hombres, mandado por el comandante don Enrique Salcedo; el rejimiento Arauco, de 900 plazas, al mando del coronel don Jorje Wood; el batallon Anjeles, que estaba en Talcahuano, de 650 hombres, mandado por el comandante don Federico A. Garreton; el batallon Nacimiento, de 550 plazas, al mando del comandante don Cenon Canales; el batallon Angol, con 580 hombres, a las órdenes del comandante don Manuel Antonio Jarpa, y la brigada de Artilleria, con 300 plazas y 24 piezas de campaña y de montaña, mandada por el comandante don Eduardo Fernandez Vial. Estas numerosas fuerzas, que ascendian a siete mil hombres en conjunto,

llegaban a Santiago el mismo dia 20 en la noche, y desde las primeras horas del 21 comenzaban a escalonarse en Llaillai, Quillota y Limache, mientras se daba tiempo a la division Barbosa para reunirse con la de Alcérreca en Viña del Mar y en Concon.

El 21, el mismo dia de la batalla, partia de Concepcion la caballeria en nuevos convoyes. Esta se componia del escuadron movilizado Malleco, de 200 hombres de dotacion, al mando del teniente coronel de guardias nacionales don Santiago Larrain Perez, gobernador de Collipulli, y del cuerpo Húsares de la Frontera, que constaba de 320 hombres y que solo dos dias antes habia sido elevado a rejimiento, bajo el mando del flamante coronel don Salvador Sanfuentes, el inhumano procónsul del dictador en la provincia de Concepcion.

A fin de dar tiempo a la infanteria para que avanzase hácia Valparaiso, en donde tan reclamada era su presencia por las alarmas de Viel y para la reorganizacion de los derrotados, la caballeria esperó en Santiago todo el dia 21, poniéndose en marcha solo en la tarde del 22 con destino a Quillota.

A pesar del reciente desastre, la presencia de estas numerosas, disciplinadas y escojidas huestes devolvió la confianza al perturbado espíritu del dictador. Y como, segun las noticias que le comunicara Alcérreca el mismo dia 21 en la tarde, el ejército constitucional habia quedado revuelto, fatigado y desorganizado despues de la batalla, no dudó Balmaceda de que con el refuerzo de tan lucidas tropas y con el concurso de su sabio ministro Bañados inflijiria a los revolucionarios en una segunda pelea una derrota decisiva y completa.

Ya el 21 en la noche, cuando hubieron cesado las alarmas de Viel, se dirijia a los jenerales Alcérreca y Barbosa para preguntarles adónde creian ellos que se dirijirian los nuestros por mar o por tierra y cuál seria el número de éstos. Obedeciendo al mismo tiempo a las sujestiones de Bañados, decia a Alcérreca:

"Juzgo conveniente que usted vaya a Valparaiso y tome el mando de las fuerzas indicadas, y que Barbosa quede con las tropas que llegan a Quillota. Viel tiene desgraciadamente poca salud, y los momentos quieren hombres de acero."

Entusiasmado al parecer con la vista de su jente y con la aceptacion de su plan por los jenerales, les contestaba:

"¡A la accion! Pónganse en marcha, y peleemos mientras vivamos."

Al mismo tiempo, precaviendo una nueva amenaza o un desembarco serio por la Laguna, se dirijia a los coroneles Valenzuela y Fuentes, que se hallaban en Viña del Mar, diciéndoles:

"Váyanse inmediatamente a Valparaiso con el Andes, Limache y Arauco, que debe estar para llegar a esa. Alcérreca va a ponerse al frente de ustedes en Valparaiso. Anden a prisa y no dejen municion alguna en Viña del Mar. Procedan lijero. Barbosa regresa con fuerzas a Quillota, donde nos concentraremos inmediatamente."

Y a fin de levantar el espíritu de sus militares agregaba:

"Yo iré al lado de ustedes a correr su suerte."

Llegaban a Valparaiso esa misma noche, en efecto, los cuerpos estacionados en Viña del Mar, y en el acto Viel despachaba al Limache y a una parte de la Artilleria de Costa en direccion a la Quebrada Verde a fin de que se opusieran allí al desembarco de los nuestros.

***

La actividad febril y los ánimos de Balmaceda en esas críticas circunstancias no eran, por fortuna, compartidas por sus lugartenientes. En vano procuraba él alentar a los suyos con la perspectiva de una fácil revancha mediante la llegada de los refuerzos del sur: los que habian combatido en Concon y conocian la intrepidez, atrevimiento y habilidad de los nuestros, se dejaban apenas seducir a medias por la fraseolojia abundante y las triviales voces de ánimo del dictador. A Barbosa le decia:

"Usted y Ruiz organícenlo todo para volver a Quillota, y si es necesario, en algunas horas más estaré con ustedes y llenaremos nuestros deberes hasta el fin. Que Alcérreca se comunique en el acto con Viel y vaya a pelear a la Laguna, como lo haré yo en medio de ustedes. ¡A batallar!"

Nada de esto devolvia la confianza a unos jenerales que habian visto combatir con denuedo y hasta con furor a sus tropas al amparo de magníficas posiciones, y que a pesar de eso fueron batidos por completo por un enemigo a quien temian tanto aho-

ra como menospreciaron antes. Los jefes y oficiales subalternos esperimentaban las mismas sensaciones que sus jefes. Los primeros fujitivos que a las cinco de la tarde del 21 llegaron a Quilpué fueron, en efecto, oficiales y jefes que, abandonando a sus soldados, referian con espanto algunos episodios de la batalla, asegurando que las de Chorrillos y Miraflores parecian nada en comparacion de ésta; que los constitucionales peleaban con un valor indomable; que sus armas superaban con mucho a las del ejército gobiernista, y que la táctica de las tropas y la estratejia de los jefes eran de todo punto admirables.

Los jenerales Barbosa y Alcérreca no manifestaban mayor presencia de ánimo que sus oficiales. Un vecino de Quilpué nos escribe:

"Alcérreca y Barbosa, jefes del ejército dictatorial, llegaron entre los fujitivos como a las 7 P. M. del 21. Se les vió en la noche comiendo en el hotel. Estaban allí en un rincon del comedor cabizbajos y pensativos, sin hablar y sin siquiera mirarse el uno al otro."

***

Esta desalentadora situacion de ánimo de los vencidos no logró reponerse en la noche del 21, que trascurrió para ellos en continuas alarmas. Cuando, a la una de la mañana del 22, comenzaron a llegar a Quillota, Quilpué y Viña del Mar los trenes que conducian las tropas de Santiago y de Concepcion que debian establecer el nuevo centro de resistencia a espaldas del fuerte Callao, en las alturas de Miramar, el natural entusiasmo bélico de los soldados se sentia enfriado al contemplar los lúgubres rostros de los jefes y oficiales encargados de recibirlos en Quillota, sin que faltasen tampoco personas, como la telegrafista de esa ciudad, la señorita Celinda Arregui (quien tan preciosas anotaciones ha conservado para la historia de esos revueltos dias), que hicieran llegar a oidos de los recien venidos la noticia de la tremenda batalla en que el ejército balmacedista habia sido destrozado y deshecho.

Cuando los convoyes llegaban a Quilpué, el espectro de la derrota, que ya venia asediando a los armados viajeros. tomaba formas reales y mas terribles aun. Los heridos que habian logrado llegar hasta allí arrastrándose o ayudados por compade-

cidos camaradas, llenaban con sus cuerpos el recinto de la estacion y hacian llegar sus ayes y sus quejas hasta los oidos de los pasajeros de los trenes. Los dispersos, esparcidos acá y allá, acudian a los carros y referian, con su natural exajeracion, que al cuerpo tal o cual lo habian "acabado" los opositores; que era imposible vencer a éstos porque traian armas sumamente ventajosas, y que una nueva batalla no seria mas que una carniceria sin fruto para las tropas del gobierno.

Y como los soldados del sur observaban el abandono de los heridos, el espanto de los derrotados, el desórden y el desaliento que por todas partes reinaban, se sentian al punto contajiados por el miedo y solo seguian en los trenes forzados por la disciplina y obligados por la presencia de sus jefes y oficiales.

El tímido Viel, por otra parte, contribuia con sus cervales sustos a mantener la desmoralizacion que Balmaceda se empeñaba tanto por disipar. A las dos de la mañana del 22, al escuchar o tener noticia de los disparos que la *O'Higgins* y el *Cachapoal* dirijieron a la *Lynch*, creyó sin duda que ya los nuestros habian desembarcado en la Laguna; y no considerándose todavia garantido con la presencia de los cuerpos que le llegaron esa tarde de Viña del Mar y con los que él mismo mandara a la Quebrada Verde, telegrafiaba a Alcérreca:

"Todos los trenes han recibido órdenes de adelantarse sobre esa para que pueda usted venirse. Aquí tengo el Limache, Andes y demas tropa que usted conoce, pero es insuficiente. Dígame si se viene, *o me voi yo*. No hai tiempo que perder."

***

Realmente, necesitó Alcérreca ser mui enérjico en medio de su desaliento para no sentirse ganado por el miedo que dominaba al postizo vice-almirante de la escuadra dictatorial. En aquellos momentos críticos en que más que nunca se necesitaban cabeza y ánimo serenos para organizarse, el intendente de Valparaiso no hacia sino agravar con sus alharacas las enormes dificultades de la situacion. No es raro, por eso, que el jeneral balmacedista perdiese hasta tal punto el juicio, que para librarse de los dispersos comenzara a meterlos a granel en los mismos carros que trasportaban las tropas de refresco. Los platicado-

res rotos, preguntados por sus compañeros, se harian lenguas, sin duda, refiriendo, a la par de sus valentías, las admirables hazañas de sus invencibles enemigos. El órden disperso, el Mannlicher, las ametralladoras, las granadas de la escuadra tomaron proporciones mucho mas espantables que las de la realidad a los ojos de los amedrentados oyentes, y muchos sin duda se prometieron entonces hacer lo posible por rehuir el cuerpo a un combate con esos demonios que parecian disponer a su antojo de todas las artes de la hechiceria para librarse de las balas, y de armas brujas tambien para acabar con los enemigos que se pusieran a su alcance.

Otra torpe disposicion de Alcérreca, que puede equipararse con la anterior y que estaba llamada a producir idénticos resultados, fué la de meter tambien en los trenes a los heridos, nó con direccion a Viña del Mar o Valparaiso, sino a Santiago. De ese modo las tropas que venian en viaje pudieron observar en cada cruzamiento aquella acumulacion de víctimas de una batalla que sus jefes les pintaban a ellos como ganada, pero que los heridos les describian con todo el colorido de un enorme desastre. Hasta en la estacion de la capital, en donde aquellas víctimas permanecieron abandonadas durante largas horas, tuvieron tiempo para introducir la alarma y el terror entre los cuerpos que allí se embarcaban con destino a Valparaiso en la mañana del 22.

***

Bajo tristes auspicios se operaba, pues, la concentracion del nuevo ejército dictatorial. Los trenes que conducian las tropas de Concepcion siguieron llegando a Viña del Mar durante todo el dia 22. A las seis de la tarde desembarcaban los últimos cuerpos de infanteria. Antes que ellos habia llegado el jeneral Alcérreca de Quilpué, dejando allí al comandante Pantoja con alguna fuerza a fin de que siguiera reuniendo dispersos y vijilara por ese lado los movimientos del ejército constitucional.

Inmediatamente el jeneral balmacedista se puso a la obra de formar la nueva línea de batalla a espaldas de Viña del Mar. El ex-ministro Bañados, en su correspondencia al Comercio de Lima, describe esa línea de la manera siguiente:

"El ejército del gobierno legal estaba estendido desde el fuerte Callao, que recibe a sus piés las olas del mar, hasta las cumbres mas elevadas de las alturas de Viña del Mar. El ala derecha formaba un martillo sobre la línea principal, que estaba destinado a impedir un avance a Valparaiso por el lado de las Zorras, a la vez que a hacer infructuoso un flanqueo por ese costado."

Alcérreca, dando muestras de grande actividad y fortaleza despues de las enormes fatigas de la batalla y de la derrota, no descansó desde la hora de su llegada en la tarea de dar colocacion a los cuerpos. Solo a las tres de la mañana del 23, rendido por el cansancio y por el sueño y terminada ya la parte mas ímproba y delicada de su tarea, podia retirarse a su alojamiento.

***

La nueva línea enemiga quedaba a esa hora definitivamente establecida y ocupando ventajosas posiciones, pero el espíritu de la tropa nada habia ganado con la concentracion. Los soldados se manifestaban murmuradores, indisciplinados, quejosos. El rancho, desde la salida de Concepcion, era escaso y malo, y muchos batallones y rejimientos pasaron sin comer todo el dia 22. La falta de sueño y de las comodidades a que estaban acostumbrados en sus cuarteles hacia mucha mella en hombres que si por algun motivo podian servir gustosos al tirano no era mas que por disfrutar de las obsequiosas atenciones con que se les halagaba y atraia; y si a esa causa de descontento se agrega que los derrotados de Concon se hallaban entre ellos y seguian esparciendo el terror con sus relatos, no es de estrañar que, apenas establecidos en sus nuevas posiciones y en cuanto el jeneral Alcérreca y su estado mayor se hubieron retirado, comenzasen a bajar de sus campamentos, primero a hurtadillas y luego por compañias y batallones enteros, de tal modo que el desbande tomó proporciones alarmantes y estuvo a punto de concluir esa noche, por medio de la desorganizacion y de la borrachera, con los ya intimidados defensores del tirano.

Los hermosos caserios de Viña del Mar y de Miramar, sembrados de habitaciones suntuosas, de bodegas bien provistas, de casas de negocio en que abundan los comestibles y los licores, aguzaban el apetito de los famélicos soldados establecidos

en las alturas. Comenzaron, pues, a descolgarse cerro abajo, y de allí a poco, reunidos en grandísimo número, se apoderaron de algunos despachos, entraron a saco en varias casas, saciaron su hambre, y sintiéndose entonces devorados por la sed, destaparon botellas, abrieron vasijas, se lanzaron sin freno en el camino de la embriaguez y de la orjia.

Las patrullas que recorrian la poblacion fraternizaron mui pronto con los saqueadores; las avanzadas tomaron parte a su turno en la fiesta; nuevos desbandados comenzaron a llegar de arriba, y de ese modo, en las primeras horas de la mañana del 23, las calles y caserios de las dos pacíficas poblaciones estaban convertidas en un hormiguero de ébrios que disparaban al azar peligrosos tiros y que penetraban en tropel adonde se los sujeria su instinto, cometiendo cada vez mayores atentados y tropelias.

***

El mismo Perez Montt, ministro de la dictadura que ya se habia hecho famoso por su indolente calma y por su invariable reposo, se sintió alarmado con lo que ocurria, y desde la intendencia de Valparaiso, adonde sin cesar llegaban las quejas, dirijió al jeneral en jefe un telegrama en que le decia:

"Se nos asegura que a retaguardia (quiso decir a vanguardia) de nuestras tropas hai muchos grupos de personas que son al parecer enemigas. Convendria que una parte de la caballeria las dispersara y ordenase que los dispersos que andan con sus rifles disparando tiros fueran recojidos, o que sus rifles los entregaran para evitar que caigan en manos enemigas.—Ismael Perez Montt."

¡Buen Perez, por no decirle buenas peras! Le parecia mui hacedero recojer a los dispersos o quitarles sus fusiles como quien quita a un chiquillo la tambora o la corneta con que está metiendo ruido.

Poco despues, ya en vena de descubrir medidas oportunas y eficaces para salvar la situacion, enviaba al jeneral Barbosa una tarjeta en que le aconsejaba inspirarse y dar una proclama al ejército para cortar el asustador desbande de los soldados.

Las escenas de borrachera continuaron hasta mui entrado el dia 23, a tal punto que Bañados Espinosa encargaba al coman-

dante Villarreal, jefe del fuerte Callao, que pusiera este hecho en conocimiento del jeneral Barbosa, que acababa de llegar de Quillota.

El comandante Villarreal escribia, en efecto, a Barbosa:

"Tengo encargo del señor ministro de guerra, que ya en este momento marcha a Valparaiso, que mucha tropa escapada de los campamentos está embriagándose en la poblacion y principia a cometer serios desórdenes.

Se ha ordenado cerrar los establecimientos donde se espende licor, pero a pesar de eso la tropa se lo proporciona, por lo que conviene ordenar a los jefes de cuerpos tomen toda clase de precauciones para que la tropa no se mueva de sus campamentos y recojer los ébrios."

***

A esta fuente de desorganizacion que minaba la tropa del ejército balmacedista se agregaba un mal mayor aun, y eran los celos, rivalidades y mala voluntad que dividian a sus jefes. Se recordará que despues de la derrota de Concon, consultados Barbosa y Alcérreca por el dictador respecto del plan que debiera seguirse, opinaron por una concentracion en Quillota que implicaba el abandono de Valparaiso. Se recorderá tambien que el jeneral Velasquez, consultado por Balmaceda sobre el particular, apoyó decididamente la opinion de sus colegas, y que solo Bañados Espinosa, halagando visiblemente los deseos de su señor, opinó por la concentracion inmediata en Viña del Mar a fin de no dejar desamparado a Valparaiso.

El dictador, con la volubilidad que le era habitual, creyó desde ese instante haber descubierto en Bañados las facultades de un pequeño Napoleon; y menospreciando a sus jenerales tanto como al principio los halagara, les arrebató virtualmente todas sus prerrogativas y derechos para ornar con ellos la estrecha frente de su ministro. Segun sus órdenes, éste lo dispondria todo y lo dirijiria todo; y como, por desgracia para Balmaceda, entre los muchos defectos de Bañados Espinosa se hacen notar como principales su audaz suficiencia, su arrogante vanidad y su falta completa de tacto y de maneras, la desacertada determinacion del dictador resultó mui pronto agravada por la actitud altanera y casi insolente que adoptó su ministro para con los jefes militares.

Inmensa debió ser la alegria de Bañados cuando en la mañana del 22 recibió de Balmaceda en Quillota el siguiente telegrama:

"Hai que ir con las fuerzas a Viña del Mar de un modo rápido. Alcérreca parte inmediatamente. No hai otro partido que tomar. Aquí apuraremos envio de demas tropas y parque. A Barbosa que se quede en esa arreglando reserva y mandando ausilio a Alcérreca. Es su plan, y no hai otro. Póngale el hombro. He dicho a los jenerales que usted lleva mi palabra."

Poco despues, a las ocho de la mañana, le confirmaba mas ampliamente aun sus poderes diciéndole:

"Toda libertad de accion con jenerales para obrar. Ya no es posible desde aquí sino enviar elementos en marcha. Lo demas es obra de usted y jenerales."

En la mañana del mismo 22 habia comunicado a los jenerales su impolítica determinacion diciéndoles:

"Ministro Bañados les lleva mi palabra. Procedan en todo de acuerdo con él y con su conocimiento."

Mas tarde, a las once y media de la noche del mismo dia, les agregaba:

"He dicho a ministro Bañados que proceda con ustedes allá estableciendo unidad de direccion de que hablamos anoche, con un jefe en la accion y otro en la reserva o el suministro de ausilio. Me limito a mandarles cuanto es posible y depende del gobierno. Allá obrarán ustedes con ministro. Claudio Vicuña y amigos me han exijido que no abandone la direccion acá. El va a esa."

* * *

En el momento mismo de recibir esta consagracion, el nuevo jeneral en jefe, con mas humos que un Júpiter de opereta, enviaba por telégrafo a Barbosa y Alcérreca la siguiente reconvencion:

"En un momento más parte el último convoi de tropas que vienen de Santiago. Toda la noche me he ocupado en ellas. No he recibido un solo anuncio de ustedes. Desconozco por completo el estado de organizacion de las divisiones de ustedes, y sobre todo ignoro los movimientos del enemigo. ¿Han hecho serios reconocimientos? Aquí, con los pocos elementos existentes, envié hace dos horas personas de confianza, que llegarán hasta Colmo. Voi en un momento más a Quilpué y espero encontrarme allí con Barbosa."

¿Qué efecto debió producir en los jenerales balmacedistas, cuya susceptibilidad estaria en esos momentos mas escitada con la desgracia, el lenguaje altanero del intruso ministro, sobre todo si se recuerda que la carrera militar de éste habia comenzado pocos meses antes como secretario de Barbosa y como humilde subordinado suyo?

Pues al dia siguiente agravaba aun Bañados su intrusion mezclándose en detalles y minuciosidades que, junto con no ser de su competencia, estaban al alcance de cualquier cabo de escuadra. Habia tomado mui a lo serio su papel de jeneralísimo, y desde el fuerte Callao, a las dos de la mañana, escribia al jeneral Barbosa lo que sigue:

"*Agosto 23 de 1891.*—Señor jeneral Barbosa.—Presente.—Querido amigo:—He venido con Pinto hasta el fuerte Callao. Hablé por teléfono con Viel y me dijo que estaba al habla con el presidente.

Estimo de suma meditacion y estudio nuestra situacion y paso a Valparaiso a conferenciar por telégrafo con presidente.

Despues de averiguarlo todo le enviaré una nota privada con un ayudante de confianza.

Al partir, *para volver al amanecer*, le hago las siguientes recomendaciones:

1.° Son mui sospechosos los movimientos del enemigo, segun datos traidos por ayudante Castro y segun los que le dará Munizaga.

2.° Debe estudiar desde luego mucho la posibilidad de un ataque al amanecer para envolvernos por la derecha.

3.° Debe resolver si para ello conviene o nó modificar esa parte de nuestra línea.

4.° Debe resolver tambien si conviene o nó organizar la línea por la derecha, o con fuerzas sacadas de la izquierda, o debilitando un poco la línea al centro.

5.° Ojo a las reservas jenerales. Vengo de revisar la línea y encuentro que carece casi por completo de dichas reservas. Dadas las estratajemas, ya mui habituales y conocidas del enemigo, debemos siempre tener disponibles tropas disciplinadas para moverlas con oportunidad.

6.° Le recomiendo tambien que las líneas sean delgadas, pero con reservas profundas. Deben entrar al fuego gradualmente y segun convenga, para mantener siempre el fuego compacto.

7.° Diga a Marzan que tome el mando de las caballerias, que ya tiene. Desde luego, deben hacerse grandes reconocimientos sobre el ala derecha nuestra.

Deben enviarse patrullas hasta lejos.

8.° Haga recojer municiones. Ví muchos miles botados en el camino.

9.° Se me dice que muchos soldados nuestros se desprenden de las filas y se van a Valparaiso. Al pasar recomendé esto; pero debe usted ordenar a cada comandante que toque *tropa y lista* y den cuenta.

10. Hai muchos oficiales sin ocupacion que pueden servir de ayudantes a los jefes de division y de brigada.

11. Dé un mando especial a la reserva jeneral, buscando un jefe de confianza.

12. ¿Qué papel tiene ahora el Limache en la quebrada y cerca del estero?

13. Busque buenos guias que dirijan a los cuerpos en sus movimientos.

De usted atento y seguro servidor.—JULIO BAÑADOS ESPINOSA."

Trasladado poco despues a la intendencia de Valparaiso, en donde el miedoso Viel le llenaria la cabeza de planes defensivos y de medidas de precaucion, mandaba al mismo Barbosa la siguiente comunicacion privada que le anunciaba en su misiva anterior:

"*Agosto 23 de 1891.*—Señor jeneral Barbosa.—Alto de Viña del Mar.—Respetado amigo:—Hemos vuelto a conversar largo sobre la situacion y le resumiré las ideas dominantes. Esto no es órden: son simples observaciones para que se tengan presentes:

1.° Se teme el ataque del enemigo por la derecha, concentrando sobre ese punto, como en Colmo, el mayor número de fuerzas.

2.° Se encuentra mui abierta y débil nuestra línea.

3.° Se cree que no debe desprenderse de un solo hombre sobre Quilpué.

Esto último se funda en la necesidad de tener a mano el mayor número de soldados; en que Quilpué vale como posicion estratéjica solo para un avance sobre Santiago; en que dichas fuerzas, caminando los enemigos por nuestra derecha tomando para ello *el camino del Salto*, las fuerzas de Quilpué no concurririan al combate y perderiamos el apoyo de los 850 del Santiago, de los 600 caballos allí existentes y de los 350 que quedan como rezagados.

4.° Se prefiere que la caballeria que existe en Quilpué avance con precauciones esta noche por la altura para caer sobre el camino del Salto.

Si el enemigo pretende flanquearnos será descubierto este movimiento por dicha caballeria y lo sabremos a tiempo.

Si pretende atacar de frente o por la izquierda, llegará a tiempo para la batalla y la podremos utilizar.

No se encuentra, pues, importancia alguna a la posesion de Quilpué para evitar un flanqueo.

Esto es mui grave, y no olvide que tenemos pocas fuerzas para emplearlas en simples avanzadas.

Estudie este grave asunto de perdicion posible, porque 850 hombres es gran cifra en 8,000 hombres.

5.° No olvide nuevas reservas y colocarlas sobre altura, porque es mas fácil bajar que subir.

6.° Que las tropas estén reunidas al amanecer.

7.° Tener mucho cuidado con las salidas de las tropas al pueblo de Viña del Mar.

8.° No cuente en Quilpué sino con 350 rezagados, porque hoi se vino a ésta Vidaurre con 200 y tantos.

9.° Las fuerzas de Quilpué están mandadas por el coronel Pantoja.

10. La caballeria de Concepcion con 550 hombres está en Quilpué.

11. Si acepta la idea de que esta caballeria venga por el Salto, ordénelo por telégrafo, pero tomando precauciones al hablar con Quilpué. Hai que ponerse en el caso de que no esté en poder nuestro el telégrafo.

Y por último, no olvide grandes guardias sobre nuestra derecha.

Su amigo.—Julio Bañados Espinosa."

Despues de la humillacion de la derrota ¿podia caer calamidad mas grande sobre la cabeza del jeneral Barbosa que la dependencia de ese estratéjico ramplon y fofo a que lo sometia desapiadadamente su amo?

***

Mientras el ejército balmacedista se sentia minado por el desbande, la desorganizacion y el miedo, los vencedores de Concon, no obstante la negra noche que el hambre, el frio y el cansancio les hicieron pasar despues de la batalla, amanecieron el 22 alegres y bien dispuestos, esperando tan solo la órden de sus jefes para avanzar decididamente hácia Viña del Mar y Valparaiso.

Los distintos cuerpos, como dijimos, acamparon al anochecer del 21 en el mismo campo de batalla, con escepcion del rejimiento Constitucion y del escuadron Libertad, que avanzaron hácia los altos de Reñaca para establecer allí la gran guardia y hacer el servicio de vijilancia frente al enemigo. A pesar de las garantias que a la seguridad de nuestros campamentos prestaba la situacion del abnegado rejimiento, el frio de la noche, la falta

de abrigo y los empapados trajes impidieron a la gran mayoria de los soldados constitucionales pegar los ojos. Casi todos se ocuparon mas bien en conversar entre ellos o con los prisioneros, en secar sus ropas en las fogatas, en mantener avivadas éstas para calentar sus ateridos miembros, en proveerse de municiones en el parque capturado al enemigo y en limpiar y preparar sus armas. Cuando los primeros albores de la mañana del 22 empezaron a diseñar sobre el cielo las blancas cimas de la cordillera, parleros y animados con la victoria, y sacudiendo y desperezando sus cuerpos para hacerlos entrar en calor, comenzaron a incorporarse a sus respectivos rejimientos, batallones y compañias a fin de que el toque de diana los encontrara perfectamente organizados y listos para la marcha.

Alguno de los muchos que despues de la pasada del rio se sacaron los mojados pantalones para caminar con mas desembarazo tuvo entonces la ocurrencia de decir que era una barbaridad seguir en calzoncillos hallándose las sastrerias tan cerca; y parando con esto la oreja los que por su desnudez habian tenido que soportar con mas crudeza el frio de la noche, en un abrir y cerrar de ojos se formaron numerosos grupos que acudieron afanosos en busca de las prendas que les faltaban.

Las tales sastrerias no eran otras que las vecinas quebradas en donde habian ido a buscar engañoso refujio los derrotados enemigos. Allí, como dijimos, quedaron a montones los cadáveres de los fujitivos. Todos ellos estaban mucho mas elegante y confortablemente vestidos que los nuestros, y la tarea de sacarles los pantalones, las botas y las casacas fué para éstos obra de un momento, y de otro momento la tarea de calzarse y vestirse.

Con esta trasformacion, cada cuerpo constitucional se convirtió en un abigarrado conjunto de trajes de colores y de formas diversas. Para acentuar más la anarquía, los mil quinientos a dos mil prisioneros que voluntariamente engrosaron nuestro ejército fueron repartidos entre los distintos batallones, y asi, entreverados con nuestros soldados, contribuian a dar una variedad pintoresca aunque mui poco militar a las filas de los defensores de la Constitucion.

***

El botin del derrotado enemigo vino a salvar, en parte a lo

menos, la escasez de ropa que tanto se habia hecho notar en la noche del 21, pues no solo de pantalones, botas y mantas proveyó a los vencedores, sino tambien de cananas a los que no contaban con ellas, como los cuerpos de la 1.ª brigada. Ademas, los que tenian sus cantimploras en mal estado las cambiaban por mejores, y otro tanto sucedia con los fusiles y morrales.

Desgraciadamente no todos lograron renovar sus prendas de vestuario y de equipo, y, mas desgraciadamente aun, los escasos víveres tomados en el campo dictatorial alcanzaron apenas para una escasa colacion inmediatamente despues de la batalla. El dia 22 amanecia, y era fácil presumir que durante su curso se veria obligada nuestra jente a soportar los rigores de un obligado ayuno. Ningun soldado conservaba en sus morrales el menor resto de las provisiones repartidas a bordo al amanecer del 20 y que debian bastarles para dos dias de consumo. Muchos se las concluyeron a las pocas horas, otros las arrojaron al suelo durante la marcha hácia el Aconcagua a fin de alivianarse, y solo mui pocos tuvieron un bocado que llevar a la boca antes de emprender el paso del rio. El 21 habia sido, pues, un dia de hambre y de pelea, y aunque ésta hizo en gran parte olvidar aquella, despues de la victoria reclamaban alimento con mas imperio los estómagos desfallecidos.

Mas como la dotacion de nuestro cuerpo de bagajes, por las razones que ya hemos apuntado, era sumamente escasa, y como ante todo debió darse preferencia al acarreo de municiones Mannlicher para los cuerpos armados con esta clase de fusil, que agotaron por completo sus cápsulas en la batalla, las pocas tropas de mulas al servicio de los espedicionarios no podian iniciar el acarreo de víveres hasta no terminar con el de los cajones del parque.

Estos comenzaron a llegar temprano, por fortuna, de tal modo que ya a medio dia tenian todos los cuerpos municiones más que suficientes para sostener una reñida batalla.

***

Al toque de diana del 22 se encontraban todos los cuerpos constitucionales reunidos y organizados, e inmediatamente se pusieron en marcha los de la 2.ª y 3.ª brigadas con direccion al

campamento que ocupaba la 1.ª en el camino carretero, al pié del Torquemada.

A las diez de la mañana, reunido el ejército en este último punto, y en medio del entusiasmo que producia en todos la vista de aquellas lejiones victoriosas y de aquellos soldados que a pesar de las penurias de la marcha, del hambre y de la batalla se manifestaban animosos, entusiastas y mas decididos que nunca a dar el último golpe al enemigo; en medio de los *vivas* y de las músicas, y revistados los cuerpos por el coronel Canto y el comandante Körner, que acompañados por sus ayudantes recorrian gozosos las filas y eran acojidos con ruidosas aclamaciones y prolongados vítores por las tropas, se ponian éstas en marcha con direccion a las alturas de Reñaca, en donde ya se encontraba el Constitucion de avanzada desde la noche anterior.

Tomaba la delantera la 1.ª brigada, la seguian la 2.ª y la 3.ª, y a las doce del dia quedaban las tres instaladas en los verdes potreros que se estienden a uno y otro lado del camino a Viña del Mar.

Desde las altas lomas, que se estienden allí en forma de verdegueantes mesetas, podian los curiosos divisar a sus piés, a un lado el mar, mas allá el fuerte Callao, detras de él los cerros y una parte del caserio de Valparaiso, y por su frente las alturas de Viña del Mar, en donde comenzaban a concentrarse los batallones enemigos.

***

Los dos jefes superiores del ejército constitucional se adelantaron entonces acompañados por sus ayudantes y por un piquete de caballeria, y comenzaron a reconocer las posiciones que ocupaban los contrarios. Canto y Körner, en intelijente y estrecho consorcio, observando cada cual, con el interes que su enorme responsabilidad les imponia, la fortaleza amenazante y aislada que como formidable escollo estorbaba la llegada de sus tropas al populoso puerto que era el objetivo de sus afanes; las alturas de Miramar, sembradas de cañones y de soldados, y acá, mas a nuestra izquierda y frente, el martillo de batallones de que habia Bañados y que tenia por objeto contrarrestar un ataque por el

flanso derecho balmacedista, se comunicaban a cada instante el resultado de sus observaciones, cambiaban escelentes ideas, y poco a poco iban combinando sobre el terreno mismo un plan de ataque que debia producirnos como resultado una segunda y brillante victoria.

Durante largo rato prolongaron ambos jefes sus estudios y examinaron y meditaron sus cálculos, llegando, a fin de elaborarlos con perfecto conocimiento de los lugares, hasta las mismas alturas que cercan a Viña del Mar por el norte. Recorrieron las lomas, bajaron a las quebradas, contemplaron una y otra vez las posiciones enemigas, no dejaron, en suma, ningun inconveniente sin apreciar, ninguna probabilidad sin medir y sin pesar.

Cuando, a las cuatro de la tarde, regresaron al nuevo campamento de nuestro ejército en las alturas de Reñaca, acordes ya respecto del fondo y los detalles del plan que juntos habian concertado, solo les faltaba comunicarlo a los jefes de brigada a fin de que éstos comenzaran cuanto antes a ponerlo en ejecucion

A las seis de la tarde, convocados éstos, se reunian en el cuartel jeneral, y a las once de la noche recibian del comandante en jefe la siguiente órden jeneral sobre las operaciones del dia siguiente, que habian de iniciarse esa misma noche:

"Mañana a las 4 A. M. las fuerzas del ejército habrán ocupado las siguientes posiciones:

La 1.ª brigada el Alto de las Cruces, al sur del camino que conduce hácia la punta de las Salinas. La artilleria de las tres brigadas, reunida bajo el mando del comandante Ortúzar, en la misma altura, ocupando posiciones que permitan hacer un fuego eficaz sobre el terreno entre la Fábrica de Azúcar y el fuerte Callao.

La 2.ª brigada en la posicion de Buena Vista, reconocida en la tarde frente a Viña del Mar.

La 3.ª brigada a retaguardia de la 2.ª

El coronel Vergara, como jefe, al mando de las dos brigadas, tomará las posiciones de Viña del Mar y fuerte Callao, moviéndose tan temprano, que a las 6 P. M. pueda estar en posesion de ellas.

La ejecucion del ataque se hará sin ruido. Fuerzas enemigas se atacarán resueltamente a la bayoneta.

La 1.ª brigada se concretará hasta segunda órden a la defensa de la posicion ocupada.

La artilleria observará el avance de la 2.ª brigada, manteniéndose lista para romper instantáneamente sus fuegos sobre el punto en que se presente resistencia al ataque, y sobre todo sobre la artilleria enemiga, cuando ésta entre en accion.

El comandante en jefe estará en la posicion de la 1.ª brigada."

***

Segun estas instrucciones del coronel Canto, el ataque contra las posiciones enemigas debia comenzar a las cuatro de la mañana del 23. Siguiendo las reglas salvadoras de la táctica moderna, no íbamos a marchar de frente contra la línea contraria y asaltarla a un tiempo toda, abarcando un enorme espacio que debilitaria nuestras filas, sino a concentrar en un solo punto los esfuerzos y el empuje. Como esa línea era demasiado larga, segun lo hacia notar Bañados en sus comunicaciones al jeneral Barbosa, los asaltantes tendrian la ventaja de poderla cortar con relativa facilidad, y una vez rota, las alas izquierda y derecha balmacedistas, aisladas y flanqueadas a la vez, se hallarian inhabilitadas para oponer una resistencia séria a las masas constitucionales que irian avanzando hácia la altura por aquella especie de cauce abierto por nuestra vanguardia.

La formacion y condiciones de la línea enemiga estaban como señalando a nuestros ilustrados jefes cuál era el punto que debian designar como objetivo para el ataque. El fuerte Callao formaba la estrema izquierda de esa línea; y bastaba contemplar desde Reñaca los abruptos flancos de la fortaleza para calcular que ella era poco menos que invulnerable por el lado por donde habrian tenido que asaltarla los constitucionales.

La derecha enemiga, o sea las altas colinas que van estendiéndose por el sur de Viña del Mar hasta el Salto y Quilpué, presentaba el doble inconveniente de hallarse mui alejada del punto que ocupábamos y de haber acumulado allí Alcérreca, por consejos del jeneralísimo Bañados, un gran número de fuerzas, que tenian por objeto evitar el tan temido movimiento envolvente de los nuestros. Ademas, para llegar a esas alturas empinadas y abruptas hubiera sido necesario atravesar la enorme anchura que a su frente tiene el valle o pasar a lo largo de la poblacion de Viña del Mar, espuestos irremediablemente a ser descubiertos demasiado pronto por el enemigo.

Quedaba, pues, como unico punto ventajoso para nosotros el centro de las posiciones dictatoriales, y éste fué precisamente el que Canto y Körner elijieron para objetivo de su ataque. Las lomas de Miramar tenian, sin duda, el grave inconveniente de su altura, de la numerosa artilleria de campaña y de montaña que las defendia, del corte del ferrocarril a espaldas del fuerte Callao, sembrado de trincheras y de carros coronados por terribles ametralladoras, y del fuerte mismo, que podia lanzar sobre los asaltantes un terrible fuego de flanco; pero estos inconvenientes, formidables de dia, perdian la mitad y quizas las tres cuartas partes de su eficacia tratándose de un asalto amparado por las protectoras sombras de la noche. La oscuridad permitiria a nuestro ejército atravesar la planicie arenosa que lo separaba del camino de Viña del Mar sin ser descubierto por los centinelas del fuerte, pues—y este detalle manifiesta cuán cortos eran los alcances de los jenerales enemigos y de los dos directores principales de la guerra, Balmaceda y Bañados—pues mientras en los fuertes situados al oeste de Valparaiso se acumularon aparatos de luz eléctrica para descubrir en un caso dado los movimientos de las naves constitucionales, en el Callao, que era la llave del puerto por el Este, no se habia instalado ninguno para observar los movimientos de un ejército que atacara por ese lado, a pesar de que el dictador y sus lugartenientes preveian y recelaban un desembarco en Quintero o en Concon.

Nuestro ejército podria, por lo tanto, avanzar durante la noche a traves de la faja arenosa dominada por el fuerte Callao, penetrar a la poblacion de Viña del Mar, y, resguardado por el caserio, encontrarse sin grandes pérdidas, caso de ser descubierto, al pié de los cañones que resguardaban las alturas de Miramar. Todo dependia del empuje, de los brios y del aguante de las tropas, y éstas habian demostrado ya que unos y otros les sobraban. Y entonces, limitada la batalla al choque con esa pequeña seccion de la línea enemiga ¿quién podia dudar de que todo nuestro ejército, dirijido hácia ese punto, lograria forzarla, cortarla y destruirla antes de que desde su lejana derecha o desde su amenazada izquierda alcanzasen a llegarle los numerosos y multiplicados refuerzos que necesitaria para sostenerse? Una vez nuestra jente al pié de esas posiciones, de nada servirian ya a los balmacedistas, ni los numerosos cañones del fuerte

Callao, ni las ametralladoras del corte de Miramar, ni las piezas mismas atacadas por nuestros infantes. Solo el Mannlicher y la bayoneta podrian ser utilizados, y era precisamente en situaciones como la prevista cuando el nuevo fusil descubriria todas las terribles ventajas de su celeridad.

Los dos jefes constitucionales no dudaron, pues, un momento del éxito, y a fin de asegurarlo mas y mas, por si el ataque se prolongaba, lo cual, sin embargo, no era de suponer, acordaron solicitar el apoyo de la escuadra, que atacaria al fuerte Callao por el lado del mar a fin de distraer de ese modo la atencion de los artilleros enemigos.

Escusado es decir que nuestros marinos aceptaron la proposicion con entusiasmo.

***

Dispuesto de este modo el plan, determinó el comandante en jefe que la 2.ª brigada iniciase el ataque. Los cuerpos que la componian, armados todos de Mannlicher, se hallaban por esto en mejor condicion que los demas de nuestro ejército para sostener con brillo el primer choque con el encastillado enemigo. Ademas, nadie mejor preparado que su jefe, el coronel Vergara, para llevar la delantera y señalar a sus compañeros el camino. Vecino de Viña del Mar, y por esto y por sus particulares aficiones eximio conocedor de los lugares, él sabria conducir las tropas por los puntos mas adecuados hasta llevarlas al que debian atacar, y él evitaria tambien mejor que nadie los peligros de un descubrimiento prematuro. Avanzaria, pues, de frente con sus tropas, sin que la oscuridad de la noche pudiera ofrecerle un grave inconveniente, y, procurando cojer de sorpresa al enemigo, romperia sus fuegos contra éste al pié mismo de las trincheras de Miramar, debiendo encontrarse en ese punto, como dijimos, poco despues de las cuatro de la mañana del 23, es decir, antes de que los primeros albores del dia viniesen en ayuda del enemigo.

La 3.ª brigada avanzaria en apoyo de la 2.ª por la izquierda de ésta, tanto para reforzarla con sus batallones en caso de necesidad, cuanto para contener el avance de los cuerpos que formaban la derecha enemiga, a los cuales amagaria con sus fuegos.

La 1.ª efectuaria por la derecha de la 2.ª las mismas operaciones que la 3.ª por el ala opuesta. Bajando por el camino de Reñaca, atravesaria el arenal, ocuparia la estacion de Viña del Mar, se apoderaria de la línea férrea, e impediria que tropas enemigas salidas del fuerte Callao o de Valparaiso acudiesen en socorro de los asaltados.

Una vez que la 2.ª brigada se adueñase de las posiciones de Miramar mediante la ruptura de esa parte de la línea enemiga, debia tomarse por la espalda el fuerte Callao, siempre apoyada por las otras dos, y terminar así brillantemente una operacion cuyo resultado seria la inmediata ocupacion de Valparaiso por el ejército constitucional y una segunda, aturdidora, pronta y sin duda decisiva derrota de las últimas fuerzas que defendian al tirano.

Si a las razones estratéjicas que movieron a Canto y Körner a concertar este plan se agrega el triste estado a que la embriaguez, el desbande y el miedo tuvieron reducidas esa noche, y aun durante todo el dia 23, a las desmoralizadas huestes dictatoriales, ¿qué duda cabe de que la operacion se hubiera realizado con mucha mayor facilidad y menos sacrificios que los que esos mismos jefes preveian?

*
* *

Impuestos los jefes de brigada del papel que a cada uno correspondia en el próximo ataque, se retiraron a sus campamentos a fin de disponer lo conveniente para el mejor resultado de la importante operacion.

La tropa se encontraba dispuesta y animosa, a pesar de los inconvenientes del hambre, que seguia asediándola; pero en la tarde, ya que las mulas no podian acarrear víveres por hallarse ocupadas en el trasporte de municiones, el jefe de los bagajes tuvo la feliz idea de llevar arreando hácia los campamentos una partida de los bueyes traidos por el *Ditsmarchen*. La llegada de éstos fué acojida como maná del cielo por los hambrientos soldados. En pocos momentos estuvieron descuartizadas las reses, y siendo el procedimiento mas corto el de asar la carne, pronto comenzó a chirriar ésta en aguzados asadores de colihue. El olor que despedia era, por cierto, sumamente apetitoso; pero al

llevársela a la boca se cayó en cuenta de que la falta de sal la hacia perder mucha parte de su grato sabor. En vano se buscó por todas partes tan útil condimento: no se le pudo encontrar en ninguna; y como a buen hambre no hai pan duro, fué necesario al fin que todos se resignaran a meterle el diente al asado a pesar de su desabrimiento.

Y a propósito de pan, escusado es decir que ni pan, ni galletas, ni siquiera las tortas del refran, pudieron merecer los constitucionales para acompañar la deglucion de las jugosas lonjas.

Pero mui bien que les supieron ellas para aplacar el canturreo de las tripas. Al dia siguiente, posesionados de Viña del Mar si no de Valparaiso, creian ellos que seria otro cantar.

***

Suplida de ese modo la necesidad mas premiosa de la situacion, los jefes de brigada, junto con entrar la noche, se preocuparon de tomar las medidas preliminares para la realizacion del atrevido asalto.

El comandante Frias, jefe de la 1.ª, que antes de iniciarse el ataque debia ocupar con sus cuerpos el punto mas cercano al enemigo, comisionó al mayor don Cárlos Hurtado, jefe de la bateria que lo acompañó en la batalla de Concon, al comandante Ortúzar, del batallon número 1 de Artilleria, que acababa de ser agregado a su brigada, y al secretario de ésta, don Juan Walker Martinez, quien durante la batalla se habia distinguido por su valor y buena voluntad a la par de los mejores, los comisionó para que, avanzando hácia Viña del Mar, practicasen un prolijo reconocimiento del camino que debia seguir la infanteria de la 1.ª brigada a fin de cumplir las instrucciones que respecto del ataque tenia impartidas el comandante en jefe del ejército.

A la media noche partieron del campamento los tres comisionados, y caminando sijilosamente para no ser descubiertos por las avanzadas enemigas, llegaron a las alturas colindantes con el valle, bajaron poco a poco por el antiguo camino de Quillota hasta penetrar al callejon que comienza en la parte baja, y envalentonados por su propio ardor y por la circunstancia de no haber descubierto hasta allí ni avanzadas, ni postas, ni la menor muestra de vijilancia de parte del enemigo, siguieron adelante,

llegaron al estero, lo atravesaron despues de corta deliberacion, y tuvieron la audacia de acercarse a las primeras casas de la poblacion, sin encontrar hasta allí ni vestijios de precaucion de parte de los conturbados dictatoriales.

Era entonces la una de la mañana, y por la somera revista que hicimos de la situacion del ejército balmacedista durante la noche del 22 al 23 puede verse que a esa hora se ocupaban Alcérreca y Bañados en la tarea de dar colocacion en la línea acordada a los cuerpos que en repetidos convoyes seguian llegando a Viña del Mar.

Se esplica que Alcérreca, que no pegaba los ojos desde el 20 en la mañana, olvidara en esos momentos el importante detalle de las descubiertas y avanzadas que debian servir de resguardo a su campo en circunstancias tan delicadas como la organizacion de su línea; pero estraña que el nuevo jeneralísimo, que recomendaba a todo un jeneral de division hacer tocar "tropa y lista" para evitar el desbande de los soldados, no recordara que la colocacion de postas y de avanzadas es una de las medidas de precaucion que todas las tácticas recomiendan en primer término para la seguridad y buen órden de los campamentos.

Con estos importantes datos, que daban una prueba de la desorganizacion del ejército balmacedista, regresaron poco despues los comisionados al campamento de la 1.ª brigada.

***

Eran las dos y media de la mañana del 23 cuando los cuerpos de la division Frias se ponian en marcha hácia Viña del Mar. A pesar del cansancio y de la falta de sueño, el ánimo de la tropa era superior a la osadia de la empresa. La posibilidad de encontrarse ese mismo dia en posesion de Valparaiso infundia en nuestros hombres invencible aliento y les hacia mirar como divertidas aventuras todas las penurias pasadas. Una luna pálida y velada por fujitivas nubes permitia a los soldados avanzar con paso seguro por el camino, al mismo tiempo que los ocultaba de la vista del descuidado enemigo.

A las tres llegaban al borde de la meseta y comenzaban los cuerpos de infanteria a tomar colocaciones adecuadas para descolgarse cerro abajo y avanzar por el callejon hácia la derecha

del fuerte Callao en cuanto la 2.ª brigada rompiera sus fuegos contra las posiciones de Miramar. La artilleria buscaba posiciones ventajosas en la ladera del poniente, a fin de apoyar el avance de la infanteria y contestar los tiros del fuerte y de las baterias situadas junto al corte, dividiendo de este modo la atencion del enemigo. Los artilleros y los soldados del cuerpo de Injenieros, provistos de barretas y de palas, abrian boquetes en los costados del camino para dar paso a las piezas; y la caballeria, situada a retaguardia, alistaba sus sufridos animales y sus bruñidos sables para lanzarse en persecucion de los fujitivos o cortarles la retirada hácia Quilpué.

No eran todavia las cuatro de la mañana, y ya toda la 1.ª brigada se encontraba lista para apoyar el ataque de la 2.ª

***

Esta, por su parte, comenzó a moverse de su campamento al mismo tiempo que la 1.ª y con igual celeridad y buen órden.

Llegados los cuerpos a la ladera de la loma, en vez de seguir, como lo habian hecho los de la 1.ª, el camino carretero, que se desvia allí hácia el lado del mar, avanzaron de frente por las quebradas y faldas, quedando colocados a la izquierda de la 1.ª brigada. Pero como la 2.ª debia iniciar el ataque, el Valparaiso y el Atacama, que estaban designados para formar la vanguardia, continuaron marchando todavia hasta llegar al pié del cerro, deteniéndose tan solo en la linde norte del valle. Los demas hicieron alto a media falda, encubiertos por los arbustos y matorrales y preparados para seguir a sus delanteros a la primera señal.

El batallon de Artilleria número 2, o, mas bien dicho, las piezas correspondientes a esta brigada, aumentadas con algunas de las tomadas en Concon, se estableció en un cerrillo avanzado desde donde podia protejer con sus fuegos la marcha de la infanteria y contestar al mismo tiempo los disparos de las baterias dictatoriales situadas en el fuerte Callao y en las alturas de Miramar.

La 3.ª brigada avanzó a retaguardia de la 2.ª y se situó en los alrededores del tranque, destacando algunos de sus cuerpos há, cia la izquierda, es decir, en direccion a la cancha de carreras-

para cumplir de este modo con el encargo que tenia de apoyar a la 2.ª por la izquierda de ésta.

***

Se acercaba el momento designado para el ataque—las cuatro de la mañana—y todo parecia preparado para darle principio en conformidad con las prevenciones del comandante en jefe de nuestro ejército. La artilleria, cuya colocacion era la mas difícil a causa de la configuracion del terreno, tenia ya perfectamente situadas sus piezas y esperaba tan solo la órden de los jefes superiores para romper sus fuegos. El Atacama y el Valparaiso recibian órden de avanzar más todavia en direccion al enemigo; de tal modo que creyendo los bravos del 2.° que este avance era el decisivo y que pronto se encontrarian al pié de las alturas situadas a su frente, se despojaron nuevamente de sus rollos y prendas de abrigo para encontrarse mas desembarazados y livianos durante la carrera que iban a emprender para atravesar el estero y la planicie y durante su rápido ascenso por las faldas del lado oriente de Miramar.

Poco despues, sin embargo, se les impartia la órden de detenerse de nuevo. Se encontraban ya en la parte baja y separados a lo sumo por una distancia de mil quinientos metros de las faldas ocupadas por el ejército dictatorial.

En esos momentos el jefe de la brigada, acompañado por sus ayudantes y por su estado mayor, practicaba un último reconocimiento a las fuertes posiciones que tenia órden de atacar.

***

La 1.ª brigada, mientras tanto, situada en la falda de nuestra derecha, se encontraba pronta para marchar al asalto.

El coronel Canto y el comandante Körner, viendo que se acercaba la hora señalada a la 2.ª para romper sus fuegos, llegaban a las posiciones ocupadas por los cuerpos del comandante Frias y desde allí observaban ansiosos las posiciones de Miramar, esperando por momentos divisar los repetidos fogonazos que debian demostrarles que sus órdenes habian sido fielmente cumplidas. Uno y otro se sentian impacientes y nerviosos, cal-

culando que cada minuto de retardo equivalia a la pérdida de una parte de nuestras ventajas; pero los minutos se sucedian rápidos, y ningun ruido, ninguna luz demostraban, ni que el enemigo hubiese descubierto el avance de los cuerpos constitucionales, ni que éstos se batieran con las avanzadas ya que no con las líneas enemigas. El reloj marcaba las cuatro y media de la mañana, marcaba despues las cinco, y todavia el valle, la ciudad y las alturas permanecian envueltas en la oscuridad y en el silencio.

Los soldados estaban tan impacientes como sus jefes. Todos deseaban empeñar cuanto antes el ataque, porque comprendian que una sorpresa duplicaba sus fuerzas y sus probabilidades favorables.

El horizonte comenzaba poco despues a pardear. El alba se anunciaba con los mil rumores de la naturaleza que despierta, y el sol corria a lucir su frente por detras de las negras y enhiestas montañas. Ya no era posible pensar en una sorpresa: la proyectada operacion habia fracasado. Aun cuando en ese momento mismo se iniciara el ataque, la aurora, durante los treinta minutos que a lo menos emplearian nuestras tropas en atravesar el valle, el estero y la poblacion, habria recorrido en su fuljente carro casi la mitad del cielo, y los dictatoriales dispondrian entonces de tiempo suficiente para recobrarse de su sorpresa, para organizar la defensa en el punto atacado y para llamar en ausilio de éste nuevas tropas, pues no seria posible engañarlos ahora respecto de nuestro verdadero objetivo desde que ellos, ocupando alturas superiores a las nuestras, descubririan los movimientos de las tropas constitucionales y podrian calcular de antemano hácia dónde se dirijian éstas.

El coronel Canto, en vista de ello, dió órden al comandante Frias para que retirase sus batallones de las laderas y de la altura y los ocultase a la vista del enemigo, y así se comenzó al punto a verificarlo. Cuando la plena claridad del dia sobrevino, solo la artilleria conservaba sus posiciones. El movimiento de nuestra infanteria habia pasado, por fortuna, completamente desapercibido para los afanados pero poco precavidos jenerales de la dictadura.

***

Eran mas o menos las seis y media de la mañana (1) cuando se presentaba al Cuartel Jeneral el coronel Vergara diciendo que, despues de practicar un reconocimiento en compañia del estado mayor de la 2.ª brigada y de varios jefes y oficiales, habian llegado todos a la conclusion de que las posiciones enemigas eran inespugnables y de que su ataque equivaldria, por lo tanto, a un sacrificio inútil para nuestra jente y a un triunfo fácil y seguro para los balmacedistas. Por eso, y a pesar de tener su jente lista a la hora señalada, habia resuelto suspender la operacion y venia a poner en conocimiento del comandante en jefe su determinacion.

***

El fracaso del proyectado ataque del 23, aunque ignorado por el enemigo, produjo en nuestro ejército el efecto de un desastre. Ya hemos visto cuánta era el dia antes la escasez de víveres y cómo, dedicadas las mulas de los bagajes al trasporte de municiones y pertrechos de guerra, no pudieron suplir de mas artículos de provision que unos cuantos bueyes, cuya carne, sin pan ni sal, sirvió de frugalísima comida a nuestras tropas en la tarde del 22, despues de la hambruna de ese dia y del 21 y de la ajitacion y fatigas de la batalla y de las marchas. Pero resuelto ya el ataque a las posiciones de Miramar y pensando los jefes superiores de nuestro ejército hacer almorzar a sus tropas el 23 en Valparaiso, los bagajes, en vez de dedicarse al trasporte de víveres, fueron comisionados para recojer de las márjenes del Aconcagua los rollos con los abrigos y mantas que los distintos cuerpos habian dejado allí en los momentos de iniciar la pelea.

El hambre, y un hambre de tres dias de fatigas, se divisaba, pues, con todos sus horrores y su inevitable desaliento; y para un jefe tan celoso del bienestar de sus soldados como el coronel anto, semejante perspectiva agregaba a la contrariedad del fracaso las amarguras de una situacion sembrada de peligros. En una reunion de altos funcionarios celebrada en esos momen-

(1) Las nueve, segun el parte oficial del Jefe de Estado Mayor Jeneral.

tos para reemplazar con algun nuevo plan el que tan lastimosamente acababa de frustrarse, se espusieron diversas ideas y hasta llegó a pensarse en reembarcar el ejército.

El ministro de la guerra, coronel Holley, sustentaba la opinion de que el ataque que debió iniciarse antes de la madrugada podia llevarse a efecto aunque fuera de dia: tan aceptable y ventajoso le pareceria el plan ideado por Canto y Körner para cortar la línea enemiga y desbaratarla por completo en pocas horas.

Algunos de los jefes que ocupaban las posiciones mas avanzadas de nuestro cmapo, como el mayor Moore, del Chañaral, pudieron observar, en efecto, aun despues de entrado el dia, que las tropas dictatoriales no tenian a esas horas establecido el menor servicio de seguridad; el comandante Boonen, del Atacama, dió aviso de que éstas se movian en direccion a las cumbres, como si se retirasen hácia el Alto del Puerto, y uno y otro dato demostraban que el ejército constitucional, encubierto por las quebradas, los árboles y el caserio, no habia sido visto aun por el enemigo. Pero el sol avanzaba con rápidez, y mui pronto los defensores del fuerte Callao descubririan nuestra cercana artilleria, la cual, no pudiendo retirarse de sus posiciones con tanta rapidez como la infanteria, permanecia con sus piezas abocadas en direccion a éste y a las alturas de Miramar.

El coronel Canto se opuso a la idea de atacar de dia. Esta operacion le parecia llena de inconvenientes. Aun triunfando, sus hambrientas tropas podian entrar a Valparaiso revueltas con las dictatoriales, y no queria esponer esta poblacion a las terribles consecuencias de un combate en las calles. El enemigo conservando las alturas, se hallaba tambien en aptitud de fusilar desde ellas a nuestros soldados, y todavia, despues de forzada la posicion de Miramar, nadie le impediria correrse por las cumbres y seguir dominándonos con sus fuegos hasta el mismo Valparaiso, en donde, las tropas de un lado y las guarniciones de los fuertes del otro, cojerian a los cuerpos constitucionales entre dos fuegos, y a lo menos los desorganizarian si no lograban derrotarlos, pero esponiendo de todas maneras la ciudad e introduciendo el desórden en un ejército que quizá mui pronto necesitaria combatir de nuevo con las reservas del dictador.

El coronel Canto, por lo demas, convocaba en seguida a los jefes de brigada y a los altos funcionarios que acompañaban al ejército y sometia a su consideracion la conveniencia o inconveniencia de realizar el ataque a la luz del dia. No hubo ningun voto discordante sobre este punto: todos fueron de opinion de que, habiendo desaparecido las ventajas de la sorpresa, la conveniencia del ataque desaparecia tambien.

Se tomó entonces la resolucion de internar una brigada hácia Quilpué a fin de amagar por ese punto la línea balmacedista al mismo tiempo que cortarle sus recursos impidiendo el tráfico de trenes.

En conformidad con esta determinacion se dió contraórden a los cuerpos que permanecian en el bajo. Aquellos valientes recibieron con desagrado la noticia de que el proyectado asalto no se llevaba a efecto y de que debian reservar sus brios para mejor ocasion. Y como era necesario, por una parte distraer al enemigo para que no molestase con sus fuegos a nuestra infanteria mientras se replegaba sobre la altura, y por la otra entretener a esta misma con alguna operacion bélica que no la dejase entregada por completo a la inercia y al desaliento, se dió órden a las baterias constitucionales para que rompiesen sus fuegos sobre el fuerte Callao y sobre las alturas de Miramar.

No deseaban otra cosa nuestros sufridos artilleros, y por eso al instante dieron principio a un nutrido cañoneo.

***

La 1.ª brigada, como dijimos, se ocultó en los pliegues del terreno y en las quebradas vecinas en cuanto el coronel Canto consideró frustrado el ataque de la 2.ª a causa de haber sobrevenido la claridad del dia. La 3.ª, que permaneció en las laderas mientras algunos cuerpos de la 2.ª bajaron hasta el valle, pudo ejecutar la misma operacion con facilidad y prontitud: solo la 2.ª brigada se encontraba en una situacion bastante comprometida, como que estaba al alcance, no solo de los cañones, sino hasta de los fusiles enemigos. Precisamente para facilitar su retirada hácia la altura fué por lo que se ordenó a la artilleria, que ocupaba la posicion mas avanzada de nuestra derecha, llamar la atencion de los balmacedistas por ese lado.

Esta medida produjo escelentes resultados. A las nueve de la mañana recibian órden de replegarse hácia los cerros los cuerpos de la 2.ª brigada que habian bajado hasta el valle, y así comenzaron a ejecutarlo en medio del sostenido cañoneo de las dos artillerias, y sin que las granadas enemigas, dirijidas esclusivamente contra nuestras piezas, causasen baja alguna entre los infantes constitucionales. Estos subieron por las faldas en hileras de a uno, cabizbajos y mohinos y sin tener oportunidad para ir a buscar sus rollos en el punto en donde los tiraron al suelo en la creencia de que marchaban al asalto; pero la subida la hicieron con tanta precaucion y aprovechando tan hábilmente las depresiones del terreno, que el enemigo, ni notó su presencia en ese punto, ni se dió cuenta de la terrible amenaza que habia tenido suspendida sobre su cabeza. Creyó únicamente que todo el ejército constitucional, apenas repuesto de las fatigas de la batalla del 21 y reorganizado a medias, acababa de llegar a las alturas del norte de Viña del Mar y anunciaba ruidosamente su presencia para infundir el terror en las filas de los recien establecidos dictatoriales.

Una vez arriba los soldados de la 2.ª brigada, se tendieron de barriga en el suelo, imitando a sus compañeros de la 1.ª y 3.ª Así presentaban menos blanco a los proyectiles enemigos que surcaban el aire a poca distancia de sus cabezas, y al mismo tiempo descansaban algo de las fatigas de las marchas y de la larga escitacion de la espectativa. Muchos hubieran querido en esos momentos conciliar el sueño, que los hostigaba tanto como el cansancio y la falta de alimento; pero las granadas de los cañones balmacedistas, estallando a cada instante sobre sus cabezas, los mantenian en constante desasosiego y les hacian temer una muerte sin utilidad y sin gloria en vez de la que habrian alcanzado atacando por sorpresa antes del alba las posiciones de Miramar.

***

A todo esto la escuadra, advertida del proyectado ataque pero nó de su suspension, se hallaba desde antes del amanecer preparada para coadyuvar a la accion del ejército, de conformidad con los deseos del coronel Canto. Mientras la *O'Higgins* y la *Magallanes* sostenian el asedio a la altura de la Laguna, el *Cochrane*,

la *Esmeralda*, el *Cachapoal* y el *Aconcagüa* cerraban la boca del puerto hasta Concon, el *Biobio* custodiaba esta caleta, y el *Maipo* cruzaba a la altura de Quintero.

El *Cochrane*, apegado a la costa, esperaba con ansiedad oir resonar en tierra los disparos que le anunciasen el ataque de nuestras tropas. En cuanto los primeros tiros resonaran, avanzaria sobre el fuerte Callao para llamar la atencion de los artilleros hácia el lado del mar, y la *Esmeralda*, colocada un poco al oeste, haria en seguida otro tanto. Pero las cuatro de la mañana pasaban, eran las cinco, se acercaba la luz del dia, y ningun ruido de tierra venia a calmar la ansiedad de los vijilantes marinos. Solo despues de las siete, cuando no podia pensarse en la sorpresa, comenzaron a cambiarse nutridos disparos entre las baterias de uno y otro bando, separadas únicamente por el estero y la faja arenosa de la márjen derecha de éste.

La nave capitana, avanzando cautelosa para observar lo que pasaba en tierra y para tomar con exactitud las distancias a fin de que sus proyectiles no fueran a herir a nuestros amigos, a quienes se suponia atacando las alturas de Miramar, se acercaba con imponente lentitud al fuerte Callao. Los artilleros de éste, a su turno, contemplaban atentamente al blindado y rectificaban una y otra vez las punterias de sus gruesos cañones, esperando el momento de tenerlo a tiro para descargarle tremendos golpes. La *Esmeralda* avanzaba tambien hácia el sur con las mismas precauciones que el *Cochrane*, y el *Cachapoal* y el *Aconcagua* recibian órden de detenerse a unos mil quinientos metros de los buques de combate a fin de hallarse listos para prestarles socorro en caso de ocurrir algun accidente desgraciado.

El fuerte, que a causa de su altura abarcaba mas campo de tiro con sus piezas, dirijió mui pronto repetidos disparos a los buques. Los gruesos proyectiles, cruzando ruidosamente el aire, se sumerjian en el agua a poca distancia del blindado, demostrando así el magnífico alcance de las grandes piezas que los dirijian. Ese alcance, segun podia calcularse desde a bordo, no era inferior a diez mil metros.

El *Cochrane* seguia avanzando lento y majestuoso, deteniéndose a veces como para escuchar el ruido de la fusileria de tierra y descubrir por él en qué punto se habia empeñado el combate; y como por desgracia la Columna de Rifleros, por órden del mi-

nistro de la guerra, coronel Holley, comenzó a hacer fuego desde los alrededores del estanque situado entre dos de las lomas que ocupaban nuestras baterias de tierra, este repiqueteo de fusileria hizo creer sin duda a los marinos que el combate se habia empeñado en la parte baja de Viña del Mar y que el ejército opositor iniciaba de ese modo su ataque contra Miramar.

***

Entonces la *Esmeralda* y el *Cochrane* se acercaron más a tierra, esponiéndose a ser averiados, no solo con los disparos del fuerte Callao sino tambien del Pudeto y del Andes, y comenzaron a buscar una posicion adecuada para dirijir sus proyectiles en direccion al primero y a las posiciones enemigas de las alturas de Miramar. Hasta el Bueras, creyendo tener a tiro a la *Esmeralda*, le lanzó en esos momentos tres o cuatro cañonazos, aunque sin alcanzarla. El Andes le disparó cinco con certeras punterias y con un alcance de 9,200 metros, y el Pudeto dos o tres con menor éxito.

No podia ser mas sensible el inminente riesgo a que de una manera tan inútil se esponian nuestras naves, engañadas por el fuego, inútil tambien, de los Rifleros, que tendidos de barriga disparaban al azar contra los enemigos atrincherados a mas de dos mil quinientos metros en las alturas de Viña del Mar y de Miramar. El *Cochrane* siguió avanzando para poner al fuerte Callao bajo sus tiros, y la *Esmeralda,* alejándose del radio de accion del Andes, se encaminó hácia el mismo punto.

Eran las 8.20 de la mañana cuando rompia el *Cochrane* sus fuegos. Cinco minutos despues hacia otro tanto la *Esmeralda*. Como los proyectiles del primero no llegasen a la bateria enemiga, se adelantó una y otra vez hasta alcanzarla, y en esa espuesta posicion, que lo ponia de sobra bajo los fuegos de los cañones contrarios, se mantuvo durante largo rato. Los artilleros enemigos iban rectificando poco a poco sus punterias, y granadas hubo que cayeron a pocos metros del blindado, haciendo creer a los de tierra que habian logrado herirlo con ellas.

Las colisas de la *Esmeralda*, de mayor alcance que los cañones del *Cochrane*, lanzaban mientras tanto espléndidos tiros, algunos de los cuales llegaban hasta los atrincheramientos balmacedistas

de las alturas de Miramar. Y como el cañoneo en tierra continuaba nutrido e incesante, dejando percibir a veces el fuego de la fusileria, las arrogantes naves, deseosas de secundar la accion de nuestro ejército, mantenian sus peligrosas posiciones y afrontaban valerosamente los disparos de los fuertes enemigos.

*
* *

Eran las nueve y media de la mañana, y el fuego de cañon se sostenia por ambas partes atronador y nutrido, haciendo creer quizá a los que no podian ver el campo de la accion que en esos momentos se libraba un combate sangriento y decisivo.

Mientras tanto las bajas eran pocas, así en uno como en otro campo. Nuestra infanteria, oculta en las quebradas, se hallaba amparada contra los proyectiles enemigos por las ventajas de su colocacion y por lo defectuoso de las granadas que los cañones balmacedistas empleaban. Aquí, como en Concon, y como despues en la Placilla, pudo observarse que apenas un diez a quince por ciento de ellas hacia esplosion, traicionando de este modo los esfuerzos, la rapidez y buena punteria de los artilleros contrarios. Gracias a ello, ni un solo soldado de la infantería constitucional resultó herido, a pesar de que a cada instante caian numerosos proyectiles junto a los diversos grupos. No por eso dejó de introducirse entre ellos la confusion y la alarma, agregando este nuevo elemento de desmoralizacion al insomnio, al hambre, a la fatiga y al disgusto del fracaso.

Solo el batallon número 2 de Artilleria, una de cuyas secciones, a cargo del mayor Armstrong, se adelantó hácia el fuerte Callao hasta ocupar el cerrillo llamado de las Salinas, sufrió algunas bajas durante el cañoneo. Una granada enemiga, estallando en medio de los sirvientes de las piezas, hirió de gravedad en el rostro al alférez don Alberto Phillips, dañándole los ojos con sus menudos cascos y poniéndolo en inminente riesgo de perder la vida. Otra granada, en el mismo punto, hirió de gravedad en una mano al sarjento Rojel y a dos o tres soldados; de tal modo que, notando el inútil peligro a que estaban espuestos aquellos bravos artilleros, se dió órden al mayor Armstrong para que abandonase su posicion y se replegara con sus piezas a la loma en donde se hallaba el grueso de nuestra artilleria.

Las bajas enemigas no fueron tampoco de consideracion, si hemos de atenernos a la relacion de Bañados Espinosa. Segun él, no sufrió ese dia el gobierno otras pérdidas que las del teniente coronel don Benedicto Silva, herido levemente, de un sarjento y dos soldados, que fueron alcanzados por una granada que estalló en el fuerte Callao.

***

Replegada la infanteria constitucional sobre la altura y terminado, por lo tanto, el papel de nuestra artilleria, ésta comenzó a enrarecer poco a poco sus fuegos. Ademas, ya sus municiones comenzaban a agotarse, y a las diez y media de la mañana se le concluian por completo.

Las piezas fueron entónces retiradas de las laderas, aunque permanecieron siempre a la vista del enemigo, y los artilleros quedaron en descanso al abrigo de sus cañones.

Un fúnebre silencio sucedió al ruidoso cañoneo; y observando esto la *Esmeralda* y el *Cochrane*, que se habian mantenido constantemente bajo los fuegos del fuerte Callao, comenzaron a moverse poco a poco para no seguir espuestos a las granadas enemigas y para ver modo de percibir lo que pasaba en tierra.

Los artilleros balmacedistas suspendieron tambien en esos momentos sus disparos. Solo mui a lo lejos dirijian, ya al *Cochrane*, ya a la *Esmeralda*, algunos tiros con sus grandes cañones, cuando juzgaban que los movimientos de nuestros buques los habian acercado lo suficiente para ponerlos a su alcance.

A bordo no se sabia qué pensar de esta suspension de fuegos. ¿Habrian forzado los nuestros las posiciones enemigas? ¿Habrian sido rechazados?

La ansiedad era terrible.

***

No era mas lisonjera la situacion en tierra. Llegaban las once de la mañana de un dia de ajitacion despues de una noche sin sueño, y el hambre, persistente y devoradora, asediaba a nuestra jente con mucha mayor crueldad que las granadas enemigas. Durante las primeras horas de la mañana, la espectativa del

combate, los movimientos, las marchas y contramarchas habian entretenido a la tropa lo suficiente para dominar los gritos del estómago; pero una vez que toda, oculta en las quebradas y bajo los matorrales y arbustos, se vió obligada a permanecer en la inaccion, la necesidad de alimento se hizo tan premiosa, que el hambre, convertida en verdadera plaga, hubiera bastado para desmoralizar y quizá para desbandar a un ejército menos patriota, sufrido y determinado que el nuestro.

Algunos soldados, sea para engañar la barriga, sea con la esperanza de que los bagajes trasportasen artículos de consumo, encendieron pequeñas fogatas en algunos puntos; pero los artilleros del fuerte Callao, advertidos por los humos respecto del sitio que ocupaban los nuestros, comenzaron a disparar a éstos certeras granadas, hasta obligarlos a apagar prontamente los fuegos.

La inaccion, la sed, el hambre, las granadas balmacedistas mantenian a la tropa en el triste estado que el coronel Canto habia previsto al ver frustrado el ataque sobre Miramar. Si algun consuelo podian tener los soldados en tan lamentable situacion, éste no era otro que el de observar que su comandante en jefe compartia hasta tal punto sus penurias, que a las cinco de la tarde enteraba veinticuatro horas sin llevar bocado a la boca. Y como el querido coronel soportaba estoicamente la falta de sueño y de alimento, la tropa, por no ser menos, aguantaba tambien como mejor podia el hambre y la sed que la martirizaban.

Pero como más discurre un hambriento que cien letrados, y como los poderosos estómagos de nuestros bravos rotos son capaces en ocasiones de dijerir hasta las piedras, álguien al ver cerca de sí una mata de quisco y al contemplarla verdosa y tierna, como están por ese tiempo, echó mano al yatagan o cuchilla del Mannlicher, cortó una punta del quisco, la despojó de sus espinas y de su corteza, le metió el diente como para probarla, y encontrándola pasablemente buena, se la engulló con delicia y acalló con ella la griteria de las tripas.

Muchos soldados que miraban esta operacion y vieron el aire satisfecho y el jesto complacido del soldado, se apresuraron a imitarlo. Los quiscos abundan allí, como en todos nuestros cerros, y eran en aquel instante un hallazgo inapreciable. Hasta oficiales y jefes no desdeñaron servirse un confortativo trozo. Y

lo bueno es que aun ahora que la hambruna ha pasado, al recordar el sabor del quisco y su refrescante jugo, lo declaran una verdura agradable, sustanciosa y que puede ser comida con placer aun cuando no se encuentre uno en tantos aprietos como los que pasaron ellos el 23.

***

Durante todo el dia siguieron los cañones enemigos lanzando a intervalos bulliciosas aunque inofensivas granadas contra nuestras tropas, tanto desde el fuerte Callao como desde las baterias establecidas en las faldas de Miramar. Los jefes enemigos estaban envalentonados con el éxito que creyeron haber obtenido a tan poca costa, pues ignorantes ellos del plan que debió poner en planta nuestro ejército, se figuraron que en aquel nutrido y prolongado cañoneo consistia toda nuestra operacion de guerra y que ésta tuvo quizá por objeto apagar los cañones del fuerte Callao con el apoyo de la escuadra y apoderarnos así, a cañonazos, de tan ventajosa posicion. Y convencidos, naturalmente, de que esta empresa era punto menos que imposible para el número de cañones con que contábamos, discurriendo tal vez la manera de inducir a nuestras naves a ponerse de nuevo al alcance de sus tiros, determinaron enviar a la *Lynch* a la costa de Viña del Mar para que desde allí cañonease a nuestras tropas y atrajera a las cercanias del fuerte Callao, en un arranque de despecho, a algunos de los buques de la escuadra constitucional.

Se movió, en efecto, la torpedera enemiga en direccion al punto que se le habia señalado; y navegando a la vista de nuestras naves y bajo el amparo de las fortalezas, comenzó a disparar con sus cañones de tiro rápido en direccion a los campamentos opositores. Por un momento pudieron halagarse los balmacedistas con la idea de que su estratajema les producia el resultado que esperaban, porque los buques, no distinguiendo bien al principio, a causa de su posicion, hácia qué punto enviaba la *Lynch* sus proyectiles, y llegando a figurarse algunos a bordo que bombardeaba las alturas del Baron, ocupadas sin duda por nuestras tropas despues del anunciado ataque, tanto la *Esmeralda* como el *Cochrane* avanzaron de nuevo hácia el sur para imponerse de lo que pasaba; pero notando que no era al Baron sino a las lo-

mas del norte de Viña del Mar a las que pretendia cañonear la torpedera, siguieron cruzando fuera del alcance de las baterias.

Los estratéjicos dictatoriales sufrieron, pues, un desengaño, y éste no dejó de costarles algo. En efecto: los proyectiles de la *Lynch*, a pesar de la distancia a que se colocaba de tierra, no alcanzaban ni a media falda de las colinas ocupadas por el ejército constitucional: casi todos caian en la playa o a pocos metros de la ribera, sin causar otro daño en nuestra jente que la sobreescitacion nerviosa que semejante espectáculo le producia. Los marinos balmacedistas procuraron entonces dar mas alza a sus cañones, y tanto los levantaron y urguetearon, que a una de las piezas se le desprendió el obturador y mató a un oficial y dos marineros, dejando heridos a otros.

Con este accidente desgraciado terminó el ardid. La *Lynch* regresó a su fondeadero con la bandera a media asta, o como quien dice con la cola entre las piernas, y nuestros barcos siguieron haciendo en la boca y los alrededores del puerto su vijilante y prolongada guardia.

*
* *

El ejército constitucional, mientras tanto, viendo que ya la tarde avanzaba, comenzó a moverse de sus espuestas posiciones para quedar fuera del alcance de los cañones enemigos. A las tres de la tarde daba el coronel Canto al comandante Frias la órden de protejer con su brigada la marcha de las otras dos, que a esa hora, desfallecidas, comenzaban a retirarse por las quebradas en demanda del campamento que ocuparon la noche anterior en las alturas de Reñaca.

A pesar de las precauciones con que se verificó esta operacion, los artilleros enemigos lograron divisar algunos de los grupos que se retiraban y comenzaron a cañonearlos, pero sin que sus tiros produjesen otro resultado que obligar a nuestra jente a moderar su paso y a no asomarse a las partes prominentes de las colinas. Entre tres y cinco de la tarde, todos los cuerpos de la 2.ª y 3.ª brigadas se encontraban ya en los mismos potreros que la noche del 22 les habian dado alojamiento; y como una de las primeras providencias del comandante en jefe de nuestro ejército despues de ver frustrado el ataque, fué la de mandar

aviso a Concon y a Quintero para que desde allí mandaran víveres y reses, éstas llegaron a la entrada de la noche, y sin pérdida de tiempo quedaron descuartizadas y repartidas a la tropa.

La 1.ª brigada, que a causa de su situacion estaba mas espuesta a la vista y a los fuegos del enemigo, comenzó a retirarse despues de las otras dos. La caballeria, sin embargo, lo hizo como a las tres y media de la tarde, en medio de las granadas que el fuerte Callao le dirijia, pero sin que tuviese que esperimentar ninguna baja. La artilleria, cuyos movimientos tenian que ser protejidos por la infanteria, lo efectuó media hora mas tarde, tambien espuesta a los tiros de su adversaria, pero con la misma fortuna que la caballeria.

Solo a las seis, cuando ya el resto del ejército se hallaba establecido en sus anteriores campamentos, comenzó el Constitucion a moverse hácia la altura. Protejido por la bruma de la tarde y por la dudosa claridad del crepúsculo vespertino, no llamó la atencion de los artilleros balmacedistas, que a esa hora sin duda descansaban de sus fatigas y celebraban su facilísima victoria, pues como tal contaban la jornada.

Al Constitucion seguia poco despues el Iquique, que efectuó el movimiento en las mismas condiciones, y a éste el Antofagasta, que por tener a su cargo el servicio de seguridad del ejército cerraba la marcha, poniéndose en movimiento a las siete y media de la noche.

Despues de las fatigas, penurias y escitaciones del dia, no dejó de ser una agradable sorpresa para estas tropas encontrar en el campamento de Reñaca el rancho preparado y vaheante con que sus compañeros las esperaban.

***

Aunque las mas premiosas exijencias del hambre desaparecian en la noche del 23 mediante la refaccion improvisada en el campamento de Reñaca, esto no bastaba para devolver la alegria y la confianza en el éxito a unos hombres que despues de la brillante victoria de Concon se consideraban invencibles. Sentian ahora quebrantado su ánimo, primero con el fracaso de la mañana, despues con el abrumador y persistente cañoneo del enemigo, y en seguida con la retirada que acababan de ejecutar desde el frente de las posiciones de éste.

Semejante retirada, sobre todo, aparecia a los ojos de los soldados como una demostracion de su impotencia para vencer al numeroso y fortificado ejército que les impedia la entrada a Valparaiso, y por eso el estado de sus espíritus añadia a las fatigas de la marcha, al frio y al insomnio un fondo de preocupacion y casi de desaliento que tenia inquieto y cuidadoso al comandante en jefe de nuestras fuerzas.

Sordos y alarmantes rumores circulaban en los corrillos de los soldados, no se sabe si proferidos por viles espiones o por acobardados parciales, o simplemente creados por la inventiva imajinacion de nuestra jente. El ejército gobiernista se hacia llegar por algunos a dieziseis y hasta a veinte mil hombres de las tres armas. Se agregaba que, a mas de las divisiones de Concepcion y Angol, que ya estaban concentradas en las alturas del sur de Viña del Mar, la de Coquimbo venia tambien, parte por mar, parte en cuatro mil caballos que se habian juntado entre los recojidos en esa provincia y los que el dictador le remitiera desde Santiago. Y como estos rumores, fuera de no hallarse del todo destituidos de fundamento, tenian en su apoyo las observaciones y cálculos de los mismos soldados, fácilmente les daban acojida y se sentian impresionados y conturbados por ellos. Desde las laderas de las colinas del norte de Viña del Mar y desde el pié de éstas pudieron observar, en efecto, en las primeras horas del 23, cuando, protejidos por la oscuridad, esperaban tan solo el primer aviso para lanzarse sobre las posiciones de Miramar, la continua y rápida llegada de numerosos trenes que trasportaban nuevas tropas (las que con su infalible confusion habrian facilitado sin duda nuestra sorpresa), y despues que aclaró, y durante todo el trascurso de aquel desdichado dia, vieron y oyeron a cada instante los largos convoyes y los repetidos pitazos de las locomotoras que en la estacion se cruzaban y detenian. Nadie intentaba, es cierto, dejar abandonada la difícil aunque gloriosa empresa de la liberacion de Chile; pero la primitiva seguridad del triunfo habia desaparecido en parte, y muchos de los mismos que de antemano tenian hecho el sacrificio de su vida presentian ahora que ese sacrificio pudiera ser estéril para el éxito de la noble causa que sustentaban.

Mas, tan arraigada estaba en los ánimos de todos la resolucion de afrontar la muerte por la libertad de la patria, que aun

los mas recelosos hubieran protestado contra cualquiera determinacion encaminada a dejar al enemigo impunemente enseñoreado del populoso puerto cuya posesion los halagaba desde la salida de Iquique como el mas brillante premio de sus afanes.

***

Durante toda la noche del 23 estuvo nuestra jente dominada por esas preocupaciones, a tal punto que algunos funcionarios se alarmaron con esceso y juzgaron oportuno oponer las invenciones favorables a las adversas. Al amanecer del 24 comenzó a circular en los campamentos la falsa nueva de que Santiago se habia sublevado contra la autoridad del dictador y de que esa ciudad se hallaba gobernada por una Junta formada por los miembros del comité revolucionario. Algunos agregaban que dos ministros de Balmaceda habian sido capturados por las nuevas autoridades, y no faltaba quiénes, para dar mayor atractivo a la noticia, llegasen a decir que el tirano mismo se encontraba preso y custodiado por los nuestros. Otros aseguraban que Balmaceda habia sido muerto por el pueblo y que la capital esperaba con ánsia a sus libertadores.

Como estas noticias circularon desde el principio con muchos visos de veracidad, y como los soldados estaban, naturalmente, mucho mas dispuestos a dar crédito a lo que los halagaba que a lo que los aflijia, todos aceptaron sin grande esfuerzo las faustas nuevas, que se decia fueron traidas de Santiago por dos sacerdotes encargados por la Junta de tan importante comision.

El entusiasmo revivió como por encanto. Todos olvidaron sus sufrimientos y sus inquietudes, y muchos entusiastas gritaban: "¡A Santiago! a Santiago!"

Las bandas de músicos, para dar mas aire de seriedad a la invencion, recorrieron los campamentos tocando la cancion nacional y el himno de Yungai y contribuyendo de este modo a realzar el espíritu de la tropa, que desde ese momento no abrigó ya duda alguna respecto de la efectividad de hechos tan inesperados como felices. Así que cuando, como a las cinco de la mañana, despues de haberse desayunado la tropa con una taza de café, se dió a los distintos cuerpos la órden de prepararse para

la marcha, en pocos momentos se hallaron todos dispuestos, deseando internarse cuanto antes en demanda de la hospitalaria y ya libre capital de la república.

***

Los soldados habian recobrado a esas horas sus rollos, sus abrigos y sus morrales, gracias a la actividad desplegada por la comandancia de bagajes. Víveres tambien habian llegado en suficiente cantidad para repartir raciones de marcha a todo el ejército. Por el lado del hambre y del frio no habia, pues, temores que esperimentar.

Por otra parte, en las primeras horas de la mañana se despachó hácia el Salto una considerable partida volante, compuesta de una compañia de Injenieros, una de caballeria y dos de infanteria montada, con el encargo de dejarse caer antes del alba sobre la línea férrea y destruirla en varios puntos, como en efecto se ejecutó. De este modo se pensaba cortar el tráfico de trenes e impedir que el enemigo siguiera recibiendo refuerzos; mas, aunque la operacion fué hecha con intelijencia y esmero por los nuestros, los elementos que los balmacedistas tenian preparados a fin de reparar prontamente la via les permitieron dejarla corriente de nuevo seis horas mas tarde y continuar presurosos el acarreo de sus batallones, los que iban concentrándose sobre las alturas de Viña del Mar y de Miramar hasta convertirlas en casi inespugnables posiciones.

El coronel Canto dió órden a la 1.ª brigada para que permaneciese en el campamento protejiendo la marcha de la 2.ª y 3.ª El comandante en jefe del ejército tenia la intencion de hacer avanzar la 2.ª hasta Quilpué para que allí cortase la via férrea en algun puente o túnel de costosa reparacion, se proveyera de recursos y amenazara las cercanas poblaciones de Limache y Quillota, engañando de este modo al enemigo con un avance sobre Santiago, pero dirijiéndose en realidad a atacar por la espalda las posiciones enemigas. La 3.ª se dirijiria al Salto para mantener amenazada el ala derecha de la línea de Viña del Mar con el movimiento envolvente que tan desasosegado traia a Bañados Espinosa y que tanto recomendaba a Barbosa evitar, y la 1.ª permaneceria en Reñaca hasta nueva órden a fin de conser-

var la comunicacion entre el ejército y su base de operaciones, que era la costa, de ocultar la marcha de las otras dos al enemigo y de mantener a éste en respeto para que no destacara parte de sus fuerzas a impedir el avance de las nuestras por su derecha.

***

Inmediatamente se pusieron en marcha los cuerpos de la 2.ª brigada, siguiendo el camino que serpentea a lo largo de las cumbres que se estienden hasta Quilpué y que comienzan por el oeste en el Torquemada.

A pesar de las dificultades del trayecto por un camino casi abandonado y sembrado a cada paso de grietas y hendeduras causadas por las aguas pluviales, los soldados emprendieron la caminata con paso tan rápido y sostenido, que ya a las nueve de la mañana se encontraban a la vista de Quilpué. Los mas adelantados se ocultaron entre las quebradas y bosquecillos de los cerros del lado norte para dar tiempo a los demas a que, ocupando ocultamente las posiciones que se les indicaron, pudieran avanzar todos a la vez por distintos puntos y encerrar de ese modo en el pueblo a las tropas balmacedistas que lo resguardasen.

Esta operacion se ejecutó satisfactoriamente, pero sin resultado, porque ya las fuerzas enemigas que hasta esa misma mañana permanecian en Quilpué acababan de retirarse con direccion a Valparaiso. El coronel Pantoja, que las mandaba, habia telegrafiado, en efecto, al coronel Ruiz, jefe de estado mayor de la division Santiago, lo siguiente a las nueve de la noche del 23:

"Aun cuando he tomado todas las providencias para resguardar las fuerzas y elementos de movilidad que hai en este lugar, tengo el presentimiento de que el enemigo puede intentar una sorpresa. He colocado avanzadas de caballeria en los puntos traficables y dominantes, pero la naturaleza del terreno permite el acceso al pueblo por el sur y poniente. A las oraciones se han visto mui a las claras dos grandes fogatas en las alturas dominantes por los vientos indicados, que no son otra cosa que señales convenidas del enemigo. Tengo tres convoyes vacios listos en ésta para el caso de que de esa se me indique alguna retirada. En media hora más partirá a esa un gran convoi llevando toda la artilleria perteneciente a la 4.ª division. Todo esto se lo comunico a V. S. para que tenga conocimiento de esta

situacion y me dé las instrucciones del caso, pues hasta este momento no tengo otras que las que me indicó con referencia a medidas de seguridad. Ni del señor jeneral Alcérreca ni del señor jeneral Barbosa he recibido comunicacion alguna, y desconozco lo que ocurre en esa. Sírvase V. S. tomar mui en cuenta lo que dejo espuesto.—PANTOJA."

Como se ve por este quejumbroso y alarmado telegrama, si la situacion de nuestro ejército no habia sido ni mui alentadora ni mui cómoda el 23, en cambio el enemigo estaba viendo candelillas, como las que en forma de fogatas *por el sur* de Quilpué aparecian a los azorados ojos del coronel Pantoja. No es raro, pues, que en vista de sus alarmas, que se repitieron mas tarde, le diesen órden sus jefes para replegarse a Viña del Mar y dejar a Quilpué en el estado de desamparo en que lo encontró nuestra 2.ª brigada.

***

La 3.ª brigada se ponia en marcha a continuacion de la 2.ª y por el mismo camino de ésta, aunque avanzando con mayor calma y cautela para no llamar la atencion del cercano enemigo. Al caer la tarde llegaba a los cerros situados al norte del Salto, resguardada por las cumbres de la vista de los vijias enemigos, y allí esperaba que anocheciera para bajar al valle y apoderarse de la estacion y de la via férrea. Los balmacedistas, entretenidos a su frente por la 1.ª brigada, no habian sospechado el movimiento de la 2.ª y 3.ª, a pesar de los presentimientos (que salieron acertados) del coronel Pantoja. Si esta situacion se mantenia, tal vez al dia siguiente, 25, pudiera la 2.ª brigada ponerse en marcha de Quilpué al interior para ganar por la espalda las cumbres de los cerros ocupados por el ejército dictatorial, mientras éste, amenazado a su frente por la 1.ª y 3.ª, permaneceria encastillado en sus mismas posiciones. Cojiéndolo entonces entre dos fuegos, su derrota era segura.

Pero este ventajoso plan tenia en su contra las graves dificultades de su ejecucion, que lo trasformaban, no solo en atrevido, sino hasta en aventurado. Porque si los jefes enemigos, gracias a los numerosos medios de informacion de que estaban provistos, lograban descubrir a tiempo la amenazadora marcha

de nuestra 2.ª brigada, ¿no era mui posible que la atacasen con fuerzas superiores y lograran así envolverla y destruir en detalle nuestro ejército?

Otro inconveniente tenia tambien este plan, motivado por la creencia de nuestra tropa en los ventajosos pero falsos rumores que esa mañana se habia hecho circular. Descubierta su falsedad y encontrándose aisladas las tres brigadas ¿no decaeria de nuevo su espíritu?

Este grave problema preocupó profundamente esa noche a los jefes superiores del ejército constitucional; y midiendo y pesando entonces todas las probabilidades, determinaron al fin que tanto la 3.ª como la 1.ª brigadas se dirijiesen a Quilpué. Iban a perder con esto su base de operaciones; iban a quemar sus naves; pero si su resolucion de vencer o morir era arraigada y firme cuando tenian la retirada segura ¿cómo no lo seria cuando se encontrasen aislados, solos y sin amparo posible en el corazon del territorio dominado y ocupado por las huestes del tirano?

***

Mientras la 2.ª y 3.ª brigadas marchaban hácia Quilpué, la 1.ª, cumpliendo las órdenes del coronel Canto, permanecia en el campamento de Reñaca. La posicion tenia la ventaja de hallarse a la vista del enemigo, mediante lo cual se podia observar fácilmente los movimientos de éste, y al mismo tiempo fuera del alcance de sus cañones, segun se comprobó por unos cuantos disparos que hizo el fuerte Callao como a las siete de la mañana.

El comandante Frias, queriendo, como jefe intelijente y precavido, encontrarse en todo momento en aptitud de rechazar un ataque, elijió por aquellas cercanias unas ventajosas posiciones de defensa y llevó a ellas sus tropas, tomando las disposiciones necesarias para sostenerse airoso contra todo el ejército contrario. Junto con esto, a fin de impedir los reconocimientos del enemigo y vijilar sus movimientos, destacó numerosas partidas de esploracion y de avanzada que llegaron casi hasta el pié de los cerros colindantes con Viña del Mar por el norte y que se mantuvieron en seguida en las mismas quiebras y faldas que el dia anterior habia ocupado nuestro ejército.

Los jefes balmacedistas observaban, sin duda, estas manio-

bras; pero, creyéndolas precursoras de una batalla, lejos de abandonar sus posiciones o de destacar fuerzas para hostilizar a nuestras avanzadas, permanecian mas y mas aferrados a sus colinas. Ni siquiera hacian disparos de cañon contra los piquetes constitucionales que tenian a su alcance, como si temieran precipitar el combate y exasperar a sus adversarios.

El comandante Frias entonces, a fin de dar mas aire de verosimilitud al engaño, comenzó a mover por su espalda cada uno de los cuerpos de las tres armas que componian su brigada, haciéndolos avanzar en seguida hácia la parte mas elevada de la meseta y por consiguiente a la vista del ejército dictatorial. Allí desfilaban como si solo en esos instantes llegaran al campamento, y marchaban en seguida finjiendo ir a tomar una colocacion conveniente en nuestra línea, pero en realidad para bajar de nuevo la falda norte de la meseta y presentarse otra vez en la cumbre haciendo el papel de recien llegados. Los escuadrones de caballeria, la artilleria, los tres rejimientos de infanteria desfilaron en esta forma tres o cuatro veces a la vista del amedrentado enemigo, tomando a veces los soldados la precaucion de calarse la manta, de ponerse por el revés las casacas o de variar lo mejor que podian sus trajes a fin de no ser descubiertos por los buenos anteojos de que se suponia provistos a los jefes enemigos.

La estratajema produjo un resultado tan satisfactorio, que los balmacedistas no solo se figuraron que en las alturas de Reñaca se encontraba todavia la totalidad de nuestro ejército, sino que sus esploradores llegaron refiriéndoles, y ellos lo creyeron, que en Concon acababan de desembarcar dos mil hombres recien llegados del norte a reforzar nuestro ejército.

***

En estos útiles y divertidos aunque fatigosos entretenimientos trascurrió para la 1.ª brigada todo el dia 24. El desfile continuado y sistemático de todos los cuerpos se prolongó hasta las oraciones, no cesando sino cuando ya las primeras sombras de la noche no permitian a los anteojos enemigos percibir lo que pasaba en nuestro campo.

Aprovechando esas horas de semioscuridad se dió a la tro-

pa un rato de descanso que harto necesitaba, y se encendieron las fogatas de los vivaques. Y como era conveniente mantener por todos los medios posibles el engaño del enemigo, los rancheros de la 1.ª brigada no solo encendieron y mantuvieron los fuegos de su propio campamento, sino que hicieron otro tanto con los de las dos brigadas ausentes. Tan a pecho tomaron esta tarea, que en las primeras horas de la noche podian divisarse, no solo desde el campamento balmacedista de Viña del Mar, sino desde Valparaiso mismo, las grandes llamaradas que iluminaban con alegres reflejos aquellos solitarios parajes. Los fuegos se multiplicaban y crecian a cada instante, atizados por nuestros entusiastas soldados, que, sabedores de lo que se intentaba, procuraban ayudar en la medida de sus fuerzas al mejor éxito del oportuno ardid de guerra. Y tan bueno resultó éste, que los jefes y esploradores enemigos siguieron creyendo a pié juntillas que en las alturas de Reñaca se encontraba esa noche todo el ejército constitucional, y ademas los dos mil hombres recientemente desembarcados en Concon.

***

Una vez encendidas las fogatas y consumido el rancho por la tropa, comenzó la 1.ª brigada a desfilar en direccion al Salto y Quilpué por el camino de la cumbre, llevando cada cuerpo sus correspondientes guias y observándose el escalonamiento que la táctica recomienda en esta clase de operaciones. La noche estaba oscura, y los ojos, habituados al resplandor de las hogueras, no atinaban a descubrir las vueltas y revueltas del sendero. Por esta causa fué necesario abandonar dos piezas de artilleria y una ametralladora que cayeron barranca abajo al recorrer un peligroso trecho. Algunos cuerpos perdieron la ruta a pesar de la direccion de los guias, los cuales tenian tambien la cabeza perdida con aquella marcha fantasmagórica por sobre cerros y mesetas y a traves de quebradas, bosquecillos y matorrales iluminados a medias por los cambiantes reflejos de las llamas.

A las once de la noche llegaba la 1.ª brigada a los cerros del Salto, en donde se encontraba la 3.ª Resuelto ya el plan de operar con las tres juntas por sobre las alturas del sur de Viña del Mar, ambas brigadas bajaron al valle, descansaron allí du-

rante tres horas, y a las dos de la mañana del 25 se pusieron en marcha sobre Quilpué.

A las seis llegaban los últimos soldados constitucionales a la vista de este pueblo, ocupado desde el dia anterior por los cuerpos de la 2.ª brigada. La 3.ª acampó en algunas casas, y la 1.ª, falta de alojamiento bajo techo, se estableció sobre los cerros del noroeste. La lluvia comenzaba en la tarde, pero solo a las cinco lograban los sufridos soldados del comandante Frias acojerse al amparo de algunas habitaciones. Soldados y oficiales venian hechos una sopa, y ahora tuvieron que encender nuevas fogatas para secar en ellas sus empapados trajes.

* * *

Con estos movimientos y aventuras recobraron por completo nuestros soldados sus ánimos y su empuje. En el opuesto bando, algunos jefes balmacedistas, y en especial el nuevo jeneralísimo Bañados Espinosa, se sentian entusiasmados con el favorable éxito del 23; pero los que se habian encontrado en Concon no participaban sino a medias de la confianza del petulante ministro. La tropa, sobre todo, se hallaba en un estado tal de desmoralizacion y decaimiento, que ningun asomo de pasajero triunfo bastaba para destruir en su espíritu el efecto producido por las interminables relaciones de los fujitivos de la derrota del 21. Y como desde ese dia, tanto a causa de las amenazas del ejército y de la escuadra constitucionales, cuanto con motivo de la concentracion del ejército en Viña del Mar, habian trascurrido las horas en constantes trajines y alarmas, comiendo mal y durmiendo peor, los sufrimientos físicos, agregados al malestar moral, mantenian a los defensores de la dictadura en una condicion mas propia para la fuga y la derrota que para los esfuerzos varoniles de la victoria.

El mismo Balmaceda, por otra parte, contribuyó en no pequeña escala a la desmoralizacion de su ejército. Fuera de la torpe medida de delegar en Bañados sus poderes y de entregarle, humillando a sus jenerales, la direccion superior de la campaña, quiso en las primeras horas del 23, a pesar de su reciente resolucion de no abandonar los trabajos en Santiago, levantar el espíritu de su jente pasándole una revista antes de la

nueva batalla que preveia, y con este propósito llegaba a la estacion de Quilpué en un tren especial.

Con motivo de su visita nos escriben de ese pueblo:

"El domingo 23 fué testigo Quilpué de mas cómicas escenas aun. Ese dia a las diez de la mañana llegaba un tren conduciendo nada menos que al dictador Balmaceda, que iba en viaje a Valparaiso a ponerse al frente de sus tropas. Fué recibido al son del himno de Yungai por una banda de músicos que allí habia. En el acto de bajar se dirijió al telégrafo para averiguar si podria seguir su marcha sin peligro alguno, y se le contestó que los constitucionales estaban en Reñaca, que así se llama una altura que domina a Viña del Mar. Al oir esto, pálido y demudado pide un caballo a fin de seguir la jornada por otro camino, y entre la tropa se le busca una carabina que el coronel Vidaurre coloca en sus manos armándolo así caballero, y principia a enseñarle su manejo.

Pero en ese preciso momento llega un chasque a escape a anunciarle que diez mil constitucionales vienen rodeando los cerros de Quilpué y que ya están a dos leguas de distancia. Viendo con esto el dictador que el tiro se le habia salido por la culata, y sin imponerse de la falsedad de la alarma, arroja lejos de sí la carabina, que habia dejado de ser la de Ambrosio para convertirse en la de Balmaceda, y a paso precipitado, cayéndosele en el camino la huasca y al aire la melena, se encamina a su tren, que una máquina por delante y otra por detras tenia, y emprende la fuga hasta llegar a Llaillai, dejando aquí dos mil hombres que, desconcertados y espantados, así le veian huir del peligro.

Es por demas decir el desconcierto que la fuga dictatorial produjo en sus tropas: todo fué un ir y venir de trenes, ya en un sentido ya en otro, tarea en que se pasaron el dia y la noche enteros."

Los detalles de esta fuga presidencial, unidos a las relaciones de los fujitivos de Concon, no contribuirian, por cierto, a infundir esperanzas de triunfo a los amilanados defensores de la tirania.

***

Si ni en los campamentos del ejército dictatorial, ni en Quilpué, ni en el ánimo mismo del dictador se albergaban a esas horas grandes esperanzas de triunfo, en Valparaiso, en donde podia considerarse establecido el principal foco de la direccion y de la resistencia, se hallaban tambien los ánimos lastimosamente decaidos, no solo a causa de la derrota misma, sino tam-

bien mediante las visiones y candelillas (de otro jénero que las de Pantoja) que desfilaban a cada rato a los asustadizos ojos del vice-almirante Viel.

Una interesante carta de uno de los testigos de esos momentos de alarmas y de remordimiento anticipado, don Ricardo Larrain U., que tantos y tan buenos servicios prestó en seguida a nuestro ejército, nos comunica a ese respecto divertidos y elocuentes pormenores.

"El 21 en la noche, dice, marchaba yo con mi hermano don Emilio hácia la Laguna, llevando noticias al ejército constitucional, cuando en Quebrada Verde fuimos sorprendidos por fuerza de Artilleria de Costa al mando del mayor Valenzuela, y por un piquete de Carabineros.

De allí fuimos enviados a disposicion del comandante Perez, jefe de la plaza, y despues de mil incidencias, el intendente Viel nos puso en libertad a las $2\frac{1}{2}$ A. M.

A esa hora tomaban té en el gran comedor de la intendencia muchas personas. Nosotros sentíamos el ruido y las voces: ya sabian que no habia tal desembarco en Laguna y que los buques se habian retirado. Las caras en la intendencia eran dignas de verse. Viel mas parecia un cadáver que un ser viviente. Debia estar mui enfermo, pero, como siempre, atento y cortés.

Por el sarjento de Carabineros que mandaba el piquete que nos conducia supimos todas las alarmas ocasionadas con motivo del proyectado desembarco en la Laguna, y las órdenes y contraórdenes dadas. Nuestro sarjento nos decia que hacia treinta horas que él y sus compañeros no descansaban, y que llegaban al cuartel solo a cambiar caballos. No habian comido en todo ese tiempo.

Al dia siguiente le fué necesario a mi hermano don Emilio presentarse a la comandancia de armas, y estando allí llegó el jeneral Alcérreca, nó con el flamante estado mayor con que salió para ir a Concon, sino mustio, pálido y cariacontecido. Al verlo, varios de los paniaguados de la comandancia salieron a recibirlo, y con caras de circunstancia se presentaron a decirle:

—¡Cuánto hemos sentido, señor jeneral, la desgracia ocurrida!

Alcérreca, dando un fuerte puñetazo en una mesa, dijo:

—Nos han... amolado en toda forma ¡canario!

Almorzó y se volvió a caballo a Viña del Mar.

No sabria decirle cuál iba mas macilento, si el jeneral o la bestia que montaba.

Mas tarde vimos llegar 130 Carabineros al mando de dos alféreces. Estos fueron los únicos que volvieron de los 400 que hacia dos dias habian

salido. Daba verdadera lástima ver a esa pobre jente. Mas de la mitad iba durmiendo sobre sus caballos, y parecia que estos descomidos animales se dormian tambien.

Uno de los ordenanzas de Alcérreca le decia:

—Mi jeneral: yo no vuelvo más a la batalla; hágame fusilar antes que volver.

Alguien preguntó a este soldado por qué no habia seguido a su jeneral, y él contestó:

—Yo hice la campaña al Perú y asistí a la batalla de Tarapacá. Allí nos hicieron chicha, pero en Concon nos han hecho chacolí. No vuelvo más: que me fusilen antes.

El 24 se corrió con gran insistencia que habia ocurrido un verdadero desembarco en la Laguna, y éste se acentuó el 25 en la madrugada, pues un lechero que iba de las Tablas dijo haber visto personalmente rejimientos constitucionales en ese fundo. Así lo aseguró a quien quiso oirlo.

Tomé nuevamente mi caballo y me dirijí en busca del ejército. En Placilla supe que era falsa la noticia, pero habia muchos indicios de que Quilpué estaba en poder de los constitucionales. No vacilé en dirijirme allá, y despues de mil incidencias llegué a ese pueblo en medio de la lluvia, teniendo la suerte de poder dar al jefe del ejército y miembros del gobierno las noticias que llevaba sobre el estado del ejército dictatorial, número de éste y varios otros datos, como asi mismo detalles de los caminos para ir a Valparaiso y estado de ellos. Ese mismo dia llegó a Quilpué el cura párroco de Casablanca don Lindorfo Rojas, acompañado de don Cárlos, don Nicolas, don Toribio y don Francisco Larrain, de don Alberto y don Guillermo Hurtado y de don Ruperto Larrain. Estos habian hecho su travesia desde el fundo Orrego, ocultándose en el dia y andando de noche por quebradas y montes."

En buena hora, pues, habia quemado el coronel Canto sus naves. La desorganizacion y el miedo seguian debilitando ál ejército enemigo a pesar de su número, al mismo tiempo que nuestras valerosas lejiones, entusiastamente recibidas y cariñosamente hospedadas en el pueblo de Quilpué, tomaban allí un corto respiro antes de emprender su marcha hácia las cumbres del Alto del Puerto, que dentro de poco habian de ser vivo teatro de su triunfo y de su gloria.

El Corresponsal.

VI.

De Quilpué a la Placilla.

(De nuestro antiguo corresponsal en el ejército y armada.)

Sumario.—El ejército constitucional en Quilpué.—Operaciones y preparativos.—Espedicion a Peña Blanca.—Sus efectos.—La lluvia del 25.—En marcha sobre la Placilla.—La jornada del 26.—Un camino desastroso.—Los Húsares de la Frontera.—Entusiasmo.—En la hacienda de las Palmas.—Espedicion de caballeria.—Orden del dia sobre la marcha.—Körner en peligro.—Cazadores prisioneros.—Al amanecer del 27.—Rezagados.—En descanso.—Consejo de guerra.—El plan de ataque.—El ejército dictatorial.—Disposiciones de Balmaceda.—Reconocimientos del 24 y 25.—Se descubre nuestro movimiento.—Formacion de una nueva línea de batalla.—Apuros de Bañados Espinosa.—Calma de Barbosa.—Los esploradores enemigos.—Operaciones balmacedistas el 26.—Convite a un cordero asado.—El ejército dictatorial en marcha hácia el Alto del Puerto.—Su espíritu.—La division de Coquimbo.—El plan de defensa del enemigo.—En el Alto del Puerto.—Al amanecer del 28.—Los dos ejércitos frente a frente.

Valparaiso, diciembre 27 de 1891.

Al editor del Mercurio:

El entusiasta y cariñoso recibimiento del pueblo de Quilpué hizo olvidar mui pronto a los vencedores de Concon las penurias que habian esperimentado despues de su costoso triunfo. La 2.ª brigada llegaba allí en la mañana del 24 y era acojida con una ovacion tan espontánea como calorosa. El coronel Vergara tomó en el acto las disposiciones necesarias para dar descanso y proveer de rancho a su jente, y en tan laudable tarea lo acompañó el vecindario entero con la mayor solicitud.

"A las once de la mañana del 24, nos escriben de Quilpué, principiaron a acamparse las tropas en el pueblo y sus inmediaciones. A lo primero que atendieron los jefes fué al rancho del soldado, sirviéndoselo por su propia mano y encargándose el pueblo gustoso y de motu propio de proporcionarles los elementos necesarios para ello. Despues los jefes y oficiales aceptaron la invitacion a almorzar que los particulares les hacian a sus respectivas casas.

Los dos dias que estuvieron en el pueblo fueron para éste de gran regocijo, quedando todos asombrados de la disciplina y moralidad de la tropa, pues ésta jamas abandonaba el campamento, ni se vieron desórdenes de ninguna especie; si necesitaban provisiones las pagaban al contado. No es de estrañar tan recto proceder de la tropa, desde que tenian por jefes a lo mas distinguido de la sociedad chilena por su fortuna, educacion y familia."

La 2.ª brigada descansó tranquilamente todo el dia y la noche del 24, mas afortunada que sus compañeras, la 1.ª y la 3.ª, que solo llegaron a Quilpué en las primeras horas de la mañana del 25, despues de haber cortado ésta la via férrea junto al Salto y de mantenerse la otra en el campamento de Reñaca para ocultar al enemigo con sus maniobras y su presencia el movimiento emprendido sobre Quilpué. Todo el dia 25 se pensaba emplearlo en fáciles operaciones por las cercanias, ya fuese recojiendo reses que siguieran la marcha de nuestro ejército y proveyeran a su oportuna y suficiente alimentacion, ya cortando la línea férrea, los puentes y los túneles para impedir que los balmacedistas recibieran nuevos refuerzos de tropas, ya amenazando las guarniciones existentes en Limache y en Quillota para que el dictador creyera que tratábamos de avanzar sobre Santiago.

Con este objeto el mayor Moore, del Chañaral, en compañia de algunos vecinos, fué a cortar el pequeño puente del Paso Hondo el mismo dia 24, arrancando de paso algunos postes y gran cantidad de alambre de las diversas líneas telegráficas. Los escuadrones de caballeria recorrieron los alrededores de Quilpué recojiendo ganado, y en la mañana del 25 se organizó con fuerzas de la 2.ª brigada una columna espedicionaria que debia practicar un reconocimiento en direccion a Limache a fin de dispersar o batir la numerosa guarnicion dictatorial que se decia resguardaba ese pueblo.

***

A las ocho de la mañana partian de Quilpué el primer batallon del Chañaral al mando del sarjento mayor don Manuel Moore, el primer batallon del Valparaiso al del sarjento mayor don Nicanor Ibañez, el escuadron Lanceros a las órdenes de su comandante don Benjamin Vergara, y el escuadron Guias a las del suyo don Vicente del Solar.

Esta fuerza iba comandada por el jefe de la 2.ª brigada, coronel don Salvador Vergara, y ademas de su encargo de batir las guarniciones enemigas destacadas a lo largo de la via férrea y en los demas lugares que recorriese, tenia la mision de introducir la alarma en los centros mas populosos, como Quillota, Llaillai y Santiago, en donde habia tropas en gran número que podian aumentar hasta una cifra alarmante el ejército enemigo establecido en las alturas de Viña del Mar. Ademas, la presencia de esta columna espedicionaria haria sospechar al dictador que el nuevo objetivo de nuestros jefes no era ya Valparaiso sino Santiago, que se encontraba a esas horas escasamente guarnecido. La perturbacion que esta sospecha no dejaria de introducir en el espíritu del receloso tirano y de sus desalentados lugartenientes favoreceria en mucha parte el buen éxito del atrevido movimiento que nuestro ejército pensaba ejecutar para apoderarse por la espalda de las alturas de Viña del Mar.

Sin el menor inconveniente llegó la pequeña espedicion a Peña Blanca, en donde se apoderó de un tren que estaba allí como abandonado y que contenia una considerable partida de animales destinada al ejército balmacedista. Se hizo alto en ese punto para dar descanso a la tropa mientras consumia su rancho, y en seguida se prosiguió la marcha por el camino de Limache con la intencion de llegar ese mismo dia a tan importante centro de recursos.

Pero a las tres y media de la tarde, hallándose acampada en esos momentos la infanteria para tomar un nuevo descanso, comenzó a caer una lluvia copiosa y que a nuestros soldados pareció torrencial y violenta. Sin abrigos, y calculando por el aspecto del cielo que el agua no pasaria tan pronto, se determinó volver a Quilpué. Fuera de las molestias y hasta de las enfermedades a que se esponia a la tropa, aquella lluvia pareja y tupida era capaz de descomponer los caminos y de hacer sumamente penoso el regreso de la columna, inhabilitando quizá a los espedicionarios para la nueva y mucho mas importante marcha que pronto debian emprender hácia la Placilla.

Se pusieron, pues, en camino perseguidos sin descanso por el aguacero, y a las diez y media de la noche se reunian con el grueso del ejército. Todos venian con las ropas empapadas y el calzado cubierto de lodo, sin que los resultados prácticos de la

espedicion fueran suficientes para consolarlos de las molestias y penurias que habian esperimentado.

***

El resultado moral de ese corto asomo no fué, sin embargo, despreciable. La tropa que guarnecia a Limache, compuesta de una compañia del rejimiento Aconcagua, se desbandó, abandonando la poblacion, en cuanto se tuvo allí noticia del avance de la columna espedicionaria. La caballeria de las divisiones del sur, mandada en jefe por el intendente dictatorial de Concepcion, Salvador Sanfuentes, la cual habia tenido ya que retirarse fujitiva de Quilpué al tener noticia de la aproximacion de los nuestros, se retiró de nuevo de Limache a Quillota al saber que la constitucional seguia, al parecer, en su persecucion. Estos dos movimientos sucesivos, realizados por una tropa cuyo espíritu estaba combatido por la constante propaganda de los patriotas del sur y amilanado por las noticias de la reciente derrota de los balmacedistas en Concon, produjo el resultado de desmoralizarla hasta el estremo de que el cruel ajente del tirano llegó a temer por su vida y se vió en la precision de dirijirse solo a buscar refujio en Quillota. Compañias enteras se desbandaron, el rejimiento Húsares de la Frontera, con sus oficiales y su tercer jefe a la cabeza, torció bridas en direccion a Quilpué para incorporarse a nuestro ejército, y en Quillota la alarma fué tal, que el nervioso gobernador Valdes Carrera, al tener noticia telegráfica de la pronta llegada de los nuestros, que éstos le anunciaron desde Peña Blanca, cojió un tren, se metió en él con su familia y los principales funcionarios dictatoriales, y emprendió una fuga tan precipitada y tan miedosa, que hasta la fecha no se tienen ni noticias de su paradero.

El dictador, por su parte, sintió violentamente escitado su temperamento mudable y nervioso. Las autoridades de Limache y de Quillota le anunciaron en términos alarmantes el avance de la pequeña espedicion constitucional, exajerando el número de tropas que la componian y la rapidez de su marcha, y entonces, tanto el dictador como sus mas inmediatos satélites, se apresuraron a tomar locas disposiciones en prevision de una amenaza a Santiago.

En la tarde del 24 daba órden Balmaceda a un injeniero para destruir los puentes de Limache y de Rabuco y el túnel de San Pedro, con el propósito, sin duda, de impedir el paso a los imajinarios trenes (salidos quién sabe de dónde) de que disponia nuestro ejército, y a las doce de la noche del mismo dia reformaba esa órden en los términos siguientes:

"De Montenegro a Llaillai.—*Agosto 24* (a las 12 de la noche.)—Despues de destruido el puente de Limache y Rabuco, suspenda todo trabajo en este sentido hasta nueva órden, que se dará si el enemigo avanza. —J. Figueroa."

El ministro Zañartu, al mismo tiempo, telegrafiaba a Limache:

"Andres 2.º Nieto.—(1.30 P. M.)—Limache.—Dígame cuál es el número de las fuerzas sublevadas, cuánta es la que nos queda fiel, direccion que han tomado las primeras, posiciones de las segundas, quiénes mandan estas tropas y causa a que V. S. atribuye la sublevacion.—Zañartu."

El dictador, por su parte, perdia hasta tal estremo la cabeza, que a las siete de la mañana del 25 decia, nada menos que al gobernador de los Andes, lo siguiente:

"Parece que enemigo no se atreve a atacar a Valparaiso y marcha sobre valle Aconcagua. Llegado caso, destruya máquinas y carros para que en ningun caso pueda utilizarlos el enemigo.—Balmaceda."

Insistiendo en su idea de que realmente tratábamos de invadir el valle de Aconcagua, decia:

"Al comandante Toledo para el coronel Vargas.—*Agosto 25.*—Concentre sus fuerzas en Limache y Quillota. Evite que el enemigo penetre al valle de Aconcagua. Todas las noches asalte donde pueda y hostilícelos a todo momento, sobre todo de noche. Con las fuerzas de que dispone puede hacer esta obra de guerra.

Como tiene allí ochocientos animales vacunos, y puede requerir todo lo que necesite, destaque partidas con ellos (?), que se introduzcan por Peñuelas, o el punto que se pueda y mas convenga. Desplegue gran actividad y mantenga la inquietud en su comarca.—Balmaceda."

Al flamante coronel Sanfuentes le decia por medio de su secretario particular:

"*25 de Agosto.*—(5.30 P. M.)—Coronel Sanfuentes.—Espere órdenes. Vamos a Santiago a conferenciar con Velasquez y formar plan de ataque con una division que amagará como lo crea conveniente.—J. Figueroa."

Y al coronel Vargas le hacia de nuevo las siguientes recomendaciones:

"Coronel Vargas.—(8.30 P. M.)—Confío en su prudencia y pericia: proceda segun las circunstancias lo exijan. Imparta a coronel Sanfuentes las órdenes que V. S. estime convenientes a fin de poder conocer situacion exacta del ejército enemigo y de sus movimientos.—Balmaceda."

El comandante Toledo, destacado en Llaillai, ponia término a los temores del dictador anunciándole que nuestra jente habia regresado a Quilpué, y éste contestaba el aviso el 26 diciéndole:

"Comandante Toledo.—Llaillai.—(12.30 P. M.) — Celebro noticia que me da. Enemigo va camino de Margamarga desde Quilpué. Esto hace infundados los temores que anoche con caractéres alarmantes e inexactos se trasmitieron desde Limache.

Trate bien a los soldados del 8.° Yo los estimaba como la mejor jente que tenia. No han podido separarse de su deber sino por causa de malos jefes. Continúe su tarea. Va bien, con intelijencia y éxito.—Balmaceda."

***

La inesperada lluvia del 25 no solo produjo el resultado de interrumpir la espedicion que tanta alarma debia producir entre el dictador y sus secuaces, sino que, como ya lo hicimos notar, empapó tambien a los soldados de la 1.ª brigada, que se hallaban acampados en los cerros colindantes con la poblacion. Estos entorpecimientos, que eran graves para hombres que habian pasado al raso y sin abrigo las noches anteriores, tenian ademas el inconveniente de no permitirles entregarse al sueño y al reposo de una manera seguida y por lo tanto reparadora. El cambio de campamento, la instalacion en distintas casas de Quilpué, y hasta el trabajo de secar las ropas y el calzado al amor de las foga-

tas, interrumpian con molestos afanes las horas que debian dedicarse al descanso y no permitian a los soldados recobrarse de sus fatigas.

Por otra parte, aun cuando la salida del ejército estaba acordada para la media noche del 25, no era posible en aquellas circunstancias someter la tropa a los rigores de la intemperie en una marcha que forzosamente debia comenzarse a oscuras. Los caminos, poco traficados y de mucho declive, que conducen de Quilpué hácia las Palmas y la Placilla, estaban con la lluvia convertidos en hondos arroyos y resbaladizas pendientes, y las mesetas y partes planas en lagunatos y vegas casi impracticables para la artilleria y sumamente fatigosas para la infanteria. La oscuridad de la noche debia agregar a estos obstáculos nuevos y desalentadores tropiezos; y como las avanzadas del ala derecha enemiga ocupaban las alturas del Salto, colindantes, estero de por medio, con la meseta sobre que se asienta Quilpué, desde ellas podian los vijias balmacedistas observar nuestros movimientos y descubrir desde el primer instante cuál era el propósito que habia inducido al jefe del ejército constitucional a retirarse con tanto sijilo de las alturas de Reñaca. Hecho ese descubrimiento a tiempo, todas las ventajas del nuevo plan desaparecian. El ejército enemigo podria moverse con mayor rapidez y facilidad que el nuestro hácia el Alto del Puerto. Llevando por ferrocarril su artilleria a Valparaiso, la trasladaria desde aquí por buenos caminos y con sobra de recursos de movilidad al punto que creyera conveniente. Su infanteria y su caballeria no tendrian mas trabajo que el de trasmontar los cerros en cuyas faldas se encontraban, para esperarnos, descansadas y bien provistas, en posiciones que no serian quizá inferiores a las colinas de Miramar. Los nuestros, mientras tanto, dando una vuelta enorme y fatigosa despues de un largo ascenso, sin disponer casi de elementos de movilidad, llegarian soñolientos y cansados al llano de Peñuelas para encontrarse allí, como en Concon, con un numeroso ejército que habria elejido los puntos mas ventajosos para cortarnos el paso hácia el disputado Valparaiso.

Convenia, pues, ponerse en marcha cuanto antes y mantenerse al mismo tiempo fuera de la vista del enemigo. De la celeridad y de la ocultacion dependian el éxito de nuestro estratéjico aunque aventurado movimiento.

En cuanto hubo cesado la lluvia se dió al ejército constitucional la órden de marcha. Debia iniciarla la 2.ª brigada con el descansado Atacama, y este cuerpo se ponia en camino a las tres de la mañana del 26.

***

Desde los primeros momentos se tropezó con sérias dificultades, que hacian augurar un triste resultado a la operacion que a costa de tantos sacrificios emprendia nuestro ejército. El Atacama, rejimiento en su mayor parte recluta y compuesto principalmente de jóvenes poco habituados a afrontar los sufrimientos de una ruda campaña, no era, por cierto, el mas apto para ponerse a la cabeza de los demas en una caminata rápida y penosa. Se hubiera necesitado en su lugar un cuerpo veterano y aguerrido, compuesto de hombres a quienes no arredrasen los lodazales ni fatigasen demasiado pronto las subidas, y que tampoco dieran largos rodeos para evitar sumerjirse hasta los tobillos o las rodillas en las pozas y arroyuelos formados por la reciente lluvia. Y como de la marcha de la cabeza dependia la celeridad del avance de todo el resto del ejército, retenido a cada instante el Atacama por dificultades como las que hemos citado, los demas batallones constitucionales se vieron obligados a retardar tambien la hora de su salida y a moderar el paso en el camino. El Atacama no acababa de retirarse de la poblacion de Quilpué sino a las cuatro de la mañana; el resto de la 2.ª brigada, que iba en su seguimiento, solo concluyó su desfile a las cinco; la 3.ª lo terminó a las seis y media; a esa hora se puso en movimiento la 1.ª, y, si hemos de creer las versiones de los esploradores balmacedistas, solo a las nueve de la mañana, es decir, en pleno dia, terminaba el desfile de los últimos cuerpos de nuestro ejército.

El enemigo, por fortuna, no se hallaba en situacion de hostilizarnos desde las alturas del Salto colindantes con el estero, nó porque desde las seis de la mañana no percibiera nuestro movimiento, sino porque una de las primeras medidas estratéjicas del jeneralísimo Bañados al notar la ausencia de los constitucionales del campamento de Reñaca fué la de deshacer el famoso martillo que formaba la línea enemiga sobre su estrema derecha.

Esta curiosa medida habia sido adoptada en la noche del 24, cuando los jenerales balmacedistas discurrian sobre cuál seria

el punto a donde se habia dirijido nuestro ejército y cuál, por lo tanto, el nuevo plan de ataque adoptado por los jefes constitucionales. Y lo increible es que el martillo se deshiciera precisamente en prevision de un avance nuestro hácia la Placilla por el camino de las Palmas, segun lo declara el mismo Bañados en su correspondencia al Comercio de Lima, lo cual equivalia a retirar de una altura ventajosa las tropas que pudieron molestar impunemente a las nuestras durante su desfile por el sendero que pasa por el frente occidental y a poca distancia de esa altura.

Por lo demas, ya vimos que el dictador, a las doce y media del dia 26, decia al comandante Toledo:—"Enemigo va camino de Margamarga desde Quilpué," lo cual demuestra que desde el primer instante fué descubierta una operacion que tanto interes teniamos en ocultar.

A las diez y cuarto de la mañana del mismo 26, en efecto, estaba en conocimiento de dos de los prohombres de la dictadura, el ministro de la guerra Bañados y el dictador electo don Claudio Vicuña—y por consiguiente de los jenerales enemigos —el movimiento que pocas horas antes iniciaba nuestro ejército con direccion a la Placilla.

Ese fatal descubrimiento consta del siguiente telegrama:

"De Salto a Valparaiso.—(A las 10.15 A. M.)—Ministro de la guerra y don Claudio Vicuña.—*Agosto 26.*—Enemigo principió desfile desde Quilpué a las 6 A. M. y terminó a las 9 de hoi; lleva camino de Margamarga, que conduce al camino carretero de Casablanca. Conviene caballeria de observacion a su retaguardia.

Puente de las Cucharas quedará terminado mañana a las 12 o 1 P. M.—Coronel Leon."

El plan de cojer por la espalda al ejército enemigo quedaba, pues, desbaratado por completo. Nuestro avance sobre la Placilla, lejos de procurarnos la menor ventaja, no daria mas resultado que el de fatigar a la tropa con una larga y precipitada marcha. El enemigo nos esperaria, como en Viña del Mar y en Concon, en posiciones escelentes y hasta formidables. El triunfo de las armas constitucionales, por lo tanto, solo se deberia al empuje y valor de los soldados, a la intelijencia y patriotismo de los oficiales, al talento y pericia de los jefes. Ningun elemento favorable nos ayudaria; la lluvia, el cansancio, la fortaleza de

las posiciones, la abundancia de los recursos, los medios de movilidad estarian de nuevo en favor del tirano y de sus defensores.

***

En tan desventajosas condiciones continuó el 26 la marcha del ejército libertador. La 2.ª brigada llevaba la vanguardia, le seguia la 3.ª, y la 1.ª cerraba la marcha, encargándose del servicio de seguridad por nuestra espalda. El escuadron Libertad número 1, perteneciente a esta última brigada, esploraba la derecha de los espedicionarios para evitar que la caballeria enemiga los atacase por ese flanco y que alguna partida volante o columna esploradora introdujesen la perturbacion y la alarma en sus filas por medio de algun rápido movimiento sorpresivo.

El camino seguia presentando dificultades de suma gravedad para nuestros bisoños soldados. A su constante subida, que en algunas partes se hacia mui penosa a causa de su fuerte declive, se añadia el mal estado del camino, que en ocasiones se estrechaba hasta convertirse en angosto sendero, y en otras, surcado por grietas y quebraduras causadas por las aguas, obligaba a los soldados a caminar de a uno o de a dos en fondo, prolongando con esto el desfile y obligando a detenerse a los cuerpos del centro y retaguardia. Los pantanos y lagunatos de las partes planas eran otro motivo de tardanza, sobre todo para las piezas de campaña y las ametralladoras, que a veces se atascaban en los lodazales y otras se tumbaban en las numerosas quiebras. El teniente Gomez y sus marineros necesitaron valerse de esfuerzos supremos y repetidos para no abandonar sus piezas en el camino: tantos eran los tropiezos que a cada momento les salian como al encuentro en aquella fatigosa travesia.

Solo a las nueve de la mañana comenzaban a llegar al caserio de la hacienda de las Palmas los cuerpos de la 2.ª brigada. La 3.ª acampaba allí a las dos de la tarde, y la 1.ª a las tres y media.

La marcha se habia continuado, pues, en pleno dia, y ya no era posible suponer que al enemigo se le ocultase nuestro movimiento. Convenia entonces vencerlo por medio de la celeridad, y para conseguir este resultado espidió el comandante Körner en las Palmas la siguiente órden del dia:

"La 2.ª brigada avanzará a las 5 P. M. por el camino de las casas de las

Cadenas y ocupará allí una posicion a los dos lados de éste, tomando severas medidas de seguridad hácia el Alto del Puerto.

La 3.ª brigada se mantendrá lista para seguir a la 2.ª a las 6 P. M., y la 1.ª a las 7.30.

La 3.ª acampará al norte del camino de las Palmas en las casas de las Cadenas, y la 2.ª al sur, resguardándose la 3.ª hácia el lado del Salto y la 1.ª hácia el de Casablanca.

El comandante del bagaje llevará todos los bueyes y ovejas que pueda recojer y seguirá inmediatamente a retaguardia de la 1.ª brigada. El parque detras de los bagajes.

El comandante en jefe marchará con el grueso de la 2.ª brigada."

Las fatigas de aquel penoso trayecto se habian visto, sin embargo, compensadas y hasta atenuadas en gran parte por un suceso que colmó de alegria a nuestros improvisados militares. Cuando ya la 1.ª brigada se hallaba en marcha, y como a legua y media de Quilpué, recibia el comandante Frias un emisario mandado por el tercer jefe del rejimiento Húsares de la Frontera, sarjento mayor don Tulio Padilla, el cual pedia permiso para ingresar con su jente a las filas del ejército constitucional. Se le contestó, por cierto, satisfactoriamente, y media legua mas allá se presentaba el rejimiento perfectamente formado, siendo objeto de una ovacion prolongada, unánime y ruidosa. Las bandas de músicos hacian resonar los acordes del himno nacional; los soldados de la 1.ª brigada lanzaban repetidos y calorosos "vivas" en honor de los recien llegados, y éstos con no menor entusiasmo, los contestaban gritando:—"¡Viva la Constitucion! ¡Viva el Congreso!" El comandante Frias le pasó revista allí mismo, y en seguida sus 14 jefes y oficiales y sus 310 hombres de tropa ingresaron a la columna en marcha, siendo colocados entre el Constitucion y el Iquique.

Junto con comunicar al coronel Canto la noticia de tan fausto suceso fueron despachados a Quilpué algunos jinetes para que buscasen allí insignias lacres a fin de adornar los brazos de los nuevos amigos con el distintivo de nuestro ejército. Cumplieron éstos su comision en poco rato, y de ese modo, cuando el coronel Canto mandó que los Húsares alcanzasen la vanguardia para darlos a reconocer de todos los cuerpos, ya los soldados del mayor Padilla estaban, puede decirse, bautizados constitucionales.

Su llegada, a la vanguardia de nuestro ejército primero, y al

campamento de las Palmas en seguida, dió ocasion a un festejo jeneral y a entusiastas demostraciones de alegria. Para todos era un feliz augurio la llegada de aquella tropa numerosa y escojida, que con tanta espontaneidad y decision abandonaba las banderas del dictador para compartir en mómentos críticos y solemnes, en medio de una trabajosa marcha y en vísperas de una sangrienta batalla, los azares y sufrimientos de los defensores de la legalidad. El espíritu de nuestra jente se reanimó como por encanto: nadie dudaba, a pesar de las penurias de la marcha, del que el término de ésta seria un triunfo brillante para la justa causa que tenia el don de atraer a sus filas a hombres que llegaban desde los mas remotos confines de la república.

***

Las circunstancias y los antecedentes que habian producido la pasada de los Húsares de la Frontera abrian tambien hermosos horizontes a los ojos de nuestros jefes. No era posible que los móviles que guiaban a los nuevos voluntarios dejasen de ser compartidos por una gran parte del ejército balmacedista, y en tal caso la próxima batalla no presentaria tal vez el mismo carácter de feroz resistencia que la de Concon, en donde casi todos los defensores del tirano se batieron con tanta decision y denuedo como si lo hicieran por causa propia o en defensa de algun alto interes nacional.

Esos antecedentes, y las dramáticas circunstancias que acompañaron el pronunciamiento de los patriotas Húsares, se hallan, por lo demas, perfectamente esplicados en la siguiente interesante relacion con que el comandante don Tulio Padilla se ha dignado favorecernos:

"Era en los primeros dias de la dictadura, cuando de todos los pechos chilenos no brotaba sino la ira al ver que habia entre nosotros un tirano capaz de alzarse con todos los poderes públicos del Estado. Con esto principiaba el derroche de los dineros nacionales y se sucedian los decretos de organizacion de cuerpos de ejército para defender con las bayonetas a la tirania. En los trenes no se veia viajar mas que militares que, llamados al servicio por el gobierno, no tenian otra disyuntiva que alistarse en sus filas o pasar a las mazmorras. En esta situacion los oficiales debian elejir el mejor medio de servir a la causa del pueblo. Si se negaban a seguir en el ejér-

cito, la prision inmediata los inutilizaba para estar al lado de sus compañeros en el movimiento que todos esperaban por momentos, y si formaban en las filas del dictador, contaban con el reproche de todos los chilenos honrados.

Tal era el estado de cosas cuando fuí nombrado 2.° jefe del escuadron Collipulli. ¿Qué camino debia seguir? ¿Renunciar a un puesto en que podia ser útil como soldado de mi causa, entregando por debilidad mi empleo, en esos importantes momentos, en manos de los enemigos comunes, o aceptarlo esperando la ocasion de manifestar claramente mi modo de pensar?

En esta situacion de ánimo estaba cuando llegan a incorporarse al escuadron tres jóvenes a quienes conocia y que en Santiago habian pertenecido al círculo de la juventud liberal. Cambiamos algunas ideas sobre la situacion, y teniendo de ellos buenos antecedentes por mi hermano Miguel Anjel Padilla, les espliqué claramente mi modo de pensar y les manifesté que tendria el honor de mandarlos en el solo caso de que ellos se comprometieran a acompañarme en cualquier movimiento que se iniciara en favor del Congreso. Contestó a mis palabras el teniente don Luis Vargas manifestando el contento que sentian al oirme hablar de ese modo, porque ellos tambien venian desde Santiago unidos en el firme propósito de servir a la causa del Congreso en el puesto que les habia cabido.

Desde ese dia el capitan ayudante don Roberto Moran, el capitan don Manuel Francisco Arias, el teniente Vargas y yo empezamos a trabajar para hacernos respetar y querer de la tropa, no omitiendo medio alguno y buscando en el departamento la jente que pudiera ser adicta a la causa constitucional para que nos prestara sus servicios o nos proporcionara hombres que secundaran en el momento dado el movimiento que ideábamos. En este sentido nos fueron mui útiles los señores Juan de Dios Herrera, Celindo Muñoz y Roberto Badilla.

Una vez organizado el escuadron sobre estas bases de confianza para nosotros, en los primeros dias de marzo recibimos órden de marchar de guarnicion a Concepcion, donde nos pusimos al habla con el comité o junta local por medio de los señores Alberto Möller, Pedro Contreras, comandante Fidel Urrutia y varios otros que seria largo enumerar, con quienes nos comprometimos a ejecutar cualquier movimiento que fuera encaminado a servir nuestros propósitos.

Así trascurrieron los meses, halagados solo por la esperanza de que pronto se nos presentara el dia dichoso de unirnos a nuestros hermanos del norte y compartir con ellos los sacrificios de la campaña.

Por fin llegó el 20 de agosto, dia en que recibimos órden de marchar al norte. Cumplimos esta órden, pudiendo llegar a Quilpué al medio dia del 23. Ahí permanecimos todo ese dia ocupados en hacer forrajear los caballos.

En la mañana del 24 salimos para Limache, llegando a acampar en la tarde de ese mismo dia en uno de los potreros de don Adolfo Eastman, mui cerca del pueblo.

Habiéndoseme olvidado algunos detalles, permítame volver atras para narrárselos y que pueda usted formarse una idea exacta del movimiento que tuvo lugar pocas horas despues.

En esta época ya no formábamos parte del escuadron Collipulli sino del rejimiento Húsares de la Frontera, porque en los dias 12 a 14 de agosto, habiendo llegado el ex-ministro Bañados Espinosa a revistar *su ejército de Concepcion* (como él lo llamaba) y habiéndole inspirado alguna desconfianza la caballeria, ideó el plan de formar rejimientos. Al efecto nos agregó a nosotros al escuadron Húsares de la Frontera, organizado por el intendente don Manuel Maria Aldunate, cuerpo en que se tenia plena confianza. A nuestro rejimiento se le dió por primer jefe al coronel dictatorial don Salvador Sanfuentes, como segundo al teniente-coronel graduado don Belisario Amor, como cuarto al sarjento mayor de guardias nacionales don Luis A. Toro, y tercero al que suscribe.

Organizado el rejimiento en esta forma fué como llegámos a Quilpué, donde nos encontrámos con la peregrina noticia de la derrota del ejército constitucional, noticia que la pregonaba nuestro antiguo jefe don Simon Moraga, coronel don José Ramon Vidaurre, coronel comandante del batallon Traiguen don Manuel Figueroa y otros muchos que celebraban con gran regocijo la derrota del ejército constitucional en Concon.

Volvamos ahora a Limache, donde quedamos acampados el dia 24. Allí permanecimos hasta las cinco de la tarde del siguiente dia, hora en que recibimos órden del coronel Sanfuentes de hacer tocar "botasillas" para retirarnos a Quillota. En este punto habia órden de organizar una division con las tropas que quedaban en el sur y las que se esperaban de la division de Coquimbo, la que debia atacar por la retaguardia al ejército constitucional.

Cumpliendo con la órden dada por el coronel Sanfuentes, hicimos ensillar y le avisamos que estaba el rejimiento listo para marchar. En seguida el coronel Sanfuentes tomó el mando del rejimiento y ordenó avanzar en direccion a Quillota.

Obedeciendo la órden desfilámos hasta llegar al puente que atraviesa la línea del ferrocarril al pasar por Limache, punto donde ordené al trompeta que tenia a mis órdenes tocara: "atencion, izquierda y retirada," a fin de que los señores comandantes de mitades que estaban comprometidos de antemano mandaran a su tropa: "por cuatro, media vuelta a la izquierda."

Ejecutado este movimiento se dió la voz: "al trote", marchando el rejimiento en retirada y dejando a retaguardia al coronel Sanfuentes, coman-

dante Amor, varios oficiales y seis soldados que no quisieron secundar el movimiento.

En la retirada nos estraviámos del camino, teniendo que alojar, a pesar de la mucha lluvia y de lo oscuro de la noche, en medio de una sierra que desconocíamos por completo.

Al clarear el alba del dia 26 volvimos a emprender la marcha, hasta tomar el camino que conduce a Peñablanca, siguiendo luego a Quilpué, donde encontrámos una avanzada del ejército constitucional que acompañó al alferez don Daniel Fernando Jijena, quien fué mandado a solicitar permiso de los jefes constitucionales para poder incorporarnos a sus filas.

Concedido el permiso, volvió el alferez acompañado de algunos jefes, oficiales y capellanes del ejército, que se apresuraban a darnos un fraternal abrazo.

Juntos con estos nuevos compañeros nos reunimos al ejército y avanzámos hasta llegar al estado mayor jeneral, donde fuimos recibidos por el comandante en jefe señor coronel del Canto y ministro de la guerra señor coronel don Adolfo Holley, quien al darme el abrazo de bienvenida me preguntó por qué no habia llegado antes, cuando ellos nos esperaban hacia tres meses.

Réstame solo decirle que la division de caballeria mandada por el coronel Sanfuentes, fuerte de seiscientos cincuenta hombres, se desorganizó por completo con nuestra separacion, habiéndose dispersado parte del escuadron Malleco y ochenta soldados de Húsares de Colchagua que marchaban con nosotros.''

***

A la hora designada en la órden del dia del comandante Körner comenzó a ponerse en marcha nuestro ejército desde las casas de las Palmas a las de las Cadenas, hijuela esta última perteneciente, como la hacienda de las Palmas, al figuron de hombre de estado a quien el dictador designó para sucederle ostensiblemente en el mando supremo. El ánimo de la tropa, lejos de haber decaido, era escelente. La incorporacion de los Húsares de la Frontera, como dijimos, produjo un entusiasmo tan jeneral y tan intenso, que no podia dudarse de que nuestros valientes arrollarian a su paso a las amedrentadas huestes enemigas.

Ademas, en las Palmas, gracias a la recojida de reses que los escuadrones constitucionales hicieron y a los recursos que de todos lados llovian, el rancho de la tropa fué tan variado como abundante; pero tal vez esa abundancia misma, que precavia con

la hartura el hambre de nuestra jente, fué causa por otro lado de que no solo se pusiera ésta mui pesada para la marcha, sino de que las labores de la dijestion atrajesen el sueño a todos los párpados con invencible fuerza.

A las cinco de la tarde del 26 iniciaba su movimiento la 2.ª brigada, que llevaba siempre la delantera; una hora despues la seguia la 3.ª, y a las siete de la noche comenzaba el desfile de la 1.ª El comandante Körner habia calculado, tomando en cuenta la distancia que separa las Palmas de las Cadenas, que cuatro horas de buena marcha bastarian para recorrer ese corto trayecto y que por consiguiente a las nueve de la noche comenzaria a llegar nuestro ejército a las casas del último fundo. A las once estarian nuestras tropas en su totalidad acampadas allí, pudiendo entonces la caballeria apoderarse del Alto del Puerto antes de que lo ocupára el enemigo y aun hacer llegar hasta ese punto algunos de los cuerpos de infanteria mas sufridos y veteranos. El resto descansaria cómodamente esa noche junto a las casas de las Cadenas, y al amanecer del 27 avanzaria tambien sobre el Alto del Puerto, desde donde, dominando a Valparaiso y a Viña Mar, dominaria al mismo tiempo sin grande esfuerzo al ejército balmacedista.

Pero el sueño, un sueño soporoso y letárjico, que invadió como una epidemia a nuestra tropa, vino a cruzar los planes estratéjicos del entendido y valeroso jefe, el cual por su parte parecia tan invulnerable ahora a los ataques del sueño, de la fatiga y del hambre como en Concon contra las balas enemigas. La tropa se puso en marcha con la mejor disposicion; mas apenas hubo trascurrido una hora, la falta de reposo y la buena comida comenzaron a producir sus efectos. Si se recuerda que desde el dia antes de la batalla de Concon lo pasaron los constitucionales casi en perpetua trasnochada, y que en Quilpué, donde hubieran podido dormir a sus anchas, se vieron hostigados por la lluvia, y quizá tambien en parte interrumpido o acortado su sosiego por las entusiastas demostraciones de aquellos regocijados vecinos; si se toma en cuenta ademas que desde la una de la mañana del 26 se encontraban casi todos despiertos, los unos para preparar su marcha, los otros escitados por la proximidad de una operacion tan decisiva como la internacion en pleno territorio enemigo en busca de un ejército numeroso, y si se piensa, por

último, que desde las cuatro de la mañana caminaban casi sin descanso por un camino desigual y de fuerte gradiente, no es de estrañar que a las siete de la noche, cansados, acalorados, laxos, comenzasen muchos soldados a separarse poco a poco de las filas y a meterse en las quebradas y bajo los arbustos, matas y bosquecillos que bordaban el camino.

***

La oscuridad de la noche, que a esas horas sobrevino, convidaba tambien a los estenuados espedicionarios a entregarse a las dulzuras de una apacible quietud. Casi todos sentian la cabeza pesada, las fuerzas consumidas, la respiracion entrecortada y fatigosa. Las piernas se negaban a llevarlos mas lejos, y de nada servian entonces, ni las voces de ánimo de los oficiales, ni las órdenes de los jefes, ni la desesperacion que se veia pintada en el rostro del comandante Körner. Sin verlos, sin oirlos, sin atender a sus voces, los soldados se tiraban al suelo o se escabullian a uno y otro lado del camino y se echaban a dormir como lirones.

El camino, por otra parte, se hacia cómplice del sueño para contribuir al desbande, involuntario pero efectivo, de la trabajada tropa. Los senderos que unen las Palmas a las Cadenas se hallaban en tal estado de abandono, que se conocia que su dueño los habia tenido durante mucho tiempo sin vijilancia, ocupado sin duda en las árduas labores de las jenuflexiones, cortesanos rendimientos y actos de servilismo que le sirvieron de único mérito a los ojos del tirano para empollar y sostener su candidatura. A cada instante cenagosas vegas y peligrosas "tembladeras" cortaban el paso a los soldados, obligándolos a dar un largo rodeo, o arroyos y acequias descubiertas los envolvian traidoramente en sus frios raudales, mojándolos de piés a cabeza. La oscuridad de la noche agregaba proporciones espantables a unos obstáculos que sin ella hubieran sido mui pequeños o casi nulos de dia, y estas dificultades, unidas al sueño y al cansancio, inducian a los soldados a detenerse y a buscar en el reposo un alivio para todos los males que los aquejaban.

Poco a poco fué tomando la dispersion proporciones alarmantes. No faltó quien creyera que en efecto nuestros soldados, aburridos por tantos sufrimientos y sintiendo agotadas a la vez sus

fuerzas físicas y su enerjia moral, desistian de la noble pero terrible empresa que los habia inducido a dejar sus tareas y sus hogares para libertar a la patria del dominio del despotismo. ¡Y en qué momentos! Cuando de un esfuerzo último, rápido y supremo dependia la victoria decisiva y final.

***

Para colmo de alarmas, un suceso inesperado, un incidente de los muchos que a cada paso ocurren en la guerra, estuvo a punto esa noche de arrebatarnos por medio de nuestras mismas balas la existencia del hombre que era, puede decirse, el alma y la cabeza del ejército constitucional.

El comandante Körner, en efecto, acompañado por el escuadron Libertad, se habia adelantado a la descubierta de la columna en marcha a fin de reconocer y esplorar por sí mismo las cercanias del campamento designado para esa noche a nuestras tropas. Incansable a pesar de su actividad, habia recorrido en distintas direcciones el valle y regresaba satisfecho de su reconocimiento a fin de apurar en lo posible el avance, cuando de repente, al bajar una pequeña cuesta, se vió recibido por nutridos disparos de parte de la tropa que ocupaba el bajo.

Körner no podia dudar de que esa tropa pertenecia a nuestro ejército, y por eso, demostrando una sangre fria y una presencia de ánimo verdaderamente admirables en tan imprevisto trance, en vez de avanzar o de retirarse, dando con ello márjen a las sospechas, permaneció a pié firme en la altura, no obstante que su situacion en ese punto lo presentaba destacado y por lo tanto visible a los ojos de los tiradores.

El fuego de éstos continuaba, mientras tanto, adquiriendo a cada instante proporciones alarmantes, y entonces los del Libertad, viéndose atacados y no queriendo entregar impunemente sus vidas, echaron de improviso mano a sus fusiles y carabinas y comenzaron a contestar sin mas preámbulos el fuego.

La fuerza de infanteria que de ese modo ponia en peligro la vida del comandante Körner pertenecia al rejimiento Atacama, que marchaba, como se recordará, a la vanguardia de nuestras tropas. El bisoño rejimiento esplica su precipitacion alegando que dió el quién vive a los aparecidos, y que no contestando és

tos oportunamente con el santo y seña correspondientes, los vijias primero, y el grueso de la vanguardia en seguida, rompieron sobre ellos el fuego sin mas auto ni traslado.

Los del Libertad, por su parte, estrañan no haber oido el grito o los gritos de la descubierta del Atacama a pesar del silencio de la noche, y es claro que esta alegacion no puede menos de ser exacta, puesto que no habrian querido ellos ser recibidos a balazos por sus propios compañeros.

Lo cierto es que el tiroteo se prolongó demasiado y que el Libertad alcanzó a sufrir unas cuatro o cinco bajas, y otras tantas el Atacama, a pesar de los esfuerzos de Körner para conseguir que los jinetes suspendieran cuanto antes sus disparos. Una vez reducidos éstos al silencio, se adelantó casi solo en direccion a los infantes, espuesto a los tiros que seguian menudeándole, y al fin logró darse a conocer. El Atacama suspendió entonces poco a poco sus fuegos, y todo quedó reducido a una alarma pasajera e infundada, que si bien nos costó algunas vidas, dejó a salvo la del jefe en cuyos talentos militares estaban principalmente cifradas las esperanzas de éxito de los partidarios de la revolucion.

***

Este desagradable percance tuvo, sin embargo, esa misma noche su compensacion. Mientras el escuadron Libertad avanzaba a la descubierta y el Carabineros del Norte cerraba la marcha para cubrir la retaguardia, los escuadrones Granaderos, Guias y Lanceros, al mando de sus respectivos jefes, habian sido destacados desde el campamento de las Palmas al camino carretero con el objeto de cortar allí una compañia de Cazadores dictatoriales que se tuvo noticia venia arreando un numeroso piño de ganado que el gobernador de Casablanca enviaba a Valparaiso para el consumo de los balmacedistas. El cura de Casablanca, presbítero don Lindorfo Rojas, y el entusiasta voluntario don Ricardo Larrain U., que acababan de incorporarse a nuestro ejército, el primero en el carácter de capellan y el segundo como capitan ayudante de Granaderos, sirvieron gustosos de guias a nuestros jinetes.

Cuando la espedicion de caballeria llegó al camino se tuvo

noticia de que ya el piño de animales habia pasado, por cuya causa, no queriendo reunirse al ejército con las manos vacias, determinó el comandante Ovalle seguir hasta Cadenas en persecucion de aquella presa.

No logró alcanzarla, pero la fortuna le deparó otra mejor.

Una avanzada de cien Cazadores, al mando de un mayor Arístegui, formaba la descubierta del ejército enemigo y se encontraba a esas horas destacada en las casas de las Cadenas. Nuestros tres escuadrones, llegando allí por diversos lados en prevision de un encuentro con alguna partida dictatorial, rodearon de repente a los Cazadores con tanta destreza en medio de la profunda oscuridad de la noche, que éstos no tuvieron tiempo ni para hacer un amago de resistencia. Se les intimó rendicion en el acto; y aunque el jefe ponia sus peros y condiciones, no tuvo mas recurso que dejarse cojer.

Por desgracia, la misma oscuridad que nos habia favorecido para dar la sorpresa favoreció a los jinetes que emprendieron la fuga despues de rendidos. Unos treinta y cinco, entre ellos el mayor Arístegui y algunos oficiales, volaron al campo contrario llevando la noticia de que ya el ejército constitucional se encontraba en Cadenas, lo cual apresuró sin duda la marcha de Barbosa hácia el Alto del Puerto. Los 65 restantes, entre ellos un teniente Cea, desarmados allí mismo para evitar su fuga, fueron conducidos al lugar en donde se encontraba el comandante en jefe de nuestro ejército. Casi todos ellos, deseosos de combatir a nuestro lado, solicitaron al instante su incorporacion en los escuadrones libertadores.

***

La infanteria, mientras tanto, continuaba con lentitud su penosa marcha, y solo a las ocho de la mañana del 27 llegaba a los alrededores de las casas de las Cadenas, despues de dedicarse los jefes y oficiales desde el amanecer a la pesada tarea de buscar a los dispersos en los escondrijos a donde los llevara el sueño y de hacerlos seguir la marcha a costa de reiteradas órdenes y ruegos. Daba verdadera pena divisar el camino casi cubierto por grupos no interrumpidos de desordenados infantes, que caminaban en completa dispersion y mal recobrados de la pesada

modorra que habian acumulado en tantos dias de vijilia. A cualquiera que los observara en esos momentos sin hallarse al cabo de los antecedentes que motivaban su triste estado le hubiera parecido que aquella tropa desorganizada, llena de desgano y desaliento, y cuyo sueño acababa de ser interrumpido de nuevo, no podria batirse al dia siguiente con la menor esperanza de éxito contra el numeroso ejército que a esas mismas horas comenzaba a establecerse sólidamente en las temibles y cercanas posiciones del Alto del Puerto. Todos llegaban al nuevo campamento con los cuerpos descoyuntados, y su primer impulso era echarse al suelo como plomo y tenderse a dormir a pierna suelta.

Los jefes superiores de las lejiones constitucionales comprendieron que en tales condiciones era intento inútil dar ese dia la batalla y que la misma estratejia imponia la necesidad de conceder suficientes horas de descanso y de sueño a los soldados. Se tomaron, pues, las convenientes medidas de seguridad, y aquellos verdes campos quedaron convertidos hasta las doce del dia 27 en fresco y mullido lecho de diez mil esforzados pero soñolientos militares. Solo a esta hora comenzaban los más a sentirse recobrados y livianos, y entonces, acumuladas en el campamento las variadas provisiones que la caballeria y los bagajes habian recojido, comenzó una alegre matanza de bueyes, corderos, patos y gallinas, que eran consumidos sin tasa y a destajo por la tropa. El hartazgo produjo de nuevo el sueño, y de nuevo tambien, estendidos los rollos y cubiertos por las mantas, roncaron todos a mas y mejor a pleno aire, disipando de este modo la modorra y la fatiga y despertando en la tarde lozanos, alegres, briosos y listos para la pelea.

***

A las dos y media de la tarde se reunian los jefes de brigada en las casas de las Cadenas, en donde se hallaba establecido el Cuartel Jeneral, y manifestaban que sus tropas estaban dispuestas para el ataque y hasta deseosas de emprenderlo, pero que les parecia mas conveniente dejarlas reposar todavia esa noche y comenzar la batalla al amanecer del 28.

Acordes en ello los asistentes al consejo, se determinó verifi-

carlo así. Se trató en seguida del plan de ataque, que quedó establecido en sus líneas jenerales, y desde ese momento los jefes de estado mayor de las brigadas, los comandantes de éstas, el ministro de la guerra, el Cuartel Jeneral, los miembros del Estado Mayor Jeneral y algunos comandantes de cuerpo, dedicaron el resto de la tarde a practicar repetidos, minuciosos y variados reconocimientos, tanto en direccion a las posiciones que ocupaba el enemigo, cuanto hácia los puntos en que debian establecerse, desplegarse y avanzar las brigadas y cuerpos constitucionales.

La artilleria enemiga, situada ya en las cumbres que iban a ser el objetivo de nuestro ataque, lanzó contra los esploradores unos cuantos flojos e ineficaces disparos que, lejos de entorpecer la tarea de éstos, les sirvieron a maravilla para determinar el sitio preciso que ocupaban aquellas piezas y cuáles eran los puntos mas fuertes de la línea balmacedista. Nuestros cañones no les contestaron, por cierto, y tal vez en vista de ello el campo volvió a quedar dentro de poco sumerjido en el silencio de una desconfiada y vijilante espectativa.

Como a las ocho de la noche, provistos todos de los datos que habian acumulado durante la tarde, se celebraba, bajo la presidencia del coronel Canto, un segundo consejo de guerra en las mismas casas de las Cadenas en donde se hallaba establecido el Cuartel Jeneral. Los asistentes se ponian mui pronto de acuerdo respecto de los detalles del plan acordado en la reunion anterior. El comandante Körner, con su claridad, despejo y habilidad acostumbradas, lo esplanaba en seguida, trazando en el suelo de la pieza, con un carbon que halló a mano, un croquis de las posiciones ocupadas por el ejército enemigo. Delineó el camino que habian de tomar las tres brigadas, marcó los puntos en que debian situarse la artilleria y la caballeria, y, por fin, como programa detallado del plan que acababa de desarrollar, espidió allí mismo la siguiente órden jeneral para el ataque, que fué trascrita a los jefes de las brigadas y de los cuerpos constitucionales:

" Las fuerzas balmacedistas ocupan el Alto del Puerto y parece alcanzarán a un número por lo menos igual al nuestro. A ambos lados del camino ha tomado posiciones su artilleria, que barre todo el campo a su frente, esceptuando el pié de la altura y la pendiente sur de la colina situada entre

las Cadenas y el Alto del Puerto. Las casas en el fondo del valle no están ocupadas por fuerzas enemigas, ni tampoco los montes que hai al pié de la altura.

El ataque de la posicion se ejecutará mañana al amanecer.

La 3.ª brigada ocupará a las 4 P. M. las alturas de las Cadenas frente al Alto del Puerto y al oriente del camino de las casas a la Placilla, con el objeto de protejer a la artilleria que se colocará en las mismas alturas y formar la reserva para el ataque.

Toda la artilleria de la 1.ª y 3.ª brigadas y las ametralladoras ocuparán las posiciones reconocidas esta tarde en las alturas mencionadas y las prepararán, fortificándolas del mejor modo posible, para un combate con las fuerzas superiores de la artilleria enemiga. El comandante Ortúzar tomará el mando de la constitucional, y el comandante del cuerpo de Injenieros, para ejecutar anticipadamente los arreglos del camino y los trabajos de fortificacion que sean necesarios, se pondrá a sus órdenes.

La artilleria observará la del enemigo, no romperá sus fuegos sino cuando ésta lo haga, y entonces tratará de apagarlos a la mayor brevedad, sin precipitarse.

La 1.ª brigada se encontrará concentrada a las 5 P. M. en formacion de reunion a retaguardia del ala izquierda de la 3.ª, con el fin de atacar de frente el Alto del Puerto, tomando como punto de direccion la casa aislada que hai en esa altura, no estendiéndose hácia la izquierda sino hasta el camino de las casas de las Cadenas a la Placilla. Los cuerpos de la brigada encontrarán en la falda sur de la altura campo a propósito para prepararse para el asalto, y deberán recorrer con la mayor rapidez posible el valle para alcanzar el pié no barrido de la posicion del Alto.

La 2.ª brigada se colocará en formacion de reunion a retaguardia de la 1.ª y seguirá a ésta como segundo escalon a 500 metros de distancia, tratando de ganar terreno hácia la izquierda con el objeto de envolver la posicion enemiga por el ala derecha, graduando esta maniobra por el éxito que obtenga el ataque de la 1.ª

El comandante de la 1.ª brigada recibirá oportunamente la órden para atacar.

La 3.ª brigada, como ya está ordenado, constituirá la reserva para el ataque y observará el ala derecha de la 1.ª para protejerla a tiempo en caso de necesidad.

La caballeria de la 2.ª brigada, Guias y Lanceros, reforzada por los Húsares. se reunirá al mando del comandante Solar a retaguardia de la 2.ª brigada, al poniente del camino de las casas de las Cadenas a la Placilla, y seguirá los movimientos de esta brigada protejiendo su ala izquierda y tratando de envolver el ala derecha de la posicion dictatorial.

La caballeria de la 1.ª y 3.ª brigadas se reunirá, bajo el mando del comandante Ovalle, a retaguardia del ala derecha de la 3.ª, seguirá haciendo reconocimientos hácia el Salto y las Palmas y protejerá el ala derecha del ataque, procediendo en el particular segun la marcha de los acontecimientos.

Los parques se colocarán al oriente de las casas de las Cadenas, segun su órden numérico. El parque jeneral a retaguardia del de las brigadas.

Los bagajes se reunirán a retaguardia de los parques, recojiendo todos los animales que encuentren.

El comandante en jefe se encontrará en la posicion de la 3.ª brigada.

Inmediatamente despues de tomado el Alto del Puerto, la 1.ª brigada se rehará sobre el camino de Casablanca a Valparaiso (camino de los Lecheros) y la 2.ª sobre el que conduce a la Escuela Naval (edificio nuevo). Una vez rehechas, las dos brigadas seguirán sin demora a Valparaiso. La 3.ª formará siempre la reserva y esperará, sobre la altura, segunda órden."

* * *

Mientras en el campo constitucional se desarrollaban los sucesos que acabamos de narrar, en el balmacedista no habia mejorado sensiblemente la situacion. Se recordará que el 23, despues del infructuoso cañoneo, las recien llegadas tropas dictatoriales se encontraban en tal estado de desorganizacion, que hasta la helada sangre del ex-ministro Perez Montt se sintió alterada por temor a las malas consecuencias de semejante desmoralizacion.

La borrachera siguió, en efecto, durante todo ese dia, repitiéndose, tanto en Viña del Mar como en Miramar, las escenas de saqueo de la noche del 22, los destrozos y hasta los incendios. Costó enorme trabajo a los jefes y oficiales recojer a los dispersos, llevarlos hácia las alturas y mantenerlos allí sometidos a la disciplina. Solo el abundante rancho y la buena racion de vino con que se les agasajó fueron parte a impedir que en la noche del 23 abandonasen de nuevo los campamentos y bajasen a cometer fechorias en ambas poblaciones.

El jeneralísimo Bañados, sin embargo, estaba mui satisfecho con el brillante triunfo que acababa de obtener en la mañana. Se figuraba que el cañoneo de nuestros buques y baterias terrestres habia sido apagado por las piezas dictatoriales, y que éstas barrieron de tal modo los cañones opositores, que ya casi no contábamos con artilleria. El *Cochrane* y la *Esmeralda*, o se hallaban fuera de combate, o tenian peligrosas averias, causadas

por los tiros de los fuertes. Y con tal entusiasmo y tanta fé pregonaba las supuestas hazañas de sus bravos artilleros, que hasta el tímido Viel se sintió ganado por la ilusion y dirijió a Balmaceda un telegrama en que le decia:

"*Cochrane* y *Esmeralda*, fuera de combate, se han retirado de la bahia remolcados y en mui mal estado. Nuestras baterias y fuertes han destrozado completamente el ala derecha del enemigo.—Viel."

Tan gorda era la noticia, que el dictador no se atrevia a darle crédito, segun refiere la telegrafista de Quillota, señorita Celinda Arregui. Pidió, pues, la contraseña, y habiéndosela dado junto con la confirmacion, el trasfigurado dictador dirijió a sus dependientes, por medio de su secretario privado, la siguiente circular telegráfica en que les comunicaba la primera y curiosa version de la batalla del 21, junto con su victoria del 23:

"El dia 20 a las 5.30 A. M. desembarcaron los revolucionarios por el puerto de Quintero y la ensenada de Concon, concluyendo su desembarco a las 5 P. M., y marcharon rápidamente al sur a las riberas del rio Aconcagua.

Al amanecer del dia 21 hubo un combate de avanzadas, en el cual resultaron rechazados los enemigos.

A las 11.30 A. M. comenzó un ataque entre el ala izquierda de nuestro ejército, al mando del jeneral Alcérreca, y el total del ejército revolucionario.

La batalla se trabó entre Colmo y Concon. Las pérdidas de ambos ejércitos son considerables.

De jeneral a tambor, todos fieles a su bandera, y se han batido como leones contra los traidores de la patria.

La crueldad de la oposicion es increible. Encontraron una ambulancia a cargo del doctor Julio P. Agüero, y sin vacilacion degollaron a todos los empleados de la *Cruz Roja* y a todos los heridos.

Los prisioneros que caen en su poder son en el acto fusilados.

En el dia de ayer, 22, nuestras fuerzas tomaron posiciones definitivas y se reconcentraron las distintas divisiones. Las manda como jeneralísimo el presidente en persona, ausiliado de los ministros Bañados Espinosa y Concha.

Los enemigos ocuparon el dia en recojer heridos y dispersos y en buscar víveres.

Sus avanzadas llegaron a las alturas de Viña del Mar y fueron rechazadas.

Hoi, 23, hubo tiroteo entre los buques y los fuertes Callao y Pudeto. La escuadra cesó sus fuegos a medio dia y se alejó.

Ha habido tiroteo de artilleria de ambos ejércitos, habiendo hecho la del gobierno estragos en las filas enemigas.

La infanteria no se ha batido hoi.

En Valparaiso y Santiago perfecto órden, al amparo de las fuerzas del órden. En ningun punto de la república ha habido el mas leve disturbio.

Ferrocarriles y telégrafos espeditos.

En Santiago mas de 3,000 hombres guardan la poblacion.

A las cinco de la tarde trabóse accion de los fuertes sobre *Esmeralda* y *Cochrane*.

Por telegrama oficial se sabe que *Esmeralda* y *Cochrane*, despues de cambiar tiros con las fortalezas de Valparaiso, se retiraron atravesados por balas de grueso calibre."

Tan profunda debió ser la alegre conviccion del jeneralísimo Bañados respecto de las averias sufridas por nuestras naves, que todavia el 4 de setiembre, fecha de su correspondencia al Comercio de Lima, asegura lo siguiente:

"La escuadra, *que habia recibido varios tiros*, que habia visto la ineficacia de sus fuegos y que comprendia el peligro evidente en que estaba de recibir un balazo en parte vital, siguió el ejemplo de los artilleros de tierra y se retiró a Concon.

El dia 23 fué del gobierno."

***

Bajo los auspicios de tan bullada victoria, el mismo 23 en la noche, haciendo uso Bañados de los plenos poderes que en él habia delegado el dictador, daba una organizacion definitiva al ejército dictatorial decretando los siguientes nombramientos:

Jeneral en jefe, el jeneral de division don Orozimbo Barbosa.

Jefe de estado mayor jeneral, coronel don Vicente Ruiz.

Comandante en jefe de la 1.ª division, jeneral de brigada don José Miguel Alcérreca.

Jefe de estado mayor de la 1.ª division, coronel don Marcial Pinto Agüero.

Comandante en jefe de la 2.ª division, coronel don Daniel Garcia Videla.

Jeje de estado mayor de la 2.ª division, coronel don José Maria del Canto.

Jefe de la reserva, coronel don Federico Valenzuela.

La 1.ª division se repartió en dos brigadas, cada una de ellas al mando de los coroneles Zelaya y Anacleto Valenzuela.

La 2.ª se fraccionó en otras dos, al mando de los coroneles don Jorje Wood y don Federico Castro.

Para los comandos especiales fueron designados los siguientes:

Comandante jeneral de caballeria, coronel don David Marzan.

Comandante jeneral de artilleria, coronel don Exequiel Fuentes.

Comandante jeneral de infanteria, coronel don Lucio Martinez.

Comandante jeneral de injenieros, coronel don Juan de Dios Leon.

Escusado es advertir que quien podia lo más podia lo menos, y que por lo tanto Bañados, que por delegacion de las facultades del dictador acababa de hacer esos nombramientos, conservaba su carácter de director supremo o jeneralísimo del ejército en campaña, como mui pronto habia de demostrarlo con los hechos.

***

La marcha de las brigadas constitucionales hácia Quilpué se verificó con tanto sijilo durante la noche del 23, que al dia siguiente, al no divisarlas en Reñaca desde las alturas de Viña del Mar, circuló como mui válida en el campamento balmacedista la noticia de que se habian reembarcado en Concon. Y como los cruceros y buques de guerra recorrian dia y noche el espacio comprendido entre Quintai y Quintero, llegando en ocasiones, como lo hicieron la *Magallanes* y la *O'Higgins*, hasta San Antonio, del que se apoderaron por algunas horas y en cuya oficina telegráfica encontraron la mentirosa circular de Balmaceda sobre la batalla de Concon; como despues el *Cachapoal* mandó a tierra un bote en Quintai, y como Viel no necesitaba de muchos aparatos para asustarse como liebre con la noticia de un desembarco por la Laguna, el dia 24 trascurrió para los jefes enemigos en contínuas y variadas alarmas. Ya se temia que nos internásemos por el valle de Aconcagua, segun se ha visto por los telegramas de Balmaceda, ya que nos dirijiésemos a Santiago

por Tiltil a traves de la cuesta de la Dormida, ya que avanzásemos sobre Valparaiso por las Palmas y la Placilla, como en efecto lo ejecutámos, ya que desembarcásemos en San Antonio para marchar por Melipilla a Santiago, ya, por último, que apoderándonos de la Laguna cojiésemos a Valparaiso por la espalda como lo temia Viel. Quilpué, mediante los sustos del coronel Pantoja y la fuga de Sanfuentes, habia quedado en un abandono tan completo y tan imprevisor, que no hubo en ese punto o sus cercanias algun mal piquete de caballeria que anunciase al ejército enemigo la llegada de los nuestros en la mañana del 24. Barbosa, disgustado por la torpe intrusion de Bañados, privado de toda iniciativa, o tal vez impresionado aun por su reciente derrota, no adoptaba ninguna de las muchas medidas que al mas negado debia sujerirle aquella misteriosa y repentina desaparicion de nuestro ejército, y esto a tal punto, que el mismo Bañados hubo de ponerse en marcha en la tarde del 24, acompañado por el jeneral Alcérreca y algunos jefes, llegando hasta las cumbres de los cerros que rodean al Salto por el norte.

Nada descubrieron en este reconocimiento; de modo que trascurrió la noche entre perplejidades, cavilaciones y sustos. Y como Viel, por otro lado, anunciaba a cada rato amagos de desembarco por la Laguna, los terrores de éste no dejaban de ejercer algun influjo entre sus conturbados compañeros, a pesar de que ellos sabian perfectamente que el vice-almirante no debia sus anchos galones ni a la sangre fria ni al valor.

En lo que todos convinieron esa noche fué en dedicarse desde el amanecer del dia siguiente a practicar nuevos y variados reconocimientos en distintas direcciones con el objeto de descubrir el paradero del ejército constitucional.

***

Al alba del 25 avanzó un escuadron de Carabineros en direccion al campamento de Reñaca; el coronel Munizaga subió a las alturas cercanas al Salto, desde donde podia descubrirse Quilpué; un carro blindado provisto de dos ametralladoras, a cargo de los coroneles Leon y Castro, avanzó hasta el puente de las Cucharas, que el dia antes habia sido cortado por los nuestros; el comandante San Martin se dirijió tambien hácia Quilpué por otro

lado, y por fin, el jeneralísimo Bañados, ministro a un tiempo de lo interior y de la guerra, acompañado por una cohorte de altos jefes, se dirijió a la Placilla por sobre los cerros situados al sur de Viña del Mar.

No dejan de ser curiosos los partes que algunos de estos esploradores dirijieron al jeneral Barbosa a su regreso al campamento.

El que fué a cargo de los Carabineros en direccion a Reñaca, le dice:

"Solo encontré al teniente Isaias Carrasco, del 3.º de línea.

Fué tomado prisionero conjuntamente con el capitan ayudante Ismael Gutierrez, del mismo rejimiento, y con un capitan del Buin que cree es Guevara. Fué prisionero como a doscientos metros de las posiciones del enemigo, y cargó la caballeria en número como de trescientos. Los que los tomaron fueron infantes, y se contentaron con quitarles armas y demas objetos. Los dejaron un momento para ir a buscar caballos, agua y víveres que les pidieron, pues estaban heridos, y se hicieron graves para que no los llevaran.

El armamento que usan es un rifle chico que parece carabina, delgado y mui liviano.

Tenian muchas avanzadas.

Vivaban a la oposicion y decian ir a Valparaiso y que gozarian mucho cuando llegaran a algun pueblo.

Cree, por los datos que obtuvieron, que el golpe es a Valparaiso.

El campamento estaba en el ala derecha de sus posiciones, para el lado del rio.

El traje que usaban era de brin, y gorra blanca forma de marino.

Cree que vienen avanzando a Quilpué por datos obtenidos de un paisano que encontró en el camino."—(Sin firma.)

Como se ve, los datos obtenidos por este esplorador anónimo, cuyo parte fué encontrado en el bolsillo de Barbosa en una hoja de papel a guisa de memorandum, no daban ninguna luz respecto de la marcha de nuestro ejército, aunque por otro lado las declaraciones del oficial herido a quien encontró en el camino equivalen al mas terminante desmentido de las afirmaciones del dictador respecto de las crueldades de los nuestros. La conducta humana y compasiva de éstos resalta, por el contrario, de la descarnada relacion del teniente Carrasco, a pesar de pertenecer a ese 3.º de línea que con tanto encarnizamiento y hasta

saña se batió contra los cuerpos de la 1.ª brigada constitucional.

El parte del comandante San Martin, escrito con lápiz, es el siguiente:

"Mi jeneral: estoi en el campamento que está frente al Salto y donde estuvieron ellos ayer y anteayer. El ejército de Canto anda solamente de noche: de dia pernocta. Todo el ejército ha ido a Quilpué, y dicen los soldados que en caso de que no se tomen al puerto irán a Santiago. Asi es que creo que hai probabilidades de que se vayan a Valparaiso tomando el camino de la quebrada de Margamarga a la Placilla o el camino que conduce a Casablanca.

Tropa les queda que desembarcar cuatro batallones (!), y amagarán a Valparaiso por enfrente al Baron (!) mientras ellos operan por otro lado.— San Martin.

P. D.— Avanzo a Quilpué. En este momento hai tiros en Quilpué, donde se les embriagó mucha tropa.

Mando 13 paisanos sospechosos y soldados nuestros heridos y buenos.— Vale."

***

La partida de esploracion que con Bañados Espinosa se habia dirijido a la Placilla pasaba tambien en forma de carta su parte oficial al jeneral en jefe, aunque aquí el tono imperioso, altivo y terminante demuestra que el superior en conocimientos, jerarquia y posicion se dirije al inferior para imponerle su voluntad y sus mandatos.

Esa carta de Bañados, en la que, sin duda a peticion de éste, aparece tambien la firma de Alcérreca, dice así:

"Señor jeneral Barbosa:

Querido amigo:

Por los reconocimientos hechos por el carro blindado, por Castro con Munizaga, agregados a las declaraciones conocidas, a lo visto por los del rejimiento Santiago y por nosotros, es un hecho que el enemigo está en Quilpué.

El propósito aparente de ellos es un ataque envolvente sobre Valparaiso cruzando por la Placilla.

Como este camino es la desembocadura de todos los caminos que van a Valparaiso y del que va a Santiago, hemos creido prudente seguir nuestro reconocimiento hasta Valparaiso, cruzando por la Placilla.

Creemos indispensable que se haga un reconocimiento de esploracion sério que pise la retaguardia al enemigo. Creemos al efecto que debe organizarse una pequeña vanguardia, compuesta de 50 infantes montados y de 50 Cazadores. Irian mandados por el comandante Belisario Troncoso. Los caballos para los infantes pueden sacarse de los traidos de Valparaiso o de otros puntos.

Confiamos en que el reconocimiento hecho esta mañana por Carabineros haya llegado hasta el campamento ocupado por el enemigo. Así las cosas, es innegable que éste está en marcha, o sobre Valparaiso, o sobre Santiago.

De todos modos, prepárese para una marcha.

De usted

AA. y SS.

JULIO BAÑADOS ESPINOSA.

ALCÉRRECA."

—Pero, señor, esclamaria Barbosa para sus adentros; ¿qué clase de jeneral en jefe soi yo, cuando este mozo, no contento con ordenarme que me prepare para una marcha—¡y en qué tono!—me señala el número de tropa que debo mandar en el reconocimiento, de qué cuerpos ha de ser, de dónde sacaré los caballos para los infantes y hasta a qué jefe tiene que confiarse el mando de la espedicion!

Esa imprudente intrusion, ese tono altanero de Bañados calentaron sin duda al moreno jeneral. Su enojo estuvo a pique de producir un conflicto y hasta un desastre anticipado para el ejército balmacedista.

***

El 25 en la noche era opinion casi unánime entre los altos jefes y funcionarios balmacedistas, tanto en la bulliciosa tertulia del ministro Bañados en Viña del Mar como en la mas cortesana y correcta del intendente Viel en Valparaiso, que nuestro ejército se hallaba en Quilpué y que con semejante movimiento iniciaba su avance sobre Valparaiso por el camino de la Placilla. Si hubo alguna discrepancia de opiniones a causa de las noticias recibidas de Limache y de Quillota en que se anunciaba la marcha sobre esos puntos de la columna mandada por el coronel Vergara, toda discrepancia desapareció en la mañana del 26 al recibirse el telegrama del coronel Leon, que ya publicámos, en

que anunciaba la internacion de las brigadas constitucionales por el camino de Margamarga.

Hablando Bañados Espinosa de los sucesos de este dia dice lo siguiente:

"La mañana del 26 amaneció con un bello sol.

Hubo en el estado mayor de Barbosa una reunion de jefes superiores presididos por el ministro de la guerra. Se analizaron los planes, se dió lectura a los partes de todos los reconocimientos, se oyó a los jefes que los habian emprendido, y se acordó que a la tarde se emprendiera el movimiento del ejército sobre la Placilla."

Las cosas no pasaron, sin embargo, tan sencillamente como las refiere el jeneralísimo balmacedista. Si esa reunion se celebró, y presidida por el ministro de la guerra, es decir, por un intruso, o no asistió a ella el jeneral en jefe del ejército, jeneral Barbosa, o solo lo hizo despues de reiteradas súplicas, intimaciones y hasta amenazas. Barbosa estaba harto de agravios y de atropellos de parte del infatuado representante del dictador; y para no sufrir a cada momento los ataques de su inagotable y ampulosa facundia, ni escuchar las advertencias, consejos y admoniciones con que incesantemente lo molestaba so pretesto de las mas insignificantes nimiedades, habia determinado establecerse a firme en medio de su campamento en las alturas de Viña del Mar y atender allí a la organizacion y preparacion de su ejército, libre de la cháchara y del perpétuo manoteo del revoltoso ministro.

Encaramado, pues, en su altúra, recibió Barbosa la siguiente carta de Bañados en la mañana del 26:

"*Agosto 26.*

Querido jeneral:

Ha llegado el momento de organizarse para marchar.

Tenga la amabilidad de bajarse al pueblo, donde se ha ocupado una casa.

Es imposible trabajar arriba sin útiles, sin telégrafo, sin ninguna comodidad.

Véngase con Garcia, con Ruiz y con Canto.

Aquí están Alcérreca y Pinto.

Tengo un largo telegrama del presidente.

Véngase lo antes posible.

Aquí hai telégrafo, piezas independientes para consejo, mesas para planos y demas útiles indispensables para preparar la marcha.

Su presencia arriba, sobre ser inútil, (!) es un obstáculo (!) a la rápida organizacion de los servicios del ejército.

Aquí estamos a un paso de la estacion y de Valparaiso.

Todo debe comunicarse con rapidez, y ello no puede conseguirse sin que estén juntos todos los encargados de proceder.

Lo espero aquí con García.

De usted A. y S. S.—Julio Bañados Espinosa."

No obstante el tono doctoral, telegráfico y terminante de la carta, hasta aquí podia soportarse; pero ¿cómo no se le quemaria la sangre al viejo jeneral al leer la siguiente postdata?

"P. S.—Al bajar, no deje de recordar a los jefes de brigada que permanezcan en sus puestos (!) y que los comandantes de cuerpo preparen sus tropas."

***

Al leer esto Barbosa no pudo menos de sentirse indignado a pesar de su innato servilismo, y se negó a dar cumplimiento a una órden que lo reducia a la condicion de uno de tantos rendidos cortesanos de aquel mozo que pocos meses antes habia sido su secretario y a quien en mas de una ocasion propinó saladas amonestaciones por su carácter atropellador e intruso (1).

Le contestó, pues, secamente que preferia permanecer arriba, en donde estaba mui lejos de ser inútil su presencia, agregándole que mejor era que subiese él. Y para dorarle la píldora le anunciaba que lo esperaria a almorzar con un cordero asado.

---

(1) Una de esas amonestaciones consta de la siguiente esplicativa y humilde carta que en aquel tiempo dirijió Bañados Espinosa a su jefe de entonces, y que hemos encontrado en el archivo de Barbosa:

"Secretaria jeneral del ejercito en campaña.—*Marzo 6 de 1891.*—Señor jeneral don O. Barbosa.—Presente.

Respetado amigo:

No entra en mi propósito discutir si las órdenes jenerales de marcha deben o nó ser dadas por el cuartel jeneral. Tampoco pretendo discutir si el servicio de ferrocarriles corresponde o nó en su direccion jeneral al estado mayor jeneral. Deseo solo decirle que ayer sufrí inocente equivocacion, debido al memorandum que hice delante de usted ayer, cuando se distribuyó el servicio. Le incluyo el memorandum.

Demostrada mi absoluta inocencia, se esplicará usted la estrañeza que

El futuro historiador de Balmaceda no alcanzó a comprender la intencion del ladino jeneral. Su bronco espíritu, ajeno por completo a las delicadezas de la discrecion y del buen trato, no vió en la contestacion de Barbosa mas que la piel del cordero y nó lo que ésta encerraba; de modo que, indignado, tonante y quién sabe si tambien rencoroso y vengativo, dirijió al pobre jeneral en jefe balmacedista el siguiente parte, que le trasmitió por telégrafo desde el fuerte Callao para hacer mas público su desdoro:

"Jeneral Barbosa:
Antes del cordero asado está estudiar las graves cuestiones que me acaba de poner el presidente en dos telegramas y resolver lo que debemos hacer en presencia de los propósitos del enemigo. No podemos ni debemos perder un solo momento. He enviado a V. S. un telegrama por conducto del coronel Ruiz, una carta por conducto del comandante San Martin pidiéndole que se baje lo antes posible junto con Garcia. Aquí tendrá qué almorzar. Sírvase V. S. venir, si es posible al recibo de este telegrama.—JULIO BAÑADOS E."

El telegrama del coronel Ruiz a que se refiere Bañados en su filípica anterior es el siguiente:

"DE VIÑA DEL MAR.—Jeneral Barbosa. —Jeneral Alcérreca y ministro de guerra se encuentran en ésta, y este último me dice que tenga V. S. la bondad de venir a ésta a fin de conferenciar sobre el plan de operaciones en union con los jefes de division señores Alcérreca y Garcia; que enemigo no está al frente y que es urjentísimo tratar ese asunto. Ya fueron a Valparaiso a buscar caballos y polainas. Coronel Marzan no está en ésta, y en

---

sufrí cuando usted se niega a recibirme un cariñoso saludo de amistad que le quise hacer anoche. Y esto ante varias personas.

Nunca imajiné que por un detalle de servicio tan insignificante se pudiera herir a un amigo tan sincero y tan íntimo.

Puedo asegurarle que en lo sucesivo no se repetirán ni las causas ni los efectos de lo que ha pasado.

Le aseguro tambien que en mi puesto, si por ignorancia o escesivo celo para el servicio he podido exajerar facultades, jamas por jamas lo he hecho con mala intencion y jamas por jamas he pretendido con ello ofender a nadie.

Mi escesivo amor al trabajo y el vivo anhelo por servir, son el oríjen de todo.

De usted. A. y S. S.—JULIO BAÑADOS ESPINOSA."

su lugar va coronel Urrutia a verse con V. S. Comandantes de parque y bagajes ya están notificados a fin de que estén listos para movimiento. Comandante San Martin lo ví anoche y me dijo iba a campamento. Hoi no sé dónde esté. Se busca. ¿Le mando carpas y mantas de goma? Hai mas. —V. Ruiz."

***

A pesar de las polainas, de las carpas y de las mantas de goma de que estaba provisto el ejército balmacedista, su situacion, como se ve, no era de ningun modo envidiable. Es verdad que a esas horas el nuestro avanzaba fatigado y soñoliento en direccion a las Palmas; es verdad que pocas horas mas tarde comenzaria a desbandarse a impulsos del cansancio, del sueño y de la hartura; pero este decaimiento pasajero y accidental, que de ninguna manera alteraba en su fondo el bravío espíritu de nuestra jente ¿podia compararse con los serios disgustos, venganzas y recelos que en circunstancias tan graves dividian a los mas altos jefes del ejército contrario? Semejantes divisiones, estando de por medio un individuo tan falto de cordura como Bañados Espinosa y siendo testigos de ellas los principales jefes dictatoriales, ¿dejarian de traspirar a los jefes de brigadas y de cuerpos, a los oficiales y a la tropa, socavando y carcomiendo mas y mas la poca firmeza y el escaso entusiasmo que para batirse manifestaban los soldados?

. Ademas, por escasas que fueran la intelijencia y la iniciativa del jeneral Barbosa para hacer frente con éxito a la crítica situacion en que lo colocaba el estado de su ejército despues de la batalla de Concon, no cabe duda de que sus aptitudes eran mui superiores a las del abarcador y pedante ministro que lo pretendia anular hasta el estremo de convertirlo en simple instrumento suyo y elevarse él al grado de director esclusivo de la campaña y árbitro de los movimientos y operaciones del ejército hasta en sus mas menudos detalles. La falta absoluta de preparacion de Bañados para tan alto y difícil cargo se manifestaba dia a dia en mil resoluciones, advertencias y consejos. Tomando, como de costumbre, el rábano por las hojas y confundiendo la fraseolojia y los terminachos con la ciencia, se juzgaba a sí propio un Alejandro porque hablaba de movimientos envolventes, de flancos, de líneas de batalla y de reservas o porque conocia el sentido de

algunas voces de mando, como la de "tropa y lista." En cambio, tratándose de puntos fundamentales, su vaciedad y su ignorancia marchaban a la par con su fastidiosa pedanteria. Así, por ejemplo, al preguntarle Balmaceda a qué causas atribuía la derrota de Concon, le contestaba al punto con la mayor suficiencia y con el órden numérico a que es tan aficionado:

"1.ª Apresuramiento de los nuestros para presentar combate, yendo a buscar al enemigo a sus posiciones, (!) donde estaba favorecido por la escuadra.
2.ª Falta de armonia entre los jenerales y jefes, pues cada uno obraba por su propia cuerda. (!)
3.ª Falta de municiones. (!)
4.ª Nuestra caballeria en pésimo estado. (!)"

Basta recordar lo ocurrido en la batalla de Concon para descubrir con asombro la absoluta falta de verdad y el ningun espíritu de observacion y de estudio que revelaban esas cuatro absurdas afirmaciones. Que los balmacedistas no fueron a buscar a los nuestros a sus posiciones lo manifestaba a cualquiera que no fuese Bañados el sitio mismo en donde se habia dado la batalla y la pasada del Aconcagua a viva fuerza; que no pudo haber falta de armonia entre los jenerales ni proceder cada uno por su cuenta o cuerda lo sabe cualquier soldado conocedor de la ordenanza, puesto que ella precave el caso de acefalia designando para el mando al jefe mas caracterizado o mas antiguo; la falta de municiones fué mas bien sobra, como que el campo enemigo quedó sembrado de cápsulas despues de la derrota; y lo de la caballeria en pésimo estado no puede referirse tampoco sino a la misma hora, despues de que los escuadrones constitucionales con sus trabajados "mancos" deshicieron a sablazos los lujosos rejimientos del tirano. Con ese mismo criterio irá sin duda a escribir el ex-ministro la historia de la administracion dictatorial. ¡Digno historiador de aquel tirano embustero y de aquella época terrible y vergonzosa!

Un jeneralísimo tan ignorante de las causas de la primera derrota de los suyos no podia ser mas incompetente para llevarlos al triunfo en la segunda jornada, puesto que no atinaria a reparar las faltas que habian motivado el desastre ni a reunir y concertar los elementos de que entonces carecieron o que em-

plearon mal sus colegas. Y, fuera de esa ignorancia, la falta de juicio de Bañados era tal, que adoptaba como importantes medidas estratéjicas risibles imitaciones de lo mismo que habian hecho los nuestros en circunstancias completamente distintas a las en que se encontraba su ejército. Así, por ejemplo, el desfile sobre Quilpué lo verificámos, como se recordará, en medio del mayor sijilo, caminando de noche por pésimos senderos y teniendo cuidado de dejar encendidas las fogatas para que el enemigo creyera que seguíamos acampados a su frente; y Bañados, poniendo en accion la fábula del mono y del titiritero, ordenaba que se tomasen las mismas precauciones en su campo en la noche del 26, cuando los constitucionales no estaban a su frente sino a su espalda, en camino hácia las Cadenas, y separados del campamento balmacedista, no solo por algunas leguas de distancia, sino por la sucesion de empinados cerros que se interponian entre uno y otro punto. Con el mismo fin de ocultar su movimiento a los ojos de los nuestros hacia subir a los pobres soldados por quebradas y laderas, como si hubiera necesidad de tal precaucion para que no los divisaran los que, soñolientos y fatigados, avanzaban a esas horas desde las Palmas con direccion a las Cenizas. Seria de no creerlo si él mismo no hubiera tenido la necedad de escribirlo con sus ciertos puntillos de ufania y vanagloria.

"*Para desorientar al enemigo*, dice, se convino en dejar las hogueras habituales, y se impartió la órden de ocultar la marcha (!) con las quebradas, con los pliegues del terreno y con las colinas que se cruzan aquí y allá. Se prescribió tambien profundo silencio, (¿para qué?) no fumar, (!) y distanciar la caballeria de la infanteria."

Bajo la direccion de este estratéjico a la violeta ¿podrian abrigar alguna esperanza de triunfo los mal avenidos y desalentados defensores del dictador?

***

Esas estravagantes precauciones dieron por resultado hacer pesadísima la corta marcha que el ejército balmacedista tenia que emprender para dirijirse al Alto del Puerto. Fuera de la artilleria, que se trasladó por ferrocarril a Valparaiso y subió

desde aquí por el camino carretero, los demas cuerpos sufrieron esa noche penalidades tan inútiles como las que el mismo Bañados refiere del modo siguiente:

"A las 3½ P. M. rompió su marcha el ejército de Barbosa, cruzando por su derecha. (?) El terreno estaba húmedo, pantanoso en parte, con pasos peligrosos aquí y allá, con pozos de agua y bosques sombrios. Mui luego se oscureció y vino la noche oscura y algo húmeda. La luna se esperaba a las dos de la mañana del dia siguiente.

El rejimiento de Cazadores marchó a vanguardia, debiendo a la vez reconocer a grandes distancias y avisar con tiempo todo.

Seguian la 1.ª division y la 2.ª El rejimiento de caballeria de Carabineros de Yungai cerraba la retaguardia.

Entre las sombras espesas de la noche se deslizó el ejército en silencio. Grandes dificultades se soportaron al subir y bajar las hondas quebradas, al marchar por laderas que tenian por uno de sus flancos verdaderos precipicios, al atravesar hondonadas llenas de barro, al pasar por esteros y rebalses de agua, al internarse en bosques tupidos y al marchar de uno en fondo por el gran tranque o laguna que está en la hacienda de las Cenizas.

La marcha fué mui larga, mui pesada, y las tropas se fatigaron mucho.

Como habia necesidad de no interrumpirla y de continuarla incesantemente, la línea se dislocaba y los soldados caian en las marchas."

Si se recuerda que el ejército constitucional avanzaba a esas horas perezoso y casi en desbande por el camino de las Palmas a las Cadenas, puede colejirse que no habia mucha diferencia en el estado material y físico de los dos adversarios.

Para llevar mas adelante el paralelo, digamos que la vanguardia balmacedista, compuesta de la artilleria de la division de Concepcion y de trescientos hombres del 3.º de línea, llegaba al Alto del Puerto a las tres y media de la mañana del 27, hora en que, de cumplirse el plan de marcha de Körner, hubiera podido estar ocupado ese punto por una fuerte columna constitucional. El grueso del ejército enemigo se detenia allí a las nueve y media de la mañana fatigado y soñoliento, al mismo tiempo que el nuestro reposaba en las casas de las Cadenas, a unos seis mil metros de aquel.

A pesar de los inconvenientes del camino y del estado de las tropas libertadoras, éstas acababan de recorrer en igual tiempo

el doble de la distancia en que tantos esfuerzos y alharaca emplearon las contrarias.

***

El dia 27 trascurrió en idénticas ocupaciones para uno y otro ejército, como que ambos se encontraban fatigados y soñolientos. Es de suponer, sin embargo, que el nuestro, mas habituado que el dictatorial a los sufrimientos de una campaña activa, y provisto en abundancia de toda clase de víveres, se recobraria antes que éste de su cansancio, y, deseoso de combatir como venia, aprovechase en el alistamiento de sus armas y municiones las horas que le dejaban libres sus gratas ocupaciones de dormir y de comer.

Las fuerzas de uno y otro bando eran mas o menos iguales, como en la batalla de Concon, si bien habia ahora de nuevo una pequeña diferencia en favor del balmacedista. Nuestras bajas del 21 fueron ventajosamente suplidas por los prisioneros que se enrolaron voluntariamente despues de la accion; y agregando a este refuerzo el de los Húsares de la Frontera, podia calcularse en 10,500 hombres el número de los que sostenian la causa constitucional. El ejército enemigo no bajaba de seguro de 11,500 hombres, aunque si hubiéramos de atenernos a las cifras que arrojan los últimos "estados de fuerza" de cada uno de los cuerpos que tomaron parte en la batalla del 28, ese número llegaria y aun escederia de 15,000 hombres. Pero como las primas de enganche, las deserciones, las bajas por enfermedad o por licenciamiento eran una tentacion demasiado fuerte para los jefes dictatoriales en medio de aquella rebatiña jeneral de los dineros públicos, y como la fiscalizacion habia de ser nula tratándose de personajes que tenian en sus manos la suerte del déspota y de sus cómplices, no creemos exajerado rebajar en un veinticinco por ciento las cifras oficiales y reducir, por lo tanto, a solo 11,500 hombres la de los sostenedores de Balmaceda en la batalla de la Placilla.

Este número, por lo demas, habia parecido suficiente, tanto al dictador como a sus jenerales, para arrollar y vencer al ejército constitucional. Por esa causa se suspendió el 23 y los dias siguientes todo nuevo envio de tropas desde la capital. Balmaceda, de acuerdo con Bañados Espinosa y tan estratéjico a la vio-

leta como él, decidió utilizar el sobrante de que disponia en la formacion de una division numerosa que sirviese a la vez para impedirnos el acceso a la capital, para darse la mano con los cuerpos que venian de Coquimbo y para hostilizar por la espalda al ejército revolucionario. Confiado en el éxito del segundo choque, no se le ocurria asegurarlo de tal modo que fuera imposible su derrota y mandar a Valparaiso cuanta jente pudiera conseguir, sino que mantenia numerosas fuerzas desparramadas en Quillota, en la Calera, en Llaillai, en Montenegro y en Santiago. Un tirano mas varonil, menos impresionable y nervioso, de miras mas fijas y de talento mas claro que Balmaceda, hubiera reunido en un solo cuerpo todas esas tropas diseminadas, se hubiera puesto a la cabeza de ellas, y abandonando por el pronto aquellos lugares, hubiera traido a Valparaiso el poderoso continjente de fuerza material que representaban esos cuantos miles de soldados y la enorme fuerza moral que daria a los suyos su presencia. Esto último se imponia de tal modo a la conciencia misma del dictador, que hasta en los telegramas que desde la Moneda hacia dirijir a sus ajentes no dejaba de estamparse la falsedad de que S. E. se habia puesto a la cabeza de su ejército y de que éste se sentia tan animado y robustecido con ello, que su triunfo seria inevitable y brillante.

Pero Balmaceda, dando ahora, como siempre, una muestra de esa absoluta falta de precision de ideas que constituia el signo distintivo de su carácter, y pretendiendo, como Bañados, abarcarlo y precaverlo todo, no se atrevia a desguarnecer a Santiago por miedo a una sublevacion, ni a Montenegro, la Calera, Llaillai y Quillota—en prevision de un segundo desastre—con la esperanza de establecer por allí una tercera línea de resistencia, ni a trasladarse a Valparaiso, tal vez no tanto por falta de valor personal, cuanto porque se juzgaba necesario en la capital.

Y el mismo Bañados, que a tanta altura se veia colocado en su puesto de jeneralísimo, ¿no influiria tambien en mucha parte para evitar la venida de su señor, que lo destronaria de un golpe, arrebatándole la gloria que pensaba conquistar en la próxima batalla?

*
* *

Los planes estratéjicos del dictador iban fracasando, sin em-

bargo. La division que pensó reunir en Quillota comenzó a desgranarse con el pronunciamiento de los Húsares de la Frontera, que produjo el desbande de los Húsares de Colchagua y casi el alzamiento del escuadron Malleco, al que fué necesario trasladar a Santiago en el acto para mantenerlo sometido a la obediencia. Cuantas avanzadas de infanteria o de caballeria salian de Quillota se desbandaban, y este desbande y las deserciones ocurridas en el mismo acantonamiento alcanzaron a una cifra tan considerable, que fué necesario desistir de la idea de establecer en esa ciudad el centro de la tercera línea de defensa.

La division encargada de atacarnos por la espalda quedó, pues, de hecho disuelta. El coronel Vargas, jefe de esa plaza, manifestaba al dictador sus apuros y la impotencia en que se hallaria para resistir cualquier ataque de los nuestros, y Balmaceda no le daba otras instrucciones que las de retirarse poco a poco hácia Santiago con su escasa jente e ir destruyendo a su paso los puentes y los túneles de la via férrea para estorbar el avance de los constitucionales.

Tan inútil como la division de Quillota resultó en la práctica la traslacion a toda prisa a Santiago de la division de Coquimbo. El jefe de ésta, Carvallo Orrego, que no carece de conocimientos militares y que es mui capaz de dar forma a buenas concepciones estratéjicas, en cuanto tuvo conocimiento del desembarco definitivo de nuestro ejército en Quintero propuso a Balmaceda venirse apresuradamente al sur con toda su division, que estaba, segun él, deseosa de batirse contra los revolucionarios. Pero el dictador le contestó:

"*Agosto 20.*—Coronel Carvallo, Serena.—Celebro disposicion de ánimo de usted y esa division.

No habrá tiempo para la operacion que indica. Manténgase allí. Solo tengo un encargo que hacerle: usted, jefes, oficiales y soldados, pelearán mientras quede uno de pié, si lo que no espero, y no sucederá, hubiese de prolongarse la lucha.

Aquí o triunfaremos o moriremos. Adios.—Balmaceda"

Esta negativa fué fatal para el dictador, porque produjo a lo menos cuatro dias de retraso en la marcha de aquella granada tropa. Despues de la derrota de Concon, reconociendo en parte

su yerro, dió órden al *Imperial* para que se trasladase a Coquimbo y condujese desde allí a Talcahuano a los rejimientos Imperial y Zapadores; mas, no obstante la celeridad y la fortuna con que el comandante del trasporte cumplió su comision, solo a las nueve de la mañana del 25 pudo anclar en Talcahuano, y, demorado el desembarco por una copiosa lluvia, el 26 en la tarde llegaban ambos cuerpos a Santiago. Al dia siguiente se les despachaba hácia Quillota con el intento de servir de base a la division que a Balmaceda se le habia metido en la cabeza organizar en esa ciudad; pero coincidiendo esa marcha con la ruptura de la línea telegráfica por Casablanca efectuada por nuestro ejército, y temeroso el dictador de que semejante incomunicacion fuese un signo de derrota de los suyos, hizo volver a la capital ambos rejimientos apenas llegados a Tiltil.

Solo el 25, por lo demas, habia determinado aceptar la idea de Carvallo Orrego de hacer la marcha por tierra; y ahora demostraba tanta premura como cuatro dias antes irresolucion y confianza. Le decia:

"*Agosto 25.*—Coronel Carvallo.—(10 A. M.)—Mueva todo su campamento rápidamente al valle Aconcagua. Enemigo demorará ataque a Valparaiso; es probable sea una campaña de algunos dias. Ahí nada útil tiene ya que hacer. ¡Al sur! Requiera recursos y víveres; dé recibo por todo.—BALMACEDA."

Se movió rápidamente, en efecto, aquella division, pero ya era tarde, por fortuna. Solo el 27 en la noche, corriendo a matacaballo, llegaba la caballeria a Quilimari, y el Ministro Aldunate, que venia con ella, pedia órdenes y noticias al dictador. Este, iluso hasta la víspera de su final desastre, le contestaba:

"*Agosto 27.*—Ministro Aldunate.—Quilimari.—(9 P. M.)—Enemigo por el lado de las Palmas. No ataca porque el combate del 21 lo dejó quebrantado y disminuido considerablemente y porque no tiene abundantes municiones. Zapadores cuidan la Moneda e Imperial la ciudad.

Haga las marchas como lo indica. Dejará 200 hombres en Quillota y el resto aquí. Tenemos en ésta todos los caballos que se necesitan.—BALMACEDA."

***

Las ilusiones de Balmaceda, por lo demas, persistian, risueñas

y confiadas, hasta el dia mismo de la derrota de la Placilla. A las diez de la mañana del 28, cuando ya sus huestes comenzaban a huir despavoridas, telegrafiaba:

"*Agosto 28.*—Ministro Aldunate.—Quilimari.—Apresure marcha de la caballeria. Ya enemigo en las Palmas en actitud de atacar por ese lado. Ejército nuestro suficiente para toda eventualidad en Valparaiso.—BALMACEDA."

Y a las 2.50 de la tarde, consumada ya su ruina (que él ignoraba aun), decia:

"*Moneda, agosto 28 de 1891.*—(A las 2.50 P. M.)—Señor coronel Carvallo.—El enemigo continúa rehuyendo el combate y deslizándose por quebradas para librarse encuentro que debe serle funesto.

Basta considerar su actitud para comprender que ellos mismos reconocen su impotencia. Nuestras fuerzas maniobran de manera que se vea obligado al combate, que no podrán rehuir por encontrarse ya rodeados.

Lo que mas preocupa a S. E. es evitar en lo posible el derramamiento de sangre, y a este fin, hora por hora, nuestro ejército es reforzado por nuevas tropas que llegan al campo de batalla y cierran todos los caminos al enemigo.

La mayor tranquilidad reina en todo el pais. (!)

Los heridos del combate de Concon que se curan en los hospitales de Santiago no se cansan de hablar del entusiasmo que anima a nuestras tropas, y dicen que la presencia del presidente en el campo de batalla produjo mas aliento entre ellos que si les hubiera llegado un refuerzo de 5,000 hombres.

Personas que han visitado el campo en que tuvo lugar el combate del 21 han visto que muertos y heridos han quedado hasta ahora en el campo de batalla, muchos de ellos con sus fusiles al lado. Esto, al mismo tiempo que revela inhumanidad, demuestra el pánico de que se halla poseido el enemigo.

S. E. cree inútil seguir mandando mas jente a reforzar nuestro ejército y ha resuelto dejar en Santiago las fuerzas que llegan de diferentes partes.

Tenemos en esta capital poderosa division, que debe tranquilizar a cuantos se sientan alarmados con díceres e invenciones de opositores."

¡Infeliz! Hablaba de los díceres e invenciones de los opositores en el documento mismo en que él los prodigaba a manos llenas; se preocupaba de guarnecer la capital a la hora en que todo su

poder se derrumbaba, y pretendia cubrirse con el manto de postizas hazañas en aquellos momentos en que su nombre y su memoria comenzaban a ser por Chile entero infamados y maldecidos para siempre.

***

Mientras Bañados y Barbosa en el campo de la lucha, Balmaceda en el gabinete y la division de Coquimbo en la marcha coadyuvaban con todos sus esfuerzos al mejor resultado de la próxima batalla, un personaje que no puede ser olvidado en estas circunstancias porque era nada menos que una especie de héroe mitolójico, algo como un dios de palo, un rei viga, el jeneral en jefe verdadero y falso a la vez del ejército balmacedista (verdadero porque tenia desde tiempo atras su nombramiento de tal, y falso porque no mandaba a nadie, ni aun a sí mismo), el jeneral Gana, en fin, activaba tambien a su modo los preparativos de combate, reunia y contaba los elementos, adoptaba previsoras medidas, y como muestra de su intelijente solicitud y de su infatigable laboriosidad, dirijia a los comandantes de armas la siguiente circular telegráfica:

"De Moneda.—*Agosto 27 de 1891.*—(A las 3.15 P. M.)—Señor comandante jeneral de armas.—Sírvase V. S. decirme tropa que tiene en su provincia, especificando hasta piquetes de cuerpos que espedicionan.

Este dato es urjente y agradeceré lo repita diariamente a primera hora. José F. Gana, jeneral en jefe."

¡Vean ustedes las urjencias, los datos y los piquetes de que se ocupaba este jeneral en jefe del ejército balmacedista a las 3.15 P. M. del 27!

***

La noche de ese dia tan atareado para el jeneral Gana trascurrió en reposo para ambos ejércitos, porque tanto el uno como el otro sentian la necesidad del descanso. Hasta el jeneral Barbosa parece que estaba tranquilo, sin duda porque a esas horas no se encontraba el ministro Bañados en el campamento.

Lo habia reemplazado allí el "presidente electo" don Claudio Vicuña, el cual, no sabemos si como amigable componedor de las diferencias entre jeneral y ministro, o simplemente como baqueano y consultor, fué llamado por Barbosa en vísperas de una batalla que iba a darse en el corazon de sus dominios.

Una persona fidedigna, que ha tenido oportunidad de hablar con alguien que presenció la escena, nos hace la siguiente relacion:

"La tarde antes de la batalla de Placilla se encontraban reunidos Claudio Vicuña, Barbosa, Alcérreca y varios otros personajes, en una casa que habia en el Alto del Puerto y que hace un mes voló a causa de una esplosion de pólvora. Discutian acerca del combate que debia tener lugar al siguiente dia.

Claudio mantenia la idea de que el ejército dictatorial debia bajar a atacar en su campamento al constitucional.

Barbosa era de opinion de que debian replegarse al Camino de Cintura, (¿no seria el de la Pólvora?) en atencion a que los revolucionarios no dispararian artilleria por no despedazar la poblacion.

Alcérreca sostenia la opinion de mantener las posiciones ocupadas y de que en ningun caso debian abandonarse.

Prevaleció esta opinion.

Esta discusion se tenia al mismo tiempo que se bebia cerveza para matar el tedio."

Como se ve, hasta en la manera de discutir y acordar el plan de ataque habia una diferencia esencial entre "los descamisados del norte" y los defensores del dictador.

El Corresponsal.



VII.

La batalla de la Placilla.

(DE NUESTRO ANTIGUO CORRESPONSAL EN EL EJÉRCITO Y ARMADA.)

SUMARIO.—Las posiciones del Alto del Puerto.—Colocacion del ejército balmacedista.—Avanza el nuestro desde Cadenas.—Nuevo punto de reunion.—Principia el cañoneo.—La primera brigada avanza.—El desfile.—A la carrera.—El enemigo rompe el fuego de fusileria.—Contesta la 1.ª brigada.—Se empeña el combate.—El Constitucion.—El Antofagasta.—El Iquique.—Empuje irresistible.—El ejército enemigo ante el ataque de la 1.ª brigada.—Es arrojado hácia la cumbre.—Toma de una bateria balmacedista.—Entra en pelea la reserva dictatorial.—La 1.ª brigada rechazada.—Nuevo ataque.—El camino de caracol.—Segundo rechazo de los nuestros.—Piden refuerzos.—Mortandad.—Tercer rechazo.—El parque constitucional.—Acuden la 2.ª y la 3.ª brigadas.—Situacion de la 2.ª brigada.—Su objetivo.—El Valparaiso y el Chañaral.—El Atacama y el Huasco.—El avance de la 3.ª brigada.—El Tarapacá.—Impetuosidad de su ataque.—Entra en pelea el Esmeralda.—Muerte del comandante don Enrique del Canto.—El Pisagua y el Taltal.—Las dos artillerias.—Combate jeneral.—La Columna de Rifleros.—Al asalto.—Flaquea la izquierda enemiga.—Ataque al centro.—La caballeria constitucional.—Los Húsares de la Frontera.—Guias y Lanceros.—Carga de caballeria por el centro.—El comandante Goñi y el mayor Cabezon.—Nuestras fuerzas coronan la cumbre.—Muerte de los jenerales Barbosa y Alcérreca.—La derecha enemiga.—El Iquique se toma el parque.—La caballeria balmacedista.—La artilleria de Fuentes.—La derrota.—El pánico y la fuga.—Intimacion a Valparaiso.—Los jefes dictatoriales.—Ocupacion de la ciudad.—La *Lynch*.—Los fuertes.—Rendicion de las últimas fuerzas balmacedistas.—Entrada del ejército victorioso.—Regocijo popular.—La noche del 28.—Recibe Balmaceda la noticia del desastre.—Intento de resistencia.—Las divisiones de Coquimbo y de Quillota.—El dictador dimite el mando.—Muertos y heridos.—El servicio sanitario.—Los hospitales de sangre.—El ejército libertador marcha a Santiago.—Epílogo.

Valparaiso, enero 12 de 1892.

Al editor del MERCURIO:

Descubierta por los esploradores balmacedistas en la mañana del 26 de agosto la internacion del ejército constitucional desde Quilpué por el camino de Margamarga, y reconocida, por lo tanto, su intencion de atacar por la espalda las posiciones de las alturas de Viña del Mar, el golpe estratéjico con que se pensó desconcertar y destruir al enemigo debia darse por definitivamente fracasado. Moviéndose ese mismo dia las huestes del dictador para ocupar el Alto del Puerto, no que-

daba a las nuestras mas esperanza de éxito que la mui remota de vencerlas en celeridad en una marcha forzada: pero ya vimos que el cansancio, el sueño, y sobre todo la falta de preparacion de una parte de las tropas espedicionarias, impidieron llevar a efecto semejante operacion de la manera dispuesta por Körner en la órden jeneral espedida en el campamento de las Palmas. El ejército dictatorial, en marcha desde la tarde del 26, llegaba en la mañana del 27 a la Placilla por el sendero de las Cenizas, subia fatigado por el ancho camino de caracol que conduce al Alto del Puerto, y empleaba todo el dia en tomar colocacion sobre la meseta de la cumbre, estendiéndose a uno y otro lado del camino. Vecinos del Alto que conocian perfectamente el terreno y que al contemplar aquel gran número de soldados no pusieron por un instante en duda el triunfo que obtendrian sobre los cansados y disminuidos opositores, sirvieron de guias a los jenerales balmacedistas y les ayudaron a elejir los puntos mas adecuados para defender de una manera eficaz tan formidable posicion. A la caida de la tarde, los distintos cuerpos se habian establecido sólidamente en los sitios que debian ocupar en la batalla, y allí vivaquearon durante la noche del 27.

Las posiciones elejidas eran magníficas, superiores quizá a las que siete dias antes, en la batalla de Concon, lograron forzar los nuestros a costa de tan duros sacrificios. Faltaba aquí en favor del enemigo el temible paso del caudaloso Aconcagua, pero esta desventaja la compensaban de sobra el mayor número de sus tropas y la uniformidad de la elevada y estensa meseta que ocupaban. Gracias a ello el jeneral Barbosa podia tener a la vista y bajo su mano la totalidad de su jente, enviando los refuerzos y las reservas a los puntos en donde lo demandasen la violencia y firmeza del ataque. Lo llano y unido de la superficie impediria a nuestro ejército aprovechar, como en Concon, el abrigo de boscosas y ocultas quebradas para presentarse de improviso por algun punto descuidado de la línea enemiga y llevar a ésta un golpe repentino y decisivo como el que dió por resultado el flanqueo y la derrota del 21 al pié del Torquemada. Y luego, las reservas, protejidas por el borde de la cumbre en la falda opuesta de la meseta, tendrian la ventaja de hallarse a poca distancia de los combatientes, perfectamente resguardadas contra los fuegos contrarios y hasta ajenas a las peripecias de la bata-

lla, lo cual les permitiria tomar parte en ella tan frescas de cuerpo como de espíritu.

***

El Alto del Puerto es, en efecto, una especie de nudo o pequeña cordillera adonde van a converjer todas las colinas que se alzan desde la Laguna, al sur de Valparaiso, hasta el poniente de Viña del Mar. La meseta de su cumbre corre en jeneral casi de norte a sur, interponiéndose como tremendo obstáculo entre el llano de Peñuelas al oriente, en donde se halla situado el caserio de la Placilla, y la poblacion de Valparaiso, que queda como sumerjida en las quebradas a su lado poniente. La altura de la meseta es tan considerable, que llega por término medio a 440 metros sobre el nivel del mar. Este, puede decirse, baña a pocos pasos sus pies, y desde allí aparece en toda su majestuosa inmensidad, rodeando con ámplio y verdoso cinto la península a cuyo lado norte se agrupa el estrechado Valparaiso. Fué a esa atalaya admirable adonde subió en 1820 el supremo director O'Higgins para divisar la escuadrilla que a las órdenes de Blanco Encalada daba la vela en demanda del convoi capitaneado por la *Maria Isabel*, y en la que con acento impresionado y profético pronunció aquellas históricas palabras:—"De esas cuatro tablas depende la suerte de la América."

Hácia el lado por donde atacaria nuestro ejército, el nivel del terreno, aunque bastante elevado sobre el del mar, queda siempre mui bajo con relacion a la meseta del Alto del Puerto. Esta, como dijimos, se alza hasta 440 metros, y la altura de la Placilla llega por término medio a 340. No menos de cien metros tendrian, pues, que trepar los constitucionales para apoderarse de las posiciones ocupadas por los balmacedistas, es decir, una altura superior a la que existe en Valparaiso desde la orilla misma del mar a las partes mas elevadas del camino de cintura. Y el cansancio inevitable de semejante subida se hallaria agravado aquí por el rudo declive de las faldas, que se yerguen a modo de baluarte, surcadas de distancia en distancia por torrenteras formadas por las aguas lluvias, o por intermitentes arroyuelos que corren cerro abajo por angostos lechos cavados entre las abruptas barrancas. Ninguno de éstos, sin embargo, alcanza hasta la cumbre del Alto del Puerto sino en forma de estrecha y casi

inaccesible grieta o rasgadura del terreno, ni alcanza a interrumpir la uniforme llanura de la superficie de la meseta, no prestando, por consiguiente, facilidad alguna (y antes por el contrario, sirviendo de traidora gazapera) a los que pretendieran subir a lo largo de ellos para atacar a los defensores de la altura.

Mientras todo el frente de la posicion enemiga presentaba ese aspecto formidable, el flanco derecho de ésta, formado por un cerro prominente, llamado del Salto por su linda y conocida cascada, se hallaba defendido contra un ataque nuestro por la honda quebrada que corre a su pié y que va a desembocar en la Laguna, y por el violento declive de su falda, mas abrupta aun que junto al caserio de la Placilla. Es verdad que un poco mas al norte o hácia la izquierda enemiga, entre el Salto y el camino de la Placilla, se replega el Alto del Puerto formando una ensenada circular. Esta ensenada enfrenta a la parte del llano de Peñuelas conocida con el nombre de la Chacarilla; pero ademas de hallarse ella dominada por las alturas de los lados y del fondo, un rojizo morro, llamado el Colorado, la defiende tambien como obra avanzada, trasformando ese sitio en verdadera fortaleza.

La izquierda balmacedista llegaba hasta el estremo norte de la cumbre del Alto del Puerto, a inmediaciones del punto en que se levanta el negro edificio de los almacenes de pólvora y desde donde el terreno comienza a bajar con rápida pendiente en direccion a Viña del Mar y Valparaiso. Hondas, angostas y numerosas quebradas, que van a caer a otra mas ancha y profunda, llamada de las Cenizas, cortaban aquí el paso a las tropas que pretendieran avanzar por el lado de la Placilla, sin que éstas pudiesen contar con mas reparo que el pequeño que les ofrecian los tupidos matorrales y los bosquecillos de boldo, culen, litre y colihue que las cubren.

En una palabra: la posicion del Alto del Puerto, por su altura, por lo escarpado de sus flancos, por la uniformidad de su superficie, que se prestaba para dar a la defensa la mayor unidad de direccion y que facilitaba la vijilancia del jeneral enemigo sobre toda la estension de su línea, podia considerarse tanto o mas temible que las de Concon e indisputablemente superior a las alturas de Miramar, sobre todo si éstas hubieran sido atacadas de noche. Su punto mas accesible, el camino carretero a Valparaiso,

sube desde la Placilla caracoleando para ganar la cumbre, y en sus vueltas y revueltas forma no menos de nueve prolongadas curvas. Cada una de ellas estaba convertida en fuerte parapeto gracias a su antepecho de piedra y al ahonde que junto a éste ha cavado el tráfico, y allí amontonó el jeneral Barbosa, casi desde el pié mismo de la cuesta, no menos de tres numerosos batallones de infanteria, que formaban un total de 1,500 a 1,600 hombres.

***

Este bien defendido trozo del camino puede considerarse como el centro de la línea balmacedista en la batalla del 28. Fuera de la infanteria que lo resguardaba, se habian establecido sobre la meseta, a la izquierda nuestra del camino, los cañones de campaña del rejimiento número 2 de Artilleria mandado por el coronel don Exequiel Fuentes. Las piezas de montaña y las ametralladoras del mismo rejimiento estaban repartidas en dos baterias situadas mas abajo, la una a la derecha y la otra a la izquierda del camino de caracol, y ambas mui próximas a éste. De modo que esa parte de la carretera, con ser el punto mas accesible para subir al Alto, se convirtió, mediante la acumulacion allí de elementos de defensa, en castillo fortísimo erizado de cañones, de ametralladoras y de fusiles.

En el ala izquierda enemiga, es decir, hácia el lado de los almacenes de pólvora, se habia establecido, en prevision de un intento de flanqueo por ese lado, otro núcleo poderoso de resistencia alrededor de las piezas de campaña de la brigada de Artilleria de la division de Concepcion mandada por el teniente coronel don Eduardo Fernandez Vial. En el ala derecha, o sea en el Salto, una masa formidable de tropa de infanteria ocupaba la ancha meseta de ese cerro, y nuevos cuerpos defendian mas acá el Colorado y la ensenada que se abre a sus piés. Acertadamente determinó el jefe balmacedista no situar cañones sobre el Salto, a causa de que la altura de la meseta y lo escarpado de la falda habrian permitido a los nuestros colocarse mui pronto bajo la línea de los fuegos; pero sobre el Colorado y en el fondo del abra se hallaban las piezas de montaña de la brigada de Concepcion y toda la brigada Santiago a las órdenes del comandante don Eulojio Villarreal.

Estos tres focos de resistencia, correspondientes al centro y a las alas de la ventajosa posicion ocupada por el ejército balmacedista, constituian la parte principal del sistema de defensa adoptado por el jeneral Barbosa. Los claros entre uno y otro estaban defendidos por pequeños piquetes de a veinticinco hombres, y algunos de estos piquetes, parapetados en los zanjones y senderos que corren a lo largo de la falda que mira a la Placilla, llegaban en la mañana del 28 hasta mui cerca del llano que pronto debian atravesar los nuestros antes de comenzar el asalto a las empinadas alturas que les cortaban el paso a Valparaiso.

La caballeria enemiga, siempre numerosa a pesar del desbande de la que venia de Concepcion, se hallaba repartida en dos grandes grupos, junto a los flancos izquierdo y derecho de la línea de defensa, pero resguardada contra los proyectiles constitucionales por el borde opuesto de la meseta. La reserva, compuesta de los rejimientos Santiago, Arauco y 2.º de línea, que formaban en conjunto un respetable total de mas de 2,500 hombres de infanteria, se ponia tambien a cubierto de nuestros tiros a la entrada del camino de la Pólvora, desde donde podia acudir con presteza a cualquier punto de la línea que reclamase su apoyo.

Este órden de batalla, no desprovisto de acierto tomando en cuenta las peculiaridades de la posicion ocupada por las tropas balmacedistas, se resentia tan solo de dos defectos: el uno la acumulacion escesiva de tropas en algunos puntos, acumulacion que seria fatal tratándose de combatir contra un enemigo que disponia de escelentes granadas Schrapnell, de fusiles de tiro tan rápido y preciso y de proyectil tan penetrante como el Mannlicher, y el otro la debilidad relativa de la estrema izquierda enemiga, que constaba tan solo de cuerpos movilizados, y en menor número que los reunidos en la derecha y en el centro.

Ambos defectos se esplican, sin embargo, a la luz de los añejos principios que servian de norma al jeneral en jefe balmacedista. Las líneas en formacion unida, las grandes masas de tropas tenian sus ventajas en tiempo de los fusiles de chispa y de fulminante y de la carga en once voces, a fin de mantener constantemente nutrido el fuego; y aferrado Barbosa a los que en su juventud pasaban como axiomas de táctica, los encontraba ahora ventajosísimos para la defensa de una posicion cuyos puntos menos fuertes se hallaban en el centro y en los flancos. La debi-

lidad del ala izquierda se esplica tambien mediante la configuracion del terreno por ese lado. Ya dijimos que numerosas quebradas, anchas zanjas y colinas sucesivas estorbaban el acceso a la cumbre por el lado de las Cenizas; y aunque la leccion del 21 hubiera debido escarmentar al jefe enemigo para que no atribuyese tanto valor estratéjico a las simples dificultades de la naturaleza, persistió en considerar suficientemente resguardado ese punto y colocó allí la tropa menos veterana y numerosa, y al mando de un jefe que, como el coronel don Daniel Garcia Videla, si habia dado siempre muchas pruebas de intelijencia y arrogancia, no las habia dado nunca mui claras de serenidad y de valor.

***

La estension de la línea enemiga agravaba notablemente el defecto de la concentracion. De flanco a flanco, o sea desde las Cenizas al Salto del Agua, no habrá menos de cuatro kilómetros en línea recta; pero como el Alto del Puerto hácia el lado de la Placilla tiene la forma de una herradura o media luna cuya concavidad solo es interrumpida por la falda saliente cruzada por el camino carretero, puede calcularse en seis kilómetros, o sea como legua y cuarto, la estension verdadera de la línea balmacedista.

El jeneral Barbosa, rutinariamente aleccionado con el desastre de Concon, se figuraba que todo el empeño de nuestro ejército se limitaria a procurar abrirse paso hácia Valparaiso, y que para conseguirlo íbamos a intentar, como el 21, envolver por un flanco a sus tropas. Torpemente seguro de que ese flanco no podria ser el izquierdo a causa de las dificultades que por allí presentaba el terreno, y confiado con justicia en la fortaleza de su centro, en donde el camino de caracol estaba convertido en inespugnable castillo, discurrió que los nuestros lo habian de atacar por la derecha, qué se apoyaba, como dijimos, en las alturas escarpadas y casi inaccesibles del Salto. Su anticuada instruccion militar no le dejaba concebir otro sistema de ataque que el flanqueo, y su escasa inventiva le impidió comprender que semejantes golpes, cuya parte esencial la constituyen la sorpresa y la ocultacion de los movimientos, no pueden repetirse en el corto

espacio de siete dias, y mucho menos tratándose de una posicion como el Alto del Puerto, que no tenia, gracias a su uniformidad y aislamiento, punto alguno que prestase a los constitucionales facilidad para semejante operacion.

Un testigo ocular de la batalla, que formaba parte del ejército balmacedista, dice a este respecto:

"Supuso el jeneral Barbosa que todo el empuje de Canto se dirijiria, como en la batalla del 21, a rebasar una ala con el objeto de dejarse libre su comunicacion por mar por los caminos del Vijia y de la Laguna, y por eso concentró ahí la mayor parte de sus fuerzas."

Acumuló, pues, en la cumbre del Salto y del cerro Colorado, ademas de los cuerpos de artilleria que ya mencionámos, el veterano rejimiento 8.º de línea, los batallones Angol, Temuco, Concepcion, Tomé, Andes, los restos reforzados del Buin, del 3.º, del 7.º y del 9.º de línea, y los batallones San Fernando, Victoria, Traiguen y Mulchen, que ya se habian batido en Concon, dando el mando de esa ala al jeneral Alcérreca. Este, escalonándolos desde la cumbre hasta el pié de la falda, estableció con ellos tres líneas de tiradores que se hallaban en aptitud de romper desde el principio un vigoroso fuego sin temor de ofenderse a sí propios, y que desde gran distancia podian tambien causar numerosas bajas entre los que intentaran atacarlos o pasar de largo por el pié de la altura para dirijirse al camino de la Laguna. Y de esta manera la posicion del Salto quedó convertida en la mañana del 28 en una fortaleza tan inespugnable como el camino de caracol.

En éste, que formaba, como dijimos, el centro de la posicion enemiga, se hallaban estendidos a lo largo del antepecho de piedra los batallones Linares, Yumbel y Valdivia, a los que servian como de reserva, y tambien de proteccion a la artilleria en el alto, los restos del 10 de línea y los batallones Nueva Imperial y Jendarmes de Santiago.

Los cuerpos que formaban el núcleo de la izquierda, concentrados, como dijimos, a inmediaciones de la Casa de Pólvora, eran, ademas de la artilleria, los batallones Nacimiento, Lontué, Artilleria de Marina y Limache, viniendo a quedar este último en la estremidad del ala izquierda del ejército balmacedista.

No está de mas recordar aquí que esta Artilleria de Marina, correspondiente a la division de Concepcion, no estaba compuesta ni de artilleros ni de marinos. Era simplemente un cuerpo de infanteria, bautizado sin duda con ese nombre en honor de su jefe, el coronel Vidaurre, que querria recordar los buenos tiempos en que mandaba el rejimiento del mismo nombre. Pero, conservándose en todo fiel a sus antecedentes, el coronel Vidaurre no asistió a la batalla de la Placilla. El dia antes se hizo espedir un certificado en que el cirujano lo declaraba peligrosamente enfermo de una pierna. Se quedó, por lo tanto, en Valparaiso, en donde a poco sanaba como por ensalmo y corria ájil y sin dolencias al muelle para emprender a toda prisa la fuga disfrazado de marinero yankee.

***

El gran número del ejército balmacedista, la feliz operacion que acababa de ejecutar y la fortaleza de su posicion, apreciable hasta para el último de los soldados, devolvieron a éstos una gran parte de la confianza que habian perdido despues de la derrota de Concon y les hicieron concebir la esperanza de que allí podrian sostenerse contra los ataques de los opositores sin mucha pérdida de vida y aun sin necesidad de mayores esfuerzos. Hasta los fujitivos del 21 sentian recobrados sus ánimos y se preparaban a vengar la sangre de sus compañeros y a tomar una fácil revancha. La vista de aquellos numerosos batallones, baterias y escuadrones acumulados en un sitio relativamente poco espacioso; el ir y venir de los jefes, ayudantes, oficiales y miembros de los servicios anexos a un ejército en campaña; el belicoso sonido de las cornetas y de los tambores y las tocatas de las bandas de músicos; el aspecto pintoresco de los variados trajes, el movimiento, el ruido, los preparativos de la ventajosa defensa, infundian en casi todos la idea que cualquier espectador podia formarse y que ya la mayoria de los habitantes del Alto del Puerto admitia como un hecho: la de que ese conjunto de jente granada y robusta no podria ser vencida por el ejército constitucional.

Los jenerales Barbosa y Alcérreca, demostrando mucha actividad y ganados de nuevo por la confianza, recorrian las diversas posiciones acompañados por numerosos y lucidos séquitos.

El "presidente electo" don Claudio Vicuña los acompañó en una última revista en la mañana del 28, acompañado tambien por una cohorte de aduladores y de aspirantes; y el presunto sucesor de Balmaceda regresaba a Valparaiso tan bien impresionado por el aspecto y el espíritu de sus defensores y por la inespugnable posicion que éstos ocupaban, que llegó a la intendencia pregonando a gritos el éxito seguro de sus bravos y la tremenda derrota que esperaba a los rebeldes. Aun el tímido Viel se sintió contajiado por la profunda conviccion de don Claudio; y al echarse ambos a discurrir sobre los resultados de la próxima victoria, hasta se preocuparon de confeccionar una lista de los altos jefes y funcionarios revoltosos que debian pagar en el acto con la vida su participacion en el culpable movimiento.

El jeneral Barbosa, por su parte, aparecia rejuvenecido, alegre y varonil. Al alba del 28, no descubriendo aun a su frente al ejército que venia a atacarlo, envió a la descubierta numerosos piquetes de caballeria. Bajó él en seguida por el camino de caracol y se detuvo en una casita situada al final de la última curva. Allí, acompañado de sus ayudantes, se apeó del caballo mientras se le preparaba un frugal desayuno, y conversando con ellos, animado y arrogante, declaró que si el enemigo no se presentaba antes de las diez de la mañana en son de ataque, él haria bajar a sus tropas e iria a buscarlo al punto en donde sin duda se encontraba a esas horas desmoralizado, sin ánimos, falto de víveres y quizá tambien de municiones.

Las bravatas del jeneral en jefe balmacedista no cesaron hasta el momento en que, siendo ya como las seis de la mañana, comenzaron a llegar presurosos los piquetes de esploracion trayéndole la noticia de que el ejército constitucional se movia de su campamento de las Cenizas en demanda del Alto del Puerto, y que a juzgar por su actitud y preparativos pensaba dar ese mismo dia la batalla.

Barbosa se levantó entonces reposado y tranquilo, diciendo:

—¡Cuánto me alegro! Hoi mismo hemos de acabar con esos pícaros.

Y montando ájilmente a caballo, volvió de nuevo a la altura para dar allí la última mano a la defensa.

***

La vijilancia de los dictatoriales, la actividad y buen ánimo de su jefe y la confianza que el número y las buenas posiciones habian hecho renacer en la jeneralidad de los soldados, induciéndolos a sostenerse con firmeza en aquella espléndida fortaleza, debian dar a la cercana batalla desde el primer choque un carácter de terrible encarnizamiento. Todo el ejército balmacedista, en efecto, con escepcion de la caballeria y de los tres cuerpos de infanteria que formaban la reserva, romperia sus fuegos en masa contra los constitucionales que avanzaran, descargando sobre ellos una mortífera nube de proyectiles. La colocacion dada a sus tropas por los jefes enemigos parecia calculada para producir desde el primer instante un efecto aturdidor y espantable, para lo cual se prestaba la conformacion del empinado cerro, en cuya cumbre y falda podian establecerse, como se establecieron, en efecto, tres y hasta mas compactas líneas de tiradores. Barriendo en pocos minutos a los delanteros, se figuraba tal vez el jefe balmacedista que nuestros refuerzos y reservas comenzarian mui pronto a flaquear, y una vez que los asaltantes se arredraran ante la árdua tarea del escalamiento, debian dar la batalla por perdida. Cualquiera vacilacion, cualquier retardo, ya de parte de los grupos de las primeras líneas, ya de los que debiesen reforzarlos, dejaria espuestos a unos y otros al nutrido fuego que les lloveria desde la altura; y la nueva mortandad que este fuego produjese era capaz de introducir el pánico entre una jente que ellos se figuraban desmoralizada y descontenta.

No dejaba, por cierto, de tener su feo reverso semejante sistema de defensa, y éste consistia en que si la primera línea de los nuestros no lograba ser deshecha en poco rato; si, por el contrario, solo una parte del ejército constitucional se sostenia por algun tiempo en lucha contra todo el balmacedista, mientras éste empeñaria la totalidad de sus fuerzas desde el comienzo del combate, nuestros refuerzos y reservas, entrando escalonadas en pelea, se presentarian descansadas, enteras y firmes a reforzar a sus delanteros, aumentando la intensidad de sus fuegos a medida que disminuyeran forzosamente los de las diezmadas y fatigadas tropas enemigas.

Porque no era posible hacerse ilusiones respecto de la forma en que por nuestra parte debia darse la próxima batalla: toda

esperanza de golpe estratéjico habia desaparecido. Cualquier afan por injeniarse en combinar artificiosos planes de ataque hubiera sido de parte de los jefes constitucionales un empeño tan pueril como peligroso. No convenia valerse, dada la situacion del ejército contrario, de mas combinaciones que las prescritas por la simple táctica: abarcar con nuestros grupos de guerrilleros toda o casi toda la estension de la línea enemiga, estudiar con ojo intelijente y despierto los puntos menos resguardados de la altura, reforzar las primeras guerrillas con nuevos y numerosos grupos que diesen formalidad a la pelea, descubrir definitivamente el punto menos fuerte o mas accesible, y lanzar rápidamente contra él unos tras otros numerosos cuerpos hasta que lograsen abrir brecha en la muralla humana que se oponia a su paso. Si, apartándonos de tan sencillo y salvador procedimiento, nos guiara desde el principio la idea de un flanqueo como el que precavia Barbosa, ¿quién puede dudar de que el ejército encaramado en lo alto de la meseta se hallaba en ventajosa situacion para rechazarlo? Sus infantes, resguardados tras el borde de la cumbre, recorrerian en menos tiempo que los constitucionales la distancia que los separaba del punto amagado, tanto porque esa distancia seria en todo caso menor, cuanto porque la llanura de la superficie les permitiria lanzarse sin obstáculos a la carrera en apoyo de sus compañeros. Y entonces, empeñado el combate contra fuerzas iguales o superiores pero ventajosamente colocadas, ¿quién podria asegurar que nuestro proyectado golpe estratéjico no se trasformase a poca costa en desastroso lazo?

El procedimiento del ejército constitucional en su ataque contra el Alto del Puerto se hallaba prescrito, por fortuna, en la órden jeneral del 27, con entera sujecion a las sábias reglas de la táctica moderna. Los incansables, veteranos y firmes cuerpos de la 1.ª brigada avanzarian a la vanguardia, abarcando con sus grupos de guerrilleros la mayor parte de la línea enemiga. Los de la 2.ª los seguirian a quinientos metros de distancia, listos para reforzarlos en los puntos en que lo requiriese el vigor de la resistencia. Y mientras la 1.ª y la 2.ª brigadas se batian, los numerosos y aguerridos cuerpos de la 3.ª, descansados y al abrigo de los proyectiles dictatoriales, se hallarian listos para acudir con presteza al punto en donde conviniese cortar o flan-

quear la línea contraria. Nuestra artilleria, convenientemente colocada, coadyuvaria eficazmente a la obra de la infanteria en la tarea de descubrir los puntos menos resistentes y dirijir hácia alguno de ellos el formidable empuje de la 3.ª brigada. Y los seis escuadrones de caballeria, separados de la dotacion de las brigadas para ponerlos bajo la direccion inmediata del comandante en jefe de nuestro ejército, o contribuirian a la accion de la infanteria en el angustioso momento del ataque decisivo, o; caso de fracasar éste, se abririan paso a filo de sable hácia la Laguna, segun las previsiones del coronel Canto, para que las reliquias de las rotas lejiones libertadoras pudieran embarcarse allí en los trasportes que debian esperarlas y que las esperaban en efecto.

***

Mientras los distintos cuerpos del ejército balmacedista concluian de tomar las colocaciones que debian ocupar definitivamente en la batalla, los del constitucional dormian tranquilos en su campamento, situado alrededor de las casas de las Cadenas. Solo las avanzadas, la gran guardia y una parte de la artilleria velaban, las primeras resguardando el sueño de sus compañeros, y la última para instalar las cuatro piezas de campaña quitadas en Concon al enemigo. Estas piezas llegaban al campamento arrastradas por tardos aunque firmes bueyes, y por eso, inhabilitadas para moverse con presteza bajo los fuegos, era necesario dejarlas colocadas la noche del 27 en la loma que habian de ocupar durante la jornada del 28.

Esta loma, la misma a cuya espalda se concentraria nuestro ejército antes de iniciar el combate, fué reconocida y estudiada por el coronel Vergara y el comandante Silva Renard, y su designacion aprobada por Körner para la colocacion del grueso de nuestra artilleria. Su cumbre alcanza a una elevacion de 400 metros sobre el nivel del mar y domina, por lo tanto, todo el valle de la Placilla, que llega solo a 340, aunque ella a su turno se halla dominada por el Alto del Puerto, que se eleva, como dijimos, a 440 metros.

Esta ancha y suave loma, cuya falda estaba cubierta de verdes sembrados en la parte que mira a la Placilla, es conocida con el nombre de cerro de la Granada (que mui pronto debia recibir

una solemne confirmacion), y dista solo dos mil metros de la alta meseta coronada por las tropas y la artilleria dictatoriales.

A las cuatro de la mañana del 28 quedaban debidamente instaladas sobre la cumbre las cuatro piezas de campaña, y a esa misma hora llegaban allí los cañones Krupp de montaña del batallon de Artilleria número 1 mandado por el comandante Ortúzar.

*
* *

La infanteria constitucional permanecia aun a esa hora en su campamento de Cadenas. Aunque se pensó moverla antes del alba para evitar el cañoneo con que podia molestarla el enemigo, se determinó posteriormente dejarla reposar hasta las seis de la mañana, tanto para que los soldados se recobrasen y desperezasen por completo, cuanto para evitarles las incomodidades de una caminata a oscuras a traves de un terreno desconocido y sembrado de zanjas, de grietas y de pantanos. Y como las casas de las Cadenas distan mas o menos una legua del cerro de la Granada, se creyó preferible ahorrar a nuestras tropas el cansancio de esa marcha a fin de que conservasen intactas sus fuerzas para el tremendo empellon que debian dar a los defensores del Alto del Puerto, aun cuando los cañones de éstos pudiesen tenerlas bajo sus fuegos desde el momento mismo que trasmontasen la hondonada en que acamparon la noche del 27.

A las seis de la mañana comenzó, pues, a ponerse en movimiento el ejército opositor; y como si desdeñara hurtar el cuerpo a los proyectiles enemigos, tomó francamente el ancho y llano camino carretero para dirijirse a la posicion en donde debia concentrarse antes de iniciar el combate.

Los cuerpos avanzaban en perfecto órden, y los soldados, alegres, descansados y briosos, aspiraban con delicia el puro aire de aquella risueña mañana de primavera. El sol comenzaba a cobijarlos con sus oblicuos rayos, y esta proteccion del astro del dia fué tan eficaz y tan visible, que los artilleros enemigos no podian divisarlos, deslumbrados por aquellos torrentes de viva luz que herian sus pupilas. Y como el camino corre en esa parte casi de oriente a poniente, en vano se acercaban más y más a su término nuestras lejiones: los cañones del Alto del Puerto perma-

necian mudos, materialmente cegados por el sol los ya moralmente ciegos cuando no perversos defensores de la tirania.

De esta manera, sin verse absolutamente hostilizados, recorrieron los cuerpos constitucionales un espacio como de cuatro kilómetros; y habiendo hecho la marcha a paso acelerado para precaverse contra los presuntos efectos de las granadas balmacedistas, ya antes de las siete, sin esperimentar el menor contratiempo ni ninguna baja, comenzaban a situarse a espaldas de la cumbre del cerro de la Granada, ocultos allí de la vista del enemigo y esparcidos sobre la suave falda de ese lado, cubierta entonces de mullido césped.

***

En menos de media hora quedó terminada en ese punto la concentracion y colocado el ejército en formacion preparatoria de combate en conformidad con las prescripciones de la nueva táctica. Los cuerpos estaban divididos en columnas paralelas por compañias, y las tres brigadas, acumuladas en un estrecho espacio, que permitia abarcarlas fácilmente de una ojeada, presentaban un aspecto tan marcial y tan hermoso, que hasta los mas frios se sentian entusiasmados y seguros.

Los soldados estaban, sin embargo, silenciosos y circunspectos. Ni gritos, ni voces, ni palabras brotaban de aquellos millares de labios, como si la solemnidad del momento y el recuerdo de la grandiosa empresa que estaban llamados a realizar ese dia acallasen con su gravedad las espansiones del contento y las demostraciones ruidosas de resolucion y de bravura.

Bastaba, sin embargo, contemplar sus fisonomias para comprender que no serian el esfuerzo ni la voluntad los que les faltasen. En todos aquellos rostros de espresion acentuada y casi ceñuda se leian la decision mas completa, la abnegacion mas absoluta, el propósito mas firme de vencer al enemigo o de dejar la vida en la demanda. La fúnebre tranquilidad que demostraban, su aire abstraido y como meditabundo, nada tenian de comun con la desconfianza, la timidez o el desaliento: eran, por el contrario, el reflejo de su indomable valor y de su ardiente deseo de lanzarse cuanto antes al asalto de aquellas fuertes posiciones que no les causaban ni perturbacion ni inquietud. Las consideraban

mas bien como una brillante prueba que les serviria para demostrar de nuevo su incontestable superioridad sobre los defensores de la tirania y para merecer con mejores títulos el honroso nombre de libertadores de la patria.

A esta perceptible situacion de sus ánimos se agregaban la lozania, robustez y descanso de sus cuerpos. Tanto como el 26 estaban de fatigados y soñolientos estaban el 28 de reposados y livianos. El 26 en la noche durmieron solo a hurtadillas en el desbande; pero todo el 27 lo pasaron entregados a un sueño tranquilo y reparador en el campamento de Cadenas, y al mismo tiempo repetida y aun profusamente alimentados. La noche del 27 trascurrió de nuevo descansada y abundosa, y en la mañana del 28 tuvieron tiempo de servirse un confortante desayuno antes de emprender la marcha sobre el cerro de la Granada. Algunos cuerpos, como el Chañaral, hasta pudieron regalar a su tropa con una buena "chica" de aguardiente al iniciar su desfile. La flaca naturaleza no traicionaria, pues, en este caso las resoluciones y anhelos del espíritu, y así, aunque las posiciones del enemigo aparecian imponentes y formidables, no eran ellas superiores al aliento jigantesco y heróico de los que pronto avanzarian de frente a conquistarlas.

*
* *

El ejército constitucional descansaba al abrigo de la cumbre del cerro de la Granada, mientras los jefes superiores, buscando puntos adecuados, examinaban cuidadosamente con sus anteojos la situacion de las tropas y baterias contrarias. El comandante Körner, palidecido por el insomnio, pero siempre sereno, activo y vijilante, asomaba la cabeza por sobre el borde de la zanja que corre a lo largo de la cumbre de la loma y estudiaba las alteraciones que la línea contraria habia esperimentado desde la tarde anterior, descubriendo las triples líneas de tiradores de las faldas del Salto y del Colorado, la acumulacion de cuerpos de infanteria en el caracol del camino y las tres baterias que a uno y otro lado lo defendian. Los jefes de brigada dirijian su vista al terreno que sus tropas recorrerian dentro de poco y a las posiciones que les corresponderia atacar, y el coronel Canto escudriñaba especialmente el ala derecha enemiga para estudiar el ca-

mino de la Laguna que corre al pié del cerro del Salto y dirijir hácia ese punto su caballeria en el remoto caso de un desastre.

La tropa se mantenia en descanso, complacida al ver que sus jefes se preocupaban de la mejor manera de llevar el ataque con habilidad y con prudencia. Eran ya cerca de las siete y media de la mañana, todos estaban repuestos de la pequeña fatiga de la corta aunque lijera marcha que acababan de hacer desde Cadenas, y ya el sol se apartaba rápido desde las proximidades del horizonte, emprendiendo su carrera por la azul profundidad del infinito firmamento. Libres ya de las proyecciones de sus rayos, que hasta entonces los mantenian ciegos, no trascurririan muchos minutos sin que los artilleros balmacedistas descubriesen la situacion de nuestros cañones y tal vez de nuestro ejército, y entonces no convendria mantener allí por mas tiempo aquellas masas numerosas en que podian cebarse fácilmente los proyectiles enemigos. Pero Körner queria dedicar el mayor tiempo posible a sus importantes observaciones y comenzar el combate solo cuando éstas hubieran terminado o cuando ya fuera peligrosa la estadia de las tropas en ese sitio.

Estas, por lo demas, se hallaban perfectamente ordenadas y dispuestas. La 1.ª brigada ocupaba la izquierda, un poco a vanguardia de las otras; le seguia a la derecha la 3.ª, separada por un espacio de cuarenta a cincuenta metros, y a retaguardia de ambas formaba la 2.ª Los soldados, siempre silenciosos y graves, solo esperaban una señal para lanzarse en busca de los enemigos, aunque sin manifestar ni impaciencia ni disgusto. Los estudios de Körner eran para ellos, no solo una garantia de éxito, sino tambien un ahorro de esfuerzos, de sacrificios y de sangre. Por eso lo contemplaban con curiosidad e interes, y solo cuando lo vieron apartarse de la cumbre calcularon satisfechos que se acercaba el deseado momento de dar principio a la batalla.

*
* *

El enemigo, por su parte, contribuyó tambien a apresurar ese momento. Los observadores de su campo, que ya estaban, como vimos, prevenidos de nuestra marcha desde Cadenas, descubrieron al fin las piezas de campaña establecidas sobre la cumbre del cerro de la Granada y sospecharon quizá la presencia de

nuestras tropas en ese lugar; y por eso, siendo ya mas o menos las siete y media de la mañana, disparaban contra ellas el cañonazo que serviria de punto inicial de la batalla.

El proyectil enemigo, dirijido con certera punteria, estalló en la misma cumbre del cerro, a unos cinco pasos del sitio que en esos momentos ocupaba el jefe de la 1.ª brigada, comandante Frias, pero sin herir a nadie con sus cascos.

Semejante desafio era la señal que los nuestros esperaban. Las baterias constitucionales situadas en la cumbre de la loma contestaron sin demora el tiro de sus contrarias, y con tan bueno y pronto éxito, que desde luego hicieron perder el tino a los artilleros balmacedistas. Estos repitieron con cierta flojedad sus disparos, como si tanteasen el alcance de sus piezas y la graduacion de sus granadas, pero ninguna llegó en seguida con tanta certeza y buena direccion como la primera. Las constitucionales, en cambio, hicieron notar desde el principio la fijeza y buen cálculo de los que las dirijian, aunque es verdad que éstos tenian en su favor la ventaja del enorme blanco que presentaban las prominentes posiciones enemigas.

Este duelo de cañon no debia, sin embargo, prolongarse. En cuanto se hubieron cruzado algunos tiros creyó Körner llegado el momento de empeñar decididamente la batalla haciendo entrar al fuego la infanteria, y con este propósito dió órden al comandante Frias de que mandase avanzar en el acto los cuerpos de su brigada hácia las posiciones enemigas.

Eran en esos momentos las 7.45 de la mañana.

***

Los cuerpos de la 1.ª brigada ocupaban, como dijimos, la izquierda de nuestro campo; de modo que se hallaban listos para ponerse en movimiento con direccion a la línea enemiga en el instante mismo de recibir la órden de marcha. Körner acudió personalmente a despacharlos, y las últimas instrucciones que en esos momentos comunicó al comandante Frias guardaban perfecta conformidad con el plan acordado en la primera reunion de jefes celebrada en la tarde del 27, esto es, que la 1.ª brigada avanzaria sobre el centro de la línea enemiga, abarcando con sus guerrillas la izquierda y la derecha del caracol del cami-

no carretero. No agregó a esto Körner otra instruccion que la de estender el ala izquierda de la 1.ª brigada hasta abarcar el cerro del Salto, o sea la estrema derecha enemiga, como se habia determinado en la segunda reunion o academia de comandantes de brigadas, jefes de estados mayores y de cuerpos celebrada en las casas de Cadenas a las diez de la noche del 27.

De este modo la 1.ª brigada, que tanto habia sufrido en Concon, en donde su bravura rayó en los límites del heroismo, y que despues de esa batalla desempeñó comisiones delicadas, importantes y trabajosas, estaba destinada de nuevo a soportar la parte mas récia y reñida de la batalla del 28, como que tendria que combatir sola contra la totalidad del ejército balmacedista, y en los instantes en que éste, sin sentirse aun ni descorazonado ni inquieto, conservaba la confianza que le infundian su considerable número y la terrible fortaleza de sus posiciones.

Semejante perspectiva se hallaba mui distante de causar el mas leve temor a los bravos de la 1.ª brigada. Se sentian, al contrario, orgullosos y lisonjeados con esa peligrosa distincion, y ahora que sus compañeros de las otras dos brigadas estaban allí contemplándolos desde cerca, procurarian demostrarles con los hechos que no sin justicia se les designaba para marchar a la cabeza del ejército en la tremenda hora de la prueba.

Presurosos y alertas comenzaron, pues, a desplegar sus masas detras del cerro de la Granada a fin de avanzar al punto en demanda del enemigo.

***

Fué el primero en moverse el Constitucion número 1, que inició el desfile por la izquierda de la falda que mira al Alto del Puerto. Como la artilleria balmacedista seguia funcionando, no era posible ahora emprender la marcha por la carretera, que corre a pocos pasos a la izquierda de la loma, pues ese espacio abierto, blanquizco y llano quedaba mui a la vista de las baterias enemigas.

Comenzaron los soldados del Constitucion a deslizarse por un estrecho sendero abierto entre los sembrados y por donde no podia pasar mas que un hombre de frente; bajaron a la carrera la falda, rompieron las cercas de espino que rodeaban ese

sitio, y continuaron avanzando con direccion al llano, los unos a lo largo de una acequia que corre hácia la Placilla, los otros por una angosta senda que cruzaba terrenos arados, esponjosos y movedizos.

La forzosa demora de este desfile de a uno en fondo quedó salvada en parte por la alegre lijereza con que los veteranos del Constitucion corrieron loma abajo, no sin que todos tomaran allí mismo la precaucion de tirar al suelo sus rollos y cuanta prenda de equipo embarazaba su marcha. Muchos ni siquiera perdonaron sus cantimploras y morrales, que quedaron sembrados por allí entre las matas y a lo largo del sendero. Debiendo ser la batalla, sin duda alguna, decisiva, y resueltos a vencer o morir en ella, poco valor tenian para uno u otro caso semejantes prendas, que en cambio podian estorbarles en su carrera o contribuir a fatigarlos antes de que hubieran llegado a la cumbre de la alta meseta de donde a viva fuerza tenian que arrojar al enemigo.

Apenas hubo dejado el Constitucion el abrigo de la loma, lo siguió el Iquique por el mismo sendero y con igual apresuramiento y decision. El Antofagasta, que debia formar la reserva de los anteriores, inició tambien sin tardanza el desfile, y así en pocos minutos se hallaron los tres rejimientos que componian la 1.ª brigada espuestos en pleno campo a los disparos de la artilleria enemiga.

Esta, sin embargo, no les dirijió desde el principio sus tiros, sea porque la sombra de la loma protejiese el avance de nuestra jente, o porque el terreno labrado y el color verdeoscuro de la vejetacion se confundiesen con los trajes de brin de los soldados, cubiertos de tierra y de lodo en tantos dias de permanencia a la intemperie; mas apenas los primeros grupos del Constitucion hubieron llegado al espacio abierto y llano que sigue mas acá de la loma, las granadas comenzaron a llover sobre éstos, y poco despues sobre todos los cuerpos de la 1.ª brigada, separados en ese momento de las baterias enemigas por una distancia como de 1,800 metros.

*
* *

El cañoneo tomó entonces proporciones espantosas. Tanto de

la una como de la otra parte se repetian sin interrupcion los disparos de las piezas de artilleria y de las ametralladoras. A veces cinco, seis, diez y hasta veinte unísonos estampidos hacian resonar con fragorosos ecos las cumbres que por todos lados rodean el valle de Peñuelas, llenando de terror a los pacíficos moradores de los caserios de la Placilla y del Alto del Puerto. Todas nuestras piezas, establecidas sobre la cumbre del cerro de la Granada, repartian desde allí sus mortíferos proyectiles en proteccion de la infanteria que avanzaba, dirijiéndolos, ya contra las baterias enemigas instaladas arriba, a la salida del camino de caracol, ya contra la infanteria acumulada en las curvas de éste, ya contra las mas lejanas baterias de la derecha dictatorial establecidas sobre la cumbre y en la falda del Colorado. El cielo estaba sereno y el tibio sol de la mañana anunciaba un dia caloroso; pero el silbido de los proyectiles al cruzar veloces el aire, las ensordecedoras detonaciones de los cañones, el seco estallido de las ametralladoras, la ronca esplosion de las granadas descargaban sobre la Placilla los terrores y el estrépito de una formidable tempestad de truenos y de rayos. Los constitucionales disponian de la respetable cifra de 48 cañones y de 9 ametralladoras, incluyendo entre los primeros las piezas Grieve, que tantos servicios nos habian prestado en Concon y seguirian prestándonos en la Placilla, y los balmacedistas tenian en sus diversas baterias no menos de 8 ametralladoras y 53 cañones. Fácil es concebir, por lo tanto, cuán atronador era el ruido que formaban aquellas 118 piezas, que disparaban con cuanta celeridad les permitian los pocos "tiempos" que para el acto de cargarlas demanda su simplificado mecanismo.

La bateria enemiga situada en el Alto, a la derecha nuestra del camino, o sea las piezas de la brigada de Concepcion mandadas por el comandante Fernandez Vial, recibieron órden de dirijir todos sus tiros a las constitucionales establecidas sobre la cumbre del cerro de la Granada, mientras que la artilleria de Fuentes, instalada al lado opuesto de la carretera, la bateria de montaña situada a media falda y las otras baterias de la cumbre y de la falda del Colorado se limitaban a cañonear los cuerpos de infanteria que avanzaban.

Y con tanto empeño se dedicaron los artilleros enemigos a

cumplir con su consigna, que las granadas llovian sobre los soldados de la 1.ª brigada, aunque sin causarles, por una estraña y favorable casualidad, ninguna baja. Los artilleros e infantes acojidos al reparo de la cumbre del cerro de la Granada eran tambien hostigados a cada momento por los proyectiles balmacedistas; pero la mayor parte de éstos no estallaban, fuese a causa de los defectos de que adolecian algunos añejos mistos, segun pudo comprobarse despues, fuese porque las granadas se enterraban sin estallar en las húmedas faldas labradas y sembradas de la loma.

Gracias a esto, los resultados del cañoneo enemigo, lejos de desconcertar a nuestra jente, le infundian, por el contrario, mayor atrevimiento y empuje. Aquellos inofensivos proyectiles demostraban palpablemente que no todas las balas matan; y reducido de ese modo el efecto de los tiros al ruido ensordecedor que hacia vibrar el aire y estremecerse el suelo, los soldados iban acostumbrándose al zumbido y al estrépito y recobrando su serenidad y sangre fria los mui pocos que al principio se sintieron impresionados o temerosos.

*
* *

Menos que nadie esperimentaban recelo los aguerridos voluntarios del Constitucion. Destruido por ellos el último cerco que les obstruia el paso, fueron desembocando como un torrente al llano que los separaba del pié de la empinada meseta ocupada por el enemigo. Sin detenerse a organizarse ni disparar, emprendieron entonces una veloz carrera de avance, procurando ganar el mayor espacio de terreno posible antes de que la infanteria dictatorial rompiese sobre ellos sus nutridos fuegos; mas apenas hubieron recorrido en esa forma unos seiscientos metros, hallándose, por lo tanto, como a 1,200 de las líneas de tiradores situadas sobre el Alto del Puerto, la cumbre de éste, las faldas del frente y de los costados y la base misma del elevado cerro se cubrieron de pequeños penachos de azulejo humo, silbaron en torno de los nuestros pequeñas y numerosas balas, y el estrépito de la fusileria vino a unir su continuado redoble al constante y pavoroso tronido de los cañones.

El Iquique, que debia cargarse hácia nuestra izquierda para atacar la derecha enemiga formada por los numerosos cuerpos

estacionados en las alturas del Colorado y del Salto, comenzó a separarse del Constitucion y a dirijirse hácia su objetivo en cuanto hubo desembocado en el llano. Su tropa avanzaba tambien a la carrera, no menos presurosa, animada y serena que la del Constitucion, sin que los soldados, en obedecimiento de las órdenes de sus jefes, se detuviesen un solo instante a disparar. La infanteria enemiga les dirijió a poco andar sus nutridas descargas, pero esto no apagó ni por un instante los impetuosos brios de los valientes del Iquique. Con fusil en mano, inclinado el cuerpo hácia adelante para correr con mas comodidad, seguian desfilando como si se dirijieran al caserio de la Placilla. Astutos y precavidos a la par que resueltos y animosos, se metian sin vacilar en el pequeño estero que pasa por el pueblo, seguian a lo largo del lecho de éste con el agua hasta la rodilla, amparados por el borde contra las balas de los infantes balmacedistas, y de este modo, sin sufrir ninguna baja, lograban cruzar el camino carretero, que estaba espuesto sin reparo a los tiros de la altura. Llegaron así a la izquierda nuestra del camino, y entonces, metiéndose entre el caserio, rompiendo o saltando cercas de alambre y vallados de ramas y aprovechando hábilmente las quebraduras del terreno para ponerse a resguardo de la lluvia de balas que desde el Alto caia, continuaron avanzando veloces hácia las fortísimas posiciones que debian atacar.

El Antofagasta, destinado a servir de apoyo o de primera reserva a los otros dos cuerpos de la 1.ª brigada, inició tambien a la carrera su desfile desde el punto que ocupaba a espaldas del cerro de la Granada. Descendia la loma a toda prisa, atravesaba el terreno labrado, desembocaba al llano, y una vez allí, al mismo tiempo que el Iquique se desviaba hácia la izquierda y el Constitucion continuaba de frente su rápido avance, el Antofagasta, que a causa de su colocacion habia quedado un poco atras, emprendia una loca carrera para alcanzar a su compañero. La infanteria enemiga rompia sobre él, como sobre los otros dos rejimientos, sus nutridos disparos, pero el Antofagasta, sin contestarlos, seguia corriendo a la desbandada a fin de alcanzar al Constitucion.

***

Hasta ese momento, en circunstancias en que solo nos separaban unos ochocientos metros de las posiciones del Alto del

Puerto, el fuego del enemigo, a pesar de su violencia, apenas habia causado algunas bajas entre los que con tanto denuedo se le acercaban. Quizá continuaba favoreciéndonos el mismo benigno sol que en la madrugada cegó a los contrarios para protejer la marcha de nuestro ejército desde Cadenas y que ahora heria de frente sus rostros; quizá los oficiales del ejército balmacedista, inhábiles para calcular distancias a causa del poco o ningun ejercicio que en materia tan importante tenian, graduaban mal las alzas de los fusiles de su tropa o la hacian apuntar desatinadamente y como al azar, dejando el cálculo al tanteo de cada tirador, o acaso tambien las alamedas, los eucaliptus, las arboledas y matorrales que se interponian entre uno y otro campo lograban ocultar a los nuestros lo suficiente para ponerlos al abrigo de los mortíferos chubascos. Lo cierto es que, a pesar del inevitable desórden en que se hallaban los cuerpos constitucionales, desórden motivado por la manera como operaron el desfile desde la loma y por su avance a la carrera una vez llegados al llano, estaba nuestra jente a no mas de ochocientos metros de las posiciones enemigas, y todavia solamente una que otra baja habia sido el fruto de aquel incesante fuego de la artilleria y de la infanteria balmacedistas.

Ninguno de los soldados constitucionales habia hecho hasta entonces uso de su fusil: detalle que en esas circunstancias manifiesta a qué lisonjero punto habian llegado entre los cuerpos de la 1.ª brigada la disciplina, la instruccion y la obediencia. Todos sufrian estoicamente los fuegos de las tropas escalonadas en el Alto del Puerto y solo se preocupaban de avanzar a toda prisa, tanto para llegar al ángulo muerto de las piezas de artilleria colocadas en la cumbre, cuanto para iniciar sin demora el atrevido asalto de tan ventajosa posicion.

Pero como el fuego de la infanteria balmacedista arreciaba, y como la distancia se habia estrechado lo suficiente para que los nuestros pensasen ya en contestarlo, el comandante Frias dió órden a los tres rejimientos de la 1.ª brigada para que se detuviesen por cortos instantes a fin de organizar su jente en conformidad a las prescripciones del órden disperso en columnas por compañias introducido por el comandante Körner y de empeñar en esa forma la terrible batalla que comenzaba.

*
* *

Recibió el Constitucion la órden de detenerse un instante, y gran trabajo costó a los oficiales y jefes moderar la desenfrenada carrera de los impetuosos soldados. Todos querian avanzar de frente sin descanso, llegar mui pronto al pié de las posiciones enemigas, y solo entonces tomar alientos para apuntar y disparar sus fusiles contra los defensores de la tirania. Atacar luego, combatir aunque fuera cuerpo a cuerpo, dominar la altura, entrar de dia vencedores a Valparaiso, era lo que constituia la mayor ambicion de aquellos bravos militares. Cualquier demora les parecia una defraudacion de los regocijos del espléndido triunfo que les esperaba, un recurso que serviria a los jenerales balmacedistas para fortificar el espíritu de su jente con esperanzas de victoria y hasta una especie de desdoro para la bien conquistada fama de irresistible valentía de las lejiones constitucionales. Y por eso, contrariados e impacientes, a duras penas contenian el ardor de su carrera y obedecian las voces de mando de sus oficiales, que los llamaban a formarse en órden de combate.

Mui pronto la 1.ª y la 2.ª compañias del primer batallon organizaban sus grupos y establecian dos líneas de tiradores. Tanto a la derecha como a la izquierda de éstas corrian a formarse en el mismo órden las demas compañias de todo el rejimiento, y al punto, sin esperar la voz de mando de sus jefes, sin disparar, sin arredrarse por el atronador y ya mortífero fuego que desde la falda y la cumbre de la meseta les hacian la infanteria y la artilleria enemigas, avanzaban arrogantes y briosos, con los rostros encendidos en patriótica ira, con el corazon endurecido por su heroica resolucion de morir o de vencer, anhelantes, bravios, indómitos, feroces.

Cada uno de los cuerpos de la 1.ª brigada presentaba el mismo aterrador aunque magnífico aspecto. Como soberbios potros sujetos hasta entonces por fuertes lazos y por estrechas paredes y que en un alegre dia de primavera saliesen sueltos al campo y se lanzaran en tropel en busca de aire y de libertad, alzadas las cabezas, encendidos los ojos, libres del duro freno las espumantes fauces, ájiles y descansados los vigorosos miembros, asi avanzaban, afanosos y ardientes, aquellos grupos de esforzados libertadores de la patria. No semejaban una reunion de soldados, un conjunto de seres mortales y conscientes que se encaminara

hácia el temeroso sitio desde donde brotaban a millares invisibles y matadoras centellas: parecian mas bien una lejion de atrevidos titanes pretendiendo escalar aquella erguida cumbre sin temor a los rayos que de ella brotaban, despreciadores de la muerte, ambiciosos de gloria y ansiando inscribir sus nombres en las eternas pájinas de la historia junto con el recuerdo de sus imperecederas hazañas.

*
* *

Aunque el Constitucion empleó pocos momentos en organizarse, no todos sus soldados pudieron dominar la impaciencia que los impulsaba a encontrarse mui pronto al pié de las posiciones enemigas. No menos de sesenta, sordos al llamado de la disciplina por escuchar únicamente la voz de su coraje, siguieron adelante sin detenerse, como si trataran de marchar al asalto de un tesoro y nó de aquel castillo erizado de fusiles, de ametralladoras y de cañones. Solo setecientos metros separaban ya nuestra línea de las de los tiradores dictatoriales; y aunque el fuego de éstos parecia arreciar a cada instante, causando entre los nuestros numerosas víctimas, ninguno pensaba en detenerse a contestarlo: todos corrian incansables y veloces, preocupados esclusivamente de acortar la distancia que los separaba de la cumbre. El Antofagasta, que hubiera debido avanzar a retaguardia del Constitucion y del Iquique para servirles de refuerzo, no se avenia a desempeñar este papel, que sus valientes consideraban quizás en esos momentos desairado y secundario, sino que, haciendo esfuerzos de celeridad para ganar el terreno que los dos rejimientos delanteros le llevaban de ventaja, lograba alcanzarlos mientras ellos se detenian a organizar sus grupos, y se colocaba a la izquierda del Constitucion, interponiéndose, por lo tanto, entre éste y el Iquique y viniendo así a formar el centro de nuestra línea de batalla. Su bien instruida tropa se organizó en un minuto en escuadras, y entonces, alegre y ufana aunque silenciosa, siguió avanzando hácia el Alto del Puerto a la par con sus dos compañeros de brigada.

El Iquique, obligado a dar una carrera mas prolongada que los otros a causa de la lejanía del punto que se le habia señalado como objetivo, atravesaba el estero, se internaba en el caserio

de la Placilla, lo atravesaba escalando o rompiendo cercas echando abajo puertas y rejas, destruyendo como una avalancha cuanto se oponia a su paso y consiguiendo de este modo, tambien sin disparar un tiro, colocarse en línea con el Constitucion y el Antofagasta. Estendido a traves de la pampa inculta situada entre el Alto del Puerto y la antigua cancha de carreras, quedaba espuesto sin reparo a las granizadas de tiros que le descargaban de arriba; pero sus soldados, aprovechando las desigualdades del terreno y el abrigo de los terromonteros y de las grietosas lomas que siembran ese paraje, se tendian de barriga en el suelo y así seguian avanzando a modo de culebras mientras recibian la órden de romper el fuego. Como el Alto del Puerto replega allí sus flancos, formando la ensenada en cuyo fondo se alza el Colorado, podia calcularse en novecientos metros la distancia que separaba entonces al Iquique de las posiciones enemigas.

* * *

El fuego de los balmacedistas aumentaba. A medida que nuestras tropas se acercaban al Alto iban siendo descubiertas por las líneas enemigas que ocupaban las faldas y el pié de la jigantesca fortaleza, y mayor número de combatientes engrosaba con sus disparos el tupido fuego iniciado por los que coronaban la meseta. El cerro parecia incendiarse con el humo y derrumbarse con el estruendo, y los soldados enemigos dividian entre la admiracion y el miedo la impresion que el avance de los nuestros les causaba. Aquella carrera asombrosa, aquel silencio inconcebible, aquel avance temerario no permitian a los defensores del déspota abrigar la menor duda respecto de lo que sucederia una vez que los hombres estraordinarios que los atacaban lograsen instalarse a pié firme en la base de las faldas. Con el sobrehumano vigor que demostraban y el heroico aliento de que estaban dando pruebas, les parecia que el mismo ancho cerro se estremeceria de espanto al sentirlos, y que entonces no les quedaria a ellos otra alternativa que la de una muerte ingloriosa o una vergonzosa fuga. Y por eso, incitados por sus jefes y oficiales, repetian sin tregua sus tiros, deseosos de acabar de una vez con todos esos terribles y desdeñosos combatientes que tanto temor les infundian.

Porque—y esto era quizá lo que mas efecto producia en los ya apocados ánimos de los soldados dictatoriales—aunque la distancia era tan corta y el fuego del Alto tan nutrido y vigoroso, los constitucionales seguian avanzando sin disparar un tiro. No corrian ya precipitados y sin órden, como al principio, sino atentos a las voces de mando de sus clases y oficiales, valiéndose de los recursos de la nueva táctica para esponerse lo menos posible a la nubada de proyectiles que les llovia desde la altura y aprovechando, por lo mismo, los reparos que les ofrecian los pliegues del terreno, los árboles, los matorrales, los vallados y las zanjas, sin preocuparse de la ociosa uniformidad de movimientos en que consistia el lujo de los militares de antaño, pero conservando siempre, gracias á la vijilancia de jefes y oficiales, la formacion jeneral de su línea de batalla. Debido a esto no era ya tan rápida su marcha, mas no por eso dejaba de producir el mismo o mayor efecto en los amedrentados enemigos. Aquella aproximacion metódica, ordenada, lenta y al mismo tiempo constante, firme, incontrastable ¿qué impresion no produciria en los que habian escuchado entre esclamaciones de asombro la relacion de las proezas ejecutadas en Concon por los mismos que ahora avanzaban al formidable asalto inflexibles y fatales? Y los derrotados ¿cómo no recordarian entonces el aguante y pertinacia increibles de aquellos hombres y cómo no se sentirian pequeños y débiles sobre sus triples fortalezas ante la espantosa actitud de estos jigantes del valor y del patriotismo?

***

El Constitucion seguia su silencioso avance por la derecha del camino de la Placilla, abarcando con su estendida línea toda el ala izquierda y parte del centro de la posicion dictatorial y ocupando desde la linde del camino hasta la cumbre del cerrillo conocido con la denominacion de Alto del Agua Buena, situado a unos 1,200 metros mas acá y un poco a la derecha o norte del cerro de la Granada. Las compañias que formaban la derecha del rejimiento no recibian ningun tiro de los enemigos situados a su frente, sea porque el Limache, que ocupaba la estremidad izquierda de la línea balmacedista—y que tenia fama de opositor—no se decidiese a dispararles, sea porque los espolones

del Alto del Puerto que avanzan hácia las Cenizas estuvieran en ese momento, como en la mañana, ocupados solamente por piquetes sueltos de a 25 hombres cada uno. Pero el centro y la izquierda del veterano rejimiento eran acosados sin cesar por el vivo fuego que les lanzaban la acumulacion de tropa de infanteria situada en las inmediaciones de la Casa de Pólvora, la artilleria y ametralladoras de la cumbre junto al camino y los cuerpos de infanteria encastillados en las vueltas del camino de caracol. El Antofagasta, que para tomar colocacion en la línea de batalla tenia que lanzarse a la carrera por pleno camino, y que en aquel espacio pelado y llano quedaba espuesto sin abrigo a los tiros de cañon y de fusil que le dirijian desde la cumbre, sufria numerosas bajas, sobre todo al atravesar el puente por debajo del cual habia pasado el Iquique a fin de tomar su colocacion en nuestra izquierda. Los valientes antofagastinos no descubrian mejor recurso para librarse de la granizada de balas que comenzaba a diezmarlos, que el de apresurar su carrera en direccion al enemigo, avanzando bajo una verdadera lluvia de proyectiles. De este modo llegaban a la Placilla, se amparaban tras de las casas, y desde ahí, apoyando su estremidad derecha en el camino para conservarse en contacto con el Constitucion, se estendian hácia la izquierda hasta empalmar con el Iquique. Este, corriéndose hácia su izquierda para ocupar el punto que se le tenia designado, se internaba por los terrenos de sembradío llamados la Chacarilla y desplegaba sus tiradores, desde el frente del casi inaccesible cerro del Salto hasta el de la ensenada del Colorado, que mira a la Chacarilla, en donde se juntaba con la estremidad izquierda del Antofagasta.

Eran en esos momentos las ocho y media de la mañana; de suerte que en tres cuartos de hora de prodijiosa carrera bajo los fuegos del enemigo habian recorrido los tres cuerpos de la 1.ª brigada, a pesar de los repetidos obstáculos que a cada paso entorpecian su marcha por aquel terreno surcado de zanjas, acequias, puentes, cercas vivas, de alambre y de ramas, alamedas, matorrales, montículos y grietas, no menos de media legua el Constitucion, unos tres cuartos por término medio el Antofagasta, y quizá una legua entera el incansable Iquique.

Y no consistia tanto en la celeridad lo verdaderamente prodijioso de aquel difícil avance, sino en que, junto con ganar

terreno sobre el enemigo, los tres rejimientos habian establecido sus líneas de tiradores, sus grupos de combate, de refuerzos y de reservas con entera sujecion a las sábias reglas de la nueva táctica, que daba en esta operacion el mas admirable resultado en la mas estrecha de las pruebas a que pudiera sometérsela. La 1.ª brigada se hallaba totalmente desplegada al frente de las posiciones enemigas y las abarcaba por entero, realizando de este modo con singular fortuna y con sorprendente maestria la operacion que le encomendara el hábil Körner, y de cuyo acertado desempeño dependia en grandísima parte el buen éxito de la batalla. Pronto los tres valerosos rejimientos, atacando con ímpetu la estensa línea enemiga, podrian poner en claro los puntos mas fuertes y mas débiles de ésta; la 2.ª brigada, conforme al plan contenido en la órden jeneral del 27, avanzaria rápida en apoyo de la 1.ª; el enemigo descubriria de una manera mas precisa su flaco, y entonces la 3.ª brigada, metiéndose por la brecha, decidiria en pocos momentos la batalla, quedando así con poco esfuerzo conquistada la victoria.

Körner estaba radiante de satisfaccion y de entusiasmo. Despues de impartir a la 2.ª brigada la órden de que avanzara a toda prisa en apoyo de la 1.ª, metia espuelas a su caballo, abandonaba el abrigo del cerro de la Granada, y volaba a reunirse con los bravos y veteranos cuerpos de la brigada Frias.

Estos se hallaban entonces tan próximos a la falda del Alto del Puerto, que ya los cañones de la cumbre se veian inhabilitados para herirlos: primero y bien merecido premio de su decision y de su audacia. El Constitucion y la derecha del Antofagasta distaban solo cuatrocientos metros de las líneas balmacedistas; la izquierda de este último y el Iquique unos seiscientos, a causa de la depresion del Alto en la ensenada que enfrenta a la Chacarilla. Los tiradores estaban listos, nuestra jente preparada en toda la línea, y ésta sólida y correctamente establecida.

El comandante Frias dió entonces órden de romper el fuego.

*
* *

Tendidos de barriga los del Iquique al abrigo de los terromonteros y grietas, medio ocultos los del Constitucion y el An-

tofagasta por el arbolado, las zanjas, las cercas vivas y el diseminado caserio de la Placilla, rompieron el fuego sin precipitacion y sin violencia, formando vivo contraste con la prolongada descarga que el enemigo les dirijia desde la altura. Llevaba el Iquique una dotacion de 150 tiros por cabeza, otros tantos el Antofagasta y 180 el Constitucion; de modo que disponian de cápsulas suficientes para mas de una hora de constante fuego y podian iniciar la batalla sin preocuparse de las municiones, seguros de que mui pronto se verian reforzados por los cuerpos de la 2.ª brigada, que debian seguirlos, de conformidad con la órden jeneral del 27, a no mas de 500 metros de distancia por la retaguardia.

Los veteranos cuerpos de la 1.ª brigada no apresuraban sus fuegos, sin embargo, tanto para darse tiempo de apuntar bien y no malgastar sus municiones, cuanto porque la larga y accidentada carrera que acababan de dar habia ajitado y fatigado un poco a la tropa. El medio de procurarle descanso en esas circunstancias no fué otro que el de mantenerla entretenida disparando al pié del Alto, a fin de que así recobrara aliento antes de emprender la difícil ascension de la escarpada falda; pero diez minutos bastaron para conseguir semejante resultado, y, despues de ese corto rato, los soldados mismos comenzaron a buscar posiciones mas avanzadas para dar cuanto antes el asalto a los primeros defensores de la meseta.

Fuera de la izquierda de la línea balmacedista, que aparecia desguarnecida en la parte baja, en donde las hondas quebradas de que hablámos constituian a juicio de Barbosa la mejor defensa, en el centro y la derecha, desde el camino de caracol hasta el cerro del Salto, se descubrian tres líneas de tiradores. La mas cercana de ellas ocupaba en el centro una especie de cintura que deprime la falda poco antes de confundirse ésta con el llano, y que va contorneando el espolon del Alto del Puerto que avanza hácia la Placilla y que abarca desde el caracol del camino hasta el fondo de la ensenada del Colorado. En esta ensenada, o sea el punto que debia atacar el Iquique, la primera línea enemiga habia sido colocada en el bajo, formado por un plano ascendente de mui suave declive y que se halla rodeado en forma de anfiteatro por las pendientes faldas del Alto en ese punto. La falda izquierda del Salto forma la pared

derecha del anfiteatro, y el Colorado, cubierto de ametralladoras y de cañones, ocupa, como dijimos, el fondo.

A la línea de la parte mas baja de la posicion enemiga dirijieron todos sus fuegos los tres rejimientos de la 1.ª brigada, sin preocuparse por el pronto de las otras dos, aunque éstas parecian empeñadas en llamarles la atencion con sus nutridos disparos. El ala derecha del Constitucion, no descubriendo enemigos a su frente, comenzó a inclinarse hácia la izquierda, en donde se divisaba el caracol del camino carretero, convertido en esos momentos en un infierno de tiros; y el ala izquierda, impulsada por este movimiento y por la declinacion hácia nuestra derecha que allí hace el camino antes de comenzar sus vueltas y revueltas hácia la altura, se corrió tambien a la izquierda, dejando, por lo tanto, el caracol a la derecha o sea frente al centro del rejimiento.

El Antofagasta abarcaba toda la parte saliente del espolon del Alto que avanza sobre la Placilla, estendiéndose hasta la ensenada del Colorado, y de este modo la bateria balmacedista establecida a un lado del camino venia a quedar entre el Constitucion y el Antofagasta.



Tenian estos dos cuerpos la ventaja de poder avanzar encubiertos por las hondas zanjas y tupidas alamedas y vallados que cierran por esa parte los sitios y casas de don Cosme Justiniano, colindantes con el camino a las Cenizas, y de don Juan Compton, situadas al pié mismo del Alto y repartidas a ambos lados del camino, aunque, por otra parte, las cercas de alambre con puas que cierran los terrenos del señor Compton presentaban un obstáculo terrible en esas circunstancias a los atrevidos asaltantes. Siendo mui difícil echarlas abajo porque los sostenes de madera se hallaban sólidamente metidos en el suelo, y careciendo los soldados de instrumentos a propósito para cortar en el acto los alambres, se veian en la precision, o de escalarlas, presentándose destacados a los tiros del enemigo, o de meterse por entre los hilos a pique de desgarrarse los vestidos y las carnes con las agudas puas.

Otro tanto ocurria a la izquierda del camino, si bien el espacio alambrado podia salvarse aquí, y se salvó realmente, pene-

trando la tropa por la casa habitacion del señor Compton y avanzando por entre los árboles y las plantas de su jardin y parque para encaminarse cerro arriba por el pequeño arroyo que va besando la falda del Alto, mientras no pocos penetraban por el arroyo mismo en la parte en que éste desemboca en la carretera.

Por lo demas, no marchaba a ciegas nuestra jente por aquel laberinto de casas, cercas, zanjas, alamedas y arroyuelos. Tres entusiastas y patriotas vecinos, mui conocedores del terreno y de las salidas, rincones y escondrijos que podian aprovechar los opositores, acompañaban en medio del fuego a los comandantes de los cuerpos y les indicaban los puntos mas adecuados para colocar o dar paso a su tropa.

El Iquique ocupaba una situacion mas desventajosa y espuesta. Allí no habia árboles, ni casas, ni matorrales que lo ocultasen de la vista del enemigo. El estéril y arcilloso terreno de esa parte del llano de Peñuelas solo presentaba a la vista de los soldados angostas y caprichosas hendeduras cavadas por las aguas invernales, o bajos montículos que alcanzaban apenas a dar abrigo a una persona. Se esparcieron, no obstante, como mejor pudieron, tendiéndose de barriga en el suelo para descansar, al mismo tiempo que rompian el fuego contra las líneas de tiradores situadas a su frente; pero si bien aquellos estrechos resquicios hubieran bastado para precaverlos en gran parte contra las balas de la línea enemiga mas cercana, es decir, la que ocupaba el bajo de la ensenada, de poco o nada les servian respecto del fuego de las numerosas tropas instaladas a media falda y en la meseta y de las baterias de ametralladoras y de cañones de la cumbre y del pié del Colorado. Las bajas eran numerosas, y tanto para disminuirlas en lo posible cuanto porque en diez minutos estuvo la jente descansada y dispuesta a continuar el movimiento de avance, pasado ese corto espacio de tiempo comenzaron de nuevo los grupos a ponerse en movimiento para penetrar en el fértil terreno de la Chacarilla, al frente del Colorado.

***

Observando con estrictez las reglas del órden disperso, que en ese instante demostraban palmariamente su salvadora eficacia, comenzó el Iquique su marcha de frente hácia la formidable po-

sicion. Sufriendo numerosas bajas en el descenso que hace el terreno hasta llegar al arroyuelo que limita por ese lado la Chacarilla, penetró en ésta y siguió avanzando con el mayor órden, calma y decision. Ya allí el terreno labrado y las yerbas y pequeñas matas ofrecian a los soldados algun reparo; mas, sin pensar en detenerse, siguieron avanzando a gatas o escurriéndose por el suelo como reptiles.

No así el comandante Bernales, quien, tranquilo y estoico, desafiaba de a caballo el fuego aterrador del enemigo, recorria de un lado a otro su línea e infundia nuevos ánimos a su tropa con su serenidad y su valor. Ya podia el jefe del Iquique apreciar en toda su invulnerable fortaleza la disposicion del temeroso anfiteatro que le correspondia atacar. Los fuegos de la altura del fondo y los de los costados, los de las segundas y terceras líneas, los nutridos del bajo y los repetidos disparos de cañon y ametralladora, no solo demostraban que esa parte del campo enemigo era quizá la que mayores dificultades naturales ofrecia y la que mejor se prestaba para una victoriosa defensa, sino tambien que ahí habia acumulado el jeneral balmacedista un número de tropas cinco o seis veces superior al del único rejimiento constitucional que entonces lo atacaba.

Pero estas observaciones, que se hallaban al alcance hasta del último soldado del Iquique, no sujerian a ninguno la idea de retroceder en la osada empresa del ataque. Todos estaban, no solo resueltos, sino tambien deseosos de cumplir fielmente con su consigna. Y por eso, afrontando sin vacilar los fuegos del enemigo, que no lograba convencerse de que aquel puñado de hombres se atreviese a seguir en su busca, continuó atravesando el terreno de la Chacarilla, llegó al límite opuesto de éste, formado por otro arroyuelo que corre por un lecho mas ancho y profundo que el anterior, y allí, amparado por los arbustos, matas y malezas que lo bordan, abrió con mayor viveza un nutrido y certero fuego sobre la línea de tiradores establecida a su frente, al pié del cerro Colorado, en la parte baja de la ensenada.

Los disparos del Iquique, como que eran dirijidos por hombres cuya vista y pulso no se hallaban turbados por el miedo, herian con abrumadora fijeza a los soldados dictatoriales. Durante el cuarto de hora que allí se mantuvo el rejimiento constitucional, fueron visibles los esfuerzos de los oficiales enemigos

por contener a sus soldados. A la distancia en que ambos contendores se encontraban—unos quinientos metros a lo sumo—podia percibirse claramente el mortífero efecto de nuestros fuegos en los débiles sostenedores de la tirania. Los tiros de fusil de la parte baja iban poco a poco enrareciendo: solo en la media falda y en la altura aumentaban por momentos, haciendo cada vez mas atronador el estrépito. Repercutido éste por los ecos, el combate de las fuerzas balmacedistas del Colorado y del Salto con el Iquique semejaba el largo y horroroso estruendo de una asoladora tempestad.

***

No se sentia, sin embargo, acobardado ni vencido el valeroso rejimiento. Conociendo que un nuevo esfuerzo de su parte acabaria de amedrentar a los que formaban la línea enemiga de su frente, tomó las disposiciones necesarias para continuar su avance. Adelantaron, pues, las segundas líneas y los grupos de reserva en refuerzo de los de vanguardia, y duplicaron al mismo tiempo la rapidez de sus disparos. De allí a poco inició la primera línea su movimiento, y con la precaucion debida emprendió su marcha ascendente, aprovechando los tiradores para su resguardo los menores pliegues del accidentado terreno. A veces corrian a brincos para recorrer las partes llanas, a veces se detenian en las hondonadas y enviaban a sus contrarios tupidas granizadas de certeros proyectiles. Y cuando ya solo se hallaban separados de éstos por una distancia como de doscientos a trescientos metros y metidos en el centro de la ensenada; cuando dentro de poco hubieran podido llegar a estrecharse unos y otros a la bayoneta, y cuando, en efecto, así pensaban hacerlo los del Iquique, los contrarios huian precipitadamente y en desbande a refujiarse detras del Colorado, que se divisaba cubierto de tropas y de cañones.

Intentaron los nuestros perseguirlos, pero el pavoroso fuego que entonces descargó sobre ellos el enemigo los obligó a detenerse. Desde la cumbre y falda del Colorado, desde la cima del empinado Salto y desde el espolon que avanzaba a nuestra derecha les lanzaban los soldados balmacedistas torrentes de acero y de plomo. Las balas y granadas se cruzaban literalmente por

entre las filas constitucionales, ensordeciendo a la tropa con su lúgubre silbido y causando a cada momento numerosas bajas. El Iquique estaba rodeado por un semicírculo de fuego, y a donde quiera que intentara dirijirse para romperlo se encontraba detenido por una alta y escarpada muralla. Habia derrotado la línea baja de su frente, pero el mismo ardor y bravura de que hizo gala en su ataque lo llevaron a un punto en donde, sin esperanza alguna de éxito, y hasta sin objetivo posible a que dirijirse, estaba espuesto por tres lados a los tiros cada vez mas redoblados y numerosos de sus encastillados adversarios. Si seguia de frente hácia el Colorado, los fuegos de la loma de la derecha y del Salto lo barrerian por ambos flancos. Y luego, aun cuando lograse dominar el rojizo cerro y apoderarse de las dos baterias que lo custodiaban, ¿qué era este puñado de hombres en comparacion de los cuatro o cinco mil que defendian esa parte de la meseta? ¿Quién acudiria en su apoyo, ocupados como estaban los otros dos rejimientos en un combate tan desigual y peligroso como el que sostenia el Iquique y no divisándose aun ni el polvo de la 2.ª brigada, que hubiera debido avanzar a solo quinientos metros de la 1.ª?

El ataque al cerro del Salto presentaba las mismas o mayores dificultades, porque entonces, fusilado por el flanco derecho, por el frente y por la espalda, quizá comprometiera el Iquique hasta su línea de retirada encontrándose encerrado de repente por fuerzas descansadas, atrincheradas y superiores.

Exactamente iguales inconvenientes ofrecia el ataque al espolon formado por la loma de nuestra derecha.

La situacion era, por tanto, insostenible. Las bajas aumentaban a cada instante, y el fuego del enemigo tambien. Se imponia, pues, una prudente retirada, antes de que el inminente peligro de una muerte infructuosa consiguiera avasallar, en parte siquiera, la enerjia de aquella esforzada y resuelta tropa.

Valiéndose de tantas precauciones como las empleadas en el avance, comenzó el Iquique a replegarse a la pequeña quebrada por donde corria el segundo arroyo. Allí en la boca de la ensenada, o se sostendria hasta que le llegasen los refuerzos que ya no debian tardar, o emprenderia un nuevo ataque contra el punto mas conveniente de la posicion enemiga. Y paso a paso, sin disminuir sus fuegos, comenzó a buscar el protector amparo del

borde de la quebrada, cubierto de arbustos y matorrales. Las fuerzas dictatoriales, que observaban la operacion y que mejor que los nuestros podian descubrir que ningun refuerzo avanzaba aun en apoyo del Iquique, no se atrevieron, sin embargo, a dejar sus posiciones de la altura para acosarlo y perseguirlo. El denuedo de los nuestros los amedrentaba y detenia. Su buen órden les dejaba sospechar que la reciente maniobra no fuese mas que una retirada falsa para atraerlos al bajo y allí combatirlos y esterminarlos. Alcérreca recordaria entonces las escenas de la batalla de Concon y las peripecias del asalto al Torquemada, y se diria que lo mas seguro era en todo caso conservar siempre a su tropa en la altura. El ataque y la retirada bien podian no ser mas que una estratajema de su hábil y valeroso enemigo.

***

En los momentos mismos en que el Iquique sostenia su desesperada lucha en la ensenada del Colorado contra las numerosas tropas que formaban la acumulacion de la derecha de la posicion enemiga, el Constitucion y el Antofagasta embestian contra el centro de ésta, o sea contra el núcleo de fuerzas establecidas en el camino de caracol, a sus lados y en la altura que lo domina.

Desde que la precipitada y ardorosa vanguardia primero, y el grueso del Constitucion despues, rompieron sus fuegos sobre aquella poderosa fortaleza, que vomitaba sin descanso torrentes de proyectiles, no detuvieron los nuestros sino a cortos intervalos su atrevido avance. Establecidas las líneas de tiradores a lo largo del camino a las Cenizas y amparadas por las casas de don Cosme Justiniano, por las hileras de álamos y de eucaliptus que deslindan el sitio de este caballero con ese camino, y por las leves ondulaciones del terreno, que desde allí comienza a subir con leve gradiente hácia la falda del Alto del Puerto, apenas permanecieron unos diez minutos disparando a pié firme. La tropa del Constitucion estaba mas descansada que la del Antofagasta y del Iquique porque tuvo que recorrer menos espacio en su violenta carrera, y por eso se halló mui pronto en disposicion de marchar de nuevo en avance.

Por otra parte, el horroroso fuego de los dictatoriales no lograba disminuir en lo mas mínimo su impetuoso ardor. Sus ba-

jas no eran todavia mui considerables, gracias a que el órden disperso le permitia aprovechar todos los pliegues del trayecto y a que éstos, y sobre todo los matorrales y el arbolado, la mantenian casi oculta a la vista del enemigo. Los nuestros, metiendo los fusiles por entre las matas y tendidos de barriga en el suelo, dirijian a los enemigos balazos nó tan nutridos como certeros, mientras que ellos, disparando al bulto sobre las cercas de zarzamora y los troncos de los árboles, atronaban el espacio con sus tiros, aceleraban cuanto podian su fuego, pero no lograban sino en contadas ocasiones alcanzar con sus balas a los osados cuanto prudentes asaltantes.

Esto envalentonó más aun a los valientes soldados del Constitucion. Dejando el abrigo de los vallados de la propiedad del señor Justiniano, las líneas de tiradores se lanzaron hácia adelante como un torbellino y en pocos momentos devoraron el espacio de ochenta metros que los separaba de la quebrada u honda zanja que divide esa heredad de la llamada de la Curtiembre, perteneciente a don Juan Compton. Allí se ampararon y detuvieron de nuevo para dar tiempo a que sus refuerzos y reservas efectuasen idéntica operacion, abriendo en el acto nutrido fuego contra el enemigo. Sus bien dirijidos disparos causaban mortales efectos en los inconscientes defensores de la tirania, a pesar de que éstos, resguardados por el borde del antepecho de piedra y la parte ahondada del camino, solo descubrian la cabeza al colocar de mampuesto sus fusiles para disparar hácia el bajo. Pero la corta distancia que entonces separaba las primeras líneas de ambos contendores, unos doscientos a doscientos cincuenta metros a lo sumo, permitia a los constitucionales fijar bien la punteria en el pequeño blanco que esa fila de cabezas presentaba, y como las heridas tenian casi todas que ser mortales, los enemigos, a pesar de las ventajas de su posicion, comenzaban a sentirse mal seguros detras de sus fuertes trincheras.

***

Pocos minutos trascurrieron entre este nuevo avance de los primeros grupos del Constitucion y el de sus refuerzos y reservas. La direccion del lecho del pequeño arroyo los llevaba naturalmente a estenderse hácia su derecha, dejando el camino

de caracol a la izquierda; y como el Antofagasta tenia establecidas sus líneas desde la linde izquierda del camino, el Constitucion comenzó a correrse, al amparo de las casas, arbolado y cercas vivas de la Curtiembre, hácia nuestra derecha. Desde aquí podia hacer fuego contra las curvas del caracol que sobresalen por ese lado y trepar al mismo tiempo el cerro sin ser hostilizado por el frente desde la altura, porque la misma escarpada falda que tenia que escalar casi lo ocultaba por completo de la vista del enemigo.

Pero éste avanzó entonces tropas fuera del camino, hácia el lado del barrancoso flanco, y desde allí, metidas entre las ramas, amontonadas en los descansos o plazoletas de la ladera y esparcidas a lo largo de los pretiles de piedra, abrieron sobre los asaltantes abrumador y nutrido fuego. Todas las reservas de los batallones que resguardaban el camino de caracol se empeñaron en activo combate; de suerte que aquel trozo del campo dictatorial parecia en esos momentos un inmenso castillo de fuegos artificiales mediante la continuidad, rapidez y uniformidad de sus disparos. Y con esta oportuna medida del comandante balmacedista de ese puesto, los tiradores atrincherados en el antepecho recobraron su seguridad y su firmeza. Sus balas, mejor dirijidas que al principio, comenzaron a causar sensibles y numerosas bajas en el rejimiento opositor.

No por eso disminuia la intrepidez de éste. Incitados por la resistencia y por la fortaleza de la posicion, los soldados procuraban contrarrestar esas ventajas con sus buenas punterias y sus nutridos disparos. No solo los primeros grupos combatian entonces contra los defensores del cerro. Los refuerzos y reservas, esparcidos a lo largo del lecho del arroyo y en los puntos mas adecuados de las casas de la Curtiembre, lanzaban hácia arriba descargas prolongadas y certeras. Las balas llovian de uno y otro lado, rompiendo en mil partes los techos y las paredes de las habitaciones; y en medio del tiroteo de la infanteria, los cañones de montaña instalados en una pequeña plazoleta que hai a la izquierda nuestra de una de las curvas del camino, vomitaban al mismo tiempo granadas y metrallas sobre los cercanos y atrevidos asaltantes.

***

Estos no desmayaban un momento en su terrible tarea. Sin avanzar de nuevo, porque los hubiera barrido el fuego desde arriba, el ala izquierda del Constitucion se dedicaba a combatir contra la infanteria encastillada en la vuelta mas baja del camino, mientras el ala derecha y el centro apuntaban a la de las laderas. Y aunque la ventaja de la posicion estaba de parte de los contrarios, mientras durase aquel combate a pié firme no era ella mui grande y ni siquiera apreciable. Los cuerpos dictatoriales que defendian el camino no podian contarse entre los disciplinados y aguerridos del ejército balmacedista, y les tocaba hallarse en lucha con un cuerpo tan instruido y probado como el Constitucion. Ademas, si los arbustos, las ondulaciones y el antepecho del camino ofrecian resguardo a los enemigos, los nuestros; ocultos por las matas, las cercas y las casas y amparados por el borde de la zanja, no les presentaban tampoco a ellos mucho blanco.

El combate se prolongaba, pues, sin grandes desventajas para el rejimiento libertador. Una vez establecido como a firme en su nueva posicion, los soldados recobraron sin esfuerzos su tranquilidad de valientes y su reposo, método y buena punteria de veteranos. Los proyectiles lanzados por una y otra ala hacian grandes bajas en los batallones enemigos. Los grupos sacados fuera del antepecho se veian a cada instante enrarecidos, y no pocas cabezas de tiradores atrincherados en él quedaban inertes sobre su puesto. Acudian otros a reemplazarlos, pero sus tiros adolecian de precipitacion y de falta de fijeza. Y los soldados del Constitucion, comprendiendo que dentro de poco comenzaria el miedo a conturbar más aun a sus adversarios, menudeaban sus balazos con abrumadora violencia y con terrible destreza.

Durante media hora se sostuvo en esa forma el tiroteo. El rejimiento opositor, aunque no salia de sus posiciones, iba amedrentando al enemigo en las suyas. En cuanto el Antofagasta, que seguia a su izquierda, lograra por su parte arrollar la primera línea enemiga, avanzada hasta el borde del arroyuelo que va rodeando el cerro por ese punto, ambos rejimientos, descansados y seguros, continuarian su avance hácia la altura. Y a juzgar por el punto desde donde partian los tiros, ya el 8.° se encontraba respecto de sus contendores en la misma ventajosa situacion que su compañero.

*
* *

El Antofagasta, como dijimos, habia tenido que avanzar a la carrera por pleno camino para tomar su colocacion en la línea de combate entre el Constitucion y el Iquique. Las bajas que el bravo rejimiento sufrió con el nutrido fuego de artilleria y fusileria que al atravesar ese espacio pelado y llano le dirijió el enemigo, no hicieron mas què estimular su deseo de encontrarse pronto al pié de la posicion ocupada por éste, donde la vejetacion y los accidentes del terreno le permitirian batirse con menos desventaja. Continuó, pues, su carrera con renovado vigor, y solo pasado el puente rompian los grupos delanteros sus fuegos y avanzaban resguardados por las casas y el arbolado. Comenzó en seguida a correrse hácia la izquierda hasta reunirse con la estremidad derecha del Iquique, y entonces, organizándose en el mayor órden y aprovechando el menor abrigo para resguardarse contra los proyectiles contrarios, las escuadras de tiradores avanzaron de frente, observando con la mayor estrictez las reglas del órden disperso en columnas por compañias.

Esta operacion la ejecutaba el Antofagasta con tal serenidad y método como en un campo de maniobras, porque la actitud alentadora y tranquila de sus dos principales jefes infundia a la tropa un entusiasmo duradero y un invencible aliento. El comandante Goñi y el mayor don Francisco Cabezon se ostentaban, en efecto, estoicamente destacados sobre sus cabalgaduras, y uno y otro recorrian las líneas de su rejimiento organizando los grupos, dirijiendo sus movimientos, esparciendo entre ellos palabras alentadoras y manteniendo viva y ardiente la enerjia de los sufridos antofagastinos.

El enemigo lanzaba desde la cumbre, la media falda y la base del cerro un fuego tan constante como nutrido, que causaba numerosas bajas en las filas del 8.º; pero éste, sin cejar un instante en su resolucion, lo contestaba con no menos vigor y rapidez. La falda del Alto del Puerto es allí un poco mas tendida que en el resto de ese lado, porque avanza sobre la Placilla formando el ancho espolon que comienza en el caracol del camino carretero y termina en la ensenada del Colorado, frente a la Chacarilla, en el punto por donde emprendia su ataque el Iquique. Semejante disposicion del terreno, si bien prestaba relativa facilidad para el ascenso, tenia en esos momentos el grave inconveniente de colocar al Antofagasta bajo los fuegos de las tres líneas de

tiradores, y este inconveniente no cesaria hasta que el rejimiento constitucional lograse llegar al lecho del arroyo que corre por el pié del cerro, arroyo en cuyo borde opuesto, oculta entre espesos bosquecillos de culen, de boldo, de litre y de canelo y resguardada por una estrecha fila de esbeltos álamos, se encontraba la primera y numerosa fila de tiradores enemigos.

*
* *

Contra ella abrió nutrido fuego el Antofagasta desde su desventajosa posicion; pero lo tupido del boscaje impedia a nuestros soldados fijar bien sus punterias, por lo cual procuraban compensar con celeridad lo que les faltaba en fijeza. Hacian, pues, llover sobre los ocultos enemigos un no interrumpido aguacero de balas; y aunque éstas producian el resultado de amedrentar a los mas cercanos, no disminuian sensiblemente el número cada vez mayor de sus propias bajas, fusilados como estaban, y casi a mansalva, por las dos líneas de mas arriba.

En tan crítica situacion, el comandante Goñi comprendió que lo mas acertado era avanzar resueltamente en demanda de la primera línea, porque aunque las bajas de su jente aumentarian durante el trayecto, serian menores a la postre que permaneciendo en la espuesta situacion en que se encontraba. Y como el primer arrebato de los impetuosos antofagastinos no se habia calmado en lo menor, y antes bien, estimulados por el ejemplo de sus jefes y el recuerdo de sus proezas en la batalla de Concon, todos deseaban dejar colocada de nuevo a envidiable altura la fama del rejimiento, el meditado avance, por mas atrevido y hasta temerario que fuese, contaria con el concurso entusiasta y decidido de la tropa.

Se tomaron, pues, las disposiciones necesarias para realizarlo, y reunidas las segundas a las primeras líneas, avanzaron éstas a toda carrera contra el encubierto enemigo, preparados los sostenes y reservas a seguirlas en cuanto las vieran llegar al borde del lecho del arroyo.

Mas, un nuevo obstáculo entorpeció en esos momentos la accion de los grupos delanteros del Antofagasta. Una firme y gruesa cerca de espinosas ramas estorbaba por nuestro lado el acceso a la pequeña quebrada; y mientras los soldados se ocupa-

ban en echarla abajo o en abrir en ella algunas brechas, los contrarios les descargaban casi a quemarropa un diluvio de matadores proyectiles.

No se resfrió, sin embargo, el ardor de los antofagastinos. Alentados a grandes voces por sus jefes y oficiales, los grupos delanteros emprendieron en tan apurado trance la ardua tarea de abrirse paso, y con las manos desgarradas, con las ropas hechas jirones, espuestos sin defensa a los tiros de la altura, arrancaban las bien plantadas estacas, apartaban las ramas y formaban al fin boquetes que permitian el paso de uno o dos hombres de frente. Los sostenes y reservas avanzaban al mismo tiempo con furia, dejando el suelo sembrado de cadáveres, pero llegando a la cerca en el momento mas oportuno para atravesarla. Impulsados por su bélico ardimiento, no se contentaban entonces con posesionarse del lecho del arroyo para establecerse allí resguardados por el borde y los bosquecillos de la márjen opuesta, sino que trepaban todavia unos cuantos metros, alcanzaban a los asombrados tiradores enemigos, y rodeándolos los mataban a tiros y a bayonetazos. Ninguno conseguia replegarse a la línea de mas arriba, porque de atras era cazado por los nuestros, y solo mui pocos se escabullian hácia nuestra derecha y llegaban al camino de caracol, en donde con su actitud y su presencia introducian la perturbacion y el desaliento entre los ya debilitados combatientes que sostenian la pelea con el Constitucion.

***

El cuerpo de la 1.ª brigada que a esas horas se encontraba en una situacion mas desventajosa y comprometida era el Iquique. En el punto que combatia—la estrema derecha de la línea balmacedista—habia colocado Barbosa, como se sabe, cuerpos mas veteranos y reunido fuerzas mas numerosas que en las acumulaciones de su centro e izquierda. Creia que nuestro ejército, menospreciando la ventaja que le ofrecia la debilidad del ala izquierda enemiga para llegar a la cumbre del Alto, flanquear sus posiciones, y, como en Concon, interponerse entre ellas y su base de operaciones cortándole la retirada a Valparaiso, pretenderia llevar adelante ciega y rutinariamente un plan concertado de antemano, y que ese plan no era otro que el de forzarle el flan-

co derecho, ampararse del camino de la Laguna y darse ahí la mano con la escuadra, que se trasladaria de Quintero a esa caleta. En consecuencia, no obstante la tremenda fortaleza de la posicion, la dotó de tropas numerosas y disciplinadas, fiado en la invulnerabilidad del camino de caracol de su centro y descuidando torpemente su ala izquierda, que era precisamente la que más se prestaba para una repentina combinacion estratéjica de nuestra parte.

El Iquique por esto, a pesar de la bizarria y denuedo de que hizo gala en la primera parte de la batalla, consiguiendo destruir y poner en fuga la línea enemiga establecida al pié del Colorado, en el fondo de la amenazadora ensenada, tuvo que replegarse y estenderse a lo largo del arroyo que corre por la boca de ésta, y desde allí, parapetado tras el borde de la quebrada y medio oculto por la vejetacion, continuó su nutrido tiroteo contra las líneas que formaban los semicírculos de fuego que defendian el inaccesible anfiteatro.

Esperando la llegada de los cuerpos de la 2.ª brigada que debian acudir en su apoyo, el Iquique se mantenia con impaciencia en su nueva situacion. Los brios de su jente, duplicados por el primer éxito, no se habian debilitado con la forzosa retirada que le fué necesario emprender al verse cojida entre tres fuegos. Todos discurrian la mejor manera de atacar al enemigo sin que éste los abrumase con las ventajas de su posicion y de su número, y así, al mismo tiempo que disparaban sin cesar, examinaban el Colorado y sus fuerzas, el cerro del Salto, sus escarpados flancos y su grande altura, y el espolon de la derecha con sus tres líneas de tiradores. Por aquí, como se sabe, atacaba tambien el Antofagasta, y, fuera del peligro que ofrecian sus numerosos y emboscados defensores, la ascension no parecia un obstáculo tan serio como el de la mui pendiente y bien defendida falda del Salto. Ademas, por ese paraje no estaria espuesto el Iquique a verse fusilado de repente por tres lados diversos, como sucederia si se metiera de nuevo a la ensenada, y al mismo tiempo podria darse la mano con el valeroso Antofagasta y emprender con él una accion comun y por lo mismo mas enérjica y fructuosa.

***

Apreciadas todas estas probabilidades por los jefes, y deseosos de tener allanado el camino a la 2.ª brigada cuando acudiese a reforzarlos, comenzó el rejimiento a dirijir sus tiros hácia su derecha, coadyuvando eficazmente de este modo al movimiento del Antofagasta, que ya iniciaba por aquel mismo punto, aunque un poco mas a la derecha, su impetuoso ataque. Los grupos del 6.º comenzaron a correrse poco a poco en esa direccion, valiéndose de todas las precauciones recomendadas por la nueva táctica y consiguiendo mediante ello no sufrir tantas pérdidas como pudiera hacerlo temer el incesante y copioso fuego del enemigo. Corriendo agazapados a lo largo del fondo del arroyo, ocultos por los matorrales y arbustos que lo bordan, se situaron al pié del avanzado espolon y desde allí principiaron a disparar contra la primera línea que lo defendia.

Gracias a esta maniobra del Iquique, el centro de la línea enemiga venia a ser entonces el único objetivo de los tres rejimientos de la 1.ª brigada, de tal suerte que la fuerza misma de la situacion los habia arrastrado a emprender un ataque el mas ventajoso, útil y táctico que en aquellas condiciones pudiera concertarse. El Constitucion, no encontrando enemigos a su frente por la derecha, se desvió, como dijimos, a su izquierda para atacar el camino de caracol; el Antofagasta tenia el cerro a su frente y avanzaba a desbaratar la primera línea enemiga, y el Iquique, que lo veia a su derecha, convencido de la imposibilidad de atacar al Salto y de la temeraria imprudencia a que equivaldria una segunda internacion en la ensenada para embestir contra el Colorado, a nada mejor podia dedicarse que al asalto de aquella ancha y bien defendida loma.

Dejando, pues, algunos tiradores que mantuviesen el fuego contra las tropas que ocupaban el anfiteatro, la mayor parte del Iquique se cargó a su derecha y comenzó a escalar poco a poco la pendiente. El Antofagasta daba en seguida su victorioso asalto a la primera línea balmacedista, y el Iquique avanzaba con no menor impetuosidad cerro arriba para secundar la victoriosa obra de su compañero.

*
* *

Pero la primera línea enemiga no esperó la embestida. Sin

otra retirada posible que hácia la media falda del cerro, desde donde numerosos dictatoriales descargaban sobre los nuestros tupidos disparos, allí se dirijieron como gamos, perseguidos sin tregua por los certeros balazos del Iquique.

Continuó éste avanzando hácia la altura con impetuoso ardor y diezmando al mismo tiempo a los fujitivos; y aunque recibia una granizada de balas, no solo desde la media falda sino tambien desde el borde de la cumbre de la meseta, los valientes iquiqueños, lejos de retroceder un paso, trepaban la cuesta con decision y al mismo tiempo con habilidad y maña. Cualquier caida del terreno la aprovechaban para guarecerse; las matas de venenoso litre, que allí abundan, las utilizaban como benigno amparo, sin temor a su siniestra sombra, y el espeso follaje del aromático boldo los ocultaba en ocasiones de la vista de los cercanos enemigos. De este modo, sin esperimentar ni mucha fatiga ni muchas bajas, sin interrumpir sus bien dirijidos tiros y subiendo como diestros cazadores que quieren acercarse a escondidas a la bandada de sabrosas aunque matreras aves con que intentan rellenar sus morrales, se deslizaban silenciosos y cautos por la ladera.

Llegados a un angosto sendero que la cruza, mas arriba del cual se levanta el cerro casi a pico, se detuvieron los grupos delanteros para esperar refuerzos y dar desde allí una nueva embestida contra la segunda línea dictatorial, que ya se divisaba a pocos pasos. Reunidos pronto en buen número, en pocos momentos prepararon su asalto con vigorosas, repetidas y cercanas descargas, que producian espantosos efectos en los contrarios.

Estos, educados por el antiguo sistema, que malgasta largos meses en la enseñanza de meneos uniformes y de maniobras vistosas que no tienen aplicacion ninguna en el caso práctico de un combate, presentaban de relieve sus cuerpos a los certeros tiros de los nuestros y, mui correcta pero tambien mui torpemente formados, no aprovechaban como debieran el reparo de las piedras, de los montículos, de los arbustos y de las matas. Y así, viéndose diezmados de antemano y amenazados de cerca por esos infatigables y eximios guerrilleros, el miedo fué paulatinamente apoderándose de sus pechos, y, sin esperar el terrible asalto que los amenazaba, volaron en direccion a la cumbre

con la inconcebible lijereza que solo el miedo tiene el don de comunicar.

***

El Antofagasta y el Constitucion, mientras tanto, estaban mui lejos de permanecer ociosos. Ya dijimos que los ocupantes del camino de caracol en las curvas sobresalientes que podian ser vistas desde abajo por el ala derecha del Constitucion comenzaban a sentirse inseguros en sus bien elejidas trincheras y que los piquetes destacados fuera del antepecho se veian a cada momento enrarecidos por nuestras balas. Al mismo tiempo el ala izquierda de este rejimiento, que dirijia particularmente sus tiros a los parapetados en la primera y segunda vuelta del camino, causaba entre ellos numerosas bajas, sin que a su turno las esperimentasen en tanto grado los constitucionales mediante el amparo que les ofrecian las casas, vallados y árboles de la Curtiembre. Y como los bravos del Constitucion, largando con escelentes punterias sus disparos, observaban con ojo sereno sus efectos y pudieron notar que el enemigo comenzaba a descorazonarse, creyeron llegado el instante de acentuar su decaimiento avanzando atrevidamente en su busca.

Movieron, pues, sus primeras líneas por la derecha nuestra del camino, resguardados siempre, primero por las casas de la Curtiembre y en seguida por una angosta cuchilla que junto a ellas termina; y vigorizando entonces sus fuegos los sostenes y reservas, empezaron los grupos de vanguardia a trepar casi a gatas por el pendiente flanco. El ala izquierda avanzaba al mismo tiempo por el camino y situaba sus tiradores mas adelantados al pié de éste, o sea frente a las casas de la Curtiembre, desde donde, animados por sus oficiales, avanzaban arrastrándose por el suelo y disparando sin descanso contra los mas próximos enemigos.

Una lluvia de fuego caia desde lo alto, numerosas víctimas consagraban con su jenerosa sangre su patriotismo y su bravura, pero una y otra ala avanzaban siempre, con alguna lentitud, pero tambien con seguridad y firmeza. Y en cuanto, en medio de su heróico avance, lograban encontrar el mas leve reparo, allí se detenian durante cortos momentos para dirijir a sus ad-

versarios mortales tiros. El camino de caracol parecia estremecerse con el estruendo; las piezas de la bateria de abajo arrojaban a los asaltantes repetidos tarros de abrasadora metralla; las tropas de la meseta se acercaban más al borde para ayudar a sus compañeros, y no parecia que una sola brigada sino la totalidad del ejército constitucional se batiera entonces frenética contra aquella formidable seccion del campo dictatorial.

* * *

El Antofagasta, despues de destrozar la primera línea enemiga que tenia a su frente, se detuvo algunos momentos para ordenar sus grupos, dar un corto respiro a sus soldados y preparar debidamente el nuevo avance. El entusiasmo que animaba a la tropa era tan intenso, que nadie queria perder un minuto en la posicion conquistada, a pesar de que ella ofrecia ventajoso reparo para sostener un combate con la línea balmacedista establecida a media falda. Todos preferian continuar el ascenso sin demora y estrecharse cuanto antes con los sostenedores de la tirania; y, no queriendo desperdiciar este animoso espíritu de su jente, el comandante Goñi dió mui pronto la voz de "¡adelante!"

Los grupos de vanguardia corrieron en el acto cerro arriba, deteniéndose solo cuando el cansancio hubo agotado por completo sus fuerzas, mientras los de retaguardia protejian su marcha descargando contra los dictatoriales nutridos disparos. Y apenas los primeros recobraban aliento despues de dos o tres minutos de reposo, abrian tambien el fuego sobre sus adversarios, fuego que servia como de señal a los sostenes para avanzar a su turno con no menos rapidez y enerjia. Aumentaban éstos la violencia del tiroteo de nuestra primera línea, y entonces las reservas imitaban la operacion de sus delanteros avanzando a toda prisa a reunírseles. Todo el rejimiento se movia con órden admirable y con imponente decision, y esto y las numerosas bajas que los dictatoriales esperimentaban hacia flaquear visiblemente su resistencia.

Mui pronto, al notar que ni su cercania ni las no interrumpidas descargas de la altura lograban detener al rejimiento opo-

sitor, esa segunda línea volaba tambien a guarecerse a la cumbre de la meseta.

***

No podia ser mas feliz el resultado de aquel furibundo ataque: el formidable centro enemigo se veia derrotado al primer empuje sostenido de los nuestros. Acumulados los tres cuerpos de la 1.ª brigada sobre ese ancho espolon del Alto del Puerto, su accion comun y combinada no solo conseguia repeler hácia la altura a las dos primeras líneas contrarias, sino que amenazaba envolver en sus victoriosas oleadas la mayor parte del camino de caracol. Los jefes de los cuerpos balmacedistas instalados en éste y en la falda atacada por el Antofagasta y el Iquique, alarmados desde el principio por aquel avance irresistible que el horroroso fuego de los suyos no bastaba a contener y ni siquiera a moderar, habian mandado aviso a Barbosa de lo que pasaba y solicitado con premura inmediatos refuerzos. Y cuando la marcha ascendente de los tres rejimientos constitucionales se acentuó; cuando la línea dictatorial de la base del cerro fué destruida y la de media falda puesta en fuga; cuando la cumbre misma del Alto del Puerto en aquella parte corria riesgo de verse coronada por los temerarios asaltantes, renovaron sus pedidos de refuerzos con mayor urjencia y apremio.

Barbosa no podia dar crédito a la relacion de los primeros ayudantes que le comunicaban la noticia. ¿Cómo era posible que solo tres cuerpos opositores—que él se figuraba eran las compañias guerrilleras de nuestro ejército—hubiesen logrado en tan corto rato poner en aprietos a los numerosos batallones que formaban el centro de su línea y a los que ocupaban la formidable posicion del caracol? Se contentó, en consecuencia, con dirijirse a ese punto para no ser juguete de las perturbadoras alarmas de sus subordinados; y llegó tan a tiempo para convencerse de la realidad de la tremenda amenaza, que en los momentos de asomarse a la orilla para divisar lo que ocurria abajo, una de las muchas certeras balas opositoras dirijidas contra los defensores del borde de la meseta le causaba una leve herida en una pierna.

Hizo, pues, bajar en el acto por el camino al rejimiento 10 de

línea y a los batallones Nueva Imperial y Jendarmes de Santiago, que estaban de reserva en la altura junto a la artilleria de Fuentes; ordenó que de los tres rejimientos de la reserva jeneral estacionados allí cerca, a la entrada del camino de la Pólvora, se desprendiesen el Arauco y el Santiago, y que ambos, avanzando por la derecha del camino de caracol en compañía de las tropas que acababan de llegar fujitivas a la cumbre, se descolgasen para hacer frente al Antofagasta y al Iquique; y no contento con esto, exajerando quizá las medidas de precaucion, daba órden al jeneral Alcérreca para que desguarneciese en parte el Salto y el Colorado y corriese tropas en direccion al amenazado centro.

Peor que eso todavia: engañado por la ninguna hostilidad de los nuestros a su ala izquierda, motivada, como dijimos, por el prudente silencio de las tropas balmacedistas acumuladas junto a la Casa de Pólvora, y convencido ahora de que el plan del jefe constitucional consistia en partirle su línea por el centro, quitó a esa division dos batallones y ordenó a su jefe que hiciera avanzar los restantes al fuego para defender el acceso al camino de caracol.

***

Mas, mientras se realizaban estas premiosas órdenes del jeneral en jefe balmacedista, los tres rejimientos de la 1.ª brigada continuaban su avance con irresistible ímpetu. Despejada la falda y puestos en fuga sus defensores, exaltada la tropa constitucional con tan brillantes asomos de victoria, ninguna empresa, por difícil y peligrosa que fuera, le parecia superior a sus brios indomables y a su jigantesca fortaleza. Los tres rejimientos se lanzaron a una cerro arriba en medio de espantable griteria. El Iquique avanzó de frente por nuestra izquierda; el Antofagasta, o, mejor dicho, el ala derecha de éste, llevada por la declinacion del terreno, se cargó a la derecha hasta encontrarse con el recodo de la tercera vuelta del camino de caracol, y el Constitucion, que habia trepado en su mayor parte por la derecha del camino, oblicuaba a su izquierda y penetraba por el ángulo de la cuarta vuelta.

Al descubrir tan cerca aquella terrible invasion, los artilleros

de la bateria de montaña dictatorial establecida en la plazoleta de que hablámos, junto al camino, poniendo término repentino a sus disparos, se prepararon a emprender precipitadamente la fuga; pero como el lijero avance de los nuestros amenazaba envolverlos dentro de poco, apenas alcanzaron a cargar tres piezas en sus mulas. Las tres restantes las dejaban allí abandonadas y eran dos minutos despues victorioso trofeo de los primeros grupos del Constitucion y del Antofagasta.

Estos desembocaban como un torrente en el camino. Los infantes enemigos que pretendian resistir perecian allí mismo, fusilados desde uno y otro lado. La mayor parte del batallon Linares, que ocupaba la seccion mas baja del caracol, quedaba cortada por los dos rejimientos constitucionales, y no solo se rendia en el acto a discrecion, sino que los soldados se incorporaban en las filas de sus vencedores, y, valientes y resueltos a su lado, comenzaban al punto a hacer fuego contra sus mismos compañeros y a combatir contra el dictador a quien pocos momentos antes defendian. Muchos grupos esparcidos por entre los matorrales y las quiebras los imitaron, y así, ayudados por este inesperado refuerzo, continuaron ambos rejimientos su fatigosa subida.

***

Pero ya las numerosas tropas de refresco pedidas por el jeneral Barbosa habian llegado a la cumbre de la meseta, y colocadas en su borde rompian cerro abajo horroroso fuego. El Iquique y el ala izquierda del Antofagasta, como que subian por la parte mas pelada y uniforme del espolon, fueron los primeros en sufrir los mortíferos efectos de aquellos nuevos y poderosos elementos de resistencia llamados a contrarrestar el heróico denuedo de la 1.ª brigada constitucional. Los rejimientos enemigos Arauco y Santiago, considerados entre los mejores de su ejército por el jeneral Barbosa—por cuya causa, junto con el 2.º de línea, se les habia destinado a la reserva—comenzaron a descolgarse por la falda, colocado el Santiago a la derecha, es decir, frente al Iquique, y el Arauco a la izquierda, combatiendo contra el ala izquierda del Antofagasta. Los fujitivos de las primeras y segundas líneas deshechas por los nuestros avanzaban

tambien, envalentonados por aquel poderoso refuerzo de mas de 1,500 hombres que en tan estrecho lance les llegaba; y ayudados por los tiros de metralla que la bateria Fuentes descargaba desde la altura, y poco despues por los fuegos de flanco que comenzaron a hacer las tropas del Salto y del Colorado que corrian hácia su izquierda, aparecieron atrevidos y furiosos.

Una tempestad de proyectiles principió a caer sobre los valerosos soldados del Antofagasta y del Iquique. Imposibilitados para seguir su marcha en medio de ese diluvio de fuego, procuraron mantenerse a pié firme en el punto en que se encontraban y contener a sus enemigos con certeros y rápidos disparos; pero aunque redoblaban sus esfuerzos, produciendo enormes bajas en las opuestas filas; aunque soportaban sin flaqueza las numerosas pérdidas de vidas que aquel constante aguacero de balas les causaba, no conseguian detener la marcha de los numerosos batallones que acudian a rechazarlos. Y como el fuego de flanco que desde el lado del Salto se les dirijia aumentaba a cada instante en vigor y rapidez, pronto el ala izquierda del Iquique se vió diezmada y amenazada de cerca por un número cuatro o cinco veces mayor de ensoberbecidos enemigos.

No solo el avance, sino tambien la persistencia en sostenerse en ese punto, a tanta costa alcanzado, se hacian absolutamente imposibles. Todavia si los refuerzos de la 2.ª brigada estuvieran cerca, quizá los valerosos soldados de la 1.ª se sostuvieran allí obstinados y firmes para facilitarles el avance; pero en vano miraban hácia abajo para descubrirlos: solo divisaban a lo lejos, como a kilómetro y medio de distancia, o sea el triple de la señalada en la órden jeneral del 27, las masas de los cuerpos de la brigada de refuerzo medio ocultos por los cerrillos y hondonadas del llano de Peñuelas.

No habia, pues, posibilidad alguna de resistencia ventajosa, y hasta podia sernos fatal la prolongada permanencia en semejante sitio. En efecto: el enemigo, inmensamente superior en número, se hallaba en aptitud, o de romper en algun punto nuestra línea, flanqueando y envolviendo a una parte considerable de ella, o de lanzarse cerro abajo en compactas filas y arrasar a la bayoneta los esparcidos grupos antes de que éstos tuvieran tiempo de reunirse. La retirada se imponia, y rápida y pronta, a fin de

no seguir espuestos a tan infructuosa matanza y a tan inminente peligro.

En vista de esto se dió la órden de retirarse a la carrera, y en un momento el Iquique y el ala izquierda del Antofagasta se encontraron de nuevo al pié del cerro, estendidos a lo largo del lecho del arroyo. Desde allí, encubiertos por el boscaje y resguardados por el borde de la pequeña quebrada, resistirian con ventaja el avance del enemigo, lo obligarian a detenerse, y al verlo debilitado y vacilante emprenderian otra vez, en mejores condiciones, su formidable asalto. El espíritu de la tropa seguia siendo escelente. Nadie creia que la reciente retirada pudiera ser el principio de una derrota: todos la consideraban mas bien como uno de tantos variados episodios y mudables alternativas a que están sujetos los contendores en medio de una grande y encarnizada batalla.

La actitud de los prisioneros, sobre todo, daba esperanzas fundadas de próxima victoria. Ellos referian que las tropas enemigas eran presa de la desmoralizacion y el desaliento. Aseguraban que solo la falta de iniciativa, la incuria, el humilde sometimiento de los soldados a la disciplina les impedian rebelarse y desbandarse, pero que todos combatian forzados y de mala gana, y por lo tanto sin obstinacion ni brios.

Semejantes declaraciones no eran, por cierto, para desanimar a los valientes del Antofagasta y del Iquique, y por eso abrieron desde allí el fuego con entusiasta resolucion y con renovado ardor.

***

En los momentos mismos en que el Iquique y el ala izquierda del Antofagasta se veian obligados a retroceder ante el ataque del Arauco, del Santiago y de las tropas que antes habian sido puestas en fuga desde la falda, los refuerzos enemigos enviados por el camino en apoyo del Valdivia, del Yumbel y del Linares, que se batian contra el Constitucion y el ala derecha del Antofagasta, avanzaban por el caracol y se dirijian presurosos al sitio de la pelea.

La configuracion del terreno y las vueltas del camino facilitaban la marcha casi oculta de los cuatro cuerpos enemigos que

acudian en apoyo de los aflijidos defensores de esa fuerte posicion. Al principio avanzaron, por lo tanto, sin disparar y sin ser hostilizados por los nuestros, y solo cuando la proximidad del nutrido tiroteo y el encuentro con los soldados que ya principiaban a huir en desbande cerro arriba hubo advertido a los recien venidos que llegaba el momento de tomar parte en el combate, buscaron puntos adecuados para disparar con ventaja sobre los de abajo, y, prestándose para ello el antepecho de piedra del camino, las depresiones de la boscosa barranca de su izquierda y los matorrales y arbustos de la derecha, se esparcieron en numerosos piquetes por todos esos lugares, y de improviso lanzaron contra los asaltantes ardientes nubes de mortífero plomo.

La proximidad de los combatientes, la posicion desventajosa de los nuestros y las encubiertas posiciones de los contrarios daban al ataque de éstos una terrible eficacia. Los soldados de ambos rejimientos opositores caian a docenas, muertos o heridos por aquel torbellino de balas; pero los restantes, sin sentir debilitado su valor, avanzaban siempre por el camino y por uno y otro lado de éste.

Los batallones establecidos desde el principio en el caracol, que habian empezado a flaquear de una manera visible, se sintieron confortados por el refuerzo que en instante tan oportuno les llegaba desde la altura y apoyaron con vigorosos y nutridos disparos los fuegos de sus compañeros; de suerte que los constitucionales se vieron entonces hostigados por las constantes descargas que dos líneas diversas y cercanas les dirijian.

Pero tantas eran su resolucion y su bravura; tan orgulloso estaba el Constitucion con su título de primer rejimiento de nuestro ejército; tanto influian en el ánimo de los del Antofagasta la presencia y las voces de ánimo de su jefe, que siempre de a caballo en medio del peligro los dirijia y alentaba; de tal modo tambien el del Constitucion imponia a su tropa con su gallarda y tranquila actitud, que aquel pequeño número de soldados opositores no solo se sostenia en su puesto, sino que avanzaba paso a paso hácia arriba, aunque dejando marcado su camino con un ancho reguero de sangre.

*
* *

Los oficiales de uno y otro cuerpo imitaban a sus heroicos comandantes y se enronquecian prodigando a gritos a su tropa elocuentes y fortalecedoras palabras, que en medio del estrépito de la fusileria resonaban en las concavidades de aquel estrecho sitio como horrorosa algarabia. Todo el afan de los nuestros consistia entonces en acercarse lo más posible a la línea o agrupacion enemiga mas cercana a fin de librarse así de los tiros de la de arriba, que no podria dispararles sin ofender a sus propios amigos; y con ese propósito, mirando como cosa secundaria la muerte que desde tan cerca los amenazaba y los heria a cada instante, dividian su atencion entre los multiplicados accidentes y angostos pasos del terreno que recorrian y entre los enemigos a quienes dirijian sus proyectiles.

Por eso, si bien la mortandad era espantosa en nuestro bando, casi no era menor de parte de los contrarios, sobre todo entre los que formaban el primer núcleo de resistencia. Contra ellos dirijian principalmente sus fuegos los denodados asaltantes. Y como ni el Linares, ni el Valdivia, ni el Yumbel, que allí se encontraban, eran cuerpos veteranos sino mas bien un conjunto de infelices campesinos forzados violentamente al servicio de las armas por los inescrupulosos ajentes del tirano, nada de estraño tenia que no pudieran éstos competir en resolucion, aguante y enerjia con los aguerridos voluntarios que avanzaban a su encuentro sostenidos por el prestijio de una causa cuya defensa habian abrazado con desinteres y con ardor.

Así, a pesar del ausilio recibido con la llegada de aquellos numerosos refuerzos, pronto la primera línea enemiga comenzó de nuevo a flaquear. Ya los primeros grupos de los opositores distaban de ella apenas unos cincuenta pasos; sus balas eran cada vez mas mortíferas y seguras; su espantable vigor parecia mas bien aumentado que decaido; las voces de los oficiales y clases resonaban como nunca alentadoras y bravias; un choque terrible era inminente: los acobardados balmacedistas no se atrevieron a esperarlo. Interrumpiendo sus fuegos subieron a la carrera, favorecidos por los tiros de los de mas arriba y por el cansancio de los nuestros, que les impedia seguirlos.

Muchos, sin embargo, permanecieron ocultos entre las matas, los escondrijos y las quebraduras del terreno; y declarándose opositores de corazon, obligados tan solo por la violencia y por

la fuerza a servir en las tropas del gobierno, se enrolaban en nuestras filas y comenzaban al instante a disparar contra los suyos.

*
* *

Aunque sumamente fatigados, los constitucionales no podian detenerse ni un minuto a descansar. La lluvia de balas crecia de momento en momento, y con ella aumentaban tambien las bajas de nuestra jente. Se continuó, pues, la ascension. Los soldados, tendidos en el suelo largo a largo, ocultándose en las matas y resguardándose con las piedras, avanzaban lentamente en direccion a la línea formada por los refuerzos enemigos. Tan admirable obstinacion demostraban, que, si en vez de un rejimiento en esqueleto y de la mitad más que diezmada de otro, hubieran tenido a su espalda el apoyo de solo dos batallones, no cabe duda de que lograran realizar el que parecia loco intento de apoderarse a viva fuerza del caracol del camino. Fusilados desde cerca, sudorosos, fatigados, jadeantes, ganaban terreno, sin embargo, con un aguante que los mismos enemigos no podian menos de admirar, y sobre todo de temer; de temer, porque aun cuando ese puñado de hombres fuera rechazado, como irremediablemente habria de suceder, su actitud en tan crítico trance hacia pensar a los contrarios en la suerte que les esperaria cuando las numerosas masas que divisaban a lo lejos entrasen en combate con el mismo valor y ardimiento que sus delanteros.

Y ciertamente que al pensar en ello los defensores de la tirania, no podian menos de esperimentar un estremecimiento de horror y de espanto.

Hasta unos veinte metros de la segunda agrupacion enemiga llegaron, a costa de inmensos sacrificios y de enormes pérdidas, los primeros grupos del Constitucion y del Antofagasta. Una vez allí, detenidos por el flanco casi vertical del cerro, no tenian otro medio de seguir el avance hácia la altura que desfilando por el camino. Y como el recodo de ese punto quedaba espuesto sin reparo a los tiros concentrados de los de arriba, el simple intento de asomarse a él era esponerse a una muerte segura.

Por otra parte, cortado el paso, la permanencia en semejante

sitio se hacia de todo punto imposible. No solo las balas de los defensores del caracol herian entonces a los nuestros, sino que las tropas que acababan de rechazar al Iquique y al ala izquierda del Antofagasta les enviaban nutridos disparos por uno de sus flancos, mientras los cuerpos traidos del ala izquierda contraria avanzaban en direccion al camino y los atacaban por el flanco opuesto. La situacion llegaba a ser desesperada; y no queriendo los dos precavidos comandantes dar ocasion a que sus soldados se sintieran ganados por la desmoralizacion y el desaliento, resolvieron, como ya lo habian hecho el Iquique y una parte del Antofagasta, emprender una rápida retirada hácia la anterior posicion que ocupaban en el bajo.

Así se hizo, y en un abrir y cerrar de ojos, descolgándose los nuestros por las barrancas o corriendo cerro abajo por entre los matorrales y las quiebras, dejaron desierta la parte del camino de caracol que ocupaban.

***

El enemigo avanzó tambien a toda prisa con el intento de perseguirlos, recobró los tres cañones que habia perdido y que los constitucionales, en su empeño por alcanzar luego la cumbre, no se preocuparon de inutilizar o recojer, y los artilleros fujitivos, cargándolos sin demora, repitieron sus barredores metrallazos.

Con tanta celeridad como la que emplearon en su retirada, que el enemigo confundió por eso con una fuga, se acojieron nuevamente, el Constitucion al amparo de las casas, cercas y arbolado de la Curtiembre, y el Antofagasta al lecho del arroyo, reuniéndose allí con la otra seccion de su cuerpo, aunque los grupos de uno y otro rejimiento iban forzosamente mezclados y confundidos.

En cuanto se hubieron instalado, lo cual fué obra de pocos momentos, volvieron cara a los balmacedistas que los perseguian de cerca.

Parapetados y casi ocultos allí, ya no ocupaban, por cierto, la desventajosa y espuesta posicion que acababan de abandonar, y sus envanecidos perseguidores comprendieron mui a su costa que aquella retirada no presentaba ninguno de los caractéres de la derrota.

En efecto: apenas los balmacedistas hubieron desembocado en tropel por la última curva del camino y asomado a la parte que da al bajo, una tupida descarga de los presuntos fujitivos dejó sembrado de heridos y de muertos un considerable trecho. Todos los adversarios que, impulsados por la violencia de la carrera, llegaban hasta ese punto, eran cazados por las escelentes punterias y rápidos disparos de los soldados constitucionales. Estos, libres ya de toda mala impresion con semejante tarea, se consolaban y animaban unos a otros repitiendo que la súbita bajada del cerro no habia sido mas que una retirada falsa, efectuada con el propósito de sacar al enemigo de sus magníficas posiciones de la altura y de "darle el bajo" en el bajo. Y como esto, ni mas ni menos, comenzaba a realizarse, luego recobraron todos su animacion y su tranquilidad y se sintieron tan bien dispuestos como al principio para continuar con brio la batalla.

***

Puede decirse que este nuevo empellon de la 1.ª brigada a la fortísima y empinada meseta defendida por el ejército dictatorial habia resuelto ya en favor nuestro la jornada. No solo, de conformidad con las instrucciones de la víspera y con las prescripciones de una buena táctica, se acababa de reconocer y de tantear la totalidad de la línea enemiga, descubriendo sus puntos mas débiles y apreciando en todo su terrible poder los mejor defendidos y mas fuertes, sino que—resultado casi increible de la resolucion y de la bravura—aquella diminuta brigada, la menos numerosa de las tres de nuestro ejército, habia obligado al jeneral Barbosa a meter en la línea de combate, casi desde el principio de la accion, dos de los tres rejimientos que formaban su reserva.

Y a este brillante resultado, que ya era de por sí seguro nuncio de victoria, se agregaba que las tropas balmacedistas que defendian el centro del Alto del Puerto, atraidas al camino de caracol y hácia el bajo por aquella especie de retirada falsa de que hablaban los soldados, se veian obligadas a permanecer en la falda, contenidas allí por el incesante fuego de los cuerpos de la 1.ª brigada.

Por esta causa la artilleria de Fuentes, establecida en el bor-

de de la meseta, a un lado de la salida del caracol, se encontraba totalmente desprovista de infanteria para su resguardo, y aunque por el momento se sentia ajena a todo riesgo por ocupar una posicion que quedaba a retaguardia de los fusileros, pronto tal vez tendria que reconocer su jefe que no en vano se quebrantan las reglas seculares de la táctica.

En suma: la 1.ª brigada hasta ese momento, no solo desempeñaba fielmente la tarea que le encomendaran las instrucciones contenidas en la órden jeneral del 27, sino que se habia escedido a sí misma en habilidad y en valentía. El bravo y hábil Körner, que la observaba de cerca, se mostraba, más que satisfecho, entusiasmado. Ya no le cabia duda sobre cuáles eran los puntos adonde convenia dirijir el empuje sostenido, vigoroso y decisivo de nuestro ejército. Solo notaba con desagrado que la 2.ª brigada, que debiera ya encontrarse al pié del Alto para apoyar a la 1.ª, se movia con lentitud desesperante y aparecia aun a mas de un kilómetro de distancia a retaguardia por la izquierda de nuestra línea de combate. Le mandó, pues, la órden de que avanzara a toda prisa en cumplimiento de sus instrucciones del dia anterior; y suponiendo que no tardaria en obedecerlas, se preocupó en seguida, en union del comandante Frias, de disponer y situar convenientemente los tres sufridos rejimientos de la 1.ª brigada.

***

Segun las instrucciones contenidas en la órden jeneral del 27, y tambien segun las últimas que el comandante Körner comunicó al jefe de la 1.ª brigada al ponerse ésta en movimiento desde el punto de concentracion de nuestro ejército a espaldas del cerro de la Granada, los tres rejimientos que la formaban debian abarcar con su línea la totalidad de la posicion enemiga. Pero la falta de fuerzas balmacedistas a nuestra derecha, o, mas bien dicho, su ocultacion y silencio, obligó al ala derecha del Constitucion a oblicuar sobre su centro a fin de atacar la agrupacion establecida en el camino de caracol; el ala izquierda de este rejimiento y todo el Antofagasta conservaron su primitiva posicion frente a la base del ancho espolon, y el Iquique, despues de su infructuosa embestida contra la ensenada del Colorado, se vió arrastrado por las peripecias de la lucha a cargarse

sobre su derecha para coadyuvar eficazmente a la accion de sus dos compañeros de brigada.

Como ya se habia conseguido, a mas de lo que se esperaba de estos cuerpos, atraer a la falda y al camino de caracol la mayor parte de la reserva y toda la infanteria situada en el centro de la meseta, y como, en cumplimiento de las recientes órdenes de Körner, no tardarian los cuerpos de la 2.ª brigada en presentarse en el sitio del combate, el comandante Frias, ateniéndose a sus instrucciones, que ninguna nueva órden habia alterado hasta entonces ni vino a alterar despues, ordenó a sus rejimientos tomasen la colocacion que les correspondia y que era tambien en esos momentos la mas ventajosa y oportuna.

Por nuestra derecha, en efecto, comenzaban a lanzar nutridos tiros hácia el bajo los batallones de la izquierda enemiga acumulados en la Casa de Pólvora y que habian sido destacados de allí para atacar el ala derecha del Constitucion en su ascenso hácia la cumbre; y como era necesario precaver el peligro de que el ejército dictatorial tratase de desbordarnos y envolvernos por ese flanco, comenzó el rejimiento opositor a correrse hácia su derecha para hacer frente a la amenaza. El ala izquierda permaneció amparada por las casas y plantios de la Curtiembre, dominando desde allí la última vuelta del camino de caracol y sosteniendo el fuego con las tropas establecidas en éste. El Antofagasta, amparado por el boscaje y por el borde del arroyo que corre a lo largo de la base del espolon, se estendia desde la linde izquierda del camino hasta el principio de la ensenada del Colorado; y combatiendo contra la numerosa fuerza enemiga esparcida a su frente por la falda, solo conseguia mantenerla en respeto, y le impedia a un tiempo avanzar y volver a la meseta, descargando sobre ella una granizada no interrumpida de balas que podia agotar en poco tiempo la dotacion de municiones de su tropa. Por último, el Iquique, rechazado otra vez en esta segunda tentativa, debia volver a ocupar el temeroso sitio que le correspondia a la izquierda de nuestra línea, o sea la boca de la ensenada, frente al Salto y al Colorado, que formaban la derecha de la posicion enemiga.

De este modo quedaria la 1.ª brigada ocupando sus primitivas posiciones; así vijilaria y hostilizaria tambien la totalidad de la línea dictatorial, y, aunque fuera sacrificándose de nuevo, impe-

diria al jeneral Barbosa introducir en su campo alteraciones que viniesen a contrariar los planes del entendido y animoso Körner.

El espíritu de los soldados de la 1.ª brigada, por lo demas, se hallaba mui distante de sentirse amilanado por los rechazos que habian sufrido y que fueron quizá mas sangrientos para el enemigo que para ellos. Reconocida ya la fortaleza incontrastable de la posicion balmacedista en los puntos por donde la acababan de atacar, lo que todos deseaban era organizarse, descansar un poco, y en seguida embestir de nuevo hácia la altura por otros puntos, con la esperanza y hasta casi con la seguridad de no encontrar en ellos tan obstinada resistencia como por la ensenada del Colorado y el camino de caracol. Y calculando que el movimiento que en ese instante se emprendia no podia tener otro objeto, la jente se mostraba animosa, confiada, casi alegre.

***

Comenzó, pues, el Iquique a correr sus grupos hácia la izquierda, amparándose hábilmente en el cauce del arroyo y ocultándose en la espesura que lo borda. Y como primero e importante fruto de su maniobra, el enemigo, que desde la empinada cumbre del abrupto Salto podia divisarlo fácilmente a pesar de todas las precauciones, suspendió en el acto el envio de tropas que desde hacia rato realizaba con direccion a su centro.

Barbosa debió creer entonces que el reciente asalto al camino de caracol no habia sido mas que una estratajema destinada a hacerlo desguarnecer el punto que él se figuró desde el principio como verdadero objetivo de nuestro ataque, o sea el cerro del Salto y consiguiente posesion del camino a la Laguna. Detuvo, pues, la marcha de sus tropas y volvió a preparar en el Colorado y sus cercanias el foco de resistencia que debia dar al traste con nuestro ejército. Y como primera medida de hostilidad, junto con el nutrido fuego que la infanteria mas cercana descargaba sobre el Iquique, las baterias de la cumbre y de la base del Colorado comenzaron a vomitar sobre éste incesantes, numerosas y bien dirijidas granadas.

El rejimiento libertador proseguia su desfile con tranquilidad y firmeza, contestando al mismo tiempo desde su amparada posicion el vigoroso fuego del enemigo. Jefes, oficiales y tropa

no se preocupaban en esos momentos tanto de aquel aguacero de balas cuanto de estudiar los vericuetos, rincones y asperezas del terrible paraje, procurando descubrir el punto mas adecuado y menos espuesto para llegar a la cumbre. Y como el fondo del traicionero anfiteatro lo conocian ya mediante una dolorosa esperiencia, nadie pensaba en dirijirse de nuevo a esa especie de aterradora emboscada. El espolon que cierra la ensenada por al norte, o sea por la derecha del Iquique, fuera de estar encomendado al Antofagasta, apartaria de nuevo al 6.° de la posicion que se le habia designado. No quedaba, por lo tanto, mas objetivo posible que el Salto, el Salto mismo, aquel cerro empinado, de ancha cumbre y de flancos casi a pico, que constituia como inespugnable baluarte la estremidad derecha y el sólido punto de apoyo de ese lado de la estensa media luna formada por la posicion enemiga.

En vano se dirijia la vista a otra parte: en cualquier sitio de la ensenada salia al encuentro de los nuestros la temerosa amenaza de los tres fuegos cruzados que los envolverian y abrasarian con sus mortíferas oleadas.

***

Determinado que solo era posible atacar al Salto, el comandante Bernales, con su habitual serenidad, comenzó a discurrir cuál seria la mejor manera de poner en obra tan difícil y riesgosa operacion.

No convenia, por cierto, dirijirse a él directamente y empeñar a todo el rejimiento de una manera ostensible en el ataque. Esto hubiera permitido al enemigo, que tenia la ventaja de poderse mover rápidamente y sin tropiezos por la meseta, acumular en pocos minutos fuerzas abrumadoras que rechazaran al Iquique. Era preciso, por el contrario, mantener entretenidas con un tiroteo sostenido las tropas que ocupaban el Colorado y el resto del anfiteatro, y destacar en seguida, como un simple accidente de la lucha, los grupos o compañías destinadas al verdadero objetivo.

En consonancia con esta acertada determinacion, todo el rejimiento, situado ya frente a la boca de la ensenada, comenzó a moverse con precaucion y lentitud como si tratara de repetir

el ataque al Colorado que poco antes habia tenido que suspender. Solo la 1.ª compañia del segundo batallon, mandada por el capitan don José Antonio 2.º Diaz, es decir, la misma que tantas proezas consumara en el asalto al Torquemada, fué colocada a la izquierda y un poco a retaguardia del resto del Iquique a fin de que, mientras éste iniciaba y proseguia el falso ataque por su frente, los bravos del capitan Diaz comenzaran a escalar el escarpado cerro por su parte mas saliente y abrupta, que era tambien la menos espuesta a los tiros de los demas puntos de la ensenada y la que con mayor eficacia podia verse resguardada por el engañoso avance de los nuestros.

Comenzaron entonces a ganar terreno de frente los grupos de vanguardia del esforzado rejimiento, abriendo nutrido fuego contra los cuerpos enemigos estacionados en el fondo del abra. Su avance lento, concienzudo y metódico engañó desde el principio a los jefes contrarios, quienes se figuraron que las fuerzas repelidas en el primer ataque volvian a la carga reforzadas y numerosas. Y como el fuego de los nuestros era vivo y las yerbas, matorrales y accidentes del terreno los ocultaban casi por completo, los balmacedistas, sin pensar en moverse de sus posiciones, y mucho menos en debilitarlas desprendiéndose de alguna parte de sus tropas, se prepararon a rechazar este nuevo asalto, sin duda mejor preparado y mas temible que el primero.

***

El capitan Diaz y los suyos, mientras tanto, como encubiertos y abrigados por el estrepitoso tiroteo de la fusileria, al que hacian coro los estampidos de los cañones y ametralladoras de las baterias alta y baja del Colorado, comenzaban a trepar cerro arriba por la pendiente falda. Su compañia, que, como en otro lugar dijimos, quedó en esqueleto despues de la batalla de Concon, se hallaba ahora aumentada hasta la cifra de 90 hombres con los prisioneros tomados en esa batalla y que habian sentado plaza voluntariamente en el Iquique.

Y era digno de nota que "los pantalones colorados," como se les llamaba para distinguirlos de los que venian desde el norte con sus lijeros y modestos trajes de brin, no aparecian en nuestras filas menos animosos y resueltos que sus captores.

Quizá soportaban con menos entereza las fatigas de la marcha y las privaciones de la campaña, pero ahora, en medio del combate, ostentaban bravura y serenidad a la par con los mejores: prueba irrefragable de que no era tanto la diferencia de zonas como el amor a la buena causa y la libre voluntad para defenderla lo que infundia en los pechos de los constitucionales ese indomable valor que demostraban en la pelea y que tanto asombro causaba a sus enemigos, así como la falta de fé de los soldados balmacedistas y la violencia empleada con la inmensa mayoria de ellos para retenerlos al servicio del tirano, habian apagado la natural altivez y el belicoso arrebato de sus corazones de chilenos.

Ademas, se contaba con un elemento poderoso de estímulo y de firmeza en la brillante oficialidad de los cuerpos del ejército constitucional. Jóvenes distinguidos y entusiastas que habian abandonado lucrativas ocupaciones y separádose de cariñosos y cómodos hogares ¿cómo podian compararse con la turbamulta de ociosos o de náufragos de la vida que componian la casi totalidad de los cuerpos de oficiales de los batallones del dictador? Con la 1.ª compañia del segundo batallon del Iquique avanzaban ahora al peligrosísimo escalamiento, ademas del capitan Diaz, cuyo valor y heroicidad ya conocemos, los tenientes don Leonidas Bravo y don Manuel Alvarado y los subtenientes don Luis Prats Bello, don Aníbal Morandé, don Juan de Dios Aguirre, don Florencio Guzman y el señor Holcomb, y todos ellos no solo rivalizaban en aguante con la tropa en la tarea material de la atrevida y fatigosa ascension, sino que arrancaban de sus ardorosas convicciones y de su elevado patriotismo entusiasmo suficiente para fortalecerla y animarla con voces conmovedoras y con frases elocuentes.

El cansancio era, en efecto, el primer enemigo que salia al encuentro de la valerosa compañia del Iquique. Aquel empinado monte, cuya meseta domina el resto de la del Alto del Puerto, como que alcanza a 450 metros sobre el nivel del mar y a mas de 100 sobre el punto desde donde comenzaron a subir los nuestros, tenia, aparte de su considerable altura, la desventaja de alzarse con la rijidez y la majestad de una ancha y maciza torre sobre ese angosto rincon del llano de Peñuelas. Y por eso, apenas el capitan Diaz y su jente hubieron ascendido

unos veinte metros sobre el nivel del llano, ya muchos soldados, poco diestros en semejantes ejercicios, comenzaron a sentirse sofocados y a solicitar algunos momentos de descanso

***

No podia ser mas fatal para nuestros propósitos semejante peticion. Una de las mayores probabilidades de éxito de la aventurada operacion que el capitan Diaz comenzaba a llevar a efecto consistia precisamente en su celeridad. Antes de resolver emprenderla habia sido atentamente examinada aquella parte de la posicion enemiga y se la vió casi desprovista de tropa. O la que al principio la resguardaba fué llevada al centro para hacer frente al ataque de la 1.ª brigada, o se hallaba lejos del borde y fuera de nuestra vista. De todos modos, la posicion era tan fuerte por sí misma, que Barbosa, escaldado por la pérdida de su parque jeneral en Concon en un sitio que consideraba resguardado y seguro, tenia establecido el de su nuevo ejército sobre la cumbre del Salto. ¿Cuánta intrepidez y esfuerzo no necesitaria, pues, esa compañia del Iquique para alcanzar aquel verdadero nido de águilas en donde el enemigo empollaba los proyectiles destinados a dar fin con los obstinados opositores?

Despues de cortos momentos de respiro, el capitan Diaz y su jente continuaron la ascension. El cerro parecia enderezarse y estirarse a medida que lo trepaban los nuestros, y ya despues de un nuevo ascenso de veinte metros comenzaron muchos a desfallecer.

Fué necesario, por consiguiente, dar a la tropa otro descanso a fin de que pudiera seguir la marcha sin rendirse y tambien para que se hallara en aptitud de hacer uso de sus armas, aunque el enemigo, al parecer, no conseguia descubrirla aun. El resto del Iquique, sin dejar de hacer fuego a su frente, no perdia pisada a la 1.ª compañia del segundo batallon. Todos la contemplaban anhelosos y palpitantes, listos para acudir a reforzarla en el momento oportuno y temblando ante la espectativa de que los vijias y las avanzadas dictatoriales la descubrieran demasiado pronto. Con el corazon oprimido, pero alentando una nueva esperanza, se la vió moverse y subir de nuevo. Ya

se hallaba a unos cincuenta metros sobre el fondo del valle: habia llegado a la mitad de su camino. ¡Oh! si alcanzase a recorrerlo por entero!

***

Era imposible, sin embargo, que al enemigo se le ocultase por mucho rato el atrevido movimiento de aquella compañia del Iquique, sobre todo tratándose de un sitio tan descubierto y de un asalto a la plena luz del dia. Alguien notó en el opuesto campo el silencioso hormigueo que amenazaba la cumbre del Salto, y pronto, descubriendo los jefes la verdad de la asombrosa noticia, tomaron oportunas medidas para rechazar el ataque. Las tropas llevadas desde allí a otros puntos de la línea de defensa fueron llamadas en el acto a sus anteriores posiciones, y una esclamacion de alarma, de admiracion y de sorpresa recorrió las filas dictatoriales en presencia de aquel increible acto de audacia de sus contrarios.

El grueso del Iquique, estacionado en el bajo, no pudo menos de percibir mui luego que el avance de la 1.ª compañia del segundo batallon habia sido descubierto por los balmacedistas: así lo demostraban los apurados movimientos de sus tropas, las carreras de los ayudantes, hasta la disminucion que esperimentó el nutrido fuego de los tiradores contrarios. Y el comandante Bernales, no queriendo esponer la escasa fuerza del capitan Diaz a un desventajoso choque, dispuso que inmediatamente subieran algunos grupos en su apoyo.

Ademas, siendo ya pretension inútil la de engañar al enemigo respecto de la verdadera operacion a que iba a consagrar sus esfuerzos el Iquique, el mismo jefe dispuso que una parte del rejimiento buscara posiciones adecuadas al pié del Salto para apoyar desde allí a los asaltantes y hacer fuego contra los dictatoriales que asomasen al borde de la meseta.

No por esto dejó de mantener algunos grupos de tiradores esparcidos a lo largo de la boca de la ensenada, en prevision de un peligroso ataque de los balmacedistas por ese lado. El número de soldados con que contaba el rejimiento, sumamente disminuido por las muchas bajas que hasta entonces habia esperimentado, no permitia dedicar fuerzas ni siquiera mediana-

mente suficientes para los tres importantes servicios que era necesario desempeñar: refuerzo a la compañia del capitan Diaz, apoyo a ésta desde el llano, y tiroteo contra las tropas y baterias de la ensenada. Pero como los tres eran urjentes, de tal modo que no se les podia desatender sin esponerse a un lamentable fracaso, el jefe del Iquique se multiplicaba para no descuidar ninguno, esperando de momento en momento la llegada de los cuerpos de la 2.ª brigada, que ya tardaban demasiado y que en pocos minutos más podian encontrarlo en gravísimos apuros.

***

El enemigo, por fortuna, no estaba dispuesto a bajar de sus posiciones y aventurar un ataque contra el puñado de valientes que lo mantenia en jaque. ¿Cómo habia de figurarse que sus atrevidos adversarios no eran otros que los mismos escasos guerrilleros que una hora antes, a pesar del vigor y del buen éxito de su ataque, tuvieron que retirarse desde el pié del Colorado al verse cojidos entre tres fuegos? El jeneral Alcérreca, que mandaba esa ala del ejército dictatorial, aleccionado hasta la timidez con lo que le ocurriera en el Torquemada, se negó terminantemente a las indicaciones que algunos jefes y oficiales le hicieron con el fin de que, bajando de improviso desde los flancos del espolon situado a la derecha del Iquique, lo cortase por ese lado, y, flanqueándolo y envolviéndolo a poca costa, o tomara prisioneros a los atrevidos opositores, o en pocos minutos diese fácil cuenta de todos ellos.

—¡Estos son mui diablos! contestaba a los proponentes. Ustedes no los conocen. Son mui diablos. Estamos mejor y mas seguros así.

Y con mirada investigadora e inquieta examinaba desde la cumbre las espesuras y accidentes del bajo, demostrando a las claras que recelaba la ocultacion en esos puntos de algunos cuerpos nuestros que podrian aparecer en el momento decisivo.

Los temores de Alcérreca, que concordaban con la opinion unánime de los derrotados de Concon, salvaron al Iquique, en esa tremenda coyuntura, de un desastre tan seguro como sangriento. El jeneral balmacedista, desconfiado y cauteloso, se contentó por eso con mandar dos batallones a defender la cum-

bre del Salto, conservando el resto de su campo en actitud de prudente defensiva. Su natural buen juicio y valentia, quebrantados ahora por la derrota, no podian ver claro en su ventajosa situacion, y esto debia contribuir en no pequeña parte al desenlace final de la contienda.

***

La 1.ª compañia del segundo batallon del Iquique continuaba, mientras tanto, su espuesta y fatigosa ascension. Otros grupos de diversas compañias comenzaban a trepar en su seguimiento, y una línea de tiradores se habia situado a conveniente distancia del pié del cerro para rechazar con sus tiros a los enemigos que asomasen al borde de la meseta. El comandante Bernales, siempre de a caballo, atendia con solicitud y prevision las necesidades del estenso campo que debia ocupar con su escasa tropa, y ya corria a vijilar la línea de tiradores establecida al frente de la ensenada, ya volvia a observar el avance de los que escalaban el cerro, ya estudiaba la mejor colocacion de los grupos del pié de éste, ya observaba atentamente los movimientos y maniobras del enemigo. Su serenidad y tranquilo valor mantenian avivados los ánimos de sus hombres, y su actividad y prevision no dejaban al jefe balmacedista ningun resquicio por donde divisar claramente el escaso número de su tropa. Gracias a eso se sostenia contra la ensenada un nutrido fuego y se atendia juntamente al mejor éxito del temerario y ya descubierto asalto que el capitan Diaz comandaba.

Y con tanta celeridad habia marchado éste, a pesar de las continuas paradillas a que lo obligaba el cansancio de sus soldados, que ya los mas esforzados y ájiles se hallaban a unos veinte o veinticinco metros del borde de la cumbre. Desde abajo parecia que solo algunos pasos los separaban de la anhelada meta, y los nervios estaban escitados, los corazones se ajitaban tumultuosos ante la alternativa de que fueran los enemigos o los nuestros los que primero dominaran ese punto. ¡Cómo se hubiera querido llegar de un vuelo a la altura; cómo soñaban todos con la posesion de algun poder sobrenatural que permitiese trasfundir aliento y fuerzas a los de arriba!

Sucedió, sin embargo, lo que era de esperar: llegó primero el

enemigo. Los soldados avanzaban al trote animados por sus oficiales, pero vacilaron en los momentos de acercarse al borde. Desde abajo se notaban sus rodeos y sus empaques. Y entonces, tanto para dar aviso a los de arriba respecto del peligro que los amenazaba cuanto para aprovechar el temor de los enemigos, los grupos estendidos al pié del cerro abrieron nutrido fuego sobre los recien llegados.

Los soldados del capitan Diaz se detuvieron entonces a respirar. Y éste, activo y sereno en medio de su impetuosa exaltacion, comenzó a recorrer trabajosamente los grupos delanteros y a situar a cada hombre en el sitio mas apropiado para su defensa, ya al resguardo de una piedra, ya en alguna leve hendedura del terreno, ya entre las matas y yerbas que salpicaban la barranca. Y en medio de esto daba voces a los que seguian mas abajo para que apresurasen el paso a fin de formar cuanto antes un semicírculo que rodeara con sus fuegos la saliente falda.

Avanzaban éstos, en efecto, arañando el suelo y arrastrando penosamente sus fusiles, y entraban poco a poco en línea con los primeros.

Pero el número de adversarios aumentaba sobre la meseta. A las primeras compañias siguieron otras y otras, y aunque el fuego del bajo las diezmaba, pronto no les fué posible demorarse mas tiempo y hubieron de avanzar hácia la barranca.

La torpeza de los soldados, o, mejor dicho, de los jefes y oficiales balmacedistas, fué causa al principio de que el ataque desde la altura no produjese en la compañia del Iquique tan fatales resultados como podia presumirse. La tropa dictatorial, en efecto, se presentaba de pié en el borde de la meseta, destacándose imprudentemente y ofreciendo así un magnífico punto de mira a los tiros de los nuestros. Como era de presumirlo, no desperdiciaban éstos sus municiones: hacian rodar por el suelo a los unos y obligaban a los otros a retirarse asustados. Pero como la necesidad es gran maestra, las despreciadas reglas del órden disperso se imponian por sí mismas a los contrarios, y entonces, antes de allegarse de nuevo al borde, se echaban de barriga al suelo y en esa posicion comenzaban a escurrirse hácia adelante.

El combate adquiria entonces un nuevo aspecto: todas las desventajas estaban del lado del Iquique. Ya desde abajo no era

posible coadyuvar eficazmente a la heróica empresa en que se veia empeñada la 1.ª compañia del segundo batallon. Hasta hubiera sido peligroso disparar contra enemigos que distaban tan poco de los nuestros y que casi ningun blanco presentaban. Los fuegos de los tiradores del llano podian dirijirse cuando más contra las tropas que avanzaban por la meseta en refuerzo de las que ya se hallaban esparcidas por la orilla, y, por otra parte, el considerable número de esas fuerzas amenazaba abrumar dentro de poco con horrible fuego a los escaladores del Salto.

***

Estos se sostenian, sin embargo. Y no tan solo se sostenian, sino que el bravo capitan, eficaz y animosamente secundado por sus valientes oficiales, iba consiguiendo que los mas retrasados llegasen de uno en uno a la línea de fuego formada por los delanteros. Gracias a este paulatino aumento, los disparos de los nuestros se hacian a cada rato mas nutridos, sin que desde luego se notara la enorme diferencia que habia entre el corto número de los que atacaban y el mui considerable de los que desde arriba se defendian.

Los jefes balmacedistas estrañaban que el combate se prolongara tanto en semejante sitio. El jeneral Alcérreca mandó desde el Colorado a uno de sus ayudantes a estimular al comandante del 3.º a que terminara pronto su encargo. ¿Cómo era posible que ese puñado de hombres siguiera amenazando aquella ventajosísima posicion desde el desfavorable punto que ocupaba?

Los defensores del Salto prepararon, en consecuencia, su tropa para dar un avance decisivo contra sus contrarios. Se acumuló jente cerca de la orilla, se aumentó la primera línea de tiradores, y de repente, en medio de estruendoso vocerio, avanzaron todos cerro abajo.

Pero la jente del capitan Diaz se hallaba ya debidamente preparada, y este avance costó caro a los soldados enemigos. Los mas adelantados y animosos rodaban muertos o heridos por la pendiente, y los de arriba eran cazados por los nutridos disparos de los de abajo. La lucha se sostuvo durante varios minutos con notable desventaja para los dictatoriales. Algunos procuraban retroceder; pero, contenidos por los otros, se desordena-

ban y oprimian, formando compactos grupos en que se cebaban sin descanso las balas opositoras.

Al fin dominaron los temerosos, y la parte superior de la falda quedó otra vez desierta.

***

Los grupos que subian en refuerzo del capitan Diaz iban poco a poco ganando la altura, y ya los mas animosos comenzaban a ingresar en la primera línea. De todas maneras, este aumento de los asaltantes no guardaba relacion con el que a cada instante recibian sus adversarios. Y como la resistencia victoriosa de los nuestros avergonzaba y exasperaba a los jefes balmacedistas, pronto un segundo avance, mejor ordenado y con mayor número de tropas que el primero, amenazó barrer de la falda a la escasa tropa constitucional.

El choque fué sangriento. Los enemigos avanzaban, los nuestros se sostenian, y de una y otra parte eran considerables las bajas; mas, como el enemigo se reforzaba sin cesar, y como ademas combatia ahora con precaucion y maña, la lucha se iba haciendo insostenible.

Al fin varios soldados nuestros, al contemplar mui cerca los grupos mas numerosos y atrevidos de los contrarios, comenzaron a perder terreno y a retroceder hácia el bajo. En vano los oficiales trataban de contenerlos. Habian agotado sus fuerzas y sentian debilitado su coraje al ver los enfurecidos rostros de los dictatoriales y al escuchar las horribles amenazas de algunos que los tildaban de "traidores."

Eran, en efecto, "pantalones colorados" los que flaqueaban, amilanados por el recuerdo de la derrota de Concon; y creyendo ver acercarse de nuevo el terrible momento de la desbandada, pretendian lanzarse a la carrera cerro abajo. El capitan Diaz hizo rodar por tierra de un sablazo a uno que comenzaba a huir y que gritaba "¡derrota!" Y este escarmiento, que demostraba a los pasados cuán diverso era el espíritu que reinaba en ambos ejércitos, contuvo el movimiento tumultuoso de retroceso y lo trasformó en un repliegue ordenado, tranquilo, lento y siempre amenazador y temible.

Porque a pesar de la resistencia, de las dificultades y del atre-

vimiento de la empresa, ni el capitan Diaz ni el comandante Bernales pensaban ahora en abandonarla. El primero hacia detenerse a su jente en la altura en cuanto encontraba algun reparo ventajoso, y el segundo, a la vez que recojia abajo los dispersos, los ordenaba de nuevo y dirijia constantes refuerzos a los de arriba. El reencuentro de la falda se habia convertido en una especie de combate singular, en una pugna acalorada en que ambos contendores iban a cada instante empeñándose con mas tenacidad y ardimiento. Los del Iquique estaban resueltos a sostenerse a todo trance en aquel sitio hasta que les llegasen los refuerzos que esperaban: los enemigos, tan numerosos y ventajosamente situados, tenian a pundonor arrojar de allí cuanto antes a los nuestros. Y aunque la mortandad era a cada momento mas terrible en ambos bandos, ni el uno ni el otro cejaban en su encontrado empeño.

***

Mientras el Iquique sostenia con tanto valor y firmeza el combate en nuestra izquierda, el Antofagasta y el Constitucion se batian no menos resueltamente en el centro y la derecha.

El camino de caracol habia demostrado ya de una manera terrible su invulnerabilidad contra un ataque de frente; y reforzado ahora por los batallones que acudieron en apoyo de los que desde el principio lo ocupaban, una nueva acometida de nuestra parte contra semejante posicion estaba llamada irremisiblemente a fracasar. Ni el Constitucion ni el Antofagasta la intentaban, por lo tanto, sin contar con que las fuerzas de ambos rejimientos bastaban apenas, parapetadas y encubiertas, para contener un avance victorioso del enemigo hasta el pié del Alto.

Ademas, el jefe de la brigada comenzaba a preocuparse seriamente del fuego que se hacia a los suyos desde la izquierda enemiga. Este fuego, que al principio venia de frente contra el ala derecha del Constitucion, iba ahora corriéndose poco a poco mas allá y avanzando tanto en ese sentido, que ya principiábamos a tener sumamente amenazado el flanco. Y como el tiroteo aumentaba a cada instante en intensidad y rapidez, los comandantes Körner y Frias veian acercarse con terror el momento

en que el Constitucion y el Antofagasta, no pudiendo mantenerse en la posicion que ocupaban, se vieran obligados a abandonar el cauce del arroyo que corre al pié del espolon del Alto y las casas, cercas y arbolado de la Curtiembre. Las fuerzas de la 1.ª brigada, totalmente estendidas al pié de las líneas enemigas hasta entonces descubiertas, no disponian de un solo hombre de reserva para oponerlo a los cuerpos de refresco que pretendian flanquearlas. Se podia, es cierto, correr poco a poco al Constitucion por ese lado, pero aun esta medida no se hallaba exenta de graves riesgos. Para realizarla era preciso debilitar el núcleo de tropa que tan ventajosa resistencia oponia a la acumulacion del camino de caracol e impedia el avance de los contrarios por ese punto; y semejante debilitamiento, que éstos no podrian menos de descubrir por la forzosa disminucion de nuestros disparos, les permitiria sin duda avanzar hasta el bajo, cortar la línea opositora entre el Constitucion y el Antofagasta, envolver y flanquear ambos cuerpos, destruirlos por completo o arrojarlos con grandes pérdidas de sus abrigadas posiciones y obtener asi un primer éxito que era capaz de envalentonarlos lo suficiente para obtener el triunfo final sobre las dos restantes brigadas de nuestro ejército.

Contra semejante peligro no habia por el momento otro remedio, dado el funesto abandono en que la 1.ª brigada se encontraba, que el de retirarse de aquellas posiciones, conquistadas y sostenidas a costa de tantos esfuerzos y de tanta sangre. Las órdenes enviadas al jefe de la 2.ª brigada por el comandante Körner no habian producido hasta entonces el menor efecto. Los cuerpos que la componian se divisaban siempre alejados a mas de un kilómetro por la retaguardia del Antofagasta y del Iquique, moviéndose lentamente por entre las peladas lomas y montículos colindantes con la antigua cancha de carreras. Algunos se desplegaban en guerrilla a esa enorme distancia y avanzaban pausadamente, pero no se dirijian adonde Körner los llamaba sino que se corrian acentuadamente hácia nuestra izquierda.

*
* *

La alternativa entre la retirada o la derrota era ciertamente dolorosa y podia equivaler a un fracaso; pero mas doloroso seria

dejar que el desaliento primero, y quizá en seguida el pánico, se apoderasen de los destrozados rejimientos de la 1.ª brigada. Todos ellos llevaban ya una hora de constante y encarnizada lucha contra la línea balmacedista entera, que peleaba de refresco y que sin embargo se vió reforzada por dos de los tres rejimientos de la reserva. Todos ellos habian sembrado de muertos y de heridos el campo en donde con tanta resolucion se sostenian, y eso en tan gran número, que apenas si contaban ahora con las dos terceras partes de su efectivo. ¿Cuán amargo no seria, pues, para semejantes soldados tener que declararse vencidos a pesar de sus proezas y retroceder al frente del enemigo viendo a sus espaldas dos brigadas enteras que no habian tomado parte en la batalla, cada una de ellas mas numerosa que la 1.ª, y la 2.ª armada con el rápido Mannlicher, que allí debia hacer terribles destrozos entre las tropas amontonadas en el caracol del camino?

Pero mientras estas punzantes reflexiones asombraban el ánimo de los jefes, los heróicos rotos, sin preocuparse de otra cosa que de combatir, lanzaban sin descanso nutridos disparos. El Antofagasta, situado al pié del ancho espolon y encubierto por el cauce del arroyo y por el boscaje que lo borda, se veia en la precision, como dijimos, de acelerar en lo posible sus fuegos, tanto para contener el avance de los balmacedistas como para impedir que algunos de ellos regresaran a la meseta, descansaran allí y volvieran despues al combate refrescados y rehechos. El ala izquierda del rejimiento, o sea la que se daba la mano con la derecha del Iquique, se atrevia a salir de sus atrincheramientos al ver que la tropa enemiga de ese lado principiaba a replegarse hácia la cumbre y se corria a la derecha, llamada probablemente por Alcérreca en los momentos en que el descubrimiento del ataque al Salto introducia la alarma en esa parte del campo dictatorial. Pero, sea que recibiese contraórden, sea que la persecucion de los nuestros exasperase al jefe del Santiago, este rejimiento se detuvo, y descargando sobre esa ala del Antofagasta una nubada de certeros proyectiles, la obligó a volver a su posicion anterior.

Por el centro y el ala derecha del 8.º se habia prolongado el combate mucho más de lo que sus jefes preveian despues de la primera órden de avance mandada a la 2.ª brigada; y como el

fuego tenia que ser mui rápido y sostenido para equipararlo al de un enemigo tan superior en número, ya se divisaba cercano el angustioso momento en que muchos soldados comenzarian a carecer de municiones. El parque estaba próximo, en el mismo caserio de la Placilla; mas para llegar allá era preciso abandonar el campo del combate, enrarecer los tiros, dejar muchos claros tal vez en nuestra línea de batalla y dar así ocasion al enemigo para que avanzase y la rompiera. Y de este modo, al mismo tiempo que se hacia indispensable sostener un vivo tiroteo para mantener en respeto a los numerosos grupos y casi compactas líneas enemigas, lo cual equivalia a la imposibilidad de ahorrar cápsulas, por otra parte ese consumo traia aparejado el inminente peligro de que en pocos minutos se agotasen ellas por completo.

*
* *

Esta crítica situacion se agravó con el movimiento de retroceso que las fuerzas contrarias iniciaron frente a la izquierda del Antofagasta. Mientras esta ala salia de sus posiciones como en persecucion de los que se retiraban, el resto del rejimiento creyó llegado el momento propicio para acelerar todavia más sus disparos, suponiendo que semejante maniobra era una demostracion de que los adversarios flaqueaban.

Pero éstos, en vista de aquella especie de reto de los constitucionales, no solo detuvieron su marcha ascendente, sino que se propusieron dar un golpe de muerte a unos hombres a quienes consideraban ya medio vencidos despues de los recientes rechazos. Con tal intento, sacando del caracol las tropas que ocupaban la parte superior de éste y que permanecian entregadas allí a un inútil descanso, les ordenaron correrse hácia su derecha y aumentaron con ellas hasta una cifra abrumadora la de los adversarios del Antofagasta.

El fuego tomó entonces proporciones espantosas del lado de los dictatoriales. A pesar del reparo del lecho del arroyo y del espeso ramaje de los árboles y arbustos entre los cuales se ocultaban los nuestros, las bajas producidas por los proyectiles balmacedistas eran a cada instante mayores. Y para colmo de males, las municiones comenzaron a faltar a muchos soldados

del Antofagasta en esos críticos momentos. El fuego iba paulatinamente enrareciendo de nuestra parte junto con aumentar en rapidez y violencia de la del enemigo. Los morrales y cananas de los muertos y heridos mas próximos se encontraban tan exhaustas como las de los sobrevivientes. La situacion de los que con sus fusiles inmóviles tenian que permanecer en la línea de combate inermes y espuestos a los tiros de sus adversarios iba haciéndose cada vez mas desesperante. Si se ocultaban introducian el desaliento y la desmoralizacion entre sus compañeros; pero ¿podrian permanecer durante mucho rato haciendo el papel de víctimas indefensas y sumisas?

***

Las numerosas y a cada momento aumentadas fuerzas balmacedistas que ocupaban la falda hubieron de notar de allí a poco esta sensible disminucion de los fuegos de sus contrarios. Y entonces, calculando que su considerable número y su tupido fuego habia tenido al fin poder bastante para quebrantar la enerjia de aquellos hombres indomables, sintieron henchidos sus pechos con el vigoroso aliento de los vencedores y emprendieron decididamente el avance cerro abajo.

No les fué mui ventajoso ese movimiento al principio, porque los antofagastinos que conservaban municiones socorrieron con algunas a sus compañeros, y entonces, tratando todos de no desperdiciarlas, dirijieron a los mas avanzados y atrevidos tres o cuatro descargas rápidas y sucesivas que sembraron de cadáveres el opuesto campo. Esto detuvo por algunos minutos el avance; mas, teniendo forzosamente que enrarecer nuevamente el fuego de nuestra parte durante el tiroteo que sobrevino, y aumentando el del enemigo a medida que crecia su número, no tardaron sus jefes en disponer que continuase la marcha, con mayores precauciones y mejor órden que la primera vez.

Pretension loca hubiera sido de parte del Antofagasta la de poner resistencia séria al ataque. Puede decirse que la mitad del rejimiento estaba desarmada, siendo así que, aun todo él perfectamente amunicionado, no bastara humanamente para oponer una valla eficaz a los adversarios qúe en cuádruple número se descolgaban de la altura. Quizá, si fuera posible con-

centrar los esparcidos grupos, se determinara esperar a pié firme y con la bayoneta calada al enemigo, y así lo proponian algunos heróicos obstinados; pero como nada se avanzaria con semejante acto de desesperado valor en beneficio del éxito final de la contienda, se creyó mas prudente ceder el campo al enemigo y retroceder, los unos hácia el caserio de la Placilla, y los otros al resguardo de los montículos desde donde el Antofagasta habia iniciado el combate.

Así se ejecutó, en efecto. Los pocos que conservaban algunas cápsulas corrieron a ampararse en estas últimas posiciones. Los otros no corrieron sino que volaron hácia el caserio en demanda del parque de la brigada. Lo encontraron sin trabajo, como que se hallaba a poca distancia, en pleno camino, y comenzaron a rellenar a toda prisa sus morrales y cananas. Este servicio se ejecutaba con rapidez y buen órden, gracias a las precauciones adoptadas por el comandante Jara. Los cajones estaban abiertos, las cápsulas listas, los repartidores dilijentes y diestros, de modo que los peticionarios eran prontamente atendidos y despachados.

En pocos minutos acudió al parque la mayor parte del Antofagasta. Y los invencibles soldados, apenas completada su nueva dotacion de cien tiros por cabeza, cargando sus fusiles y husmeando por el estrépito de los tiros el lugar en donde se habian acojido sus compañeros, volaban de nuevo, anhelantes y bravios, a ocupar sus respectivos puestos en las filas. Ni aun este tercer rechazo, que pudo tener todos los caractéres de una derrota irremediable, logró apocar el ánimo de los soberbios voluntarios. Al contrario: al verse otra vez armados les parecia empresa fácil la de recobrar en pocos minutos la posicion que acababan de perder, y así, animados por tan admirable espíritu, volvian a tomar parte en lo mas reñido de la pelea.

***

El amenazado Constitucion se batia mientras tanto con su acostumbrada serenidad, como si toda la tropa reflejara la cualidad dominante de su valeroso jefe. El movimiento de flanqueo emprendido por el enemigo por la derecha del rejimiento opositor se acentuaba a cada momento más, sin que éste pudiera opo-

nerle otra resistencia que la de ir estendiendo paulatinamente sus grupos hácia ese lado, procurando siempre colocarlos a resguardo de las zanjas, las cercas y los árboles. Pero sin contar con que semejante esparcimiento podia debilitar su centro e izquierda y esponerse así al peligro de que los ocupantes del camino de caracol avanzaran hácia el bajo y lo envolvieran, el escaso número de su jente marcaba, por otra parte, un límite insalvable a la estension de su línea por la derecha.

Se hacia frente lo mejor posible al nuevo ataque, mas lo boscoso del terreno en esa parte de la posicion enemiga impedia a los constitucionales dirijir con fijeza sus disparos. Hondas quebradas y lomas cubiertas de vejetacion formaban, en efecto, la estremidad izquierda del campo contrario, y desde ellas, dominando a sus adversarios con la altura y divisándolos a pesar de las cercas y del follaje, podian los tiradores balmacedistas fusilarlos casi a mansalva, ocultos como estaban por hondonadas y quiebras y encubiertos por tupidos matorrales.

El Constitucion hacia en esos momentos verdadero lujo, no solo de serenidad y de valor, sino tambien de disciplina, de instruccion y de habilidad. En condiciones en que la tropa mas veterana, batiéndose por el sistema antiguo, no hubiera podido permanecer ni siquiera diez minutos en combate sin ser despedazada y barrida por descargas abrumadoras, el primer rejimiento opositor se batia con tranquilidad y buen órden y resistia durante largo rato el fuego atronador y mortífero que le llovia, por la izquierda desde el camino de caracol, por el frente desde la media falda, y por la derecha desde aquellas lomas avanzadas que formaban una de las puntas de la temible media luna que comenzaba en el Salto. Los soldados, a veces acurrucados en alguna zanja, a veces de pié resguardándose en el tronco de un árbol, otras tendidos de barriga en el suelo y aun metidos entre las espinosas cercas de zarzamora, dirijian contra sus numerosísimos enemigos lentos pero bien apuntados tiros, preocupándose, como buenos veteranos, no tanto de nutrir sus fuegos cuanto de aprovechar cada bala en los adversarios que lograban descubrir entre las matas.

* * *

Puede decirse que el ataque de flanco que tan aflijido tenia al Constitucion no era propiamente un movimiento o maniobra del enemigo sino simplemente un efecto de la ventajosa posicion que éste ocupaba. Las nuevas tropas que de una manera tan inesperada y tan terriblemente eficaz en nuestra contra tomaban parte ahora en la batalla—como para que ni la mas mínima seccion de la estensa línea balmacedista dejara de meterse en la desigual pelea contra la 1.ª brigada—esas tropas no se habian movido hasta entonces de sus puestos y pertenecian a la acumulacion que formaba la izquierda dictatorial. Esta acumulacion, establecida, como dijimos, en las inmediaciones de la Casa de Pólvora, destacó desde el amanecer del 28 numerosos piquetes para ocupar los distintos ramales y espolones que desde el Alto del Puerto avanzan en direccion a las Cenizas, y, sea por razones estratéjicas, sea, como creen algunos, porque sus jefes pertenecieran a esa cómoda secta de los "equilibristas" que con tantos prosélitos contaba, no solo en el ejército sino entre los funcionarios de distintos rangos y aun entre los simples particulares, lo cierto es que ni cuando la 1.ª brigada marchaba a la carrera en busca del enemigo, ni mientras los primeros impetuosos choques de ésta hicieron flaquear y mantuvieron apurada durante largo rato la otra acumulacion de tropas situada en la fortísima posicion del caracol—a pesar de que su concurso hubiera sido entonces mui útil para su causa—ni en uno ni en otro caso dieron señales de vida los piquetes y batallones de la izquierda balmacedista.

Solo cuando vieron que nuestros rejimientos retrocedian mientras los contrarios recobraban el terreno perdido; cuando, engañados por la distancia y el ensordecedor estrépito del combate se figuraron que por lo menos eran dos de las tres brigadas constitucionales las rechazadas y que la victoria se declaraba decididamente en favor del gobierno, solo entonces resolvieron romper el fuego y hostigarnos con sus disparos de flanco. Iniciaron el fuego los mas próximos al ala derecha del Constitucion; y a medida que éste iba estendiéndose hácia nuestra derecha, los piquetes del Limache, que formaba la estremidad izquierda dictatorial, anhelosos de tomar tambien alguna parte en la victoria para tener opcion despues a las buenas "tronchas" a que tan aficionado era su jefe, secundaron a sus compañeros, y con ardor

de neófitos o de arrepentidos comenzaron a descargar nutridos balazos contra los grupos mas cercanos.

*
* *

Este horroroso tiroteo, que de momento en momento adquiria proporciones mas espantosas y formidables, convirtiendo el Alto del Puerto en una especie de volcan que despedia, en vez de lava, torrentes de acero y de plomo, si alguna ventaja nos ofrecia en medio de su mortífera furia, no era otra que la de poner de manifiesto la grande estension de la línea enemiga y por consiguiente su relativa debilidad en algunos puntos. Körner observaba esto con serenidad y lucidez en medio del torbellino de balas que lo rodeaba, y se sentia profundamente contrariado, no solo por no hallarse en situacion de lanzar en el acto infanteria de refresco hácia los puntos convenientes, sino porque esta misma favorable coyuntura, una vez perdida, podia trasformarse en desastrosa derrota.

Pronto, en efecto, fué haciéndose casi absolutamente insostenible la posicion que el rejimiento número 1 ocupaba, por mas esfuerzos, precauciones e intelijencia que sus soldados emplearan para defenderla. La granizada de balas que desde tres puntos diversos le caia era tan recia y tan copiosa, que no se descubria reparo posible que oponerle. El fuego de la izquierda dictatorial se estendia ademas con alarmante rapidez por los espolones de que acabamos de hablar, y ya sus balas comenzaban a cruzarse con las disparadas desde el caracol del camino, amenazando encerrar al heróico rejimiento en un estrecho semicírculo de fuego y hasta esponiéndolo a quedar enteramente cortado del resto del ejército.

En tan angustiosos momentos, viendo Körner que los refuerzos pedidos a la 2.ª brigada no llegaban a pesar de sus reiteradas órdenes, y que, cuando mas oportuno hubiera sido un vigoroso ataque de nuestra parte para cortar y envolver la línea enemiga por los puntos débiles que se le descubrian, estábamos en peligro de abandonar el terreno conquistado y hasta de esponer esa valerosísima tropa a los irreparables efectos del pánico, dió órden a uno de sus ayudantes para que volase a decir al coronel Vergara que si su brigada se demoraba un cuarto de hora más en llegar, podia darse por perdida la batalla.

Esperando que al fin viniese el refuerzo de tan elocuente manera solicitado, el Constitucion hizo prodijios por sostenerse aun en su espuesta posicion.

***

Pero los minutos pasaban, el fuego crecia, la mortandad era alarmante, el resultado de nuestra resistencia inapreciable en presencia de aquella creciente avalancha de muerte, y el Antofogasta, con sus municiones casi agotadas, abandonaba el abrigo del cauce del pié del espolon cruzado por el camino de caracol. Las tropas balmacedistas situadas al pié de éste avanzaban en seguida hácia el bajo, y con tanta esperanza si no seguridad completa del éxito, que hasta se hacian acompañar por la bateria de montaña de que en parte se apoderó la 1.ª brigada en su impetuoso avance hácia la altura. Las piezas eran colocadas con presteza en una angosta plazoleta o reborde situado sobre la última curva del camino, casi sobre las casas de la Curtiembre, y desde allí, vomitando sin tregua repetidos tarros de metralla sobre el centro y el ala izquierda del Constitucion, preparaban el terreno para facilitar el avance de la infanteria, que se organizaba y formaba a su amparo en el camino.

El rejimiento opositor se veia amenazado de cerca por sus dos flancos y espuesto a encontrarse de repente envuelto por fuerzas cuatro o cinco veces superiores en número a las suyas. Por la derecha y por la izquierda hacia entonces esfuerzos sobrehumanos para contener el avance del victorioso enemigo. Se sostuvo aun así durante algunos minutos; pero la mortandad aumentaba, los refuerzos no venian, y ya todos presentian el momento de presenciar un avance a la carrera por el camino, ejecutado por batallones envalentonados y compactos. ¿Qué resistencia podrian oponer a su vigoroso empuje aquellos grupos esparcidos y diminutos? ¿Ni cómo tampoco habian de volver la espalda al enemigo y de emprender la fuga en medio de un ataque los valentísimos soldados del primer rejimiento opositor? Una vez iniciado éste, su honor y su orgullo iban a obligarlos a permanecer en sus puestos. Allí moririan todos matando. Pero por mas heróico y honroso que fuera su sacrificio, mui poco o ningun influjo favorable ejerceria él en el resultado final de la ba-

talla. Y como los esfuerzos individuales debian encaminarse, nó al propio lucimiento ni a la adquisicion de personales glorias sino al triunfo de nuestras armas y a la gloria de la patria, de aquí que el sacrificio del Constitucion hubiera sido entonces inútil y quizá contraproducente.

***

La retirada se imponia, pues, a éste como pocos minutos antes al Antofagasta. Convenia conservar ese núcleo de bravos para que sirviese de ejemplo y guia a los cuerpos que acudiesen en su apoyo. Todo lo que podia temerse era que una retirada en tales circunstancias lograra infundir el desaliento en la tropa y que el disgusto por el abandono en que se la mantenia se tradujese en irritacion y descontento.

Nada de esto sucedió, sin embargo. Los soldados, al recibir la dolorosa órden, se escurrieron por entre las cercas y zanjas, atravesaron agazapados el espacio de terreno que los separaba del camino de las Cenizas, y allí, a lo largo de la alameda, casas y cercos de la propiedad de don Cosme Justiniano, buscaron posiciones adecuadas para seguir combatiendo sin desmayo.

Körner, a pesar de su valentia, estaba asombrado de la bravura, fortaleza y tenacidad de nuestra jente, y en esos momentos declaraba que "no podia decirse que hubiera en el mundo mejor soldado que el chileno."

El enemigo, notando el abandono en que las casas y terreno de la Curtiembre se encontraban, avanzó con cierta cautela a ocuparlas. Convenciéndose al fin de que ninguna emboscada se le tenia prevenida y de que la retirada de los nuestros era formal y positiva, llegó a la pequeña quebrada que divide las pertenencias de los señores Compton y Justiniano y hasta pretendió avanzar por el terreno de este último.

Pero una granizada de balas lo detuvo. El Constitucion, desde sus nuevas posiciones, parapetado detrás de los árboles y estendido por el camino a las Cenizas, estaba resuelto a defenderse allí con la misma heróica tenacidad que al pié del Alto.

El tiroteo se empeñó entonces de nuevo, mas regular, metódico y reposado, sin que los contrarios intentasen avanzar; y así, despues de hora y cuarto de desigual, reñida e incesante

pelea entre la totalidad del ejército balmacedista y los tres únicos rejimientos de la 1.ª brigada constitucional, ésta, con escepcion del Iquique, que seguia luchando aun en el escarpado Salto, habia vuelto a ocupar las mismas posiciones desde donde rompiera el fuego sobre el enemigo.

La situacion, sin embargo, era mui diversa. El ejército dictatorial estaba quebrantado, revuelto, fatigado. Ningun cuerpo de infanteria conservaba la misma posicion que al iniciarse la batalla. Las triples líneas de tiradores habian desaparecido. Las fuerzas que debieran defender la cumbre de la meseta solo subsistian en el Colorado y el Salto: todas las demas fueron arrastradas hácia el caracol y hácia el bajo, y esto dejaba anchos claros en la parte mas encumbrada y temible del empinado cerro. La reserva enemiga estaba reducida al 2.° de línea: el Santiago y el Arauco se batian revueltos con el grueso y se hallaban por lo tanto imposibilitados para desenredarse y volver a su primitivo y abrigado reparo. Aun la izquierda enemiga, que entonces proseguia en su afan de flanquear nuestra derecha, se hallaba sumamente debilitada y no podria resistir un ataque serio de los nuestros.

Y de parte de los constitucionales, en cambio, ni la 2.ª ni la 3.ª brigada habian tomado todavia parte alguna en el combate: se encontraban frescas, anhelosas, descansadas, lozanas. Aun la 1.ª, la heróica sacrificada, mantenia intactos sus brios y se hallaba dispuesta a lanzarse de nuevo a la pelea. Como en Concon, ella tambien ahora habia preparado y señalado el camino de la victoria. Sus pérdidas eran enormes, sus sacrificios tremendos, pero pronto, mui pronto, producirian un triunfo seguro, deslumbrador y magnífico.

***

El sostenimiento de tan desigual combate habia costado enormes bajas a los cuerpos de la 1.ª brigada. El Constitucion, que al entrar en pelea contaba con unas setecientas plazas, llevaba perdida a esa hora mas de la mitad de su efectivo. En Concon, como dijimos, contaba con ochocientos hombres; y habiendo tenido allí una disminucion de doscientos entre muertos y heridos, quedó reducido a solo seiscientos. Pero unos cien "pan-

talones colorados," escojidos entre los mas granados y resueltos por el comandante Lopez, aumentaron esa noche las filas del orgulloso rejimiento opositor, y mediante este voluntario enrolamiento pudo contar en la Placilla con los setecientos que dejamos consignados.

Pues bien: de estos setecientos hombres, no menos de cuatrocientos quedaban tendidos en el campo despues de la batalla del 28.

La consideracion de esta espantosa cifra, que habla en pró del Constitucion con mas elocuencia que todos los encomios, basta para poder apreciar de un golpe la bravura, la decision, el imponderable heroismo de que dió relevantes pruebas esa tropa en los angustiosos trances por que tuvo que pasar durante su prolongado ataque contra las posiciones del Alto del Puerto.

Mas si la tropa sufrió tan grandes pérdidas, no fueron éstas menores en la distinguida oficialidad del valeroso rejimiento.

En el primer ataque contra la artilleria situada en el caracol, cuando los tres batallones enemigos que lo ocupaban y los establecidos a sus lados y en el borde de la meseta descargaban contra los atrevidos asaltantes verdaderos chubascos de proyectiles, caia muerto el subteniente don Mauricio Constant.

El subteniente Constant, de nacionalidad francesa, era uno de tantos entusiastas voluntarios que, atraidos por la justicia y el prestijio de nuestra causa, acudieron a enrolarse presurosos en las filas del ejército constitucional. Para un corazon frances y juvenil, la causa de la libertad y del derecho que los nuestros defendian debió tener irresistibles fascinaciones, y por eso Constant, deseando servirla con eficacia y temeroso de que la caballeria no desempeñase en las batallas el mismo importante papel que la infanteria, pidió ser trasladado el 21, del escuadron de Granaderos, en que militaba como alférez, al rejimiento Constitucion. Se batió, pues, en las filas de éste en la batalla de Concon, y con tal denuedo y tan ardorosa enerjia, que si algun reproche podian dirijirle sus compañeros no era otro que el de su escesivo arrojo, que rayaba en temeridad, y del curso no interrumpido de vivos ademanes y de fervorosas palabras con que animaba a sus soldados.

Con el mismo arrebato entró en pelea en la batalla de la Pla-

cilla; y en el asalto al camino de caracol, asalto que parecia modelado para que el bravo frances luciera el hervor de su sangre y la fogosidad de su gálica furia, cuando, con la espada en alto, el ademan resuelto y la voz enronquecida, avanzaba a la cabeza de un grupo para apoderarse de los cañones, una bala enemiga le dió de lleno en medio del pecho, le traspasó el corazon y le causó, por lo tanto, una muerte instantánea y sin dolores.

En el mismo ataque, al comenzar la subida del cerro, fué herido el sarjento mayor don Alberto Arriagada. El mayor Arriagada, hijo del pundonoroso jeneral don Marco Aurelio Arriagada, era teniente del 4.° de línea al iniciarse la campaña contra la dictadura, y, naturalmente, se apresuró a ofrecer su limpia espada y sus valiosos servicios a los defensores de la legalidad. Ahora, marchando entre los primeros al asalto, recibia en la pierna izquierda un balazo que le impidió seguir avanzando, pero que por fortuna no alcanzó a comprometerle el hueso.

El capitan don Aníbal Osandon, de la 3.ª compañia del segundo batallon, recibia tambien una herida en una pierna en los momentos de iniciarse la primera retirada, despues del ataque al camino de caracol.

El capitan don Agustin Muñoz, de la 4.ª compañia del segundo batallon, era herido tambien en esas mismas circunstancias, es decir, cuando el Constitucion, abrumado por los enemigos de refresco y por las dificultades insuperables del terreno, se veia obligado a retirarse a la carrera hácia el pié del Alto. Para formarse una idea de la lluvia de balas que en tan tremendo lance caia, baste saber que el capitan Muñoz recibió tres heridas de un golpe, causadas por otros tantos proyectiles. Uno de éstos le daba en el talon del pié izquierdo, otro le corria a lo largo de una costilla, y el tercero le atravesaba las carnes del brazo izquierdo.

El capitan don Pedro Lopez Diaz, de la 4.ª compañia del primer batallon, recibia tambien a un tiempo dos balazos en los instantes en que el bravo rejimiento, despues de arrollar la primera agrupacion de defensores del caracol, avanzó hácia la altura en demanda de las tropas que acudieron en refuerzo de aquellos. El capitan Lopez Diaz, uno de los fundadores del Constitucion, habia sido herido en el brazo derecho en la en-

carnizada batalla de Pozo Almonte, y ahora en el mismo brazo sufrió una lesion que, aun cuando no le fracturó el hueso, parece que le comprometió algun nervio importante, porque no puede estender el brazo y hasta corre riesgo de perderlo. El otro proyectil le causó tan solo una dolorosa contusion un poco mas arriba de la anterior herida.

El teniente don Bernardino Diaz Bravo, de la 1.ª compañia del segundo batallon, era alcanzado, como los capitanes Lopez Diaz y Muñoz, por dos proyectiles que le causaban a un tiempo dos heridas. Una de ellas, recibida en la pierna izquierda, le atravesó de parte a parte la pantorrilla sin alcanzar a comprometerle el hueso, pero la otra le fracturó la pierna derecha cerca de la rodilla.

Las prontas y prolijas atenciones de los cirujanos constitucionales lograron, sin embargo, salvar la pierna al teniente Diaz Bravo, que es un apreciable y valeroso hijo de Curicó escapado del secuestro en que el tirano mantenia a Chile entero para impedir la emigracion a Iquique de la inmensa mayoria del país.

Como tantos otros, el teniente Diaz Bravo fué herido durante la heróica embestida del Constitucion hácia la altura por el camino de caracol.

El teniente don Jenaro Bascuñan, entusiasta y valeroso hijo de Talca y perteneciente a la 1.ª compañia del primer batallon, recibió en un brazo una herida que no es por fortuna de mucha gravedad, durante el primer ataque al Alto del Puerto, cuando el Constitucion avanzaba desde el camino de las Cenizas a ocupar las casas y plantíos de la Curtiembre.

El subteniente don Eduardo Cubillos, de la 1.ª compañia del segundo batallon, resultó herido en los momentos de emprender la última retirada, cuando el Constitucion se hallaba terriblemente amenazado por el frente y sus dos flancos. El subteniente Cubillos, animoso hijo de Concepcion, recibia en una nalga una grave y peligrosa herida, que presentaba muchas dificultades para su curacion.

El subteniente don Moises Daza, de la 1.ª compañia del segundo batallon, recibia al final del segundo ataque, en los momentos de acercarse a la cumbre del Alto, una gravísima herida. El proyectil enemigo le dió de lleno en el hombro izquierdo,

fracturándole el hueso y haciendo quizá necesaria la desarticulacion. La vida del subteniente Daza, que es hijo de Valparaiso, corria grave riesgo segun nuestras últimas noticias, porque hasta entonces no se habia conseguido estraerle el proyectil alojado en tan espuesto sitio.

El subteniente don Federico Bravo, tambien oriundo de Valparaiso y perteneciente a la 4.ª compañia del segundo batallon, resultaba con una herida en un pié en los momentos de iniciarse la batalla. El proyectil, disparado sin duda de alto a bajo por la línea de tiradores que ocupaba la orilla de la meseta, penetró por el empeine del pié derecho del subteniente Bravo, y aunque le desmenuzó a su paso muchos de los delicados huesos de ese importante miembro, las hábiles y minuciosas operaciones de los cirujanos consiguieron el importante triunfo de estraerle uno por uno hasta los menores fragmentos y de dejarle al fin en tan buena condicion el pié herido, que ya puede servirse de él.

Poco antes del primer rechazo, cuando el Constitucion, amparado en las cercas, casas y zanjas de la Curtiembre, sostenia un furioso tiroteo con el enemigo, era herido el subteniente don Anjel Augusto Kiel, de la 3.ª compañia del primer batallon. El subteniente Kiel, hijo de Valparaiso, como los dos anteriores, recibia en el tobillo del pié derecho un balazo que por estraña casualidad no alcanzó a tocarle el hueso y que le produjo una herida de fácil curacion.

El subteniente don Hipólito de la Sota, de la 2.ª compañia del segundo batallon, era herido durante la rápida retirada que el rejimiento emprendió por el camino de caracol, despues de su victorioso y sangriento avance hácia la cumbre. El subteniente de la Sota, vecino de Talcahuano y recientemente enrolado en las filas del Constitucion, sacó en la rodilla derecha una grave herida, porque el proyectil alcanzó a romperle el hueso.

El subteniente don Benjamin Bustamante, entusiasta voluntario santiaguino escapado a costa de mil peligros de las garras de los esbirros del tirano, era herido en el bajo, en las aflictivas circunstancias en que el rejimiento opositor, despues de su retroceso desde la parte alta del camino de caracol, estendia sus líneas para hacer frente a los tiradores que amenazaban flanquearlo por la derecha. El subteniente Bustamante recibió el

balazo en la pierna derecha, y su herida puede calificarse de leve a pesar de que el proyectil se la traspasó por completo, pero sin fracturarle el hueso.

No tuvo, por desgracia, igual fortuna el subteniente don Anjel Custodio Ramos, apreciable jóven atacameño incorporado desde hacia poco tiempo en las filas del valeroso Constitucion. En medio de lo mas reñido de la batalla, cuando el rejimiento trepaba hácia la altura por el camino de caracol y por la barrancosa ladera situada a la derecha de éste, el subteniente Ramos, que se habia hecho notar por su arrojo entre aquella cohorte de valientes, recibia en el pecho un balazo que se lo atravesaba de parte a parte. El proyectil destrozó a su paso importantes órganos, produciendo una herida incurable y mortal, de tal modo que el subteniente Ramos, a pesar de los intelijentes esfuerzos de los facultativos que con el mayor esmero lo cuidaron, fallecia en Valparaiso dos dias despues de la batalla.

Igual suerte corrió el subteniente don Emilio Rocuant, de la 3.ª compañia del primer batallon. No se supo dónde ni en qué momento fué herido, pero su cadáver fué encontrado, casi inconocible, pasados muchos dias. Algunos de sus compañeros, sin embargo, recuerdan haberlo visto despues de la retirada del camino de caracol, y se cree que pereceria en el último y decisivo avance, cuando el Constitucion, reforzado ya, corrió a conquistar la victoria que tan merecida tenia por sus esfuerzos.

El subteniente Rocuant era de Valparaiso y se habia afiliado recientemente bajo la bandera de los sostenedores de la Constitucion.

Por fin, el subteniente don Baltasar Cabello, de la 1.ª compañia del primer batallon, era herido en los momentos de retirarse de las abrigadas posiciones de la Curtiembre, casi cercadas ya por el enemigo, para ir a reorganizarse y prepararse en el camino de las Cenizas, junto a las casas del señor Justiniano. El subteniente Cabello, vecino de Carrizal, en donde se enroló en el rejimiento, sacó dos heridas leves en ambas manos, que no le impidieron seguir tomando parte en la accion.

Como se ve por esta estensa lista, las pérdidas de oficiales y jefes esperimentadas por el Constitucion en los trances mas comprometidos de la jornada de la Placilla guardaban terrible proporcion con las enormes sufridas por la tropa. Los dieziseis ofi-

ciales que acabamos de enumerar equivalen, en efecto, a mas de la mitad del número con que el Constitucion contaba el 28 en los momentos de entrar en pelea. Y si a estos dieziseis se agregan los once que resultaron muertos o heridos en Concon, de ambas cifras se forma el sorprendente total de 27, que equivale a mas de los dos tercios de la oficialidad del heróico rejimiento que una parte tan gloriosa y tan sacrificada tuvo en esas dos sangrientas y encarnizadas batallas.

***

Los otros dos cuerpos de la 1.ª brigada, si bien no sufrian tan grandes pérdidas como el Constitucion, no dejaban por eso de tenerlas mui considerables y dolorosas. El Antofagasta, que entró en pelea con seiscientos hombres, mas o menos, resultaba al fin de la batalla con unas doscientas bajas, o sea la tercera parte de su jente.

De su oficialidad, sin hablar del mayor don Francisco Cabezon, que moria poco despues, en el último asalto a la cumbre y en los momentos de terminar la batalla, ya durante el primer avance del Antofagasta contra las líneas balmacedistas escalonadas en la falda del espolon era muerto el teniente don Eduardo Godoi Verdejo, el mismo que, como se recordará, fué alcanzado por una bala enemiga en la batalla de Concon. Entonces el teniente Godoi Verdejo, en los momentos en que bajaba la quebrada de las Petras, sintió salpicados el pecho y el estómago por leves aunque numerosas heridas, y poco despues se daba cuenta de que se las ocasionaba el cristal de un grueso lente que llevaba colgado al cuello, aunque salvándole al mismo tiempo la vida, porque el proyectil que lo habia roto amortiguó su fuerza con el choque y no alcanzó ni a penetrarle el cútis. Mas, como si su muerte estuviese ya decretada por el inexorable destino, ahora el teniente Godoi Verdejo recibia un nuevo balazo, exactamente en el mismo punto que le tocó el de Concon; y no encontrándose ya allí el destruido lente para favorecerlo, se abria paso a traves de su cuerpo causándole en el estómago una horrible y dolorosa herida que pocos momentos despues concluia con su existencia.

El teniente don Desiderio Cabrera fallecia durante el impe-

tuoso asalto que el Constitucion y el Antofagasta emprendieron cerro arriba contra las fuerzas estacionadas en el caracol del camino y cuando ya los nuestros se habian apoderado de las piezas de artilleria abandonadas por el enemigo en derrota.

Dos de las balas que en esos momentos llovian como granizo desde la altura causaron al teniente Cabrera otras tantas graves heridas, la una en la cabeza, que le comprometió el hueso del cráneo, y la otra en la pierna derecha. Esta, fracturándole el hueso, le impidió seguir avanzando y lo obligó a tenderse en el suelo. Allí se encontraba, en medio del camino, cuando los numerosísimos refuerzos llegados a los balmacedistas, la barranca que cortó el paso a los asaltantes y los tiros cada vez mas nutridos que por uno y otro flanco recibian los obligaron a emprender lijeramente la retirada hácia el bajo. El teniente Cabrera, inmovil e inerme, hubiera quedado espuesto a la sanguinaria saña de los envalentonados dictatoriales en aquel desamparado sitio, si uno de sus compañeros, el teniente don Adrian Soto, no lo cojiera entonces en brazos a pesar de la persecucion del enemigo y continuara con él en peso la retirada.

Mas, como en el caso del teniente Godoi Verdejo, la muerte habia elejido a Cabrera para una de sus víctimas, y de nada le sirvieron la abnegacion y el cariño de su compadecido compañero. Los artilleros que poco antes abandonaban acobardados sus piezas volvieron a recobrarlas, y, cargándolas a toda prisa, o quizá encontrándolas cargadas, las abocaron con presteza hácia los grupos de fujitivos. Entre los últimos marchaba el teniente Soto, retardado por la amiga carga que llevaba a cuestas; y entonces una granada de la cercana bateria penetraba por el pecho del desgraciado herido y, estallando al punto, lo dejaba reducido casi a una informe masa entre los brazos de su compañero.

Mas, como premio de su loable accion, el teniente Soto resultaba ileso, o a lo menos tan afortunadamente librado del terrible lance, que la granada apenas le causó una leve quemadura en una mano al hacer su aturdidora esplosion.

El subteniente don Aurelio Valdivieso Huici habia sido muerto tambien algunos minutos antes que el teniente Cabrera, en los momentos en que el Antofagasta, avanzando a la carrera por el camino de la Placilla para colocarse entre el Constitucion y

el Iquique, llegaba al caserio y penetraba a la umbrosa avenida que comienza al pié del Alto y que separa las dos propiedades de don Juan Compton. El subteniente Valdivieso Huici, miembro de esa distinguida juventud de Santiago que con tan noble ardor se empeñó en la lucha política de fines del 90 en favor de la causa sostenida por el Congreso, mereció entusiastas felicitaciones de parte de sus jefes y compañeros por su brillante comportamiento en las situaciones mas críticas y en los instantes de mas reñida lucha en la batalla de Concon, y ahora un casco de granada, destrozándole la cabeza, le producia instantáneamente la muerte.

El subteniente don Manuel José Holguin fallecia en los momentos mas dramáticos y peligrosos en que hasta entonces le tocara encontrarse al impetuoso Antofagasta: cuando, agotadas las municiones de la mayor parte de los soldados y, tanto por eso cuanto por el número abrumador de enemigos, amenazado el rejimiento con verse envuelto y destruido por las oleadas de muerte que corrian desde la falda y la altura, le fué necesario abandonar el ya inútil reparo que ofrecian el lecho del arroyo y el boscaje de su márjen.

El subteniente Holguin se encontraba destacado con un grupo de doce hombres a la derecha del rejimiento, parapetado con ellos en una zanja que corre junto a una pequeña alameda situada al pié del cerro y frente a la primera vuelta del camino de caracol. Como tenia a toda su jente amunicionada y como eran por todos reconocidos su valor y decision, fué encargado de la peligrosa, y, más que peligrosa, casi de seguro mortal comision dadas las terribles circunstancias por que pasaba el combate, de mantenerse allí hasta el último trance protejiendo la retirada del rejimiento, para evitar que el enemigo, bajando a toda prisa por el camino, lograse flanquearlo por ese lado.

El subteniente Holguin se mantuvo en ese punto con sus hombres e impidió en efecto el avance de los contrarios por el camino; pero, sea que su ardoroso valor lo indujera a exajerar la prolongacion de su resistencia, sea que se viera repentinamente envuelto por el innumerable enemigo, sea que el pundonor lo indujera a no emprender la fuga a la vista de sus adversarios, o, por fin, que el torrente de balas que sobre él caia lo hiriera antes de ordenar la retirada, el hecho es que el rejimiento

terminó felizmente su rápido movimiento y que él, en vez de alejarse a su turno a toda carrera, se hizo fuerte con sus doce hombres en la zanja, y atrincherado en ella siguió, impertérrito y ciego, descargando a boca de jarro certeros tiros contra los sostenedores de la tirania que llegaban en apiñados grupos a pocos pasos de su improvisado parapeto. Allí se mantuvo con tal tenacidad y se sacrificó al mismo tiempo de una manera tan fecunda y tan gloriosa, que cuando el Antofagasta volvia poco despues a la carga reforzado, al acercarse al puesto defendido por Holguin pudieron todos contemplar, entre tumultuosos afectos de admiracion, de arrebatamiento y de ternura, que el subteniente y sus doce hombres, sin escapar uno, habian todos perecido. Se les examinó para investigar si algun horrible "repaso" era la causa de una muerte tan jeneral y tan pareja, pero todo—sus actitudes, sus heridas, el fiero ademan con que todavia empuñaban sus fusiles—demostraba claramente lo contrario. El subteniente Holguin, que hasta conservaba en la varonil diestra la espada, tenia la cabeza atravesada por un balazo que debió sin duda producirle instantáneamente la muerte.

Mas para esplicarse de una manera natural y satisfactoria ese sublime holocausto bastaba echar una mirada a los alrededores de la zanja. Habian sido el vivo teatro de una sangrienta hecatombe. Treinta y siete cadáveres de soldados balmacedistas sembraban el suelo, y por la direccion de sus cuerpos era fácil conocer que todos ellos corrian hácia la zanja en los momentos de ser ultimados por las balas de aquellos trece héroes constitucionales. Los heridos, naturalmente, habrian sido recojidos del campo por los suyos, segun tambien lo demostraban claramente las huellas y los regueros de sangre, y por eso no parece aventurado calcular que el sacrificio del subteniente Holguin y de su escaso piquete costaria al enemigo cinco o seis veces el número de los nuestros allí sacrificados. Sin contar, sin embargo, con esta importante pérdida material, ¿qué efecto no produciria entre los infelices sicarios del tirano la resistencia indomable de aquel diminuto puñado de opositores? ¿Y cuánto no levantó y enardeció el espíritu de los nuestros la contemplacion de esa palpitante proeza en los momentos mismos en que avanzaban de nuevo hácia la cumbre del Alto y podian vengar en sus adversarios la muerte de aquellos nobles soldados?

El subteniente Holguin era de Copiapó, y, como tantos otros hijos de esa valerosa provincia, a principios de 1891 atravesó la cordillera y pasó a la Arjentina para dirijirse al norte por tierra y ocupar un puesto entre los defensores de la Constitucion.

El subteniente don César Novoa Gormaz, hermano del distinguido jeneral don José Manuel Novoa, era muerto tambien en los momentos de llevarse a efecto la última retirada desde la base del Alto.

El subteniente Novoa habia pasado ese mismo dia, de la Columna de Rifleros en que venia enrolado desde Copiapó, al rejimiento Antofagasta, ansioso como estaba de combatir en primera línea contra sus opresores y los de la patria. El señor Novoa, en efecto, espíritu franco y altivo, no supo ocultar las ardientes simpatias que desde el principio lo inclinaban en favor de la causa de nuestra salvadora revolucion, y el dictador por eso lo hizo encarcelar en Santiago entre los primeros opositores con que llenó en seguida las cárceles de la capital. Allí permaneció durante largos meses, sin sentirse nunca doblegado por el aislamiento, hasta que fué mandado al norte entre los setenta espatriados que Balmaceda envió desde aquí para que fueran a invadir a Iquique y aumentar el desconcierto y el hambre que, segun creia, reinaban entre los divididos, pobres y desarmados opositores.

La actitud de Novoa en la batalla estuvo en armonia con sus reconocidas dotes de fortaleza y de valor. Desconocido para sus nuevos compañeros, por cuya causa permaneció durante largos dias ignorado el paradero de su cadáver, pronto, sin embargo, simpatizaron con él los valerosos antofagastinos, porque lo vieron meterse en lo mas reñido de la refriega, avanzar entre los primeros al ataque, quedarse entre los últimos en la retirada. Y así, en la postrera que hemos referido, ocasionada en gran parte por la escasez de municiones, Novoa recibió en la frente un balazo que le dió al instante la muerte.

Durante el primer avance por la falda del espolon fué herido el capitan don Eduardo Chester, valiente jóven santiaguino cuyo comportamiento en Concon mereció los sinceros elojios de sus compañeros, y que ahora entraba en pelea con el mismo denuedo y ardimiento. Una bala de fusil atravesaba el costado derecho al capitan Chester, pero con tanta fortuna, que, no compro-

metiéndole ningun órgano importante, le causaba una herida que puede llamarse leve. El capitan don Calisto Mandiola, vecino de Antofagasta, recibia una herida en el hombro derecho en los momentos de iniciarse la retirada desde la media falda del Alto y cuando se encontraba con su jente a solo unos veinte metros del enemigo. El capitan don Eleodoro Cabrera resultaba con la pierna derecha fracturada al verificar el Antofagasta su peligroso desfile por el camino carretero para tomar colocacion en la línea de combate. El subteniente don Gabriel Ocampo Toro, copiapino, sacaba el pecho traspasado por una bala en los momentos mas críticos del avance contra los ocupantes del camino de caracol; y aunque por el sitio de la herida pudiera juzgársela mortal, la juventud, la robustez y, más que todo, los prolijos cuidados y la buena suerte del señor Ocampo, contribuyeron a que lograse salvar su amenazada vida.

Menos fortuna tuvo el animoso subteniente don Luis Echavarria, jóven santiaguino que en el primer rechazo recibió en la pierna derecha un balazo que le fracturó el hueso y que hizo necesaria despues la amputacion de la parte dañada. El subteniente don A. Ciriaco Valenzuela C., tambien de Santiago, recibia en el lado derecho de la cabeza una peligrosa herida en los momentos de encontrarse en las cercas de la propiedad del señor Compton, despues del ataque y retirada desde la altura. El subteniente don Cárlos Rodriguez Cerda, hijo tambien de la capital, sacaba en el brazo derecho una herida de poca gravedad. El subteniente don Alberto Alvarez recibia en el costado derecho una dolorosa contusion, causada por un golpe de bala que no logró romperle la epidermis; y, por fin, el subteniente don Julio Molina Gomez fué herido levemente en una pierna despues del primer rechazo, de modo que pudo seguir tomando parte en la batalla.

Estas quince bajas de jefes y oficiales sufridas por el Antofagasta en la Placilla, unidas a las nueve que el 21 tuvo en Concon, elevan a 24 el total en las dos batallas y equivalen, por lo tanto, a la pérdida de mas de la mitad de los 41 que tenia de dotacion el rejimiento al desembarcar en Quintero.

***

El Iquique, a causa de la situacion que ocupaba y del impor-

tante papel que debia aun desempeñar, no habia llegado al máximum de sus bajas en los momentos en que el Constitucion y el Antofagasta se replegaban a sus primeras posiciones. Sus grupos avanzados seguian firmes en los barrancosos flancos del Salto, esperando verse luego reforzados por la 2.ª brigada, y el grueso del rejimiento permanecia en el bajo, haciendo frente sin descanso al nutrido fuego que se le dirijia desde el Colorado y las cumbres circunvecinas.

Ademas, un considerable número de "pantalones colorados" habia aumentado las filas del rejimiento, no solo de entre los prisioneros de Concon, sino ahora mismo en la Placilla, en las distintas acometidas que diera por diversos puntos contra el Alto. Estos, como en las filas del Constitucion y del Antofagasta, se batian con denuedo al lado de los nuestros, y jeneralmente en la vanguardia, porque la dolorosa esperiencia de lo ocurrido muchas veces en la campaña de Tarapacá nos obligaba a mostrarnos cautos y vijilantes con los pasados. Y los oficiales y soldados enemigos, reconociendo fácilmente a sus antiguos compañeros mediante la vistosa divisa de los pantalones lacres que los hacia notar a la distancia, se encarnizaban contra ellos y dirijian de preferencia sus disparos a los "traidores;" que así llamaban a los pobres forzados recojidos a lazo por los campos y obligados a enrolarse en los batallones del tirano a pesar de sus decididas convicciones opositoras.

Este número de nuevos voluntarios habia de aumentar mui pronto bajo las banderas del Iquique, y en ellos se cebarian tambien de una manera feroz las balas de los sostenedores de la dictadura. Y como en medio del combate era imposible anotar sus nombres, de aquí que el cómputo de las pérdidas de este rejimiento—como las del Constitucion y del Antofagasta por igual motivo—tengan que adolecer de una inexactitud insalvable y ser en todo caso superiores a las mismas enormes que ya hemos mencionado.

A pesar de todo, puede calcularse en un tercio del efectivo de su primitiva tropa, o sea unos doscientos hombres, la cifra de las bajas sufridas por el Iquique durante todo el curso de la batalla de la Placilla.

*
* *

Hasta el momento que llevamos descrito, o sea algo más de la mitad de la jornada, las bajas de la oficialidad del valeroso rejimiento habian sido importantes y numerosas.

En los momentos en que el Iquique se desplegaba en tiradores por nuestra izquierda para iniciar su primer asalto a las alturas, y cuando los numerosos defensores del funesto anfiteatro descargaban sobre él abrumadoras descargas de fusileria y repetidos disparos de ametralladora y de cañon, era mortalmente herido el sarjento mayor don Isidoro Labra, jefe del segundo batallon, el mismo que en la batalla de Concon desempeñó tan importante tarea en los momentos mas comprometidos de la lucha al pié del Torquemada, en el ataque contra una de las baterias balmacedistas.

El mayor Labra se hallaba dirijiendo la colocacion de su jente en el cauce de uno de los arroyuelos que corren por la boca del abra del Colorado y soportaba tranquilo la nubada de balas que caia a su alrededor, cuando de repente fué alcanzado a un tiempo por dos proyectiles enemigos. Una granada estalló a sus piés y con uno de sus cascos le produjo una ancha y horrible herida en el estómago, y un segundo despues una bala de fusil lo atravesaba de parte a parte a pocas líneas de distancia de la primera. Tendido en el suelo para ser curado por los bravos cirujanos, que en medio del fuego acudian solícitos en socorro de los heridos, la mortal gravedad de sus lesiones la agravaba poco despues un tercer balazo que añadia a sus angustias el dolor de una fractura en el brazo izquierdo; y herido de este modo, fué un verdadero prodijio de robustez y de vitalidad que luchara con la muerte hasta la entrada de la noche, a cuya hora fallecia, consolado a lo menos con el glorioso triunfo que las armas constitucionales acababan de obtener.

El mayor Labra podia figurar entre los patriotas mas valientes y probados, y no era ésta la primera campaña en que arriesgaba su vida en defensa del honor, los intereses y la libertad de la patria. En la pasada guerra contra el Perú ofreció tambien su valioso concurso a nuestro ejército. Entró de subteniente al rejimiento de Zapadores y demostró su denuedo, serenidad y decision en cada uno de los numerosos combates en que se encontró ese cuerpo, resultando herido en la batalla de Miraflores. Al terminarse la campaña habia conquistado por su

valeroso comportamiento el grado de capitan; y aunque tan brillante carrera no podia menos de halagarlo con una risueña perspectiva, el jóven oficial, indomable ante las amenazas de muerte de los enemigos armados, hubo de rendirse a los encantos de una hermosa y dulce enemiga. Una beldad de la aristocrática Trujillo, ciudad en donde se encontraba de guarnicion con su rejimiento, le conquistó el corazon, y entonces, olvidando sus ventajosas espectativas y hasta abandonando su suelo natal, se unió con ella con indisolubles vínculos y estableció su residencia en el Perú.

Los ecos de los dolores y de las vergüenzas de la tirania llegaban, sin embargo, a la ciudad en donde el ex-capitan chileno tenia establecido su cómodo, tranquilo y feliz hogar. La noticia de la sublevacion de la escuadra le demostraba que la abyeccion no habia logrado dominar aun a todos los corazones chilenos, y entonces, recordando que era hijo de esta tierra desventurada y sintiendo aun robusto y firme el brazo para esgrimir su espada en defensa de la libertad, abandonó su esposa, su familia, sus intereses, y desde Lima, en donde a la sazon se encontraba, corrió a ocupar un puesto entre los libertadores de Chile.

Entre los escaladores del Salto que acudieron a reforzar la compañia del capitan Diaz en su magna empresa se encontraba el teniente don Hernan Pinto Concha, de la 3.ª compañia del primer batallon; y cuando subia intrépidamente a la cabeza de sus grupos recibia en la barriga, junto a una ingle, un casco de una de las numerosas granadas que las baterias del Colorado dirijian a los asaltantes.

La gravedad de la herida por una parte, y por la otra lo reñido de la refriega y la situacion en que se encontraba el teniente Pinto, sobre los flancos del casi inaccesible cerro, hicieron imposible la tarea de bajarlo al llano y de atenderlo allí desde los primeros momentos, por cuya causa, desangrándose rápidamente, quedó pronto exánime y moribundo. Cuando se le pudo recojer estaba ya tan débil que en la misma noche fallecia.

El capitan ayudante don Alberto Pinto Izarra recibia en la mano izquierda una herida causada por bala de fusil en los momentos en que el Iquique se desplegaba para ocupar su peligroso puesto a la izquierda de nuestra línea de combate. Esta dolorosa aunque leve herida no arredró, sin embargo, al valiente

capitan. Haciéndosela vendar a la lijera siguió combatiendo sin reposo y animando ardorosamente a los soldados que escalaban el cerro. Pronto, a fin de unir el ejemplo a las palabras, comenzaba él mismo a treparlo animosamente, lo subia sin desmayo en medio de una granizada de proyectiles, y llegaba despues a la cumbre entre los primeros grupos de vencedores.

En la misma falda del cerro fué herido poco despues el teniente don Santiago Romero, de la 2.ª compañia del primer batallon. El teniente Romero recibia entonces dos balazos consecutivos, el uno en un brazo, junto a la muñeca, y el otro en un costado, causándole ambos dos heridas de gravedad. La del brazo le destrozó el hueso en menudas astillas, a tal punto que se hizo necesario practicarle la amputacion de la mano.

Durante el despliegue del rejimiento era herido tambien el subteniente don Eduardo Valdivieso, quien recibió en la pierna derecha un balazo que le causó una herida de poca gravedad.

Y por fin, el subteniente don Blas Urzúa recibia en medio del combate el rasmillon de un casco de granada que le daba un fuerte golpe junto al bolsillo derecho del pantalon, aunque sin causarle otra herida que una especie de arañazo que no alcanzó a penetrarle en la carne.

Con este número de seis jefes y oficiales muertos o heridos llegaba a quince, o sea a mas de la tercera parte, el de las bajas sufridas por la oficialidad del Iquique en las dos sangrientas batallas que debian echar por tierra la existencia y la obra del tirano.

***

Cuando los tres rejimientos de infanteria de nuestra 1.ª brigada rompian a 400 y 600 metros de distancia sus fuegos contra las triples líneas del Alto del Puerto e iniciaban de ese modo el terrible combate en que durante hora y cuarto debian batirse solos, sin un momento de descanso — y tambien sin un minuto de flaqueza—contra la totalidad del ejército enemigo, sufriendo uno tras otro tres rechazos consecutivos y esperimentando en conjunto la espantosa pérdida de un 40 por ciento de su efectivo, la 2.ª brigada, que, de conformidad con las detalladas instrucciones contenidas en la órden jeneral del 27, debia

seguir a la 1.ª a solo quinientos metros a retaguardia, iniciaba lentamente su desfile en direccion al camino carratero, lo atravesaba en seguida, y para ponerse a resguardo de las granadas de la artilleria de Fuentes avanzaba con lentitud a traves de las suaves y peladas lomas que cubren esa parte del llano de Peñuelas.

La intervencion de los cuerpos de la 2.ª brigada, armados todos con el rápido y certero Mannlicher, pudo ser decisiva en los momentos mas reñidos de la primera parte de la batalla, cuando el enemigo luchaba de cerca por contener los impetuosos asaltos de la 1.ª brigada, o cuando, descolgándose en apiñados grupos cerro abajo, lograba repelerla hasta la base del espolon; pero la tarda manera como efectuaban su avance hacia el mas triste contraste con la enerjia, la resolucion y la intrepidez de que hizo gala la 1.ª al lanzarse hácia las posiciones balmacedistas a la carrera, sin disparar un tiro y menospreciando la lluvia de granadas que durante todo su trayecto la hostigara.

La 2.ª atrajo tambien sobre sus tropas las impunes furias de las baterias enemigas, que comenzaron a descargarle incesantes cañonazos en cuanto la vieron aparecer en el llano; pero en vez de procurar librarse de ellas avanzando de frente a toda prisa para quedar pronto, como la 1.ª brigada, bajo la línea de tiro de las piezas, creyó conveniente, no solo moderar la marcha, sino tambien irse escurriendo hácia nuestra izquierda a fin de buscar el amparo de las colinas de ese lado, y esto a tal estremo, que cuando mas necesaria hubiera sido la ayuda de esos cuerpos, distaban de la 1.ª más de un kilómetro, o sea un cuarto de legua, y se habian alejado de la 3.ª, que quedó de reserva detras del cerro de la Granada, unos tres mil metros, es decir, como tres cuartos de legua.

Sin hablar de la infraccion de órdenes precisas, claras y terminantes que semejante conducta envolvia, ni del desamparo en que tal infraccion dejaba a los escasos dos mil hombres de nuestra 1.ª brigada que a esa hora se batian encarnizadamente contra todo el confiado y bien dispuesto ejército dictatorial, la permanencia de la 2.ª brigada a tamaña distancia no podia menos de influir desfavorablemente en el ánimo de la tropa. Las granadas pasaban zumbando por sobre las cabezas de los soldados; y aunque la mayor parte de ellas reventaba sin causar ningun

daño, su constante amenaza y la imposibilidad de los infantes para contrarrestarlas eran suficientes para enfriar en parte sus brios y para sentir su belicoso espíritu debilitado y vacilante. Los cuerpos mas nuevos o que contaban con mayor número de reclutas eran los mas espuestos a sentirse desmoralizados y decaidos, y así se notaba principalmente en el Atacama y el Huasco. Dos granadas que estallaron entre los grupos del primero causaron una visible dispersion en la tropa, y el segundo moderó con tanto esceso su marcha, que al fin vino a detenerla por completo.

Mientras tanto, un avance rápido hubiera cambiado por completo la actitud de estos mismos cuerpos, pues demasiado conocida es por los observadores la estoica decision, la intrepidez y el ímpetu con que entran al fuego nuestros reclutas cuando no se les ha dado tiempo para perturbarse y confundirse.

***

El órden que debian observar en su marcha los cuerpos de la 2.ª brigada, segun las instrucciones del coronel Vergara, era el siguiente: a la cabeza el Atacama, en seguida el Huasco, despues de éste el Valparaiso, y por último el Chañaral.

Se conservó este órden, en efecto, hasta que la continua lluvia de granadas enemigas obligó a la brigada a cambiar la formacion en columnas por compañias que hasta entonces conservaba, por la de despliegue en órden disperso, que presentaba mucho menos blanco y que permitia a los soldados avanzar mas defendidos por los accidentes del terreno. Una vez desplegados los cuatro cuerpos quedó el Atacama formando la estremidad izquierda de la primera línea, el Huasco la derecha de la misma, el Chañaral a retaguardia del Atacama, y el Valparaiso a la del Huasco.

El avance continuó con mayor lentitud en esta forma, hasta que, al aproximarse ya a la zona barrida por las líneas de fusileros enemigos, el Huasco se detuvo, y el Atacama hizo en seguida otro tanto.

Se hallarian entonces a unos 1,200 metros del punto en donde la 1.ª brigada tenia estendida su línea a lo largo de la base del Alto del Puerto, y por consiguiente a unos 1,300 o 1,400 del

enemigo. Y como el órden de marcha que ya indicámos fué adoptado precisamente para evitar que los bisoños soldados del Atacama y del Huasco rompiesen el fuego a gran distancia, seducidos por el alcance del Mannlicher, causando de ese modo bajas o por lo menos desmoralizadoras alarmas entre sus propios compañeros de vanguardia, el Valparaiso y el Chañaral se detuvieron de nuevo.

La desesperada lucha entre la 1.ª brigada y el ejército balmacedista se divisaba desde aquel punto cada vez mas récia y por lo tanto mas comprometida para los nuestros, como fácilmente podia colejirse por la enorme desigualdad de las fuerzas que de una y otra parte la sostenian, aunque la distancia hiciera imposible apreciar debidamente las peripecias y detalles del combate y ni siquiera determinar de una manera precisa cuáles eran los puntos que ocupaban los nuestros y cuáles el enemigo: tan cercanos se hallaban los primeros tiradores de ambos bandos y tan espesa aparecia, por otra parte, la cortina de casas, vallados, arboledas, matorrales, bosquecillos, montículos y alamedas que se interponia entre la 1.ª y la 2.ª brigadas; y en tales condiciones, no solo los avisos y órdenes de Körner venian a cada instante a estimular el pronto avance de los cuerpos de la 2.ª, sino que, entre éstos mismos, los jefes, oficiales y soldados mas precavidos y animosos ansiaban llegar cuanto antes a la línea de combate de la 1.ª y tomar una parte eficaz y activa en la batalla.

***

Al fin, despues de unos tres cuartos de hora de inútil detencion, avanzaron de nuevo el Huasco y el Atacama, lanzándose a la carrera desde el bajo u hondonada en que se favorecian, hasta la espalda de otra loma situada unos trescientos metros mas allá.

El Chañaral y el Valparaiso, que seguian este movimiento, se figuraron que ya la cosa iba de veras y dieron a su marcha el impulso debido para llegar de una carrera al sitio del combate; pero encontrando detenidos otra vez a los que debian llevar la delantera, hicieron alto para dejarlos pasar.

El fuego de la infanteria enemiga principiaba, mientras tanto, a molestarlos desde la altura; y habiéndose recomendado mui

especialmente a los jefes de cuerpo que evitasen a toda costa la repeticion de lo sucedido en Concon, o sea que los soldados rompieran el fuego a larga distancia, desperdiciando así sus municiones y esponiéndose a fusilar a sus propios amigos, la permanencia en aquel sitio no podia ser mas perjudicial para el buen espíritu de la tropa. El comandante del Chañaral, observando que el Atacama iniciaba entonces una gran vuelta por nuestra izquierda como para buscar el reparo de una loma situada en esa direccion y que no parecia dispuesto a recobrar la delantera, continuó su marcha hácia la línea de combate, avanzando de frente a la estremidad derecha del abra del Colorado, en el punto en que se batian el ala derecha del Iquique y la izquierda del Antofagasta. Del Valparaiso se mandaba preguntar al Huasco si pensaba detenerse allí; y viendo que en vez de tomar su puesto a la vanguardia disponia en formacion de batalla sus líneas de tiradores y que éstos rompian poco despues el fuego a pesar de la distancia como de mil metros que los separaba del enemigo, los del 2.º se corrian un poco a la derecha para no ser heridos por aquellos inconsultos disparos y se preparaban a continuar a toda prisa el avance.

***

En esos momentos llegaba un nuevo emisario del comandante Körner, el cual se dirijia directamente al comandante del Valparaiso para comunicarle la órden de avanzar a toda prisa en apoyo del ala derecha de la 1.ª brigada, la cual, repelida ya a sus primitivas posiciones, situadas a lo largo del camino de las Cenizas, no solo seguia viéndose hostigada de cerca por los fuegos de frente que desde el camino de caracol, la falda y la cumbre del Alto le descargaban numerosos y envalentonados enemigos, sino que, y esto era lo mas grave, las tropas que formaban la acumulacion contigua a la Casa de Pólvora se corrian a cada instante mas a nuestra derecha por sobre las lomas descendentes de ese lado e iban encerrando y envolviendo de tal modo al Constitucion, que hasta su permanencia en el punto adonde se habia retirado seria imposible en pocos minutos más.

Esto puso término a las forzadas detenciones del valeroso y veterano Valparaiso. Dejando a un lado al Huasco, que avanza-

ba paso a paso de frente sin parar sus fuegos, se corrió hácia su derecha para buscarse camino franco, se desplegó lucidamente en líneas de tiradores, y, oblicuando a su derecha, emprendió al instante una precipitada carrera en busca del peligroso sitio en donde mas espuesta y reñida era entonces la batalla.

***

El precavido Körner, despues de sus repetidas órdenes y avisos, no podia confiar en que algun cuerpo de la 2.ª brigada llegase oportunamente en ausilio del ala derecha de la 1.ª; y no queriendo someter el éxito de la jornada a la mayor o menor prontitud con que se ejecutaran sus últimas disposiciones, resolvió, en vista de la tardanza de la brigada de refuerzo, dirijirse a la 3.ª, la cual, como dijimos, constituia la reserva, y que con todos sus cuerpos perfectamente ordenados y listos para el ataque permanecia a espaldas del cerro de la Granada, en donde se operó la concentracion de nuestro ejército y en donde hasta esos momentos funcionaba la mayor parte de la artilleria constitucional.

El comandante don Enrique del Canto, su jefe, contemplaba nervioso el desarrollo de la batalla, y tanto él como los que lo rodeaban suponian que la 1.ª y la 2.ª brigadas habian entrado casi simultáneamente, o a lo menos con diferencia de pocos minutos, a tomar parte en la pelea. Los grupos de la tropa de esta última que los de la 3.ª divisaban a unos tres mil metros de distancia por la izquierda los creian formados por los tres escuadrones de caballeria destinados a reforzar esa ala; y viendo el comandante Canto que trascurrian tres cuartos de hora de encarnizada lucha y que nadie se acordaba de pedirle socorro, se manifestaba descontento y contrariado. Le pesaba la tranquila ociosidad en que se le mantenia. Su carácter impetuoso y su esforzado corazon no se avenian absolutamente con aquella larga espectativa. ¿Querian las dos primeras brigadas dar fin a la batalla sin anuencia de la 3.ª? Y estos brillantes y bien disciplinados cuerpos, que esperaban con impaciencia la órden de avanzar, ¿consumirian su ardor en un prolongado y apacible descanso? ¿Cuál era, dónde estaba el punto de la línea enemiga que la 3.ª brigada debia destruir con el empuje de sus batallones, que se

lanzarian hácia adelante con la celeridad de un torrente y con la violencia y la fuerza de un ariete jigantesco?

En esto pensaba el comandante Canto mientras examinaba atentamente la posicion y estado de las fuerzas que combatian a unos 1,800 metros a su frente. La confusion de la pelea, que se hacia mayor a esa distancia a causa del arbolado y de los accidentes del terreno, no le permitia descubrir de una manera precisa el estado y alternativas de la batalla; pero cuando notó que el fuego enemigo avanzaba y el nuestro retrocedia, creyó que se acercaba el momento oportuno de intervenir en la contienda y dió órden a los cuerpos de su brigada para que se mantuviesen listos para la marcha.

* * *

En esos mismos momentos, segun se recordará, rompieron ardorosamente sus fuegos los piquetes avanzados pertenecientes a la acumulacion de tropas balmacedistas estacionada en las inmediaciones de la Casa de Pólvora; y creyendo que la totalidad o la mayor parte de nuestro ejército se hallaba ya empeñada en el combate, los gruesos de los batallones enemigos de ese lado abandonaron su resguardada posicion tras el borde de la meseta y comenzaron a correrse atrevidamente hácia nuestra derecha. El ala de ese flanco de la 1.ª brigada, formada por el Constitucion, acababa de replegarse a los vallados, casas y alameda de propiedad del señor Justiniano que bordan el camino de las Cenizas, y desde aquí abria nuevamente sus fuegos para detener a las tropas que la atacaban de frente; pero los batallones de la izquierda enemiga seguian ganando terreno sin descanso, cada vez mas reforzados y numerosos. Los piquetes delanteros, atravesando quebradas y lomas, no solo flanqueaban de nuevo al Constitucion, sino, lo cual era mas peligroso todavia, llegaban hasta a desbordarlo, y de tal modo, que desde las últimas colinas de la estremidad de la media luna situada a nuestra derecha le dirijian por la espalda nutridos e incesantes disparos.

El comandante Canto se hizo cargo de la situacion con la alegria del cronista del cuento que vió caer al hombre desde el andamio. Comprendió que el oportuno rechazo de ese amenazante flanqueo, que ya comenzaba a envolver nuestra línea y que hasta

podia comprometer el éxito de la batalla, era el brillante y decisivo papel reservado a la 3.ª brigada; y notando que el avance tomaba a cada momento mayores proporciones y que aun desde el centro de las posiciones enemigas, por la cumbre del Alto, salian tropas en esa direccion, sin esperar órdenes de los jefes superiores y guiado solo por su prevision de jefe entendido y de soldado valeroso, dió órden al Tarapacá número 9 para que corriese a toda prisa a ocupar el cerrillo situado a unos mil metros al frente por su derecha, conocido con el nombre de Alto del Agua Buena por la fresca y saludable vertiente que de allí brota y notable por haber sido años atras el asiento de una gran perrera perteneciente a una sociedad dedicada a la caza de zorros.

En esos momentos el mismo Alto del Agua Buena estaba amenazado por los tiradores enemigos. Los grupos mas avanzados dominaban su cumbre desde las lomas vecinas a solo una distancia de quinientos metros por nuestra derecha. La escasez de fuerzas de la 1.ª brigada y la horrible disminucion que esas mismas fuerzas habian sufrido en mas de una hora de batalla la imposibilitaban por completo para hacer frente al nuevo peligro, contraida como estaba a contener a los enemigos que la confundian a tiros desde la falda del Alto y desde el camino de caracol; y por eso, envalentonados por la impunidad y seguros ahora del éxito, los tardos combatientes de la izquierda enemiga hacian alarde de impetuosidad y de arrojo y descargaban, protejidos por los matorrales y accidentes de las lomas, un copioso y no interrumpido fuego sobre los heróicos grupos de nuestra 1.ª brigada.

***

El Tarapacá esperaba ansioso el momento de tomar parte en la batalla, y así, apenas recibió la órden de abandonar el amparo que le ofrecia el cerro de la Granada, se lanzó hácia adelante como un solo hombre y con tanta resolucion y gallardia, que los demas cuerpos de la brigada se sintieron entusiasmados y envidiosos. El comandante Canto le habia mandado detenerse en el Alto del Agua Buena, y, mientras esperaba allí segunda órden, romper sus fuegos contra los balmacedistas que ya ocupaban las lomas de nuestra derecha; pero una vez llegado allí

el bizarro batallon, sus compañeros, que lo observaban con el mayor interes, notaron que seguia adelante como furioso huracan, sin perder por eso ni un instante su correcta formacion, y que se lanzaba en busca de los atrevidos flanqueadores. Desde su salida del cerro de la Granada, ni los accidentes del terreno, ni la lluvia de proyectiles que la artilleria enemiga comenzó a descargarle violentamente, ni la precipitacion de su propia carrera alteraron por un solo instante el perfecto órden de sus líneas; de modo que al verlo llegar al cerrillo, seguir adelante sin detenerse, cubrir la tendida loma con sus tiradores y lanzarse éstos en demanda del cercano enemigo, creyeron los demas cuerpos de la 3.ª brigada que los ardorosos soldados del 9.º, ansiosos como estaban de tomar parte en la pelea, habian arrastrado a sus jefes y oficiales mas allá del punto que el comandante Canto les señalara; y entonces un estremecimiento de admiracion y de arrebato recorrió las filas de nuestros bravos.

No habia avanzado el Tarapacá por su propia cuenta, sin embargo. El comandante Canto, al darle la órden de marcha, no hizo mas que anticiparse a las previsiones de Körner. Este, notando que la tardanza de la 2.ª brigada podia ser fatal, no solo para los destrozados cuerpos de la 1.ª, sino aun para la moral de las otras dos, se trasladó a la estremidad del ala derecha del Constitucion, que era la mas amenazada, y desde allí, estoico y sereno en medio de la lluvia de balas que caia a su derredor, comenzó a observar atentamente el avance del enemigo por las lomas de ese lado. Pronto no le quedó duda de que ese avance por nuestro flanco derecho constituia un gravísimo peligro, y que semejante peligro se hacia a cada instante tanto mayor cuanto mayores fuerzas mandaba el enemigo desde la altura de la cumbre en refuerzo de sus flanqueadores. El 2.º de línea, el último cuerpo que quedaba de reserva a los dictatoriales, llegó, en efecto, en esas circunstancias tan angustiadas para nosotros, a fortalecer su izquierda, y, apareciendo por frente a la Casa de Pólvora, aumentó con el nutrido fuego de sus veteranos el terrible estruendo que aturdia a los sostenedores del bajo.

Körner, pues, apreciando en todo su valor la terrible faz que acababa de tomar la batalla con la intervencion de estas nuevas tropas, y receloso de un avance tan desmoralizador y mortífero, metió espuelas a su caballo y se dirijió hácia el Alto del Agua

Buena, mandando al mismo tiempo uno de sus ayudantes para que ordenara al jefe de la 3.ª brigada destacar un batallon a ese punto. El ayudante encontró al Tarapacá en marcha, y Körner, felicitándose de aquella intelijente premura del comandante Canto, esperó allí la llegada de este batallon, entretenido mientras tanto en continuar sus minuciosas observaciones.

Mas, como la situacion se agravaba por instantes, apenas el Tarapacá hubo llegado, sin dar un minuto de reposo a la exaltada tropa—que tampoco lo deseaba—le señaló como objetivo las lomas de la izquierda enemiga y mandó pedir mas fuerzas al jefe de la 3.ª brigada.

***

El comandante Canto, por su parte, en cuanto hubo observado que el Tarapacá se movia del Alto del Agua Buena, alistó para el ataque a los demas cuerpos, dando órden al rejimiento Esmeralda para que avanzase en el acto a ocupar la posicion que el 9.° acababa de dejar; y de este modo su órden vino a coincidir con la que apresuradamente le traia el ayudante de Körner.

Dejó entonces el Esmeralda su abrigo de la cumbre del cerro de la Granada con no menos lijereza y decision que su delantero, formado en columnas dobles de compañias y lanzando la tropa estrepitosos "vivas" y atronadores gritos de entusiasmo al ver que llegaba la deseada hora de su entrada al fuego. Observando estrictamente su formacion descendió como una avalancha por la falda de la loma; y como la artilleria enemiga le dirijiese entonces, como al Tarapacá, redoblados disparos, se dió órden de aclarar las distancias para resguardar la tropa contra los efectos de las numerosas granadas enemigas.

En esta disposicion, y, naturalmente, sin disparar un tiro, continuó el rejimiento su avance en direccion al Alto del Agua Buena, en donde lo esperaba Körner, sin que su entrada a la zona dominada por la fusileria enemiga detuviese un instante su carrera sino, por el contrario, la precipitase y enardeciese. Gracias a esta rapidez, sin esperimentar casi ninguna baja atravesó en pocos minutos el espacio de mil metros que separa esta loma de la de la Granada, y una vez allí se corrió por la espalda de

ese cerro hácia nuestra derecha y esperó las órdenes de Körner.

El arrebatador espectáculo de aquellos dos brillantes cuerpos avanzando exaltados y a la vez en perfecto órden en demanda del envalentonado enemigo causó en el ánimo del comandante Canto tal efecto, que no pudo contener por mas tiempo sus brios y su arrojo. Dando órden al Pisagua y al Taltal para que escalonados en la misma forma que el Tarapacá y el Esmeralda avanzasen hácia el Alto del Agua Buena en cuanto el 7.° saliese de aquí para entrar en combate, metió espuelas a su caballo y se lanzó adelante a todo escape. Queria ver combatir de cerca a sus soldados. El fuego arreciaba, la resistencia del enemigo parecia tenaz y valerosa, y un jefe de brigada en esos momentos se hallaba en la obligacion de estimular con su presencia, con sus palabras y con sus órdenes el animoso espíritu de su jente.

Avanzó, pues, adonde el deber lo llamaba, sin pensar en la muerte que podia herirlo y que lo esperaba, en efecto, con su guadaña alzada, inexorable, fatal y traicionera.

*
* *

El oportuno ausilio de la 3.ª brigada habia cambiado la faz del combate por nuestra derecha. Cuando el Tarapacá avanzó, desde el cerro de la Granada primero y desde el Alto del Agua Buena despues, en demanda de los flanqueadores balmacedistas, éstos, lejos de sentirse arredrados por la acometida, continuaron su movimiento de flanqueo y hasta lograron rebasar el ala derecha del 9.° Creyeron que tan diminuto cuerpo formaba la única reserva con que contábamos por ese lado y que lo manteniamos en el cerro de la Granada en proteccion de la artilleria. Así que, lejos de sentirse acobardados, determinaron concluir pronto con él y emprender en seguida el ataque contra nuestras baterias, seguros de que con la posesion de ellas se daba al ejército opositor un golpe definitivo y mortal, porque eso equivalia a encerrarlo por completo. Los rejimientos de infanteria de la 3.ª brigada, situados detras del cerro, mantenian su tropa tendida en el suelo al abrigo de la cumbre de la loma, tanto para resguardarla contra las granadas que a cada instante caian cuanto para ocultar su presencia al enemigo; y resultaba tan eficaz la precaucion, que los flanqueadores balmacedistas, engañados por el aparente aban-

dono del grueso de la artilleria constitucional, llevaban su atrevimiento hasta el punto de pasar mas allá del Alto del Agua Buena por nuestro costado derecho, debilitando forzosamente sus líneas con tal maniobra y apartándose demasiado de su formidable centro de operaciones en la meseta del Alto del Puerto.

Pero, al mismo tiempo, esa errónea conviccion de los enemigos debia ser fatal para el Tarapacá, que con tanta bravura, entusiasmo y buen órden habia corrido a la pelea, nó ciertamente porque cejara un instante en su impetuoso ataque, sino porque, acribillado a la vez por sus flancos y por su frente por fuerzas inmensamente superiores, pronto dejó sembrado de muertos y de heridos su penoso trayecto. Los dictatoriales, como dijimos, pensaban acabarlo en pocos momentos, y sin duda lo consiguieran si los comandantes Canto y Körner, que contemplaban atentamente el desarrollo del combate, el primero desde el cerro de la Granada y el segundo desde el Alto del Agua Buena, no determinaran a un tiempo enviarle inmediatos refuerzos.

***

Fué entonces cuando salió del cerro de la Granada el bizarro rejimiento Esmeralda número 7. El comandante Canto dió a su jefe la órden de recorrer el mismo trayecto hecho anteriormente por el Tarapacá y situarse a espaldas del Alto del Agua Buena; y entusiasmado por el brillante aspecto de aquella bien disciplinada tropa, a la par que ansioso, como acostumbraba, de buscar la gloria en el peligro, corrió a su turno a juntarse con ella en el cerrito.

En esos momentos los flanqueadores, amparados en las cumbres vecinas por los matorrales y arbustos y envalentonados por el éxito de su avance, descargaban horroroso y cercano fuego sobre los nuestros. El Tarapacá quedó en pocos minutos en esqueleto; y aunque sus reliquias se sostenian con heróica intrepidez, ellas no bastaban para dar ocupacion a los numerosos enemigos que poblaban las lomas. Estos, que vieron avanzar al Esmeralda, procuraron amedrentarlo y contenerlo; y divisando al mismo tiempo al valeroso jefe de la brigada, que a la cabeza del grupo formado por sus ayudantes corria presuroso al punto

en donde juzgaba mas útil su presencia, comenzaron a dirijirle nutridos disparos.

El comandante Canto, sin preocuparse de las balas que le llovian, se dirijió por el llano hácia la estremidad derecha del cerrito, es decir, al punto mas combatido entonces por el enemigo, con el intento de observar desde cerca la marcha de la batalla y de guiar los refuerzos por el punto conveniente. Se hallaria a unos cien metros del Alto del Agua Buena por nuestra derecha cuando uno de los innumerables tiros que le dirijian desde la altura vino a herirlo de muerte. La bala, describiendo una fuerte curva, le penetró por el costado derecho. En su violento curso le rompió la aorta y los pulmones, sin que alcanzase a salir al otro lado, sea porque chocara contra alguna costilla, sea porque se dividiera en fragmentos, como con tanta frecuencia ocurre con los inhumanos proyectiles del Gras. La lesion, por lo tanto, era necesaria e inmediatamente mortal.

El herido cayó sobre su costado izquierdo, se llevó la mano derecha a los anteojos por un movimiento instintivo, y quedó tendido en el suelo. No alcanzó a pronunciar una sola palabra. Al pretenderlo se escapó de su boca un torrente de sangre que parecia ahogarlo. Sus acompañantes, acudiendo a toda prisa en su socorro, le levantaron la cabeza para que respirara, y con el mismo objeto se la movieron a uno y otro lado. Todo fué inútil. Sólo durante tres minutos pudo prolongarse aquella preciosa existencia, prematuramente arrancada a las filas de los buenos defensores de la patria.

***

La muerte del comandante don Enrique del Canto guardaba perfecta armonia con sus inclinaciones y con su vida. De seguro que, consultado sobre cuál clase de muerte hubiera preferido, contestara sin vacilar que la recibida en medio de un estenso campo de batalla, en lo mas reñido de la pelea, a la cabeza de sus tropas, en momentos decisivos pero ventajosos, cuando la victoria apareciese ya deslumbrante y vivífica, y una victoria conquistada principalmente gracias a su oportuna y valerosa intervencion.

Y en esos momentos precisamente moria. Su brigada, en-

trando en combate en la forma misma en que él lo ambicionaba; abriéndose paso por entre las filas contrarias como violento y asolador huracan y decidiendo la batalla con su irresistible empuje, pronto destrozaria los batallones de las lomas avanzadas del Alto del Puerto, coronaria la cima de éste, encerraria por ese lado al enemigo y vengaria en las personas de los jenerales Alcérreca y Barbosa la muerte de su apreciado jefe. Por las circunstancias en que esta muerte ocurrió, en vez de sentirse acobardada la tropa, ella le infundió, por el contrario, mayor furia y nuevos ímpetus para subir en busca de los matadores de su jefe; y así, pronto el Esmeralda abandonó el cerrillo, fué sustituido allí por el Taltal, y éste, a su turno, avanzando presuroso, dejó su puesto al Pisagua.

Era de creer que el espíritu del difunto seguia presidiendo y ordenando los movimientos de su brigada. Parecia que su carácter pronto y vehemente, su valor arrojado y hasta temerario, sus resoluciones rápidas y terminantes, su arrebato, su bélica furia, se comunicaban en esos momentos a su tropa. No cabe duda de que él la hubiera acompañado en el avance, y, metiéndose en medio de lo mas vivo del fuego, como en Pisagua, como en Tacna, como en Chorrillos, como en Miraflores, añadiera al ardor y al entusiasmo de sus soldados ese ardor y ese entusiasmo innatos que constituian la parte mas relevante de sus escojidas dotes, así como la juvenil espontaneidad y la comunicativa alegria formaban la parte mas atrayente de su corazon de soldado. Estas cualidades, unidas a su viril franqueza, a su llano trato y a su cien veces probado valor, hacian al comandante Canto tan querido de sus subalternos y tan amable y simpático compañero de cuantos lo rodeaban, que su glorioso fallecimiento debia enardecer mas y mas el ánimo indomable de los que combatian entonces a poca distancia de su cadáver y que ahora marchaban furibundos a vengarlo.

***

La 3.ª brigada, por lo demas, no veria perturbada su direccion con la dolorosa pérdida de su jefe. Fuera de que allí se encontraba el segundo del comandante Canto, el intelijente y animoso jefe de estado mayor de la brigada, teniente coronel don

Evaristo Gatica, en el Alto del Agua Buena, preocupado ahora de esta ala, adonde se habia trasladado al ver que allí se trasladaba el peligro, se encontraba tambien, como dijimos, el infatigable Körner, el cual parecia disponer a su antojo del don de la ubicuidad. Al ver llegar al Esmeralda, libre ya de temores, completamente serenado y hasta risueño, disponia que un batallon avanzase a toda prisa en refuerzo del destrozado Tarapacá y el otro atacase mas cargado a nuestra izquierda, marchando de frente contra los flanqueadores que ocupaban las lomas próximas al Alto del Puerto. Y viendo que sus órdenes eran ahora cumplidas con animosa solicitud, sin observaciones ni retardos, se restregaba alegre las manos, y, alzando orgulloso la cabeza para dirijir una mirada en torno y abarcar de una ojeada el campo, decia a uno de sus acompañantes:

—Al fin y al cabo es hermoso y grande mandar en una batalla, aun cuando no sea mas que un ejército de diez mil hombres, y disponer a su voluntad de la vida de tanta jente.

Realmente grandioso y terriblemente bello era, en efecto, el espectáculo que presentaba entonces el vasto escenario de la lucha. La 1.ª brigada se sostenia con pertinacia, reanimada por la cercania de los refuerzos; la 2.ª iba a llegar al fin al foco del combate, y la 3.ª iniciaba con terrible impetuosidad su rápido ataque. El suelo se estremecia, vibraba el aire, y el estampido de los cañones, el no interrumpido estrépito de la fusileria, los gritos de los combatientes, el silbido de las balas, el calor del dia, aumentado por el calor de la refriega, habian enardecido la sangre de los mas frios y robustecido las mas débiles naturalezas. Se respiraba una atmósfera de fuego; los oídos estaban ensordecidos por el formidable estruendo de la batalla; la muerte menospreciada y olvidada; todos se preocupaban solo de matar y de herir. Y aunque los dictatoriales seguian batiéndose con denuedo y resistiendo con ventaja, ya Körner aparecia risueño y satisfecho. Habia husmeado la victoria.

* * *

El Esmeralda fué reemplazado en el Alto del Agua Buena por el Taltal, y éste, dirijido por Körner, se encaminó a su vez en apoyo del Esmeralda, con el encargo de que, terminada la

inevitable barrida de los atrevidos flanqueadores, corriese a reforzar el centro de nuestra línea, formada ahora por el ala derecha del Constitucion.

El fuego que tanto molestara momentos antes esa ala del sufrido rejimiento habia cesado en su mayor parte, ocupados como estaban los flanqueadores en la tarea de resistir el vigoroso empuje de los cuerpos de la 3.ª brigada. Solo desde los primeros espolones del Alto del Puerto por ese lado persistian aun algunos piquetes enemigos en hostilizar la derecha de la 1.ª brigada; pero pronto Körner, que todo lo preveia porque tambien todo lo observaba, enviaria a ese punto fuerzas que desalojasen a tan incómodos adversarios. Mientras tanto, resuelto ya a dar el golpe decisivo por nuestra derecha, se preocupaba de enviar sucesivamente hácia la altura a los cuerpos de la 3.ª brigada. Estos, llegando en persecucion de los enemigos hasta la misma Casa de Pólvora, les cortarian la retirada por ese lado o los obligarian a ponerse en precipitada fuga, y de este modo asestarian el verdadero golpe aturdidor y decisivo de la jornada.

En esos momentos llegaba presuroso el Pisagua a reemplazar al Taltal en su posicion del Agua Buena, y Körner le ordenaba detenerse allí algunos instantes mientras determinaba el punto mas conveniente adonde dirijirlo. El claro que habia entre la 1.ª y la 3.ª brigadas debia ser llenado con alguna tropa; pero Körner preferia mandar desde luego hácia las alturas de nuestra derecha todos los cuerpos de la 3.ª brigada a fin de que unidos, y al mismo tiempo mutuamente estimulados, llegasen al Alto del Puerto de una sola embestida.

La fortuna no tardó en favorecer sus deseos. Cuando el Pisagua permanecia aun en el cerrillo, desde nuestra izquierda y retaguardia, cansados, sudorosos y jadeantes a causa de la larguísima y precipitada carrera que se vieron obligados a dar para encontrarse pronto en la línea de fuego, llegaban al pié del Alto del Agua Buena las primeras líneas de tiradores del Valparaiso. Este cuerpo, como vimos, hubo de arrancarse violentamente de la tarda y desesperante marcha que traian sus compañeros de la 2.ª brigada, y, dejando atras al Huasco, que debia marchar a su vanguardia, dejándolos atras a todos, se lanzó a la carrera oblicuando a su derecha, saltó cercas, atravesó zanjas, trepó montículos y llegó al fin al punto donde tan reclamada era su presen-

cia. La tropa venia en estremo fatigada, pero animosa y decidida. Su misma carrera en busca del enemigo, su resuelto avance por entre los nutridos disparos de artilleria y fusileria que le dirijian desde el Alto, produjo la natural consecuencia de levantar su espíritu, apocado poco antes por el culebreo y la demora.

***

Ya dijimos que en los momentos de salir el Tarapacá como un torrente desde la cumbre del cerro de la Granada con direccion al Alto del Agua Buena, en donde lo esperaba Körner, los cuerpos de la 2.ª brigada distaban unos 1,200 metros de la línea de combate, al mismo tiempo que se habian alejado unos tres mil hácia la izquierda del punto ocupado por la 3.ª, segun podian calcularlo los observadores situados en la primera de esas lomas. El Valparaiso, rejimiento veterano y valeroso, tenia que violentar sus naturales impulsos para mantenerse por tanto tiempo alejado del sangriento combate que oia tronar a su frente, y ansiaba llegar cuanto antes en ausilio de los abandonados cuerpos de la 1.ª brigada, que con tan admirable teson se mantenian en pelea. Sus jefes hasta llegaban a temer que los disparos de la artilleria balmacedista, causando bajas en la tropa, quebrantasen su indomable espíritu; y en efecto, la primera granada que la artilleria de Fuentes le disparó desde la cumbre del Alto fué a estallar a no mas de dos metros a la izquierda de la 4.ª compañia del primer batallon, y la segunda daba muerte a cuatro o cinco soldados de las cuartas que cerraban la retaguardia. Fué entonces cuando al rejimiento se le mandó dispersarse; y poco despues, detenido por el Huasco y reiterada la órden de Körner para que avanzase, se escapaba hácia su derecha y emprendia la carrera para acudir en apoyo de la 1.ª brigada por ese lado.

Cerca de tres mil metros, o sea tres cuartos de legua, debian salvar, por lo tanto, los animosos soldados del Valparaiso para llegar a su objetivo; y basta mencionar tan considerable distancia para comprender cuánto esfuerzo y buena voluntad necesitaron para no desmayar ante la perspectiva del estenso espacio que debian recorrer. En los primeros momentos, los accidentes

del llano de Peñuelas en esa parte—las lomas, los terromonteros, las subidas y bajadas, las zanjas y ondulaciones del terreno—eran como devoradas por los soldados, que sin perder su formacion adelantaban hácia nuestra derecha con vertijinosa celeridad. Como mil quinientos metros—un tercio de legua—recorrerian de ese modo sin que ninguno desmayase; mas, junto con los primeros asomos del cansancio se presentaron tambien las mayores dificultades del terreno a la derecha del camino carretero. Los acequias de regadio, las cercas de alambres y de ramas, los terrenos labrados y movedizos entorpecian a cada instante la marcha y contribuian a aumentar la fatiga de los soldados. Algunos comenzaron a flaquear y sentirse desfallecidos, pero en su mayor parte se sostenian, animados por los jefes y oficiales, y continuaban al trote su avance. Las granadas llovian entre las dispersas líneas sin que a nadie amedrentasen con sus atronadores estallidos. Todos, abstraidos por la rápida marcha, dedicaban por entero sus facultades a la tarea de acercarse cuanto antes a la línea de combatientes y tomar parte en la batalla. Este deseo parecia infundir nuevos ánimos en los valientes del 2.° Ya divisaban cerca al enemigo, ya se hallaban desde hacia rato en la zona dominada por la fusileria balmacedista. Ninguno, sin embargo, pensaba en detenerse, ninguno preparaba su fusil para contestar los fuegos.

***

El mayor Almendroza, gravemente herido en Concon, acompañaba ahora a su rejimiento con el ánimo de hacerlo entrar ordenadamente en accion, pero sin resolverse, a causa de la fiebre y de los dolores que le causaba la fractura de su brazo, a tomar una parte mui activa en el combate. Mas cuando observó aquel avance ardoroso y resuelto y pudo notar, sobre todo, el órden y denuedo con que su veterano cuerpo se movia, arrastrado por el entusiasmo de la tropa clavó las espuelas a su cabalgadura y se metió con ella bajo los tiros de los fusileros dictatoriales. Y como los rezagados iban aumentando por instantes en aquel largo y accidentado trayecto, se dedicó a la tarea de organizarlos a toda prisa y, tras de cortos instantes de reposo, lanzarlos de nuevo al trote hácia adelante.

Cuando en esta forma hubo llegado el Valparaiso al pié del Alto del Agua Buena, la celeridad y decision de su avance, observada con interes por el Pisagua, que entonces se encontraba en el cerrito, despertó un loco entusiasmo en los soldados de este rejimiento. Pronto se supo que el cuerpo que desde tan lejos venia en refuerzo del ala derecha no era otro que el Valparaiso; y este nombre, tan simpático para los jefes y oficiales del 3.°, en su mayor parte hijos de esta provincia, avivó en ellos el interes y el cariño con que contemplaban la presurosa carrera. La tropa del 2.°, jadeante y casi gastada, se sostenia en pié por un prodijio de esfuerzo y de enerjia; a muchos soldados les temblaba el cuerpo como a briosos corceles estenuados por larguísima carrera; los oficiales, enronquecidos, apenas por medio de imperiosos ademanes podian incitar a su jente a que no se detuviera; las fuerzas de todos estaban próximas a agotarse; las balas enemigas caian como chubascos desde la altura; la derecha del Constitucion seguia desamparada y soportando todavia un vivísimo fuego; Körner, presentándose allí con la oportunidad y el tino de siempre, ordenaba a las líneas delanteras del Valparaiso avanzar de frente sin demora en apoyo del Constitucion y del Antofagasta; mas, no obstante lo premioso de la situacion, el rejimiento en masa parecia próximo a detenerse y echarse por tierra sin vigor y sin aliento.

En tan aflijidas circunstancias, de repente resonaron los aires, en medio del bronco estruendo de la batalla, con alegres, intensas y ruidosas aclamaciones. Eran los soldados y oficiales del Pisagua, que desde la falda del cerrito vitoreaban frenéticos a sus hermanos del Valparaiso. Los aplausos, las voces de ánimo, los saludos cariñosos se mezclaban con prolongados "vivas" al rejimiento, a Chile, a la Constitucion, y al Congreso. El nombre de Valparaiso salia a cada instante de boca de los entusiasmados aplaudidores, y esta palabra resonaba en los corazones de los soldados del 2.° con el eco de una májica evocacion. Y luego, dominando las voces de los hombres y de los cañones, exaltando hasta el delirio los predispuestos ánimos de la tropa, la banda de músicos del Pisagua rasgaba de repente los aires con los primeros enérjicos acordes del himno nacional.

¡Qué locura! ¡qué arrebato! ¡qué cambio! ¡qué admirable y repentina trasfiguracion! Aquellos soldados exhaustos, que ha-

bian recorrido mas de media legua sin detenerse y que estaban próximos a caer por tierra amortecidos, sintieron que un flúido poderoso corria por sus venas infundiéndoles nueva vida. En aquellas armonías vibrantes y sonoras creyeron escuchar la voz misma de la patria que los conjuraba a proseguir sin descanso, y entonces, como si les brotaran alas, sin detenerse a contestar los saludos y los aplausos, electrizados, enardecidos, frenéticos, se lanzaron a la carrera hácia adelante, sostenidos y estimulados aun por aquel coro de voces amigas que los cubria como con una nube de anticipado incienso, glorificados por aquella música que los obligaba a mirar la vida con menosprecio por tal de salvar a Chile de las garras de la ominosa tirania.

***

El grueso del rejimiento entraba a reforzar pocos momentos despues los destrozados grupos del Antofagasta y del Constitucion, y ya puede calcularse con cuán robusto empuje e inalterable decision. La retaguardia y los rezagados, bajo las órdenes del mayor Almendroza, eran dirijidos por Körner hácia el claro que quedaba entre el ala derecha del Constitucion y los cuerpos de la 3.ª brigada que se batian con los flanqueadores. Al entusiasta Pisagua, que tan admirable aliento acababa de comunicar al Valparaiso, lo enviaba a la estremidad derecha de nuestra entonces prolongada línea, para seguir las huellas del Tarapacá, del Esmeralda y del Taltal y constituir con ellos el incontrastable ariete que abriria ancha brecha en la temible fortaleza enemiga.

El combate llegaba a su período mas violento y formidable. El Alto del Puerto parecia abismarse sobre el llano de Peñuelas, socavado desde el fondo de sus graníticos cimientos. El aterrador y colosal estrépito de la pelea a ninguno de los nuestros asustaba ni confundia. Los jenerales enemigos, comprendiendo que su centro izquierdo y su izquierda se encontraban terriblemente amenazados, se trasladaron a esos puntos en compañia de nuevas tropas, y, personalmente metidos en lo mas vivo del fuego, animaban con su voz y su presencia a los soldados.

La 2.ª brigada llegaba al fin a la línea de batalla de la 1.ª El

Chañaral se interpolaba entre el Antofagasta y el Constitucion; los grupos mas avanzados del Atacama corrian en refuerzo de los escaladores del Salto; el tardo Huasco reforzaba la derecha del Iquique y la izquierda del Antofagasta; los escuadrones de caballeria de nuestra izquierda—Lanceros, Guias y Húsares—avanzaban al amparo de los cerrillos; la artilleria situada en el cerro de la Granada movia de aquí sus piezas para colocarlas en el Alto del Agua Buena, a ochocientos metros del enemigo; las baterias del 2.° batallon, a las órdenes de los mayores Hurtado y Armstrong, se instalaban junto a la base del Alto del Puerto; los escuadrones de nuestra derecha—Granaderos, Libertad y Carabineros—abandonando el reparo del cerro de la Granada, avanzaban tambien por ese lado siguiendo la marcha victoriosa de la 3.ª brigada; la Columna de Rifleros, repartida en dos secciones, acudia a tomar parte activa en la batalla; los Injenieros mismos, deponiendo las herramientas para empuñar sus fusiles, entraban en refuerzo de nuestra derecha, y, en suma, todo el ejército constitucional, sin escepcion de un solo hombre, preparaba contra los defensores del tirano el empuje último, abrumador y tremendo.

Nadie en nuestro campo dudaba entonces de la victoria, y en cambio el ejército y los jenerales enemigos divisaban entre los negros y fúnebres nubarrones formados por la humareda de la batalla el pálido y congojoso espectro de la derrota. Las acumulaciones del Colorado y del camino de caracol resistian con empeño; los cuerpos de la izquierda enemiga, reforzados por el 2.°, se batian sin tregua; la artilleria continuaba vomitando granadas, pero éstas ya no herian a nuestros infantes: solo llegaban, inofensivas e inútiles, a estallar entre las piezas de la artilleria o a producir pasajero espanto en los sufridos caballos de nuestros ya descansados jinetes. El Cuartel Jeneral se situaba entre las lomas de la izquierda, frente al abra del Colorado; Körner, ya de a pié, tirando de la brida su caballo en los parajes accidentados y difíciles, ya montándolo imperturbable y tranquilo en los puntos mas espuestos, recorria de uno a otro estremo la línea de combate, examinando la posicion y estado de los mas atrevidos tiradores y repartiendo entre todos saludables advertencias y oportunas indicaciones. La 1.ª brigada recojia sus rotas filas, concentrando al mismo tiempo su vigor

y sus esfuerzos, y, rehechos y ensoberbecidos de nuevo sus valientes, se lanzaban otra vez al asalto cerro arriba, revueltos con los grupos de los cuerpos de la 2.ª que habian acudido a reforzarlos.

***

Una especie de respiro de espectacion paralizaba los espíritus en medio de la incesante furia del combate. El silencio de la muerte parecia dominar con su majestuoso misterio aquel ruido atronador y violento pero fugaz y pasajero. Los labios estaban mudos, los corazones palpitaban con violencia: todos comprendian que se acercaba el momento final y decisivo de la batalla. Los enemigos agotaban sus últimos esfuerzos en una resistencia encarnizada, que se traducia en nutridísimo fuego. Los nuestros creian que solo en esos instantes comenzaba la verdadera batalla y hacian en sus pechos caudal de brios y de coraje. No podian figurarse que el enemigo hubiera empleado hasta sus reservas para sostenerse contra los ataques de la 1.ª brigada y para lograr rechazarla a costa de reiteradas acometidas, y se preparaban para luchar con firmeza contra los batallones de refresco que acudieran al teatro de la pelea. Un espectador que en esos momentos observara atentamente los dos campos y pudiera percibir el espíritu que en uno y otro reinaba, no habria vacilado en asegurar que ya la accion estaba decidida y que en ella triunfarian irremisiblemente los opositores. Todo lo demostraba: el cansancio y desaliento de los contrarios, la torpe reparticion de sus fuerzas, que dejaba anchos espacios vacios en la meseta, y hasta la acumulacion de tropas en el camino de caracol, inutilizadas y casi ociosas allí, puesto que los constitucionales no irian a buscarlas de nuevo a tan poderosa posicion.

En nuestras filas, por el contrario, todo era órden, serenidad, resolucion, inalterable e indómito valor. La alteracion indecible, la conmocion profunda del espíritu habian conmovido y alterado tambien hasta las condiciones físicas de la naturaleza humana. Los soldados, abstraidos por completo, dedicados en absoluto a la arrobadora idea del combate y de la victoria, solo en ellos pensaban, ningun otro objeto, ningun otro recuerdo acudian a sus imajinaciones ni en los instantes supremos y angustiosos de la muerte.

El mayor Almendroza, avanzando cerro arriba con su jente por el lomo de una cuchilla dominada de cerca por los nutridos y certeros disparos del 2.° de línea, encontraba a su paso a un soldado que ya espiraba por efecto de una horrible herida que acababa de causarle una granada balmacedista. Al sentir los pasos de la cabalgadura de Almendroza, el herido levantó penosamente la cabeza, y con voz alterada y doliente le dijo:

—Oigame una palabrita, mi mayor.

—¿Qué hai, hombre? Apúrate.

—Voi a pedirle un último favor.

A pesar de lo espuesto del sitio, Almendroza no pudo menos de detenerse a escuchar el último encargo de un moribundo.

—Habla, pues, hombre. ¿Qué favor es el que me pides?

El soldado reunió sus últimas fuerzas para señalar con la boca el cercano sitio en que habia estallado el matador proyectil.

Almendroza miró el punto que su interlocutor le indicaba y preguntó de nuevo:

—Bueno: ¿y cuál es el encargo?

—Que me haga el favor de no dejar ningun artillero vivo, mi mayor.

En seguida dejó caer de nuevo inerte su cabeza.

Otro soldado que avanzaba ardoroso entre los primeros grupos recibió de repente en medio del pecho un balazo que se lo atravesó de parte a parte. Quedó de pié, sin embargo, gracias a su robustez y firmeza, y volviéndose con rapidez hácia Almendroza le preguntó.

—¿Estoi herido, mi mayor?

—Sí, hombre, le contestó éste al ver que la sangre comenzaba a brotarle a borbotones por uno y otro lado.

El soldado cargó entonces rápidamente su Mannlicher, lanzó uno tras otro, casi sin interrupcion, tres tiros, y cayó desplomado al suelo.

Habia muerto.

Y estos hombres, que todo en aquel instante lo olvidaban: familia, amigos, ilusiones, recuerdos; estos hombres cuya naturaleza, sobrescitada por la bravura, llegaba a insensibilizarse en lo moral y en lo físico hasta el estremo de que no sentian la muerte y de que solo echaban de menos la vida para acabar

cuanto antes con los enemigos de la patria, ¿podrian nunca ser vencidos por los adocenados mercenarios de la tirania?

*
* *

Con la participacion que la 3.ª brigada acababa de tomar en la batalla, nuestra línea primitiva se habia estendido hasta el punto de abarcar toda la estension de la media luna formada por las posiciones enemigas. La 1.ª y la 2.ª brigadas, combatiendo ahora juntas, constituian la izquierda y el centro de la nueva línea, cuya ala derecha la componian los cuatro cuerpos de la 3.ª

Estos continuaban incansables su rápido ascenso por los espolones del Alto del Puerto situados a nuestra derecha, en los momentos mismos en que los de la 1.ª y 2.ª iniciaban por el centro su nuevo asalto. Los flanqueadores enemigos, que tan viva resistencia opusieron al ataque del Tarapacá cuando lo creyeron solo, comenzaban a comprender que habian cometido una grave imprudencia al apartarse tanto de la empinada meseta del Alto del Puerto, y, empujados por el Tarapacá, el Esmeralda, el Pisagua y el Taltal, que no les daban un instante de tregua, retrocedian, a veces ordenados y en son de guerra, a veces dispersos y fujitivos, en busca del amparo que podia ofrecerles su antigua posicion. Muchos, cortados por el rápido y ya victorioso avance de los nuestros, o perecian en el fondo de las quebradas en donde buscaban refujio, o rendian humildemente sus armas, o se incorporaban en las filas de los opositores y los acompañaban en su avance, o, por fin, lanzándose a la carrera por el fondo de las quebradas, buscaban su salvacion en la fuga e iban a salir, quiénes a las cercanias de las Zorras, quiénes al Baron, quiénes a las faldas de los cerros del sur de Viña del Mar, quiénes al Salto, dando con su presencia anticipado aviso de la derrota de los suyos. La resistencia del enemigo iba de este modo disminuyendo mas y mas en la estremidad de su ala izquierda, al mismo tiempo que aumentaban en grandes proporciones el empuje y el entusiasmo de los nuestros. Podia decirse que ya a las nueve y tres cuartos de la mañana no encontraba nuestra 3.ª brigada mas obstáculos para coronar la cumbre del Alto del Puerto, coronando al mismo tiempo la victoria definitiva del ejército constitucional, que aquellas quebradas angostas y pro-

fundas, de abruptos flancos y de tupido boscaje, que a cada paso interrumpian su marcha y que obligaban a la tropa a ejercitarse alternativamente y sin descanso en rápidas bajadas y en fatigosos escalamientos. Barbosa, como se recordará, habia fundado sus mejores esperanzas de resistencia por ese lado en la sucesion de quebradas barrancosas que cortan en diversas y caprichosas direcciones el acceso al macizo cerro que le servia de fortaleza; pero ¿qué serian esas dificultades para aquellos hombres de hierro que tenian hecho de antemano el sacrificio de sus vidas en aras de la salvacion de la patria?

Avanzaban, pues, sin detenerse, desgreñados, sudorosos, con la ropa hecha jirones, con el rostro y las manos desgarradas, metiéndose hasta el tobillo en los arroyos, sin cejar un instante, y sin detenerse tampoco un instante a descansar. Los flanqueadores de la estremidad del ala izquierda enemiga estaban derrotados: solo en el centro izquierdo, en el caracol, en el Colorado y en el Salto el combate resonaba aun furioso y atronador.

En vista de esto, mientras el Tarapacá y el segundo batallon del Esmeralda continuaban su marcha, el Taltal y el Pisagua, describiendo una curva por sobre las colinas de la derecha, se corrian hácia su izquierda para acompañar al primer batallon del Esmeralda, al Valparaiso y al Constitucion en su ataque de frente sobre el Alto. De las lomas salientes de la posicion enemiga habian sido ya barridos los atrevidos dictatoriales que las ocuparan, y el victorioso avance del Tarapacá y del Esmeralda trasformaba ahora en flanqueados a los flanqueadores.

***

No sin dolorosos y enormes sacrificios se habia conquistado, sin embargo, la posesion de esas disputadas colinas. El Tarapacá, sobre todo, que marchó a la cabeza del ataque, sufrió terribles pérdidas en menos de media hora de combate, acribillado por nutridísimos disparos desde las escelentes posiciones que ocupaban los envanecidos dictatoriales.

En cuanto el valeroso y disciplinado batallon hubo recibido órden de Körner para lanzarse sin demora a la pelea, avanzó sobre los flanqueadores enemigos con tanto órden y decision, que su solo aspecto bastó para entusiasmar a los que desde nuestro

campo lo observaban. La fiera actitud del Tarapacá hubiera debido amedrentar al mismo tiempo a los soldados a quienes iba a combatir; pero eran éstos tan numerosos en comparacion de los 570 hombres que formaban el total del batallon opositor, y tal la confianza que en el seguro éxito de la jornada les sujeria el reciente rechazo de la 1.ª brigada (que ellos se figuraban la totalidad, o poco menos, del ejército constitucional), que se prepararon a resistir aquel ataque, último esfuerzo, a su ver, de nuestros postreros defensores, con un fuego que abrumase y barriese en pocos minutos a los asaltantes.

Elijieron, pues, ventajosas posiciones; se esparcieron, resguardados por la espesa vejetacion y por los accidentes del terreno, en una especie de semicírculo que abrazaba el frente y las dos alas del Tarapacá, y en esa forma esperaron el avance.

Los nuestros partieron del cerrito del Agua Buena dispersos en conformidad a la nueva táctica. Abarcaban de ese modo un ancho espacio, y en perfecto órden avanzaron rápidamente hácia las cumbres ocupadas por el enemigo. Este parecia dispuesto a romper a mui corta distancia sus fuegos, con la esperanza, sin duda, de rodear por todos lados a sus contrarios; pero notando la rapidez y decision de la marcha del Tarapacá y comprendiendo que el sistema empleado por éste no se prestaba para poner en obra la barrida con que pensó concluirlo en pocos minutos, lanzó de repente una terrible descarga como a trescientos metros por el frente, y, como si ella fuera una señal, desde la derecha y la izquierda de la loma, desde las cumbres y faldas de los espolones del Alto del Puerto que seguian a nuestra izquierda, desde el borde de la meseta y hasta desde el camino de caracol, comenzó a caer sobre el Tarapacá un diluvio tal de proyectiles, que los muertos y heridos tapizaban con sus cuerpos la verdosa falda.

***

El batallon constitucional no detuvo por eso su lijera marcha. Las balas silbaban a millares, seguian enrareciéndose los grupos, pero los sobrevivientes avanzaban siempre, ardorosos y resueltos. Los enemigos del frente habian hecho su descarga como a trescientos metros; los de los flancos y de la meseta las

iniciaron a mayor distancia aun, y, a pesar de eso, los disciplinados tarapaqueños, no recibiendo aun de sus jefes la órden de hacer fuego, caminaban rápidos sin disparar sus fusiles. Solo cuando ya el visible cansancio de la tropa demostró al comandante Aldunate que habia llegado el momento de concederle algun respiro, y encontrándose a no mas de doscientos metros de los encubiertos flanqueadores, dió la órden de contestar los disparos.

Se trabó entonces el combate por parte de los nuestros con la misma disciplina, buen órden y firmeza de que habian dado pruebas en el avance; y ni las dificultades del terreno que vinieron entonces a entorpecer la marcha, ni las zanjas insalvables, ni las cercas de alambre con puas, unidas al horrísono fuego que de todos lados llovia y que seguia causando espantosa mortandad, lograron, no decimos acobardar a los soldados del 9.°, pero ni siquiera hacerlos perder el órden de la marcha ni dislocar los grupos y secciones. Corriéndose hácia su derecha para ganar la altura, y aprovechando hábilmente los menores pliegues del terreno, subieron paso a paso la falda y se situaron a resguardo del nutrido fuego de flanco que poco antes los diezmaba por su izquierda.

La oportunidad del refuerzo que entonces les envió Körner desde el Alto del Agua Buena mediante la pronta llegada del Esmeralda, contribuyó a mantener avivado el ardor de la valerosa tropa. El Esmeralda, en efecto, quedó repartido, como dijimos, en dos secciones. El primer batallon fué enviado a combatir contra los enemigos que tantos estragos acababan de causar en las filas del Tarapacá atacándolo por su flanco izquierdo, y el segundo avanzó a colocarse en una misma línea con éste, aunque destacando algunas escuadras mas allá de su estremidad derecha.

Este refuerzo y los que por uno y otro lado le siguieron aumentaron la confianza y el arrojo de los bravos tarapaqueños al mismo tiempo que introdujeron el temor y el desaliento en los sorprendidos dictatoriales. Nunca pudieron ellos figurarse que por ese lado, y en momentos tan oportunos y críticos, tuvieran presto los opositores aquel considerable número de valientes y descansados batallones. El flanqueo que intentaban, que tan fácil y sencillo les parecia y de que tan brillantes frutos se pro-

metieran, se tornaba para ellos en peligrosa asechanza. Habian avanzado imprudentemente hasta mui lejos de su abrigada posicion en el Alto del Puerto, y a cada instante temian ahora verse envueltos y cortados por los nuestros. Muchos, como dijimos, quedaban allí cojidos en sus propias redes en el fondo de las barrancosas quebradas; muchos se rendian y se pasaban; muchos emprendian cerro abajo la fuga, llegaban presurosos a Valparaiso, y con sus rostros trastornados y aire despavorido servian, a las diez de la mañana del 28, de fúnebres heraldos de la tremenda derrota de las huestes dictatoriales.

* * *

Fué tan feroz el primer choque soportado con estoica intrepidez por el bizarro Tarapacá, que el número de su tropa durante aquella corta acometida quedó reducido a menos de la mitad.

A mas de trescientas sobre un efectivo de 570 hombres ascendió, en efecto, la espantosa cifra de las bajas esperimentadas por el heróico batallon. La descarnada elocuencia de los números pinta aquí de un solo rasgo qué suma de varoniles esfuerzos desplegaron los bravos del 9.º en su encarnizado combate contra las fuerzas inmensamente superiores que les resistian, sobre todo durante los veinte minutos en que afrontaron solos su mortífero fuego. De los 25 jefes y oficiales con que entró en combate, no menos de doce, casi la mitad, resultaron heridos, debiendo contarse como estraño caso la circunstancia de que ninguno muriera. Sus tres jefes: el comandante don Santiago Aldunate Bascuñan, el mayor don José Maria Bari y el mayor don Julio Lorca, el primero de Santiago y los dos segundos de Valparaiso, fueron alcanzados por las balas enemigas en lo mas rudo de la pelea.

El comandante del Tarapacá, señor Aldunate, cuya serenidad y valor servian de estímulo y de modelo a sus animosos subordinados y cuyas dotes de jefe fueron sometidas a brillante prueba en ese pavoroso ataque, resultó herido poco despues de haber ordenado a la tropa que rompiese sus fuegos a doscientos metros del enemigo. Se ocupaba el comandante Aldunate en hacer demostrativas señales al batallon del Esmeralda que acudia en

su socorro, cuando fué alcanzado por una bala enemiga que le fracturaba el hueso de la pierna izquierda.

El segundo jefe, sarjento mayor don José Maria Bari, era herido tambien en esos mismos momentos. La bala enemiga, penetrándole por el empeine del pié derecho, iba a salirle por el talon, desmenuzando a su paso los innumerables huesecillos de ese delicado miembro y causándole por tanto una grave y al parecer incurable lesion.

El tercer jefe, sarjento mayor don Julio Lorca, era herido en seguida en la pierna derecha, sin que la bala, por fortuna, alcanzase a comprometerle el hueso.

El capitan de la 4.ª compañia, don Arturo Herrera Hurtado, hijo de Concepcion, recibia tambien una grave herida en los primeros momentos del combate. La bala, penetrándole por el lagarto de un brazo, se lo recorria hasta el hombro y salia por allí llevándose a su paso algunos fragmentos de huesos.

El teniente don Guillermo Perez Valdivieso, de Santiago, era herido un poco mas adelante por una bala que le hacia astillas una parte del hueso del brazo derecho. El teniente don Arturo Cuevas, tambien de Santiago, recibia en la barriga una bala que lo atravesaba de parte a parte y que solo fué curada mas tarde mediante una prolija y costosa operacion. El subteniente don Ricardo Prieto, tambien de la capital, recibia en la pierna izquierda una herida leve al comenzar el combate. El subteniente don Claudio Arteaga, santiaguino igualmente, era herido en el hombro derecho durante el avance. El subteniente don José Manuel Olea, de Santiago, como los anteriores, recibia una grave herida en una ingle. El subteniente don Francisco Flores Zamudio, tambien de Santiago, recibia en la espalda una herida leve ocasionada por un casco de granada. El subteniente don Alberto Sanchez Urmeneta, de Santiago, era herido en la garganta y el hombro derecho en el medio del combate. Y, por fin, para concluir con esta larga lista de miembros de esa brillante y entusiasta juventud santiaguina que demostraba ahora en las batallas cuán consistente y de buen temple era el entusiasmo de que hacia alarde en vísperas de la dictadura, el teniente don Florencio Guerrero Vergara, tambien de la capital, quedaba herido levemente en una pierna al principio del combate.

*
* *

El Esmeralda, avanzando presuroso, repartia sus batallones por órden de Körner para acudir a los puntos en que mas viva era en esos momentos la resistencia. El primer batallon se cargaba por eso a la izquierda del punto atacado por el Tarapacá, y el segundo corria a reforzar a éste, acentuando el flanqueo de esa estremidad de la línea enemiga.

La impetuosidad de cada uno de los batallones del bien disciplinado rejimiento corria parejas con su serenidad y perfecto órden. Aprovechando diestramente los menores accidentes del terreno, que por allí se ve surcado de leves hondonadas, el Esmeralda efectuó un avance rápido a la vez que precavido. Mientras la primera línea adelantaba a la carrera por la parte baja, la otra la protejia desde la altura con nutridos disparos. Escalonados de este modo avanzaban los soldados del 7.° sin sufrir la mortandad que hubiera sido de suponer en vista del espantoso fuego que desde distintos puntos le lanzaba el enemigo, aunque no por eso dejaban de ser enormes y hasta abrumadoras sus pérdidas.

Pronto uno y otro batallon consiguieron, a fuerza de valor y de empuje, rechazar a los balmacedistas mas cercanos. El segundo, en compañia del Tarapacá, envolvia por la estremidad izquierda enemiga los cerros que prolongan sus faldas hasta Viña del Mar y emprendia a traves de las quebradas el penoso avance que ya mencionámos, dirijiéndose a cortar la retirada al ejército dictatorial mas allá de la Casa de Pólvora. El primero, marchando por la izquierda del 9.°, subia al Alto del Puerto sin detenerse, aunque diezmado por el terrible fuego que los defensores de esa parte del campo contrario, reforzados por un batallon del 2.° de línea, le descargaban sin descanso. Las angostas quebradas que allí parecen multiplicarse, y que pocos momentos antes servian de ventajoso reparo a los tiradores dictatoriales mas avanzados, se les habian convertido ahora en otras tantas peligrosas trampas; y sin tiempo para emprender la retirada hácia la altura a causa de la marcha incesante y rápida de los nuestros, o resistian inútilmente, o, como sucedia mas abajo, en el punto por donde subian el Tarapacá y el segundo batallon del Esmeralda, se pasaban en grupos a las filas opositoras y avanzaban con ellas hácia la cumbre.

De este modo uno y otro batallon, mezclados con el Tara-

pacá, se encontraban poco despues junto al borde de la meseta y sostenian el último tiroteo con los cuerpos de la izquierda de la posicion enemiga.

***

Las bajas del Esmeralda durante su doble ataque habian sido enormes, sobre todo en los primeros momentos del avance, cuando hubo de afrontar casi inerme el fuego de sus encastillados adversarios. Ascendian ellas a la respetable cifra de 280 hombres de tropa entre muertos y heridos y no menos de 13 oficiales, y por este dato puede calcularse cuán terrible seria la resistencia del enemigo durante ese corto ataque y cuánto denuedo y firmeza desplegaron los valientes del 7.º para no cejar un instante en su difícil y fatigosa acometida.

Como en el Tarapacá, fué digno de notarse que ningun oficial del Esmeralda quedase muerto en el campo, a pesar de que los trece que resultaron heridos recibieron sus balazos despues de haber salido del Alto del Agua Buena, es decir, a mui poca distancia de las líneas balmacedistas.

El capitan ayudante don José Clemente Larrain recibia dos heridas leves, la una en la mano izquierda y la otra en el pié del mismo lado, en los momentos de encontrarse a no mas de cincuenta pasos de la cumbre del Alto del Puerto y en circunstancias en que a las balas del enemigo venia a unirse el peligro de las nuestras.

En efecto: los grupos constitucionales situados a retaguardia de los atrevidos asaltantes del Esmeralda divisaban cerca del borde de la meseta esa bien ordenada línea de incansables tiradores; y como en los momentos mas reñidos de un combate (contra lo que algunos se figuran) es mui difícil darse cuenta del punto preciso ocupado por los contendores, de aquí que muchas balas de nuestros mismos soldados fueran a herir a algunos del Esmeralda. En este caso, ademas, la dificultad de percepcion de que hablamos estaba agravada por el engaño a que se prestaban los pantalones lacres usados por casi toda la tropa del 7.º; y como estos pantalones, fuera de su resaltante color, que los trasforma en vistoso blanco, eran iguales a los que usaba el ejército enemigo, tanto el ayudante Larrain como los sol-

dados que lo acompañaban se vieron en la precision de dedicarse allí mismo a la tarea de sacárselos a fin de evitar dolorosas equivocaciones, continuando entonces su avance en calzoncillos.

El capitan ayudante don Alfredo Vial Solar recibia tres heridas en los momentos en que avanzaba animoso hácia la altura. Una bala le atravesó el brazo derecho en el nacimiento del lagarto, por fortuna sin dañarle el hueso; otra le rozaba la cútis junto al cuello, y la tercera le causó en el pié izquierdo una dolorosa contusion.

El capitan don Cárlos Irarrázaval, de la 4.ª compañia del primer batallon, recibia en el brazo derecho una herida que se lo traspasaba de parte a parte, aunque sin comprometerle el hueso. El teniente don Manuel Piñera, con menos fortuna, resultaba con el brazo izquierdo fracturado de un balazo. El teniente don Ricardo Cox sacaba el pié derecho atravesado por una bala que le penetraba por el empeine, causándole por lo tanto una grave herida. El teniente don Lincoln Luco Huici recibia en la pierna derecha una contusion que no le impedia seguir tomando parte en la batalla. El teniente don Rafael Prado, con el hombro derecho herido, continuaba igualmente en la pelea. El teniente don Santiago Ortúzar Búlnes era herido en el muslo de la pierna derecha. El subteniente don Ricardo Irarrázaval recibia en el pecho una gravísima herida, como que la bala le rompia el esternon. El subteniente don Abelardo Lavin resultaba tambien con una grave herida en la ingle derecha. El subteniente don Manuel Montero recibia dos heridas, una en una pierna y otra en un brazo, ambas, por fortuna, de poca gravedad. El subteniente don Leonardo A. Dodds quedaba con el muslo derecho atravesado por un balazo que por fortuna no le rompia el hueso. Y, por fin, el subteniente don Teófilo Rojas recibia una grave herida en el pecho.

Todas estas numerosas bajas las esperimentaba el Esmeralda durante el incansable avance que sin un momento de reposo, de vacilacion ni de tardanza emprendió desde el Alto del Agua Buena hasta coronar la cumbre del Alto del Puerto.

***

El Pisagua y el Taltal, como dijimos, fueron mandados en

refuerzo del Tarapacá y del Esmeralda en el ataque llevado por estos últimos a los flanqueadores de nuestra ala derecha; pero los dos cuerpos delanteros dieron su asalto con tanta resolucion y bizarria, que el enemigo, mas atrevido que firme, no prolongó durante mucho rato su resistencia. Lo amedrentaron, sin duda, no solo la resolucion y el denuedo del 9.° y del 7.°, sino tambien la temible aparicion de dos rejimientos tan disciplinados y numerosos como el 3.° y el 4.°

Consumada con tanta rapidez la derrota de la estremidad del ala izquierda enemiga, estos dos rejimientos constitucionales acudieron presurosos a reforzar la derecha de la 1.ª brigada, que formaba entonces el centro de nuestra línea de combate; y aquí se batió el Taltal con tanto denuedo junto a los mismos soldados en cuya compañia peleara una semana antes en Concon al pié del Torquemada, que en pocos momentos esperimentaba su tropa considerables bajas.

Sin detenerse un instante, sin embargo, continuaban los bravos taltalinos su ascenso de frente por la falda del Alto del Puerto, que en ese punto se recoje hasta el estremo de hacer súmamente dificultoso su escalamiento; pero los entusiastas mineros, acostumbrados a trepar por cerros abruptos y a descolgarse por barrancos casi a pico, subian ahora la pendiente con tanta soltura, entusiasmo y decision como si se dirijieran a un lisonjero cateo. Solo se detenian a veces—cuando aumentaban demasiado las bajas causadas por el fuego que desde el borde de la cumbre y desde el espolon del camino del caracol les llovia—para contestar durante algunos minutos con nutridas y certeras descargas los tiros de sus adversarios, o cuando, fatigados por la subida sus menos diestros compañeros, tenian que concederles algunos instantes de reposo antes de proseguir la penosa marcha. Los hábiles mineros, convertidos por la disciplina en magníficos militares, aprovechaban tambien las desigualdades del terreno y el amparo de la vejetacion para no esponerse de lleno a los proyectiles contrarios; pero esto no impidió que al llegar a la cumbre hubiesen sembrado la ladera con los cuerpos de un centenar de sus soldados entre muertos y heridos. De su oficialidad eran muertos el capitan de la 1.ª compañia del segundo batallon don J. Manuel Thayer y el teniente de la 2.ª compañia del 1.° don Ernesto Gayan, y resultaban

heridos los tenientes don Manuel V. Aguilar y don José 2.° Carrasco y los subtenientes don A. Lopez Silva, don Mateo Ubeda, don Manuel Antonio Arenas y don Avelino 2.° Yañez.

***

El Pisagua recorrió el mismo trayecto que el Taltal, aunque con la diferencia de que en el 3.° pareció cebarse con particular encono la numerosa artilleria enemiga. Así, apenas dejaba a toda prisa su abrigo del cerro de la Granada para trasladarse al Alto del Agua Buena, un proyectil que estalló en el centro del rejimiento dejó fuera de combate en un instante nueve hombres.

Las bajas causadas por los cañones balmacedistas aumentaron durante la travesia del Pisagua por la parte del llano comprendida entre uno y otro cerro, viniendo a terminar tan solo para ser reemplazadas por las de la fusileria. Replegado el rejimiento sobre su izquierda al mismo tiempo que se replegaba el enemigo ante el vigoroso y sostenido ataque del Tarapacá y del Esmeralda, emprendió junto con el Taltal, el Valparaiso, el Constitucion y el Antofagasta el largo y sangriento asalto que debia darnos la posesion de la cumbre del Alto del Puerto y con ella la última, brillante y definitiva victoria de las armas y de la causa constitucional.

Durante su doble ataque esperimentó el Pisagua, como su compañero el Taltal, unas cien bajas de tropa. De sus oficiales, el teniente don Manuel Moya Thompson, entusiasta jóven porteño, recibia una grave herida, que le abarca de hombro a hombro, al abrir los brazos para dar a uno de sus compañeros un abrazo de congratulacion y regocijo en los momentos en que, llegando al Alto, comenzaba a declararse la derrota con la fuga de las tropas dictatoriales mas cercanas. El teniente don Alfredo Tornero recibió durante el avance un balazo que le atravesó la pierna derecha, causándole una grave herida, y el subteniente don Samuel Lindsay de la Barra sufrió a un tiempo dos lesiones de gravedad: un casco de granada le arrancaba un trozo de muslo, y una bala de fusil le atravesaba la mano izquierda, rompiéndole los huesos.

***

El impetuoso ataque de la 3.ª brigada iniciaba de una manera brillante la última acometida de todo nuestro ejército a las posiciones dictatoriales. Reforzada la 1.ª por los cuerpos de la 2.ª y concentrados ahora los esfuerzos de ambas en el espolon del camino de caracol y en el cerro del Salto, en cuanto hubo cesado el fuego de flanco desde las colinas de nuestra derecha y tomado colocacion el Valparaiso entre los grupos del Constitucion y del Antofagasta, los tres rejimientos emprendieron de nuevo la ofensiva.

El enemigo ocupaba el camino de caracol hasta el mismo pié del cerro, estendiendo sus grupos por un lado hasta las casas y terreno de la Curtiembre y por el otro hasta el lecho del arroyo que corre por la base del espolon. Con los refuerzos que habia recibido y con el envanecimiento que le infundia su reciente victoria, aquella posicion estaba mucho mejor defendida ahora que en los momentos en que el Constitucion y el Antofagasta le daban el primer asalto; y por eso los nuestros, en vez de atacarla de frente, comenzaron a escalar el Alto del Puerto por el mismo punto por donde antes lo subiera el Constitucion, dejando el camino de caracol a su izquierda. El centro y el ala izquierda del Antofagasta, reforzados mui pronto por el Chañaral, y poco despues por algunos grupos del Huasco, renovaban tambien su ataque contra los dominadores del espolon, avanzando paso a paso a ocupar las posiciones de que el 8.° fué desposeido cuando el gran número de sus adversarios y la falta de municiones de una parte de su tropa lo obligaron a retroceder.

Por uno y otro punto, sin embargo, era terrible la resistencia. Cuando el Valparaiso entró en combate en refuerzo del ala derecha de la 1.ª brigada, todavia los cuerpos de la 3.ª no habian logrado ahuyentar de las colinas avanzadas de ese lado a los flanqueadores enemigos; de suerte que el fuego que desde ellas, desde el frente y desde el camino de caracol llovia, causaba enormes bajas en las líneas del 2.° La retaguardia y los rezagados, al mando del mayor Almendroza, comenzaban entonces a trepar la falda por la derecha, dándose la mano con la izquierda de la 3.ª brigada, y el grueso del Valparaiso, el Constitucion, el Antofagasta, el Chañaral y el Huasco avanzaban por el centro.

El empuje de estos numerosos cuerpos abrumó pronto a las ya fatigadas tropas enemigas de uno y otro lado del caracol. La

resistencia incesante de los nuestros no les habia dado un momento de respiro desde el principio de la batalla, y, fuera de eso, amedrentadas por la contemplacion de aquellos numerosos refuerzos y por el espíritu indomable que demostraban los mismos que acababan de ser rechazados hasta el bajo, desapareció su pasajero entusiasmo; el temor, la falta de fé, de convicciones y de cariño con que sostenian la causa del dictador apocaron de nuevo sus ánimos, y la retirada se presentó como el único camino que les quedaba libre para salvar sus vidas amenazadas.

Comenzaron, pues, a replegarse hácia la cumbre, los unos combatiendo, los otros en declarada fuga, y dejaron de ese modo espedito el acceso de la falda a los asaltantes.

***

Solo las tropas del camino de caracol oponian entonces una resistencia tenaz y ardorosa. Encerradas, puede decirse, en la ancha espiral de aquel formidable castillo, ignoraban que la subida de los nuestros por su derecha e izquierda iba a trasformar mui pronto su atrincheramiento en emboscada y seguian batiéndose con decision y firmeza detras de sus parapetos. Pero cuando de repente se vieron flanqueadas por uno y otro lado desde las proximidades de la cumbre; cuando comenzaron a ser miserablemente cazadas en su guarida por airados e inflexibles tiradores; cuando el número de éstos aumentó hasta el estremo de que de dos puntos opuestos caia sobre ellas un furioso torbellino de cruzados proyectiles, entonces, unos procurando emprender la fuga hácia la altura, otros escapando despavoridos a ocultarse en las vecinas torrenteras y barrancas, algunos lanzándose cerro abajo en actitud de humildes suplicantes, no pocos abandonando sus armas y ocultándose como mejor podian en las zanjas, quiebras y matorrales, pusieron repentino y forzado término a su resistencia, no sin dejar convertido aquel estenso trozo en horrible cementerio. Los cuerpos de los muertos y de los heridos se entrecruzaban y amontonaban por todas partes, obstruyendo a trechos completamente el paso.

La toma definitiva del camino de caracol puso término a la resistencia en el punto mas fuerte del centro de las posiciones enemigas. Unicamente los fujitivos y los derrotados, contenidos

en la meseta por el último batallon del 2.º de línea que quedaba de reserva, seguian sosteniéndose en la cumbre, a la salida del camino. Los nuestros contestaban ya desde cerca sus fuegos, pronto llegarian a estrecharlos cuerpo a cuerpo, y entonces la pelea terminaria definitivamente en ese punto. Solo la obstinacion, el coraje y el orgullo de los veteranos del 2.º los inducian a combatir todavia, como si defendieran el honor de su glorioso y mutilado estandarte y nó al opresor del pueblo y al profanador de sus leyes y libertades; pero ellos mismos comprendian que su resistencia era inútil y que el instante de la derrota final e irremediable se acercaba.

***

A costa de lamentables pérdidas se habia obtenido, sin embargo, esa brillante victoria. El arrojado Valparaiso sufria no menos de 230 bajas en sus filas, suma enorme para el efectivo como de seiscientos hombres con que entró en pelea, contando en este número a los pasados que se enrolaron en Concon y a los que ahora mismo aumentaron sus filas. De su oficialidad fallecia el teniente don Manuel Maria Gajardo, distinguido abogado talquino que desempeñaba el cargo de secretario de la intendencia de esa provincia, cargo que se apresuró a renunciar para dirijirse al norte a ocupar un puesto entre los defensores de la patria. El subteniente don Liborio Godoi recibia una herida tan grave, que pocos dias despues moria en uno de los hospitales de sangre de Valparaiso. El teniente don Belarmino Montero sacaba tambien una herida de mucha gravedad en el pecho. El capitan don Tomas Rios Gonzalez era herido en un costado, cerca del pulmon. El teniente don Mauricio Bobadilla sufria una grave herida en una pierna. El subteniente don Cárlos Infante era herido levemente en un brazo. El subteniente don Pedro Suazo, que se pasó a nuestras filas despues de la batalla de Concon y que durante la de la Placilla peleó con ardor y valentia dignos de los viejos constitucionales, recibió en una pierna un balazo que hizo necesaria la amputacion. El sarjento mayor don Nicanor Ibañez sacó hecho astillas el hueso de un brazo, por lo cual fué tambien necesario amputárselo. El subteniente don Tomas Ponce recibió dos heridas, la una en un pulmon y

la otra en una pierna, ambas, por fortuna, leves; y, por fin, el mayor Almendroza recibia en el mismo brazo herido en Concon un nuevo balazo en los momentos de iniciar el avance cerro arriba, lo cual no fué bastante para impedirle que siguiera tomando parte en la batalla.

*
* *

El Chañaral, en cuyas filas se distinguieron por su denuedo el ayudante Valdivia y el capitan Pardo, de Injenieros, sufria unas 45 bajas de tropa, y de sus oficiales era herido en una pierna, junto al tobillo, el capitan don Luis Lyon, de Valparaiso, en los momentos en que atravesaba la última pequeña quebrada del pié del Alto. El capitan don Marcial Toro era herido levemente en una mano al avanzar sobre la artilleria enemiga establecida en la cumbre, lo cual no le impidió seguir combatiendo, y el capitan don Enrique Gaymer recibia en la espalda una contusion causada por un casco de granada.

*
* *

El Atacama procuró reparar con su entusiasmo, decision y valentia la demora que involuntariamente habia sufrido su tropa durante el avance. Al llegar a unos quinientos metros de la línea enemiga se le dió órden de correrse hácia la estremidad de nuestra ala izquierda en apoyo del Iquique, y efectuó este peligroso movimiento bajo los nutridos fuegos de las tropas que guarnecian el abra del Colorado y las alturas vecinas.

Fué durante ese desfile cuando sufrió mayores bajas el Atacama, a pesar de que las tropas que defendian el Colorado habian disminuido mucho a causa de los refuerzos enviados al Salto y a las posiciones del centro.

Establecido en el bajo junto con el Iquique, el Atacama despachó la 3.ª y la 4.ª compañias del segundo batallon en refuerzo de la tropa que al mando del capitan Diaz pugnaba por forzar la posicion del Salto, y con este apoyo el valeroso capitan renovó sus esfuerzos por ganar la cumbre y avanzó paso a paso hácia la altura, eficazmente ayudado por los valerosos atacameños, que ahora en medio del fuego demostraban sus grandes dotes de

serenidad y de valor. Unos y otros llegaron pronto a esa parte de la elevada meseta y allí sostuvieron durante largo rato un desigual combate con las tropas que la custodiaban, hasta que la voz de alarma introducida en el campo balmacedista con la muerte de los jenerales, con la carga de nuestra caballeria y con el flanqueo de la 3.ª brigada alcanzó a llegar a los defensores del Salto y los hizo flaquear en su ventajosa resistencia.

Durante ese ataque sufrió el Atacama unas cincuenta bajas de tropa, y de su oficialidad eran heridos el segundo jefe, teniente coronel don Francisco E. Figueroa, que recibió un balazo en la nuca en los momentos de desfilar hácia nuestra izquierda, sin que a pesar del peligroso sitio de la herida pueda ésta considerarse grave, porque el proyectil no alcanzó a romperle el hueso. El subteniente don José Manuel Espiga, copiapino, era herido en una pierna en las mismas circunstancias. El subteniente don Alberto Urenda, tambien de Copiapó, resultaba con un muslo atravesado por una bala que no alcanzó a comprometerle el hueso. El subteniente don Julio Brignole recibia durante el desfile un balazo en el abdómen que le produjo una grave herida, y el subteniente don Florencio Navarrete, copiapino como el anterior, y a quien le faltaba solo el exámen jeneral para recibirse de injeniero de minas, fué herido en un muslo por una bala que le redujo a astillas el hueso, haciendo necesaria la amputacion.

*
* *

El Huasco, que entró en combate a la derecha del Atacama y del Iquique, sufrió 48 bajas durante toda la jornada del 28, y esas bajas, unidas a las diez que tuvo en Concon, forman el total de 58 durante las dos batallas. Segun el parte oficial de su comandante, esta cifra se descompone en 6 muertos y 52 heridos, y de éstos, 4 muertos y 44 heridos corresponden a la accion de la Placilla.

Entre los muertos se cuenta el sarjento mayor don Juan Agustin Fontanes, a quien un casco de granada arrebató la vida durante el lento avance del batallon, y el subteniente don Víctor A. Torres, herido en un brazo en las mismas circunstancias.

*
* *

La Columna de Rifleros, que combatia a las órdenes de su nuevo comandante don Cárlos Rojas Arancibia, se dividió en dos compañias. La primera se mantuvo en proteccion de la artilleria de la 3.ª brigada y acompañó a ésta en su avance desde el cerro de la Granada al Alto del Agua Buena, en donde se mantuvo. La otra, a las órdenes del teniente don Anjel Custodio Espejo, avanzó con los cuerpos de la misma brigada, y por órden del ministro de la guerra, coronel Holley, atacó las casas de la Curtiembre, ocupadas aun por el enemigo, cooperando de ese modo al movimiento que los cuerpos de la 1.ª y de la 2.ª brigadas efectuaban por ambos lados del camino. Cargándose despues a la derecha, tomó parte en las últimas peripecias del combate por ese lado.

De los 150 hombres con que la Columna de Rifleros entró en combate perdió en la batalla de la Placilla 13 hombres, de ellos 6 muertos y 7 heridos, los cuales, unidos a las diez bajas que tuvo en Concon, forman un total de 23 en las dos batallas, segun las listas oficiales.

Entre los heridos se encuentra el teniente don Anjel Custodio Espejo, apreciable jóven tan conocido en este puerto, donde fué una de las primeras víctimas de la dictadura. Arrastrado a la cárcel de Santiago al dia siguiente del movimiento de la escuadra, permaneció allí durante seis largos meses hasta ser desterrado despues al norte con sus demas compañeros de prision en vísperas de la marcha al sur de la espedicion libertadora. Herido ahora en el brazo derecho por una bala que le fracturó el hueso, causándole una grave lesion, todavia no se sabe si logrará salvar el miembro herido o si será preciso someterlo a una dolorosa amputacion.

* * *

Se acercaban las diez de la mañana, y puede decirse que a esa hora era ya absolutamente irremediable la derrota del ejército enemigo. Por todo el frente del empinado cerro seguian trepando trabajosamente nuestras tropas, con lentitud, a causa de las dificultades del ascenso, de las desigualdades del terreno y de las detenciones a que los soldados se veian obligados para cargar y disparar sus fusiles, pero de una manera incesante, fa-

tal, irresistible. Los contrarios se sostenian en la altura, principalmente en su centro y derecha, nó porque juzgasen posible resistir el aterrador empuje de las valerosísimas lejiones que subian en su busca, sino porque en uno y otro punto las contenian las voces, la presencia y el ejemplo de los jenerales Alcérreca y Barbosa La izquierda enemiga, en cambio, o sea el ala formada por algunos de los cuerpos de la division de Concepcion, se hallaba en esos momentos casi en desbande. Destrozados los piquetes y batallones que con tanta confianza avanzaron a flanquear nuestra ala derecha, y reducidos a un corto número de desalentados combatientes los que conservaban su primitiva posicion en los alrededores de la Casa de Pólvora, pronto, al ver asomar mui cerca las amenazantes cabezas de los incansables soldados del Tarapacá y del Esmeralda, arrojaron sus armas y se lanzaron hácia el lado opuesto para seguir cerro abajo por el camino de Valparaiso, engrosando así la corriente de fujitivos que desde media hora antes comenzaba a llegar a la ciudad. El jefe de esa division, coronel don Daniel Garcia Videla, estaba mui lejos de imitar el coraje de Barbosa y de Alcérreca. Por el contrario: en cuanto vió que por allí se formalizaba el combate, en vez de alentar a sus tropas con su presencia se trasladó a retaguardia, al reparado sitio en donde se hallaba el parque de infanteria, y, malgastando su arrogancia en disposiciones y pedidos que cualquiera de sus ayudantes hubiera podido desempeñar satisfactoriamente, permaneció en ese punto hasta que el desbande de su jente le sirvió de señal para emprender a su turno la fuga.

La línea balmacedista quedaba entonces reducida a las posiciones del centro y de la derecha, es decir, a la parte comprendida entre la desembocadura del camino de caracol en el Alto del Puerto y la cumbre del empinado Salto. Toda su izquierda estaba desde ese instante completamente desguarnecida, y por ahí penetrarian mui pronto como desencadenado huracan, conforme a las previsiones de Körner, las valerosas y relativamente descansadas tropas de la 3.ª brigada. En cuanto éstas llegasen a la cumbre, encerrado por completo el ejército balmacedista, no tendria mas recurso que el de lanzarse a toda prisa, desordenado y confuso, por los caminos situados a su espalda—el de la Pólvora y el antiguo carretero a Santiago, conocido ahora con

el nombre de camino de los Polleros o de los Lecheros—para guarecerse, avergonzado y temeroso, en el caserio del ya libertado Valparaiso.

***

Mediante la desercion del ala izquierda enemiga y de su jefe, la estremidad de ese lado de la posicion balmacedista quedaba formada por la artilleria de la brigada de Concepcion, que no parecia mui dispuesta a permanecer durante mucho rato espuesta a los cercanos tiros de la infanteria opositora, y por el rejimiento 2.° de línea, cuyos dos batallones, el uno situado a la izquierda y el otro a la derecha de la artilleria, peleaban con órden y ardimiento dignos de mejor causa, conteniendo con su ejemplo a los soldados de otros cuerpos que ya sentian roidos sus corazones por el punzante temor de la derrota. Los jefes y oficiales del 2.°, con escepcion de su primer jefe, que lo era el coronel don Daniel Garcia Videla, se batian con arrojo temerario, dirijiendo y organizando a sus hombres con tal empeño, que ya los nuestros distaban solo unos cincuenta pasos de sus primeras líneas, y ellos todavia se sostenian impertérritos y ciegos. Daba verdadera compasion, mezclada con amargos arranques de cólera y de despecho, ver batirse aquellos hombres con semejante decision en defensa de la mas injusta y menguada de las causas; y la presente actitud del 2.° en la Placilla, así como el 21 la de los demas rejimientos de línea en Concon, infundian en los corazones de los opositores un vivo sentimiento de patriótico rencor contra los jefes y oficiales de ese brillante ejército los cuales, faltos de criterio, de intelijencia o de probidad, y confundiendo su nobilísima mision con la de simples mercenarios o aventureros, así defendieron antes en encarnizadas batallas la bandera de la patria contra el enemigo estranjero como sostenian ahora con vigor y bravura los estrechos intereses y egoistas miras de un tirano infatuado y temerario, llegando a figurarse tal vez que no era la nacion sino él quien de su bolsillo los alimentaba y los pagaba.

A la derecha del 2.° y camino de por medio se hallaba siempre el rejimiento de artilleria mandado por el coronel Fuentes, malamente defendidas sus piezas por los desanimados grupos

de los movilizados que habian ido subiendo en derrota desde el camino de caracol y desde la falda y por los restos nuevamente acobardados de algunos de los cuerpos de línea que se batieron en Concon. Todos los desordenados infantes que en este punto resistian se hallaban mas dispuestos para la fuga que para la pelea; y si se sostenian aun, a pesar de la proximidad de los nuestros, ello no era debido mas que a la actitud enérjica y resuelta del comandante jeneral de artilleria, coronel Fuentes, que los contenia y animaba con su actitud, con sus palabras y con su presencia. Lejos de imitar a su colega Garcia Videla, el coronel Fuentes, a pesar de su profesion de artillero, tan lejos se hallaba de hurtar el cuerpo a las balas, que en una de las contínuas asomadas que de a caballo hacia al borde de la meseta para empujar hácia allí a los infantes, alentar a los que combatian u observar el avance de sus adversarios, fué herido en una pierna por un proyectil opositor que se la pasó de parte a parte. Los cirujanos y ambulancias del ejército enemigo brillaron por su ausencia desde el principio de la batalla, no sabemos si porque se hicieron humo las injentes sumas gastadas en su organizacion y mantenimiento o porque se hicieron humo ellos al notar que los suyos iban de pérdida, es decir, cuando mas necesarios hubieran sido sus servicios. Por esta causa el coronel Fuentes tuvo que dirijirse al vecino rancho de una pobre viejecita que, acurrucada en el suelo y rosario en mano, rogaba a Dios hiciera cesar pronto aquella terrible carniceria. La vieja cortó con mano temblorosa la franja de los pantalones del coronel, se los descosió a indicacion suya, lavó, curó y vendó la dolorosa herida, que arrancaba enérjicas imprecaciones al paciente, y éste, montando de nuevo a caballo, regresó presuroso a ocupar su puesto.

***

Mas allá de la artilleria de Fuentes, o sea a lo largo de la cumbre del espolon del camino carretero, y hasta llegar al Colorado, no era mas halagüeña la situacion del ejército balmacedista a la hora que hemos indicado. Las tropas se mantenian aquí en combate, pero desganadas e irresolutas, casi rendidos por mortal cansancio algunos de los soldados, y desesperanzados

los más de poder conseguir la victoria contra sus valerosos adversarios, que ahora avanzaban al asalto decididos como nunca y poderosamente reforzados por numerosas y granadas tropas de refresco. Muchos de los que ocupaban la falda, en vez de replegarse hácia la altura permanecian ocultos en las torrenteras y pliegues del terreno, y en cuanto veian cerca a los constitucionales enarbolaban pañuelos blancos o ponian culata-arriba sus fusiles en señal de rendicion. Presta y afablemente acojidos por sus vencedores, parecia como que este pasajero contacto con los esforzados y entusiastas defensores de la libertad tuviera el don de devolverles sus ánimos y su empuje, y entonces, subiendo a la par con ellos, volvian sus armas contra los mismos cuyas filas acababan de abandonar.

De modo que si los enemigos se sostenian en esa parte de la meseta no se debia a sus propios ánimos sino al respeto que la presencia del jeneral Barbosa les imponia. Este recorria de uno a otro estremo la línea establecida en el borde, recomendando a los soldados que apuntaran bien y que no pararan un instante sus fuegos; y tan eficaces resultaban sus indicaciones, que los cuerpos que por allí atacaban, o sea el Antofagasta, reforzado por grupos del Valparaiso, del Chañaral y del Huasco, se veian a cada instante detenidos y casi arredrados por la terrible mortandad que en ellos causaban los proyectiles dictatoriales, dirijidos poco menos que a mansalva desde la altura.

Y, no contento con esta accion directa y personal, el jeneral Barbosa acudia presuroso en busca de los reacios, de los desbandados y de los miedosos que se iban alejando de las filas. Los atajaba, los reunia y los acompañaba hasta dejarlos en la línea de batalla, nó imperioso, amenazador ni altivo, sino diciéndoles amistosamente:

—No se retiren, niños; ¡no se retiren! ¡A pelear otro poquito! Ya los vamos derrotando... Con otro empeñito los echamos cerro abajo, y entonces la victoria es nuestra.

Y los infelices, mal convencidos por aquellas palabras, porque sentian que el fuego de los nuestros se acercaba por instantes a la cumbre, regresaban, sin embargo, resignados y mohinos, pero sin atreverse a levantar la voz ni querer esponerse a ser tachados de cobardes por su obstinado jeneral.

***

El abra del Colorado era sin duda el punto en donde con mas ventaja se sostenian aun las tropas balmacedistas. Algo se habia debilitado su defensa con el envio de refuerzos hácia el Salto por un lado y hácia la cumbre del espolon del centro por el otro, pero siempre seguia siendo el terrible anfiteatro una posicion tan invulnerable como el camino de caracol contra un ataque de frente. Los nuestros por eso no intentaban forzarlo. Se contentaban con amagarlo desde el bajo, como lo hacian el Atacama, el Iquique y parte del Chañaral, impidiendo de ese modo que de allí saliesen nuevos refuerzos, pero manteniendo a toda costa el ataque por el Salto, a cuya falda iban llegando a cada instante grupos del Atacama en apoyo de los del Iquique.

Como Barbosa en la cumbre del espolon, aquí el jeneral Alcérreca recorria a cada instante las posiciones ocupadas por su division. Tranquilo por lo que respecta al punto que le habia tocado resguardar, no podia menos, sin embargo, de hacer contínuos viajes hácia el centro para imponerse de la situacion de estas tropas y conferenciar con Barbosa sobre las probabilidades de la batalla. En una de esas escursiones, alarmado por el silencio de la estremidad izquierda, interrogó a Barbosa sobre el particular; pero éste, que tenia suma confianza en las dotes militares del coronel Garcia Videla e ignoraba por completo su fuga, le contestó:

—Por ahí no hai cuidado. Nada me ha mandado decir Garcia.

Alcérreca se separó algo intranquilo, porque no tenia del reciente fujitivo la misma idea que su jefe; pero no eran los momentos para detenerse a discurrir sobre ningun tema delicado. La situacion, aun dando por presente al coronel Garcia y sus tropas, iba siendo cada vez mas crítica y angustiada. Las fuerzas del camino de caracol acababan de ser destruidas; el avance de los nuestros hácia la cumbre continuaba por diversos puntos sin que ninguna resistencia lo detuviera; la moral de los defensores de la meseta iba a cada instante debilitándose; el 2.° de línea llevaba perdida como la tercera parte de su efectivo, y ya no habia reserva alguna de que echar mano.

Admira cómo en tan apurado trance no se les ocurrió a los jefes contrarios echar mano de la caballeria para aumentar sus medios de defensa. No menos de ochocientos jinetes se hallaban desde el principio de la accion formados a retaguardia de una y otra estremidad de la línea de combate, resguardados por el bor-

de opuesto de la meseta, descansados y sin esperanza alguna de emplear útilmente sus cabalgaduras contra los que avanzaban cerro arriba. Sus rápidas carabinas, aumentando el fuego de los infantes y tan eficaces como los fusiles de éstos para disparar contra enemigos que ya se batian a pocos metros de distancia, hubieran sido un ausilio importantísimo para los disminuidos, fatigados y desalentados combatientes. A nadie, sin embargo, se le ocurrió hacerlos desmontarse y avanzar. Permanecieron alejados, escondidos, mudos, inútiles, sin tomar parte alguna en la pelea. Su papel iba a ser tan pobre, que ni contra nuestros jinetes desenvainarian sus relucientes sables. Estos darian su carga cerro arriba sin estorbos, y los Cazadores, los famosos Cazadores, apenas desplegarian sus labios para decir humildemente por boca de uno de sus jefes:

—Los Cazadores están rendidos.

***

Cuando el desaliento de una segura derrota se apoderaba a cada instante con mayor fuerza de los ánimos de los defensores del dictador, la situacion y condiciones del ejército constitucional descubrian que su triunfo estaba sumamente cercano. De los puntos atacados, solo la cumbre del espolon central y la del Salto resistian con algun éxito, nó porque consiguieran mantener a raya la oleada de tenaces invasores que iba subiendo poco a poco a la altura, sino porque sus fuegos, mediante el empeño de los jefes que hemos nombrado, se mantenian vivos y sostenidos en el borde de la meseta, causando numerosas bajas entre los valerosos asaltantes. La resolucion de triunfar, el crecido número de los que ahora combatian de nuestro lado y el desaliento progresivo de los contrarios, desaliento de que a cada rato se recibia pruebas patentes y noticias fidedignas por medio de las relaciones y de la actitud de los pasados, fortificaban con la seguridad de un pronto triunfo la bravura y el arrojo de los constitucionales. Toda la infanteria opositora se hallaba entonces estendida por la falda y la base del empinado monte que cuarenta minutos antes ocupara con alardes de victoria el enemigo. La artilleria misma habia avanzado en parte hasta el pié del Alto y desde allí lanzaba certeros tiros hácia la altura. Las piezas

Grieve del rejimiento número 3, o por haber agotado sus municiones o para no ofender con sus proyectiles a los nuestros que se encontraban junto al borde de la cumbre, lanzaban repetidos disparos con inofensivos cartuchos de fogueo, a fin de que siquiera la atronadora música de los cañones, ya que nó sus proyectiles, sirviera de estímulo a los valerosos infantes. Las dos grandes masas de caballeria, avanzando a retaguardia de una y otra ala, se acercaban tambien al formidable cerro: la de la izquierda resguardándose contra las granadas enemigas en las peladas lomas situadas junto a la Chacarilla, frente al espolon central, y la de la derecha metiéndose por las colinas que ya la 3.ª brigada habia conquistado en su marcha victoriosa.

Un empuje tremendo, irresistible y último se preparaba y no tardaria muchos minutos en realizarse. Por la derecha, por el centro, por la izquierda, por todas partes trepaban el cerro los soldados libertadores con ímpetu, arrojo y entusiasmo verdaderamente maravillosos. Una especie de obstinada y ardorosa competencia parecia haberse establecido entre las grandes agrupaciones que subian por diversos puntos. La que mayores ventajas tenia en su favor era sin duda la que formaba nuestra estremidad derecha; y en efecto, el Tarapacá y el Esmeralda, antes que nadie, llegaban jadeantes y desaliñados a la cumbre de la meseta, se establecian en la loma avanzada en donde se levanta el lúgubre edificio de los almacenes de pólvora, y, no encontrando enemigos allí, al mismo tiempo que hácia su izquierda sentian el estrépito de la fusileria y los estampidos de los cañones de las baterias Fernandez Vial y Fuentes, se detenian algunos instantes a respirar y reorganizarse, con el intento, una vez todos reunidos, de avanzar por la espalda y flanco izquierdo enemigos y atacar entonces de repente a los descuidados dictatoriales.

El golpe estaba dado, y con un éxito superior quizá a las previsiones mismas del jefe que lo preparara. La retirada natural del enemigo hácia su base de operaciones, es decir, hácia Valparaiso por el camino principal, quedaba cortada. Solo los de la Pólvora y de los Lecheros seguian accesibles, y para eso tendrian los fujitivos que echarse barranca abajo perseguidos por los tiradores constitucionales, que los fusilarian por la espalda, o atravesar una ancha loma espuesta por completo a nuestros tiros.

Como en Concon, habiamos flanqueado y cortado al enemigo por su izquierda, y, como en Concon tambien, esta maniobra decisiva, oculta, abrumadora, rápida, era debida a la iniciativa personal y al ojo esperto del hábil cuanto sereno y valiente Körner.

*
* *

Pero en los momentos mismos en que esos dos cuerpos llegaban a la cumbre por nuestra derecha, en todo el resto del campo constitucional se iniciaba tambien, como deciamos, el empellon soberbio y poderoso que debia darnos en pocos instantes el dominio total de la meseta. El comandante en jefe de nuestro ejército, que observaba el desarrollo de la batalla desde las inmediaciones de la Chacarilla y que notaba la resistencia, al parecer porfiada y animosa, pero en realidad artificial y forzada, que nos oponia el enemigo por su centro y derecha, creyó que habia llegado el momento de coadyuvar a la accion de la infanteria, que se acercaba ya al borde de la cumbre, y dió órden a la caballeria para que cargase sobre el núcleo de resistencia formado en derredor de los cañones de la bateria Fuentes.

Si se reflexiona que los cuerpos de caballeria de nuestra izquierda—los Guias, los Lanceros y los Húsares— tenian que atravesar el espacio que los separaba del pié del Alto espuestos sin defensa ni resguardo a los tiros de los infantes y de los artilleros balmacedistas, y que inmediatamente debian ascender paso a paso la larga cuesta en una estension de mas de 250 metros para llegar a la altura de cien de la cumbre, avanzando destacados sobre sus cabalgaduras, imposibilitados para hacer uso de sus armas, presentando cercano y espuesto blanco a los disparos enemigos, se comprende que tan temeraria carga, que solamente circunstancias estremas pueden aconsejar (segun las palabras del comandante en jefe de nuestro ejército), tan temeraria carga no tenia en su favor mas probabilidades de éxito, dada la conformacion de las posiciones dictatoriales, que los asomos de definitiva derrota que ya comenzaban a presentarse en toda la estension de la disminuida línea contraria.

El cercano fuego de la infanteria constitucional sirvió a lo menos de algun reparo a nuestros bravos jinetes, que se apresu-

raron a poner en ejecucion la órden de su jefe moviéndose de las lomas que los ocultaban en el llano y avanzando en direccion al espolon central coronado por la artilleria.

***

Mas, mientras ellos se encaminaban hácia la altura, llevando la delantera los Húsares, siguiéndoles los Lanceros y cerrando los Guias la retaguardia, el primer batallon del Esmeralda y los soldados del Valparaiso que peleaban a las órdenes del mayor Almendroza coronaban la cumbre un poco mas acá del punto adonde habian desembocado el Tarapacá y el segundo batallon del Esmeralda, y, luchando casi cuerpo a cuerpo con los restos del 2.° que todavia se sostenian, llegaban a estrecharse con ellos hasta a unos diez metros de distancia. El Tarapacá y el primer batallon del Esmeralda, reorganizados ya, avanzaban entonces a toda prisa en apoyo de sus compañeros. Al verlos acercarse, los artilleros de la brigada de Concepcion, aislados a la derecha nuestra de la desembocadura del camino, abandonaban sus piezas, y los unos a pié, los otros a caballo, y algunos soldados en las mulas del cuerpo, se lanzaban en pavoroso tropel por el camino de Valparaiso. Los constitucionales, apoderándose presurosos de los cañones y abocándolos a los fujitivos, les lanzaban tres o cuatro disparos y corrian a encerrar por el flanco a los soldados del 2.°

Pero ya éstos, muertos o heridos sus oficiales, habian puesto término a su resistencia acosados por los grupos del Valparaiso y del primer batallon del Esmeralda. Con tanta premura y destreza como la que habian empleado para combatir, se sacaban ahora los pantalones lacres que servian como de divisa a los dictatoriales y descubrian debajo unos pantalones azules que llevaban puestos por no tener espacio suficiente para contenerlos en sus lujosos y bien provistos morrales.

El grueso del Valparaiso, el Pisagua, el Taltal y el Constitucion llegaban casi al mismo tiempo al borde de la meseta, al costado izquierdo del camino carretero, y sostenian allí el último combate con grupos de diversos cuerpos, grupos en que predominaban los soldados del 10 de línea. El Pisagua, exasperado por la resistencia, armaba sus bayonetas y se lanzaba sobre los

que tenia a su frente; pero éstos, sin esperar el choque, emprendian la fuga dejando franco el paso al rejimiento opositor. Solo unos cuantos metros separaban aquí de la cumbre a nuestros infantes, y, una vez rechazados sus adversarios, se lanzaban a la carrera a fin de coronar cuanto antes el Alto.

La izquierda enemiga y parte del centro quedaban, por lo tanto, dominadas y vencidas, y esto equivalia desde luego a la derrota completa de todo el ejército dictatorial; pero en el frente y la derecha del punto ocupado por la artilleria de Fuentes, o sea en la cumbre del espolon central, aun se sostenia con tenacidad y enerjia, gracias a los esfuerzos del comandante jeneral de artilleria y del jeneral Barbosa. Por aquí atacaban, como dijimos, el Antofagasta, el Chañaral, el Huasco y algunos grupos del Valparaiso, y todos ellos, diezmados por las balas de la infanteria y por los repetidos tarros de metralla que les lanzaba la artilleria, sostenian penosamente pero con firmeza su avance.

Fué esta situacion la que indujo al coronel Canto a disponer que la caballeria les ayudase dando su estraña carga cerro arriba, y pronto, adelantando los jinetes por entre los grupos de fusileros, barrerian al enemigo de sus posiciones y pondrian definitivo término a la batalla.

Por el lado del Salto avanzaban tambien de nuevo nuestros soldados. Las fuerzas del capitan Diaz se vieron reforzadas al fin por numerosos grupos del Atacama, y ahora, a pesar de las dificultades del ascenso, el empuje de los soldados del Iquique parecia irresistible. Muchos de los balmacedistas que habian bajado desde la cumbre a combatirlos se pasaban a las filas constitucionales, y esto y los contínuos refuerzos que subian desde el bajo iban engrosando de tal modo a los asaltantes, que ya trepaban la parte superior de la barrancosa falda y pronto se encontrarian en la meseta, no obstante el nutrido fuego que se les dirijia siempre desde la altura y desde la vecina abra del Colorado.

En suma: a las diez y cuarto de la mañana domináhamos de tal modo el campo, que la derrota del ejército dictatorial podia considerarse consumada. Faltaba solo que nuestra caballeria le diese con su carga el golpe de gracia, y éste no tardaria.

Esparcidos los tres escuadrones por la falda del espolon, subian penosamente, en efecto, buscando los desfiladeros mas prac-

ticables, el fondo de las quebradas y el reparo de las torrenteras para llegar a la meseta. Ya se acercan a las líneas de nuestros tiradores, se confunden con ellos, los dejan atras, reciben sin defensa el horroroso fuego con que desde la cumbre tratan los contrarios de destrozarlos y confundirlos, avanzan sin vacilacion aunque van sembrando de cadáveres la falda, llegan por fin al borde de la meseta, organizan sus filas, y con las lanzas en ristre y los sables en alto se lanzan a todo escape sobre los defensores de la artilleria.

Nuestros infantes vuelan al mismo instante cerro arriba siguiendo de cerca a los fogosos jinetes, que no podian avanzar sino al paso por aquella pendiente falda y que soportaban estoicamente, mientras tanto, el horroroso fuego del enemigo. Mas, por mucho que los infantes se apresuren, al llegar arriba se encuentran con que ya todo ha concluido por el centro. Solo en la derecha enemiga resuenan en esos momentos los últimos disparos de la batalla.

***

En el avance simultáneo y ardoroso de los nuestros contra la línea enemiga, los bravos del Iquique y del Atacama que emprendian el escalamiento del Salto no podian contentarse con ser mui aventajados por las tropas constitucionales que subian hácia la meseta por la derecha y el centro. Reforzada la 1.ª compañia del segundo batallon del Iquique por grupos numerosos y de refresco y acompañado el capitan Diaz en su peligroso ascenso por el bravo capitan del Atacama don Rodolfo Prieto, que habia llegado a la falda con la jente mas avanzada de este cuerpo, pronto, al divisar las numerosas hileras de jinetes opositores que se lanzaban audazmente al asalto por su derecha, se organizaron a la lijera para dar la postrera acometida a los defensores de la cumbre.

Estos, acobardados ya como sus compañeros del ala opuesta, y menos numerosos que al principio a causa de los refuerzos que a última hora les fué preciso mandar desde allí en defensa del centro, no opusieron grande ni tenaz resistencia al nuevo ataque de sus adversarios. Muchos, al ver a los nuestros junto al borde, arrojaron sus armas y emprendieron precipitadamente la

fuga. Muchos tambien, y principalmente del rejimiento Santiago, que tenia destacadas allí dos compañias, se pasaron gustosos a nuestras filas y continuaron con ellas el avance.

La cumbre del Salto estaba casi desierta. El jeneral Alcérreca, al notar los primeros rechazos que los del Iquique habian esperimentado, creyó que un pequeño número de tropas bastaria para sostener con ventaja aquella fuerte posicion, y, llamado por Barbosa, acudió con cuantas fuerzas tenia disponibles a defender el atacado espolon del centro. En el Salto solo quedaron las dos o tres compañias que acababan de ser derrotadas por los nuestros, a pesar de que en unos ranchos vecinos se encontraba el parque de municiones de la infanteria enemiga. El capitan Diaz, en cuanto recibió la noticia, se puso a la cabeza de los 140 hombres que con él acababan de llegar a la meseta y corrió a rodearlo y atacarlo, suponiendo que allí se ocultaria algun numeroso destacamento balmacedista.

No habia nadie, sin embargo. Solo un capitan del 3.° línea, vergonzosamente borracho, custodiaba tan importante sitio. Tal vez sus soldados emprendieron la fuga al ver acercarse a los nuestros, pero el oficial lo ignoraba. Al ver presentarse al capitan Diaz, que le intimaba rendicion, él a su turno, sacando torpemente su revólver, se la intimó a su contrario; y en medio de feroces imprecaciones y de groseras palabrotas contra la causa sostenida por los constitucionales se preparaba a hacer fuego, cuando algunos soldados se vieron en la precision de matarlo para impedirle que disparara.

Las municiones estaban desparramadas por el suelo, y todo aparecia en el mismo desórden que el jefe del puesto. El capitan Diaz se estableció allí para dar descanso a su jente, reorganizar sus grupos y esperar que se le reunieran todos los que venian en pos suya por la falda. Su compañia, que, como dijimos, constaba de 90 hombres al entrar en combate, se hallaba reducida a 44. Habia perdido 46, más de la mitad, durante su porfiado ataque a la alta cumbre que por fin ahora dominaba.

Los soldados se proveyeron de municiones en el parque enemigo hasta completar doscientos tiros por cabeza; algunos cambiaron sus fusiles por los flamantes que allí existian, y luego, reunidos los primeros asaltantes con los que a cada momento iban llegando, los grupos del Atacama y del Iquique, perfecta-

mente ordenados y al mando de sus clases y oficiales, avanzaron a ocupar en toda su anchura aquella estremidad de la meseta.

Mediante tal maniobra, que fué ejecutada con entusiasta prontitud, la derecha de la posicion enemiga quedaba tan cerrada como la izquierda a los fujitivos que buscasen su salvacion por ese lado. El ejército dictatorial estaba entonces reducido a su centro, y pronto la carga de los tres escuadrones no le dejaria otra alternativa que la de perecer sin fruto o rendirse humildemente a discrecion.

***

La caballeria constitucional, como se recordará, se hallaba dividida en dos grandes agrupaciones, que seguian de cerca los movimientos de las estremidades izquierda y derecha de nuestro ejército. La de la derecha, formada por los escuadrones Granaderos, Libertad y Carabineros, bajo las órdenes del comandante don Rodolfo Ovalle, jefe de Granaderos, siguió desde el principio las huellas de la 3.ª brigada y no tuvo ninguna oportunidad para tomar parte en la batalla. La de la izquierda, compuesta de los escuadrones Guias, Lanceros y Húsares de la Frontera, a las órdenes del comandante don Vicente del Solar, jefe de los Guias, avanzó a retaguardia de la 2.ª brigada; y cuando ésta se hubo empeñado en el combate en refuerzo de la 1.ª, se situó detras de una de las lomas vecinas a la antigua cancha de carreras, en donde se hallaba en disposicion de moverse a la primera señal y resguardada al mismo tiempo contra los proyectiles enemigos.

Cuando en esta segunda y última parte de la accion creyó el coronel Canto que nuestro centro podia encontrarse en peligro a causa de la tenaz resistencia que allí oponia el enemigo y mediante la llegada de las tropas que a las órdenes de Alcérreca acudian desde el Colorado y el Salto a reforzar a los defensores de la altura por la izquierda nuestra del espolon, mandó a uno de sus ayudantes, el sarjento mayor don Julio Sanhueza Pacheco, a comunicar al comandante Solar la órden de que desplegara sus escuadrones y se dejara ver por los dictatoriales, a fin de que esta demostracion de fuerza los impresionara y quizá hasta los amedrentara. Pero diez minutos mas tarde, y cuando el co-

mandante Solar comenzaba a poner en práctica el anterior mandato desfilando hácia su izquierda y llevando la delantera los Lanceros, siguiendo a éstos los Guias y cerrando la marcha los Húsares, un nuevo ayudante del Cuartel Jeneral, el capitan don Alfredo Irarrázaval, llegó con la órden de que la caballeria diese en el acto una carga cerro arriba.

Por hallarse el comandante Solar alejado del punto en donde poco antes lo encontrara el mayor Sanhueza, el capitan Irarrázaval comunicó la disposicion del coronel Canto al comandante de los Húsares, sarjento mayor don Tulio Padilla; y éste, viendo que el punto designado como objetivo por el Cuartel Jeneral se hallaba mucho mas cerca por la derecha que por la izquierda de la loma, torció bridas con su jente, dió aviso del cambio al comandante Solar, y emprendió al instante a galope el avance sobre el Alto del Puerto.

Los otros dos escuadrones lo siguieron, y todos, salvando a la carrera el espacio dominado por la artilleria balmacedista y desfilando con la misma lijereza por el puente que debian atravesar, se dirijieron presurosos hácia el peligroso sitio adonde se les enviaba. Los jefes, oficiales y soldados de Húsares, principalmente, querian demostrar—y pronto lo conseguirian con creces—que en valor y empuje podian competir con los bravos del norte, y que si al lado del tirano uno y otro les faltaban, no era debido ello a falta de aliento en sus pechos, de pujanza en sus brazos ni de altivez en sus corazones, sino únicamente a que consideraban como una vergüenza para sí propios y como una afrenta para la patria la subsistencia de un despotismo sanguinario y oprobioso.

*
* *

Atravesado con rapidez el espacio que los separaba del pié del Alto, comenzaron nuestros jinetes a subir la falda por un sendero que los llevaba al punto en que el Antofagasta y sus refuerzos se batian con las líneas del borde de la meseta. La ascension era, naturalmente, mas difícil para ellos que para los infantes; y tan espuesta se hallaba a los tiros de la altura, que si en realidad, como se presumia, avanzaran los dictatoriales en son de triunfo, de seguro que ningun soldado de caballeria

constitucional hubiera alcanzado a llegar vivo a la meseta. Pero, acorralado ya el enemigo por su izquierda y derecha, cansados y prestos a declararse en derrota la mayor parte de los infantes que defendian las piezas de la artilleria Fuentes, y hostigados de cerca por los nuestros, que no retrocedian un punto, solo algunos grupos de tiradores pudieron dedicarse al principio a la tárea de fusilar a mansalva a los nuevos asaltantes.

Estos, por otra parte, procuraban ampararse entre las barrancas cavadas por las torrenteras; pero como el declive del fondo de éstas era en partes demasiado violento, se veian obligados a subir paso a paso, deteniéndose a veces para buscar salida cuando una pendiente mas abrupta hacia impracticable el terreno para los jadeantes caballos.

Luego los tres escuadrones se repartieron en otros tantos grupos para poder llegar a un tiempo a la cumbre. Los Lanceros avanzaron por nuestra izquierda, a lo largo de la torrentera o quiebra llamada del Alamito, a causa sin duda del álamo que se alza en ella como a media falda, y de este modo irian a desembocar por el flanco derecho de la bateria enemiga. Los Guias torcieron a la derecha, buscando la proteccion de los barrancosos promontorios que respaldan el camino de caracol y debiendo así salir a la cumbre por la desembocadura misma de la disputada y ya desierta carretera; y los Húsares, trepando por el centro del espolon, avanzaron de frente contra la terrible bateria.

Estos últimos ocupaban, por lo tanto, el sitio mas espuesto a los tiros de la cumbre; de modo que sus bajas comenzaron a ser numerosas desde el principio. Su mismo comandante, el mayor Padilla, era alcanzado por una bala; pero esto, lejos de arredrarlo, pareció infundirle nuevos brios. Animando a sus hombres, que espoleaban desapiadadamente a sus cabalgaduras, pronto llegó al sitio en que el Antofagasta tenia establecidas sus líneas.

El comandante Goñi acojió con trasportes de júbilo a los recien llegados. Su situacion en aquel punto, en donde el enemigo habia concentrado sus últimas tropas y en donde, bajo la inmediata direccion y vijilancia de los jenerales Barbosa y Alcérreca, agotaba tambien sus últimos esfuerzos, comenzaba a ser, si no comprometida, difícil y riesgosa. Aclaró

entonces los grupos de su rejimiento para ceder el paso a los Húsares; ordenó al Antofagasta que siguiera cerro arriba detras de la caballeria, y, arrastrado por su ardoroso valor, y encontrándose todavia de a caballo, como durante todo el curso de la refriega, decidió tomar parte en la peligrosa carga. Torció, pues, las riendas a su corcel, dió a su jente el postrer grito de ¡adelante!, desenvainó su espada, señaló con ella la altura y se lanzó en compañia de los audaces jinetes.

***

El fuego de los dictatoriales se descargaba entonces homicida y horrísono sobre el nuevo escuadron constitucional. Hombres y caballos rodaban por la falda heridos de cerca por un torbellino de proyectiles. A las incesantes descargas de la infanteria se unian los constantes tronidos de los cañones, que despedian ardientes bocanadas de arrasadora metralla. Los artilleros que no servian las piezas, acercándose al borde de la meseta, aumentaban con el disparo de sus carabinas el espantoso tiroteo. El temor estimulaba en todos la actividad y el esfuerzo. Porque si esos fieros jinetes lograban llegar hasta los cañones, ¿quién impediria entonces el avance de la jente de a pié que los seguia? ¿Quién, una vez ellos arriba, quién podria librarse de los tajantes golpes de aquellos anchos sables cuyas bruñidas hojas, iluminadas por el sol, despedian reflejos siniestros, asustadores y deslumbrantes? Repetian, pues, sus tiros, multiplicaban nuestras bajas, pero los bravos jinetes no cejaban un instante por eso. Seguian impertérritos, silenciosos, lúgubres, apretando con nerviosa mano la empuñadura de sus entonces inútiles armas, pero acumulando cólera en sus pechos y vigor inquebrantable en sus puños varoniles a fin de destrozar con incesantes y rabiosos golpes las duras cabezas de aquellos serviles instrumentos de la odiosa tirania.

Mas no solo a los valerosos Húsares eran incapaces de aterrorizar entonces los dictatoriales con sus abrumadoras descargas. Las escenas de muerte se repetian, las balas silbaban, se esparcia la metralla, y sin embargo aquel ambiente matador y terrífico tenia el don de atraer en su busca a los valientes. El segundo jefe del Antofagasta, el sarjento mayor don Francisco

Cabezon, se sentia impulsado tambien, como el comandante Goñi, hácia el espuesto sitio donde se daba la carga. Hallándose a caballo igualmente, como lo habia estado durante todo el curso de la batalla, y viendo que su jefe y amigo desaparecia entre las filas de los Húsares, no se resolvió a permanecer a retaguardia de la carga y metió espuelas a su caballo para seguir a Goñi. Pero, no bien hubo dado tres o cuatro pasos hácia la altura, una certera bala le penetraba de alto abajo por el pecho, y desgarrándole a su paso el animoso corazon, le producia al instante la muerte. Sus soldados, que lo vieron animador, incansable y fogoso en los momentos mas reñidos de la pelea, deploraban su fallecimiento prematuro y funesto en los instantes mismos en que la victoria definitiva se adivinaba tan próxima, y entonces, furiosos contra la ciega fortuna que de ese modo segaba una existencia tan fecunda, tan juvenil y tan querida, y mas furiosos aun contra los bárbaros autores de aquel doloroso sacrificio, corrian desalados a vengarlo, y, acariciando con cruel sonrisa sus bayonetas, se preparaban a hundirlas implacables en los mezquinos pechos de los sicarios.

* * *

Y mientras los Húsares avanzaban de frente hácia el centro mismo de la bateria enemiga, los Lanceros y los Guias, al reparo de las barrancas, subian con cuanta rapidez les permitia la pendiente falda, o sea casi al paso, a envolverla por uno y otro flanco. Tanto el camino de caracol por donde iban a desembocar los Guias como la torrentera por cuyo fondo marchaban los Lanceros, llegan a la meseta del Alto por puntos situados casi a espaldas del promontorio que ocupaban las piezas; y como los infantes y artilleros dictatoriales, abstraidos por el ataque de frente que les llevaban los Húsares, no tenian ni oportunidad, ni tiempo, ni serenidad para observar otros sitios que el inmediata y directamente amenazado, aquellos dos escuadrones ganaban terreno sin verse mui hostigados por las balas de los sostenedores de la cumbre. Gracias a esto, a pesar del mayor espacio que debian recorrer, llegarian arriba en los momentos en que los Húsares colocaran los pechos de sus animosos corceles en las bocas mismas de los cañones, y de este modo el

último acto de la tremenda trajedia seria, como los anteriores, una combinacion feliz y bien dispuesta, en armonia con las sábias reglas del arte dificultoso y terrible de la guerra.

Los sacrificados Húsares avanzaban entretanto incontrastables, inconmovibles, ríjidos, soberbios, traspasando la línea que separa el valor del heroismo a cada nuevo paso que daban hácia la altura. Sus nobles animales, que husmeaban el peligro y escuchaban los cercanos y ensordecedores estallidos, ni se espantaban ni retrocedian. Al contrario: como si el espíritu de sus amos les infundiera coraje, subian sin detenerse, a pesar de los jadeos y resoplidos a que los obligaba su cansancio. En medio del torbellino de muerte que desde arriba soplaba, de los atronadores estampidos de los cañones y del incesante estrépito de la fusileria, no podian los soldados oir los estridentes gritos de ánimo de sus jefes y oficiales; pero éstos, más con sus actitudes y ademanes que con sus arrogantes palabras, mantenian encendido en belicoso ardimiento el ánimo inquebrantable de su tropa. Toda ella estaba convencida de que en tan terrífico trance no le quedaba otro recurso que el de morir peleando; porque ¿cómo habian de perdonarle nunca los defensores del déspota el abandono voluntario y entusiasta de las banderas de la hartura, de la comodidad y del regalo por seguir las de unos revoltosos que solo palabras—libertad, justicia, constitucion, legalidad, derecho—palabras y nada más, les prometian? Avanzaban, pues, inflexibles y osados, se acercaban más y más a los cañones, y a medida que se acercaban, sus cadáveres y los de sus jenerosas bestias se desplomaban a montones sobre la falda. Ya las balas, en efecto, no hacian casi heridos: disparadas a pocos pasos y contra adversarios que no podian contestarlas, buscaban las partes mas sensibles, el corazon y la cabeza, y producian la muerte.

***

Tan horrible sacrificio debia, sin embargo, tener un término. De los 257 Húsares que iniciaron la carga, 50, cerca de la quinta parte, habian caido envueltos en pocos minutos por las mortales ráfagas desencadenadas desde la altura. De los 12 oficiales, 6 yacian en el campo. Y entre las 44 bajas de tropa, la mayor parte correspondian a los muertos.

Pero los sobrevivientes de aquel lucido escuadron de 257 plazas llegaban al fin a la bateria; y clavando entonces los hijares de sus corceles con convulsivo movimiento, toda la rabia almacenada en sus pechos, todo el vigor de sus inquebrantables corazones se les subieron de golpe a la cabeza, comunicando a sus puños la fuerza de irresistibles arietes. Junto con el brinco de asalto de los embravecidos caballos levantaron ellos los relucientes sables, y con brazo de acero, con esfuerzo de colosos, comenzaron a descargarlos sobre los pertinaces defensores de la tirania. Algunos de éstos que pretendieron resistir, solo consiguieron aumentar con sus cuerpos la matanza. Casi todos huyeron, los unos a la derecha, los otros a la izquierda, atropellados y despavoridos.

En ese momento mismo desembocaban por uno y otro lado en la meseta los Lanceros y los Guias, y entonces los tres escuadrones acorralaron como a piño de asustadizas ovejas a los míseros carneros de la tirania. Los fuertes sables y las lanzas penetrantes se cebaban sin descanso en las cabezas y espaldas de los enloquecidos dictatoriales. El fuego de cañon y de fusil habia cesado: solo se escuchaba el ruido seco y metálico de las cortadoras armas, la sonajera de las vainas al chocarse, el ruido de las espuelas, las ágrias y espantables voces de los implacables vencedores.

Tambien la carniceria cesó. Arrodillados, contritos, llorosos, los vencidos pedian gracia en medio de femeniles clamores, y los bravos jinetes, hartos mui pronto de matanza, deponian su arrebato, dejaban en reposo sus lanzas y sus sables, tintos ya en enemiga sangre, y solo entonces, dando una mirada en torno, sentian henchidos de entusiasmo sus pechos y saludaban la victoria con gritos estrepitosos y prolongadas aclamaciones. "¡Viva la Constitucion! ¡Viva el Congreso!" gritaban; y suavizando el ceño del combate para abrir sus corazones a la fraternidad y a la alegria, se abrazaban mútuamente entre dulces trasportes de cariñoso regocijo.

Estas cordiales manifestaciones resonaban con insultantes ecos en los despechados oidos de algunos partidarios de la dictadura que juzgaban tal vez que la suerte de la patria, pero sobre todo la de ellos mismos, peligraban con el triunfo de las armas constitucionales. Los jinetes se hallaban agrupados a

cierta distancia de la bateria Fuentes, y allí, entre vivas demostraciones de gozo, se saludaban entusiastas y satisfechos. Como el asalto final lo dieron los tres escuadrones con fulmínea rapidez, todavia los cuerpos de infanteria que escalaban el espolon no habian tenido tiempo para coronar la meseta. El Antofagasta, como vimos, abrió sus filas para dar paso a los Húsares; el Constitucion, que avanzaba por el camino de caracol, hubo de hacer otro tanto con los Guias. De modo, pues, que aquella parte del campo balmacedista, en donde se hallaban acumulados no menos de tres a cuatro mil hombres de las tres armas, estaba en esos momentos vencido y señoreado por la diminuta cifra de quinientos escasos jinetes constitucionales.

***

No faltaban sin duda entre tantos oficiales enemigos algunos que, o por juvenil arrebato, o por el decoro de su uniforme, convertido por ellos mismos en librea, se sintieran avergonzados ante el triste espectáculo de su rendicion a un puñado de audaces jinetes; y esta vergüenza subia de punto al divisar a pocos pasos, a la entrada del camino de la Pólvora, las masas de la caballeria gobiernista, que reunida en un solo cuerpo a las órdenes del coronel Marzan, y compuesta de los rejimientos Cazadores y Carabineros y de los escuadrones Jendarmes de Viña del Mar y de Colchagua—formando en su totalidad un número casi doble del de los tres escuadrones opositores—se mantenia alejada del teatro de la pelea y observando casi como neutral el desarrollo de los sucesos. Muchos balmacedistas empecinados estrañaban que aquellas largas filas de jinetes permanecieran tranquilamente en su puesto y se figuraban que su actitud era motivada tan solo por ignorancia completa de lo que ocurria; y como, distraidos los nuestros en sus apacibles charlas y fiados en la rendicion voluntaria y hasta suplicante de aquellos hombres, se hallaban mui ajenos a toda hostilidad, esperando que asomaran por momentos los cuerpos de infanteria que subian por el camino y por la falda, no faltó quien mandara aviso al jefe de la caballeria contraria comunicándole lo que ocurria, y, junto con esto, comenzó a circular entre los rendidos la voz de que era fácil destruir la diminuta caballeria

opositora, avanzar de nuevo hasta el borde de la meseta, rechazar a la infanteria que subia, dominar el campo y —¿quién sabe? —tal vez obtener entonces a poca costa la victoria.

Fueron los oficiales de la artilleria de Fuentes los que antes que nadie dieron la señal de la sublevacion. Abocando algunas piezas contra los grupos de jinetes les lanzaron traidoramente dos o tres disparos, y a esta señal diversos piquetes de infanteria de los cuerpos de línea ya rendidos rompieron tambien nutrido y alevoso fuego sobre otros de nuestros grupos. Una de estas balas fué a herir de muerte al segundo jefe del escuadron Guias, sarjento mayor don Fernando Garcia Huidobro, en los momentos en que, felicitado por el triunfo decisivo de las armas libertadoras y por su propia buena suerte por numerosos amigos de los otros escuadrones, cambiaba con ellos calorosos apretones de mano y fuertes abrazos, lanzando todos al mismo tiempo, gorra en mano, unísonos y entusiastas "vivas." El proyectil, dirijido desde cerca por alguno de los rebeldes, le penetró al mayor Garcia por la garganta, y, saliéndole por la cabeza, le produjo instantáneamente la muerte.

Por todos querido a causa de sus raras prendas de ilustracion y de carácter, el señor Garcia Huidobro, que era ya, a pesar de sus cortos años, un abogado distinguido, se contó entre los primeros jóvenes de Santiago que acudieron al norte a ofrecer sus servicios a la causa constitucional. Enrolado en las filas del incipiente ejército libertador, tomó parte en diversos encuentros, correrias y combates, siendo herido de gravedad en el de Pozo Almonte.

El capitan Vergara, del mismo Guias, recibia tambien en esos momentos un balazo en la mejilla izquierda que le causaba una herida de poca gravedad, y varios soldados, tanto de éste como de los otros dos escuadrones, eran muertos o heridos cobardemente por la espalda.

*
* *

Como todos estos sucesos se realizaron en un cortísimo espacio de dos o tres minutos, todavia no llegaban nuestros infantes a la meseta por ese punto. Y aunque el número de los enemigos era allí escesivamente numeroso, los bravos jinetes, que no ha-

bian cejado ante su resistencia cuando subian fatigosamente cerro arriba por la falda, ¿podrian arredrarse ahora que dominaban la cumbre y dejar sin castigo aquel acto de increible felonia? Deponiendo, pues, su plácido contento y ganados de nuevo por la indignacion y por la cólera, alzaron otra vez sus sables, enristraron sus lanzas, clavaron las espuelas a sus caballos y arremetieron por distintos lados a los traidores. El teniente don Pedro A. Diaz, de Lanceros, era comisionado por su jefe, el comandante don Benjamin Vergara, para que, al mando de un piquete de quince hombres, se lanzara sobre la artilleria y la obligara a suspender sus disparos; y el teniente Diaz y su jente avanzaban presurosos, en efecto, en demanda de los cañones, barrian con sus lanzas a los obstinados e inescrupulosos artilleros y en pocos instantes dejaban reducida a lúgubre y definitivo silencio la bateria. El resto del escuadron embestia al mismo tiempo a los infantes que le hacian fuego por la espalda, los ponia en fuga a poca costa, rodeaba a los restantes y hacia en ellos un terrible pero merecido escarmiento, dejando el suelo sembrado con sus cadáveres. Los Guias y los Húsares arremetian a su turno; y como precisamente en esos instantes aparecian en la cumbre los primeros grupos de infanteria que escalaban aquella parte de la meseta, los vencidos depusieron todo intento de resistencia y apelaron a la fuga.

Mientras los jinetes constitucionales los perseguian, la caballeria balmacedista se decidió al fin a dar señales de vida. El segundo jefe de Cazadores, teniente coronel Garcia, adelanta respetuoso en busca del jefe mas caracterizado de los nuestros para entregar su espada y declarar que su rejimiento está rendido; los Carabineros emprenden la fuga hácia el Salto, ocupado ya por las fuerzas del Atacama y del Iquique, con la esperanza de escapar por ese lado, y los escuadrones restantes, arremolinándose con grupos de infantes, de artilleros, de jefes y oficiales, procuran huir por el camino carretero en direccion a Valparaiso.

La derrota estaba ahora irremisiblemente consumada, y nuestra caballeria daba al instante principio a la persecucion.

***

Fuera de las bajas de Húsares que ya hemos señalado, entre

cuyos muertos figura el capitan ayudante don Roberto Moran, que recibió dos balazos en el pecho y uno en el estómago en los primeros momentos de la carga, y la del alférez don Francisco de Paula Miranda, que sucumbió en medio de la refriega, el escuadron Guias perdió ocho hombres muertos y seis heridos, y, ademas del mayor Garcia Huidobro y del capitan Vergara, que ya mencionámos, el teniente don Luis Rojas recibió en la cabeza dos heridas leves de sable en los momentos de flanquear la bateria enemiga.

El escuadron Lanceros tuvo tres soldados muertos y cuatro heridos, y de sus oficiales resultaron heridos los capitanes don Luis Arteaga y don Enrique Subercaseaux Perez, el primero levemente y el segundo de alguna gravedad, y levemente tambien el alférez porta-estandarte don Julio Guerrero Vergara.

***

Encerrado el ejército enemigo, a su izquierda por los cuerpos de la 3.ª brigada, al frente por la 1.ª y la 2.ª, y a su estremidad derecha por grupos del Atacama y del Iquique, no tenia ya ninguna salida practicable por donde escapar. Hasta el acceso al camino de la Pólvora y al de los Lecheros o antiguo de Santiago le estaba impedido por el avance que el Tarapacá y el segundo batallon del Esmeralda efectuaron en apoyo de los cuerpos que atacaban las piezas de la artilleria de Concepcion y al 2.º de línea; de modo que los fujitivos que desde las diez, y aun desde las nueve y media de la mañana, comenzaron a invadir las calles del Almendral trayendo pintadas en sus mustios rostros las terribles impresiones de la derrota, fueron solo los que, o mas precavidos o mas miedosos que sus compañeros, abandonaron el campo de batalla junto con el ala izquierda enemiga o poco despues, antes de que la carga de los tres escuadrones constitucionales cortara por ambos flancos la entonces estrechada línea de combate de los balmacedistas. Declarada la final derrota de éstos, una vez sofocada su desleal sublevacion, todo el grueso de fujitivos se dirijió por unánime impulso hácia su izquierda para huir por el camino carretero con direccion a Valparaiso; pero los cuerpos de la 3.ª brigada lo tenian ocupado de antemano y estendian sus filas a lo largo de la parte superior de la riba que

por el lado de la Placilla lo cierra en la primera parte de la bajada hácia este puerto. El tropel se vió detenido de repente por las inesperadas y terribles descargas que desde allí se le dirijian. Algunos intentaron hacer uso de sus armas para abrirse paso; otros fiaron su salvacion en una rápida carrera, pero todos hubieron de desistir mui pronto de su intento al ver el gran número de tropas que les cortaba el paso y la horrible mortandad que sus descargas causaban en los apiñados grupos. Retrocedieron, pues, al mismo tiempo que demandaban gracia con penetrantes clamores y arrojaban al suelo sus fusiles, y solo así se vieron libres de aquella granizada de balas que nuevamente los diezmaba y confundia.

Los menos procuraron abrirse paso por la derecha, o sea por el lado del Salto, a donde, como dijimos, se habia dirijido el rejimiento de Carabineros de Yungai. La cumbre en esa parte no estaba ocupada hasta entonces mas que por los escasos doscientos hombres del Iquique y del Atacama que siguieron al capitan Diaz; de suerte que fué una fortuna que los atolondrados enemigos no pensasen en buscarse por ahí una salida, porque tal vez abrumaran con su número a la escasa tropa constitucional y consiguieran así dirijirse sin obstáculos hácia la Laguna.

***

Las fuerzas del capitan Diaz, preparadas y organizadas ya, se estendian a lo ancho de la meseta y se hallaban allí en vijilante reposo, cuando vieron acercarse a todo escape a los Carabineros. Llevaba la delantera, destacado a unos doscientos metros del grueso del rejimiento, un piquete de esploracion compuesto como de veinticinco hombres, y al divisarlos el capitan ocultó a su tropa en los pliegues del terreno y ordenó que nadie disparase un tiro hasta que él no diera la señal, tomando al mismo tiempo las disposiciones necesarias para formar el cuadro.

Los soldados obedecieron como cumplidos veteranos, y el capitan dejó entonces que la vanguardia enemiga llegase hasta unos 150 metros del sitio en que la esperaba con su jente. Unos sesenta tiradores que habia dispuesto de antemano lanzaron de repente una mortífera descarga a los jinetes mas próximos, y todos los grupos rompieron en seguida el fuego a discrecion.

El efecto del inesperado ataque fué aturdidor. Casi todos los Carabineros de la partida avanzada rodaron por el suelo muertos o heridos: solo unos seis o siete lograron escapar.

Sin embargo, no faltaron entre aquellos veinticinco hombres tres valientes: un sarjento 2.° y dos soldados. Sin detener sus caballos a pesar de la lluvia de balas que ponia fuera de combate a sus compañeros, siguieron avanzando temerarios, blandiendo sus sables como si se prepararan a descargarlos sobre las cabezas de sus contrarios. Estos, condolidos de su mal empleada bravura, los dejaron acercarse sin herirlos, mientras a gritos les intimaban rendicion; pero, ensoberbecidos y furiosos los tres Carabineros, contestaban tambien a gritos, desatándose en improperios y amenazas. Dos de ellos fueron muertos mui pronto por nuestros tiros en castigo de su empecinamiento; solo quedaba vivo el sarjento, y éste, lejos de rendirse, a pesar de las nuevas intimaciones amistosas que se le dirijieron, puso mano a su carabina para disparar, y entonces hubo de seguir el mismo destino de sus compañeros.

El grueso de los Carabineros aparecia en esos momentos y se sentia arredrado al ver la suerte que acababa de correr su partida de esploracion. Esta vacilacion de los jinetes dió ánimos y tranquilidad a los constitucionales, a pesar de que se veian amagados por fuerzas superiores. Abrieron en el acto un nutrido y concienzudo fuego, que causaba visibles bajas entre los contrarios, y estas bajas lograron detener los postreros ímpetus de los ya desalentados jinetes. Contestaron a su turno con sus carabinas; pero semejantes disparos, flojos y poco certeros, no tenian mas objeto, segun parece, que cubrir su retirada.

Al poco rato desaparecieron, en efecto, quizá para volver al punto en donde entonces se reunia y apartaba a los prisioneros, quizá para descolgarse por faldas y barrancas y buscar un refujio en la poblacion. Los dominadores del Salto no contaban con fuerzas suficientes para perseguirlos, y por mui satisfechos debian darse con haber conseguido cortar por ese punto la retirada a los fujitivos.

***

Eran las diez y media de la mañana, y a esa hora el combate habia terminado por completo. Uno que otro tiro aislado reso-

naba, ya dirijido contra algunos tenaces fujitivos que pretendian escapar a toda costa, ya contra individuos o grupos ocultos en las zanjas, pliegues y accidentes del terreno, ya contra los refujiados en los ranchos y casas de la aldehuela del Alto del Puerto. La magna tarea está concluida: el campo es nuestro en toda su estension. La victoria, una victoria sin nubes, como el cielo que cobija a los vencedores, brilla con reflejos de purísima alegria en las radiosas frentes de los soldados de la libertad. El enemigo se encuentra anonadado. Infantes, artilleros, jinetes, oficiales y jefes huyen despavoridos, algunos por el camino carretero, otros por los numerosos senderos que lo acortan, muchos corriendo a brincos por las barrancosas y profundas quebradas que llevan sus vertientes hácia las Zorras y Valparaiso. Solo quedan en el Alto los infelices soldados, algunos oficiales, los muertos y los desamparados heridos. Aquellos emplumados y arrogantes jefes que lucian sus galones y su insolencia en calles, paseos y restaurantes; que vociferaban amenazas de muerte contra los menospreciados opositores y que debieron ser por interes propio la columna mas firme que sostuviera al dictador, todos ellos se habian apresurado a abandonar cobardemente a sus tropas. Fué un hecho verdaderamente asombroso por lo notorio, y de grande y reveladora elocuencia, el de que entre los tres o cuatro mil prisioneros cojidos por nuestro ejército en el Alto del Puerto no hubiera jefes de mayor graduacion que de la clase de sarjento mayor. Rectificamos: habia tambien un jefe de brigada, el coronel don Jorje Wood, que fué tomado por los Húsares en su furiosa carga; pero, fuera de éste, ni coroneles, ni tenientes coroneles, y casi ni sarjentos mayores (puesto que el número de prisioneros de este grado solo llegaba a tres), casi ningun jefe, en suma, habia caido en poder de los vencedores. Todos emprendieron la fuga antes del momento decisivo; antes de que los tres escuadrones constitucionales dominasen la cumbre y se apoderaran de la artilleria; todos, por consiguiente, desertaron en medio del fuego; sí, todos, salvo las escepciones mencionadas; porque si hubieran permanecido en la línea hasta la terminacion de la batalla, encerrados por la espalda, por el frente, por la derecha y por la izquierda, y por lo tanto sin retirada posible, o quedaran prisioneros, como el coronel Wood, o murieran, como Alcérreca y Barbosa.

Y la triste conducta de esos jefes, cebados con enormes sueldos por el dictador para que lo defendiesen con entusiasmo y gratitud, la triste conducta de esos jefes durante la batalla de la Placilla aparece comprobada por medio de otra demostracion tan reveladora, elocuente y palpable como la anterior: desde la clase de teniente coronel para arriba no se ha visto, fuera de los jenerales Alcérreca y Barbosa, un solo cadáver de jefe balmacedista en aquellas estensas y por todos puntos asaltadas posiciones. ¡Qué decimos! Ni un solo teniente coronel o coronel apareció ni ha aparecido despues entre los heridos, siendo así que el ejército dictatorial contaba en su seno con otro ejército de tenientes coronèles y coroneles. Solo de dos sarjentos mayores muertos y cuatro heridos se tiene noticia despues de la batalla de la Placilla, y ese número no alcanza, por cierto, ni a la vijésima parte de los jefes de ese grado que todos los dias brotaban a docenas en el fecundo campo gobiernista. Con razon Bañados Espinosa se queja amargamente de la conducta de los jefes de sus tropas; con razon los tilda casi de cobardes o de traidores y emplea amargas reticencias al referirse a su comportamiento durante la batalla. "Muchos jefes, dice, abandonaron a sus tropas en lo mas reñido de la pelea; muchos (debió decir casi todos) se retiraron antes de que la accion hubiera terminado. Así se esplica que hayan quedado muertos o heridos tan pocos o casi ningun jefe, no obstante que la batalla se dió en estrecho campo, dominado por completo por las balas, y no obstante que pertenecian al ejército vencido, que siempre paga mayor tributo de sangre. No me atrevo a nombrar personas ni cuerpos, tanto porque no deseo comprometer a nadie en materias tan delicadas como las que se rozan con el honor militar, cuanto porque hubo en casi todos los cuerpos oficiales y soldados (no dice "jefes"), oficiales y soldados que a pesar de todo se mantuvieron leales y fieles en el cumplimiento de sus deberes."

¿Y son esos los que todavia se empeñan por ocupar un sitio en el felizmente depurado escalafon del ejército de Chile? Si sostenian la causa del dictador por creerla justa y patriótica ¿por qué no la defendieron con enerjia de hombres, con firmeza de convencidos y con altivez de militares? Si no la juzgaban digna de derramar su sangre por ella ¿por qué la sostuvieron y fomentaron? Mas, por menos digna que la creyeran, puesto que

al fin la servian, y por servirla gozaban de exajerados estipendios, ¿cómo no la defendieron con el valor de aventureros o de mercenarios honrados ya que nó con la dignidad y el pundonor de soldados valerosos?

***

Los jenerales Alcérreca y Barbosa, por el contrario, permanecieron hasta el último instante dirijiendo personalmente y de cerca la resistencia de sus tropas, y por eso no tuvieron tiempo para huir. El mismo coronel Fuentes, con la disculpa de su herida, se retiró del fuego cuando comprendió que era inevitable la derrota; pero Barbosa y Alcérreca no desmayaron. Este último se encontraba a la derecha del espolon central, resistiendo eficazmente el avance del Chañaral, del Huasco y de parte del Antofagasta, cuando por ese lado desembocó en la altura el escuadron Lanceros, y Barbosa al lado opuesto, a la entrada del camino de caracol, en los momentos que avanzaban por allí los Guias, seguidos a corta distancia por el Constitucion, el Valparaiso, el Pisagua y el Taltal. Tanto el uno como el otro agotaron sus esfuerzos animando a sus soldados, y uno y otro tambien dieron en esos apurados momentos indudables muestras del valor personal que en alto grado poseian y que seria injusto desconocerles.

Una vez declarada con vertijinosa rapidez la derrota de los suyos, que estaban, más que amedrentados, embargados e impedidos ante la imponente actitud de los asaltantes, Alcérreca, viéndolo todo perdido, se dirijió hácia el punto en que se encontraba la caballeria balmacedista, y, sea con el intento de abrirse paso y escapar, sea con el de dar una carga a los audaces y triunfadores jinetes, avanzó con su antiguo rejimiento en demanda de los nuestros. Pero encontrando ya rendidos por segunda vez a sus soldados, y ahora de una manera definitiva, siguió en demanda de la escapatoria que a su parecer le ofrecia la cumbre de la meseta por el Salto. Rechazado aquí, segun dejámos referido, volvió atras con el ánimo de buscar salida por el camino de la Pólvora; mas, perseguida a balazos su escolta por nuestros infantes y reconocido él mui pronto por oficiales y soldados de caballeria que se lanzaron en su seguimiento, a poco andar se

encontró abandonado. Sus acompañantes, o habian muerto o se habian desbandado.

Al verse solo, Alcérreca echó mano a su revólver, y, sin detener un segundo su desenfrenada carrera, volvia a cada momento la cabeza para observar a los que lo seguian, disparando sobre la marcha, como eximio jinete que era, contra los que le iban mas a los alcances. De este modo mantuvo durante algunos segundos considerable ventaja — de unos veinticinco a treinta metros—sobre sus perseguidores; pero muerto en esos momentos su caballo por uno de los muchos tiros que se le dirijian, y herido él mismo en un ojo, saltó lijeramente al suelo para no verse cojido por el cadáver de su cabalgadura, y, siempre con revólver en mano pero sin kepis, continuó de a pié la fuga.

Grupos del Esmeralda y del Tarapacá que por ese punto se encontraban y que no habian salido al camino por temor a las balas que desde atras llovian sobre el fujitivo, corrieron entonces a cortarlo; y viéndose Alcérreca en tanto apuro y encontrando a su paso una puertecilla de escape que parecia salirle al encuentro en un ángulo saliente de la casa de don José Espíndola, subdelegado del Alto del Puerto, entró por ella al pequeño patio de la casa, torció prestamente a su derecha, penetró en un cuarto abandonado desde hacia pocos dias a causa de un anegamiento, y encontrando allí un catre de fierro en el que solo habia un colchon y una pequeña almohada, se acurrucó junto al catre y metió la herida cabeza, de la que brotaba a torrentes la sangre, debajo de la almohada.

No trascurrieron mas de cuatro o cinco segundos sin que un grupo de soldados, en su mayor parte del Esmeralda, con los cuales venia el teniente de este cuerpo don Lincoln Luco Huici, herido levemente poco antes, penetrase en seguimiento de Alcérreca y descubriese su paradero. Cuentan algunos que invocó el nombre de don Isidoro Errázuriz para salvarse; agregan otros que intentó darse a reconocer como hermano de este caballero, y aun como don Isidoro en persona; dicen todavia que pidió que no lo mataran en consideracion a que tenia un hermano en la escuadra, pero éstas mas parecen consejas que verdades. Ni la actitud que guardaba Alcérreca, con la cabeza metida debajo de la almohada, le permitiria hablar, ni la prontitud

con que los soldados le hicieron fuego y la algazara que formaron al descubrirlo dejarian percibir sus palabras, caso de que algunas pronunciara. De todos modos, su fuga en actitud hostil cuando bien pudo entregarse y rendirse, no guardaba consonancia con las súplicas que se ponen en su boca en los rápidos instantes de su fallecimiento.

Herido al punto por tres o cuatro balazos fué sacado cadáver del estrecho cuarto y llevado al campo abierto que se estiende hácia el interior de la casa por el lado de la Placilla, en el mismo punto que poco antes habia servido de acantonamiento a la acumulacion de tropas de la izquierda balmacedista. Allí acudieron muchísimos a contemplarlo con la curiosidad que era natural, pero sin entregarse a las profanaciones que la exaltada imajinacion femenina de una institutriz norte-americana se ha complacido en inventar. Esto pueden testificarlo numerosos estranjeros que examinaron ese mismo dia y aun el siguiente el cuerpo del jeneral difunto y que no descubrieron en él mas que las tres o cuatro heridas que causaron su muerte.

***

El jeneral Barbosa se habia retirado del fuego al mismo tiempo que Alcérreca, aunque nó en la misma direccion. En los momentos de la carga se encontraba, como dijimos, hácia la izquierda del espolon central, cerca de la desembocadura del camino carretero, organizando y dirijiendo personalmente a sus tiradores, cuando asomaron por ese punto los Guias y como desbordado torrente se lanzaron sobre las piezas de la artilleria Fuentes. En medio de la confusion y del laberinto formado por los que resistian, por los que atacaban y por los que huian, una oleada de fujitivos arrastró al jeneral en jefe balmacedista hácia el caserio del Alto del Puerto. Nuestros jinetes, ocupados entonces en sablear a los infantes y artilleros al pié de los cañones, no pudieron percibir la importante presa que se les escapaba; pero Barbosa, sin decidirse todavia a emprender la fuga, habia de darles ocasion para que la recobrasen. Alejándose de allí al trote, hacia grandes esfuerzos por contener a los que corrian. Su escolta, y, peor que eso, su mismo numeroso séquito de lujosos ayudantes, desobedecian sus órdenes y se alejaban a toda prisa, dejando solo al viejo jeneral en medio del camino.

Este se dedicaba con admirable empeño a contener a los infantes; y atajando los grupos, perorándolos, convenciéndolos, lograba, ayudado por algunos oficiales subalternos de infanteria y artilleria, formar un considerable núcleo de tropa en aquella parte del Alto, cerca de la casa de don Exequiel Llanos. Haciéndoles notar que los asaltantes no eran mas que soldados de caballeria mui inferiores en número a las tropas gobiernistas y que no habia motivo para dejarse dominar por el pánico, siendo, por el contrario, mui fácil arrojarlos de la posicion que por sorpresa conquistaran, logró devolver el ánimo a los acobardados, llevarlos hácia el punto ocupado por nuestros jinetes y romper el fuego por la espalda de éstos en los momentos en que la sableadura tocaba a su fin.

La tenacidad de Barbosa hubiera podido ser fatal para los vencedores escuadrones si por fortuna nuestra infanteria no estuviera entonces tan cerca de la cumbre. Los mismos rendidos, alentados por aquel refuerzo, se rebelaban, como dijimos, contra sus captores y comenzaban a hacerles fuego; Alcérreca acudia al frente de sus Carabineros con intencion de dar una carga a los jinetes constitucionales, y no cabe duda de que en pocos minutos, vueltos en sí los balmacedistas de su sorpresa, se habrian hallado en ventajosa situacion para acabar con nuestros esparcidos y destacados jinetes. Pero el Constitucion, el Pisagua, el Taltal y el Valparaiso avanzaban con esfuerzo sobrehumano por la derecha del camino de caracol; el Esmeralda y el Tarapacá cojian a su turno por la espalda a los rehechos, y pronto la segunda derrota y la rendicion y el pánico definitivos ponian término a toda resistencia.

Barbosa, seguido por algunos oficiales y tropa, buscaba entonces refujio dentro de la casa del señor Llanos; pero como la nueva carga de Lanceros que ya mencionamos hacia refluir allí gran número de azorados fujitivos, Barbosa, para no verse envuelto con ellos en la segunda acometida que los nuestros no dejarian de dar a tan visible sitio, montó nuevamente en el primer caballo que encontró a mano, salió al camino, y se lanzó a todo galope en la misma direccion que pocos momentos antes habia seguido Alcérreca.

*
* *

Nuestros Lanceros daban entonces su carga hácia ese lado, y pronto descubrieron aquel jinete que se alejaba. Apretaron más su carrera, le ganaron pronto considerable espacio, y con la terrible alegria que en esos instantes era natural reconocieron al jeneral en jefe del ejército enemigo. Se lanzaron entonces furiosos a su alcance, espoleando sin compasion a sus cabalgaduras, y luego los que mejores caballos montaban adelantaron gran trecho a sus propios compañeros.

Barbosa conoció pronto la persecucion de que era objeto; y fiando mui poco en sus dotes ecuestres, procuró buscar un refujio en donde encastillarse para morir como soldado. La casa de don Secundino Soto, situada unos pocos metros mas allá y en la corrida del mismo lado que la de don José Espíndola, en donde uno o dos minutos antes era muerto Alcérreca, le ofreció el asilo que buscaba. Encontrando la puerta de la calle entreabierta, penetró en ella de a caballo, se desmontó con presteza, desenvainó su espada, preparó su revólver, entró a una pieza contigua, unida a la anterior por el vano de una puerta sin hojas, y allí determinó establecer su defensa.

Los Lanceros habian seguido con afanosa mirada cada uno de los movimientos del perseguido. La calle estaba desierta de soldados de infanteria, atraidos todos ellos por el espectáculo del cadáver de Alcérreca, que se encontrába a pocos metros mas allá, detras de las casas. Así que al ver perderse a Barbosa por aquella puerta, los delanteros, alarmados, clavaron con mayor fuerza las espuelas a sus caballos a fin de alcanzarlo antes de que pudiera esconderse o escapar.

Los primeros que llegaron como un torbellino a la casa de don Secundino Soto fueron cinco o seis soldados de Lanceros y el alférez don Cárlos Fuenzalida, del mismo rejimiento. Remataron sus caballos junto a la puerta de calle, se precipitaron al suelo y penetraron en la casa. El caballo de Barbosa estaba allí: su dueño no debia encontrarse lejos. Mientras algunos penetraban al interior, sospechosos de que el fujitivo hubiera corrido a buscar refujio entre el boscaje de la vecina falda, un lancero se dirijió a la pieza contigua con el intento de rejistrarla. Pero no bien hubo puesto el pié en el umbral, resonó un disparo de revólver, el proyectil atravesó el hombro izquierdo al soldado, que retrocedió en el acto, y las voces de éste y el estampido del

tiro anunciaron a los demás que la fiera se hallaba acorralada.

***

Pero la fiera se defendia con resolucion y serenidad. Dos nuevos soldados pretendieron entrar, y ambos cayeron heridos. La pieza estaba a oscuras, y los desmontados jinetes, deslumbrados por la luz del dia, no podian divisar a Barbosa, quien, perdido en el fondo de la pieza y cambiando de sitio despues de cada disparo, apuntaba sobre el blanco seguro que le presentaban aquellos hombres, iluminados por su espalda por la luz que les venia de afuera. Ademas, sus largas lanzas, escelentes para una carga y superiores a cualquiera otra arma blanca contra un enemigo parapetado, eran inútiles y hasta incómodas en aquel cuarto estrecho y lleno de muebles.

Estos inconvenientes exasperaban a cada instante más a los soldados, los cuales en su pasajera impotencia se desataban en violentos insultos y espantosas amenazas contra el caudillo balmacedista. Barbosa desde adentro, resuelto ya a morir matando, enfurecido, indómito, contestaba tambien con injurias las amenazas de sus enemigos.

—Sí, les gritaba. Ahora es tiempo de que me coman, perros. Mátenme, perros.

Y preparaba de nuevo su revólver.

***

Tan terrible escena no podia, sin embargo, prolongarse. El alférez Fuenzalida llegó, llamado por los suyos, y sin vacilar un instante entró repentinamente y revólver en mano a la oscura pieza. Barbosa le dirijia entonces dos o tres tiros sin apuntarle; el fogonazo guiaba la punteria del alférez Fuenzalida, y un duelo, un mortal duelo casi a oscuras, comenzaba dentro del cuarto. Ninguna de las balas del jeneral balmacedista logró herir al jóven oficial opositor, y, en cambio, dos de los cinco tiros que éste le dirijió causaron graves ya que no mortales lesiones a su adversario.

Mientras esto ocurria adentro con la rapidez del rayo, grupos

de Guias y de Carabineros iban aumentando el número de los que ocupaban la casa. Barbosa, con los tiros de su revólver agotados, y, por supuesto, sin tiempo ni oportunidad para cargarlo de nuevo, puso mano a su espada y arremetió con ella a su adversario.

Su arrojo resultó inútil. Ya el cuarto estaba lleno de soldados de los tres escuadrones. El duelo dejeneró entonces en matanza. Barbosa, herido pero siempre defendiéndose, fué sacado a la pieza de afuera a sablazos. En medio del vocerio de la tropa, todavia a intervalos se escuchaban sus ultrajes, que repetia a modo de estribillo:

—Cómanme, perros. Ahora es tiempo de que me coman, perros.

Semejantes palabras se hallaban mui lejos, por cierto, de calmar la desbordada furia de los soldados.

Por fin, herido en varias partes, inutilizado el brazo derecho por un sablazo que le hizo soltar la espada, caia de bruces al suelo, arrollado por repetidos golpes de lanza y de sable y hasta por tiros de carabina. La vida se le escapaba por momentos, y nuevos golpes lo dejaron pronto exánime. Solo cuando sus captores se convencieron de que estaba muerto, y bien muerto, cesaron de maltratarlo y de herirlo. Y entonces, orgullosos con su presa, determinaron sacar el cadáver de aquel estrecho recinto y llevarlo al otro lado de la calle, bajo la ramada de la posada de don Manuel Soto, a fin de satisfacer así la ardiente curiosidad de los soldados que querian contemplar de cerca al mas celoso, servil y sin escrúpulos de los grandes ajentes del tirano.

Arrastraron, en efecto, el cadáver hasta ese sitio, y a ésta, si lo era, se limitó la profanacion con que tanta alharaca formaron y siguen formando los balmacedistas chilenos y estranjeros.

***

La muerte de los dos caudillos mas importantes del ejército enemigo produjo una especie de aplacamiento del furor de los nuestros, como si semejante sacrificio equivaliese a un desagravio de los muchos males que habian ocasionado con su actitud de cómplices y principales sostenedores de la dictadura. Hasta ese momento la indignacion de los constitucionales, a pesar de

la victoria, se manifestaba por medio de un vivo despecho contra los altos jefes de las huestes vencidas y por un sentimiento de conmiseracion y casi de menosprecio hácia las infelices víctimas causadas por la ambicion bastarda de los que, debiéndo ser los usufructuarios del triunfo, se apresuraron a escapar del peligro en cuanto vieron claramente diseñada la derrota. La presencia de Alcérreca y de Barbosa en el campo de batalla, al mismo tiempo que salvaba en parte la reputacion de valentía de nuestros jefes militares, daba a la exaltacion de los vencedores un objeto capaz de satisfacer las patrióticas venganzas que habian armado sus brazos poderosos y enardecido sus entusiastas corazones. Y la muerte de ambos jefes, junto con aliviar los pechos de las implacables iras acumuladas en largos meses de despotismo, de horrores, de privaciones, de luchas y de alarmas, los calmaba tambien por el lado del amor propio y del orgullo nacional, porque al fin esos grandes culpables supieron sostenerse como bravos y morir como chilenos.

Esta sensacion de alivio se tradujo al instante en una actitud compasiva y casi benévola para con los heridos y prisioneros. No faltó quienes, en medio de reprensiones y sermoneos, hiciesen la primera curacion a los heridos mas cercanos; y respecto de los segundos se llevó tan lejos el espíritu de humanidad, que ni aun algunos oficiales que en la campaña del norte se distinguieron por su ferocidad y encarnizamiento y que se hallaban ahora entre los rendidos fueron sacrificados despues de la batalla. El contento causado por la captura y la muerte de los dos altos jefes enemigos produjo un apaciguamiento a la vez repentino y duradero. A medida que las tropas constitucionales iban reuniéndose en el Alto del Puerto—operacion que se ejecutó con estraordinaria rapidez—y recojian de boca de los primeros ocupantes la noticia, se retrataba en todos los semblantes la satisfaccion que causaba aquel merecido castigo; la calma sobrevenia al instante, y ya nadie pensaba sino en entrar cuanto antes a Valparaiso para descansar aquí de las pesadas fatigas de la jornada.

***

Comenzó entonces la tarea de reorganizar los cuerpos y

de alistarlos para emprender sin demora la marcha sobre la ciudad.

Esta importante operacion tropezaba con numerosos inconvenientes. Desde luego, la 1.ª y la 2.ª brigadas, que atacaron reunidas los mismos puntos, mezclando sus grupos en el avance, tenian su tropa revuelta y confundida. La 3.ª conservaba mayor homojeneidad, pero tampoco se hallaba en situacion de emprender la marcha en el acto. Los grupos de unos cuerpos se habian interpolado con otros; y luego, durante las operaciones realizadas en el Alto mismo, y principalmente con motivo de la captura de Alcérreca y de Barbosa, los soldados de la 3.ª brigada se reunieron con los de la 1.ª y 2.ª en la interminable romeria que acudió a contemplar los cadáveres de los jenerales enemigos.

Todo nuestro ejército, con escepcion de la artilleria y de los tres escuadrones de caballeria que no tomaron parte en la batalla, se encontraba, pues, desordenado y enredado. Y no solamente los constitucionales se veian en apuros para descubrir la situacion de sus cuerpos, sino que la mezcolanza producida por la batalla se agravaba con la presencia de los prisioneros y de los pasados. De éstos, los admitidos en Concon estaban ya provistos de las fajas lacres que servian de distintivo a los opositores y no era fácil confundirlos; pero los muchos que se enrolaron en las filas libertadoras durante el curso de la batalla y que se batian en primera línea carecian de la vistosa divisa y corrian riesgo de ser tratados como enemigos, mientras que la mayor parte de los prisioneros, vestidos como estaban con el mismo traje que los pasados, pretendian hacer fácil acto de constitucionalismo metiéndose entre los nuestros y pretendiendo disfrutar sin duda de los agasajos populares de la misma ciudad que por tanto tiempo mantuvieron aherrojada y oprimida.

Para salvar en parte estos inconvenientes, el comandante Körner ordenó que los prisioneros se pusieran por el reves sus casacas, y así se simplificó mucho la tarea de la reorganizacion. Se dispuso ademas que los oficiales, sin correr de un lado a otro perdiendo el tiempo en inútiles investigaciones, reuniesen, en los mismos puntos en que se encontraban, a los soldados de su cuerpo que pudieran tener a mano. Estos grupos, juntándose poco a poco con los mas cercanos, irian poniéndose al mando de los oficiales de mayor graduacion de sus respectivos rejimientos

y batallones, y así en pocos minutos se lograria acumular agrupaciones considerables y homojéneas. Y una vez repartidos los soldados en sus batallones y rejimientos y reorganizados éstos, los de la 1.ª brigada debian concentrarse a la entrada del camino de los Lecheros, los de la 2.ª en el de la Pólvora y los de la 3.ª en el carretero de Valparaiso a Santiago que pasa por el Alto del Puerto.

Mas como este prolijo arreglo tenia forzosamente que ser engorroso y prolongado, se dió órden al escuadron Guias, que en pocos minutos se encontró listo, para perseguir a los derrotados que huian por el camino de la Pólvora e impedir de ese modo que llegasen a formar un nuevo núcleo de resistencia dentro de la ciudad.

Poco despues, y con el mismo intento, se ponia Körner a la cabeza de los Granaderos y avanzaba a toda prisa hácia Valparaiso por el camino de los Lecheros. A las once y media de la mañana llegaba al caserio de las Ramaditas y allí tenia noticia de que la ciudad se hallaba todavia en poder de las fuerzas enemigas. Ademas de la policia, la ocupaban el escuadron Jendarmes de Viña del Mar y el batallon Anjeles. Este último se encontraba allí cerca, en el estero de las Delicias.

A fin de proceder con cautela se enviaron partidas de reconocimiento con direccion a este punto, al mismo tiempo que se ordenaba avanzar por el mismo camino al escuadron Lanceros y a los cuerpos de infanteria de la 1.ª brigada que hubiesen alcanzado a reorganizarse.

***

El batallon Anjeles se rendia poco despues y era desarmado por los Granaderos. Tanto las oleadas de pueblo que habian acudido a ponerse al habla con los soldados y que procuraban convencerlos de la inutilidad de toda resistencia, cuanto el espectáculo de la derrota y las tendencias mismas de la tropa, fueron causa de que ésta se desbandara abandonando sus armas, que fueron a parar a manos del populacho.

No quedaban entonces para defender al dictador mas que la policia, los Jendarmes, que se dispersaban poco despues, y el rejimiento Artilleria de Costa, que custodiaba los fuertes y que

en su mayor parte se desbandaba tambien. Un avance rápido de nuestro ejército nos hubiera permitido entónces ocupar casi por sorpresa la poblacion, cojiendo a los principales jefes y cabecillas dictatoriales; pero las dificultades de la reorganizacion, que solo a las doce del dia permitieron a los infantes repartirse en sus respectivos cuerpos y a éstos dirijirse a los puntos señalados a las diversas brigadas, fué causa sin duda de que tanto el coronel Canto como el comandante Körner determinaran enviar a la plaza por medio de un parlamentario una intimacion que permitiria a los caudillejos enemigos burlar la accion de la justicia buscando refujio a bordo de los buques de guerra estranjeros anclados en la bahia.

El comandante en jefe de nuestro ejército confió el desempeño de esta importante comision al secretario del jefe de la 1.ª brigada, don Juan Walker Martinez, el cual era portador de la nota en que se exijia la rendicion incondicional de la plaza.

Ya ha referido el señor Walker los incidentes de su entrada a la ciudad y de su presentacion ante las autoridades dictatoriales reunidas en el palacio de la intendencia. De su relacion aparece que a esas horas no solo reinaba el desbarajuste mas completo entre los prohombres del bando balmacedista, sino que todos procuraban ganar tiempo antes de dar una contestacion definitiva. Ellos, que todo lo habian atropellado, encontraban ahora demasiado exijentes, premiosos e inconsiderados los términos y condiciones de la rendicion que se les imponia. Viel, sobre todo, que en la mañana se dejó seducir por la lisonjera y absoluta confianza de don Claudio en el triunfo de los suyos, estaba trastornado por la noticia de la derrota, y, sin duda con el fin de embarcar holgadamente su dinero y efectos de mas valor, descubria tinterillescas dotes a los ojos de nuestro enviado. Ya pedia dos horas de plazo para contestar, ya declaraba que él nada tenia que entender en asuntos militares, dedicado como estaba, a causa de su puesto de intendente, únicamente a la parte administrativa del gobierno de la provincia. Si se le observaba que tanto el jeneral en jefe del ejército enemigo como el comandante jeneral de armas de Valparaiso, jeneral Alcérreca, acababan de morir en el campo de batalla, decia, apoyado por don Claudio Vicuña, que nuestro parlamentario debia entenderse entónces con el coronel Ruiz, jefe de estado mayor jeneral

del ejército enemigo. El coronel Ruiz en esos momentos corria de Herodes a Pilatos, o sea desde el estero de las Delicias, en donde habia dejado al batallon Anjeles, a la intendencia, en donde estaban reunidos los altos funcionarios civiles y "el presidente electo," con el objeto de manifestar cuál era la situacion de su jente y pedir instrucciones sobre lo que convenia hacer en tal aprieto. Don Claudio le contestaba que debia defenderse en la ciudad, obligando a los nuestros a tomársela manzana por manzana aunque Valparaiso entero quedase reducido a escombros, y entonces el nuevo jeneralísimo, que no habia descollado en la refriega ni por su habilidad ni por su valor, regresaba al estero de las Delicias a revistar su jente, aunque sin intencion, por cierto, de poner en planta el feroz y despechado plan del bombástico candidato. Encontraba entonces a sus soldados en pleno desbande, y regresaba de nuevo a la intendencia a dar cuenta de lo ocurrido, manifestando que era inútil pensar en la resistencia.

Mal hubiera podido, pues, el señor Walker Martinez echarse en busca de un caudillo tan afanado; de suerte que prefirió esperarlo en la intendencia.

Cuando el coronel Ruiz llegó aquí, y despues de que, tanto don Claudio como Viel, estuvieron convencidos de que no les quedaba mas escapatoria que la fuga, despacharon al señor Walker con la peregrina contestacion de que solicitaban dos horas para decidirse, es decir, para embarcar con toda comodidad sus equipajes y personas; y desde ese momento Viel, que era un barredor tan concienzudo por lo prolijo, comenzó a reunir sus papeles, su dinero y sus efectos—y quién sabe si tambien los ajenos—a fin de embarcarse bien prevenido para el viaje.

***

Pero el activo Körner no esperó el regreso del parlamentario para moverse de las Ramaditas en demanda de la plaza. Tambien él habia mandado poco antes una intimacion a la ciudad, en términos, es verdad, poco castizos, pero mui militares, sobrios y precisos. "El ejército constitucional, decia su nota, tiene el poder para tomar la plaza. Con el fin de evitar mas derrame de sangre, le intimo a V. S. rendicion incondicional.—Emilio Körner."

Y sin esperar contestacion, sino, por el contrario, viniendo a buscarla él mismo con su tropa, en cuanto se le juntaron los Lanceros y tras ellos comenzaron a llegar los primeros cuerpos de infanteria, bajó de las Ramaditas, se puso a la cabeza de los dos escuadrones—Granaderos y Lanceros—y avanzó al trote por la calle de la Victoria.

En la de Condell encontró al coche que conducia de regreso a nuestro parlamentario, e impuesto por él de la absurda contestacion de que era portador, apresuró el paso, penetró en la calle Esmeralda, siguió por la de Prat, y se encaminó en derechura hácia la intendencia.

Eran las doce y media del dia cuando el valiente Körner tomaba posesion del palacio. En la plaza Sotomayor, cerca del muelle, se divisaba todavia un piquete de artilleria enemiga con dos piezas de montaña; pero esta fuerza, destacada allí con el único objeto de protejer la fuga de los altos funcionarios dictatoriales, no hizo amago alguno de resistencia. El entusiasmado pueblo la rodeó, por lo demas, dispersándola por completo y apoderándose de los cañones cuando ya los artilleros habian desempeñado la comision que se les encargara. Las aves de rapiña de la dictadura huyeron con rápido vuelo y en tumultuosa bandada al recibir la inesperada nueva de que nuestras fuerzas llegaban a la calle Esmeralda y avanzaban presurosas hácia la intendencia y el muelle. Viel era el último en dar el "volido," nó por cierto porque fuera el mas animoso de todos, sino porque quiso recojer lo mas valioso y portátil que halló a mano, ya que los vencedores no habian tenido la galanteria de concederle las dos horas que solicitaba para embarcar hasta las alfombras de su oficina.

Poco despues, el señor almirante de la escuadrilla alemana surta en el puerto declaraba que los fujitivos se encontraban a bordo de sus naves, y ofrecia entregarlos a las nuevas autoridades si éstas daban completa seguridad de que el pueblo no atentaria contra sus vidas. Desgraciadamente, la exaltacion de los recien liberados habitantes era tanta, que parecia imposible garantizar el tranquilo desembarco de los fujitivos y su paso a traves de la ciudad. La policia se hallaba acéfala y en su mayor parte desbandada tambien. El populacho manifestaba tendencias al desórden y a la rapiña. Nuestras tropas venian hambrientas

y fatigadas, y no era ni conveniente ni justo dedicarlas, despues de su colosal tarea de la mañana, al resguardo de una poblacion que rompia bulliciosa sus cadenas despues de largos y negros meses de despótica reclusion y de constante terror. ¿Cómo se podria garantir la vida de los fujitivos? ¿Quién hubiera tenido entonces poder suficiente para sujetar la mano vengativa de las turbas cuando se alzara para castigar a los autores de los saqueos y matanzas de las huelgas, a los dilapidadores, a los azotadores, a los asesinos de Cumming y de los marineros de la *Guale*, a los incendiarios del Círculo Católico de Santiago, a los inspiradores y ejecutantes del hundimiento del *Blanco*, a los verdugos y cómplices del reciente martirio de lo Cañas? Quizá la misma fuerza pública, arrebatada por la indignacion, ayudara al pueblo en su terrible tarea y redujera a fragmentos y cenizas a los pérfidos instigadores de los que hoi se atreven a levantar sus avinadas voces y sus inconcebibles quejas en inmundos papeluchos, herederos directos de la ponzoñosa literatura del Comercio, del Padre Cobos y del Recluta.

No fué posible, pues, ofrecer al almirante aleman las justas garantias que demandaba, y gracias a eso permanecieron a bordo los fujitivos. Pero, temerosos quizá de que uno u otro dia se les enviase a tierra bajo segura y numerosa escolta, pronto abandonaron la séria y desdeñosa hospitalidad de las naves jermánicas para buscar en las de los Estados Unidos un asilo mas cordial y mas seguro.

***

A las doce y media del dia se ponian en movimiento las tres brigadas de nuestro ejército desde los puntos en donde habian verificado su concentracion. La 1.ª bajaba por el camino de los Lecheros y avanzaba sobre la ciudad, dirijiéndose algunos cuerpos a ocupar los fuertes del Este y otros los del Oeste. La 2.ª marchó por el camino de la Pólvora hasta llegar a la Escuela Naval, en donde esa noche alojaba, y la 3.ª, custodiando los prisioneros y el material de guerra en el Alto, descendia en la tarde por el camino carretero en direccion a la avenida de las Delicias.

Era la una del dia cuando el Constitucion, encaminándose

hácia el Puerto por el malecon, llegaba a las cercanias del muelle de pasajeros en medio de una inmensa poblada que lo aclamaba delirante. La rapidez de su marcha amenazaba ocupar los cercanos fuertes con mucha mayor prontitud de la que los discípulos de Viel que tripulaban la *Lynch* necesitaban para desocuparla; de modo que, sea para darse tiempo de concluir tan importante operacion, sea por un rasgo de criminal despecho de su comandante, de repente resonaron unos cuantos cañonazos dirijidos por esa nave, no solo contra los soldados del rejimiento que avanzaba, sino contra el numerosísimo y apiñado concurso de jente indefensa que lo seguia y escoltaba en medio de locas aclamaciones. Tres tiros alcanzó a hacer la torpedera, sin causar baja alguna entre los soldados, pero matando a un hombre del pueblo e hiriendo dos niños que formaban parte de la multitud.

Aquellos tardíos e inescusables disparos no produjeron mas efecto que el de dispersar en desórden a una parte de los acompañantes del primer rejimiento constitucional, mientras que éste, esparciendo sus tiradores a lo largo del malecon, rompia en el acto nutrido fuego de fusileria contra la torpedera.

Los tripulantes de ésta no contaban, sin duda, con una respuesta tan pronta a su desatinada provocacion, segun pudo notarse por la presteza con que se tiraban al agua los que aparecian sobre cubierta. Nuestros soldados estaban separados tan solo por unos ochenta metros de la *Lynch*, y a esa distancia tenian que ser terriblemente certeras las balas disparadas por los veteranos del Constitucion.

Los cañonazos cesaron, pues, en el momento, y entonces, embarcándose algunos soldados en botes que los entusiastas fleteros pusieron a porfia a su disposicion, al mismo tiempo que muchos hombres del pueblo los acompañaban en cuanta embarcacion pudieron hallar a mano, se encaminaron todos, formando una numerosa y entusiasta escuadrilla de embarcaciones menores, a dar un abordaje al empecinado barco balmacedista.

Los culpables no esperaron la acometida. En cuanto vieron salir del muelle los primeros botes se pusieron presurosos en salvo, alejándose a todo remo ocultos por el casco de la *Lynch*, por cuya causa no se les hizo fuego desde tierra y desde las embarcaciones. Arribaron en seguida a uno de los buques norte-

americanos que se encontraban mas cerca; y mientras la tropa del Constitucion y los valientes voluntarios que la acompañaban subian tranquilamente a la rebelde nave, ellos, confusos y despechados, iban a lucir su vergüenza ante los marinos de la Gran República.

***

Sin otro inconveniente continuó su marcha el Constitucion hácia algunos fuertes del Oeste, que fueron ocupados al punto sin disparar un tiro. Sus guarniciones se habian apresurado a abandonarlos, esparciéndose jefes, oficiales y tropa por los cerros inmediatos y dejando las piezas y material en perfecto estado de servicio. El Antofagasta se encaminaba al mismo tiempo a ocupar las baterias Valdivia y Bueras y el Iquique hácia las del Este en compañia de algunos cuerpos de la 3.ª brigada. Esta operacion se ejecutó aquí con la misma tranquilidad que en el lado opuesto de la ciudad, a pesar de que en el fuerte Pudeto se notó un asomo de rebelion o de resistencia, motivada por la exaltacion balmacedista de un jóven oficial de la Barra, hijo del exrector del liceo de este puerto.

A las tres de la tarde estaba completamente terminada la ocupacion militar de la plaza y de sus fuertes, y a esa hora hacia su entrada triunfal en la ciudad el comandante en jefe de nuestro ejército en medio de los vítores interminables y de las aclamaciones ardientes de los habitantes, que sin distincion de sexos ni de condiciones sociales se agolpaban en inmenso número a su paso. Un poco mas tarde se mandó aviso al comandante en jefe de la escuadra de que ya Valparaiso se encontraba en poder de las armas libertadoras, y a las cinco de la tarde comenzaban a ocupar sus antiguos fondeaderos el *Cochrane*, la *O'Higgins*, la *Magallanes* y demas buques y trasportes que montaban la guardia en la boca del puerto. La *Esmeralda*, el *Cachapoal* y el *Aconcagua*, que en prevision de una derrota cruzaban desde el dia anterior a la altura de la Laguna, continuaron allí todo el dia y la noche del 28 ignorantes de la gran noticia, y solo el 29 en la mañana entraban a la bahia.

***

Desde los primeros momentos de iniciarse la batalla, los nutridos e incesantes disparos de cañon que de una y otra parte resonaban y que el eco, la atencion y el silencio comunicaban en toda su imponente grandiosidad a los vecinos de Valparaiso, mantenian a éstos en una ansiedad profunda y en una dolorosa espectativa. En esta ciudad tan universalmente opositora que el dictador, a indicacion de sus ajentes, la libraba de las feroces persecuciones y escandalosos abusos del reclutamiento forzado que casi despoblaron a otras, y nó por espíritu de benevolencia ni por patriótico pudor sino tan solo para evitar que la semilla de oposicionismo que todo el pueblo porteño cultivaba en lo mas hondo de su pecho fuera a trasplantarse a las multitudes inconscientes traidas de otros lugares para formar la gran masa de los infelices defensores de la tiranía; en este populoso puerto, que se considera con orgullo como el hogar cariñoso de la marina de Chile, los corazones palpitaban con violencia y las respiraciones se sentian anhelantes y trabajosas al pensar que en esos momentos y a tan corta distancia se jugaban en reñida contienda la suerte y los destinos de la patria. Despues de la victoria de Concon, la esperanza habia echado raices profundas en los ánimos de los opositores; pero la esperanza no era ni podia ser la seguridad, y la llegada de los numerosos refuerzos enemigos, la fallida operacion del 23, la tranquilidad y la confianza en el éxito que ganaron de nuevo a los balmacedistas, y, por fin, el largo intervalo trascurrido entre la primera y la segunda batalla, intervalo que habia permitido serenarse y rehacerse a los derrotados, eran otros tantos motivos de alarmas y de sobresaltos para los aflijidos patriotas porteños. Y así, al percibir en la mañana del 28 el terrible cañoneo con que se dió principio al combate, nadie tuvo tranquilidad ni paciencia para dedicarse a otra cosa que a poner el oido al estrépito del tiroteo, que resonaba perceptible, revelador y cercano. Cuando los fuegos de fusileria de nuestra 1.ª brigada resonaron junto a la cumbre del Alto del Puerto en la primera parte de la accion, los escuchadores esperimentaron accesos de nerviosa alegria. Acertadamente calculaban que semejante aproximacion del estruendo indicaba que los opositores avanzaban y que tal vez los dictatoriales retrocedian. Cuando, media hora despues, al ser rechazados los nuestros, se alejaba el ruido de los disparos, una

sorda congoja oprimia los corazones ante la posibilidad de una derrota; y cuando, por fin, el avance de las tres brigadas constitucionales trasladó de nuevo a las cercanias de la meseta el sitio de la refriega y comenzaron a sentirse aquí a cada momento mas cercanos los nutridos disparos de uno y otro bando, los pechos se abrieron de nuevo a una lisonjera esperanza.

Puede decirse que todas las alternativas de la batalla iban siendo en conjunto contempladas con los ojos de la imajinacion por millares de ansiosos e invisibles espectadores; de tal modo que, cuando ya el fuego se sintió mas vivo y mas inmediato, muchos no pudieron permanecer en sus asilos o en sus casas, y a pesar del increible bando de Alcérreca que penaba con la muerte a los que salieran a la calle (y que mejor que nada manifiesta cuán completa era en concepto de los mismos funcionarios dictatoriales la uniformidad de la opinion porteña contra el criminal despotismo que nos subyugaba), a pesar del bando de Alcérreca, muchas personas se dirijieron a la avenida de las Delicias, a Santa Elena y al camino de las Zorras, sin que nadie se los impidiese, para tomar lenguas acerca del desarrollo de los sucesos.

Los cerros se despoblaban tambien de sus vecinos, y hombres y niños corrian hácia la cumbre para llegar al camino de la Pólvora y encaminarse por allí a la Placilla; pero la policia, que dejó casi en desamparo la ciudad, se hallaba desde el alba situada a lo largo de esa vía y con órden de disparar sobre quienquiera que intentase acercarse a ella. Muchos, por esta causa, se vieron obligados a retroceder, corridos a balazos por los celosos guardianes; pero muchos tambien, o permanecieron ocultos en las quebradas, o comenzaron a deslizarse poco a poco por entre las matas y senderos, atravesando colinas y barrancas hasta llegar a los alrededores del campo de batalla. De este modo, apenas terminada la refriega aparecian en el Alto mismo centenares de hombres del pueblo que fraternizaban con los soldados libertadores, desarmaban a los fujitivos, se apoderaban de sus fusiles y seguian hasta los puntos en donde mayor habia sido la mortandad a fin de proveerse allí de nuevas armas y de abundante provision de municiones.

***

Fueron, sin embargo, los impacientes que acudieron por el lado de la avenida de las Delicias los que primero se hallaron en situacion de satisfacer su ardiente curiosidad, porque ya desde las 9.45 de la mañana, o sea tres cuartos de hora antes de terminar definitivamente la batalla con la derrota y encerramiento de las fuerzas enemigas acumuladas en la cumbre del espolon central, comenzaron a descolgarse desde el Alto del Puerto a la ciudad los fujitivos del ala izquierda enemiga, barridos por el impetuoso avance de los cuerpos de nuestra 3.ª brigada. Un amigo que en esos momentos se encontraba en el Pasaje de Santiago, adonde se dirijió en demanda de noticias, nos escribe:

"Al primero que vimos con todas las demostraciones del pánico fué a un muchacho, corneta de artilleria. Venia de a caballo, sin kepis y con semblante despavorido.

—¡Derrota! dijimos todos.

Se acercaron varios a interrogarlo; pero venia tan espantado, que no podia responder en razon a nada ni a nadie.

Detras de él, a poca distancia, venian varios soldados, unos de artilleria y otros de infanteria. Habian desenganchado, al parecer, las mulas de las piezas, y montados en ellas corrian a buscar refujio en la ciudad.

Esto pasaba a las 9.45 de la mañana.

En pos de éstos bajaron algunos oficiales, pero con tal precipitacion y con los semblantes tan descompuestos, que nadie se atrevió a dirijirles la palabra.

Lo mismo ocurria con los numerosos pelotones de artilleros que con cortas interrupciones seguian bajando de a caballo.

La derrota la traian elocuentemente pintada en sus rostros: no habia necesidad de interrogarlos.

Eran ya como las diez de la mañana mas o menos cuando pasaron varias camillas ocupadas por oficiales heridos. Entre ellos se hallaban, segun se nos dijo, un capitan Saldivia o Zaldívar y un teniente Subercaseaux.

Mientras tanto seguian bajando numerosos grupos con las muestras cada vez mas patentes de la derrota. Todos traian los ojos atónitos, muchos venian sin kepis y con el pelo engrifado, y en su mayor parte cubiertos de polvo y con los rostros tan trastornados por el miedo, que en realidad estaban absolutamente inconocibles.

No eran todavia las diez y media cuando vimos bajar a todo escape un gran grupo de jefes y oficiales, todos de a caballo. Entre ellos se hacia notar por su traje de paisano uno que venia de manta y con sombrero de paño·

Luego pudimos conocerlo: era Julio Bañados Espinosa, ministro de lo interior y de la guerra. Los militares parecian miembros del Cuartel Jeneral y del Estado Mayor, jefes de cuerpos, de divisiones o de brigadas, comandantes jenerales, jefes de estados mayores divisionarios y de las brigadas: toda la aristocracia y el núcleo del ejército balmacedista. ¡Y los soldados todavia peleaban en la cumbre, segun podia notarse por los disparos! Pero los jefes, entre los cuales habia varios coroneles, corrian a matacaballo, no miraban a nadie, venian como ciegos, a pesar de que se conocia su esfuerzo por aparentar serenidad.

Los seguimos con la vista hasta que se perdieron en la poblacion.

Torcieron por la calle de la Independencia; no tomaron, por cierto, la de la *Victoria*.

—¡Magnífica seña! pensamos.

Sin embargo, tomó despues esta calle una partida de soldados en desórden, los cuales gritaban a toda voz:

—¡Viva el presidente de la república! ¡Viva don José Manuel Balmaceda!

—¿Qué significa esto? nos preguntamos alarmados y confundidos.

Pero nuestra angustia cesó pronto: luego pasaron varios paisanos que venian tristes y cabizbajos. Entre ellos conocimos al proveedor Merino, al secretario Mannheim y algunos otros.

Al fin, como a las once penetraba por la misma calle de la Victoria el parlamentario del ejército constitucional don Juan Walker Martinez, acompañado por varios soldados y oficiales opositores. La presencia de éstos nos demostró que ya el triunfo era un hecho.

Como para perturbar nuestras ideas y aumentar nuestras zozobras, seguia al parlamentario un coche que llevaba una gran bandera chilena enarbolada en el pescante. Iban en él ardorosos balmacedistas, entre los cuales se hacia notar el abogado Miranda Rebolledo. Este, sacando la cabeza por la portezuela y ajitando en la mano un sombrero igual al de Bañados Espinosa, gritaba con fuerza:—"¡Viva Balmaceda!"

Luego supimos que estas bulliciosas demostraciones de Miranda Rebolledo no eran mas que una argucia de tinterillo encaminada a evitar que le cortaran el paso en su fuga hácia la intendencia primero y hácia el muelle en seguida. La derrota era un hecho, segun lo demostraba el curso no interrumpido de grupos de a pié que entonces comenzaron a pasar.

Abandonamos nuestra atalaya y nos dirijimos a la ciudad. El pueblo salia en grupos a las calles, entusiasta y ruidoso.

En esos momentos llegaban desde el Alto el batallon Anjeles y los Jendarmes de Viña del Mar medio organizados y se establecian en la calle de las Delicias, entre la de la Victoria y el Pasaje de Santiago. Tal vez se in-

tentaba detener y rehacer con ellos a los derrotados, pero ésta era una tarea imposible. Al contrario: el miedo comenzó a ganarlos a ellos; el populacho los rodeó, quitando sus fusiles a los infantes, y tanto éstos como los jinetes se desbandaron.

Solo faltaba presenciar la entrada del ejército victorioso.

Cuando vimos adelantar a los Granaderos y Lanceros, a la cabeza de los cuales venia Körner, nos dijimos:

—Todo ha concluido."

***

A la una y media de la tarde todo asomo de resistencia habia cesado, en efecto. Los tiros de la *Lynch* y la tentativa del oficial del fuerte Pudeto que dejamos referidos fueron como las últimas convulsiones de la moribunda dictadura. En esos momentos la mayor parte de los caudillos balmacedistas se encontraban asilados a bordo de los buques de guerra estranjeros, considerando con intensa amargura a qué triste y bochornoso estado los reducian su ambicion funesta, su atropellamiento de las leyes, sus numerosos crímenes y su voluntaria locura. Los menos afortunados, como el coronel Ruiz, eran cortados por nuestra caballeria en la avenida Altamirano, naufragaban en seguida en una mala chalupa de que se apoderaban para embarcarse, y al llegar de nuevo a tierra, soldados de Granaderos los cojian y los llevaban a la policia prisioneros. Un mayor de la comitiva, traido en ancas por uno de los soldados, lloraba a mares su pecado y pedia a sus captores la gracia de una vida contra la cual entonces nadie atentaba. La ciudad quedaba libre de esbirros, y los ciudadanos mas entusiastas, que estuvieron espuestos a ser ametrallados y fusilados por órden de Viel en los momentos en que preparaba su fuga, (1) habian arrastrado ya con sus aclamaciones y con sus "vivas" a la poblacion entera a las calles principales de la ciudad.

---

(1) Esta increible hazaña del intendente dictatorial de Valparaiso es referida en los términos siguientes por el almirante Valois, jefe de la escuadrilla alemana, en nota oficial dirijida a su jefe:

"A las 11 A. M. me envió el almirante Viel uno de sus ayudantes para pedirme una conferencia.

Viel me dijo: "Hemos sido totalmente derrotados y no es posible ningu-

De modo que cuando los primeros cuerpos de infanteria del ejército libertador hicieron su entrada, Valparaiso entero acudió a recibirlos y saludarlos. Desde la avenida de las Delicias hasta los almacenes de aduana se convirtió su marcha en una larga, constante, calorosa y frenética ovacion. Este pueblo, aprisionado durante ocho eternos meses por las pesadas cadenas de la tirania; ensangrentado a veces por las salvajes venganzas de los ajentes del dictador; azotado, preso, insultado hasta en las personas de los niños y de las mujeres; este pueblo, sediento de libertad y de venganza y que acababa de ser gloriosamente libertado y noble y lealmente vengado en la batalla por las heróicas huestes que venian del norte, ¿cómo no acudiria a contemplar de cerca los atezados rostros de sus salvadores, a aturdirlos con la esplosion de sus gritos entusiastas, a sembrar de flores y hasta de lágrimas de dicha su venturoso camino?

Hombres y mujeres, niños y ancianos, ricos y pobres, un mundo de trasfigurada multitud, una avalancha de aclamadores delirantes, corrieron en apiñado tropel al encuentro de sus bienhechores. Estos, despues de la ruda campaña, de la

---

na resistencia. No puedo ya responder de la paz y de la seguridad; asi es que usted puede desembarcar tropa. Ruego a usted que intervenga con la oposicion para que la ciudad pueda entregarse sin que haya combates en las calles."

El cónsul Voigts Relhetz y el capitan teniente Wentzel se encontraban a mi lado; y yo propuse al almirante Viel enarbolar inmediatamente bandera blanca en todas partes y enviar con esa indicacion un parlamentario al enemigo.

Hice, de tierra, la señal de: "embárquese el destacamento que ha de venir a tierra" y pasando a todos los buques almirantes, llamóse al almirante capitan Saint Clair, el marino ingles mas antiguo, para que a las 12.30 nos encontráramos en la intendencia a fin de entregar, de comun acuerdo, la ciudad a la oposicion.

Al almirante Viel habia yo comunicado esto, pues me pareció conveniente obrar en cuerpo con las otras naciones, esperando principalmente calmar la escitacion popular de las jentes de la ciudad.

A eso de las 12 desembarcó el capitan de corbeta Köller con 300hombres; a eso de las 12.30 estábamos en la intendencia con sus ayudantes, el almirante Pailleron, Brown, capitan Saint Clair y yo, acompañándome a mí mi oficial de bandera, el capitan teniente Wentzel.

Yo tenia una ordenanza con bandera de parlamento, fuera de las ordenanzas de las otras naciones que habian desplegado en tierra sus banderas

tremenda batalla y de la pesada marcha, llegaban fatigados y sudorosos, con las ropas desgarradas y cubiertas de lodo, con el rostro languidecido y cubierto aun por el sangriento polvo del combate; pero ¡cuán hermosos parecian, qué arrogantes, qué nobles, qué apuestos y bizarros en comparacion con los vencidos y desgarbados servidores de la dictadura! Los muchachos corrian a descargarlos del peso de sus fusiles y los acompañaban orgullosos; las señoras les repartian dinero y alimentos, las niñas flores, miradas y sonrisas, los hombres abrazos y apretones, y cada uno "vivas" interminables y cordialísimos aplausos. La tropa olvidaba su cansancio en medio de aquel ambiente de admiracion y de cariño, y muchos bravos que habian afrontado la muerte sin flaqueza sentian ahora henchidos sus corazones por deliciosa ternura y preñados sus ojos de dulces y aliviadoras lágrimas. Todos se mostraban satisfechos e impresionados con tan lisonjera acojida y pensaban cuán grande y

---

respectivas; lo que, reconociendo el pueblo su objeto, fué saludado con entusiastas ¡vivas!

Con los ingleses habia yo convenido acerca de la ocupacion del cerro Alegre y el de la Concepcion. A eso de la 1 desembarcaron los ingleses y poco despues los americanos, quienes ocuparon tan solo su consulado.

La plaza de la Intendencia, como las calles que en ella desembocan, fueron protejidas por piquetes escojidos, en su mayor parte, de la marina y de la policia. Ametralladoras dominaban el paso hácia ellas.

Como el almirante Pailleron era el mas antiguo en grado, fué elejido por nosotros para que llevase la palabra, proponiéndonos nosotros trasladarnos, en coche o a caballo, al campamento de los opositores, para tratar del asunto; pero, en esos momentos, se anunció que un parlamentario de los opositores ya se encontraba en las calles de la ciudad.

Entre tanto, la exaltada multitud de pueblo venia apiñada por todas las calles a la plaza, la cual, el almirante Viel, por conocimiento del carácter de sus paisanos, a todo trance queria conservar libre. Por eso, salimos a la plaza y fuimos por las calles para aconsejár órden y juicio al pueblo. Por medio del secretario del cónsul Griand hice esponer en español el estado de las cosas a la multitud, consiguiéndose completamente el objeto, pues respondieron entusiastas ¡Vivas a Alemania e Inglaterra! Conseguimos impedir, por gran felicidad, que se ejecutase una insensata órden, dada desde el balcon de la intendencia, de hacer fuego sobre la multitud, cuyas consecuencias habrian sido incalculables. Para eso, de pié, junto con nuestros ayudantes permanecimos delante de los cañones y de los soldados que estaban en actitud de cumplir la órden dada."

cuán glorioso es sacrificarse por un pueblo agradecido y en defensa de la libertad y de la patria.

***

Este grato festejo y esta alegria patriótica habian de tener en la noche su reverso. Los fujitivos balmacedistas que a primera hora se retiraron del campo con sus armas, los que se desbandaron despues de la derrota, los que lograron escapar del último encerramiento, y, por fin, el ávido populacho que en el Alto mismo, en los caminos y a la entrada del Pasaje de Santiago se proveyó con armas y municiones de los muertos y de los vencidos, formaron en diversos barrios de la ciudad, y sobre todo en la avenida de las Delicias y en sus inmediaciones, grupos bulliciosos y exaltados en los que desde temprano se veia despuntar el jérmen de la rapiña y del desórden. Ya en el dia harapientas mujeres y numerosos descamisados y vagabundos habian asaltado el galpon de la aduana, en donde entraron a saco en las mercaderias allí depositadas, costando no poco trabajo a los jinetes constitucionales arrojarlos a caballazos. A la caida de la tarde, cuando nuestros soldados, rendidos de hambre y de fatiga, se entregaban al reposo en sus cuarteles, y cuando tan solo uno que otro rezagado llegaba trabajosamente a la ciudad, el furor del armado populacho, que se habia limitado durante el dia a destrozar las habitaciones y los muebles de los mas odiosos funcionarios balmacedistas ya que no podia destrozarlos a ellos, comenzó a desbordarse en fuerza de sus repetidas libaciones y a dirijirse contra las casas y negocios que consideraba como constantes cómplices de toda opresion y de toda tirania: las casas de préstamos sobre prendas, que tanta ocasion tuvieron de realizar pingües ganancias especulando con el hambre del pueblo durante los últimos aciagos dias de paralizacion y privaciones.

Desgraciadamente, no se hallaban las autoridades militares en situacion de poner coto a los desmanes del populacho. La policia, o, mejor dicho, sus jefes y oficiales, que bajo el dominio de las autoridades fujitivas habia, más que custodiado la ciudad, aprisionado y perseguido a los vecinos honrados, la policia se encontraba, como dijimos, en desbande, y las calles permanecian, por lo tanto, en completo desamparo. Solo el con-

sulado frances, la casa de la señora doña Juana Ross de Edwards, en donde se hallaba establecido el norte-americano, y los cerros de la Concepcion y Alegre, estaban desde la mañana custodiados por piquetes de marineria mandados a tierra por los buques franceses, norte-americanos, alemanes e ingleses fondeados en la bahia, pero el círculo de accion de esas guarniciones era en estremo reducido. Destacar piquetes de infanteria constitucional para recorrer durante la noche las calles hubiera sido de todo punto inconveniente, tanto porque nuestros soldados necesitaban reposo y sueño despues de la árdua empresa que acometieron y consumaron durante el dia, cuanto porque su contacto con el populacho podia inducir a algunos a separarse de las filas. Solo partidas numerosas de caballeria comenzaron a recorrer desde la entrada de la noche la ciudad, disolviendo los grupos y ordenando a la jente que se retirara a sus casas; pero los escurridizos y matuteros rotos, al mismo tiempo que halagaban a los jinetes diciéndoles que andaban celebrando el triunfo, daban la vuelta por la primera bocacalle que encontraban y se reunian de nuevo junto a las casas y almacenes que despertaban sus odios o su codicia. Y como el número de merodeadores aumentaba por momentos, pronto la tarea de la caballeria se hizo imposible y hasta peligrosa. En el barrio del Almendral, sobre todo, resonaban incesantemente los tiros de fusil y de revólver. Las casas de préstamos sobre prendas se defendian, algunas con la pasiva resistencia de las planchas de fierro con que desde dias atras tenian reforzadas sus puertas y sus ventanas, y otras con la accion activa de sus dueños y dependientes, que rechazaban a tiros a los asaltantes. En los despachos de provisiones, fondas y tabernas ocurria otro tanto, y en algunas partes se produjeron largos choques y encarnizados combates.

***

El fuego vino pronto a unir sus horrores a las pavorosas escenas de esa nefasta noche. Ya con el pretesto de destruir las propiedades de los mas conocidos balmacedistas, ya con el declarado propósito de entregarse al pillaje, el ébrio populacho aplicó la tea destructora a distintas casas y en diversos puntos de la ciudad. No menos de catorce incendios se declararon y propagaron

en pocas horas. Desde la plaza Echáurren hasta el estero de las Delicias la ciudad se veia iluminada por enormes piras, cuyas rojizas llamas amenazaban tragarse barrios enteros. Las casas vecinas, los cerros, la bahia, se mostraban iluminados por aquellos resplandores rojizos y siniestros, que servian como de fúnebres y jigantescas antorchas de duelo a los cadáveres esparcidos a centenares en el llano de Peñuelas y en las quebradas, faldas y mesetas del Alto del Puerto. Don Claudio Vicuña, en medio de su bombástica amargura, contemplaria sin duda con una especie de satisfaccion—la satisfaccion de la vanidad satisfecha—desde su seguro refujio a bordo, aquella destruccion que tan bien se avenia con las instrucciones que poco antes diera al coronel Ruiz, cuando lo instaba a defenderse manzana por manzana con su jente, aun cuando su resistencia resultara infructuosa y aun cuando fuera necesario reducir a humeantes escombros la ciudad entera para sepultar en una ruidosa tumba sus infundadas esperanzas.

Pero los animosos bomberos, que no tenian motivos para sentirse animados por el mismo despecho que el burlado candidato, y que, por el contrario, habian sido víctimas tambien de las persecuciones de una tirania que ninguna institucion benéfica respetó porque ninguna tampoco aplaudia ni aceptaba sus desmanes, los bomberos acudieron en el acto a combatir contra las llamas. Multiplicando sus esfuerzos, su actividad y su enerjia, a todas partes acudieron, y, a pesar de los chubascos de balas que por donde quiera cruzaban, a pesar de la trasnochada, de la mojadura y del cansancio, permanecieron firmes en sus puestos durante esa larga y terrible noche, salvando a la amenazada poblacion del peligro inminente que corria de ser devorada en su mayor parte por las llamas de aquellos catorce grandes incendios atizados por las turbas de descamisados y de fujitivos.

Solo el alba del 29 vino a poner término a la tarea de los revoltosos. Nuestras tropas, descansadas ya, pudieron ese dia repartirse en numerosos piquetes por las distintas calles de la ciudad y recojer a los centenares de vagabundos que las recorrian. La noche del 29 trascurrió tambien mucho mas tranquila que la anterior, gracias a que apresuradamente se organizó un cuerpo de policia en que entusiastas vecinos servian los puestos de jefes y oficiales.

Y como los partidarios de la tirania—es decir, sus usufructuarios, porque otros no tenia en Valparaiso—no han dejado de propalar que los desórdenes e incendios de la noche del 28 fueron principalmente ocasionados por los soldados vencedores, para desvirtuar sus malignas afirmaciones basta pensar en la grandiosa tarea que estos hombres habian consumado a costa de tantos esfuerzos, de tanta fatiga y de tanta sangre. ¿Entra en los límites de lo posible que en los momentos en que podian entregarse al descanso y al sueño fuesen ellos a dedicarse voluntariamente a nuevas, fatigosas y enervantes tareas? ¿Y qué sabian los soldados del norte de la situacion de las casas de los corifeos del tirano, de las fondas y tabernas, de los despachos y de las casas de préstamos? Si algunos rezagados, por escepcion, tomaron alguna parte en los desmanes, fué tan corto su número, que apenas puede calcularse en el uno por ciento de la totalidad de nuestro ejército, lo cual equivale a decir que éste ninguna parte tuvo en los incendios y saqueos de esa noche memorable.

Los verdaderos autores de las escenas del 28 no fueron otros, por mas estraño que parezca, que los ahora aterrados y ocultos partidarios de la tirania. Habian sembrado vientos, y era natural y hasta justo que cosecharan tempestades. Ellos insolentaron un año antes al populacho porteño, hasta entonces tan respetuoso y tan sumiso. Ellos, para intimidar al Congreso, suscitaron en aquella época las huelgas, fomentadas, desarrolladas y dirijidas por la mano demasiado visible de las autoridades. El populacho, más que tolerado, incitado por la policia y sus comisionados, se desbordó en ese tiempo sin que se tratara de reprimirlo, y aquel jérmen latente de impunidad, de complacencia y hasta de complicidad brotaba ahora de súbito como asoladora borrasca para barrer con los mismos que en anterior ocasion celebraron los desórdenes y las tropelias y se valieron de ellas como de arma poderosa para quebrantar la altiva y digna resistencia del Congreso.

***

Mientras tales escenas ocurrian en el regocijado Valparaiso, los fujitivos de la estremidad izquierda enemiga, que a resguardo de las quebradas y lomas habian logrado escurrirse hácia

Viña del Mar y el Salto, y entre los cuales se contaban algunos jefes superiores del ejército vencido, llegaban en rápida carrera a Quilpué, a Limache y a Quillota, y, más con sus semblantes despavoridos y descompuesta actitud que con sus palabras entrecortadas e incoherentes relaciones, introducian la perturbacion y el espanto entre las autoridades dictatoriales de su tránsito y el mas entusiasta regocijo entre los innumerables partidarios con que la causa constitucional contaba en esos pueblos.

Desamparados Viña del Mar, Quilpué y el Salto por los funcionarios balmacedistas a los primeros asomos de desastre, y desprovisto Limache de toda guarnicion despues del desbande de la tropa del 8.° que la custodiaba y de la pasada y dispersion de la caballeria mandada por Salvador Sanfuentes, los fujitivos, estimulados por el pánico, no detenian su carrera hasta llegar a Quillota. Aquí se encontraba el coronel don Francisco Vargas a la cabeza de la division de 2,300 hombres que, esparcida entre Limache, Quillota, Calera, Llaillai y Montenegro, debia molestar a nuestro ejército por la retaguardia durante su avance hácia la Placilla y encerrarlo en seguida en cuanto las fuerzas de Barbosa lo derrotaran.

Ya hicimos notar que el espíritu de esa division se hallaba en estremo decaido despues de la batalla de Concon y que la pasada de los Húsares de la Frontera y el desbande de las partidas de reconocimiento que se enviaban a diversos puntos la mantenian en un grado de desmoralizacion en estremo alarmante para los amigos del dictador. Si algo lograba sujetar a los que aun se mantenian bajo las banderas, esto no era mas que la posibilidad del triunfo de las fuerzas que defendian a Valparaiso y la vijilancia de los jefes superiores; pero una vez que el rumor de la derrota llegase a sus oidos, de seguro que todos se emanciparian de la obediencia militar como de un pesado yugo, abandonando a su suerte la desgraciada causa de la tiranía. El coronel Vargas lo sabia, y por eso su desaliento fué completo al tener noticia de que la batalla de la Placilla habia sido para el gobierno un revés mayor todavia que el de Concon.

***

Balmaceda, a pesar de las lisonjeras esperanzas que antes de

la batalla lo animaban y que se traducian en los verbosos y campanudos telegramas que en nuestra anterior correspondencia mencionámos, recibió la noticia del desastre con mucha mayor entereza y tranquilidad de espíritu que sus lugartenientes. La numerosa guarnicion con que contaba en Santiago, mediante la llegada por mar de una parte de las fuerzas de Coquimbo; el avance por tierra de los cuerpos restantes de esa division; el cómputo de las tropas esparcidas en la línea férrea a cargo del coronel Vargas, y hasta los piquetes cuyo número indagaba con tanto interes el jeneral Gana, habian hecho surjir en la fértil imajinacion del neurótico y mudable tirano nuevos planes de resistencia, que desde la mañana del 28 combinaba y revolvia.

No por eso dejaba, ciertamente, de preocuparse del principio, desarrollo y resultado de la batalla de la Placilla, porque la actividad de su espíritu era en esos momentos febril y devoradora; y así, en cuanto supo, por medio de un propio enviado desde Valparaiso a Limache en la madrugada del 28, que los dos ejércitos se encontraban frente a frente y que la batalla era inevitable ese mismo dia, no dejó descansar al gobernador de la última ciudad pidiéndole noticias de lo que pasaba.

Este, a las ocho de la mañana, le decia:

«Desde hace media hora se siente un vivo cañoneo en direccion a la Placilla. Parece que la batalla ha comenzado.»

Media hora mas tarde repetia:

«El fuego de cañon se sostiene con viveza. No se distingue si hai fuego de fusileria.»

El ministro Zañartu telegrafiaba entonces:

«Sírvase mandar vijías a las alturas mas convenientes que dominan a Peñuelas, con buen servicio de propios a caballo para que nos den noticias. Que lleven vijías buenos anteojos. Si hai ahí un jefe entendido puede mandarlo.—Zañartu.»

Y como el gobernador de Limache guardase silencio, ocupado sin duda en buscar anteojos y vijías, el dictador lo importunaba diciéndole:

«A las 9.20 A. M.—Gobernador de Limache.—Dígame nuevamente si continúa fuego de artilleria. Es importante saber si hoi es el combate.—Balmaceda.»

El gobernador respondia entonces:

«A las 10 A. M.—Continúa el cañoneo mui nutrido. Tambien se oye fuego de fusileria, al parecer mui vivo. He mandado los propios que V. E. me ordenó, pero no espero tener noticias hasta dentro de tres o cuatro horas.»

Y a las diez y media agregaba:

«Parece que los fuegos han cesado o paralizado. Solo se oye uno que otro disparo.»

El dictador un cuarto de hora mas tarde, nervioso e impaciente, le preguntaba:

«¿Siguen paralizados los fuegos? No descuide noticias. La batalla no puede haber terminado tan pronto. ¿Ha percibido claramente el fuego de fusileria? Apure propios. Establezca servicio numeroso. Debió hacerlo desde primera hora.—Balmaceda.»

El gobernador, que no era, segun parece, de los mas avisados, contestaba:

«A las 11 A. M.—Los fuegos siguen paralizados. No estoi seguro de haber oido tiros de rifle. Mandaré a V. E. cualquier noticia que adquiera. Los propios no podrán volver hasta la tarde.»

***

El resto del dia trascurrió para el apurado gobernador en esta clase de preguntas y respuestas. Balmaceda lo interrogaba cada media hora pidiéndole noticias, y el gobernador le contestaba diciendo que no podia darle otra que la de que el tiroteo habia cesado.

Pero a las seis de la tarde, impaciente ya el nervioso tirano, dice a su ajente:

«Necesitamos saber el desenlace de la jornada de hoi. ¿Cómo no lo saben todavia?—Balmaceda.»

Y el pobre funcionario, tal vez por decir algo que entretuviese la curiosidad de su amo, le anuncia que por el camino de Tabolango se ve venir una partida, compuesta al parecer de desertores del ejército opositor. El dictador sabe mui bien que los constitucionales no se desertan y teme que la partida sea compuesta de espedicionarios que avanzan sobre el Tabon o algun otro punto de la vía férrea, y entonces malgasta su actividad

ordenando en el acto al comandante Toledo, destacado en Llaillai, que tome las mayores precauciones; advierte al ministro Aldunate que siga con cuidado hácia la Calera, trayendo a su jente lista para entrar en combate, y ordena al coronel Vargas que se traslade a Limache con los 1,500 hombres que tiene en Quillota.

Este, que conoce el espíritu de su jente, y que teme con razon un desbande, responde que obedecerá en el acto, pero no hace ni amago de moverse de Quillota.

Balmaceda, creyéndolo en marcha, telegrafía entonces al gobernador de Quillota:

«A las 6.25 P. M.—Habiendo partido Vargas a su deber, vijile usted mucho aquella localidad y los elementos de la línea férrea, y aun la línea, para que el enemigo, si momentáneamente la ocupase, lo que no es probable, no la utilice.—Balmaceda.»

*
* *

La actividad de ardilla del dictador se veia, sin embargo, repentinamente paralizada con la terrible noticia de la derrota. Media hora despues del anterior telegrama, o sea como a las siete de la noche, llegaban a Quillota, en efecto, espantados y rendidos de cansancio por la larga caminata, los coroneles don Marcial Pinto Agüero, don Federico Valenzuela y otros jefes y comunicaban al coronel Vargas la aterradora nueva. Este, ganado por el pánico, telegrafia a Balmaceda:

«Acaban de llegar a ésta varios jefes de los nuestros derrotados. Me comunican que la derrota es completa; que los nuestros peleaban sin valor ni entusiasmo; que en lo mas reñido del combate botaban sus armas y se pasaban a engrosar las filas del enemigo. Jenerales Barbosa y Alcérreca muertos. Don Claudio Vicuña y Bañados encerrados en la intendencia de Valparaiso, y esta plaza en poder de la oposicion. No quedándome mas papel que desempeñar en ésta, me marcho a esa con mi tropa.—Vargas.»

Durante aquellas largas horas de incertidumbre y ansiedad, es indudable que Balmaceda se habia puesto mas de una vez en el caso de una derrota de los suyos en la Placilla y reflexionado sobre la actitud, determinaciones y medidas que en tal emerjencia le convendria adoptar. Aconsejado por su vanidad y su despecho y dispuesto a sacrificar nuevas víctimas por tal de

prolongar siquiera por algunos dias la voracidad de mando que como enfermedad incurable lo aquejaba, tenia resuelto, aun antes de recibir la noticia que en tan alarmantes términos le comunicaba el coronel Vargas, sostenerse hasta el fin en la lucha, no importa que para ello hubieran de derramarse torrentes de sangre, no importa que el pais quedara exhausto de hombres y de dinero, ni que la destruccion redujera a cenizas las ciudades mas populosas y florecientes de la república. En la Calera pensaba establecer su tercera línea de defensa, concentrando allí las fuerzas de Quillota, de Llaillai, de Coquimbo y de Santiago. De ese modo opondria un nuevo muro de fuego al avance del ejército libertador sobre la capital, y, o venceria entonces con fuerzas de refresco a los debilitados revolucionarios, o podria tratar con ellos de hombre a hombre y obtener ventajosas condiciones para sí y para sus allegados.

En consecuencia telegrafió al coronel Vargas en contestacion a la desalentadora comunicacion de éste:

«Si fuera posible la reorganizacion en esa seria mejor esperar, pues vienen fuerzas de Coquimbo.—BALMACEDA.»

El coronel Vargas, mas alarmado al parecer por esta idea que por la misma noticia de la derrota, contestaba bruscamente:

«Nada es posible; y como no hai tiempo que perder, me marcho inmediatamente.»

*
* *

Pues ni esta elocuente respuesta, que demostraba a las claras cuán apocados estaban los ánimos de los mas altos jefes que tenia a su servicio y cuán inútiles serian, por lo tanto, los conatos de resistencia que meditaba, ni aun esta respuesta logró vencer la egoista y vanidosa resolucion del dictador. Esperando doblegar al coronel Vargas, ya que nó con la imposicion y el mandato, con el ruego, la astucia y el engaño, le decia, con la firma de su secretario particular:

«A las 7.20 P. M.—Espere ahí a don Claudio Vicuña y ampárelo, protejiendo su retirada. Despues replégnese.—J. FIGUEROA.»

Y como don Claudio se hallaba a esas horas cómodamente instalado a bordo, sin que Balmaceda tuviera otra noticia acerca de

su suerte que la que el mismo coronel Vargas acababa de comunicarle, éste, comprendiendo que el dictador solo trataba de ganar tiempo y tal vez de sacrificarlo a él inútilmente, ni siquiera contestó al secretario particular, elevado de un golpe por la voluntad omnipotente de su señor a la alta categoria de funcionario público que impartia órdenes imperiosas a coroneles que eran jefes de division. Al mismo tiempo preparaba a toda prisa su tropa para dirijirse a Llaillai.

Por una rara coincidencia, a las ocho de la noche, a punto de emprender la marcha, recibia desde Quilimari el siguiente parte de Stephan:

" Comuníqueme noticias de la situacion y dígame si será posible preparar en los Nogales rancho para 1,200 hombres y forraje para 800 caballos.

El coronel Vargas ordena que se trascriba a Stephan el telegrama que ha enviado a Balmaceda con la noticia de la derrota, y Stephan, creyendo broma de camarada la respuesta, replica:

"Siempre es bella la vida con ustel, don Pancho. Sus bromas las acepto, porque ellas me esplican el cariño del amigo."

Pero Vargas, que tiene prisa en retirarse, ordena a la telegrafista le conteste que crea si acaso quiere, y que si no se ven en Santiago se verán en el valle de Josafat, y pica espuelas a su caballo para dirijirse a Llaillai con sus soldados, que ya han logrado percibir la alarmante nueva y que se le van desgranando, a docenas por el camino.

***

Pocos momentos mas tarde partian en un tren especial con direccion a Santiago, y no menos impacientes que el coronel Vargas por alejarse de Quillota, el gobernador del departamento Miller Almeida, los empleados públicos de la ciudad y los jefes derrotados. Una junta de vecinos, instalada a nombre del gobierno constitucional, se encargaba de la administracion interina del departamento, y con tan buena suerte iniciaba sus funciones, que al dia siguiente podia comunicar a los libertadores de Valparaiso dos noticias importantes y que ponian en claro cuáles eran, aun despues de la definitiva derrota de la Placilla, las perers as miras que abrigaba el dictador.

Una de ellas constaba del siguiente telegrama, recibido en Quillota a las nueve de la noche del 28:

"Señor don Agustin Verdugo.—Retírese y destruya socavon San Pedro. Fuerza Quillota y dispersos a cargo del coronel Gomez se concentran Calera, donde llegará hoi division Coquimbo con seis mil hombres, de los cuales mil caballeria. Allí formaremos resistencia.—GÁNDARA."

La otra noticia constaba tambien de un telegrama recibido de la Ligua en la mañana del 29. En él el ministro Aldunate, dirijiéndose al gobernador de Quillota, ordenaba, como Stephan, que en los Nogales le preparasen rancho para su tropa. A fin de impedir que un avance rápido de estos espedicionarios lograse aumentar el nuevo núcleo de resistencia que el dictador meditaba, formalizando lo que hasta entonces aparecia como un simple rasgo de locura de un hombre trastornado por la ambicion, la vanidad y el egoismo, se contestó al ministro Aldunate que la causa constitucional habia triunfado y que ya en Quillota no habia gobernador sino una junta local que funcionaba a nombre del victorioso gobierno constitucional.

De este modo, la misma precipitada fuga de los derrotados de la Placilla acababa de prestar un gran servicio a nuestra causa. Gracias a ella, toda la provincia de Valparaiso se hallaba bajo el dominio de los partidarios de la libertad en la noche misma de la batalla; gracias a ella se evitaba el aterramiento del túnel de San Pedro, que hubiera puesto una poderosa valla a la marcha de nuestro ejército, y todavia gracias a ella podia darse por abortado el infernal proyecto del tirano de oponer a las vencedoras huestes un nuevo ejército que les impidiese el acceso a la capital y prolongase por algunos dias un gobierno y un réjimen que cubrian de ignominia y de luto a la nacion.

* * *

El empecinado dictador hubo de conocer mui pronto que a pesar de todos sus esfuerzos le era imposible organizar una resistencia capaz de contener por un solo dia la marcha victoriosa de nuestros soldados. Los jefes fujitivos llegaban a Santiago y le comunicaban sus ideas sobre el particular y las observaciones que durante la batalla tuvieron oportunidad de hacer respecto del ánimo de las tropas. Todos estaban contestes en afirmar lo mismo que el coronel Vargas decia en su telegrama: "que los

nuestros peleaban sin valor ni entusiasmo; que en lo mas reñido del combate *botaban sus armas* y se pasaban a engrosar las filas del enemigo," (¿para seguir peleando a puñetes?) y, por fin, que no solo entre los derrotados reinaba el pánico, sino que éste dominaba tambien en los soldados de la division Vargas, que llegaban a Santiago disminuidos en mas de la mitad. Era indudable que las tropas existentes en la capital y las que venian en marcha desde Coquimbo esperimentarian los mismos efectos en cuanto tuvieran noticia de lo ocurrido; de suerte que todo conato de resistencia equivalia a un inútil derramamiento de sangre y a la prolongacion de un estado de cosas perjudicial para el pais y para todos los que contribuyesen a sostenerlo.

En vano Balmaceda, con la flexibilidad y facundia que le eran habituales, procuró convencer a sus interlocutores de la facilidad de organizar una defensa. En vano contó y recontó las fuerzas de que le era dado disponer, discurriendo verbosamente sobre las probabilidades favorables a su causa que descubria en tales y cuales contingencias y recursos. La opinion de los jefes militares era unánime. Todos estaban temerosos, desalentados, rendidos. Todos le aconsejaban poner término a la lucha. Algunos llegaron a considerar como mui probable que la misma guarnicion de Santiago, unida al populacho, se sublevara en el instante de tener conocimiento de la nueva derrota; y esta consideracion, y el temor de ser presa de las iras de un pueblo y de una soldadesca desenfrenados fué lo que mas influyó en el espíritu del dictador para decidirlo a dar por terminada la resistencia, a dimitir el mando en manos del jeneral Baquedano despues de pactar con él ámplias garantías para sí y para sus amigos, y a buscar en seguida asilo en una legacion, de donde partiria al estranjero amparado por la fuerza pública.

Como era natural, se recomendó a todos los asistentes el secreto, y tan bien guardado estuvo éste, que el jeneral en jefe titular del ejército, don José Francisco Gana, que ni habia estado presente en la conferencia ni tenido conocimiento alguno de ella, se retiraba de la Moneda a las diez de la noche, mui tranquilo con la noticia de que nada de nuevo ocurria y de todo punto ignorante de la derrota que doce horas antes habia esperimentado una parte del ejército de su mando.

***

La resistencia era imposible, en efecto, de parte del dictador, no solo a causa de la indisciplina de sus tropas, sino principalmente por su carencia absoluta de jefes capaces de ponerse al frente de éstas. El jeneral Gana aparecia a los ojos mismos de Balmaceda como un ente tan nulo y como un instrumento tan acomodaticio y por lo mismo tan escaso de intelijencia y de iniciativa, que hasta desdeñaba consultarlo y ni siquiera lo imponia de la situacion. El jeneral Velasquez, tendido en cama a causa del accidente que le fracturó una pierna, se hallaba en la imposibilidad de organizar y dirijir el nuevo ejército. Ninguno de los fujitivos de la Placilla aspiraba ni admitia tan peligroso honor, porque las sombras de los jenerales Alcérreca y Barbosa aparecian a su vista como aterradores fantasmas; y en cuanto al coronel Vargas, basta recordar sus telegramas para convencerse de que en todo pensaria, menos en afrontar el empuje de las valientes lejiones que en dos derrotas sucesivas habian destrozado por completo las mejores tropas del gobierno y reducido a la condicion de pavorosos fujitivos a jefes que hasta entonces tenian fama de arrojados y de valientes.

Y luego, la verdadera razon, la razon fundamental de la derrota y del pánico; tal vez la única, por ser la esencial y la que daba nacimiento a las otras, la ocultaban cuidadosos los fujitivos, no solo del dictador, no solo de sus compañeros, sino hasta de sí propios; y esto a tal estremo, que hoi mismo, por una especie de mal entendido pudor, no se atreven, o, mas bien dicho, no tienen la lealtad, la honradez y la franqueza de confesarla.

En efecto: no fueron ni el desaliento de la tropa, ni su desbande y pasada en medio del combate, ni las torpes disposiciones de los jefes, ni la escasez de elementos bélicos, ni el menor número de jente, ni ningunas de las muchas variantes de estas supuestas causas que entonces se alegaron y siguen alegándose, las verdaderas productoras de las derrotas de Concon y la Placilla.

Si los jenerales Barbosa y Alcérreca vivieran, podrian repetir en su defensa la misma célebre frase de Piérola despues de Chorrillos y Miraflores:—"Esas batallas debieron ganarse." Porque en suma, y descartando errores y defectos de detalle, ¿qué más podia exijirse del jeneral en jefe de un ejército que la tranquila y firme colocacion de éste en posiciones tan ventajosas y formi-

dables como las de Concon y la Placilla? ¿Qué descuido, qué inadvertencia, qué yerro, por mas grave que se le suponga, son capaces de desvirtuar el triunfo de estratejia y de tino alcanzado con la posesion de aquellas dos tremendas fortalezas: el Torquemada y el Alto del Puerto?

Sin embargo, los jefes balmacedistas que hasta aquí han desplegado los labios para emitir su opinion sobre las causas de su vencimiento descargan a una sus cóleras sobre los jenerales Alcérreca y Barbosa, que a lo menos tienen el mérito —y siquiera por eso debian respetarlos—de haberles dado el ejemplo del valor muriendo como hombres en el campo de batalla. El coronel Garcia Videla, hablando de la Placilla, declara que ese fué un combate mal dirijido. Los coroneles don Vicente Ruiz y don Jorje Wood, el primero jefe de estado mayor jeneral del ejército balmacedista y el segundo comandante de una de las brigadas de la division de Concepcion, hablando de Barbosa y de Alcérreca, los tachan a ambos de "inobedientes, torpes y siempre torpes... Barbosa, agregan, fué siempre el mismo; y por lo que toca a Alcérreca, ¿para qué hablar?"

Mas no busquemos en los segundones la voz de la ruin disculpa. Balmaceda mismo, en su carta a Bañados, le dice:—"Los jenerales nos faltaron."

***

¡Ah! y cómo podrian éstos levantarse airados contra el tirano para decirle que él, con su ánsia de absorcion y de omnipotencia, con su enfermiza vanidad, y Bañados con su intrusion y torpeza, habian sido los principales artífices del desastre. ¿Quién le metió en la cabeza a Balmaceda dejar en Quillota y sus inmediaciones la division de Vargas, privando así a Barbosa de los 2,300 hombres con que ésta contaba y que pudieron tener un influjo decisivo en la Placilla? Nada más que la pueril vanidad de tener a quienes mandar y dirijir directamente como jeneralísimo. ¿Por qué motivo se opuso a la primera indicacion de Carvallo Orrego para ponerse en marcha desde Coquimbo el 20 o el 21 con su division? Puramente por el afan vanidoso de saberlo y precaverlo todo. ¿Por qué no mandó inmediatamente a Valparaiso las tropas de Coquimbo que con tanta oportunidad trajo de allí el *Im-*

perial, cuando aquí y nó en Santiago se debatian su porvenir y su suerte? Por la misma vanidad de lucir a su lado numerosos y disciplinados batallones que obedecieran directamente sus órdenes, resguardasen su persona y rodeasen pasajeramente su autoridad del fastuoso aparato de la fuerza. ¿Y así tuvo la lijereza de escribir que los jenerales le faltaron, cuando fué él en buena cuenta quien faltó y socavó a los jenerales?

No son menos contradictorios e infundados los cargos que los jefes derrotados dirijen a Barbosa y Alcérreca cuando salen del campo de las vanas declamaciones para entrar al de los hechos positivos.

El coronel Wood declara:

"Las repetidas torpezas del jeneral Barbosa contribuyeron de un modo principal a la consumacion del desastre. El jeneral *ponia toda su atencion en el centro*, descuidando desde un principio las alas, especialmente la izquierda, donde yo me encontraba. Empeñado el combate por el centro, él parece que no pensó mas que en protejer este punto, porque inmediatamente hizo desguarnecer el ala izquierda, dejándome a mí solo con parte de la brigada que yo comandaba. Todos los otros batallones que la protejian fueron conducidos rápidamente al centro, sin el cálculo ni la organizacion debidos. Tan precipitado fué este movimiento de concentracion, que yo creí en un principio que el enemigo trataba de atacar únicamente el centro. Bien pronto me desengañé de esta fugaz esperanza, etc."

Segun esta version, el jeneral Barbosa cometió la torpeza de descuidar las alas por el centro; pero ¿qué dice pocos instantes despues el coronel Ruiz? Dice así, en presencia de su quejumbroso colega:

"Viendo que ya era imposible resistir el avance de las fuerzas opositoras *con las pocas que nos quedaban en el centro*, resolví retirarme hácia Valparaiso. Me sorprendió que ninguno de los jenerales se apareciera a dar órdenes, pero no traté de cerciorarme al instante de lo sucedido y precipité mi retirada cuanto me fué posible."

El coronel Garcia Videla no se toma la molestia de entrar en detalles, quizá por no aventurarse en asuntos que ignora. Se limita a decir, dirijiéndose al segundo jefe del 2.° de línea, de que él era comandante titular no obstante su puesto de jefe de division:

"¿Están creyendo ustedes que mi nombre pasará a la historia como el de

cualquier patan y que porque tuve la desgracia de hallarme en una batalla *mal dirijida*, en pésimas condiciones, y todavia esa batalla ganada únicamente por la inercia de muchos y la traicion de los móviles (con raras escepciones), yo no he de figurar mas tarde y ocupar el puesto que me corresponde?"

Como se ve, poca luz nos da esta pieza para descubrir en qué consiste la mala direccion de la batalla de la Placilla; poca luz, a causa tal vez de la mucha que para iluminarse a sí propio despide su fachendoso autor.

Pero la contestacion del comandante Chaparro, que mandó al 2.° en la Placilla, puede servirnos para discernir si hubo, en efecto, abandono del centro por las alas o de las alas por el centro de parte del jeneral en jefe balmacedista.

"Las dificultades que habia previsto, dice, surjieron inmediatamente. Establecí, en medio de horroroso fuego, una sola línea de defensa, sin sostenes ni reservas, pues el tiempo apremiaba, porque *el enemigo habia forzado nuestras alas*, que se retiraron en el mas completo desórden, y *la defensa no era ya posible sino en el centro*. Por el avance del contendor, *el centro, compuesto del 2.° de línea y de algunos soldados del batallon Linares*, fué *luego* batido de flanco a cortísima distancia desde las colinas mismas que las tropas gobiernistas *acababan* de abandonar, y *en poco rato* envuelto casi totalmente."

Reduciendo estas declaraciones a la parte conducente, es decir, a las torpezas concretas atribuidas a Barbosa, ¿qué resulta de ellas?

Que el coronel Wood declara que las alas fueron desatendidas por fortalecer el centro; que el coronel Ruiz vió que la resistencia era imposible con las pocas fuerzas que le quedaban en el centro, y por eso resolvió retirarse; que el comandante Chaparro, al ver *forzadas* las alas, creyó posible defenderse en el centro, pero que en poco rato se vió totalmente envuelto y forzado a su turno; y que el coronel Garcia, sin descender a ocuparse de alas ni de centro, declara que su nombre no pasará a la historia... como el de cualquier patan.

¡Eh, señores! ¡qué alas, ni qué centro, ni qué abandono! ¿Por qué no lo confiesan? El empellon fué tan recio, tan formidable, tan irresistible, tan soberbio, que el centro, las alas, el tronco y las raices del árbol frondoso de la dictadura que a todos ustedes los cobijaba los arrancó de cuajo el heroico esfuerzo de nuestros

bravos. De nada sino de mayor bochorno sirvió a ustedes la posesion del encumbrado y ventajoso monte en donde sus jenerales los habian hábilmente colocado. Allí acudieron los nuestros a buscarlos, y de allí, por el centro, por las alas, por el frente, por la espalda, por todas partes, tanto los movilizados como los de línea que militaban bajo las abundosas banderas de la tiranía, fueron espulsados, arrojados y aventados por los bravos reclutas, por los incomparables voluntarios que desde su salida del norte, sufriendo privaciones, desnudeces, insomnios y toda clase de sacrificios, venian dispuestos a rendir la vida en la empresa de arrebatar al déspota y a sus bien pagados defensores los derechos, las libertades y las leyes que tenia usurpadas y que constituian nuestro patrimonio de pueblo civilizado y libre.

Esa fué, y no otra, la causa del desastre: el valor indomable del ciudadano que defiende la libertad, en oposicion al esfuerzo limitado y sin convicciones del pretoriano que sostiene la tirania. ¿Cómo no habia de ser vencido el que solo por intereses pasajeros y egoistas sostenia una causa antipatriótica e injusta? ¿Y cómo dejaria de triunfar el que estaba resuelto a vencer o morir en la contienda?

***

Descartada la disculpa de la torpeza de los jenerales para esplicar o cohonestar la derrota de las huestes balmacedistas en la Placilla, solo queda en pié la relativa al desbande, pasada y falta de entusiasmo de la tropa, ya que la fundada en el mayor número de los nuestros casi no merece mencionarse, lo mismo que la de la superioridad de los elementos bélicos de que éstos disponian.

La cifra del ejército opositor pudo ser perfectamente apreciada, a falta de otros datos, en la sangrienta y prolongada batalla de Concon, en donde todos los batallones, rejimientos y escuadrones constitucionales se batieron o al menos se hallaron a la vista del enemigo. Despues de la derrota, era natural que los vencidos exajerasen el número de los que se la inflijieron, y así efectivamente sucedió. Y como el principal medio de defensa y casi todo el plan de campaña del dictador consistian en abrumar a los invasores con el superior monto de las tropas que se les

opusieran ¿cabe suponer que tratándose de la segunda batalla, que era la decisiva, alterase su anterior y bien fundada determinacion? Al contrario: procuró devolver a los suyos la confianza mediante la reunion de fuerzas tales que hicieran imposible la repeticion de un descalabro; y disponiendo de sobrados medios y de tiempo suficiente para verificar una poderosa concentracion, no dió por terminada la tarea hasta que la confianza se hubo efectivamente recobrado. No solo él, que era el mas interesado en el triunfo, sino tambien el jeneralísimo Bañados, don Claudio Vicuña, su sucesor, los jenerales Barbosa y Alcérreca y hasta el tímido Viel, se consideraron garantidos con las tropas de refresco que a cada rato llegaban a Viña del Mar, y esto a tal estremo, que se juzgó inútil aumentar el ejército con las numerosas divisiones de Quillota y de Santiago, dejadas en esos puntos para dedicarlas a la persecucion y encerramiento de los revolucionarios que lograsen escapar con vida del seguro desastre que los esperaba.

La misma argumentacion puede hacerse en lo relativo a los elementos bélicos de nuestro ejército, siendo de advertir aquí que la 2.ª brigada constitucional, única que estaba totalmente provista del ventajoso Mannlicher, fué la que menos parte tomó en la batalla, con escepcion del Valparaiso, segun lo demuestra hasta la evidencia el menor número de sus bajas.

Por consiguiente, y sin recurrir a los guarismos oficiales, los cuales, segun al principio dijimos, nos llevarian hasta el esceso de calcular en 14 o 15,000 hombres el total de defensores de la tiranía en la batalla de la Placilla, las consideraciones anteriores bastan para convencer a cualquiera de que en todo caso eran ellos harto superiores en número a los que iban a atacarlos a pecho descubierto en sus formidables posiciones.

***

Pero el argumento del desbande y pasada de la tropa en medio del combate es el caballo de batalla de los jefes derrotados. Por el telegrama del coronel Vargas que ya dimos a luz se ve que en esto consistia la principal y casi la única esplicacion que daban ellos al dictador para esplicar la victoria de los constitucionales en la Placilla. "Los jefes derrotados me comunican, le

decia, que los nuestros peleaban sin valor ni entusiasmo; que en lo mas reñido del combate botaban sus armas y se pasaban a engrosar las filas del enemigo." Y esta alegacion de los fujitivos es uniforme. Don Claudio, en su entrevista con el repórter de un diario norte-americano, a vuelta de decirle que la causa del gobierno era la causa del pais; que Balmaceda fué un modelo acabado de gobernantes; que el pueblo de Chile en su inmensa mayoria lo apoyaba; que por esta causa cree inminente una contra-revolucion que dentro de poco lo ponga a él, presidente legal de la república y elejido por el voto unánime de sus conciudadanos, en el puesto que le corresponde y que don Jorje Montt le tiene usurpado (con cuya esperanza ha venido sin duda a ponerse cerquita, para no dejar por mucho tiempo acéfala la presidencia); despues de todas estas enormes verdades, esplica el estraño vencimiento de los suyos diciendo que la revolucion la hacian algunos ricos, aristócratas y banqueros "que se asfixiaban al respirar una atmósfera de gobierno puro," y que esos pícaros, a pesar de tener sus bancos clausurados, secuestrados sus bienes y sometidos a la censura del tirano hasta sus gastos ordinarios y menudos, disponian, sin embargo, de dinero suficiente (contra los cien millones de pesos de que dispuso Balmaceda) para cohechar, sobornar y comprar batallones, rejimientos y hasta brigadas enteras del ejército gobiernista. Poco le faltó a don Claudio para decir que el mismo Barbosa estaba comprado por los opositores, ya que se refiere a él con marcado desden y que solo para Alcérreca destina los mejores cogollos de sus pleonásticos elojios, llamándolo repetidas veces "nuestro noble y bravo héroe."

El jeneralísimo Bañados sigue de cerca las aguas de don Claudio.

«Todos los avances de los revolucionarios, dice, eran detenidos por aquellos de los cuerpos en línea que se conservaron en el cumplimiento de su deber.

Pero mui luego algunos de los batallones que esperaban entre los pliegues del terreno la órden de ataque, al recibirla se mantuvieron pocos instantes en la zona de fuego y se retiraron en órden. Otros que ocupaban otra parte de la línea se retiraron en desórden, lo mismo que la artilleria de montaña de Concepcion.»

Como se ve, los cargos del jeneralísimo se dirijen aquí a las

tropas que formaban la acumulacion de la izquierda enemiga, mandada por el jefe que "pasará a la historia."

Pero Bañados carga tambien la mano a las que ocupaban el camino de caracol, que tantos destrozos causaron al Constitucion y al Antofagasta en su primer ataque.

«La retirada de estos otros, dice, dejó en pleno descubierto y sin defensa la artilleria de Fuentes y abrió ancho claro por el lado del camino real de la Placilla. Los revolucionarios, al ver esta retirada *tan súbita e inesperada*, avanzaron rápidamente sobre el centro y su derecha. Parte de su caballeria avanzó tambien por el camino real de la Placilla, etc.

Al no encontrar resistencia en su marcha, como que desde ese punto se habian retirado las tropas encargadas de defenderlo, oblicuó a su derecha, etc.

La retirada de cuerpos enteros de infanteria, la retirada heróica (?) de la artilleria de Fuentes, el repliegue apresurado de la artilleria de montaña de Concepcion y la muerte de los jenerales Barbosa y Alcérreca hicieron imposible la resistencia, y todos tomaron hácia Valparaiso.

Los jefes, oficiales y soldados con quienes he conferenciado, pertenecientes al ejército del señor Balmaceda, están todos conformes en que la batalla se ha perdido por el retiro de cuerpos íntegros que no quisieron combatir o se limitaron a unas cuantas descargas.

Calcúlase que se ha batido poco mas de la mitad del ejército.»

Los coroneles Ruiz y Wood, interrogados sobre las causas a que se debe la derrota de la Placilla, se apresuran a contestar:

—En primer lugar a la defeccion de la tropa...

Se les arguye poco despues la fortaleza de sus posiciones, y ellos, reconociéndolo, dicen:

—Eran formidables e imponentes, cierto. Más todavia: inabordables para cualquier ejército, si en el nuestro no hubiera dominado la desmoralizacion mas grande. Esta es la verdad. Pero ¿qué quiere usted? Por una parte la desconfianza natural que sujiere tal espíritu, y por otra las repetidas torpezas del jeneral Barbosa, contribuyeron de un modo principal a la consumacion del desastre.

*
* *

En el curso de esta narracion hemos hecho notar mas de una vez la pasada de soldados y hasta de grupos de balmacedistas a

nuestras filas durante la batalla de la Placilla. Es de advertir, sin embargo, que ni batallones, ni siquiera compañias enteras lo verificaron en ningun momento. Se puede asegurar que sumando los pasados durante toda la refriega, la cifra de éstos no llegaria en ningun caso a mas de trescientos o cuatrocientos. Concedamos que hayan alcanzado a quinientos. Aun así, no era éste suficiente número para desequilibrar de una manera sensible el monto de los dos ejércitos. A lo sumo habrian quedado uno y otro con fuerzas iguales; pero ¿no tenian siempre en su favor los balmacedistas fieles las ventajas de la posicion y del descanso? Y ademas, puede asegurarse que los pasados hicieron poca falta al ejército dictatorial, nó porque en seguida no pelearan jeneralmente bien al lado de los constitucionales, sino porque en los momentos de pasarse habian agotado ya su poder ofensivo en nuestra contra. Salvo contadísimas escepciones—tan contadas que llegan a ser inapreciables—los soldados enemigos venian a convertirse a la buena causa en los momentos en que los avances de los opositores los cortaban del grueso de los suyos, es decir, cuando no les quedaba otra alternativa que rendirse, entregarse prisioneros, o morir. Ellos, quizá temerosos en su mayor parte de que los feroces "descamisados del norte" los sacrificaran sin piedad, como sus jefes se los aseguraban, creian librar su vida declarándose partidarios del Congreso, y por eso se pasaban; mas, fuera de los momentos de apuro, ni batallones, ni grupos, ni siquiera soldados sueltos venian a engrosar nuestras filas. Y por eso, si la ocurrencia de atribuir al influjo de los pasados nuestro triunfo podia ser mui buena para que los jefes fujitivos la alegasen en los primeros momentos, hoi se hace absolutamente insostenible. Porque ¿dónde están los pasados? ¿Qué jefe, qué oficial siquiera de los que sostenian al dictador se vino a nuestras filas en medio de la pelea? Por mas que se recorra una y otra vez el nuevo escalafon, estamos ciertos de que no se encontrará ninguno.

Las relaciones, esplicaciones y polémicas de algunos jefes y oficiales balmacedistas destruyen, por lo demas, los cargos que ellos mismos hacen a los suyos; y, como en el caso de las alas y del centro y del abandono de uno u otras por Barbosa, en éste, al llegar a los hechos concretos y de posible confrontacion, quedan pulverizadas por completo las afirmaciones de los de-

rrotados y reducidas sus afirmaciones jenerales y vagas a la simple categoria de declamaciones, de falsedades y hasta de calumnias.

Bañados no entra en ningun detalle, y se comprende, puesto que permaneció constantemente con la caballeria y escapó del campo en los momentos en que los Carabineros pretendieron dar su carga; pero en jeneral atribuye a las tropas del camino de caracol y de la izquierda enemiga la responsabilidad del desastre, porque la retirada de éstas, segun él, permitió a un escuadron constitucional atacar por el flanco a la artilleria de Fuentes en el promontorio que ocupaba.

***

Pues bien: el cargo de Bañados fué desvirtuado por un jefe balmacedista de importancia, y mucho antes de que ese cargo se produjera. El coronel don Jorje Wood, jefe de una de las brigadas de la division de Concepcion, se batió con su jente en la izquierda enemiga, es decir, en el mismo punto contra cuyos defensores fulmina Bañados Espinosa sus rayos; y a pesar de que el coronel Wood habla en términos jenerales de la desmoralizacion y pasada de los soldados balmacedistas, tiene buen cuidado de demostrar que estos cargos no alcanzan a los que pelearon a sus órdenes. Achaca el desastre de esa ala enemiga, como dijimos, a la torpeza de Barbosa, que solo se ocupó de reforzar el centro, y agrega:

"El enemigo (es decir, nuestra 3.ª brigada), el enemigo apareció de improviso sobre nosotros, colocando mi jente en condiciones tan difíciles, que se vió *precisada* a abandonar *con grandes pérdidas* sus posiciones."

Luego, segun este testimonio de un testigo intachable y que no peca de reservado o discreto sino tal vez de descontentadizo, murmurador y maldiciente, si el ala enemiga se retiró no fué, como dice Bañados, porque se desbandase, huyese o se pasase, sino porque se vió *precisada* a ello y despues de sufrir grandes pérdidas.

Sin embargo, este mismo defensor del ala izquierda enemiga une su voz a los detractores del centro, y llega a decir:

"De toda esa fuerza (la que componia el ejército dictatorial) no pelea-

ron el 2.° de línea y el batallon Anjeles. Como usted sabrá, el 2.° presentó sus culatas sin disparar un tiro y el Anjeles no alcanzó a entrar en combate por la razon de que cuando debió hacerlo estaba ya casi decidida la suerte de la batalla."

Pues bien: el coronel Ruiz, que se hallaba en el centro, defiende este punto de los ataques de Bañados y de Wood.

"Viendo que *ya era imposible,* dice, *resistir el avance* de las fuerzas opositoras con las pocas que nos quedaban en el centro, resolví retirarme a Valparaiso."

Y agrega que así lo hizo con unos seiscientos hombres entre infanteria y caballeria, que los componian el batallon Anjeles y los Jendarmes de Viña del Mar y de Colchagua.

Como se ve, nada se habla aquí de desbande y desmoralizacion de la tropa; y si a ésta se refiere Bañados al decir que cuerpos enteros se retiraron sin combatir, la falta, si la hubo, no puede atribuírsele a ellos sino a una autoridad tan superior como el jefe de estado mayor jeneral del ejército enemigo.

Pero estas dos versiones— la del coronel Wood respecto del ala izquierda y la del coronel Ruiz respecto del centro—vienen a rebatir con testimonios irrefutables las aseveraciones de Bañados Espinosa. No fué poco más de la mitad del ejército dictatorial la que se batió, como éste dice: fué la totalidad, escepto los seiscientos hombres de que habla el coronel Ruiz, que forman una suma inapreciable en comparacion con la cifra a que ascendia el ejército enemigo.

Porque el 2.° de línea, contra lo que tan lijeramente declara el coronel Wood en su afan de buscar disculpas a la derrota, luchó con verdadero encarnizamiento, quizá con mayor valentía que todos los demas cuerpos enemigos en la batalla de la Placilla, segun hemos tenido oportunidad de manifestarlo. Ademas, su segundo jefe, el comandante don Guillermo Chaparro, contestando las falsas imputaciones de los que, como los coroneles Wood y Garcia Videla, achacan al 2.° una conducta pasiva en la batalla, dice lo siguiente en una reveladora carta dirijida a este último:

"Pude fácilmente ordenar fuego en retirada cuando consideré imposible una reaccion favorable; pero comprendí que el espíritu de la disposicion recibida era protejer a las tropas que dejaron el teatro del combate

quizás para organizar a retaguardia una segunda línea. Ignoraba que los jenerales habian muerto y que el desconcierto mas completo reinaba a mis espaldas, sobre el camino mismo que constituia nuestra línea de operaciones.

Me sostuve, pues, en tan desesperada situacion hasta que ambas líneas se confundieron, despues de haber perecido las tres cuartas partes del batallon. Eran las 10.30 A. M.

Ocho oficiales mandaron en esas tres compañías; de ellos murieron los tres capitanes y mi ayudante. Los otros cuatro resultaron heridos o prisioneros. El infrascrito, despues de muerto el caballo que montaba, fué herido y hecho prisionero. Igual suerte cupo al mayor don Domingo Solar, que desplegó un valor y actividad dignos de mejor fortuna.

La salvacion de ambos se debe a la jenerosa intervencion de antiguos compañeros de armas, que bien secundados por algunos oficiales y con peligro de sus propias vidas, consiguieron sustraernos a una muerte cierta de manos de la tropa escitada por el triunfo.

Es preciso que tenga usted mui presente que estos datos no se consignan aquí como dando o requiriendo satisfaccion de agravios—que esas cuestiones las ventilaré con hechos y sobre otro terreno—ni menos para vindicarme de cargos oficiosos y ridículos que no me alcanzan, sino pura y simplemente para hacer ver con mi conducta a la vista (puede tomar informes) cuán criminal fué la suya permaneciendo inactivo en Placilla y difamando despues a los que cumplieron su deber como verdaderos soldados."

*
* *

De las citas anteriores resulta, por lo tanto, que ni el ala izquierda ni el centro del ejército balmacedista se desbandaron, se pasaron o siquiera flaquearon antes de tiempo, como con tanta suficiencia y falta de verdad lo asegura el ex-ministro de guerra dictatorial y futuro historiador de la administracion Balmaceda. Y para corroborar la falsedad de sus afirmaciones basta recordar las terribles bajas que los cuerpos situados en el camino de caracol y en la estremidad izquierda enemiga hicieron en los nuestros que primero los atacaron. Las pérdidas del Constitucion, del Antofagasta y del Valparaiso frente al camino —para no mencionar sino a los que más sufrieron—y las del Tarapacá y el Esmeralda en el ataque a las lomas avanzadas frente a la Casa de Pólvora, de que ya hemos hablado, no demuestran, por cierto, flojedad ni falta de decision de parte de los

combatientes que resistian su ataque: demuestran tan solo que la bravura de los soldados de la libertad era superior a la de los defensores de la tiranía; pero esto ¿no era completamente natural? ¿Lo dudaba acaso el mismo dictador, cuya mejor esperanza de triunfo consistía, nó en el ánimo, ni en la preparacion, ni en la disciplina de sus soldados, ni en el entusiasmo de sus oficiales, ni en la habilidad de sus jefes, sino en el número abrumador de tropas con que pretendia aplastar y anonadar a los constitucionales?

No es raro, sin embargo, que los jefes superiores del ejército vencido recurran a la supercheria y al embuste para esplicar las causas de su derrota, puesto que de lo contrario tendrian que acusarse a sí mismos de falta de valor y de firmeza, segun antes lo hemos demostrado mediante la consideracion de la escasez y aun casi nulidad de sus bajas. Lo que verdaderamente abisma es que esa supercheria llegue en algunos casos hasta el descaro, como sucede con ciertas publicaciones anónimas hechas recientemente en los papeluchos balmacedistas. En uno de ellos un teniente coronel de guardias nacionales de la dictadura, que firma *Orden Disperso*, dedica mas de dos columnas para decir que el batallon de Artilleria de Marina mandado por el coronel Vidaurre no tomó parte en la batalla de la Placilla porque estaba convertido en rejimiento de Artilleria de Costa al mando del coronel don Antonio R. Gonzalez, y que tan artilleros y casi tan marinos eran sus jefes y oficiales, que entre ello se contaban.... una cáfila de sabios griegos y de valentísimos militares, pero que no dispararon un tiro en la batalla.

Y despues de la larga lista de los jefes y capitanes de ese cuerpo, pregunta:

"¿Qué dice don Eloi de esta oficialidad? ¿Cree que algun cuerpo de su flamante ejército podria encontrar un personal mejor, o siquiera tan bien preparado como el de ese "batallon de infanteria compuesto ni de artilleros ni de marinos y que se encontró en el núcleo izquierdo del ejército chileno en la batalla de la Placilla?" Y advierta que ese cuerpo de infanteria, como él da en llamarlo, era simplemente de guardias nacionales movilizadas... Deduzca entonces de aquí lo que serian los mejores rejimientos de ese ejército que él, don Cruz Salvo y otros llaman recua de gandules e ignorantes y que, entre otras iniquidades, llegaron hasta aprisionar a la esposa del "Patriarca del Desierto," o sea Mr. Baltimore."

No hemos querido cortarle la cola al trozo para que se deduzca, en efecto, de lo que serian capaces aquellos distinguidísimos militares. ¡Qué cultos! ¡qué espirituales! ¡qué finos! No nos atrevemos a añadir: ¡qué valientes! Porque, puesto que de deducir se trata, deduzca usted, señor mio, cómo serian los tigres que a esas eminencias las hicieron humear a golpes, y de abajo para arriba, en los campos de batalla de Concon y la Placilla.

En cuanto al fondo de la rectificacion, dos líneas bastan para dejarla reducida a cero: dos líneas copiadas del último *Estado Jeneral* de las fuerzas dictatoriales, documento encontrado sobre la mesa del jefe de Estado Mayor en Santiago el dia en que nuestras fuerzas victoriosas ocuparon esa ciudad, y que tenemos en nuestro poder.

Esas dos líneas dicen así. La una:

"Batallon movilizado Artilleria de Marina. Division a que pertenece: 4.ª, Concepcion. Lugar donde se encuentra: Concepcion. Jefe que lo comanda: coronel José R. Vidaurre. Fuerza efectiva: jefes 4, oficiales 26, tropa 394."

Y en la otra línea, a continuacion de la anterior, como para que no quede el resquicio de alegar errores, se lee:

"Rejimiento de Artilleria de Costa número 2. Jefe que lo comanda: coronel Antonio R. Gonzalez. Fuerza efectiva: jefes 8, oficiales 37, tropa 726."

¿Y así tiene cara el articulista de escribir?:

"El batallon de Artilleria de Marina *no podia encontrarse en ese núcleo izquierdo*: 1.° porque entonces NO EXISTIA DICHO CUERPO: 2.°... Basta, basta, dirá tambien cualquiera que no sea don Eloi: me satisface esa primera esplicacion."

*
* *

Y, en efecto, no basta, decimos, porque en el mismo artículo se tropieza al final con este parrafito:

"Para terminar, otra rectificacion mas:

El batallon Limache, que don Eloi coloca en el estremo izquierdo del ejército de la república, TAMPOCO SE ENCONTRÓ EN LA PLACILLA, pues estaba de guarnicion en Viña del Mar..."

Como en el caso de las torpezas de Barbosa, del abandono de las alas por el centro y del centro por las alas, de la fuga del ala izquierda enemiga y de la rendicion del 2.°, no emplearemos grandes recursos de dialéctica para confirmar nuestras asevera-

ciones: nos bastará buscar otro papelucho balmacedista y hacer que *Orden Disperso* y *Un ex-oficial del Limache* se den cabeza con cabeza. Este ex-oficial desenvaina su acerada pluma para protestar indignado contra nuestra aseveracion de que el Limache tenia fama de opositor y de que no hizo fuego desde el principio contra la 1.ª division, y en un estilo no tan elevado, por supuesto, como el de *Orden Disperso,* porque éste desempeñaba funciones de jefe, mientras que el otro no era mas que oficial, nos dice:

"Debe saber el mentiroso (perdónesenos la espresion pero es la verdad) corresponsal, que en el rejimiento Limache no habia traidores; que el Limache se batió en el estremo de la ala derecha, donde murieron heroicamente los oficiales Lutz, Cañas y Carvajal al frente de sus guerrillas y en donde cayeron heridos los jefes y algunos oficiales.

Que tampoco es verdad que los nuestros hicieran fuego antes que los revolucionarios (que sabian medir las distancias), porque cuando nuestras tropas se desplegaban en línea de batalla ya las balas de los constitucionales rebalsaban nuestras lineas sin que ninguno de los nuestros hiciera fuego, porque los oficiales que mandaban esas guerrillas no se lo ordenaron hasta que no estuvieron a distancia conveniente.

Creyendo dejar desmentidas por ahora las falsas aseveraciones del corresponsal, hasta que una mejor cortada pluma que la mia refute como es debido ese cúmulo de falsedades, etc."

Con que, señor *Orden Disperso*, ¿se encontraria el Limache en Viña del Mar o en la Placilla?

En cuanto al ex-oficial que firma la notable pieza que acabamos de copiar, vemos que quiere desmentir a Bañados Espinosa, que en su relacion coloca al Limache en la estremidad izquierda de la línea de batalla balmacedista, y del contesto de su bien escrito alegato resulta que no pudo ese rejimiento estar en otra parte y que Bañados tiene razon; quiere desmentirnos a nosotros, que dijimos que la acumulacion de la izquierda enemiga rompió sus fuegos sobre la 1.ª brigada únicamente cuando la vió rechazada del camino de caracol, ¿y no se figura haberlo conseguido?

Realmente: despues de la lectura de ambas piezas ¿quién no lamentará que oficiales tan ilustrados, cerebros tan sesudos y mozos tan distinguidos se vean en la precision de abandonar las filas de nuestro ejército?

***

Si algo, en efecto, salta a la vista despues de la batalla de la Placilla, no es otra cosa que la falta de dignidad, circunspeccion y decoro de parte de los vencidos, y en especial de los caudillos y jefes superiores. Balmaceda atribuye la derrota a la falta de sus jenerales, don Claudio a la traicion y al soborno, Bañados a la cobardia de jefes, oficiales y soldados, los coroneles Ruiz y Wood a las torpezas de los jenerales y al desbande de las tropas, los coroneles Pinto Agüero y Valenzuela a la falta de valor y entusiasmo de los soldados, el coronel Garcia Videla a la mala direccion de los jenerales y a la "traicion de los móviles," el comandante Chaparro a la falta de valor y de conocimientos de Ruiz y de Garcia Videla, y, por último, *Orden Disperso* a la superioridad intelectual y honrosos antecedentes de los jefes y oficiales balmacedistas, y el ex-oficial del Limache a la circunstancia de que en su cuerpo no habia traidores!

En suma: un guirigai, una mescolanza, un verdadero revoltijo de cargos contraproducentes y de aseveraciones estrafalarias; un feroz encarnizamiento contra los jenerales que murieron en su puesto: ni una voz, ni un solo arranque, no decimos de jenerosidad, pero a lo menos de hidalguia, de honradez y de nobleza. Se quiere hacer consentir que el triunfo no se obtuvo por culpa de los jefes, y las posiciones del Torquemada, de Miramar y del Alto del Puerto se levantan a sus propios ojos "formidables e imponentes" contra tan absurdo cargo. Se trata de demostrar que el pais entero o a lo menos su inmensa mayoria apoyaba al dictador, y la misma boca que profiere semejante blasfemia se abre en seguida para declarar que los defensores armados de la dictadura, los únicos que la apoyaban y los únicos que se la imponian al pais, estaban en su mayor parte ganados por las ideas y la propaganda, ya que no era posible que lo estuviesen por el dinero de los revolucionarios. Se intenta demostrar que servian al déspota los jefes prestijiosos y los oficiales instruidos, y tiene que llegarse a la conclusion de que en manos de ellos y contra los descamisados del norte se perdieron las batallas. Se habla de la traicion de los movilizados, y los movilizados que tenian mas fama de opositores se levantan para rechazar el cargo y asegurar que pelearon como buenos. La retirada del ala izquierda sin combatir la desmiente uno de sus jefes; la del centro el de estado mayor jeneral; la del 2.° de línea su comandante. Cada

jefe, en fin, defiende a sus soldados con calor. Todos aparecen batiéndose con bravura y entusiasmo, todos se han retirado del fuego únicamente obligados a ello por sus grandes pérdidas, rechazados por los nuestros hasta llegar a encontrarse cuerpo a cuerpo, rodeados, flanqueados, envueltos, destrozados.

¿Y así ninguna lengua varonil se desplega entre los vencidos, menos bien inspirados y mas falsos que el seudo profeta bíblico, para entonar sentidos loores y dolorosos pero justísimos cánticos de forzada glorificacion a los hábiles jefes, a los distinguidos oficiales y a los heroicos soldados que en desiguales lides los vencieron? ¿No hai entre ellos ninguno que reconozca que el ejército balmacedista por su número, por su preparacion, por los elemenos de que disponia y por las posiciones que ocupaba se halló en condiciones de obtener con ventajas la victoria, y que si ésta le fué arrebatada a viva fuerza despues de dos sangrientas batallas se debe tan solo al aliento sobrehumano, al teson admirable, al patriotismo sublime de los restauradores de nuestra libertad y de nuestras leyes? ¿Es posible que la bravura chilena haya encontrado aplaudidores entusiastas entre nuestros propios enemigos en Iquique durante una guerra nacional encarnizada y rencorosa y que no los encuentré ahora aquí, en esta tierra en donde las glorias y las virtudes militares mantienen constantemente abierto un augusto tabernáculo en el corazon de todo ciudadano? ¡Oh! y cuán en triste relieve aparecen de ese modo los innobles sostenedores del tirano! ¡cuán acreedores a su suerte! ¡qué incapaces de dignificarse, de rejenerarse y convertirse! ¡Y cómo, nó por animosidad, ni por odiosidades, ni por pequeño espíritu de venganza, sino por el mas estricto deber de preservacion política y social, se hace indispensable alejarlos como contajiosa lepra de todas las funciones, cargos y puestos adonde pudieran llevar su influencia corruptora, sus desleales pasiones, sus mezquinos procederes, su absoluta falta de elevacion e integridad, lo mismo que reaccionar contra el sentimentalismo enfermizo que se trata de injerirnos y que pudiera llegar a ser tan torpe y tan funesto como la compasion del hombre de la fábula que trató de reanimar al yerto áspid calentándolo cariñoso junto a su pecho!

*
* *

La mejor prueba de que la resistencia de las tropas enemigas

no puede tacharse de floja, en contraposicion a lo aseverado por sus propios caudillos y jefes superiores, consiste en el considerable número de bajas que causaron en nuestras filas. Segun los datos oficiales, esas bajas ascienden a 1,800 hombres entre muertos, heridos y desaparecidos, en esta forma:

Muertos

Jefes	4
Oficiales	18
Tropa	463
Total	485

Heridos

Jefes	8
Oficiales	75
Tropa	1,041
Total	1,124

Desaparecidos

Tropa	191
Total jeneral	1,800

No obstante el escesivo monto de esta suma, los mismos partes oficiales advierten que no es ni puede ser estrictamente exacta, y ello por muchísimas razones. A las causas que existian en Concon para impedir un cómputo rigoroso de nuestras bajas, en la Placilla se habian agregado varias otras. El enrolamiento de voluntarios que a última hora, el mismo dia de zarpar de Iquique, de Caldera y del Huasco las naves espedicionarias, aumentó de una manera tan considerable la cifra de nuestro diminuto ejército, y su inmediata distribucion en los diversos cuerpos, hubo necesariamente de entorpecer la formacion de cuadros estadísticos completos y de listas detalladas y numerosas que era casi imposible elaborar durante la navegacion, no tanto a causa de la navegacion misma, sino principalmente con motivo del apiñamiento en que venian jefes, oficiales y soldados a bordo de los trasportes.

Pero despues de Concon esas dificultades aumentaron inmensamente. Los dos mil prisioneros cojidos en la batalla fueron repartidos en su mayor parte en los distintos cuerpos esa noche misma y en la mañana del 22. Nuestro ejército avanzó en seguida hasta encontrarse en las alturas del norte de Viña del Mar en la

mañana del 23 a la espectativa del ataque; perdió todo ese dia en desalentadora inactividad, hostigado sin cesar por el cañoneo del fuerte Callao y de las baterias del ejército dictatorial; se movió en la noche a su campamento de Reñaca; avanzó desde el alba del 24 sobre Quilpué; y desde aquí hasta la noche del 27, víspera de la nueva batalla, no tuvo un momento de reposo que permitiera a los oficiales dedicarse a la operacion de oficina de formar listas, cuadros y estados de fuerza en el número y con la prolijidad requeridos para documentar en debida forma las altas y bajas de su tropa. Los apuntes se hicieron a la lijera en papeles sueltos que los oficiales guardaban en sus bolsillos; y como muchos de esos oficiales murieron o fueron heridos en la batalla, miertras que a otros por diversos accidentes se les perdieron o estraviaron las listas, de aquí que los datos anteriores pequen necesariamente de incompletos y diminutos. Ese cómputo de bajas se formó mediante las listas nominales que cada jefe acompañó con su parte; pero muchos nombres han quedado desconocidos, y muchos héroes anónimos ni siquiera podrán por eso favorecer a sus abandonadas familias con los beneficios de las recompensas para ellos acordadas.

Ademas, los trescientos o cuatrocientos pasados durante la batalla misma, que de tanto recurso han servido a los jefes derrotados para escusar su vencimiento, contribuyeron de un modo considerable al aumento de nuestras bajas.

Los pasados, en efecto, eran recojidos en su totalidad por los constitucionales que formaban parte de los grupos mas avanzados, y éstos, naturalmente, tanto para reforzarse con ellos cuanto para evitar la repeticion de alevosías que fueron tan comunes durante la campaña de Tarapacá, los colocaban a la vanguardia y continuaban con ellos su avance. Los enemigos como dijimos, se ensañaban particularmente en los "traidores," de tal suerte que es un hecho notorio entre los cuerpos que mas de cerca combatieron, que los pobres "pantalones colorados" perecieron en su mayor parte a manos de sus recientes compañeros.

***

Las anteriores esplicaciones van encaminadas a demostrar por qué juzgamos mas aproximadas a la realidad las cifras que damos a continuacion y que aumentan en 270 el total de las bajas

que los partes oficiales arrojan: aumento insignificante si se atiende a las consideraciones espuestas, y que se ha formado tomando en cuenta el inevitable vacío de las listas nominales.

INFANTERIA.

PRIMERA BRIGADA.

Constitucion	400	
Antofagasta	200	
Iquique	200	
Total		800

SEGUNDA BRIGADA.

Valparaiso	230	
Chañaral	45	
Atacama	50	
Huasco	48	
Total		373

TERCERA BRIGADA.

Tarapacá	300	
Esmeralda	280	
Pisagua	100	
Taltal	100	
Total		780

CUERPOS SUELTOS.

Rifleros	13	
Injenieros	15	
Total		28

CABALLERIA.

Húsares	50	
Guias	14	
Lanceros	7	
Total		71

ARTILLERIA.

Batallon número 1	3	
Id. núm. 2	10	
Id. núm. 3	5	
Total		18
Total jeneral		2,070

Si se recuerda que, segun nuestros mismos datos, en la batalla de Concon ascendieron las pérdidas del ejército constitucional a 1,126 hombres de las tres armas entre muertos y heridos, puede comprobarse fácilmente que las de la Placilla estuvieron a punto de llegar al doble.

***

La consideracion de este enorme número de bajas, ¿a cuántas deducciones no se presta?

Desde luego, ella manifiesta que las posiciones del Alto del Puerto eran mucho mas fuertes y menos accesibles que las de Concon, aun con el obstáculo del rio Aconcagua que a éstas favorecia, puesto que para dominar al Torquemada y encerrar y vencer al enemigo bastaron allí 1,126 bajas en cinco horas de pelea. Demuestra, por otro lado, que el número de tropas dictatoriales que combatió en la Placilla era mucho mayor que el que combatió en Concon, contra lo aseverado por algunos de los caudillos y jefes fujitivos, porque de otra manera no se concibe cómo en dos horas de fuego nos causase el enemigo casi el doble número de pérdidas que las que en cinco nos causó en Concon. Y, por fin, esas 2,070 bajas de la batalla del 28 son la prueba mas patente de la ignorancia o de la mala fé de los que atribuyen al desbande y pasada de las tropas balmacedistas la derrota. Si en la jornada de Concon se declararon derrotadas despues de inflijirnos una pérdida de 1,126 hombres sin que nadie las tachara de faltas de valor y de entusiasmo, las 2,070 que nos hicieron en la Placilla ¿no demuestran que su resistencia fué mas vigorosa y que lucharon hasta el último trance con resolucion y con firmeza?

La lista de las bajas por cuerpos permite tambien discernir con claridad cuáles fueron los que en la jornada del 28 se llevaron la palma en materia de bravura y sufrimiento. El Constitucion y el Tarapacá aparecen en primera línea entre la infanteria, aquel con sus 400 bajas y éste con sus 300, pero ámbos con la pérdida de mas de la mitad de su efectivo. Les siguen el Esmeralda con 280 bajas, el Valparaiso con 230 y el Antofagasta y el Iquique con 200 cada uno, resaltando la enorme diferencia de las pérdidas del rejimiento porteño en comparacion con sus

compañeros de brigada, debido a la asombrosa carrera que dió al desprenderse de ellos para acudir en apoyo de nuestra ala derecha amenazada y al empuje con que en refuerzo de ésta se metió en lo mas reñido de la pelea.

Se nota, por otro lado, que la artilleria fué, como de costumbre, la que menos sufrió, sin que por eso dejen de contarse entre sus cortas bajas la del comandante Ortúzar, que recibió una leve herida, y la del capitan Canzio, entusiasta voluntario italiano y nieto de Garibaldi, que sufrió una contusion causada por una bala de fusil (1).

* * *

Las bajas del ejército vencido las calculan nuestros partes oficiales en 3,363 en la batalla de la Placilla, correspondiendo de ellas 941 a los muertos y 2,422 a los heridos. Se advierte, sin embargo, que estas cifras no son mas que aproximadas y que ha sido imposible obtener la cifra exacta, sobre todo en lo que respecta a los jefes y oficiales.

Ya sabemos, sin embargo, lo suficiente para declarar que el número de jefes muertos o heridos puede contarse por los dedos, y que hasta las bajas de oficiales no guardan relacion alguna con las de la tropa, porque muchos subalternos imitaron la conducta de los jefes retirándose del campo antes de que hubiera terminado la batalla. No obstante eso, puede afirmarse que los cálculos oficiales pecan tambien por lo diminutos en la apreciacion de las bajas del enemigo. Las cifras del servicio sanitario,

---

(1) Publicada ya en el MERCURIO esta parte de la correspondencia, recibimos del jefe de la seccion de Estadística del Estado Mayor Jeneral una comunicacion en que nos dice, con fecha 27 de febrero:

"Recien hemos concluido de formar las listas de muertos y heridos de los cuerpos. Le incluyo un estado que encierra el total de ellos.

Para formar nuestras listas hemos revisado las de los cuerpos y las de todos los hospitales en que se curaron heridos; de modo que creo que son lo mas completas posible, aunque en realidad no he quedado satisfecho, porque sucede que muchas veces solo se obtienen los nombres y no se sabe si son muertos o heridos ni en qué batalla sufrieron su desgracia.

No hai mas remedio que contentarse con lo que se ha podido hacer."

El estado a que se refiere la anterior comunicacion es el siguiente:

TOTAL DE BAJAS

que tuvieron los cuerpos del Ejército Constitucional en las batallas de Concon y Placilla.

CUERPOS		Jefes y oficiales	Tropa	Total	Fuerza con que desembarcaron en Quintero	% de bajas	Notas
1.ª Brigada.							
Rejimiento Constitucion	N.° 1......	27	468	495	810	61.11	Despues de Concon incorporó pocos prisioneros
,, Iquique	,, 6......	19	371	390	650	60.00	Id. id. mui pocos id.
,, Antofagasta	,, 8......	21	312	333	537	62.01	Id id. id. id.
Escuadron Libertad	,, 1......	2	28	30	150	20.00	
,, Carabineros del Norte	,, 3......	...	12	12	130	9.23	
1.ª bateria batallon Artilleria	,, 2......	...	2	2	80	2.50	
Total..................		69	1,193	1,262	2,357	53.54	
2.ª Brigada.							
Rejimiento Valparaiso	N.° 2......	16	305	321	560	57.32	Incorporó bastante.
,, Chañaral	,, 5......	8	155	163	460	35.43	Id. pocos.
,, Atacama	,, 10......	12	357	369	869	42.46	Id. bastante.
,, Huasco	,, 11......	2	166	168	560	30.00	Id. pocos.
Escuadron Guias	,, 4......	2	21	23	140	16.42	
,, Lanceros	,, 5......	...	23	23	120	19.17	
2.ª bateria batallon Artilleria	,, 2......	1	34	35	150	23.33	
Total.........		41	1,061	1,102	2,859	38.54	

CUERPOS	Jefes y oficiales	Tropa	Total	Fuerza con que desembarcaron en Quintero	% de bajas	Notas
3.ª Brigada.						
Rejimiento Pisagua N.º 3	9	184	193	730	26.44	Incorporó bastante.
,, Taltal ,, 4	13	236	249	1,015	24.53	Id. id.
,, Esmeralda ,, 7	14	109	123	759	16.20	Id. pocos.
Batallon Tarapacá ,, 9	16	246	262	471	55.62	Id. id.
Escuadron Granaderos ,, 2	...	11	11	120	9.16	
Batallon Artilleria ,, 1	1	33	34	220	15.45	
,, ,, ,, 3	...	45	45	129	34.88	
Total	53	864	917	3,444	26.57	
Otros cuerpos.						
Batallon de Injenieros	2	27	29	127	22.83	
Columna de Rifleros	1	43	44	150	29.33	
Escuadron Húsares N.º 6	6	44	50	257	19.45	
Total	9	114	123	534	23.03	

RESÚMEN

BRIGADAS	Jefes y oficiales	Tropa	Total	Fuerza con que desembarcaron en Quintero	% de bajas	Notas
1.ª Brigada	69	1,193	1,262	2,357	53.54	
2.ª ”	41	1,061	1,102	2,859	38.54	
3.ª ”	53	864	917	3 444	26.57	
Otros cuerpos	9	114	123	534	23.03	
Total	172	3,232	3,404	9,194	37.02	

que son las mas seguras porque sus funcionarios tuvieron a su cargo la importante tarea de incinerar los cadáveres y de curar a los heridos, difieren de las de los jefes militares en lo relativo a los muertos. Segun el parte del doctor Page, en la batalla de la Placilla alcanzó a 1,600 el número total de muertos; y correspondiendo de éstos 485 a nuestro ejército, el resto de 1,115 representaria los del enemigo, en vez de los 941 que indicaban los partes de los jefes superiores del ejército constitucional. Si el mismo esceso relativo hubiera en la cifra de los heridos, no seria aventurado señalar en 4,000 en números redondos las bajas del ejército balmacedista; y sin duda que este cálculo no peca de exajerado en cuanto a los heridos, porque muchos de los alcanzados por nuestras balas en la primera parte de la batalla fueron trasladados o se trasladaron a Valparaiso, y todos los leves que pudieron retirarse del campo antes de la derrota se ocultaron en diversas casas, temerosos de la suerte que pudiera aguardarles y que con tan terribles colores les pintaban sus jefes a fin de inducirlos a pelear con furia y con firmeza

Aceptando, pues, como la mas probable esta cifra de 4,000 bajas que acabamos de indicar ¿puede darse mayor impostura que la de los jefes y caudillos vencidos, que atribuyen al mal comportamiento de sus soldados, a la pasada, desbande y falta de valor de éstos, una derrota que en buena parte fué debida quizás al abandono en que los dejaron ellos con su desercion del campo de batalla? ¿Qué mayor esfuerzo puede exijirse de una valiente tropa que el de perder en dos horas de pelea mas de la tercera parte de su efectivo? Y si a esto se añade que ni el batallon Anjeles ni la caballeria combatieron, limitándose el papel de ésta a la escaramuza de la avanzada de Carabineros contra los grupos del Atacama y del Iquique que coronaban el Salto, todavia puede rebajarse en mil hombres el total del ejército balmacedista que tomó parte activa en el combate. Quedando entonces reducido a 10,500 hombres, sus 4,000 bajas representan nada menos que un 38 por ciento de su monto.

¿Es dable exijir más a hombres que resistian en las condiciones en que lo hicieron los soldados de la dictadura en la Placilla? ¿Puede ser mas irritante ni mas falsa la alegacion de los jefes y caudillos derrotados? Y, por otra parte, ¿no parece verdaderamente estraño que sean los constitucionales mismos los pri-

meros en sincerar a sus enemigos de ayer de las calumnias urdidas contra ellos por jefes que los dejaron solos al emprender la fuga en medio de lo mas reñido de la refriega?

Pero el orgullo nacional se siente dolorosamente satisfecho al dejar constancia de que ni aun en defensa de la peor de todas las malas causas ha perdido el chileno ese valor innato que tanto lo realza a los ojos de los estraños, y que no se debilitan todavia la enerjia y el vigor que le legaron los dos projenitores de su altiva raza: los nobles españoles y los valerosísimos araucanos.

*
* *

En presencia de esta horrible carniceria, que en el espacio de una semana sembraba con los cuerpos de unos siete mil heridos y de no menos de tres mil muertos los campos de los alrededores de Valparaiso, ya puede calcularse cuán abrumadora tarea cayó sobre los hombros de los miembros de nuestro servicio sanitario. Las ambulancias y cirujanos del ejército enemigo, como lo hicimos notar, brillaron por su ausencia en las dos batallas. En la de Concon, la única ambulancia dictatorial allí existente, provista de la miseria de sesenta camillas para un ejército de once mil hombres, hubo de ser servida por cirujanos y practicantes constitucionales a causa de que su jefe encontró la muerte al desertar su puesto de trabajo. Por esa causa, todos los heridos de uno y otro bando fueron atendidos por nuestros cirujanos y curados con nuestros propios elementos, que eran escasos en el campo de batalla—aunque abundantes y escojidos a bordo—con motivo de los entorpecimientos sufridos en el desembarque del material. Estos entorpecimientos se agravaron en seguida con la falta de elementos de movilidad de las ambulancias, nó porque cada una no estuviese dotada del número de mulas requerido para trasladar su material, gracias al celo y actividad del doctor Page, jefe del servicio sanitario, sino porque la escasez de medios de trasporte del ejército y el fallido ataque del 23, que obligó a las tres brigadas a internarse como de improviso hácia Quilpué, requirieron el empleo de todas las mulas disponibles para dedicarlas al acarreo de víveres y municiones.

Desgraciadamente, las mulas quitadas a las ambulancias no

les fueron devueltas con oportunidad, y así, al emprender la marcha las tropas el 24, el servicio sanitario careció de los medios necesarios para llevar sus variados e importantes elementos. No por eso fueron inútiles y ni siquiera poco valiosos sus servicios, porque en los campos de Concon tenian que atender a los dos mil o mas heridos de uno y otro ejército; pero los entusiastas doctores sentian profundamente contrariado su patriótico celo en presencia de aquella forzada inmovilidad, que les impedia prestar a sus compañeros armados sus solícitas y cariñosas atenciones. Solo los cirujanos de cuerpos y algunos destacados de las ambulancias pudieron seguir al ejército constitucional en su marcha sobre Quilpué.

La suerte quiso, sin embargo, que en este lugar se encontrasen las camillas y demas recursos de otra ambulancia dictatorial; y organizándola al punto con personal opositor, bajo la direccion del doctor don José Riveros, ella acompañó a nuestro ejército hasta la Placilla y prestó allí durante la batalla y despues de ella oportunos e importantísimos servicios.

***

Desgraciadamente, ni esa ambulancia, ni el abnegado concurso de los doctores Echegóyen, Gundelach y Deformes, que trabajaron incansables durante todo el dia y la noche del 28, bastaban para atender a los heridos que a la conclusion de la batalla enrojecian con su sangre la estensa planicie, las abruptas faldas y las hondas y boscosas quebradas que fueron teatro del encarnizado choque. Los cirujanos de cuerpos habian acompañado valientemente, en medio de lo mas rudo de la refriega, a sus rejimientos y batallones, sin esceptuar ni a los que se batian en primera línea con el enemigo. Allí, entre granizadas de proyectiles, acudian a vendar a los heridos y a hacerles la primera curacion sin arredrarse por lo espuesto de algunos sitios ni por el inminente riesgo a que a cada momento se hallaban sometidos; pero ¿qué serian sus esfuerzos aislados para atender a cien, a doscientos y hasta a trescientos hombres cada uno, careciendo de la ayuda que debian prestarles en seguida las ambulancias?

En la tarde del 28 se habia conseguido, sin embargo, el no pequeño triunfo de recojer a todos los heridos desparramados por

la planicie y hasta a muchos de los que se hallaban en las cercanias del pié del Alto del Puerto hasta enterar el número de cuatrocientos; y mientras el ejército vencedor avanzaba entre vítores, aclamaciones y festejos por las alegres calles del poco antes retraido, triste y al parecer solitario Valparaiso, los doctores constitucionales comenzaban en la Placilla su batalla para arrancar de las garras de la muerte a los millares de hombres robustos y sanos que acababan de ser tocados por su insaciable guadaña.

Pero ya nuestras tropas ocupaban la ciudad, y pronto la filantropía porteña, abriéndose paso por entre el regocijo y las espansiones de las primeras horas de libertad, acudiria presurosa en ausilio de los afligidos cirujanos que en la Placilla trabajaban sin descanso.

*
* *

Apenas terminada la batalla, el jefe del servicio sanitario se dirijió a Valparaiso en busca de hospitales para los heridos y de los recursos necesarios para su curacion y traslacion a la ciudad. El comercio estuvo cerrado ese dia y aun el siguiente, pero el doctor Page dispuso la compra de frazadas, colchones y demas elementos indispensables, y en el acto envió coches, golondrinas y otros vehículos encargados de trasladar desde el campo de batalla a los heridos, encargando al doctor Deformes la vijilancia de tan importante operacion. Al mismo tiempo se habilitaban a toda prisa locales en el Seminario, en el Asilo del Salvador, en el Liceo de Niñas, en el hospital de San Juan de Dios, en el de San Agustin, en el de la calle de Chacabuco, en la Ambulancia Alemana y hasta en los hospitales Ingles y Aleman. En todas partes la caridad privada salia al encuentro del activo jefe de nuestro servicio sanitario; y como en la tarde del 28 y en la mañana del 29 entraban a la bahia las naves de guerra y trasportes de la armada, pronto logró completarse el total de 900 camillas que traiamos desde el norte, número, como se ve, que en medio de la escasez de recursos del gobierno provisorio formaba bochornoso contraste con la indolencia, imprevision y torpeza del munífico "gobierno constituido" del tirano. "No habiendo hecho la dictadura, dice el doctor Page en su conciso

pero comprensivo parte oficial, preparativo ninguno para recibir heridos, a pesar de la derrota de Concon, que pudiera haberle servido de advertencia, fué preciso que la sociedad porteña improvisara por todas partes hospitales con este objeto." Y tan unánime surjió el movimiento compasivo de esta filantrópica sociedad hácia los pobres heridos, que pronto pudo contarse con los elementos necesarios para hospedarlos y atenderlos debidamente, a pesar de su enorme cantidad.

Pero su traslacion desde el Alto del Puerto y desde la Placilla tropezaba con insuperables dificultades. Los vehículos tenian forzosamente que ser escasos, tanto a causa del movimiento de una poblacion que comenzaba a revivir, cuanto porque los ajentes de la dictadura habian recojido casi todos los caballos de las empresas de carruajes y de los particulares en vísperas de la batalla, hasta el punto de que ni los tranvias podian funcionar por falta de cabalgaduras. Y mientras tanto la mayor parte de nuestros heridos y casi todos los del enemigo permanecian tirados en el campo.

*
* *

No estuvieron, sin embargo, del todo abandonados. No solo los miembros del servicio sanitario del ejército constitucional se multiplicaban para atender a los nuestros, sino que aun los dictatoriales, o a lo menos una parte de éstos, recibieron el mismo dia prontos cuidados de parte de solícitos y caritativos visitantes. Los doctores Trumbull, Hahn y von Schroeders, escoltados por doce hombres de policia, acudieron, en efecto, al campo de batalla como a las tres de la tarde del 28, y hasta el anochecer se ocuparon en practicar las primeras curaciones a los numerosos heridos del ejército balmacedista que poblaban el Colorado y sus inmediaciones. Los doctores Trumbull y von Schroeders regresaban en la noche a Valparaiso en medio de las escenas de pillaje y del tiroteo de los dispersos y del populacho, y el doctor Hahn alojaba en el mismo Alto del Puerto para dedicarse desde el alba del 29 a su benéfica tarea.

Ademas, el entusiasta jóven don Horacio Cooper, hijo del doctor Cooper, administrador del Hospital Ingles de este puerto, llevó la abnegacion y el desprendimiento hasta los últimos

límites. En la tarde del 28 llegaba al Alto del Puerto, y formando con los vecinos de la Placilla Félix Sanchez y Enrique y Crispin Guerrero una filantrópica cuadrilla, comenzaron a recojer heridos de los muchos que poblaban la falda del empinado cerro en las cercanias del camino de caracol y a trasladarlos en parihuelas a las casas de don Juan Compton, llamadas de la Curtiembre, las cuales, despues de servir de disputado teatro del combate durante la mañana, se convertian ahora en improvisado y cómodo hospital. No menos de 47 pacientes alcanzaron a llevar a ese punto hasta mui entrada la noche, sin que la accion del señor Cooper se limitara a la tarea de trasladarlos—en la cual rivalizaba en fuerzas y en aguante con sus robustos compañeros—sino proveyéndolos tambien de caldo mediante el concurso del vecindario de la Placilla. Pero como al oscurecer iba haciéndose mui pesada la tarea, tanto por las dificultades y accidentes del terreno cuanto por el cansancio que la escasa ambulancia esperimentaba con los contínuos viajes de subida y de bajada por angostos y pendientes senderos, en vez de continuar el acarreo a la Curtiembre se comenzó a instalar lo mas cómodamente posible a los dolientes en el mismo sitio que ocupaban o en sus inmediaciones, para lo cual se sacaba a los muertos sus mantas y cobijas y se preparaba con ellas abrigado lecho a los que sobrevivian.

Hasta las tres y media de la mañana del 29 se dedicaron el señor Cooper y sus ayudantes a tan benéfica operacion, siendo incalculables los bienes que ella produjo. La noche estaba fria y húmeda, y aquellos sitios lóbregos y tenebrosos, que habian retemblado en la mañana con el incesante estruendo de la furiosa batalla, aparecian ahora silenciosos y fúnebres, tristemente animados a veces por los discretos ayes de los heridos y por los últimos éstertores de los agonizantes. La Guerra brillante y gloriosa, que coronaba en la ciudad con las alegrias del triunfo a los vencedores, se presentaba a esas horas en el Alto del Puerto bajo sus terribles apariencias de dolor, de duelo, de desolacion y de muerte.

***

El 29 por la mañana acudieron allí nuevos socorros. Los doctores Bredin y Cooper se habian puesto de acuerdo la noche

antes con varios jóvenes ingleses y alemanes, y antes de las siete de la mañana emprendian la marcha de Valparaiso, bien provistos de víveres y llevando del Hospital Ingles numerosos útiles y medicinas. Una caravana de doce personas fué la que primero se puso en marcha; pero durante todo el dia se vió reforzada por nuevos y numerosos voluntarios que acudian a prestar sus servicios. Mientras los jóvenes recojian algunos heridos y los colocaban cuidadosamente en las parihuelas, llevándolos en seguida a las casas de la Curtiembre, en donde los esperaba el doctor Cooper, el doctor Bredin daba una vuelta por las quebradas y faldas en donde estuvo situada la estremidad del ala izquierda balmacedista, atacada por el Esmeralda y el Tarapacá, y hacia la primera curacion a los numerosos lesionados de estos cuerpos que por allí se encontraban.

Los jenerosos voluntarios trabajaban, mientras tanto, con estraordinario ahinco, hasta el punto de que algunos de ellos, como don Andres Scott, de la casa de Weir, Scott y Ca., resultaban con los hombros molidos y magullados. Solo a las cinco y media de la tarde ponian término a su tarea para regresar a Valparaiso, pero dejando en la Placilla un practicante a cargo del nuevo hospital de la Curtiembre.

El servicio de trasporte a la ciudad iba regularizándose, mientras tanto, y ya antes de la una de la tarde del 29 se establecia un constante tráfico de coches y golondrinas dedicadas esclusivamente al acarreo de heridos desde el campo de batalla a los diversos hospitales de sangre de Valparaiso. El 30 aumentaba el número de piadosos visitantes, y entonces ningun enfermo, aunque no hubiese sido trasladado aun desde el campo, tenia motivos para quejarse de desamparo. La caravana presidida el dia anterior por los doctores Cooper y Bredin aumentaba sus miembros hasta llegar de 45 a 50. Era domingo, y el pastor Gray, en vez de dedicarse a los oficios relijiosos, los suspendia declarando que la mejor obra de santificacion consistia en acudir en socorro de las pobres víctimas de la guerra. Al instante él y el señor Henderson, jefe de la casa Williamson, Balfour y Ca., se ponian en marcha hácia el Alto del Puerto, llevando socorros y atenciones a los heridos. Algunos, como lo habia hecho don Jorje Hörmann el 29, llevaban vino, coñac, arroz y otros comestibles para alimentar y fortalecer con ellos a los pacientes.

Muchos otros particulares y corporaciones hacian otro tanto, dulcificando así el forzado abandono en que la escasez de caballos y de carruajes y la lentitud con que tenia que hacerse la traslacion a causa de la distancia del campo de batalla a la ciudad mantenia a los heridos. Acumulados, sin embargo, en las casas del Alto y en la Curtiembre, ya su situacion no era tan penosa como el 28, y poco a poco iban llenando los hospitales y ambulancias habilitados en Valparaiso.

***

La llegada de los heridos de Concon el 29 agravó las dificultades de la situacion y duplicó las tareas del servicio sanitario, acumulando al mismo tiempo en los hospitales un inmenso número de asilados.

Pero entonces la ternura inagotable de la mujer chilena comenzó a brillar con sus mas suaves resplandores. Formando un verdadero ejército de amables y cuidadosas enfermeras, cada asilo se convirtió desde los primeros dias en verdadero enjambre de afanosas abejas de la caridad, que tal vez acudian allí a clavar inconscientes sus penetrantes dardos en los corazones de los numerosos visitantes y de los pálidos enfermos, pero que principalmente destilaban la miel de sus cariñosas palabras y de sus dulces miradas, a manera de milagroso bálsamo, sobre las heridas de los defensores de la libertad y de la lei.

Y no solo sobre ellos, sino tambien sobre los que por doble motivo podian ser considerados como las mas infelices víctimas de la oprobiosa tirania, es decir, sobre los oficiales y soldados dictatoriales, que despues de la batalla no se encontraban en situacion de regocijarse con el triunfo de sus enemigos y que sufrian por eso la oculta herida de su infortunio moral y la visible de su padecimiento físico. Las señoras y señoritas porteñas, dando muestras de su esquisita finura, animaban a los unos con la idea del glorioso triunfo alcanzado y consolaban a los otros con la seguridad de que su pasajera desventura equivalia a la felicidad duradera de la patria y a la conclusion de un réjimen funesto que solo desgracias, desolacion y ruinas nos brindaba. Su delicioso lenguaje multiplicaba sus conquistas aun en el árido terreno de la política, y por cierto que muchos balmacedistas

saldrian despues de los hospitales tan sanos de cuerpo como rejenerados de espíritu, pregonando por todas partes la verdad de que no solo los hombres mas sufridos y valientes sino tambien las mujeres mas distinguidas, simpáticas y hermosas, militaban a una bajo las banderas de los derrocadores de la dictadura.

Durante dos meses estuvo el bello sexo porteño dedicado a una obra que tan bien se avenia con sus piadosas inclinaciones. Señoras y señoritas hubo que en sus diarias y no interrumpidas tareas demostraron una abnegacion constante, infatigable y ardorosa. Quisiéramos citarlas a todas; pero fuera de ser mui grande su número y de que por lo mismo pudieran escapársenos algunos nombres, nos detiene por otro lado la consideracion de que las mas caritativas sufririan al ver exhibidos sus servicios ante el público como si ellas buscasen sus aplausos, siendo así que se limitaron simplemente a seguir los naturales impulsos de sus pechos, tan nobles y tan sensibles. Y luego, las virtudes femeniles, que ejercen su dichoso influjo en el santuario del hogar, encerradas como preciosos perfumes en el búcaro delicado de los corazones, no se complacen en ser espuestas a manera de objetos curiosos a la ávida contemplacion de los estraños.

***

Mientras la caridad particular y la dulzura femenina suavizaban de ese modo las plagas que trae aparejadas la guerra, el comercio de Valparaiso, siempre jeneroso, emprendia una obra que superaba por su importancia a todas las que en este ramo de la filantropía realiza periódicamente y que tan alto hablan en favor de su liberalidad y de su desprendimiento. El lunes 31 de agosto, cuando, puede decirse, abria por primera vez sus puertas despues de diez largos dias de retraimiento, de paralizacion, de crísis y de temores, se reunian en la Bolsa Comercial respetables miembros del alto comercio estranjero y nacional y acordaban nombrar una comision colectora de fondos con el objeto de atender a la curacion de los numerosos heridos de las recientes batallas.

Esa comision quedaba compuesta del siguiente personal:

PRESIDENTE

Señor don P. Macandrew.

VICE-PRESIDENTE

Señor don H. Fischer.

DIRECTORES:

Señor don Santiago Lyon.
,, ,, Pedro Wessel.
,, ,, Raimundo Devès.
,, ,, T. Woodsend.
,, ,, D. Bennett.

TESORERO

Señor don H. Strack.

Y con tanta actividad comenzó esta comision a desempeñar sus benéficas tareas, que a las cuatro de la tarde del dia siguiente, 1.° de setiembre, habia recojido ya de manos de muchos desinteresados erogantes una suma que pasaba de 50,000 pesos. Una semana mas tarde subia de 90,000 pesos la colecta; y al cerrarla pocos dias despues se encontraban reunidos cerca de 100,000, erogados por bancos, sociedades y comerciantes cuyos negocios habian sufrido considerables pérdidas durante los meses de alarmas, de inquietudes y de inseguridad que hizo atravesar al pais la dictadura.

De tan injente suma, solo tres mil pesos correspondian a la municipalidad de Valparaiso; y como la obra de atender a la curacion, alojamiento y comodidades de los heridos no podia considerarse local sino rigorosamente nacional, puesto que se trataba de un beneficio para todo el pais, el comercio de Valparaiso, sustituyéndose en tan urjente servicio a la accion de las autoridades, preocupadas entonces de mil otras importantes tareas, empeñó con su actitud y sus cuantiosos donativos la gratitud de la nacion entera.

***

No menos la comprometieron de diversos modos las colonias estranjeras avecindadas en nuestro puerto. En aquellas horas de conflicto, de reorganizacion y de apuro, no era raro que los chilenos cooperasen en la medida de sus fuerzas a la reconstitucion

de los diversos ramos de la administracion pública y local, que puede decirse equivalia a la reconstitucion misma del Estado, quebrantada por largos dias de despotismo sin freno, de abusos sin nombre, de trasgresion de todas las leyes, de menosprecio de todas las garantias. Pero si nada de estraño tenia que nuestros connacionales se preocuparan de descubrir y de curar las llagas que laceraban el cuerpo de la república, era sorprendente para muchos que los numerosos estranjeros avecindados en Valparaiso, lejos de manifestar el egoismo y el despego que hubiera podido suponérseles en consideracion a los daños que en sus fortunas, en sus negocios y en sus espectativas esperimentaron a causa del prolongado disturbio que pesaba sobre el pais, rivalizaran, por el contrario, en entusiasmo, en regocijo, en celo y en buena voluntad con los chilenos mas patriotas y abnegados. Ya durante las negras horas de persecuciones y de terror habian sido sus casas otros tantos asilos cariñosos para los opositores mas buscados por los corchetes, sin que su noble hospitalidad se debilitara ni ante la animadversion de los funcionarios dictatoriales ni ante las amenazas que mas de una vez les prodigaron los feroces partidarios del tirano en sus papeles y reuniones; y ahora que el sol de la libertad calentaba de nuevo los corazones de los hijos de esta tierra que ellos habian probado amar tanto al verla sumerjida en la desgracia, su alegria se demostraba a la par con la de los hijos del pueblo liberado y su adhesion a Chile se traducia, no solo en ardorosas y sinceras espresiones, sino tambien en hechos positivos y en eficaz cooperacion.

Así, ademas de los valiosos donativos que acabamos de mencionar y de los primeros socorros a los heridos que tambien hemos referido, todos los estranjeros de Valparaiso, sin distincion de nacionalidades, se convirtieron, desde el dia siguiente y subsiguiente de la batalla de la Placilla, en incansables ayudantes de los atareados miembros de nuestro servicio sanitario. Organizados en numerosas, dilijentes y ordenadas cuadrillas acudian al Alto del Puerto a recojer de las quebradas, de las faldas y de la meseta a los heridos; ellos mismos los trasladaban a los cercanos puntos en donde se habian improvisado estaciones de reunion y hospitales de sangre provisorios; y, sin dar ni aun entonces por terminado su trabajo, ayudaron en seguida a trasportarlos a los distintos asilos establecidos en la ciudad. Continuaban

todavia aquí atendiéndolos con esmero, y con tanta consagracion y tanto ahinco, que no solo uno sino varios hospitales hubo formados y servidos esclusivamente por estranjeros. Verdaderamente era un espectáculo enternecedor, y a la vez lisonjero para nuestro orgullo nacional, el que ofrecian aquellos centenares de hombres, venidos de pueblos estraños y remotos en virtud de móviles ajenos quizá a los blandos y delicados afectos, compartiendo del modo mas cordial nuestras alegrias, dulcificando amables nuestras penas y ayudándonos a restañar con solícita y jenerosa mano la sangre que vertian abundosa las anchas heridas abiertas por sus malos hijos en el pecho desgarrado de la patria.

Los numerosos médicos estranjeros avecindados en Valparaiso fueron principalmente, en conformidad con las tendencias de su humanitaria profesion, los que con mas constancia se dedicaron a la jenerosa empresa de arrancar al dolor y a la muerte nuevas víctimas. Enumerarlos aquí equivaldria sin duda a nombrarlos a todos; pero baste decir que llegó a ser bastante comun el caso de algunos que durante dos meses enteros abandonaron casi por completo sus productivas clientelas a fin de dedicarse sin descanso y con absoluto desinteres a la asistencia de los heridos, a muchos de los cuales era necesario hacer difíciles y prolijas operaciones.

Estos verdaderos sacerdotes de la ciencia tuvieron, sin embargo, la grata compensacion de ver premiados sus desvelos con los gloriosos aunque tranquilos triunfos que contra la terrible Parca obtuvieron, porque no obstante la gravedad de muchas de las heridas y de lo peligrosas y hasta aventuradas que parecian no pocas operaciones, el pequeño tanto por ciento de fallecidos en todos los hospitales demuestra que los defensores de la humanidad, armados a su turno, como los guerreros, con los mejores y mas recientes adelantos de la cirujia, lucharon con éxito increible y felicísimo por devolver a la vida numerosos pacientes que sin sus cuidados hubieran ido irremisiblemente a aumentar la cifra aterradora de los muertos en las dos últimas batallas.

***

Y ya que de médicos estranjeros hablamos, seria una verdadera injusticia no recordar aquí los inapreciables, importantes y

oportunos servicios que prestaron a nuestros heridos los de las escuadrillas ancladas en Valparaiso. Los jefes de las naves inglesas, alemanas, francesas y norte-americanas enviaron a tierra desde el primer dia los cirujanos de sus respectivas dotaciones, y éstos, demostrando que su ayuda no se debia tanto a la galanteria de sus jefes cuanto a sus propios humanitarios impulsos, se dedicaron desde el primer instante con empeño y maestria a la noble mision que los habia traido a tierra. Durante los dias de mayor apuro no descansaron un momento. Inclinados junto al lecho de los pacientes, y tan interesados en investigar por amor al progreso de la ciencia, y en particular del importante ramo a que estaban dedicados, los efectos de los diversos proyectiles y el método mas apropiado para la curacion de las heridas que causaban, como animados, en beneficio de la humanidad, del deseo de salvar a los que les tocaba asistir, todos los cirujanos de las naves estranjeras rivalizaron en constancia, en dedicacion y sacrificios. Solo despues de tres y hasta de cuatro semanas, cuando todos los heridos estuvieron debidamente repartidos y cómodamente instalados, y cuando ya el número de los doctores de tierra era con esceso suficiente para proseguir la curacion con los tratamientos iniciados, solo entonces regresaron a sus buques, satisfechos de haber desempeñado con acierto sus tareas y seguros —así lo esperamos— de que habian comprometido para siempre la gratitud, no solo de los enfermos, sino tambien de todo el pueblo de Chile.

***

La acumulacion de tan gran número de heridos en una ciudad estrecha, acumulacion que podia ser sumamente peligrosa para ellos y tambien para el vecindario mismo de nuestro populoso puerto, se vió mui pronto remediada, antes de que produjera ninguno de sus naturales y perniciosos efectos, mediante la oportuna llegada del doctor don Manuel Barros Borgoño, quien, acompañado por una escojida cohorte de hábiles colegas, acudió presuroso desde la capital a ofrecer a los de Valparaiso su importante concurso.

Se convino entonces en que lo mas conveniente era llevar a Santiago una parte de los heridos; y en efecto, pronto comenzó

el ferrocarril a trasportar a los que sin mayores inconvenientes se hallaban en condiciones de soportar el viaje y las molestias de la traslacion. Unos dos mil abandonaron las ya estrechas salas de los asilos porteños y fueron repartidos allá en los distintos hospitales civiles y en el militar, que quedó a cargo del doctor Abalos. Muchos heridos dictatoriales que se encontraban en el hospital de Limache, adonde habian llegado a costa de incalculables penurias y sacrificios despues de la batalla de Concon, fueron llevados tambien a la capital y repartidos allí en los establecimientos ya mencionados. Unos cien se le destinaron a Talca, en donde estuvieron celosamente atendidos por los miembros del cuerpo médico de esa ciudad, y en donde permanecieron hasta despues de su completa curacion.

Mediante esta disminucion, luego quedaron libres los hospitales y la ciudad de Valparaiso de las amenazas de una infeccion que era capaz de comprometer la vida de los enfermos y hasta la de los sanos, segun ocurrió durante la pasada guerra con el Perú. Los heridos y los doctores iban a respirar desde entonces libremente y a poderse contraer con mayor dedicacion y eficacia a la curacion de los mas gravemente lesionados, que fueron los que permanecieron aquí.

***

Subsistia, sin embargo, otro grave peligro de infeccion con la presencia de los millares de cadáveres que sembraban los vecinos campos de Concon y de la Placilla, y que con la accion combinada de la humedad y de los calores comenzaron mui pronto a descomponerse; pero su remedio no podia escaparse por mucho tiempo a la prevision del jefe de nuestro servicio sanitario. Don Juan Hambrook, vecino de este puerto, propuso como mas eficaz, pronta y hacedera la medida de incinerar aquellos restos mortales que amenazaban convertirse luego en mortíferos, y aceptada sin vacilaciones tan hijiénica idea, se puso el señor Hambrook a la obra con recomendable actividad. Fuera de los cuerpos recojidos del campo por doloridos deudos y que fueron sepultados en Valparaiso o trasladados a otros lugares y fuera tambien de los muchos que los vecinos de la Placilla alcanzaron a enterrar, las cuadrillas a cargo del señor Hambrook incinera-

ron en la Placilla, o mejor dicho, en las faldas del Alto del Puerto, no menos de 1,430 cadáveres. Las cenizas, piadosamente recojidas, fueron sepultadas en hondas fosas, marcadas solo por toscas y modestas cruces, y al contemplarlas ahora no seria posible desprenderse de la melancólica y hasta escéptica consideracion de que únicamente a esos puñados de polvo queda reducida la pasajera furia de los bravíos combatientes, así como a humo fujitivo las pasiones que con tan aterrador estruendo sacudieron los contornos de la empinada mole, si no fuera que ese polvo y este humo, amasados con lágrimas y sangre, se han convertido ya en la piedra angular y jigantesca del santuario de las instituciones de Chile mediante el glorioso triunfo de los soldados de la Constitucion y de la lei.

En la misma forma fueron incinerados los despojos que sembraban las márjenes del Aconcagua y los campos de Concon, desapareciendo de este modo hasta el mas remoto peligro de una enfermedad infecciosa causada por sus venenosas exhalaciones.

***

La batalla de la Placilla puso término inmediato al vergonzoso dominio de la dictadura. En la noche del 28, como dijimos, Balmaceda, despues de oir las relaciones de los jefes fujitivos y de convencerse de que en ninguno de ellos encontraria el mas leve apoyo para prolongar la resistencia con las tropas que le quedaban en Santiago y Concepcion y con las que venian en marcha desde Coquimbo, hizo llamar al jeneral Baquedano, pactó con él condiciones ventajosas para su persona y las de sus allegados, condiciones que equivalian a la impunidad de los crímenes de que todos ellos se habian hecho culpables ante el pais, y en seguida, a las doce de la noche, acompañado por su ministro don Manuel Arístides Zañartu, corrió a buscar refujio en la legacion arjentina, que le abrió hospitalaria sus puertas.

Hasta los últimos momentos de su desgraciado gobierno, sin embargo, conservaba el tirano su espíritu de doblez y de falsía. El, que habia iniciado el conflicto menospreciando la autoridad del Congreso; que desconoció en seguida la autoridad del poder judicial, llegando al estremo de clausurar los mas altos tribunales de justicia de la república; que ultrajó repetidas veces la au-

toridad de la Constitucion y de las leyes; él, el atropellador constante de toda autoridad y de todo derecho, ¡alegaba la defensa del principio de autoridad para esplicar su actitud antipatriótica y soberbia!

En efecto: el decreto por medio del cual agraciaba con "el mando supremo" al jeneral Baquedano decia así:

"*Santiago, agosto 29 de 1891.*—Considerando: que al resistir la revolucion en armas iniciada por la escuadra el 7 de enero último he cumplido el deber elemental de mantener el principio de autoridad, sin el cual no hai gobierno posible;

Que mi patriotismo y deberes de chileno han puesto límites a mis esfuerzos, pues no cumple a un gobernante honrado prolongar una lucha que no puede mantenerse con espectativa razonable de éxito;

Que no habiendo sido favorable a la causa que sostengo la suerte de las armas en la última batalla de Valparaiso, he resuelto por mi parte poner término a una contienda que tanto menoscaba el crédito de la república y el bienestar comun;

Que el ciudadano, jeneral de division señor don Manuel Baquedano, reune por sus servicios y civismo condiciones escepcionales de confianza de todos los chilenos para salvar al pais de las desgracias que le aflijen y para poner término patriótico y decoroso a la contienda,

Vengo en deponer el mando supremo en la persona del jeneral de division señor don Manuel Baquedano, encargando en consecuencia a todos los jefes, oficiales y soldados y a los intendentes, gobernadores y demas funcionarios, que le presten el debido acatamiento y obediencia.

Publíquese y comuníquese por telégrafo.—J. M. BALMACEDA.—MANUEL A. ZAÑARTU."

***

El anterior decreto fué comunicado telegráficamente a los funcionarios dictatoriales en la mañana del 29, y todos se apresuraron a reconocer la autoridad del nuevo jefe supremo del Estado.

Ni el ejército constitucional, ni la Junta de Gobierno a que ese ejército obedecia, se hallaban, sin embargo, en el caso de acatar como valedera la delegacion de autoridad hecha por el dictador en un decreto en que aparecia disponiendo como cosa propia del poder y de la fuerza en los momentos mismos en que se declaraba impotente para contrarrestar las recientes victorias

de sus adversarios. A lo sumo la mision del jeneral Baquedano debió limitarse a resguardar el órden en la capital con los elementos de que allí disponia, y por eso no dejó de causar mal efecto en la jeneralidad, y hasta de parecer a muchos alarmante, su empeño de constituirse en poder ejecutivo de la nacion nombrando ministros de Estado, designando intendentes y gobernadores para el mando de lejanas provincias y departamentos, creando nuevos y numerosos funcionarios y hasta invadiendo claramente las atribuciones de la Junta de Gobierno con el precipitado nombramiento de ajentes diplomáticos y de negocios en el estranjero.

Por otra parte, su gobierno se iniciaba con notas y proclamas que parecian encaminadas a protejer a los grandes culpables. Se predicaba en ellas la fraternidad, el olvido de lo pasado y el perdon de las injurias cuando corria aun en Lo Cañas, en Concon y en la Placilla la sangre jenerosa derramada por los sicarios de la tirania; se hablaba de magnanimidad y de concordia como si los autores de las desgracias de la patria estuviesen ya suficientemente castigados en las personas de las diez mil víctimas de uno y otro bando caidas en las dos últimas batallas y como si fuera posible que los promotores, los cómplices y usufructuarios del inicuo atentado contra la libertad y contra las leyes, de las crueldades de todo jénero, de los fusilamientos y de los azotes, pudieran permanecer tranquilos en sus moradas, a manera de jugadores que pierden una apuesta o como candidatos derrotados en una pacífica eleccion.

La plaga de los "equilibristas," de los que durante la lucha tuvieron encendida una vela a San Miguel y otra al diablo, de los indiferentes o de los tímidos, de los que habian estudiado una actitud que los dejara en condiciones de quedar bien con cualquiera de los dos partidos que triunfase, y que por lo mismo eran reos de grave abandono de sus mas estrictos deberes de chilenos, de falta de civismo, de probidad y de valor, esos se apresuraban tambien a rodear al nuevo gobierno y a impulsarlo por el camino de la lenidad, del olvido y del perdon.

***

El pueblo de Santiago no se dejó seducir por esta nueva polí-

tica, y quizá los asomos de impunidad que divisaba lo impulsaron a escederse en el camino de la venganza. Desde temprano, regocijado y bullicioso, comenzó a recorrer las calles en inmenso tropel y a castigar en sus bienes, ya que no en sus personas, a los corifeos de la tiranía.

Pero una pluma mas autorizada que la nuestra, y que por nadie podrá ser tachada de parcial ni interesada, acude en estos momentos en nuestro socorro para pintar la actitud del pueblo de Santiago al dia siguiente de la batalla de la Placilla: la pluma del ministro aleman, baron von Gudschmidt, que en una comunicacion vívida y palpitante dirijida a su gobierno le dice como sigue:

Santiago, 29 de agosto de 1891.—El dia de hoi puede ser saludado como un hecho consumado el fin de la guerra civil y el triunfo del partido del Congreso en toda la línea.

En la tarde del dia de ayer difundióse el rumor de que el 28 habia tenido lugar cerca de Valparaiso un sangriento combate, a consecuencia del cual el ejército de Balmaceda habia sido terriblemente diezmado y quedado completamente deshecho. A las nueve y media de la noche fuéronme confirmados estos rumores de una manera fidedigna por una persona de confianza, que aun me agregó que el señor Balmaceda, en el curso de la noche, habia entregado al jeneral Baquedano las riendas del gobierno, y que él iba a averiguar lo demas que hubiese.

Inmediatamente me dirijí yo a ver a los jefes del comité de la oposicion que aun estaban ocultos en su escondite, y les comuniqué la primera noticia sobre lo que ya habia sucedido y lo que habia que esperar.

El dia de hoi ha estado ocupado el jeneral Baquedano, como nuevo jefe del ejecutivo, en el palacio de gobierno. Era un hecho que el señor Balmaceda, a la una y media de la noche, lo habia hecho llamar y le habia entregado un decreto, firmado por él y refrendado por el ministro Zañartu, por el cual deponia el mando y trasferia al jeneral el poder ejecutivo. Balmaceda se fugó a las tres de la mañana y, en el momento presente, no se sabe todavia hácia dónde, habiéndose, entre tanto, dictado todas las medidas consiguientes para aprehenderlo.

El entusiasmo que desde las seis de la mañana dominaba en la ciudad no se puede describir. En pocos minutos todas las casas, hasta en los suburbios, fueron embanderadas; ejemplo que fué seguido por todas las legaciones. Numerosas masas de hombres atravesaban las calles dando gritos de alegria, mostrándose la poblacion con cintas y chales rojos; parecia que se hubiera apoderado del pueblo un entusiasmo de buen humor y sin peligro y que no habia nada que temer.

A las nueve de la mañana me dirijí al palacio del gobierno, que yo no habia vuelto a pisar desde el fusilamiento de los jóvenes en la hacienda de Lo Cañas el 19 del mes corriente. El pueblo se movia alegre por los patios, y tan solo habia colocada a la entrada de la escalera que lleva a la habitacion y salon de recibo del jefe de Estado, una guardia de honor de doce hombres de infanteria.

A mi entrada al primer patio fuí reconocido por la multitud y saludado con un sonoro ¡viva el ministro aleman! Conseguí deslizarme por entre la jente y sin obstáculo llegar hasta el gabinete de trabajo del jefe del Estado, donde encontré al jeneral Baquedano junto con algunos de los mas conspicuos políticos que pertenecian a la oposicion.

El jeneral me recibió de la manera mas cordial y me dió las gracias con unas pocas palabras calorosas por la espresion de mis buenos deseos. Estaba en via de tomar sérias medidas concernientes a la seguridad de la ciudad.

Desgraciadamente esto llegaba ya tarde para impedir el saqueo de las casas de muchos de los adherentes del señor Balmaceda.

Cuando hácia las diez de la mañana hice un paseo por las principales calles de la ciudad, en las cuales desde temprano repicaban todas las campanas de las iglesias, encontré numerosas e improvisadas escenas que representaban el triunfo de la libertad sobre la esclavitud. El entusiasmo y el bullicio de la victoria desafiaban toda descripcion. Mi atencion fué, entre tanto, llamada sobre aglomeraciones delante de las casas de conocidos adherentes del último gobierno, de las ventanas de las cuales caian al suelo muebles, retratos, bronces, objetos de arte de toda clase, hasta los mas indispensables utensilios domésticos. Por desgracia, era un hecho que numerosas casas de habitacion habian sido saqueadas. *La culpa de esto, sin embargo, corresponde principalmente al ex-presidente, quien, sin haber tomado precauciones de seguridad de ninguna clase, abandonó su puesto en medio de la noche, despues que, hasta hacia pocos dias, habia incitado al pueblo al saqueo por los órganos de su prensa.*

En el curso de la mañana fueron completamente saqueadas unas cuarenta casas, entre las cuales el palacio, estilo de la Alhambra, lleno de curiosidades de arte, perteneciente al presidente electo don Claudio Vicuña, a lo cual precedieron o siguieron heridas y desmanes de toda clase.

Entre tanto, el jeneral Baquedano tomó las necesarias disposiciones para impedir otros desmanes; piquetes de tropa ocuparon el barrio de la ciudad en que estaban las tiendas elegantes y casas, y a las tres de la tarde habíase restablecido la tranquilidad, aun cuando uno que otro desman continuó todavia.

El cuerpo diplomático, a las dos de la tarde habia tenido en el palacio de

gobierno una conferencia con el jeneral Baquedano y con las personas mas influyentes de la oposicion actual, de la que resultó que se habian dictado todas las medidas de precaucion y de seguridad para la noche. Como están a las órdenes del nuevo jefe del ejecutivo mas de 3,000 hombres de tropa de confianza, ya no son de temer sérias perturbaciones del órden.

Se han dictado las órdenes convenientes para establecer, en el menor plazo posible, las comunicaciones telegráficas con el interior y el esterior, principalmente con Valparaiso, y espero estar mañana en situacion de trasmitir a S. E. un resúmen telegráfico sobre los acontecimientos de los últimos dias.

El señor Balmaceda, a las dos de la mañana, despues que hubo entregado el poder ejecutivo al jeneral Baquedano, se despidió de los que lo rodeaban (ministros, jenerales, etc.) con las siguientes palabras: "Yo me pongo en salvo, hagan lo mismo ustedes."

***

No siendo posible, por lo que dejamos espuesto, que el ejército victorioso acatara la autoridad del nuevo jefe supremo establecido en Santiago, ni conviniendo tampoco a la tranquilidad del pais la coexistencia de dos altos poderes—el de la Junta de Gobierno formada en Iquique y el que por mandato del dictador comenzaba a ejercer el jeneral Baquedano — en Valparaiso se adoptaron las medidas convenientes para que las tropas venidas del norte se trasladaran a la capital y tomaran posesion de ella a nombre del gobierno de que dependian.

El 30 se trasladó el activo Körner a esa ciudad con el objeto de preparar los cuarteles en donde debian hospedarse los distintos cuerpos del ejército, y al dia siguiente comenzaban a ponerse en marcha la 2.ª y la 3.ª brigadas en compañia del comandante en jefe del ejército, coronel Canto, del presidente de la Junta de Gobierno, capitan de navio don Jorje Montt, del ministro de hacienda don Joaquin Walker Martinez y del de la guerra coronel don Adolfo Holley, mientras la 1.ª brigada permanecia de guarnicion en Valparaiso.

Esta oportuna marcha puso término a la efímera existencia del poder ejecutivo establecido en Santiago. El pueblo en masa, en medio de frenéticos trasportes, acojió a los recien llegados como a sus verdaderos libertadores, los acompañó en triunfo a la Moneda hasta dejarlos definitivamente establecidos allí, y

desde ese instante la capital y todos los pueblos de Chile reconocieron y acataron a los miembros de la Junta de Gobierno que llegaban desde Iquique sobre el carro deslumbrante de la victoria. El rejimiento Esmeralda volaba a Concepcion y desarmaba las fuerzas dictatoriales existentes en esa ciudad y en Talcahuano. El Constitucion se dirijia a la Serena con el ministro de la guerra coronel Holley, y hacia otro tanto con los numerosos restos de la division de Coquimbo. La *Condell* era entregada al gobierno peruano por el jefe de la escuadrilla balmacedista, y de ese modo, quince dias despues de la batalla de la Placilla, el pais entero y la totalidad de sus elementos militares de mar y tierra se encontraban bajo el dominio del gobierno constituido en nombre de la libertad y de la lei.

***

El largo y sangriento drama habia llegado a su desenlace; mas, por agradable y satisfactorio que éste fuera, no llenaba por completo las aspiraciones de los que con ardiente interes venian observando su desarrollo. Era indudable que le faltaba un epílogo. Los corifeos de la dictadura, o habian muerto en los campos de batalla, como Alcérreca y Barbosa, o huian a voluntario destierro, como Viel, como Bañados Espinosa, como Moraga, como don Claudio, o se hallaban acojidos al amparo de legaciones estranjeras, como tantos otros. De la mayor parte de ellos se conocia el paradero; pero el héroe de la trajedia, el primer actor ¿dónde estaba? Fuera de Chile parecia imposible. Habia trascurrido tiempo suficiente para tener noticias de su llegada o de su paso por cualquiera de los paises limítrofes; y de seguro que si de libertad disfrutara, ya los diarios estranjeros estuvieran inundados con sus manifiestos, entrevistas, cargos, quejas y lamentaciones de monarca destronado. Debia encontrarse, por lo tanto, dentro del pais. El sentimiento público no se engañaba a este respecto, y millares de ciudadanos se convertian en celosos y constantes guardianes de los sitios en que mas sospechada era su presencia.

El dictador conocia en su refujio el sentimiento unánime de sus conciudadanos respecto de su persona y de sus actos; descubria, tal vez con asombro, que fuera de los especuladores en dinero, en poder, en ambiciones presentes o futuras que lo rodeaban

y aplaudian, ningun hombre honrado y patriota aparecia defendiéndolo o disculpándolo; percibia diariamente el eco de las maldiciones de todo un pueblo, que acudian a sobresaltarlo y condenarlo en su retiro, y allí, aislado, entristecido, enervado, a solas con su conciencia, iba elaborando en su pecho la hiel de la desesperacion, del despecho, de la cólera sorda, impotente y solitaria. A veces esperaba que el jeneral Baquedano influyera, conforme a las promesas que le hizo al recibirse del mando, para que la Junta de Gobierno lo proveyera de un salvoconducto que le permitiese salir libremente fuera del pais; a veces, viendo ya regularizados los servicios públicos y la nacion tranquila, sentia asomos de atrevimiento para presentarse a sus jueces y hacer ante ellos una esposicion de sus actos y de su conducta que pasase a la posteridad como documento imperecedero y grandioso. Esta idea lo sedujo al fin hasta el estremo de acordar con el ministro Uriburu, su hospedador, entregarse en un dia determinado, y con este ánimo comenzó a ordenar y preparar su defensa, pensando hacerla enérjica, brillante y conmovedora. Se le ofrecian las mayores seguridades; se comprometia solemnemente el gobierno a garantir su vida contra las iras del pueblo, a concederle los mayores plazos que permite la lei, a facilitar de la manera mas ámplia su defensa, a agotar en su favor cuantas contemplaciones fuera posible armonizar con las superiores exijencias de la legalidad y de la justicia; pero el acobardado déspota volvia atras mui pronto y no se atrevia a someterse a un juicio, a pesar de cuantas concesiones, ventajas, preeminencias y hasta regalias se le otorgaban. ¿Cómo él, que habia dedicado su existencia entera al estudio minucioso de cuanta coyuntura podia hacerlo lucir y figurar; él, que se desvivia por darse en espectáculo, no aprovechó aquella ocasion solemne y única que el destino le brindaba? ¿Cómo pudo preferir el suicidio desesperado, miedoso, abatido, a la condenacion ámplia y pública, al proceso ruidoso, apasionante, célebre; y las cartas póstumas sin verdad, sin injenio y sin réplica a la defensa calorosa, hábil, perturbadora y resonante? ¿Por qué prefirió la muerte del ciervo que se despeña al verse perseguido, a la del leon intrépido y robusto que acomete, que lucha, que hiere, que mata y que solo desfallece ante los tiros implacables y numerosos de los escarmentados cazadores?

¡Porque dudaba de la parcialidad de sus jueces! segun él mismo lo declara.

Pero ¿a qué pena hubieran podido éstos condenarlo? ¿A la mayor de todas: a la de muerte? Iba a dársela él mismo por su mano. No podia ser, por lo tanto, la parcialidad de un tribunal la que lo arredrase. Un hombre que tiene hecho de antemano el sacrificio de su vida ¿qué pena ni qué condenacion puede temer? Y en cambio ¡cómo Balmaceda hubiera dominado y confundido a sus acusadores, hecho fulgurar a todos los ojos la justicia de su causa, dividido quizá a sus enemigos, arrastrado al pueblo con su valor y con su jenio! Al menor asomo de parcialidad, de presion o de apremio, no solo Chile: la América, la Europa, todo el mundo civilizado sin escepcion, hubieran clamado contra unos jueces que amenazaban convertirse en verdugos. Si al fin lo condenaban, no faltarian en lo futuro historiadores que, o por simpatias inspiradas por la actitud del reo, o por consideracion a las circunstancias que lo rodearon, o por atenuaciones nacidas de la aceptacion de sus ideas políticas, o por mil otras causas, lo disculparan, lo defendieran y hasta quizá lo glorificaran.

¿Cómo aquel hombre, que debió meditar en todo esto en sus largas horas de abstraccion y soledad, prefirió el testamento secreto e insulso y la carta privada y personal al juicio contradictorio y público? ¿Por qué traicionó de semejante modo su conducta constante, su aspiracion eterna a la celebridad y a la pompa, su afan insaciable de nombradía, que habian llegado a convertirse en una preocupacion enfermiza de su impaciente y nerviosa naturaleza? ¿Carecia entonces de talento y de valor?

Tal vez no carecia; pero al pensar en someterse a juicio, una montaña de cargos, de apostasías y de crímenes caia abrumadora sobre su corazon y su conciencia. Saqueos, incendios, flajelaciones, tormentos, persecuciones, muertes, delitos atroces contra los hombres y contra la patria, trasgresion de todas las leyes, incredulidad insultante respecto de todo patriotismo, de toda honradez y de toda dignidad; falta absoluta de sinceridad en sus relaciones con amigos y adversarios; ambicion desmedida; sed insana de vanidades y de mando; falta completa de elevacion de espíritu, de escrúpulos, de cordura: ¿qué defecto no podia reconocerse? ¿qué virtudes descubrirse? ¿de qué enormes pecados no acusarse? Allí, pues, a solas con su conciencia, pesaria una y

otra vez las probabilidades, las ventajas y desventajas de un proceso, y encontrándose mal armado, pequeño, criminal y falso, decidió—y de seguro nó de repente—suicidarse. Nó de repente, porque debió emplear dos o tres dias en escribir cartas tras cartas, manifiestos, recomendaciones, recuerdos, encargos, despedidas, saludos. Quiso cubrir como de flores artificiales su cadáver finjiendo aspiraciones elevadas y patrióticas miras. Esos documentos de ultratumba estaban destinados a sembrar a todos los vientos su epitafio. Deseaba aparecer magnánimo, ilustrado, patriota, gran político, gobernante perfecto, corazon escojido, amigo fidelísimo. Pretendia, aun en esos instantes, engañar a todos. Al llevar el revólver a sus sienes pudo esclamar con justicia, como Neron: "¡Oh! y qué gran comediante pierde el mundo!"

El Corresponsal.

FIN.


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 13 20 11 07 016 2